JAMES FREY

EN MIL PEDAZOS

LITERATURA
RANDOM HOUSE

En mil pedazos

JAMES FREY

LITERATURA RANDOM HOUSE

Me despierto con el zumbido del motor de un avión y la sensación de que algo tibio me resbala por la barbilla. Levanto una mano para tocarme la cara. Me faltan los cuatro dientes delanteros, tengo un agujero en la mejilla, la nariz rota y los ojos hinchados, casi cerrados. Los abro, miro a mi alrededor: estoy en la parte trasera de un avión y no hay nadie cerca de mí. Me miro la ropa. Tengo la ropa cubierta de una mezcla abigarrada de saliva, mocos, orina, vómito y sangre. Busco el timbre de llamada con la mano y lo encuentro, lo aprieto y espero y treinta segundos después llega una Azafata.[1]

¿Qué desea?

¿Dónde voy?

¿No lo sabe?

No.

Va usted a Chicago.

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Le subieron un Médico y dos hombres.

¿Dijeron algo?

Hablaron con el Capitán. Nos pidieron que le dejáramos dormir.

¿Cuánto falta para aterrizar?

Unos veinte minutos.

Gracias.

Aunque no levanto la vista, sé que sonríe y siente lástima de mí. No debería.

Poco después tomamos tierra. Miro a mi alrededor buscando algo que pudiera haber llevado conmigo, pero no hay nada. Ni billete, ni maletas, ni ropa, ni cartera. Espero sentado intentando imaginar qué ha ocurrido. No se me ocurre nada.

Una vez que salen todos los Pasajeros me pongo de pie y empiezo a ir hacia la puerta. Unos cinco pasos después vuelvo a sentarme. Soy incapaz de andar. Veo a mi amiga la Azafata y levanto la mano.

¿Se encuentra bien?

No.

¿Qué le ocurre?

La verdad es que no puedo andar.

Si consigue llegar hasta la puerta le puedo pedir una silla.

¿Está muy lejos la puerta?

No mucho.

Me pongo en pie. Me tambaleo. Vuelvo a sentarme. Miro al suelo fijamente y respiro hondo.

Ánimo.

Levanto la mirada y la Azafata sonríe.

Vamos.

Extiende la mano y la cojo. Me pongo de pie y me apoyo en ella y me ayuda a recorrer el Pasillo. Llegamos a la puerta.

Vuelvo enseguida.

Le suelto la mano y me siento en el puente de la Pasarela de acero que conecta el Avión con la Puerta de entrada.

De aquí no paso.

Ella ríe y la observo alejarse; cierro los ojos. Me duele la cabeza, me duele la boca, me duelen los ojos, me duelen las manos. Me duelen cosas que no tienen nombre.

Me froto el estómago. Siento que me viene. Rápido y fuerte y abrasador. No hay forma de detenerlo, cierra los ojos y déjalo salir. Sale y me estremece el hedor y el dolor. Nada puedo hacer.

Ay, Dios mío.

Abro los ojos.

Estoy bien.

Voy a buscar un Médico.

Estoy bien. Ayúdeme a salir de aquí.

¿Puede ponerse de pie?

Sí, sí que puedo.

Me pongo en pie, me sacudo la ropa y me limpio las manos en el suelo y me siento en la silla de ruedas que ha traído. La Azafata se coloca detrás de la silla y empieza a empujar.

¿Ha venido alguien a recibirle?

Eso espero.

No lo sabe.

No.

¿Y si no hay nadie?

Ya me ha pasado otras veces. Me las arreglaré.

Salimos de la Pasarela y entramos por la Puerta. Antes de poder echar un vistazo a mi alrededor, veo a mi Madre y a mi Padre delante de mí.

Dios mío.

Por favor, Mamá.

Dios mío, ¿qué te ha pasado?

No quiero hablar, Mamá.

Pero ¿qué Demonios te ha pasado, Jimmy?

Mi Madre se inclina hacia mí e intenta abrazarme. La rechazo.

Vámonos ya de aquí, Mamá.

Mi Padre se pone detrás de la silla. Yo busco a la Azafata pero ha desaparecido. Bendita sea.

¿Estás bien, James?

Miro fijamente hacia delante.

No, Papá. No estoy bien.

Empieza a empujar la silla.

¿Tienes equipaje?

Mi Madre sigue llorando.

No.

La gente nos mira.

¿Necesitas algo?

Necesito salir de aquí, Papá. Joder, sácame de aquí de una vez.

Empujan la silla de ruedas hasta el coche. Entro en el asiento trasero y me quito la camisa y me tumbo. Mi Padre pone el coche en marcha, mi Madre sigue llorando. Me duermo.

Unas cuatro horas después me despierto. Tengo la cabeza despejada pero me late todo. Me incorporo y miro por la ventana. Nos hemos parado en una Estación de Servicio en algún punto de Wisconsin. No

hay nieve, pero siento el frío. Mi Padre abre la puerta del Conductor, se sienta y cierra la puerta. Yo tirito.

Estás despierto.

Sí.

¿Cómo te sientes?

Fatal.

Tu Madre está dentro arreglándose y comprando unas cosas. ¿Necesitas algo?

Una botella de agua y un par de botellas de vino y un paquete de tabaco.

¿En serio?

Sí.

Mal asunto, James.

Lo necesito.

No puedes esperar.

No.

Vas a disgustar a tu Madre.

Me da igual. Lo necesito.

Abre la puerta y entra en la Estación de Servicio. Yo vuelvo a tumbarme y miro al techo. Siento que se me acelera el corazón y levanto la mano e intento calmarlo. Espero que se den prisa.

Veinte minutos después he acabado las dos botellas. Me siento y enciendo un cigarrillo y bebo un trago de agua. Mi Madre se vuelve hacia mí.

¿Mejor?

Si quieres llamarlo así.

Vamos a la Cabaña.

Lo imaginaba.

Pensaremos qué hacer cuando lleguemos.

Vale.

¿Tú qué piensas?

No quiero pensar en este momento.

Vas a tener que hacerlo pronto.

Pues esperaré hasta ese pronto.

Vamos hacia el norte en dirección a la Cabaña. Durante el camino me entero de que mis Padres, que viven en Tokio, llevan dos meses en Estados Unidos por asuntos de negocios. A las cuatro de la mañana recibieron una llamada de un amigo mío que estaba conmigo en un Hospital y había conseguido dar con ellos en un hotel de Michigan. Les dijo que me había caído de cabeza por una Escalera de Incendios y que creía que tendrían que echarme una mano. No sabía qué me había metido, pero sí sabía que me había pasado y que la cosa era grave. Mis Padres habían pasado la noche en la carretera para ir a Chicago.

¿Entonces qué era?

¿Qué era qué?

Lo que has tomado.

No estoy seguro.

¿Cómo que no estás seguro?

No me acuerdo.

¿Qué recuerdas?

Cosas sueltas.

¿Por ejemplo?

No me acuerdo.

Seguimos camino y pasados unos cuantos minutos tensos, llegamos. Salimos del coche y entramos en la Casa y me doy una ducha porque la necesito. Cuando salgo veo ropa limpia sobre la cama. Me la pongo y voy a la Habitación de mis Padres. Están tomándose un café y hablando pero cuando entro yo se callan.

Hola.

Mi Madre empieza a llorar otra vez y mira hacia otro lado. Mi Padre me mira.

¿Estás mejor?

No.

Deberías dormir.

Voy a hacerlo.

Bien.

Miro a mi Madre. Es incapaz de mirarme. Respiro.

Sólo.

Miro hacia otro lado.

Sólo, en fin.

Miro hacia otro lado. No puedo mirar a mis Padres.

Sólo quiero daros las gracias. Por recogerme.

Mi Padre sonríe. Coge a mi Madre de la mano, se ponen en pie y se acercan a mí y me abrazan. No me gusta que me toquen así que me aparto.

Buenas noches.

Buenas noches, James. Te queremos.

Doy media vuelta y salgo de su Habitación y cierro la puerta y voy a la Cocina. Miro en los armarios y encuentro una botella de whisky de litro y medio sin abrir. El primer trago me revuelve el estómago otra vez, pero después se me asienta. Voy al salón y bebo y fumo unos cigarrillos y pienso en ella y en un momento dado me quedo en blanco y me falla la memoria.

Otra vez en el coche con dolor de cabeza y mal aliento. Vamos en dirección norte y oeste hacia Minnesota. Mi Padre ha hecho unas llamadas y me ha encontrado una Clínica y no tengo ninguna otra alternativa, o sea que accedo a pasar allí un tiempo y por el momento no pongo pegas. Está haciendo más frío.

Tengo la cara peor, está horriblemente hinchada. Tengo dificultad para hablar, comer, beber y fumar. Todavía no me he mirado al espejo.

Paramos en Minneapolis para ver a mi Hermano mayor. Se trasladó allí después de divorciarse y conoce el camino a la Clínica. Se sienta conmigo en el asiento trasero y me coge la mano y eso me ayuda porque estoy asustado.

Entramos en el Aparcamiento y dejamos allí el coche y yo me acabo una botella y salimos y empezamos a caminar hacia la Entrada de la Clínica. Yo y mi Hermano y mi Madre y mi Padre. Toda mi Familia. Todos entramos en la Clínica. Me paro y ellos se paran. Miro hacia los Edificios. Son bajos, largos y están conectados entre sí. Funcionales. Simples. Amenazadores.

Quiero salir corriendo o morirme o drogarme. Quiero estar ciego y mudo y no tener corazón. Quiero arrastrarme a un agujero y no salir nunca. Quiero borrar mi existencia del mapa. Del puto mapa. Respiro hondo.

Vamos.

Entramos en una pequeña Sala de Espera. Hay una mujer sentada detrás de una mesa leyendo una revista de modas. Levanta la vista.

¿Qué desean?

Mi Padre se adelanta y habla con ella mientras mi Madre y mi Hermano y yo buscamos sillas y nos sentamos.

Estoy temblando. Me tiemblan las manos y los pies y los labios y el pecho. Temblando. Por varias razones.

Mi Madre y mi Hermano se sientan cerca de mí y me cogen las

manos y las estrechan y se dan cuenta de lo que me está pasando. Miramos al suelo y no hablamos. Esperamos cogidos de las manos y respiramos y pensamos.

Mi Padre termina con la mujer y se vuelve y se coloca frente a nosotros. Parece contento y la mujer está hablando por teléfono. Mi Padre se arrodilla.

Te van a ingresar.

Vale.

No te preocupes. Éste es un buen sitio. El mejor.

Eso dicen.

¿Estás listo?

Supongo.

Nos levantamos y vamos a una Habitación pequeña donde hay un hombre detrás de una mesa con un ordenador. Nos recibe en la puerta.

Lo siento, pero tienen que dejarle aquí.

Mi Padre asiente con la cabeza.

Mi Madre rompe a llorar.

Está en el sitio indicado. No se preocupe.

Mi Hermano mira a otro lado.

Está en el sitio indicado.

Me doy media vuelta y me abrazan. Uno detrás de otro, y me estrujan. Me aprietan y me abrazan, yo respondo como puedo. Me vuelvo y sin decir palabra me meto en la Habitación y el hombre cierra la puerta y ya no los veo.

El hombre me ofrece una silla y vuelve a la mesa. Sonríe.

Hola.

¿Qué tal?

¿Cómo estás?

¿A ti qué te parece?

No muy bien.

Pues estoy aún peor.

Tu nombre es James. Tienes veintitrés años. Vives en Carolina del Norte.

Sí.

Vas a quedarte aquí algún tiempo. ¿Estás de acuerdo?

De momento.

¿Sabes algo de este Centro?

No.

¿Hay algo que quieras saber?

Me da igual.

Sonríe, me mira un momento. Habla.

Somos la Residencia para el Tratamiento de Toxicomanías y Alcoholismo más antigua del Mundo. Abrimos en 1949 en una casa vieja que había en el terreno donde ahora está este Edificio y otros treinta y dos Edificios interconectados. Hemos tratado a más de veinte mil pacientes. Tenemos la tasa de curaciones más alta de todos los Centros del Mundo. Hay siempre entre doscientos y doscientos cincuenta Pacientes distribuidos en seis Unidades, tres para hombres y otras tres para mujeres. Nuestra idea es que los Pacientes permanezcan aquí tanto tiempo como necesiten, no un periodo específico, un Programa de veintiocho días, por ejemplo. Aunque es caro venir aquí, a muchos de nuestros pacientes se les financia aquí con subvenciones que gestionamos nosotros.

Disponemos de dotaciones por valor de varios cientos de millones de dólares. No sólo tratamos Pacientes, somos también una de las principales Instituciones de Investigación y Educación en el campo de los Estudios sobre Adicción. Debes considerarte afortunado de estar aquí y contento de iniciar una nueva etapa en tu vida.

Miro al hombre fijamente. No hablo. Él me mira a su vez, esperando que diga algo. Hay un momento incómodo. Sonríe.

¿Preparado para empezar?

Yo no sonrío.

Claro.

Se levanta y yo me levanto y recorremos un pasillo. Él habla y yo no.

Las puertas siempre están abiertas aquí, o sea que si quieres marcharte, puedes hacerlo. No está permitido consumir sustancias tóxicas y si descubren que las consumes o las tienes, te mandan a casa. No te permiten decir más que hola a las mujeres salvo que sean

Médicos, Enfermeras o Miembros del Personal. Si desobedeces esta norma, te envían a casa. Hay otras reglas, pero éstas son las únicas que tienes que saber por el momento.

Atravesamos una puerta y entramos en el Ala Médica. Hay Habitaciones pequeñas y Médicos y Enfermeras y una Farmacia donde los armarios metálicos tienen grandes candados de acero. Me lleva a una Habitación. Hay una cama y una mesa y una silla y un armario y una ventana. Todo blanco.

Se queda en la puerta y yo me siento en la cama.

En unos minutos vendrá una Enfermera para hablar contigo.

Vale.

¿Estás bien?

No, estoy hecho una mierda.

Irá a mejor.

Ya.

Créeme.

Ya.

El hombre se marcha y cierra la puerta y me quedo solo. Me rebotan los pies contra el suelo, me toco la cara, me paso la lengua por las encías. Tengo frío, cada vez más frío. Oigo gritar a alguien.

Se abre la puerta y entra una Enfermera en la Habitación. Viste de blanco, toda de blanco, y lleva una tablilla con sujetapapeles. Se sienta en la silla junto a la mesa.

Hola James.

Hola.

Tengo que hacerte unas preguntas.

Vale.

También tengo que tomarte la tensión y el pulso.

Vale.

¿Qué clase de sustancias sueles consumir?

Alcohol.

¿Todos los días?

Sí.

¿A qué hora empiezas a beber?

Cuando me despierto.

Lo apunta.

¿Qué cantidad al día?

Todo lo que puedo.

¿Cuánto es eso?

Lo suficiente para quedarme como estoy ahora.

Me mira. Lo apunta.

¿Consumes alguna otra cosa?

Cocaína.

¿Con qué frecuencia?

Todos los días.

Marca el punto correspondiente.

¿Cuánto?

Todo lo que puedo.

Lo apunta.

¿En qué forma?

Últimamente crack, pero durante años en todas las formas que existen.

Apunta.

¿Algo más?

Pastillas, ácido, hongos, metanfetaminas, PCP y pegamento.

Apunta.

¿Con qué frecuencia?

Cuando lo tengo.

¿Con qué frecuencia?

Unas cuantas veces a la semana.

Alpunta.

Se inclina hacia mí y saca un estetoscopio.

¿Cómo te sientes?

Fatal.

¿En qué sentido?

En todos.

Extiende las manos hacia mi camisa.

¿Puedo?

Sí.

Me levanta la camisa y me aplica el estetoscopio al pecho. Escucha.

Respira hondo.

Escucha.

Bien. Vuelve a respirar.

Me baja la camisa y se retira y lo apunta.

Gracias.

Sonrío.

¿Tienes frío?

Sí.

Saca un aparato para tomar la tensión.

¿Tienes náuseas?

Sí.

Me sujeta el brazalete y me duele.

¿Cuándo has consumido por última vez?

Lo aprieta con la perilla.

Hace un rato.

¿Qué y cuánto?

Me bebí una botella de vodka.

¿Qué proporción es eso de tu dosis diaria habitual?

Ínfima.

Observa el movimiento del indicador y las agujas y lo apunta y me quita el brazalete.

Me voy a marchar un rato, pero volveré.

Yo miro a la pared.

Tenemos que hacerte un seguimiento minucioso y probablemente tendremos que darte algunas drogas desintoxicantes.

Veo una sombra y me parece que se mueve pero no estoy seguro.

En este momento estás bien pero creo que empezarás a sentir determinadas cosas.

Veo otra. La odio.

Si me necesitas no tienes más que llamar.

Odio esa sombra.

La Enfermera se levanta y sonríe y vuelve a poner la silla en su sitio y

se marcha.

Me quito los zapatos y me meto bajo las mantas y cierro los ojos y me duermo.

Me despierto y empiezo a tiritar y me acurruco y aprieto los puños. Sudo a chorros por el pecho, los brazos, las corvas. Me escuece la cara.

Me incorporo y oigo quejarse a alguien. Veo un bicho en el rincón, pero sé que no hay nada. Las paredes se acercan y se expanden se acercan y se expanden y las oigo. Me tapo los oídos pero no es suficiente.

Me levanto. Miro a mi alrededor. No sé nada. Dónde estoy, por qué, qué ha pasado, cómo huir. Mi nombre, mi vida.

Me acurruco en el suelo y me aplastan imágenes y sonidos. Cosas que nunca he visto ni oído ni sabía que existieran. Vienen por el techo, por la puerta, la ventana, la mesa, la silla, la cama, el armario. Salen del puto armario. Sombras oscuras y luces brillantes y destellos azules y amarillos y de un rojo tan intenso como el rojo de mi sangre. Se acercan a mí y me chillan y no sé lo que son pero sé que están ayudando a los bichos. Me gritan a mí.

Empiezo a temblar. Temblar, temblar, temblar. Todo mi cuerpo tiembla y el corazón se me dispara y lo veo palpitar debajo del pecho y sudo y me escuece. Los bichos se me meten bajo la piel y empiezan a picarme y yo intento matarlos. Me araño la piel, me arranco el pelo, empiezo a morderme. No tengo dientes y me estoy mordiendo y hay sombras y luces brillantes y destellos y gritos y bichos, bichos, más bichos. Estoy perdido. Estoy perdido del todo, estoy jodido y perdido.

Grito.

Me meo encima.

Me cago en los pantalones.

La Enfermera vuelve y pide ayuda y entran unos Hombres de Blanco y me ponen en la cama y me sujetan. Yo quiero matar a los bichos pero no puedo moverme y por eso siguen vivos. Dentro de mí. Viven de mí. Siento un estetoscopio y el tensiómetro y el pinchazo de una aguja en el brazo y me sujetan.

Me ciega la oscuridad.

No estoy.

Estoy sentado en una silla junto a la ventana mirando al infinito. No sé a qué miro y me da igual. Está oscuro y es tarde y no puedo dormir más. Empieza a pasarse el efecto de los medicamentos.

Entra la Enfermera.

¿No puedes dormir?

Me toma la tensión y el pulso.

No.

Tenemos una Sala de Estar.

Me da unas pastillas.

Puedes ver la tele.

Me da una bata y zapatillas.

Y puedes fumar.

Me vuelvo y miro por la ventana.

Cámbiate y te enseño dónde está.

Vale.

Se marcha y me tomo las pastillas y me cambio y, cuando abro la puerta, está esperándome. Sonríe y me da un paquete de cigarrillos.

¿Te gustan éstos?

Sonrío.

Gracias.

Vamos a la Sala de Estar. Una televisión, dos sofás, una mecedora, unas máquinas expendedoras. La tele está encendida.

¿Quieres algún refresco?

Me siento en la mecedora.

No.

¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

Gracias.

Se va y empiezo a sentir el efecto de las pastillas. Miro la televisión pero no registro nada. Fumo un cigarrillo. Quema.

Entra un hombre y se acerca y se queda delante de mí.

Hola tío.

Tiene la voz profunda y sombría.

Hola tío.

Tiene los antebrazos cruzados de pinchazos.

Tiene cicatrices de lado a lado de las muñecas.

Le miro a los ojos. No tienen expresión.

¿Qué?

Señala.

Ésa es mi silla.

Vuelvo a mirar hacia la televisión.

Ésa es mi silla.

Las pastillas me están pegando.

Oye tío, ésa es mi silla.

No registro nada.

OYE GILIPOLLAS. ÉSA ES MI PUTA SILLA.

Yo miro a la pantalla y él empieza a respirar con fuerza y entra la Enfermera.

¿Hay algún problema?

Este Gilipollas está en mi silla.

¿Y por qué no te sientas en el sofá?

Porque no me gusta el sofá. Me gusta la silla.

James está en la silla. Tienes el sofá, tienes el suelo, o te puedes marchar. Tú decides.

James que se joda. Dile que se vaya.

¿Quieres que llame a Seguridad?

No.

Entonces tú decides.

Se va al sofá y se sienta. La Enfermera le observa.

Gracias.

Él ríe y ella se va y nos quedamos solos y yo veo la tele y fumo un cigarro. Me mira fijamente y se come las uñas y las escupe en mi dirección pero ya me han hecho efecto las pastillas y ya no hay bichos y no me importa. No me entero de nada.

Miro la pantalla. Todo se vuelve más lento. Tan lento que no reconozco nada.

La imagen se desdibuja, las voces se apagan. No hay ni acción ni sonido, solamente luces parpadeantes y una sinfonía de voces mortecinas. Miro las luces, escucho las voces. Quiero que desaparezcan pero siguen ahí.

Se me cierran los párpados. Intento levantarlos pero no lo consigo. El resto de mi cuerpo sigue a mis ojos. Todos mis músculos se aflojan y resbalo de la silla al suelo. No me gusta el suelo y no quiero estar en el suelo pero no puedo remediarlo. Mientras resbalo, la superficie de la silla retiene la bata y me araña las piernas por detrás y la bata se me queda enrollada en la cintura. Levanto la mano para ponerme bien la bata y se me cae la mano. Mi cabeza le dice a la mano que se mueva y arregle la bata pero mi cabeza no funciona. No me funciona la cabeza y no me funciona la mano. La bata se queda como está.

El hombre deja de escupirme uñas y se levanta y se acerca a mí y le veo venir entre mis párpados entrecerrados. Sé que puede hacerme lo que quiera y que soy incapaz de evitarlo. Sé que está furioso y por los pinchazos y por las cicatrices y por sus ojos sé que probablemente expresará su ira con alguna forma de violencia. Si pudiera moverme me pondría en pie y le respondería con una dosis de lo que sea que él quiera utilizar pero no puedo responderle con nada. Con cada paso que da hacia mí la situación se vuelve más clara en mi cabeza. Puede hacerme lo que quiera. Soy incapaz de detenerle. Incapaz de evitarlo. Incapaz.

Está de pie junto a mí y me observa. Se inclina y me mira a la cara y ríe.

Eres un Hijoputa feo de cojones.

Intento contestar. Sólo me sale un gruñido.

Podría pegarte una hostia aquí mismo si quisiera. Darte una paliza y dejarte hecho un puto Cristo.

Tengo todo el cuerpo flojo.

Pero sólo quiero la puta silla.

Mi cabeza no funciona.

Y la voy a coger, coño.

Extiende las manos y me coge de las muñecas y me arrastra por el suelo. Me aleja de la silla a rastras y me lleva a un rincón de la Habitación y me deja boca abajo en el suelo. Se inclina y me pone la boca junto al oído.

Te he podido dar una puta paliza. No lo olvides.

Se va y le oigo sentarse en la silla y empezar a cambiar canales en la televisión. Hay un resumen de las noticias deportivas del día, información comercial sobre un crecepelos, una tertulia de última hora de la noche. Deja la tertulia y ríe cuando se supone que tiene que reír y farfulla que le gustaría follarse a una de las invitadas. Yo sigo boca abajo en el suelo. Estoy despierto pero no puedo moverme.

El corazón me late, me late fuerte y lo veo.

El pelo de la alfombra se me clava en la cara y lo oigo.

Suenan las risas pregrabadas del programa y me retumban.

Estoy despierto pero no puedo moverme.

Me estoy yendo.

Me voy.

Me voy.

Llega la mañana y cuando me despierto puedo moverme y me pongo de pie y busco al hombre. Se ha ido, pero aún tengo el recuerdo, que no olvidaré en mucho tiempo. Siempre ha sido uno de mis defectos. Conservo la memoria.

Voy a mi Habitación y cuando abro la puerta veo a un Celador que pone una bandeja de comida sobre la mesa. Me mira y sonríe.

Buenos días.

Buenos días.

Te he traído el desayuno. Pensamos que quizá tuvieras hambre.

Gracias.

Si quieres algo más no tienes más que llamar.

Gracias.

Sale y miro la comida. Huevos, bacon, tostadas, patatas. Un vaso de agua y un vaso de zumo de naranja. No quiero comer pero sé que debo hacerlo de modo que me acerco a la silla y me siento y miro la comida

y entonces me palpo la cara.

Sigue toda hinchada. Me toco los labios y se me cortan. Abro la boca y sangran. Cierro la boca y gotean. No quiero comer pero sé que debo hacerlo.

Alcanzo el vaso de agua y bebo un trago pero está demasiado fría.

Alcanzo el zumo de naranja y bebo un trago pero me escuece.

Intento utilizar el tenedor pero me hace demasiado daño.

Parto la tostada y me meto los pedazos hasta la garganta con los dedos. Hago lo mismo con las patatas y los huevos y el bacon. Bebo agua, pero no zumo. Me limpio los dedos con la lengua.

Cuando termino voy al Cuarto de Baño y vomito. Intento evitarlo, pero no puedo. Echo casi la mitad de la comida, junto a algo de sangre y algo de bilis. Me alegro de haber podido retener la mitad de lo comido. Es más de lo que consigo normalmente.

Cuando voy hacia la cama un Médico entra en la Habitación. Sonríe.

Hola.

Lleva un cartelito con su nombre pero no puedo leerlo.

Soy el Doctor Baker.

Nos damos la mano.

Voy a trabajar contigo hoy.

Me siento al borde de la cama.

¿Te parece bien?

Me mira a la cara pero no a los ojos.

Claro.

Le miro a los ojos.

¿Cómo te sientes?

Tiene la mirada amable.

Estoy harto de preguntas.

Ríe.

No me extraña.

Yo sonrío.

Toma.

Me da más pastillas.

Son Librium y Diazepam.

Me las tomo.

Son drogas desintoxicantes y médicamente son importantes porque te estabilizan el corazón, te bajan la tensión y te facilitan la abstinencia. Sin ellas tendrías un derrame cerebral o un infarto o ambas cosas.

Se inclina hacia mí y me mira la mejilla.

Las tienes que tomar cada cuatro horas, en dosis decrecientes, durante los próximos cinco días.

Le miro a los ojos.

Te tenemos que hacer algunos análisis.

No es la primera vez que ve algo así.

Y empezar a pensar un Programa para ti.

Vale.

Pero primero tenemos que hacerte una puesta a punto.

Vamos a una Habitación. Tiene tubos fluorescentes brillantes y grandes camillas de cirugía y cajas llenas de materiales. Me siento en una camilla y se pone unos guantes de látex y me examina la mejilla. Levanta las costras. Me abre la boca. Le cabe el dedo por el agujero. Coge una aguja y un hilo y me dice que apriete los puños y cierre los ojos. Los dejo abiertos y miro mientras me atraviesa con la aguja de un lado a otro. Entra y sale. La mejilla, el labio, la boca. Cuarenta y una veces.

Hemos terminado y está hablando por teléfono con el Dentista Cirujano y yo estoy sentado en la camilla y temblando de dolor. La boca me sabe a calor, a hilo y a sangre. El Doctor fija una fecha y cuelga el teléfono y empieza a lavarse las manos.

Vamos a llevarte a la Ciudad dentro de dos días para que te arreglen los dientes.

Me paso la lengua por los puntos.

Conozco al Dentista y te hará un buen trabajo.

Me paso la lengua por lo que me queda de dientes.

Vas a quedar como nuevo.

Dejo la lengua descansar en su sitio.

No te preocupes.

Se pone otro par de guantes y se vuelve.

Ahora tengo que mirarte la nariz.

Respiro hondo. Se acerca a mí y empieza a mirarme la nariz. La toca y yo me encojo. Ya no siento la mejilla.

Está muy mal.

Ya lo sé.

Voy a tener que romperla y volver a colocarla.

Ya lo sé.

Cuanto antes mejor, pero si quieres podemos esperar.

Cuanto antes mejor.

Muy bien.

Abre las piernas y se afianza y me pone las dos manos en la nariz. Yo me agarro a los dos lados de la camilla cierro los ojos y espero.

¿Estás listo?

Sí.

Da un tirón hacia delante y hacia arriba y hay un crujido audible. Me atraviesa los ojos una luz fría y blanca y me baja por la columna y me llega hasta los pies y vuelve a subir. Tengo los ojos cerrados pero estoy llorando. Me chorrea la sangre por las fosas nasales.

Ahora tengo que colocarla.

Mueve las manos hacia un lado y siento que el cartílago se mueve con ellas. Vuelve a moverlas. Lo siento todo. Presiona y la nariz parece encajarse. Lo siento todo.

Ya está.

Coge esparadrapo y yo abro los ojos. Me pone esparadrapo en el puente de la nariz y sujeta el cartílago en su sitio. Lo noto sólido.

Coge una toalla y me limpia la sangre de la cara y el cuello y yo miro a la pared. Me palpita la cara y aprieto los lados de la camilla y me duelen las manos. Quiero soltar pero no puedo.

¿Estás bien?

No.

No puedo darte analgésicos.

Me lo imaginaba.

El Librium y el Diazepam te calmarán un poco, pero te va a doler.

Lo sé.

Voy a buscarte otra bata.

Gracias.

Retrocede y tira la toalla al cubo y sale. Yo suelto la camilla y levanto las manos a la altura de la cara y me las miro.

Me tiemblan, yo tiemblo.

El Doctor vuelve con una Enfermera y me ayudan a cambiarme y me hablan de los análisis que me tienen que hacer. Sangre, orina, heces. Tienen que saber cuánto daño me he hecho internamente. La idea me produce asco.

Salimos y vamos a una Habitación diferente que también tiene Cuarto de Baño. Orino en un frasco, cago en un contenedor de plástico, me meten una aguja en el brazo. Es sencillo, es fácil y es indoloro.

Salimos y hay mucho movimiento en la Unidad. Los Pacientes hacen cola para sus medicinas. Los Médicos van de Habitación en Habitación. Las Enfermeras llevan frascos y tubos. Hay ruido, pero todo el mundo está en silencio.

Voy a mi Habitación con el médico y me siento en la cama. Él se sienta en la silla y escribe en un gráfico. Termina de escribir y me mira.

Excepto el Dentista, ha pasado lo peor.

Bien.

Voy a ponerte doscientos cincuenta miligramos de Amoxicilina tres veces al día y quinientos miligramos de Penicilina VK una vez al día. Con eso evitamos cualquier tipo de infección.

Muy bien.

Ve al Dispensario y allí te lo darán o, si se te olvida, vendrá una Enfermera a buscarte.

Vale.

Gracias por aguantar bien esta mañana.

No hay de qué.

Buena suerte.

Gracias.

Se levanta y se acerca a mí y nos damos la mano y se va. Yo voy al Dispensario para ponerme en la cola. Delante de mí hay una chica joven. Se vuelve y me mira a la cara. Me habla.

Hola.

Sonríe.

Hola.

Extiende la mano.

Soy Lilly.

Cojo su mano. Es suave y tibia.

Yo soy James.

No quiero soltarle la mano, pero la suelto. Avanzamos un paso.

¿Qué te ha pasado?

Lilly mira hacia el Dispensario.

No me acuerdo.

Se vuelve hacia mí.

¿Perdiste el conocimiento?

Sí.

Hace una mueca.

Mierda.

Me echo a reír.

Sí.

Avanzamos.

¿Cuándo llegaste aquí?

Miro hacia el Dispensario.

Ayer.

La Enfermera está mirándonos ceñuda.

Yo también.

Hago un gesto hacia la Enfermera y Lilly se vuelve y deja de hablar y avanzamos un paso más y esperamos. La Enfermera sigue mirándonos mal y entrega a Lilly unas pastillas y un vaso de agua y Lilly se toma las pastillas y se bebe el vaso de agua. Se vuelve y al pasar junto a mí sonríe y pronuncia sin sonido la palabra adiós. Yo sonrío y doy otro paso. La Enfermera me mira enfadada y me pregunta mi nombre.

James Frey.

Mira una lista y va al armario y coge unas pastillas y me las da con un vaso de agua.

Me tomo las pastillas.

Me bebo el agua.

Voy a mi Habitación y me duermo y paso el resto del día durmiendo y metiéndome comida en la boca y haciendo cola y tomando pastillas.

Todavía es de noche cuando me despierta mi cuerpo. Me queman las vísceras, como si ardieran. Se mueven y me viene el dolor. Vuelven a moverse y el dolor aumenta.

Vuelven a moverse y me quedo paralizado.

Sé lo que se me viene encima y tengo que levantarme pero no puedo andar, así que me doy la vuelta en la cama y caigo al suelo. Me quedo ahí tumbado y gimo y hace frío y todo está en silencio y oscuro.

El dolor cede y me arrastro hasta el Cuarto de Baño, me agarro a los bordes del retrete y espero. Estoy sudando y jadeo y me palpita el corazón. El cuerpo me da una sacudida y cierro los ojos y me inclino hacia delante. Por la boca y por la nariz me salen a chorros sangre y bilis y pedazos de estómago. Se me atascan en la garganta, en las fosas nasales, en lo que me queda de los dientes. Vuelve, y vuelve otra vez y otra, y con cada racha un dolor agudo me atraviesa el pecho, el brazo izquierdo y la mandíbula. Golpeo la cabeza contra la cisterna pero no siento nada. Vuelvo a darme. Nada.

Dejo de vomitar y me siento en el suelo y abro los ojos y miro al retrete. Hay espesos chorreones rojos por los lados y pedazos marrones de mi interior flotan en el agua. Intento sosegar mi respiración y mi corazón pero no puedo, de modo que me quedo sentado y espero. Todas las mañanas es igual. Vomito, me siento y espero.

Pasados unos minutos me levanto y vuelvo lentamente a la Habitación. La noche va desapareciendo y me pongo en la ventana a mirar. Vetas de color naranja y rosa cruzan el azul del cielo, grandes pájaros se recortan contra el rojo del sol naciente, unas nubes se aproximan a mí poco a poco. Siento gotas de sangre que caen de las heridas de mi cara y siento latir el corazón y siento que empieza a contraerse el peso de mi vida y comprendo por qué llaman melancólico al amanecer.

Me limpio la cara con la manga y me quito la bata, que ahora está

cubierta de sangre y de lo que sea que he vomitado y la dejo en el suelo y me voy al Baño. Abro la ducha y espero a que el agua salga caliente.

Me miro el cuerpo. Tengo la piel amarillenta y blanca. El torso lleno de cortes y moratones. Estoy delgado y me cuelgan los músculos. Tengo aspecto abatido, vencido, viejo, muerto. No siempre he tenido este aspecto.

Extiendo la mano para tocar el agua. Está tibia, pero no caliente. Me meto en la ducha y cierro el agua fría y espero a que llegue el calor.

El agua me resbala por el pecho y por el resto del cuerpo. Cojo una pastilla de jabón y me froto y, al hacerlo, el agua se calienta más. Choca contra mi piel y me la quema y se pone roja. Aunque me duele, es una sensación agradable. El calor, el agua, el jabón, las quemaduras. Duele, pero me lo merezco.

Cierro el agua y salgo de la ducha y me seco. Me meto en la cama y debajo de las mantas y cierro los ojos e intento recordar. Hace ocho días estaba en Carolina del Norte. Recuerdo haber comprado una botella y una pipa y haberme ido a dar un paseo en coche. Dos días después me desperté en Washington, D. C. Estaba en un sofá en Casa de la hermana de un amigo mío. Estaba cubierto de pis y de vómito y ella quería que me fuera o sea que le pedí prestada una camisa y me fui. Veinticuatro horas después me desperté en Ohio. Recuerdo una Casa, un Bar, algo de crack, algo de pegamento. Recuerdo haber gritado. Recuerdo haber llorado.

Se abre la puerta y me incorporo y el Médico me trae un montón de ropa y mis pastillas y lo pone todo sobre la mesa.

Hola.

Cojo las pastillas.

Hola.

Me las tomo.

Te hemos conseguido ropa limpia.

Gracias.

Se sienta a la mesa.

Te vamos a trasladar hoy a una Unidad.

Vale.

Normalmente cuando un Paciente es trasladado a una Unidad su contacto con nosotros es limitado, pero en tu caso tenemos que seguir viéndote.

Vale.

Durante la próxima semana vas a tener que seguir viniendo aquí dos veces al día, después del desayuno y después de la cena, para que te demos los antibióticos y el Librium. Lo que te doy ahora es tu última dosis de Diazepam.

Ya veo.

Me mira la boca.

Mañana te vamos a llevar a un Dentista.

Todavía no me he mirado la boca.

Conoce bien su oficio y es amigo mío. Te hará un buen trabajo.

Me da miedo mirarme.

No te desanimes y estarás bien.

Miedo al odio que puede producirme mi propia imagen.

Tendrías que cambiarte y esperar en la Sala de Estar.

De acuerdo.

Van a mandar a alguien de la Unidad a buscarte.

Espero impaciente.

Ríe y se levanta.

Buena suerte, James.

Me pongo en pie.

Gracias.

Nos damos la mano y se marcha y me pongo la ropa que me ha traído. Un par de pantalones caqui, una camiseta blanca, unas zapatillas. Son abrigados y suaves y tienen un tacto agradable. Me siento casi humano.

Me voy de la Habitación y cruzo la Unidad Médica, donde nada ha cambiado. Hay luces brillantes, blancura. Hay Pacientes y Médicos y colas y pastillas. Hay lamentos y gritos. Hay tristeza, demencia y ruina. Conozco todas esas cosas y ya no me afectan. Entro en la Sala de Estar y me siento en un sofá. Estoy solo y veo la tele y siento el latigazo de la última toma de pastillas.

El corazón se me tranquiliza.

Dejan de temblarme las manos.

Se me cierran los párpados.

El cuerpo se me afloja.

No registro nada.

Oigo mi nombre y levanto la vista y tengo a Lilly delante. Me sonríe y se sienta a mi lado.

¿Te acuerdas de mí?

Lilly.

Sonríe.

No estaba segura de que te acordaras. Tienes pinta de estar hecho polvo.

Librium y Diazepam.

Ya. Acabo de dejarlos. Odio esa mierda.

Es mejor que nada.

Ella ríe.

Cuéntamelo dentro de un par de días.

Yo sonrío.

Dudo que vaya a durar un par de días.

Asiente con la cabeza.

Sé cómo te sientes.

No respondo. Lilly me habla.

¿De dónde eres?

Busco mi tabaco.

Carolina del Norte.

Saco un cigarrillo del paquete.

¿Me puedes dar a mí?

Le doy uno y enciendo los dos y fumamos y Lilly me habla de ella y yo la escucho. Tiene veintidós años y se crió en Phoenix. Su Padre se largó cuando ella tenía cuatro años y su Madre era una Heroinómana que se pagaba la droga prostituyéndose con quien quisiera pagar. Empezó a darle drogas a Lilly cuando tenía diez años y a los trece la obligaba a prostituirse con todo el que quisiera pagar. A los diecisiete Lilly se escapó y se fue con su Abuela a Chicago, donde ha vivido desde

entonces. Es adicta al crack y a la dormidina.

Entra un hombre en la Habitación y dejamos de hablar y el hombre se detiene frente a mí. Es delgado, pijillo, está casi calvo. Tiene los ojos pequeños e inquietos.

¿James?

Sonríe.

Sí.

Parece muy contento.

Hola. Soy Roy.

Me extiende la mano.

Hola.

Me pongo en pie y le estrecho la mano.

Estoy aquí para llevarte a la Unidad.

Vale.

¿Tienes maletas?

No.

¿Más ropa, libros?

No tengo nada.

¿Un maletín?

Nada.

Vuelve a sonreír. Nervioso.

Vámonos.

Me vuelvo y miro a Lilly que finge estar viendo la televisión.

Adiós Lilly.

Levanta la vista y me sonríe.

Adiós James.

Roy y yo salimos de la Sala de Estar y recorremos un Pasillo corto, oscuro, enmoquetado. Mientras caminamos, Roy me observa atentamente.

Ya sabes que eso va contra las Reglas.

Yo miro fijamente hacia delante.

¿El qué?

Hablar con las mujeres.

Lo siento.

No lo sientas. Simplemente no vuelvas a hacerlo.

Está bien.

Nuestras Reglas son por tu propio bien. Te sugiero que las cumplas.

Lo intentaré.

No lo intentes, hazlo o tendrás problemas.

Lo intentaré.

Llegamos a una puerta grande y la atravesamos y todo cambia. Los Pasillos son largos y están flanqueados de puertas. Las moquetas son mullidas y las paredes luminosas. Hay color y luz y sensación de confort. Hay gente andando por todas partes y todos sonríen.

Recorremos una serie de Pasillos. Roy me mira y yo miro hacia delante. Me habla de esta Unidad y de las Normas.

Hay siempre entre veinte y veinticinco hombres en esta Unidad, tres Consejeros y un Jefe de Unidad. Cada hombre tiene un Consejero que supervisa su Programa de Recuperación y el Jefe de Unidad les supervisa a ellos.

Todos los hombres tienen obligación de asistir a tres Conferencias al día, hacer tres comidas al día, y participar en todas las actividades de la Unidad.

A cada hombre se le asigna una tarea que tiene que realizar por las mañanas.

En esta Unidad no están permitidas las sustancias psicotrópicas. Si descubren que las tomas o las tienes te pedirán que te marches.

El correo lo reparten una vez al día. Los Consejeros de Unidad se reservan el derecho a abrir e investigar todos y cada uno de los envíos.

Se permiten visitas los Domingos entre la una y las cuatro. El Personal se reserva el derecho a investigar y examinar cualquier regalo o paquete que te traigan las Visitas.

Las mujeres viven en Unidades distintas y no está permitido ningún contacto con ellas. Si las ves por los Pasillos puedes decirles «hola», pero no «cómo estás». Si rompes esta Regla pueden pedirte que te vayas.

Roy me mira.

Las Reglas van en serio. Si quieres recuperarte, te recomiendo que las

sigas.

Yo sigo mirando hacia delante.

Lo intentaré.

Cruzamos una puerta con el nombre de Sawyer y entramos en la Unidad. Recorremos un Pasillo con puertas a ambos lados. Algunas puertas tienen letreros con nombres y otras están abiertas. Veo hombres en las Habitaciones.

Dejamos el Pasillo y entramos en una Sala espaciosa con dos niveles. En el Nivel Superior hay una máquina de refrescos, una máquina de golosinas, una cafetera grande, una cocina y una mesa grande rodeada de sillas. En el Nivel Inferior hay sofás y sillas, ordenadas en círculo, una televisión y una pizarra. En la pared del fondo hay una Cabina Telefónica y las otras dos paredes tienen grandes puertas correderas de cristal. Las puertas se abren a amplias extensiones de hierba y árboles, a lo lejos veo un lago. Hay hombres sentados ante las mesas y en los sofás. Están leyendo, hablando, fumando cigarrillos y bebiendo café. Cuando entro en la Sala todos se vuelven hacia mí y me miran.

Roy sonríe.

Bienvenido a Sawyer.

Gracias.

Es un buen sitio.

Quiero marcharme.

Aquí te pondrás mejor.

Salir corriendo.

Confía en mí, lo sé.

Ponerme ciego.

Ya.

Morirme.

Vamos a tu Habitación.

Salimos por el Nivel Superior de la Sala a un Pasillo que sale de un extremo. El Pasillo está flanqueado de Habitaciones en las que oigo a la gente hablar, reír, llorar. Nos detenemos ante una puerta y Roy la abre y entramos en la Habitación. La Habitación es bastante grande y contiene cuatro camas, una en cada esquina. Junto a cada cama hay

una mesilla y una cómoda pequeña. A un lado está el Cuarto de Baño. Hay dos hombres sentados en una de las camas jugando a las cartas y ambos levantan la vista cuando entramos.

Larry, Warren, éste es James.

Los hombres se levantan y vienen hacia donde estoy yo y se presentan. Larry es bajo y de aspecto forzudo, con un cuerpo como el tocho de un mazo. Tiene el pelo castaño y largo, una barba poblada y acento del Sur. Parece tener unos treinta y cinco años. Warren tiene cincuenta y tantos y es alto y delgado, está moreno y va bien vestido y tiene una sonrisa amplia. Nos damos la mano y me preguntan de dónde soy y se lo digo. Me preguntan si quiero jugar a las cartas y digo que no. Les cuento que estoy cansado y quiero descansar y doy las gracias a Roy y voy a la cama vacía y me tumbo. Roy se va y Larry y Warren vuelven a sus cartas.

Cierro los ojos y respiro hondo y pienso en mi vida y en cómo he terminado así. Pienso en la ruina, la devastación y el destrozo que me he causado a mí y los demás. Pienso en el odio que me tengo, el aborrecimiento. Pienso en cómo y por qué y en lo que ocurrió y los pensamientos me vienen con facilidad, pero no las respuestas.

Oigo pasos, noto una presencia. Abro los ojos y veo a un hombre de pie junto a mí. Tiene unos treinta y tantos años. Es de estatura mediana y delgado como un junco con largos brazos huesudos y manos delicadas. Es pulcro, con el pelo corto, bien afeitado.

Eres nuevo.

Está nervioso y tenso.

Sí.

Y tiene la mirada vacía.

¿Cómo te llamas?

James.

Me incorporo.

Yo soy John.

Se sienta al borde de la cama y me da una tarjeta.

Ésta es mi tarjeta.

La leo. Dice John Everett. Ninja sexual. San Francisco y el Mundo.

Me echo a reír.

¿Quieres ver una cosa?

Busca su cartera.

Bueno.

La abre y saca un artículo de periódico descolorido y me lo entrega.

El artículo es viejo, del *San Francisco Chronicle*. Tiene la foto de un hombre en medio de una Calle sujetando un cartel. El titular dice Arrestado un Hombre en Market Street que llevaba un Cartel que decía Se Vende Cocaína Tres Horas Después de Salir de San Quintín.

Ése soy yo.

Me río otra vez.

Me volvieron a encerrar otros tres años.

Le devuelvo el artículo.

Vaya putada.

Se lo guarda en el bolsillo.

¿Has follado alguna vez por el culo?

¿Qué?

¿Has follado alguna vez por el culo?

¿De qué me hablas?

Me aficioné en la Cárcel y ahora soy adicto. A eso y a la cocaína en roca. Prefiero que lo sepas cuanto antes.

Me quedo mirándolo.

La sinceridad y la franqueza son muy importantes aquí. Forman parte del Programa y como yo me estoy currando el Programa quería decírtelo. ¿Te parece bien?

Le miro fijamente.

Muy bien.

Se pone nervioso, se levanta, mira al reloj.

Es hora de comer. ¿Quieres que te enseñe el Comedor?

Me pongo de pie sin decir nada. Simplemente le miro.

Salimos y atravesamos la Unidad y recorremos otra serie de Pasillos. Mientras caminamos, John me habla de él. Tiene treinta y siete años y es de Seattle. Viene de una Familia rica e influyente que se ha desentendido de él. Tiene una Hija de veinte años a la que no ha visto

en diez. Pasó ocho años en la cárcel. Su Padre empezó a abusar sexualmente de él cuando tenía cinco años.

Entramos en un Pasillo largo con paredes de cristal a ambos lados. En uno de los sectores comen las mujeres, en el otro los hombres. Al fondo del Pasillo está la Zona Común con un bufé de ensaladas y dos colas estilo cafetería donde dan la comida. John coge dos bandejas, me da una y nos ponemos a la cola.

Mientras avanzamos, empiezo a observar lo que me rodea. Hay hombres y mujeres. Hay comida. Hay conversaciones, pero no hay sonrisas. Las mesas son redondas con ocho sillas alrededor. Hay Gente sentada en las sillas, hay platos y vasos y bandejas en las mesas. Debe haber ciento veinticinco hombres en la Sección Masculina repartidos en mesas que probablemente acomoden a unos doscientos. En la Sección Femenina hay alrededor de cien mujeres repartidas en mesas que deben acomodar a unas ciento cincuenta. Cojo un cuenco de sopa y un vaso de agua y atravieso la Sala. Noto varias miradas fijas en mí. Imagino la pinta que debo tener.

Encuentro una mesa vacía y me siento y estoy solo. Bebo un sorbo de agua y empiezo a meterme cucharadas de sopa en la boca. Está caliente y cada cucharada me produce una cuchillada de dolor en los labios, las mejillas, las encías y los dientes. Como despacio y con determinación y no levanto los ojos. No quiero ver a nadie ni quiero que nadie me vea.

Termino la sopa y durante un instante, al menos, me siento bien. Tengo el estómago lleno y siento calor y estoy tranquilo. Me levanto y cojo la bandeja y la dejo sobre una pila de bandejas y salgo del Comedor.

Vuelvo a la Unidad. Al pasar por una puerta abierta alguien me llama por mi nombre. Me paro y vuelvo a la puerta y un hombre viene hacia mí desde detrás de una mesa. Tiene poco más de treinta años. Es muy alto y está muy delgado. Tiene el pelo oscuro recogido en una pequeña cola de caballo y lleva gafas negras redondas. Va con una camiseta negra, pantalones negros y playeras negras. Parece una versión adulta de un niño que hubiera pasado la infancia sentado detrás de un ordenador y escondiéndose de los Matones.

Tú eres James.

Extiende la mano para saludarme. Nos damos la mano.

Yo soy Ken, tu Consejero de la Unidad de Recuperación.

Mucho gusto.

Se vuelve y va hacia su mesa.

Entra y siéntate.

Le sigo y me siento en una silla frente a él y echo un vistazo a su Despacho. Es pequeño y está abarrotado y hay montones de papeles y archivadores por todas partes. Las paredes están cubiertas de horarios y fotos pequeñas de personas o paisajes y hay una copia enmarcada de los Doce Pasos de Alcohólicos Anónimos colgada a su espalda. Coge una carpeta y la pone sobre su mesa y la abre y me mira.

¿Estás adaptándote bien?

Sí.

¿Hay algo que podamos hacer para que estés más cómodo?

No.

Necesitamos más información para completar tu expediente. ¿Te importa responder a unas cuantas preguntas?

No.

Coge un bolígrafo.

¿Cuándo empezaste a consumir drogas y alcohol?

Empecé a beber a los diez años, a tomar drogas a los doce.

¿Y cuándo empezaste a consumirlos en abundancia?

A los quince bebía todos los días, a los dieciocho bebía y tomaba drogas todos los días. Desde entonces el consumo ha ido en aumento.

¿Pierdes el conocimiento?

Sí.

¿Con qué frecuencia?

Todos los días.

¿Desde cuándo te ocurre esto?

Desde hace cuatro o cinco años.

¿Tienes vómitos?

Todos los días.

¿Cuántas veces?

Cuando me despierto, cuando me tomo la primera copa, cuando tomo la primera comida y unas cuantas veces más después.

¿Cuánto es unas cuantas veces?

Entre tres y siete.

¿Desde cuándo te ocurre esto?

Desde hace cuatro o cinco años.

¿Piensas alguna vez en el suicidio?

Sí.

¿Lo has intentado alguna vez?

No.

¿Te han detenido alguna vez?

Sí.

¿Cuántas veces?

Doce o trece.

¿Motivo?

Por toda clase de mierda.

¿Por ejemplo?

Posesión de Drogas, Posesión y Tráfico, tres veces por Conducir bajo los Efectos del Alcohol, un montón de denuncias por Vandalismo y Destrucción de Propiedad, Agresión, Asalto a Mano Armada, Agresión a un Agente del Orden, Estado de Embriaguez en la Vía Pública, Perturbar el Orden Público. Estoy seguro de que hay alguna cosa más, pero no recuerdo qué exactamente.

¿Alguna de estas denuncias sigue pendiente?

La mayoría.

¿Dónde?

Michigan, Ohio y Carolina del Norte.

¿Te han llevado a Juicio alguna vez?

No.

¿Estás en Libertad bajo Fianza?

Me la salté.

¿Dónde?

En todas partes.

¿Por qué?

He estado en la Cárcel. No me gusta y no quiero volver.

En algún momento vas a tener que hacer frente a las denuncias.

Lo sé.

Te vamos a animar a que lo hagas mientras estás aquí. O al menos a iniciar los trámites.

Lo pensaré.

¿De qué has vivido?

De vender drogas.

Eso va a tener que acabar.

Lo sé.

¿Has recibido Tratamiento anteriormente?

No.

¿Por qué?

Nunca he querido. Les dije a mis Padres que si intentaban ponerme en Tratamiento me iría y no volverían a verme. Y me creyeron.

Se detiene y deja el bolígrafo. Me mira a los ojos y siento que me está poniendo a prueba, esperando a que retire la mirada, o sea que no lo hago.

¿Quieres estar sobrio?

Creo que sí.

¿Crees?

Sí.

¿Significa eso que sí?

Significa que creo que sí.

¿Por qué?

Mi vida es un Infierno. Ha sido un Infierno demasiado tiempo. Si sigo así me voy a morir. No estoy seguro de querer estar muerto todavía.

¿Estás dispuesto a hacer lo que sea necesario?

No lo sé.

Te lo preguntaré otra vez. ¿Estás dispuesto a hacer lo que sea necesario?

No lo sé.

Me mira, enfadado porque no le doy las respuestas que quiere oír. Yo le mantengo la mirada.

Si no estás dispuesto a hacer lo que sea necesario, tanto da que te vayas. Yo prefiero que no lo hagas, pero no podemos ayudarte hasta que estés dispuesto a ayudarte a ti mismo. Piénsatelo y luego hablamos. Si necesitas algo ven a buscarme.

Lo haré.

Se levanta y yo me levanto y sale de detrás de la mesa y nos vamos del Despacho y volvemos a la Unidad. Los hombres están volviendo de comer y formando pequeños grupos en las mesas, en los sofás, en pequeños racimos de sillas plegables. Ken me pregunta si quiero conocer a alguien y le digo que no y se va y le veo acercarse a otro hombre y empezar a hablar con él. Busco un cigarrillo y lo enciendo y le doy una calada larga y profunda y miro a los hombres que me rodean. Son negros y blancos y amarillos y marrones. Tienen pelo largo, pelo corto, barba y bigotes. Van bien vestidos, llevan harapos, están gordos, están flacos. Son duros, curtidos, están machacados, desesperados. Son intimidantes y amenazadores, adictos y dementes. Son todos diferentes y todos iguales y mientras me fumo mi cigarrillo sentado, me dan un miedo de cojones.

Ken ha terminado de hablar con el hombre y anuncia que es hora de la Conferencia y los Hombres se ponen en pie y empiezan a salir. Se me está pasando el efecto de los medicamentos y necesito más o sea que me salto la Conferencia y me vuelvo al Ala Médica y me pongo a la cola. Mientras la cola avanza empiezo a sentir ansiedad, a ponerme nervioso y cabreado. Con cada paso que me acerca a los medicamentos esta sensación se intensifica. Siento que el corazón se me acelera y me miro las manos y están temblando y cuando llego al mostrador apenas puedo hablar. Quiero algo. Necesito algo. Tengo que tomar algo. Cualquier cosa. Pero que me den algo, coño.

La Enfermera me reconoce y busca la lista y la mira y se vuelve y coge unas pastillas de un armarito. Me las entrega con un vasito de plástico con agua y me las tomo todo lo deprisa que puedo y me alejo del mostrador y espero. Casi de inmediato me siento mejor. El corazón me late más despacio, dejan de temblarme las manos, desaparecen el nerviosismo, la angustia y el cabreo.

Doy media vuelta y me marcho, voy hacia la Unidad y entro en la Sala de Conferencias donde me siento y escucho a un hombre que explica la relación entre una dieta sana y una mente sana. No entiendo nada a causa de las pastillas y en un momento dado termina la Conferencia y me levanto y me marcho y vuelvo a la Unidad con el resto de los hombres. Uno de ellos se parece a un Actor de Cine y creo que hablo con él pero no estoy seguro. Paso la tarde y el atardecer en un estado de aturdimiento aplanado en que desaparece toda capacidad para pensar de ninguna manera reconocible y cada instante se me hace una eternidad. Poco después de la cena me meto en la cama y por primera vez en varios años soy consciente de que voy a dormir.

Abro los ojos. Mis Compañeros de Habitación duermen y la Habitación está en silencio y tranquila y oscura. Me siento y me paso los dedos por el pelo y miro la almohada y veo que está cubierta de sangre. Me toco la cara y me doy cuenta de que estoy sangrando.

Me levanto y lentamente doy diez pasos hacia el Cuarto de Baño y abro la puerta y entro y enciendo la luz. Retrocedo ante la claridad y cierro los ojos y espero a que se adapten, avanzo y me agarro a los bordes del lavabo. Abro los ojos y miro al espejo y por primera vez en cinco días me veo la cara.

Tengo los labios cortados y agrietados, hinchados hasta tres veces su tamaño normal. En la parte izquierda de la mejilla una fila de puntos resecos cubiertos de costras cierra un corte profundo de una pulgada de largo. Tengo la nariz torcida e hinchada bajo el vendaje y de los agujeros de la nariz manan dos líneas rojas. Debajo de ambos ojos tengo hematomas negros y amarillos. Tengo sangre, húmeda o seca, por toda la cara.

Alcanzo una toalla de papel y la mojo y empiezo a limpiarme suavemente. Por las mejillas me zigzaguean chorritos de sangre y se me rompen las costras y me estremezco de dolor y la toalla se empapa. La tiro y cojo otra. Vuelvo a hacer lo mismo.

Vuelvo a hacerlo.

Vuelvo a hacerlo.

Termino y tiro la última toalla y me lavo las manos y veo el rojo que me resbala de la piel caer por el desagüe. Cierro el grifo y me paso las manos por el pelo. Están cálidas y me gusta la sensación e intento mirarme otra vez.

Quiero verme los ojos. Quiero mirar bajo la superficie verde pálido y saber qué hay dentro de mí, qué hay en mi interior, qué escondo. Empiezo a levantar la mirada pero la desvío. Intento forzarme pero no puedo.

Me doy la vuelta y salgo del Cuarto de Baño y entro en la Habitación. Larry y Warren y John están despiertos y en fases diversas de vestirse. Saludan y saludo y me vuelvo a la cama y me meto dentro. Cuando empiezo a acomodarme, John se acerca y se me pone delante.

¿Qué haces?

¿A ti qué te parece?

Que vuelves a dormirte.

Exacto.

No puedes hacer eso.

¿Por qué no?

Tenemos que hacer nuestras tareas.

¿Qué tareas?

Cada uno tenemos una. Nos levantamos por la mañana y las hacemos.

¿Ahora?

Sí.

Salgo de la cama y sigo a John hasta el Nivel Superior de la Unidad. Roy me ve y se acerca a mí y me lleva al Tablón donde están nuestras tareas y me explica cómo funciona.

Aquí hay un trabajo y aquí está tu nombre. Cuanto más tiempo pasas aquí más fácil es. Como acabas de llegar, tienes que limpiar los Servicios Colectivos.

Le pregunto dónde están los productos de limpieza y me lo enseña. Mientras los cojo y me dirijo a los Servicios Colectivos, Roy habla.

Asegúrate de que quedan limpios.

Lo haré.

Limpios de verdad.

Ya te he oído.

Busco los Servicios Colectivos, dos Cuartos de Baño a un lado del Nivel Superior utilizados por los Consejeros, los hombres que no tienen ganas de ir a su Habitación y las Visitas. Son pequeños, con un retrete y un urinario y un lavabo cada uno. Entro y froto con un estropajo los retretes y los urinarios y los lavabos. Saco el cubo de basura y pongo papel higiénico nuevo. Friego el suelo. No es un plato de gusto, pero ya

he limpiado retretes otras veces, o sea que no me importa.

Termino el trabajo y guardo los productos de limpieza y vuelvo a mi Habitación y voy al Baño y vomito. No he tomado alcohol en tres días ni me he metido coca en cinco por lo que el vómito no es tan malo como de costumbre, pero empiezo a sentirme mal en otros sentidos. Bajo la tapa del retrete y tiro de la cadena y me siento sobre el retrete y miro a la pared. Me pregunto qué me está pasando.

Me pongo en pie y empiezo a caminar de arriba abajo por el Cuarto de Baño. Cruzo los brazos y empiezo a frotarme el cuerpo. Siento frío y un estremecimiento me recorre la columna. Un segundo quiero llorar, al otro quiero matar, al siguiente quiero morirme. Pienso en salir corriendo pero no tengo dónde ir o sea que camino y me froto el cuerpo y siento frío.

Larry abre la puerta y me dice que es hora de desayunar así que salgo y le sigo a él y a Warren y a John al Comedor y me pongo a la cola y me dan algo de comer. Busco una mesa vacía y me siento y empiezo a comer un cuenco de copos de avena calientes con azúcar y a beber un vaso de agua. Las sensaciones anteriores van cediendo, pero no del todo. Creo que me estoy volviendo loco.

Me termino los cereales y me quedo recostado en la silla y miro hacia el Comedor y veo a Ken hablando con un hombre de la Unidad. El hombre me señala y Ken se acerca a mi mesa y se sienta frente a mí.

¿Te encuentras bien?

Estoy bien.

¿Has pensado algo sobre nuestra conversación?

Sí.

¿Has llegado a alguna conclusión?

No.

Pues sigue pensando.

Lo haré.

Tienes cita esta mañana con el Dentista.

Bien.

Voy a acompañarte a la Unidad Médica y cuando te den tus medicamentos te voy a llevar a una furgoneta. El Conductor va a

llevarte a tu cita, te espera y te trae de vuelta.

Vale.

Después, cuando hayas comido, vas a someterte a una prueba que llamamos la IMPM. Es un test psicológico rutinario que nos dará algunas pistas sobre cómo podemos ayudarte.

Vale.

Se pone de pie.

¿Estás listo?

Cojo mi bandeja y me levanto.

Sí.

Dejo la bandeja y volvemos a la Unidad Médica. Me dan las pastillas y me las tomo y vamos a la Entrada Principal del Hospital donde espera una Furgoneta blanca para transportar Pacientes. Ken me da una chaqueta para que no tenga frío y salimos y corre la puerta de la Furgoneta y habla con el Conductor mientras subo al asiento delantero y me acomodo. Ken se despide y yo me despido y cierra la puerta y el Conductor se pone en movimiento y salimos.

El tiempo ha empeorado. El Cielo se ha llenado de Nubes negras y por el Suelo han cuajado retazos de nieve. Lo que fue verde es ahora parduzco. Lo que tuvo hojas está desnudo. Hace frío y es invierno y el Mundo se ha dormido.

Miro por la ventana al paisaje helado que pasa por delante. El vaho de mi aliento se concentra en el cristal y empiezo a tiritar. Me acurruco y miro al Conductor que también va encogido y conduce despacio y observa la Carretera.

¿Se puede calentar esto un poco?

El Conductor me echa un vistazo.

¿Tienes frío?

Le devuelvo la mirada.

Nos ha jodido que tengo frío.

Ríe.

Dentro de poco, Chico. En cuanto se caliente el motor, tendremos calor aquí dentro.

Paramos en una intersección solitaria donde el semáforo está rojo y

las carreteras vacías y el viento arremolina pedazos de papel y hojas en el aire. El Conductor parece mayor. Tiene pelo blanco desordenado y barba blanca desordenada y brillantes ojos azules. Su piel parece de cuero. Tiene los antebrazos delgados pero de aspecto fuerte, y a pesar de su edad parece también fuerte. Extiende el brazo para darme la mano.

Soy Hank.

Nos damos la mano.

Yo soy James.

¿Qué pasó?

No lo sé exactamente.

¿Estás jodido?

¿A ti qué te parece?

Me parece que me quedo corto.

Pues las apariencias no engañan.

Reímos los dos y la luz se pone verde y Hank sigue adelante y seguimos hablando. Es de Massachusetts, donde ha pasado la mayor parte de su vida trabajando como Capitán de un Barco Pesquero de la Flota Comercial. Siempre fue Bebedor, pero después de la jubilación bebía más. Perdió la Casa, perdió a su Mujer, a su Familia, perdió la cabeza. Vino aquí en busca de ayuda y cuando se curó decidió quedarse para ver si podía ayudar a otros. Es hablador y mientras seguimos lentamente el camino empiezo a pensar en él como en un amigo.

Entramos en un Pueblo pequeño y giramos para coger lo que parece ser su Calle Principal. Hay una Tienda de Comestibles, una Ferretería y un Cuartel de Policía. En los Postes de Luz hay colgados adornos de Halloween, y Gente que parece conocerse entre sí entra y sale de las Tiendas. Hank para el coche en un espacio vacío frente a una tienda de Artículos de Pesca y salimos de la Furgoneta y vamos hacia una puerta pequeña junto a la Entrada Principal de la Tienda. Hank abre la puerta y subimos un tramo de escaleras y cruzamos otra puerta y entramos en una Habitación pequeña y oscura con dos sofás, una Zona de Recepción tras una puerta de cristal corredera y una mesa pequeña cubierta de revistas y libros infantiles.

Hank va hacia el Mostrador de Recepción y yo voy hacia un sofá y me siento y empiezo a ojear las revistas. En el otro sofá hay una mujer sentada con un Niño que mira un cuento de Babar el Elefante. Cuando encuentro una revista y me recuesto y empiezo a leer, veo que la mujer me observa de soslayo. Se aproxima al Niño y le rodea con el brazo y se inclina y le besa en la frente. Sé por qué lo hace y no la culpo y mientras abro la revista se me rompe el corazón y espero que el Niño no se parezca nada a mí cuando crezca.

Hank vuelve del Mostrador de Recepción.

Van a atenderte ahora mismo.

Dejo la revista y me levanto.

Vale.

Estoy asustado y Hank lo nota.

¿Estás bien?

Me pone la mano en el hombro.

Sí.

Me mira directamente a los ojos.

Ya sé que éste es un Pueblo de mierda, pero esta gente sabe lo que hace, Chico. No te preocupes.

Miro a otro lado.

Una Enfermera me llama por mi nombre y Hank levanta el brazo y voy hacia una puerta abierta donde la Enfermera me está esperando. Antes de entrar me vuelvo y veo que la mujer y el Niño me siguen con la mirada. Yo miro a Hank y él asiente con la cabeza y yo hago lo mismo y durante un breve instante me siento fuerte. No lo bastante fuerte para enfrentarme a mí mismo pero lo bastante para seguir adelante.

Atravieso la puerta y la Enfermera me conduce a una Habitación limpia y blanca y me siento en un sillón de Dentista grande en medio de la Habitación y la Enfermera se va y espero. Unos segundos después entra el Dentista. Es cuarentón y alto y tiene cabello oscuro y ojos oscuros y la piel áspera. Salvo por la bata blanca y el sujetapapeles, parece un Maderero.

¿Tú eres James?

Coge una silla y se sienta frente a mí.

Sí.

Soy el Doctor David Stevens. Me alegro de conocerte.

Nos damos la mano.

Lo mismo digo.

Se pone un par de guantes de látex finos y transparentes.

El Médico del Centro de Tratamiento me ha dado algo de información sobre ti.

Saca una linterna pequeña del bolsillo.

Pero tengo que mirarte mejor, para ver exactamente lo que tenemos aquí.

Se inclina hacia delante.

¿Puedes abrir la boca?

Abro la boca y enciende la linterna y me la acerca a la cara.

¿Puedo levantarte el labio superior?

Asiento con la cabeza y me levanta el labio y coge una herramienta metálica larga y delgada con la punta afilada.

Esto puede dolerte.

Toca las esquirlas de mis dientes delanteros con el extremo de la herramienta y empieza a meterla en algunas de las zonas dañadas de las encías. El dolor es inmediato, agudo e insoportable. Quiero cerrar la boca y obligarle a parar, hacer que se vaya el dolor, pero no lo hago. Cierro los ojos y cierro los puños y aprieto. Noto cómo me tiemblan los labios y el sabor de la sangre y cuando el Dentista me toca los dientes, se mueven. Termina el examen y le oigo dejar la herramienta en una bandeja. Me relajo y abro los ojos.

Tenemos que sacarte unas radiografías, pero por lo que puedo ver a primera vista vamos a tener que hacerte cirugía.

Aprieto los puños. Aprieto con todas mis fuerzas.

Los dos frontales están rotos, pero las raíces parecen intactas.

Me tiemblan los labios.

Podemos ponerte fundas y quedarás bien.

Noto el sabor a sangre.

Pero los centrales están perdidos.

Me paso la lengua por la encía superior.

Vamos a tener que hacerte una endodoncia en los canales de la raíz y ponerte un puente.

Me paso la lengua por lo que queda de mis dientes. Esquirlas de dientes pequeñas y afiladas.

No va a ser agradable, pero a menos que te sientas cómodo sin dientes, es la única alternativa.

Asiento con la cabeza.

Voy a darte una cita para dentro de unos días. Por entonces ya habrá cedido la hinchazón de los labios y hasta entonces no podemos hacer nada.

Asiento.

Ha sido un placer, James.

Lo mismo digo.

Se pone de pie y nos damos la mano y se marcha. Otra Enfermera entra y me lava la boca y me la llena de trozos de algodón y placas y hace una radiografía. Cuando termina, el algodón está lleno de sangre y es como si me hubieran pasado lija por la boca y me la hubieran aplastado con un martillo. Me dice que puedo irme y se marcha y me levanto y vuelvo a la Sala de Espera. Hank está sentado en uno de los sofás leyendo una revista sobre las vidas privadas de las Estrellas de Cine y me aproximo y me siento a su lado y deja la revista y me mira.

¿Qué tal ha ido?

Bien.

¿Te lo van a arreglar?

Eso dicen.

Voy a enterarme de cuándo tienes que volver.

Se pone de pie y va a la Zona de Recepción y habla con la Recepcionista y vuelve y salimos de la Consulta y entramos en la Furgoneta y nos vamos de vuelta a la Clínica. Hank intenta ser amable y me habla pero le digo que me duele la boca y me deja tranquilo. Miro por la ventanilla.

Pienso en ella. En la primera vez que la vi. Yo tenía dieciocho años y estaba en la Universidad sentado solo bajo el naranja y amarillo de un

árbol marchito de Octubre. Tenía un libro en la mano y leía y por alguna razón levanté la vista. Ella iba andando sola por el césped del campus con un montón de papeles en un brazo. Tropezó y los papeles cayeron al suelo y al agacharse para recogerlos miró a su alrededor para ver si alguien se había dado cuenta. No me vio, pero mientras se apresuraba a recoger los papeles, yo la vi a ella. No me vio, pero yo a ella sí.

La Furgoneta se detiene en la Entrada de la Clínica y Hank y yo salimos y me acerco a Hank y le doy las gracias por llevarme y por ayudarme. Me dice que tengo aspecto de necesitar que alguien me abrace y me río de él y no me hace caso y viene y me rodea con los brazos y me abraza. Me gusta el simple placer del contacto humano y por primera vez en mucho tiempo puedo decir que me siento bien, lo cual me hace sentirme incómodo así que me aparto y le digo adiós y vuelvo a darle las gracias y entro en la Clínica. La Recepcionista me dice que es hora de comer y voy al Comedor, me pongo a la cola y cojo un cuenco de sopa y un vaso de agua y busco una mesa vacía y me siento solo y hago todo lo que puedo para meterme algo de comida en el destrozo sanguinolento de mi boca.

Oye tío.

Levanto la mirada. Hay un hombre de pie frente a mí. Tendrá unos cincuenta años, estatura media, constitución media. Tiene una mata de pelo espeso y moreno que empieza a clarearse por la coronilla y una cara curtida con aspecto de haber recibido unos cuantos golpes. Lleva una camisa hawaiana de seda de colores azul y amarillo chillón, pequeñas gafas redondas plateadas y un enorme Rolex de oro. Me mira sin pestañear. Deja la bandeja. Parece cabreado.

¿Te acuerdas de mí?

No.

Llevas dos días por ahí llamándome Gene Hackman. Ya sé que te tienen atontado con esa mierda desintoxicante, pero no soy Gene Hackman, ni he sido nunca Gene Hackman ni seré nunca Gene Hackman, y si vuelves a llamarme como al puto Gene Hackman vamos a tener un puto problema bien gordo.

Yo me río.

¿Cuál es el chiste?

Vuelvo a reír. Se parece a Gene Hackman.

¿Te parece gracioso, Cabroncete?

Le miro y sonrío. No tengo dientes y la idea me hace sonreír más.

¿Qué coño te parece tan divertido?

Le miro a los ojos. Tiene la mirada dura, iracunda, violenta. Entiendo su mirada y sé cómo hacerle frente. Estoy en territorio conocido.

Me levanto y la sonrisa desaparece de mi cara. Le miro fijamente y el Comedor se queda en silencio. Hablo.

No te conozco. No recuerdo haberte visto jamás, no recuerdo haber hablado contigo jamás y desde luego no recuerdo haberte llamado Gene Hackman, pero si lo he hecho, pues sí, me parece gracioso.

Noto que la mayoría de la Gente del Comedor nos está mirando y se me acelera el corazón y el hombre me mira y tiene una expresión dura, iracunda y violenta. Sé que no estoy para muchos trotes, pero me da igual. Noto que empiezo a ponerme a tono. Tenso el cuerpo, aprieto la mandíbula, miro hacia delante, con los ojos fijos, centrados y sin parpadear.

Si vas a obligarme a darte una hostia, Viejo, vamos con ello.

Se queda alucinado. No asustado ni reacio, simplemente alucinado. Sigo mirando al frente.

¿Qué has dicho?

Los ojos fijos, centrados y sin parpadear.

He dicho que si vas a obligarme a darte una hostia, vamos con ello.

¿Cómo te llamas, Chico?

James.

James, yo soy Leonard.

Sonríe.

No sé si eres el cabrón más imbécil que he conocido o el más valiente, pero si me contestas a una pregunta puede que deje pasar lo que has dicho.

¿Qué pregunta es ésa, Leonard?

¿Estás jodido, James?

Sí, Leonard. Estoy jodido. Estoy completamente jodido.

Bien, porque yo estoy jodido también. Me caen bien las personas jodidas y quiero pasar con ellas todo el tiempo posible. ¿Por qué no nos sentamos y comemos juntos? Vamos a ver si podemos olvidar nuestras diferencias y ser amigos. No me vendrá mal tener un amigo aquí.

Vale.

Nos sentamos y comemos y Leonard habla y yo le escucho hablar. Leonard es de Las Vegas y lleva aquí una semana. Es adicto a la cocaína y lleva más de un año planeando su estancia aquí. Durante los últimos doce meses no ha hecho más que comer bien, beber buen vino, jugar al golf y esnifar cantidades enormes de farlopa. Se ha metido tanto, dice, que si vuelve a meterse algo se muere. No sé cómo se gana la vida, pero sé que no es legal y que lo hace bien. Lo veo en sus ojos, lo oigo en sus palabras, lo reconozco en el tono distendido con que habla de cosas que la mayoría de la gente consideraría espantosas. Me siento cómodo con Leonard. Con él más que con nadie que haya conocido aquí. Habla con naturalidad del horror. Es un Delincuente metido en algo. Me siento cómodo con él.

Terminamos de comer, dejamos las bandejas y salimos del Comedor y vamos a la Sala de Conferencias. A un lado de la Sala se sientan las Mujeres, al otro los Hombres, y el número total de Pacientes será de unos doscientos cincuenta. Todo el mundo se sienta con los de su Unidad y cuando Leonard y yo nos sentamos con los veinte hombres de Sawyer, un Médico que hay en el Estrado empieza a hablarnos del concepto de Alcoholismo y Adicción como enfermedad.

Empiezo a encontrarme mal. Me recorren el cuerpo oleadas de náuseas. Empiezo a tener frío. Cierro los ojos y los abro y vuelvo a cerrarlos. Lo hago rápidamente, lo hago despacio. Empiezo a tiritar y miro al asiento de delante y se mueve. Empieza a hablarme o sea que dejo de mirarlo y veo luces azules y plateadas revoloteando por todas partes. Cierro los ojos y las luces me vuelan por el cerebro. Siento cómo se me pasea la sangre lentamente por el corazón y me parece que voy a desmayarme así que me pongo una mano en la cara y aprieto. Me duele, pero quiero ese dolor porque da veracidad a esta pesadilla y me

impide enloquecer. El dolor es inmenso, pero lo necesito porque me impide enloquecer.

El Médico termina de hablar y los Pacientes aplauden y yo me suelto la cara y respiro hondo y miro fijo hacia delante. Leonard me toca en el hombro.

¿Estás bien?

No.

¿Necesitas ayuda?

No.

Pues lo parece.

Necesito algo, pero no es ayuda.

Mientras el Médico contesta preguntas desde la tarima me levanto y salgo de la Sala de Conferencias. Me dirijo otra vez a la Unidad con la esperanza de poder llegar a mi cama y de que en la cama me encuentre mejor. Al pasar junto al Despacho de Ken me llama y no le hago caso y sigo andando. Sale al Pasillo y vuelve a llamarme.

James.

Me paro.

¿Qué?

Me apoyo en la pared.

¿Qué te pasa?

Se acerca.

Estoy hecho una mierda, necesito tumbarme.

Se detiene frente a mí.

Puedes tumbarte más tarde. Es la hora de tu test.

¿Qué test?

El IMPM. Te lo dije esta mañana.

No quiero hacerlo.

¿Por qué?

Porque estoy hecho una mierda y necesito tumbarme.

Vas a estar hecho una mierda algún tiempo.

Quizá, pero sigo sin querer hacerlo.

No es voluntario.

¿No puedo hacerlo después?

No, necesitamos que lo hagas ahora. Nos sirve para saber cómo podemos ayudarte, y queremos empezar a ayudarte ya.

Está bien.

Pasamos junto a la Sala de Conferencias y recorremos un laberinto de Pasillos enmoquetados y entramos en una Habitación pequeña y desnuda con dos sillas y una mesa. Ken se sienta y yo me siento. En la mesa, frente a nosotros, hay un cuadernillo grande grapado y un formulario para las respuestas y un lápiz. Ken me habla.

Es un test muy sencillo. Todas las preguntas son de verdadero o falso, y puedes tomarte todo el tiempo que quieras para contestarlas. Cuando termines vuelve a mi Despacho y si yo no estoy deja las respuestas sobre mi mesa. Un Psicólogo de nuestro equipo lo analizará todo y en dos días repasaremos juntos los resultados.

Bien.

¿Alguna pregunta?

No.

Ken se marcha y yo cojo el lápiz y la hoja de respuestas y abro el cuadernillo y empiezo a leerlo. Las páginas están llenas de preguntas y empiezo a contestarlas.

Soy una persona estable.

Falso.

Creo que el Mundo se ha confabulado contra mí.

Falso.

Creo que mis problemas los producen otras personas.

Falso.

No me fío de nadie.

Falso.

Me odio a mí mismo.

Cierto.

Pienso con frecuencia en la muerte.

Cierto.

El suicidio es una alternativa sensata.

Cierto.

Mis pecados son imperdonables.

Me quedo mirando esta pregunta.

Mis pecados son imperdonables.

Me quedo mirando esta pregunta.

Mis pecados son imperdonables.

La dejo en blanco.

Contesto quinientas sesenta y seis de las quinientas sesenta y siete preguntas de verdadero o falso del test y cierro el cuestionario y suelto el lápiz y respiro hondo. Han pasado varias horas y estoy agotado y quiero beber. Vodka, ginebra, ron, tequila, bourbon, whisky. Me da igual. Que me den algo de beber. Una buena copa de alcohol potente. Me digo que sólo quiero una pero sé que no es verdad. Quiero cincuenta, coño.

Cojo mi hoja de respuestas y me levanto y salgo de la Habitación y vuelvo al Despacho de Ken y dejo el test y mi hoja de respuestas sobre su mesa y vuelvo a la Unidad. Las actividades del día han terminado y los hombres están desperdigados en pequeños grupos por los dos Niveles. Juegan a las cartas, sueltan gilipolleces, fuman cigarrillos y beben café. El teléfono está libre y yo no he hablado con mis Padres, ni con mi Hermano ni con ninguno de mis amigos, o sea que bajo al Nivel Inferior y cojo una silla y me siento junto al teléfono y descuelgo y empiezo a hacer llamadas a cobro revertido.

Llamo a mi amiga Amy. Llamo a mi amiga Lucinda. Llamo a mi amiga Courtney. Todas eran en un principio amigas de ella pero cuando me dejó y los demás me dieron de lado ellas me apoyaron. Las quiero mucho a las tres y su conversación me altera. Las llamo, contestan. Les digo que me hice daño, que he venido aquí, que voy a intentar curarme. Les digo que no sé si voy a poder. Lloran y me preguntan si necesito algo y les digo que no. Preguntan si pueden ayudar en algo. Les digo que ya me han dado más que suficiente. Colgamos.

Llamo a mi Hermano. Me pregunta cómo estoy y le digo que aguantando el tipo. Me dice que le preocupo y que quiere venir a verme. Le digo que no sé a qué día estamos pero que el Día de Visitas es el Domingo y me gustaría que viniera. Me dice que tenga valor y le digo que lo estoy intentado. Me dice que está orgulloso de mí y yo le

doy las gracias. Le digo que tengo que irme y me dice que llame si necesito algo y le doy las gracias. Colgamos.

Llamo a mis Padres a un hotel de Chicago y mi Madre contesta el teléfono.

Diga.

Hola Mamá.

Un momento, James.

La oigo llamar a mi Padre. Mi Padre coge el teléfono.

Hola, James.

Hola, Papá.

¿Cómo estás?

Bien.

¿Qué tal ahí?

Bien.

¿Qué han hecho hasta ahora?

Me están desintoxicando y es asqueroso, y ayer me trasladaron a una Unidad y no está mal.

¿Tienes la impresión de estar mejorando?

No lo sé.

Oigo que mi Madre respira con fuerza.

¿Podemos ayudarte en algo?

Oigo que mi Madre empieza a llorar.

No.

La escucho llorar.

Tengo que irme, Papá.

La escucho llorar.

Te vas a poner bien, James. Aguanta.

La escucho llorar.

Tengo que irme.

Si necesitas algo, llama.

Adiós.

Te queremos.

Cuelgo el teléfono y miro al suelo y pienso en mi Madre y mi Padre en la Habitación de un Hotel de Chicago y me pregunto por qué siguen

queriéndome y por qué no puedo yo quererlos a ellos y cómo dos personas normales y estables han podido crear algo como yo, vivir con algo como yo y tolerar a algo como yo.

Miro al suelo y me pregunto, cómo pueden tolerarme.

Levanto la vista y veo que la mayoría de los hombres salen de la Unidad para ir a cenar o sea que me levanto y recorro los Pasillos hasta el Comedor y me pongo a la cola y me dan sopa y un vaso de agua y me siento en una mesa vacía y como. La comida sabe bien, y cuando termino el plato de sopa quiero más. Mi cuerpo ansía y quiere y exige y aunque no le puedo dar lo que normalmente recibe, necesita algo. Cojo un segundo plato de sopa y después un tercero y después un cuarto. Me los tomo todos y quiero más. Siempre ha sido así, quiero más y más y más y más.

Termino de comer y salgo del Comedor y voy a la Sala de Conferencias y me siento con Leonard y escucho a una mujer contarnos la historia de su vida. La mujer ha estado en diecisiete Centros de Tratamiento en los últimos diez años. Perdió a su Marido, perdió a sus Hijos, perdió todo su dinero y pasó dos años en la Cárcel. Lleva dieciocho meses limpia y dice que se siente feliz por primera vez en toda su vida. Dice que ha dedicado su vida a Dios y a los Doce Pasos y que cada día es mejor que el anterior. Buena suerte, señora. Buena jodida suerte.

Termina su historia y la Gente aplaude y se levanta y vuelve a la Unidad y yo me voy a mi Habitación. Quiero irme a la cama pero no puedo o sea que juego a las cartas con John y Larry y Warren. Larry, que tiene Mujer y Gemelas recién nacidas esperándole en su casa de Texas, está desconsolado. Acaba de enterarse esta tarde de que tiene el virus VIH, que probablemente cogió durante los diez años de inyectarse cristales de metanfetamina y follar con putas. Quiere contárselo a su Mujer pero le da miedo llamarla o sea que se queda con nosotros y juega a las cartas y habla de cuánto quiere a sus Hijas. Quisiera poder consolarle pero no sé qué decir y no digo nada y río cuando hace bromas y le digo que sus Niñas son preciosas cuando me enseña la foto.

Se hace tarde y guardamos las cartas y nos metemos en la cama. Mi

cuerpo sigue pidiendo lo que no puedo darle y no puedo dormir o sea que me quedo tumbado y miro al techo. Pienso en dónde estoy y cómo he llegado aquí y qué coño voy a hacer y oigo llorar a Larry y dar golpes en la almohada y maldecir a Dios y rogar perdón. En un momento dado se me cierran los ojos y en un momento dado me quedo dormido.

Estoy solo sentado ante una mesa. Es de noche y no sé dónde estoy ni cómo he llegado aquí. Hay botellas de alcohol y de vino por todas partes y sobre la mesa ante mí hay un buen montón de cocaína blanca y una bolsa enorme de crack amarillo. También hay un encendedor de soplete, una pipa, un tubo de pegamento y una lata abierta llena de gasolina.

Miro a mi alrededor. Hay oscuridad, hay alcohol, hay drogas. De todo en abundancia. Sé que estoy solo y no hay nadie que pueda detenerme. Sé que puedo meterme todo lo que quiera de lo que quiera.

Al ir a coger una de las botellas, algo en mi interior me dice que pare, que lo que hago está mal, que tengo que dejar de hacerlo, que me estoy matando. Acerco la mano de todas formas. Agarro la botella, me la llevo a los labios y bebo un trago largo y hondo que me quema la boca, la garganta, el estómago.

Durante un instante muy breve me siento entero. Desaparece el dolor que llevo siempre conmigo. Estoy bien, tranquilo, confiado y seguro, sosegado y en calma. Estoy bien. Maldita sea, estoy de puta madre.

Estos sentimientos desaparecen tan rápido como vinieron y quiero que vuelvan. Me da igual lo que tenga que hacer, lo que tenga que tomar, lo que tenga que soportar. Haré lo que haga falta. Lo que quiero es que vuelvan.

Bebo un trago. No funciona. Cojo otra botella, bebo más cantidad. No funciona. Agarro botella tras botella, bebo trago tras trago, nada funciona. En lugar de sentirme mejor, me siento cada vez peor. Todo lo que me parecía bueno se ha vuelto malo y se ha magnificado más allá de todo punto de referencia o comprensión. Mi única alternativa es intentar matar. Matar lo que me duele. Matarlo.

Paso a las drogas. Respiro hondo y hundo la cara en el montón de cocaína e inhalo y las fosas nasales se me llenan de fuego y el fondo de la garganta se me vuelve un infierno. Respiro, inhalo, respiro, inhalo,

respiro, inhalo. Demasiado, demasiado rápido y empieza a sangrarme la nariz. Me limpio la sangre y respiro e inhalo. Y vuelvo a hacerlo. He empezado a matarme, pero esto no ha hecho más que empezar.

Desgarro la bolsa de crack y saco un puñado de pedruscos amarillos. Vuelvo a limpiarme la sangre y agarro la pipa que es un tubo largo y recto de cristal con un filtro metálico y empiezo a llenarla de piedras. La lleno, vuelvo a limpiarme la sangre, enciendo el mechero, me llevo la pipa a los labios, acerco la llama al extremo. Inhalo. Miel de menta picante mezclada con napalm seguida de un torrente placentero mil veces más fuerte que el polvo más puro, mil veces más peligroso. Aguanto y el éxtasis coge velocidad y fuerza y crece, me consume y me embarga. Vuelvo a sentirme bien, perfecto, magnífico e invencible, como si la fuerza de todos los orgasmos que he tenido, pueda tener o vaya a tener jamás se hubiera concentrado en un solo momento. Dios mío, voy a correrme. Joder, joder, voy a correrme. Venga, venga, venga, venga. Coño, venga.

Desaparece con la misma rapidez que vino y sé que se ha ido para siempre, y en su lugar queda miedo, terror y una rabia asesina. Cualquier pretensión de experimentar placer desaparece. Cojo más piedras, lleno la pipa, chupo. El mechero es blanco y el vidrio es rosa y siento que me hierve la piel de los dedos pero no me importa. Cojo más piedras, lleno la pipa, chupo. Sigo haciéndolo hasta haber vaciado la bolsa y entonces meto la bolsa en la pipa y me fumo el plástico. Siento una rabia asesina y necesito matar. Matar mi corazón, matar mi cerebro, matarme.

Hay pegamento y hay gasolina y quiero las dos cosas. Cojo el pegamento y me coloco el extremo del tubo bajo la nariz y extiendo una raya espesa sobre la piel que hay entre los agujeros de la nariz y el labio. Cada aliento me trae el hedor del infierno y la muerte, cada aliento trae el deseo de más. Me estoy matando con rapidez y eficacia ahora, pero no con suficiente rapidez y eficacia.

Me inclino hacia delante y pongo la nariz justo encima de la superficie brillante de la gasolina y miro directamente a los ojos de la aniquilación química. Esta cara es mi amiga, mi enemiga y mi única

alternativa. La acepto.

Inhalar, exhalar, cada vez más rápido, más rápido, más rápido. No siento ya nada o lo que siento es tan potente que mi cabeza y mi cuerpo son incapaces de registrarlo. Estoy a gusto aquí. Esto es lo que quiero, lo que necesito y lo tengo que conseguir, y aquí es donde he vivido los últimos años de mi vida.

Me doy cuenta de que tengo frío y despierto y abro los ojos. La Habitación está oscura y silenciosa. En un reloj junto a la cama de John veo las seis y cuarto. Oigo roncar a Warren. Me incorporo, me froto el cuerpo y tirito. Tengo carne de gallina en los brazos y todo el pelo de la nunca levantado y me da miedo. Miedo de mi sueño, miedo de la mañana, miedo de este lugar y de la gente que hay en él, miedo de la vida sin drogas y sin alcohol, miedo de mí, miedo de enfrentarme a mí, miedo del día que espera, un miedo de la hostia, un miedo de locura. Tengo miedo y estoy solo y está amaneciendo y no hay nadie todavía despierto.

Salgo de la cama y voy al Cuarto de Baño y me doy una ducha y me seco y me vuelve el dolor y caigo de rodillas y me arrastro hasta el retrete y vomito. El vómito es peor que de costumbre. Más espeso, más sanguinolento, con más pedazos de estómago, más doloroso. Cada arcada me quema la garganta y me taladra el pecho un dolor agudo y siento que estoy ahogándome y casi me gustaría que fuera verdad porque así pararía todo. Sólo quiero que pare.

Termino de vomitar y me siento en el suelo y me apoyo en el retrete. Empiezan a inundarme olas de emoción y siento la marea de las lágrimas. Todo lo que sé y todo lo que soy y todo lo que he hecho empieza a pasar velozmente ante mis ojos. Mi pasado, mi presente, mi futuro. Mis amigos, mis enemigos, los amigos que se convirtieron en enemigos. Dónde he vivido, dónde he estado, qué he visto, qué he hecho. Lo que he arruinado y destruido.

Empiezo a llorar. Me corren lágrimas por las mejillas y se me escapan sollozos silenciosos. No sé lo que estoy haciendo ni sé por qué estoy aquí ni sé cómo llegaron las cosas a ponerse tan mal. Intento encontrar respuestas pero no las hay. Estoy demasiado jodido para tener

respuestas. Estoy demasiado jodido para todo. Las lágrimas salen con más fuerza y los sollozos se vuelven más sonoros y me acurruco en el suelo de baldosas frías y me rodeo con los brazos. Me aprieto y lloro a gritos y ya es de día y estoy en algún lugar de Minnesota y no he bebido un solo trago en cinco días y no sé qué coño me está pasando.

Cesan las lágrimas y cesan los sollozos y me incorporo y me limpio la cara. Oigo que hablan fuera y no quiero que me vean así o sea que me levanto y respiro hondo y me digo que estoy bien y salgo.

Entro en la Habitación. Warren y John están junto a la cama de Larry. Warren me oye y mira hacia mí.

¿Has visto a Larry?

No.

Sus cosas no están.

No le he visto.

Creemos que se ha marchado.

No sé qué deciros.

Vamos a buscar a los Consejeros para decírselo. Si le ves, dile que venga a buscarnos.

Vale.

Se marchan y yo me acerco a la cama y mientras me pongo la ropa, pienso en Larry. Se ha ido definitivamente y no va a volver definitivamente. Está ahí fuera, solo en medio del frío, probablemente a un lado de la Carretera, con sus maletas, el pulgar fuera y la mano levantada. Está pensando en su Mujer y sus preciosas Niñas. Quiere verlas y cogerlas en sus brazos y abrazarlas y besarlas. Quiere decirles que lo siente mucho y que todo va bien, que está dispuesto a ser el Marido y el Padre que él sabe que podía haber sido. Reza para que no tengan lo que él tiene porque, si es así, están muertas. Quizá mañana o la semana próxima o el mes siguiente o el año siguiente, pero antes o después están muertas, y están muertas por su culpa. Bendito seas, Larry, mi corazón está contigo. Ojalá llegues sano y salvo a tu casa, ojalá tu Mujer y tus Hijas den negativo en el VIH, ojalá el resto de tus días en esta Tierra sean los más felices de tu vida. Bendito seas, Larry. Bendito seas.

Termino de vestirme y salgo de la Habitación. Cojo los productos de limpieza y voy a los Servicios Colectivos y aunque no parecen sucios, me arrodillo y empiezo a limpiarlos.

Oye.

Me vuelvo. Roy está en la puerta.

Ayer dejaste esto hecho una mierda.

Dejo la esponja.

¿Qué?

Me pongo de pie.

Ayer dejaste esto hecho una mierda.

Roy avanza un paso.

A mí me pareció que estaba limpio.

Se acerca más.

Estaba sucio. Hazlo mejor hoy o voy a chivarme.

El Cuarto de Baño es pequeño.

Ya me has oído. Limpia bien estos retretes o te voy a denunciar.

Me siento atrapado.

Los limpiaré bien. Lo prometo.

Como una rata en una jaula.

VAS A LIMPIAR MEJOR QUE BIEN. VAS A DEJARLOS RELUCIENTES O VOY A ECHARTE DE AQUÍ.

Como una rata en una jaula que quiere salir.

DÉJAME EN PAZ, COÑO.

Vuelve a avanzar. Huelo su aliento, noto su saliva en las mejillas. La Furia se despierta.

VOY A ECHARTE DE AQUÍ DE UNA PATADA EN EL CULO, PEDAZO DE MIERDA.

Extiendo las manos y cojo a Roy por el cuello y aprieto y le lanzo contra la pared del Cuarto de Baño y suena un golpe seco y empieza a gritar.

SOCORRO SOCORRO SOCORRO.

Vuelvo a agarrarlo y le saco por la puerta. Cae contra la pared frente a la puerta y se desploma al suelo y sigue gritando.

SOCORRO SOCORRO SOCORRO.

Cruzo la puerta y me quedo en pie junto a él.

¿Están limpios los retretes ahora, Hijoputa?

SOCORRO SOCORRO SOCORRO.

Quiero patearle la puta cara.

¿Están limpios los retretes ahora, Hijoputa?

Quiero arrancarle los brazos y las piernas y metérselos por la puta garganta.

SOCORRO SOCORRO SOCORRO.

Quiero matarle. Reducirle a huesos triturados, carne desgarrada y sangre.

¿ESTÁN LIMPIOS LOS RETRETES AHORA, HIJOPUTA?

Matarle, coño.

¿ESTÁN LIMPIOS LOS RETRETES AHORA?

SOCORRO SOCORRO SOCORRO

Dos hombres vienen corriendo por el Pasillo y me agarran y me apartan. Yo les empujo.

NO ME TOQUÉIS, JODER.

Vienen más. Levantan a Roy, se colocan entre medias, me miran como si fuera un monstruo. Yo miro también, miro a través de ellos directamente a Roy.

Me ha atacado, está loco, lleváoslo de aquí.

Roy está llorando y sollozando. Le corren lágrimas por la cara y tiene la respiración entrecortada. Los hombres intentan consolarle.

Vine para ayudarle en los retretes, sólo quería ayudarle y me atacó. Yo no he hecho nada.

Me miran. Me miran como si fuera un monstruo.

Doy media vuelta y vuelvo a la Habitación y está vacía y empiezo a caminar y mi cuerpo tiembla e intento controlarme. Una parte de mí quiere volver al Pasillo y pelear con quien quiera que esté allí y destruir o ser destruido, la otra parte quiere esconderse. Todo yo quiere el alcohol y el vino y la cocaína y el crack y el pegamento y la gasolina de mi sueño.

La Furia se ha despertado. Paseo y tiemblo e intento controlarme. Necesito calmarme, pero no sé cómo. Las evasiones de las que dependo, que utilizo para sobrevivir y a las que soy adicto han desaparecido, y

en su lugar hay Médicos y Enfermeras y Consejeros y Reglas y Normas y Pastillas y Conferencias y Comidas Obligatorias y Tareas por la mañana y nada de esto me está haciendo puto efecto.

Ni puto efecto.

Dejo de pasearme. Miro al suelo. Cierro los puños y aprieto y cada célula de mi cuerpo se tensa y se prepara y viene, la Furia viene y no sé qué hacer ni dónde ir ni cómo evitarla y viene y viene y ha venido. Explosión.

Grito. Veo una cama. Agarro el extremo de la cama y la levanto y la vuelco y el colchón cae y cojo el somier de metal desnudo y lo levanto y lo arrojo con todas mis fuerzas con todas y se parte pero no es suficiente y empiezo a darle patadas patadas patadas y se parte una vez y otra y otra y no quedan más que barras rotas y tuercas y tornillos y estoy gritando y me gusta la sensación y no he hecho más que empezar. Me acerco a la mesilla. Arranco los cajones y los tiro y caen al otro lado de la Habitación y ya no son cajones sino trozos de cajones y la mesilla sigue ahí o sea que la levanto y la estampo y no quedan más que pedazos de mesilla.

Hay alguien en la puerta y ese alguien está gritando pero no le oigo. Ya no puedo oír, ni ver, ni sentir, ni pensar. Estoy sordo, mudo y ciego. Inconsciente, insensible e incontrolable.

Hay una cómoda, hay pedazos de cómoda. Hay otra cama y la vuelco y la destrozo. Hay más gritos y después hay hombres de blanco y brazos que me están sujetando y estoy gritando.

Hay una aguja.

Estoy en una Habitación nueva. Es sencilla y blanca y está vacía, salvo por una cama. No sé cómo he llegado aquí ni cuánto tiempo llevo aquí ni qué día es ni qué hora es. Sé que sigo en la Clínica. Lo sé porque oigo los gritos. Los gritos de los Adictos sin sus adicciones. Los gritos de los muertos que siguen extrañamente vivos.

Estoy tumbado mirando al techo. He vomitado dos veces hoy pero no ha sido muy horrible. No había sangre ni bilis, ni trozos, sólo jugos gástricos y agua. Lo cual me resulta alentador. Es lo único de mi estado actual que encuentro alentador.

Estoy esperando que venga alguien y me diga que ya es hora de marcharme. Intento decidir lo que voy a hacer. No tengo dónde vivir, ni adónde ir. No tengo dinero, ni recursos, ni trabajo. No tengo esperanzas de tener dinero, ni recursos, ni trabajo. No tengo seguridad en mí mismo, ni autoestima, ni sentimiento de valía. Mi instinto de conservación desapareció hace mucho tiempo. No voy a molestarme en avisar a mis Padres, ni a mi Hermano, ni a los pocos amigos que me quedan. Me darán por perdido cuando salga de aquí. Me daré por perdido cuando salga de aquí.

Llaman a la puerta y no hago caso. Otra vez llaman y otra vez no hago caso. No quiero ver a nadie ni hablar con nadie ni tener nada que ver con nadie. Tengo que decidir qué voy a hacer.

La puerta se abre y entran Ken y un hombre y una mujer y me incorporo. El hombre es más alto que Ken y tiene el cuerpo macizo por la musculatura y el pelo corto negro y en punta. Lleva grandes botas negras, vaqueros negros descoloridos y una camisa negra con un dibujo de una Harley delante que dice Siempre sobre Ruedas, Siempre Sobrio. Tiene los brazos cubiertos de tatuajes y los nudillos de cicatrices. La mujer es baja y gordita y tiene el pelo gris recogido en una coleta y se parece a la Mona Lisa. Lleva ropa suelta y gruesa y calcetines de lana y zapatos Birkenstock y anillos de plata en los dedos y un colgante con

una turquesa al cuello. No le veo tatuajes y no le veo cicatrices. Habla Ken.

Hola, James.

Hola.

¿Te importa que nos sentemos?

Me da igual.

Ken se sienta al borde de la cama, la mujer se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, el hombre se queda de pie. Habla Ken.

Éste es Lincoln.

Gesticula hacia el hombre. El hombre me mira.

Es el Supervisor de Unidad de Sawyer.

Yo le miro a él.

Y ésta es Joanne.

Lincoln me mira fijamente

Joanne es una Psicóloga de la casa.

Yo le miro a él.

Nos gustaría hablar de lo que pasó ayer.

Lincoln me mira fijamente. Yo le miro a él.

Pues hablad.

Lincoln habla. Tiene la voz grave y dura, con un sonido como el de un pincho de metal oxidado.

Queremos que hables tú. Queremos oír tu versión.

¿Vais a echarme de aquí?

Ken mira a Lincoln. Lincoln mira a Joanne. Joanne habla.

Por el momento sólo queremos hablar.

¿Por dónde empiezo?

Habla Lincoln.

¿Dónde empezó el problema?

Tuve un sueño, un mal sueño, y me jodió totalmente. Supongo que empezó ahí.

Habla Ken.

¿Qué soñaste?

Que estaba en una Habitación solo y no sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí y estaba bebiendo y metiéndome drogas y al final me

quedaba aniquilado. Parecía real y cuando me desperté tuve miedo.

Joanne habla.

Tuviste un Sueño de Consumidor.

¿Qué es un Sueño de Consumidor?

Cuando los Alcohólicos y los Toxicómanos dejan de beber o tomar drogas su subconsciente sigue ansiándolo. El ansia se manifiesta a veces en forma de sueños que pueden parecer increíblemente reales y, en cierto sentido, lo son. Aunque no consumiste, una parte de tu cerebro lo hizo. Probablemente sigas teniéndolos durante un año incluso.

Pues va a ser divertido.

Lincoln habla.

¿Y qué pasó después?

Me mira fijamente.

Fui al Cuarto de Baño y vomité y me sentí peor. Intenté mirarme a la cara y me puse enfermo de otra manera y volví a sentirme peor. Entonces fui a limpiar los Servicios.

Sigue mirando fijamente.

Y entonces atacaste a Roy.

Me vuelvo hacía él, le miro fijamente.

Roy me buscó y me encontró.

Ken habla.

¿Por qué te buscó?

Ni idea.

¿Simplemente te provocó?

Me ha estado tocando los cojones desde que estoy aquí. No tengo ni idea por qué.

¿Qué ha hecho?

Decirme que estoy desobedeciendo todas las Reglas, decirme que lo hago todo mal, decirme que va a hacer que me echen de aquí.

Habla Lincoln.

¿Y tú no quieres eso, verdad?

Yo no he hecho nada. No tenía derecho a joderme.

¿Y tenías tú derecho a atacarle?

Cuando me buscó, sí.

¿Y si soy yo quien te busca?

Me encontrarás también.

Lincoln me mira fijamente.

Hacerte el duro no te va a servir de mucho.

Yo le miro a él.

A ti tampoco te va a servir de mucho.

Habla Ken.

Roy nos dijo que estaba ayudándote y que le atacaste sin motivo.

Roy es un puto mentiroso.

Habla Lincoln.

Cuidado con lo que dices.

Que te den por culo.

¿Qué has dicho?

Que te den por culo.

CUIDADO CON LO QUE DICES.

¡QUE TE DEN POR CULO!

Habla Ken.

Cálmate, James.

Que te den a ti también, Ken.

Joanne habla, mira a Ken y a Lincoln.

¿Queréis dejarnos solos un rato?

Habla Lincoln.

No hemos terminado.

Habla Joanne.

Creo que sería mejor que nos dejéis solos un ratito. Ya volveremos a charlar en grupo.

Lincoln se da media vuelta y sale de la Habitación sin decir palabra. Ken me mira y habla.

Si necesitas hablar, estaré en mi Despacho.

Sigue a Lincoln y cierra la puerta y me quedo solo con Joanne. Se apoya en la pared y cierra los ojos y respira hondo y exhala y yo la observo sentado en la cama y ella se queda ahí y respira y yo me harto del silencio y del sonido de su respiración. Quiero estar solo y necesito pensar qué voy a hacer. Hablo.

¿Qué quieres?

Joanne abre los ojos.

Solo quería quedarme contigo unos minutos. Saber si hay algo de lo que quieres hablar.

No hay nada.

Muy bien.

Se pone en pie.

¿Puedo hacer algo por ti antes de irme?

Sí.

¿Qué?

Quiero dejar de tomar el Librium.

¿Por qué?

Me pone como loco, me da la sensación de que todo es un puto mal sueño. Prefiero no tomar nada a tomar esa mierda.

Les diré a las Enfermeras que interrumpan tu ciclo.

Gracias.

¿Alguna otra cosa?

¿Qué se supone que debo hacer?

Hoy es otro día. El desayuno empieza en unos diez minutos, después la Conferencia. Tienes una cita con el Dentista a las diez y media así que tienes que volver a las diez para irte con el Conductor. Haz tu vida normal y si necesitas hablar de algo, estoy en la Habitación trescientos doce.

Gracias.

Va hacia la puerta.

¿Te veré pronto?

Quizá.

Se va y estoy solo y estoy sorprendido de estar aquí y una parte de mí se siente aliviada y otra parte de mí decepcionada y otra parte confundida y no sé qué voy a hacer. Puedo marcharme o quedarme. ¿Puedo marcharme o quedarme?

Marcharme significa volver a la adicción y enfrentarme a la muerte o a la Cárcel. Quedarme significa dejar la adicción y enfrentarme a algo que todavía me es desconocido. No estoy seguro cuál de las dos cosas

me asusta más. Me levanto y abro la puerta y veo que estoy en la Unidad Médica. Me pongo a la cola y empiezo mi rutina diaria y recuerdo el número de la Habitación de Joanne. Trescientos doce.

Me tomo los antibióticos y me entran con más facilidad que hasta ahora y recorro los Pasillos limpios, luminosos y vacíos para ir al Comedor. Al entrar en el Corredor de cristal veo que he llegado tarde y veo Gente que levanta los ojos y me mira y no hago caso y me dan un cuenco con copos de avena grisácea y espesa y le echo una cucharada grande de azúcar y busco sitio en una mesa vacía y me siento. Sé que la Gente sigue mirándome y no hago caso. Leonard me señala y se acerca con dos hombres. El primero es bajo y robusto y lleva un pañuelo negro atado a la cabeza. Por detrás del pañuelo le sale pelo oscuro y largo. Lleva vaqueros negros y una camiseta negra y una cicatriz le recorre una mejilla. El otro hombre es alto y delgado y lleva vaqueros ajustados negros, una camisa negra y botas vaqueras negras. Tiene la cara enjuta y demacrada y se le marcan las venas azules bajo la piel de los brazos. Los dos parecen violentos y cabreados. Dan mucho más miedo que el Paciente medio de este sitio. Leonard pone su bandeja sobre mi mesa.

Hola Chico.

Qué hay.

Éste es Ed.

Señala hacia el tipo bajo.

Y éste es Ted.

Señala al tipo alto.

Ambos saludan con la cabeza. Yo saludo igual.

¿Te importa si comemos contigo?

Me da igual.

Leonard se sienta.

Gracias.

Ed y Ted siguen su ejemplo. Habla Leonard.

Me han dicho que le diste de hostias a Roy ayer.

Miro mi desayuno. No contesto.

Odio a ese Gilipollas, o sea que tranquilo. No voy a decir nada a nadie.

Levanto la vista hacia Leonard. No contesto.

Ted habla. Tiene un marcado acento del Sur.

Tendrías que haberle visto después. Estaba bien jodido. Llorando y quejándose y gritando y eso. Se asustó tanto que se meó en los pantalones.

Miro a Ted. No contesto.

Habla Ed. Tiene la voz ronca y cansada. Voz de currante.

¿Qué le hiciste?

Miro a Ed.

Que no voy a decir nada a nadie.

Le miro la cicatriz. Es profunda y brutal.

Sólo quiero saber qué le hiciste.

Le pregunté si estaban bastante limpios los Servicios, le vapuleé un poco.

Habla Leonard.

¿Nada más?

Nada más.

Me levanto y cojo mi bandeja y me voy a una mesa vacía y me siento y empiezo a comer. La avena es grisácea y espesa y asquerosa pero el azúcar sabe bien. Se deshace en la lengua y su dulzura es el primer sabor que he reconocido aparte del whisky o el vino o el tabaco o el vómito desde la noche de mi accidente. Me gusta el sabor dulce y eso significa que estoy recuperando los sentidos. Volverán todos si me quedo aquí. Podré saborear y oler y experimentar sensaciones normales como las que experimenta la gente normal todos los días. Si me quedo.

Me meto la última cucharada de avena en la boca y cuando trago noto que el estómago intenta devolverla. Aprieto la mandíbula y contengo el aliento y tenso los músculos abdominales e intento evitarlo. Empiezo a ahogarme con pequeñas arcadas violentas y dolorosas. Siento que una masa me sube por la garganta y ya no tiene sabor dulce y tomo aliento y me lo vuelvo a tragar y la masa regresa hacia abajo. En cuanto llega intenta volver a subir. Yo repito todo el proceso. Apretar, tensar respirar, tragar. Apretar, tensar, respirar, tragar. Mi cuerpo está luchando lo necesario para ponerse mejor. Yo estoy

luchando lo necesario para ponerme mejor.

La masa se asienta finalmente y es incómodo y respiro largo y hondo y me recuesto en la silla. Tengo el estómago lleno y me arde. No tiene costumbre de conservar tanta comida y no tiene costumbre de conservar tanta comida tan regularmente. Me da la sensación de que está dilatándose y empieza a consumir todas mis energías. El acto simple de digerir un cuenco de cereales me está dejando sin fuerzas. Llevo menos de una hora despierto.

A mi alrededor otros Pacientes están saliendo del Comedor y dirigiéndose hacia la Conferencia y me pongo en pie y dejo la bandeja y les sigo por el Corredor de cristal y por el laberinto de Pasillos y paso ante las ventanas llenas de luz y las puertas abiertas y ante las caras sonrientes del Personal. No miro a nadie y no saludo a nadie. Estoy en mi cabeza y en mi cabeza estoy solo. Estoy intentando decidir qué voy a hacer.

Busco un asiento entre los hombres de mi Unidad y me siento. No hay nadie a mi lado y así quiero que sea. Según parece, también es como lo quieren los hombres de la Unidad. Siento sus ojos fijos en mí y cuando les devuelvo la mirada los apartan. Retiran la mirada rápidamente y yo les miro hasta que sienten mi mirada y entienden el mensaje que lleva esa mirada y saben que no tienen que volver a mirarme. No me miran más. Roy está sentado dos filas más adelante y cuchichea algo a un hombre que no conozco y me observa receloso con el rabillo del ojo. Yo me quedo mirándole. Su cuchicheo se anima y se acompaña de gestos iracundos. El hombre empieza a observarme con disimulo. Roy interrumpe sus palabras y empiezan a reír. No estoy de humor.

Oye Roy.

Roy deja de hablar, me mira.

¿Algún problema?

El resto de los hombres de la Unidad me mira.

No, no hay ningún problema.

Si tienes algo que decir, dímelo a la cara.

No tengo nada que decir.

Entonces por qué coño no te callas tú y el Mariconcete de tu amigo.

Roy traga saliva, el hombre se asusta. Oigo a varias Personas reír. Miro fijamente a Roy hasta que él y el hombre se vuelven. Miran al frente y se acabó el cuchicheo.

Sale una mujer al Estrado y empieza la Conferencia. La mujer habla de sexo y adicción y dice que los Alcohólicos y los Toxicómanos tienen muchas veces conexiones adictivas entre las drogas que prefieren y la actividad sexual que prefieren. Habla de que esa conexión puede impulsar ambas actividades hacia lugares y desviaciones peligrosas. Lugares físicos y lugares ficticios. Lugares sin salida y lugares de los que es imposible volver.

Termina la Conferencia y me quedo sentado y espero y veo marcharse a todo el mundo y me levanto y salgo y la comida sigue digiriéndose y los últimos restos del Librium de ayer van abandonándome poco a poco. Me siento pesado y lento pero por debajo noto el comienzo de algo rápido y necesitado y asustado y tembloroso y frágil y angustiado y furioso y desesperado. Por el momento la pesadez lo está conteniendo, pero sé que es sólo por el momento.

Vuelvo a la Unidad Médica y busco a una Enfermera y le digo que tengo que ir al Dentista y ella comprueba el libro de citas externas y la encuentra y me manda a la Sala de Espera y espero. La Sala de Espera tiene ventanas y veo lo que hay fuera. Aunque es media mañana, sigue estando oscuro. Oigo truenos y veo aguanieve. El viento está removiendo todo lo que hay en el suelo. Los árboles tienen aspecto de querer esconderse. Se está poniendo feo y va a ponerse peor.

Hank entra en la Sala de Espera. Viene envuelto en un chaquetón gordo, abrigado, impermeable. Lleva botas de goma forradas de lana.

Hola Chico.

Hola Hank.

Nos damos la mano.

¿Cómo vas?

He estado mejor.

Me levanto.

Seguro que también has estado peor.

Sonrío.

Sí, también he estado peor.

Sonrío.

¿Estás listo?

Sí.

Vámonos.

Salimos de la Sala de Espera y recorremos un Pasillo corto hasta el exterior. La Furgoneta está a veinte pies de la Salida y yo corro hacia ella. El hielo y el viento me azotan la piel, los truenos me estremecen los huesos.

Abro la puerta delantera de la Furgoneta y me meto dentro de un salto y la Furgoneta está en marcha y está caliente. Sobre el asiento hay un viejo chaquetón gastado parecido al que lleva Hank. Lo cojo y me lo pongo y me acomodo y me rodeo el cuerpo con los brazos apretados. Pasados unos segundos, Hank, que no tenía por qué correr, abre la puerta del conductor y se mete dentro.

Has encontrado el chaquetón.

Era difícil no encontrarlo.

Solía llevarlo cuando trabajaba en mi barco.

Tiene aspecto de eso.

Es un buen chaquetón.

Ahora mismo me está viniendo de miedo.

Ya sé que tú no tienes ninguno, ni nada, por lo que me dicen, o sea que quiero que te lo quedes mientras estés aquí.

Muchas gracias, Hank. Te lo agradezco.

No hay de qué.

Te lo agradezco mucho. Gracias.

No hay de qué.

Hank mete la marcha en la Furgoneta y nos alejamos de la Clínica y nos dirigimos hacia la Ciudad. Hank se concentra en la carretera y yo miro por la ventana y pienso. Hace unos días la tierra empezó a cerrarse, a prepararse para el invierno y a morirse. Hoy está cerrada, está preparada y muerta. No hay hojas en los árboles, ni vegetación viva en el suelo, ni un insecto ni un pájaro ni un animal a la vista. Los

truenos son cada vez más ruidosos y más cercanos, la lluvia helada se vuelve más dura y más rápida y el viento quiere empujar la Furgoneta hacia la cuneta. Hank la mantiene en la carretera. Yo miro por la ventana y pienso.

Conocía todos sus datos al mes de verla por primera vez. Era de Connecticut, su Padre era una prominente figura de la banca de inversión de Nueva York, su Madre jugaba al tenis y al bridge y era Presidenta de la Liga Juvenil Local. Había ido a un prestigioso colegio privado femenino de New Hampshire. Tenía un Hermano mayor y una Hermana mayor. Nunca había tenido novio.

La conocí cuando un amigo mío me preguntó si podía conseguirle algo de hierba. Él no fumaba o sea que le pregunté quién lo quería y me dijo que era para una chica que se llamaba Lucinda y que vivía en el mismo Colegio Mayor y yo le dije que tendría que conocerla antes o sea que me dio su número de Habitación y fui a la Habitación y llamé a la puerta y la puerta se abrió y allí estaba ella. Alta y delgada, largo pelo rubio como cordones espesos de seda, ojos de corte ártico. Yo no conocía a Lucinda y no sabía que ella vivía con Lucinda y me quedé sin poder hablar y ella seguía ahí. Seguía ahí.

Hola.

Me quedé mirándola.

¿Qué quieres?

Empecé a abrir la boca y mi boca no se movía y el corazón me latía fuerte y me temblaban las manos y me sentía aturdido y excitado y asustado e insignificante. La tenía ahí delante. Justo delante. Alta y delgada, largo pelo rubio como cordones espesos de seda, ojos de corte ártico.

Di media vuelta y me fui sin decir una palabra. No miré atrás y me fui a mi Habitación y busqué una botella de algo fuerte y me bebí un vaso grande. Seguía latiéndome el corazón y seguían temblándome las manos y por primera vez en mi vida no eran el alcohol y las drogas y por primera vez en mi vida el alcohol y las drogas no pudieron quitármelo.

Entramos en la ciudad y está vacía. No hay coches estacionados, ni

gente comprando, ni Madres jóvenes caminando con sus Niños, ni ancianos sentados en los bancos con sus cafés y sus palabras sabias. Las Tiendas están abiertas, pero no hay nadie comprando. Lo único que hay son los truenos y el hielo y el viento. Cada vez más fuertes.

Aparcamos en el mismo sitio frente al mismo edificio y Hank apaga la Furgoneta y abre la guantera y saca dos viejas pelotas amarillas de tenis. Me las alarga.

Me pareció que podrían venirte bien.

¿Por qué?

Yo no sé casi nada de nada aparte de pescar y conducir, pero tengo la impresión de que sea lo que sea lo que te van a hacer esta mañana te va a doler.

Probablemente.

No te van a dar analgésicos ni anestesia, por lo menos mientras seas Paciente del Centro de Tratamiento. He descubierto que a falta de eso lo mejor son esas pelotas de tenis. Cuando empiece a doler, empieza a apretar.

Sostengo las pelotas en la mano, las aprieto un poco.

Gracias.

De nada.

Abre su puerta y sale y yo hago lo mismo y cerramos las puertas y entramos en el Edificio y subimos las escaleras hasta la Consulta del Dentista. La puerta está abierta y entramos y me siento en uno de los sofás de la Sala de Espera y Hank va a Recepción y empieza a hablar con la Recepcionista. El libro de Babar el Elefante está colocado frente a mí. Lo cojo y empiezo a leer. Recuerdo haberlo leído de pequeño y pasarlo en grande e imaginar que era amigo de Babar, su fiel Compañero en todas sus aventuras. Si iba a la Luna, yo iba con él. Babar luchaba contra Profanadores de Tumbas en Egipto. Yo luchaba junto a él. Rescataba a su novia elefanta de los Cazadores de marfil de la Sabana, yo organizaba la huida. Adoraba a ese maldito Elefante y me encantaba ser su amigo. En una infancia llena de infelicidad y rabia, Babar es uno de los pocos recuerdos gratos que tengo. Yo y Babar, dando unas cuantas hostias al mundo.

Hank vuelve y se sienta junto a mí.

Ya están listos.

Muy bien.

¿Y tú estás listo?

Le enseño las pelotas de tenis.

Sí.

Será interesante ver qué aspecto tienes con dientes.

Va a ser interesante volver a tenerlos.

Me levanto.

Te veo dentro de un rato, Hank. Gracias por todo.

No hay de qué.

Voy hacia la puerta donde me espera una Enfermera. Al pasar junto a ella procura no tocarme y regreso de la luminosidad feliz de mis reminiscencias paquidérmicas y recuerdo lo que soy. Soy un Alcohólico y un Drogadicto y un Delincuente. Me faltan los cuatro dientes delanteros. Tengo un agujero en la mejilla que me han cosido con cuarenta y un puntos. Tengo la nariz rota y los ojos negros e hinchados. Tengo un Acompañante porque soy Paciente de un Centro de Tratamiento de Toxicomanías y Alcoholismo. Llevo un chaquetón prestado porque no tengo uno propio. Llevo dos pelotas de tenis amarillas porque no me permiten analgésicos ni anestesia. Soy Alcohólico. Soy Drogadicto. Soy un Delincuente. Eso es lo que soy y no culpo a la Enfermera por no querer tocarme. Si yo no fuera yo, tampoco querría tocarme.

Me conduce a una Habitación pequeña. La Habitación es como muchas otras Habitaciones en las que he estado recientemente, salvo que parece más limpia y más blanca. Hay armarios bajos de acero inoxidable en las paredes, bandejas de instrumentos relucientes sobre los armarios, una gran lámpara halógena cuelga del techo. Hay un sillón de Dentista en medio de la Habitación. Es de metal y tiene almohadones verdes y largos brazos amenazadores y toda clase de correas y botones y palancas y pedales. Parece un aparato de tortura medieval. Sé que es para mí. Paso junto a la Enfermera y me siento en el sillón e intento ponerme cómodo pero no es posible. Los aparatos de

tortura no están pensados para estar cómodo.

El Doctor Stevens vendrá enseguida.

Vale.

¿Le traigo algo mientras espera?

Un libro de Babar.

¿Perdón?

Si pudiera me gustaría un libro de Babar. Los tienen en la Sala de Espera.

Vuelvo enseguida.

Gracias.

Se va y me quedo solo y me coloco en el sillón y miro en torno a la Habitación, empiezo a sentir pánico. Ya casi no queda nada del último Librium y la comida que tengo en el estómago se ha descompuesto hasta el punto en que ya no es comida y todo se me acelera. El corazón, la tensión sanguínea, los pensamientos de mi cabeza. Me tiemblan las manos, pero no es el temblor fuerte del mono. Es una forma de temblor rápida y frágil, una forma de temblor que proviene del miedo. Miedo a esta Habitación, miedo al sillón, miedo a lo que guardan los armarios metálicos, miedo de lo que hacen los instrumentos, miedo a lo que va a ocurrirme aquí, miedo a un dolor tan fuerte que tenga que apretar pelotas de tenis para aguantarlo.

La Enfermera vuelve con el libro de Babar y me lo da y se marcha. Me pongo las pelotas de tenis en el regazo y abro el libro y empiezo a leer las páginas, veo las palabras y veo los dibujos pero no puedo leer las palabras y no entiendo los dibujos. Todo se me está acelerando. El corazón, la tensión sanguínea, los pensamientos de la cabeza. No me puedo concentrar en nada.

Ni siquiera en Babar.

Cierro el libro y lo aprieto contra el pecho y espero. Me tiembla todo. Las manos, los pies, los músculos de las piernas, el pecho, la mandíbula, los dientes que me quedan. Cojo las pelotas y las aprieto e intento transmitir la fuerza del temblor a las pelotas y las pelotas empiezan a temblar. Todo tiembla.

Se abre la puerta y entra el Doctor Stevens, el Leñador Dentista,

seguido de otro Dentista y dos Enfermeras. El Doctor Stevens saca una banqueta de acero inoxidable y se sienta en la banqueta cerca de los pies del sillón. El otro Dentista y las Enfermeras empiezan a reunir instrumentos y recipientes y a abrir las puertas de los armarios metálicos y a cerrar las puertas de los armarios metálicos. Los ruidos que hacen son agudos y no sé qué están haciendo exactamente pero sé que todo ello va terminar en mi boca.

Hola, James.

Hola.

Siento haberte hecho esperar. Estábamos repasando el programa que vamos a seguir hoy.

No importa.

El otro Dentista se inclina y susurra algo al oído del Doctor Stevens. El Doctor Stevens asiente. Todo ello va a terminar en mi boca.

Lo primero que vamos a hacer es ponerte fundas en los dos dientes delanteros. Hemos vuelto a mirar las radiografías y las raíces parecen intactas y la base estable. Una vez puestas las fundas quedarán bien.

Vale.

Después de eso tenemos que hacerte una endodoncia en los canales de la raíz de los dos centrales. Las raíces son inestables y si no lo hacemos con cirugía, los dientes se te pondrán negros y se pudrirán. Después de eso, se te caerán. Estoy asumiendo que no quieres que ocurra eso.

No, no quiero.

Siento ser tan brusco.

Agradezco su franqueza.

Quiero que sepas exactamente lo que vamos a hacer y por qué.

Ya no quiero saber nada más.

Hay una cosa.

¿Qué?

Esto va a ser increíblemente doloroso. Debido a que eres Paciente de un Centro de Tratamiento de Toxicomanías no podemos ponerte nada de anestesia, ni local ni total, y cuando hayamos terminado no podemos darte analgésicos.

Le enseño las dos pelotas, las aprieto ligeramente.

Ya lo sé.

¿Y crees que puedes soportarlo?

He soportado cosas peores.

¿Qué?

He soportado cosas peores.

El Doctor Stevens me mira como si lo que he dicho le resultara incomprensible. Sé que lo que voy a pasar va a ser horrible y no sé si he soportado cosas peores pero, para pasar esto, tengo que creer que es así. Le sostengo la mirada.

Venga, Doctor. Vamos con ello.

Se pone en pie y empieza a hablar en tono bajo con el otro Dentista y con las Enfermeras y les ayuda a preparar los recipientes y los instrumentos que va a utilizar en mi boca. Yo espero sentado y mi cuerpo se desacelera y mi mente se desacelera y dejo de temblar y dejo de apretar las pelotas porque estoy calmado. He aceptado lo que va a pasarme y que es necesario que me pase y que me va a doler. Sobre mí desciende la serenidad, una serenidad como la que deben sentir los Condenados justo antes de su Ejecución.

El Doctor Stevens se adelanta y se coloca junto a mí.

Te voy a inclinar un poco hacia atrás.

Vale.

Se agacha y tira de una palanca y lenta y me inclina hacia atrás suavemente. Tengo el foco halógeno justamente encima y me está cegando su brillo y cierro los ojos. Tengo las pelotas de tenis en las manos y el libro de Babar sobre el pecho, justo por encima del corazón.

¿Te importa que me lleve este libro?

Prefiero que no.

Está bien. Podemos trabajar sin tocarlo.

Oigo un ruido de pasos y que ponen cubos en el suelo y alguien me levanta la cabeza y me pasa las cintas de un babero por detrás de la cabeza y las sujeta con pinzas y coloca el babero por encima del libro. El sillón se inclina hacia atrás aún más y me ponen una almohada pequeña y dura bajo la nuca.

Una voz femenina. De tono clínico.

Abre la boca, por favor.

Si te duele, dilo.

Vale.

Ahora estate quieto.

Me quedo quieto mientras las manos de alguien me separan el labio inferior y llenan el espacio entre el labio y la encía con algodón. Siento estirarse los puntos y empieza a salirme sangre. Me aplican el mismo procedimiento al labio superior y las mejillas y siento como si tuviera la boca llena de tierra blanda y fibrosa y casi instantáneamente todo se seca. Un chorro de agua lo humedece, pero no lo bastante. Está seco y permanecerá seco por más agua que rocíen.

Me recuesto en el sillón y cierro los ojos y abro mucho la boca y alguien me da las pelotas de tenis y me rocían la boca y oigo palabras en tono bajo y sosegado, y el sonido de un torno que están probando. Lo encienden y lo apagan, encienden y apagan.

Comprueban el torno.

El torno se enciende y se apaga, se enciende, se apaga.

Comprueban el disco de esmeril.

El disco de esmeril se enciende y se apaga, se enciende, se apaga.

Comprueban el torno secundario.

El torno secundario se enciende y se apaga, se enciende, se apaga.

Siento la presencia de Gente a mi alrededor. Alguien me agarra el labio superior y tira de él suavemente para dejar la encía al descubierto. Un chorro me rocía el resto de los dientes.

Vamos a empezar, James.

El chorro continúa y el torno está encendido y al acercarse a mi boca el ruido es agudo y penetrante y me hace daño en los oídos y empiezo a apretar las pelotas e intento prepararme para el torno y el torno entra en el fragmento de mi diente delantero izquierdo. El torno rebota ligeramente y me atraviesa la boca un dolor blanco, eléctrico, y el torno vuelve y se queda y el dolor se extiende por todo mi cuerpo de la cabeza a los pies y cada músculo de mi cuerpo se tensa y aprieto las pelotas de tenis y me empiezan a llorar los ojos y se me eriza el pelo de

la nuca y me duele el jodido diente como si me estuvieran clavando la punta de una jodida bayoneta. La punta de una jodida bayoneta.

El torno se mueve por el contorno del fragmento y yo sigo tenso y dolorido y tengo en la lengua el sabor del polvo de hueso y el chorro rocía y arrastra el polvo y una parte me baja por la garganta y otra parte va a parar al espacio bajo la lengua. Y sigue, el torno, y el chorro y el polvo y el dolor, y la constante electricidad del dolor me mantiene tenso y firme. Me quedo quieto y aprieto las pelotas de tenis y el corazón me late constante y fuerte como si necesitara pasar la prueba de este tormento para demostrar que funciona bien. El torno se para y me relajo y respiro hondo. Oigo susurros y la manipulación de instrumentos.

Creo que aquí tienes una caries, James. Tengo que comprobarlo.

El algodón que tengo en la boca se ha movido lo bastante para poder hablar comprensiblemente.

Pues compruebe.

Va a doler.

Pues cuanto antes.

Me preparo otra vez pero ni siquiera sospecho lo que me sobreviene. Un instrumento afilado y puntiagudo tantea por los bordes lijados del diente, encuentra un agujerito y penetra en él. El dolor eléctrico estalla y estalla con un trillón de voltios y es blanco y quema. La bayoneta es de seis metros de largo y está al rojo vivo y afilada como una navaja. El dolor es más intenso que nada que haya sentido antes y es más intenso que todo lo que pudiera haber imaginado. Me inunda hasta el último músculo y la última fibra y la última célula del cuerpo y todo en mí desfallece. Me quejo y el instrumento se va pero el dolor se queda.

Es claramente una caries. Tenemos que empastarla para poner la funda correctamente.

Hasta la última fibra y la última célula ha desfallecido.

¿James?

Hasta la última fibra y la última célula está al rojo vivo y ardiendo.

¿James?

El dolor es más intenso de lo que pudiera haber imaginado.

¿James?

Respiro hondo.

Haga lo que tenga que hacer. Pero termine de una vez.

Voces bajas y apagadas, cerrar y abrir de armarios metálicos, cambio de instrumentos. Se enciende el torno. Espero quieto.

Aparece el torno y me entra y aprieto las pelotas con tanta fuerza que me parece que se me rompen los putos dedos y me quejo. Me quejo con un tono sostenido que me llena los oídos para no tener que oír el torno, pero sigo oyéndolo y me concentro en el sonido de mi gemido para que me distraiga del dolor pero no lo consigo. Bayoneta bayoneta bayoneta bayoneta bayoneta. El torno hace un agujero y se mueve por la circunferencia del agujero y lo agranda y el polvo se mezcla con el chorro y me cae por la garganta y se acumula bajo la lengua. Bayoneta bayoneta bayoneta. El agujero se hace cada vez mayor. Bayoneta bayoneta bayoneta. Tengo una puta broca dentro de la boca. Bayoneta.

La torno para, el dolor continúa, sigo apretando, sigo quejándome. El Doctor Stevens dice a las Enfermeras y al otro Dentista que actúen con rapidez y lo hacen. Llenan el agujero con alguna clase de masilla y lo nivelan, llenan y nivelan. El relleno acalla el dolor abierto del agujero y el dolor penetrante decrece y me queda una agonía palpitante y embotada y el corazón me late fuerte y constante y la agonía palpita al compás y no me importa. He vivido con agonía tanto tiempo que mientras palpita al compás de mi corazón fuerte y constante, no me importa.

Dejo de quejarme y abro los ojos y a través del abundante caudal de lágrimas veo una luz azul sostenida sobre mí y enfocada en la masilla. La masilla se endurece y se cierra y se derrite alrededor del agujero y oigo el torno y lo veo moverse dentro y cierro los ojos y el torno la toca y el polvo químico de la masilla me llena la boca. Repiten el proceso entero. Masilla, luz azul, torno. Masilla, luz azul, torno. Me vuelvo inmune a ello e inmune al dolor y aprieto las pelotas de tenis y espero a que termine y termina. Uno acabado, quedan tres.

Ahora vamos a poner la funda al otro diente delantero.

Asiento con la cabeza.

¿Quieres descansar un poco antes de empezar?

Digo que no con la cabeza.

Un momento de preparación y después vuelve la lijadora y la aguanto con facilidad. No hay caries ni torno o sea que la masilla y la luz vuelven y eso no es nada. Sujeto las pelotas pero sin apretar, el quejido sostenido ha desaparecido, mi corazón descansa. Una reconstrucción fácil y sin fisuras en el delantero derecho. Dos acabados, quedan dos.

Oigo ruido de pasos sordos a mi alrededor y de manipulación de instrumentos y abrir y cerrar cajones de los armarios y abro los ojos. El Doctor Stevens está hablando con el otro Dentista y las Enfermeras están poniendo los instrumentos utilizados en una pequeña pila para esterilizarlos. El Doctor Stevens termina de hablar y el otro Dentista sale de la Habitación.

¿Hay algún problema?

No, ningún problema.

Me incorporo.

¿Dónde va?

El Doctor Stevens saca la banqueta.

No he querido decirte esto hasta que estuviéramos listos para empezar, pero quiero atarte mientras trabajamos en los canales de la raíz.

¿Por qué?

Aparte del factor dolor, una de las razones por las que anestesiamos a los Pacientes durante este procedimiento es para que no se muevan. Necesitamos que estés completamente quieto mientras trabajamos, y no estoy seguro de que puedas quedarte quieto si no estás atado.

Vale.

Estás seguro de que no te importa.

Sí, seguro.

El Dentista regresa con dos correas largas de nylon azul con grandes cierres de presión. Son el tipo de correas utilizadas para sujetar objetos grandes al techo de los coches, para enganchar barcos a las caravanas, para sujetar las puertas de las jaulas de animales. Están algo usadas y

son lo único que hay en la Habitación aparte de mí y las pelotas de tenis que no está limpio como una patena.

Me recuesto en el sillón y el Dentista se acerca. Las Enfermeras han dejado de limpiar el instrumental y me están mirando.

Pon los brazos a ambos lados del cuerpo.

Pongo los brazos como me dicen.

El Dentista me coloca las correas sobre el cuerpo para que los cierres caigan debajo del sillón. Se agacha y engancha los extremos y tira y las correas empiezan a apretarse alrededor de mi cuerpo.

Dime cuándo están lo bastante fuertes.

Sigue tirando, las correas aprietan cada vez más. Cuando no puedo levantar ni mover los brazos de ninguna forma y cuando las correas empiezan a hundirse en mi piel y a presionar el libro de Babar sobre mi pecho, le digo al Doctor que ya están. Cierra las hebillas y se pone de pie y va al lavabo a lavarse las manos. El Doctor Stevens y las Enfermeras se acercan a mí.

Vamos a intentar hacer esto lo más rápidamente posible.

Asegúrese de que todo quede bien para que no tenga que volver aquí.

Eso es exactamente lo que voy a hacer.

Venga.

Cierro los ojos e intento tranquilizarme y acomodarme. Tengo tiras de algodón en la boca y siento un dolor palpitante debida al anterior agujero y tengo unas gruesas correas azules de nylon incrustándoseme en la piel y apretando el libro contra mi pecho. Unos dedos me cogen el labio superior y tiran hacia atrás y un chorro frío me rocía lo que queda de mis dos dientes centrales. Tengo una pelota de tenis en cada mano y la conciencia de que estoy a punto de someterme a una operación doble de endodoncia sin anestesia. Noto el ruido de mi corazón latiendo cada vez con más fuerza. Hay expectación. Hay miedo. No hay bienestar.

El torno vuelve a encenderse y empieza a trabajar en el fragmento de mi diente central izquierdo. Está moviéndose sobre una sección de hueso más delgada, más frágil, o sea que actúa con rapidez. Arroja polvo, hace el agujero, penetra. En el punto de penetración me atraviesa el cuerpo una corriente que no es dolor, ni siquiera algo

parecido al dolor, sino algo infinitamente más intenso.

Todo se vuelve blanco y no puedo respirar. Aprieto los ojos y cierro con fuerza los dientes que aún tengo y me parece que se me va a romper la mandíbula y aprieto las manos y hundo los dedos en la superficie dura de goma de las pelotas de tenis y las uñas se me cuartean y las uñas se me parten y las uñas empiezan a sangrarme y encojo los dedos de los pies y me duelen un huevo y tenso los músculos de las piernas y me duelen un huevo y el torso se me endurece y parece que los músculos del estómago se me van a romper y que las costillas se están clavando unas sobre las otras y duele un huevo y se me están encogiendo las pelotas y al encogerse duele de la hostia y tengo la polla dura porque me duele la sangre y la sangre quiere salir y busca un hueco por la polla y la polla me duele de la hostia y los brazos luchan contra las correas fuertes de nylon azul y las correas fuertes de nylon azul me están cortando la carne y duele de la hostia y tengo la cara echando fuego y las venas del cuello a punto de estallar y el cerebro blanco y derritiéndose y duele de la hostia. Tengo un torno en la boca. Tengo el cerebro blanco y parece que se me está derritiendo. No puedo respirar. Agonía.

El torno sale y una aspiradora empieza a absorber la carne muerta que rodea la raíz del canal que la sostiene. La agonía no desaparece. El aspirador para y un instrumento con punta afilada raspa lo que queda de carne dentro del canal. La agonía no desaparece. El aspirador vuelve a entrar y vuelve a salir, continúan raspando. La agonía no desaparece. La raíz tiene que estar limpia para cicatrizar bien. Por favor, limpia rápido la puta raíz. Por favor por favor por favor, limpia rápido la puta raíz de los cojones. La agonía no desaparece.

Empiezo a hundirme en un estado de consciencia blanca donde no estoy ya directamente conectado a lo que me están haciendo. Mis brazos ya no son mis brazos, ni mis piernas mis piernas, ni mi pecho es mi pecho, ni mi cara mi cara, los dientes no forman parte de mí. Mi cuerpo ya no es mi cuerpo. Hay blancura.

Por todas partes blancura. Hay agonía. Es una agonía inconmensurable. Intento forzar mi voluntad para volver a la realidad y

al torno y a los aspiradores y a los instrumentos y al relleno de algodón y al chorro y al polvo y a los Dentistas y a las Enfermeras y a la reconstrucción de mis dientes, pero no puedo volver. Mi cuerpo no me deja volver. Es como si estuviera ahorrándole a mi mente todo lo que pueda y metiéndose en un ámbito que es horrible, pero en cierto modo menos horrible. Renuncio y cedo y me consumen la blancura y la agonía y me quedo allí durante lo que se me hace una eternidad. La blancura y la agonía. La blancura y la agonía. La blancura y la agonía.

Vuelvo en mí por el chirrido agudo del torno. Siento un diente en el lado central izquierdo de la encía superior y sé que el torno va a entrar para arreglar el derecho. Toca y penetra y estoy consciente durante la penetración y el proceso de resistencia se repite. Me quedo sin aire y sin capacidad para respirarlo. Aprieto los ojos y aprieto los dientes y aprieto las pelotas de tenis y hasta la última célula de mi cuerpo parece que vaya a explotar por la fuerza del dolor. Si hubiera Dios, le escupiría a la cara por someterme a esto. Si hubiera Diablo, le vendería mi alma para que cesara. Si hubiera algo Superior que controlara nuestros destinos individuales, le diría que cogiera mi destino y se lo metiera por el puto culo. Que se lo metiera y apretara bien, pedazo de Cabrón. Que acabe por favor. Que acabe por favor. Que acabe por favor.

El aspirador absorbe y el instrumento raspa y yo aguanto. El interior del canal está limpio y seco y yo aguanto. Llenan el canal con carne nueva y protegen la raíz y yo aguanto. Hay masilla y luz azul y una lijadora. Yo aguanto. Estoy en algún lugar de Minnesota y soy Paciente de un Centro de Tratamiento de Toxicomanías y Alcoholismo y me están reconstruyendo los dientes centrales y estoy atado a una silla porque no pueden ponerme anestesia. Lo único que puedo hacer es aguantar.

Noto cómo corre agua por lo que deben ser dientes y lo que aún queda de polvo bajarme por la garganta. Me quitan el algodón de las mejillas y las encías y oigo susurros y el grifo del lavabo y abrir y cerrar de puertas de armarios metálicos. Abro los ojos. Veo destellos de blanco y tengo dificultad para enfocar la vista. El halógeno sigue encendido. Hay movimiento y el halógeno se apaga y algo se aleja de mí y otras

cosas se aproximan. Oigo abrirse los cierres de las correas y me quitan las correas y cogen el libro de Babar y mi cuerpo está en libertad para moverse y actuar como le plazca e inmediatamente siento frío e inmediatamente empiezo a temblar. Intento incorporarme y no puedo incorporarme. Intento levantar la cabeza y no puedo levantar la cabeza. Intento enfocar la mirada y mis ojos no enfocan. Tengo frío y el frío va en aumento. Estoy empezando a temblar con más fuerza. Sigo agarrando las pelotas de tenis. La agonía no ha cedido todavía.

Alguien me levanta y me envuelve en una manta. La manta está caliente y el calor me produce intensas náuseas y lo siento venir y no puedo hacer nada para evitarlo y llega. Llega con facilidad, y de algún modo al llegar me alivia el estómago y los pulmones y el torso y aunque sigo sin poder enfocar la vista, veo que es de color rojo. Me viene una y otra y otra vez. Rojo rojo rojo. Por toda la manta, por toda la silla, por todo el suelo, por encima de mí. Suelto las pelotas de tenis e intento levantar la mano para limpiarme la cara pero la mano está temblando y la cara me tiembla y no consigo hacerlas coincidir.

Se me cae la mano a un lado.

Trae más mantas y trae agua. Date prisa.

Me recuesto en la silla.

¿Estás bien, James?

Me quejo.

¿Me entiendes?

Vuelvo a quejarme, asiento con la cabeza.

Tenemos que llevarte al Hospital. Voy a llamar una Ambulancia.

No quiero ir al Hospital, o sea que hago acopio de las fuerzas que me quedan y me incorporo y abro los ojos. El Doctor Stevens está frente a mí.

Al Hospital no.

Necesitas Atención Médica. Atención que no podemos darte.

El sillón.

¿Qué?

Baje el sillón.

El Doctor Stevens baja el sillón. Pongo los pies en el suelo. Tengo frío

y estoy temblando y me duele todo. Estoy harto de Doctores y Dentistas y Enfermeras y sillones y pruebas y focos halógenos y de instrumentos y Habitaciones limpias y lavabos esterilizados y operaciones sangrientas y estoy harto de la atención que prestan a los débiles y a los heridos y a los necesitados y no quiero ir al Hospital. Siempre he hecho frente al dolor yo solo. Volveré a hacerle frente solo.

Busquen a Hank y que me lleve a la Clínica.

Necesitas Atención Médica.

Me pondré bien.

Si te vas de aquí, será en contra de mi consejo explícito.

Lo entiendo.

Me levanto apoyándome en las manos. Tengo convulsionados los músculos de las piernas y las piernas inseguras. Doy un paso pequeño y lento y me paro. Me quito la manta y la dejo caer sobre el sillón y doy otro paso pequeño y lento y me paro.

¿Puedes andar?

Sí.

¿Necesitas ayuda?

No.

La vista se me está enfocando y el estómago se me ha asentado. Sigo temblando y sigo teniendo frío y sigo con dolor, pero alejarme del sillón me hace sentirme mejor. Miro a la puerta. Si consigo llegar a la puerta estoy más cerca de salir de aquí. Quiero salir de aquí.

Doy otro paso. Tengo las piernas de gelatina. Otro paso. Me pesan un millón de kilos cada una. Otro paso. Me duelen. Otro paso. Me laten. Otro paso. Cada movimiento es un esfuerzo titánico. Otro paso. Después de cada paso no sé si puedo dar el siguiente. El Doctor Stevens me está mirando y las Enfermeras han regresado y me están mirando y sé que si titubeo voy a ir al Hospital. Otro paso. Otro paso.

Llego a la puerta y paro. A mi derecha hay un espejo. Le echo una mirada y me veo fugazmente. Estoy blanco como la tiza. Tengo la cara espantosamente hinchada. La zona en torno a la boca está salpicada de escamas de sangre seca. Me salen unos puntos del labio inferior y tengo los ojos negros. Llevo un vendaje sobre el caballete de la nariz. Estoy

demasiado delgado para mi constitución y la carne que tengo está floja y flácida. La camiseta blanca que llevo está pegajosa de manchas marrones y rojas de vómito. Los pantalones caqui que llevo están pegajosos de manchas marrones y rojas de vómito. Parezco un puto monstruo.

Me vuelvo hacia el Doctor Stevens y las Enfermeras. Las Enfermeras miran hacia otro lado, no el Doctor Stevens. Hablo despacio.

Gracias por lo que ha hecho por mí.

No hay de qué. Es mi trabajo.

Yo no soy su trabajo. Hoy ha hecho más que su trabajo. Gracias.

El Doctor Stevens sonríe.

De nada.

Yo le sonrío también. Es mi primera sonrisa con mis dientes nuevos. Esto me divierte y mi sonrisa se abre y me señalo la boca. El Doctor Stevens ríe y se acerca a mí y me rodea con los brazos y me abraza. Somos dos hombres que acabamos de pasar por una horrible ordalía juntos. Aunque ha sido peor para mí, sé que no ha sido fácil para él. Este abrazo es nuestro vínculo de unión, nuestro vínculo para aprender de lo que acabamos de pasar y ser mejores y más fuertes por ello. Sé que él mantendrá el vínculo, yo no sé si puedo. Me aparto.

Gracias otra vez.

Cuídate James.

Lo intentaré.

Me vuelvo y salgo caminando lentamente y no miro hacia atrás. Siempre ha sido un defecto mío, pero así soy. Nunca miro atrás. Nunca.

Avanzo por el Pasillo, agarrándome a la pared para mantener el equilibrio. Cada paso es más difícil que el anterior, cada paso duele más. La cara me palpita al ritmo del corazón, el ritmo de mi corazón no es tan fuerte y tan firme como antes.

Se acelera y desacelera, late con fuerza irregular, enviando mensajes agudos por el brazo izquierdo y la mandíbula. Resistió cuando hubo necesidad de resistir, pero no va a resistir mucho más tiempo. No voy resistir mucho más.

Voy a la puerta y la empujo y entro en la Sala de Espera. Hank está

sentado en un sofá charlando con una mujer mayor y cuando levantan la vista la mujer da un grito ahogado. Hank se pone de pie y se acerca a mí y le pongo la mano en el hombro. Sin su hombro me caería al suelo.

Santo Dios.

Sácame de aquí.

¿Estás bien?

Ni por asomo.

¿Qué puedo hacer?

Sácame de este puto sitio.

Hank me pone la chaqueta y coloca mi brazo alrededor de sus hombros y su brazo alrededor de los míos y me sostiene y salimos de la Consulta y bajamos las escaleras. Cuando llegamos abajo mis piernas dejan de funcionar y Hank me arrastra hasta la puerta. Me apoya contra la puerta y la empuja y tira de mí y salimos.

La Tormenta, que estaba formándose cuando entramos, ahora ruge. El viento azota el aire con cortinas de lluvia helada y granizo. El cielo está negro. Hay truenos ensordecedores y sacudidas de relámpagos. Hank me arrastra hacia la Furgoneta y mis pies abren surcos en el suelo frío y mojado y el frío y la lluvia me empapan los zapatos. Cuando llegamos a la Furgoneta me apoya contra la puerta delantera.

¿Puedes estar de pie?

Busca las llaves en su bolsillo.

Sí, pero date prisa.

Saca las llaves del bolsillo y abre la Furgoneta y abre la puerta corredera y me ayuda a subir y me coloca tumbado sobre el asiento para tres pasajeros y cierra la puerta y rodea la Furgoneta corriendo y abre la puerta del Conductor y se mete dentro. Se sienta y mete la llave en el contacto y pone el motor en marcha y la Furgoneta sale.

Mientras cruzamos la Ciudad voy tumbado, temblando y muerto de frío. El corazón me late irregular y me duele. Tengo la bayoneta en la boca y estoy cansado más allá del agotamiento. Vuelvo a la Clínica y no quiero volver a la Clínica. Si me marcho me espera la muerte o la Cárcel. Ésa no es la vida que quiero o la persona que quiero ser pero no conozco otra cosa. He intentado cambiar antes y he fracasado. He

intentado cambiar una vez y otra y otra y he fracasado una vez y otra y otra. Si hubiera algo que me indujera a pensar que esta vez iba a ser diferente, lo intentaría, pero no lo hay. Si hubiera una luz al final de túnel, correría hacia ella. Estoy peor de lo que he estado en mi vida. Si hubiera una luz al final del túnel correría hacia ella. Soy un Alcohólico y soy un Drogadicto y soy un Delincuente. No hay luz al final del túnel.

Pasados unos momentos la Furgoneta se llena de calor y el calor reduce los temblores y mata el frío helador y estoy cansado más allá del agotamiento y cierro los ojos. Está oscuro. Cierro los ojos. No hay luz al final del túnel. Cierro los ojos. Está oscuro. Cierro los ojos. No hay luz. Cierro los ojos. Oscuridad.

Cierro los ojos.

Cierro los ojos.

Cierro los ojos.

Estoy en otra Habitación blanca y la odio. Llevo otra bata blanca y quiero hacerla jirones. Hay otra cama y otra mesa y otra silla y quiero destrozarlas. Hay una ventana. Quiero tirarme.

Sigo mi rutina habitual. Arrastrarme al Baño. Vomitar. Tumbarme en el suelo. Vomitar. Tumbarme en el suelo. Vomitar. Tumbarme en el suelo. Parte del vómito se me atasca en los dientes y me duele al lavármelos. Después de lavármelos vuelvo a vomitar y a limpiar y me arrastro otra vez a la cama.

Sigue todo negro, sigue la tormenta. La lluvia y el granizo y el viento golpean la ventana. Una serie infinita de clics y clacs, un aullido infinito. Odio el ruido y quiero que pare. Clic, aullido, clac, aullido, clic, aullido, clac, aullido. Lo odio. Quiero que pare de una puta vez.

Salgo de la cama. Me han lavado la ropa y está colocada sobre la mesa. Me quito la bata y me pongo la ropa. Me está más grande hoy de lo que me estaba ayer.

Abro la puerta y salgo y me voy a la Unidad Médica. En mitad de la noche la Unidad está casi vacía. Hay una Enfermera de turno. Está leyendo una revista de modas y no advierte mi presencia.

Salgo de la Unidad Médica y recorro los Pasillos. Aunque el cielo tiene la oscuridad de la noche y la tormenta, los Pasillos tienen luz. Las luces del techo son claras, las paredes son claras, la moqueta es clara. Me siento incómodo en la claridad. Revela demasiadas cosas.

Vuelvo a Sawyer. Está en silencio y oscuro. Todas las luces están apagadas, todas las puertas de las Habitaciones están cerradas, todos los hombres están durmiendo. Camino hasta la Sala Principal y me siento en un sofá y enciendo la televisión. Hay un programa sobre pérdida de peso, un infoanuncio de un Orador Motivador, unas mujeres que hablan de no sé que mierda psíquica, un espectáculo chabacano de lucha profesional. Hay varios canales mal sintonizados. Las interferencias son lo más interesante que se ve en la pantalla. Lo miro.

Durante una hora. La pantalla con moscas.

Apago la televisión y busco algo que hacer. No estoy cansado y no quiero dormir y no quiero volver a la Unidad Médica y no quiero recorrer los Pasillos. Los Pasillos están demasiado iluminados y la luz me resulta incómoda.

Hay unos estantes llenos de libros en una pared. Aprendí a leer a una edad temprana y siempre he leído con voracidad. Es una de las pocas cosas, aparte de ponerme hasta el culo y meterme en líos, que he hecho de manera constante durante toda mi vida. Los libros me atraen. Me levanto y me acerco a los estantes y me siento frente a ellos.

Hay tres estantes con unos cuarenta libros cada uno. Mientras miro los títulos, tengo la esperanza de que algo me saque de aquí. Quiero y necesito salir de este puto sitio un tiempo. Si no puedo hacerlo físicamente, quisiera hacerlo con la cabeza. Sólo un rato. Salir de este puto sitio.

Hay títulos de autoayuda como *Deja que salga: Sanar con el llanto, La negación no es un río de Egipto, Ángeles y adictos: ¡Deja que los ayudantes de Dios te ayuden a ti!* y *Papá no me quería: Una historia de adicción*. Hay una serie de libros sobre cada uno de los Doce Pasos. *Paso primero: Fuera de control, Paso tercero: Cede, y cede a Dios, Paso Sexto: Prepárate para entrar en acción, Paso undécimo: Tomar contacto*. Hay varios ejemplares muy usados del Nuevo Testamento. He leído el Nuevo Testamento. No voy a perder el tiempo otra vez con eso.

Saco un libro gordo, azul, muy gastado. No tiene tapas ni título y muestra en la portada un símbolo con un triángulo dentro de un círculo. Hubo amigos que me dieron ya este libro, amigos de amigos, gente que creía que podía cambiarme. Se llama *El gran libro de Alcohólicos Anónimos*, el símbolo de la portada es el símbolo de la sobriedad. Nunca lo he leído, ni siquiera me he molestado en abrirlo. Cuando me lo daban, lo arrojaba a una alcantarilla o lo tiraba al fondo del cubo de basura más cercano. He asistido a Reuniones de AA y me han dejado frío. Su filosofía me parece de sustitución. Sustitución de una adicción por otra adicción. Sustitución de una sustancia química por Dios y por la Reunión. Las Reuniones en sí me ponían enfermo.

Demasiadas lamentaciones, demasiadas quejas, demasiadas inculpaciones. Demasiadas gilipolleces de Poderes Superiores. No hay Poder Superior ni Dios alguno responsable de lo que yo hago y de lo que he hecho y de quien soy. No hay Poder Superior ni Dios alguno que pueda curarme. No hay Reunión alguna en la que todas las lamentaciones, quejas e inculpaciones posibles vayan a hacerme sentir mejor.

Soy un Alcohólico y un Drogadicto y un Delincuente. Estoy peor de lo que he estado jamás en mi vida. Estoy en una Clínica en algún lugar de Minnesota. Si me marcho de la Clínica mi Familia y los amigos que me quedan van a renunciar a mí del todo. Si me marcho de la Clínica mis alternativas se limitan a muerte o Cárcel. Estoy solo en mitad de la noche y no quiero volver a la Unidad Médica y no puedo dormir. Quiero beber. Quiero cincuenta bebidas. Quiero una pipa y una piedra de crack. Quiero una raya larga y gorda de metanfetamina, quiero diez chutes de ácido, un tubo de pegamento industrial. Que me den un bote de pastillas, que me den costo mezclado con PCP. Que me den algo. Cualquier cosa. Tengo que salir de aquí. Si no en cuerpo, al menos en mente. Tengo que salir de este puto sitio.

Cojo el libro. Me quedo mirándolo. Sé que no puede hacerme daño y sé que no tengo nada que perder. Me pongo a leer.

Empieza con una nota escrita por un Médico, un Experto en adicciones. El Médico dice que el alcoholismo profundo es esencialmente incurable. Dice que lo único que conoce que puede lograr que alguien deje de beber y se mantenga sobrio es AA.

Pasa después a la historia de Bill, que fundó AA. Bill es el Jesucristo del movimiento, el Salvador y el Mesías, y aunque Bill no murió en la cruz, sin duda vivió en ella. Bill era un borracho empedernido con una mala vida y problemas graves. Buscó y buscó una cura para su Alcoholismo y no encontró nada. En su momento más bajo, topó con un antiguo amigo de borrachera que había encontrado a Dios y se había vuelto abstemio. La conversión de su amigo le recordó una experiencia que había tenido en una Catedral Francesa después de servir como Soldado en la I Guerra Mundial. Sentado allí en un banco durante el

crepúsculo, Bill se sintió lleno de una paz y serenidad diferentes a nada que hubiera sentido anteriormente y diferente a todo lo que pudiera haber creído posible. Se sintió lleno de la Gloria de Dios. Los recuerdos de ese momento y la abstinencia de su amigo convertido tuvieron un profundo efecto en Bill. Quedó convencido de que confiar en Dios, o en alguna forma de Poder Superior, podía transformar su vida. Decidió en ese instante doblegar su voluntad y ponerla sin reservas bajo el cuidado y la dirección de Dios. No volvió a beber, creó los Doce Pasos y el concepto de Alcohólicos Anónimos, y dedicó su vida a difundir la buena nueva. Es una historia conmovedora, y está escrita para convencer más que para contarla. Yo no estoy convencido. Ni hablar, para nada. Para nada.

Leo el resto de libro, que trata en su mayoría sobre los Doce Pasos. Hay capítulos con títulos como «Hay solución», «Cómo funciona», «En acción», y «Una visión para ti». Es todo muy sencillo. Si haces lo que dice el libro, te curarás. Si sigues su senda recta, esa senda te llevará directamente a la redención. Si te unes al club, serás el afortunado ganador de una serie interminable de Reuniones gilipollas llenas de lamentaciones, quejas e inculpaciones. Alabada sea su Gloria. Quiero arrodillarme. Alabada sea su Gloria Aleluya.

Cerca del final hay una sección de testimonios personales. Hay uno de un Dentista, otro de un Bebedor Europeo, otro de un Viajante de Comercio, otro de un Agnóstico Culto. Todos fueron Alcohólicos desastrosos, todos encontraron a Dios, todos empezaron a bailar los Doce Pasos, todos se recuperaron. Como ocurre con la mayoría de los testimonios de esa clase que he leído o escuchado o me han obligado a soportar, hay algo en ellos que se me antoja débil, hueco y vacío. Aunque las personas que los escriben ya no beben ni toman drogas, siguen viviendo con la obsesión. Aunque han logrado ser abstemios, sus vidas se basan en evitar, hablar y vilipendiar las sustancias químicas que un día necesitaron y amaron. Aunque funcionan como seres humanos, funcionan por sus Reuniones y su Dogma y su Dios. Déjales sin Reuniones y sin Dogma y no tienen nada. Quítaselos y están otra vez donde empezaron. Tienen una adicción.

La adicción necesita combustible. No estoy convencido de que las Reuniones y un Dogma y un Dios puedan ser combustible de la mía. Si lo que dice el Médico al principio es cierto, que entrar en AA es la única forma de curarme, entonces estoy jodido del todo. Jodido jodido jodido. Pongo el libro otra vez en el estante. Me levanto y voy al Tablón de Trabajo y veo que mi nombre sigue apareciendo junto a Servicios Colectivos. Cojo los productos de limpieza y me voy a los Servicios Colectivos y no se han limpiado en un par de días y están asquerosos. Hay esputos en el lavabo, pis seco en el suelo, papel higiénico con sangre en los cubos de basura, manchas de mierda en las tazas de los retretes. Estoy seguro de que Roy tiene algo que ver con esto, pero no estoy de humor para juegos y represalias, así que cojo los detergentes y me pongo a limpiar. Es un trabajo repugnante. Vomito dos veces y tengo que limpiar mi propio vómito además de los esputos y la orina y el papel con sangre y la mierda. Cuando he terminado, las paredes y el lavabo y el suelo y los cubos y las tazas están relucientes. No tengo el menor sentimiento de logro ni de satisfacción. No volveré a hacer esto. Ni de coña.

Salgo de los Servicios Colectivos y dejo en su sitio los productos de limpieza y me voy a la Habitación. Abro la puerta y entro. El mobiliario que destrocé ha sido sustituido. Larry, cuyo paradero sigue siendo desconocido, ha sido sustituido. Hay un Hombre Calvo y bajo en su cama y el Hombre Calvo y bajo está roncando. Warren y John están durmiendo en sus camas. John farfulla y se agita. Warren está tranquilo. Mi cama está intacta, aunque han puesto una Biblia y otro ejemplar del *Gran libro* en la mesilla. Me acerco a la mesilla y cojo la Biblia y el Gran Libro y voy a la ventana y la abro, y arrojo los libros a la oscuridad exterior. La Tormenta sigue rugiendo.

Cierro la ventana y voy al Cuarto de Baño y abro la ducha y me quito la ropa y la tiro en un montón sobre el suelo de baldosa. Me acerco al espejo. Quiero verme. Quiero mirar en el verde pálido de mis ojos y ver no mi persona física, sino el yo que vive tras ellos. Me miro los labios. Están levemente hinchados, pero casi normales. Miro los puntos y el agujero. El agujero empieza a cerrarse, los puntos están haciendo su

labor. Me miro la nariz. Me quito el vendaje y tiro el vendaje a la basura. Tengo la nariz recta, aunque hay un bulto nuevo por el caballete. Miro la zona bajo los ojos. El negro empieza a aclararse y está poniéndose amarillo, la hinchazón ha desaparecido casi por completo. Empiezo a levantar la mirada. Quiero mirar dentro del verde pálido de mis ojos. Quiero ver no mi persona física, sino el yo que vive tras ellos. Me acerco más. Más. Quiero mirar dentro del verde pálido de mis ojos. Quiero mirar dentro del yo que vive tras ellos. Más cerca, más cerca. No puedo hacerlo. Ni de coña.

Me doy media vuelta y me meto en la ducha y abro la ducha y el calor me vapulea. Me quema y me enrojece la piel y me duele pero no salgo de la ducha. Me merezco este dolor por no ser bastante valiente para mirarme. Me merezco este dolor y voy a quedarme aquí y aguantarlo porque no soy lo bastante valiente para mirar dentro de mis propios ojos.

Cuando estoy ya entumecido, abro el agua fría y me siento en el suelo y dejo que el agua me corra por el cuerpo y alivie las quemaduras. Las quemaduras cansan y el frío me cansa aún más. Cierro los ojos y dejo que mi cuerpo se insensibilice y dejo vagar mi mente. Vaga a un lugar conocido. Un lugar del que no quiero hablar ni reconocer su existencia. Un lugar donde sólo estoy yo. Un lugar que aborrezco.

Estoy solo. Solo aquí y solo en el mundo. Solo en mi corazón y solo en mi espíritu. Solo en todas partes, siempre, desde que recuerdo. Solo con mi Familia, solo con mis amigos, solo en una Habitación llena de Gente. Solo cuando despierto, solo a lo largo de cada día espantoso, solo cuando finalmente me enfrento a la oscuridad. Estoy solo en mi horror. Solo en mi horror.

No quiero estar solo. Nunca he querido estar solo. Lo detesto con toda mi alma. Odio no tener a nadie con quien hablar, odio no tener a nadie a quien llamar, odio no tener a nadie que me coja de la mano, me abrace, me diga que todo va a arreglarse. Odio no tener a nadie con quien compartir mis esperanzas y mis sueños, odio no tener ya esperanzas ni sueños. Odio no tener a nadie que me diga que persevere,

que volveré a encontrarlos. Odio que cuando grito, y grito con toda mi puta rabia, estoy gritando al vacío. Odio que no haya nadie que oiga mi grito y que no haya nadie que me ayude a aprender cómo dejar de gritar. Odio que lo que he convertido en mi soledad viva dentro de una pipa o en una botella. Odio que lo que he convertido en mi soledad me esté matando, me haya matado ya, o vaya a matarme pronto. Odio tener que morirme solo. Moriré solo en mi horror.

Por encima de todo, lo único que siempre he querido es sentirme cerca de alguien. Por encima de todo, lo único que siempre he querido es sentir que no estoy solo. Lo he intentado muchas veces, he intentado matar mi soledad con una chica o una mujer, y nunca salió bien. Estábamos juntos y unidos uno al otro, pero por muy cerca que estuviéramos, seguía sintiéndome solo. Ellas percibían mi soledad y les impulsaba a acercarse más. Cuando lo intentaban, yo huía o hacía algo para destruir lo que sentíamos el uno por el otro. Puedo correr deprisa si quiero correr deprisa, y siempre se me ha dado bien destruir cosas. Ninguna de ellas estaría dispuesta a dirigirme la palabra hoy.

La última fue la única que me hizo sentirme como yo siempre había querido. Me hizo estar mejor de lo que he estado nunca, mejor de lo que imaginaba que podía estar, y me asustó, me asustó hasta el extremo de la parálisis. Cuando se ofreció a mí, fallé. Este fracaso me condujo a la destrucción. La destruí a ella, me destruí yo, nos destruí a los dos juntos. Destruí la esperanza de un futuro. Hoy no quiere pronunciar mi nombre, ni quiere reconocer mi existencia. Con toda la razón.

Empiezo a hablar con una vieja amiga, una amiga querida. Le digo hola, cómo estás, qué tal te ha ido, qué me cuentas. Mi voz reverbera en la ducha y me siento estúpido, pero sigo hablando. Le digo te he echado de menos, ojalá estuvieras aquí. El nombre de mi amiga es Michelle y no la he visto ni he hablado con ella en más de diez años. Le digo he estado pensando en ti últimamente. Le digo puede que te vea pronto. Le digo por favor procura estar cuando llegue, porque me encantaría que pasáramos un tiempo juntos. Ha pasado mucho tiempo. Más de diez años. Ha pasado demasiado, demasiado tiempo.

Conocí a Michelle cuando yo tenía doce años y mi Familia acaba de trasladarse a una Ciudad pequeña. Yo había estado toda mi vida en una Ciudad grande y la adaptación no fue fácil. No me entendía bien con ninguno de los Chicos de allí, ni ellos conmigo. Yo no levantaba pesas, odiaba la música *heavy,* me parecía que pasarse las horas arreglando el coche era una puta pérdida de tiempo. Al principio hice un esfuerzo para encajar, pero no podía fingir, y pasadas unas semanas dejé de intentarlo. Yo soy como soy y podían aceptarme o detestarme. Y me detestaron con todas sus jodidas ganas.

Empezaron a burlarse, a empujarme, a pegarme. Yo me burlé de ellos, contesté empujón por empujón, puñetazo por puñetazo. Después de uno o dos meses ya tenía cierta fama. Los Profesores hablaban de mí, los Padres hablaban de mí, los Policías hablaban de mí. No decían cosas agradables. Yo respondí lanzando huevos a sus casas, poniendo explosivos en sus buzones de correo y haciendo destrozos en sus coches. Respondí declarándoles la Guerra a ellos y a su Ciudad y librando esa Guerra con todo lo que llevaba dentro. Me daba igual perderla o ganarla, lo único que quería era pelear. Venga, Cabrones, echar el resto. Estoy dispuesto a pelear, coño.

A los seis meses de estar allí me hice amigo de una Chica llamada Michelle. Tenía éxito con todo el mundo, era preciosa e inteligente. Practicaba deportes y era Animadora del equipo y sacaba Sobresalientes siempre. No sé por qué quiso hacerse amiga mía, pero así fue. Empezó un día en que me pasó una nota en la clase de lengua. En la nota decía no me pareces tan horrible como dicen que eres. Yo le pasé otra a mi vez que decía: ten cuidado, soy así de horrible y más. Ella rió y así hice una amiga. No se convirtió en mi Aliada, ni yo le pedí o quise que lo fuera, pero sí fue mi amiga, y eso era más de lo que nadie estaba dispuesto a ser.

Empezamos a hablar por teléfono, a pasarnos notas en clase, a comer juntos y compartir asiento en el Autobús del colegio. La Gente no entendía por qué me dedicaba su atención y se preguntaban qué veía en mí y le decían que no perdiera el tiempo conmigo, pero ella no les hacía ningún caso. Tenía demasiado que ofrecer para que nadie pudiera

hacerla sufrir por nuestra amistad, así que fingían que yo no existía.

Hacia la mitad del Octavo Curso, un Chico de Escuela Superior pidió a Michelle que saliera con él. Ella sabía que sus Padres no iban a dejarla salir, o sea que les dijo que iba al cine conmigo. Yo nunca les había hecho nada y siempre había sido simpático y educado en su presencia, por tanto accedieron y nos llevaron al cine. Yo entré y vi la película con una botella de whisky de cuarto y me fui solo a Casa cuando terminó. A Michelle la recogió el Chico y se fueron. Estacionaron el coche y bebieron cerveza y cuando volvían del cine él quiso ganar al tren al cruzar la vía. El tren golpeó el coche y mató a Michelle. Ella era popular, era preciosa, era inteligente. Practicaba deportes y era Animadora y sacaba Sobresalientes en todo. Era mi única amiga. La arrolló un Tren y la mató. La arrolló un puto Tren y la mató.

Me enteré al día siguiente. Sus Padres me echaron a mí la culpa y sus amigos y todo el mundo en aquel agujero de mierda. Si ella no hubiera mentido y yo no la hubiera ayudado, no habría ocurrido. Si no hubiéramos ido al Cine, ella no habría salido con él. El Tipo salió ileso y era el Héroe del equipo de fútbol de allí y todo el mundo sintió lástima de él. A mí me llevaron a la Comisaría y me interrogaron. Así funcionaban las cosas allí. Echar la culpa al que está jodido, sentir pena del Héroe del equipo de fútbol. Vilipendiar a uno infinitamente, olvidar que el otro tuvo algo que ver en el asunto. Recibí muchos golpes por aquella mierda, y cada vez que devolvía un golpe, y no dejé ni uno sin contestar, lo hacía por ella. Respondía con todas mis putas fuerzas y lo hacía por ella.

Todavía pienso en Michelle y sigo echándola de menos. Me gustaría oír su voz o su risa o ver su sonrisa. Me gustaría sentarme junto a ella o llamarla y pasarle una nota. Me gustaría poder olerla, tocar su pelo, mirar en sus ojos. Me gustaría oírle decir tranquilízate, no vale la pena. Me gustaría oírle decir déjalo, no les des ese gusto. Me gustaría oírle decir no importa, Jimmy, todo va a salir bien. Me gustaría poder decirle que la quiero, porque la quería y la quiero y nunca se lo dije cuando estaba viva. Era mi única amiga. La arrolló un Tren y la mató.

No creo que esté en el Cielo ni creo que esté en un lugar mejor. Está muerta y cuando morimos, se acabó. No hay luces deslumbrantes, no hay música alegre, no hay Ángeles esperando para recibirnos. San Pedro no está a las Puertas del Paraíso con un puto libro muy grande y muy gordo, nuestros amigos y Familiares no están guardándonos un sitio en una mesa de comida divina, ni nos llevan a hacer un recorrido del Cielo. Estamos muertos y se acabó. Pero eso no me impide hablar con Michelle. Hablo con ella y le hago preguntas y le hablo de mi vida. Le digo que la echo de menos y le digo que pienso en ella todos los días y le digo que la quiero. Le digo que sigo devolviendo los golpes y que pego con fuerza y que sigue siendo por ella. Siempre será por ella. Siempre.

Hablo con Michelle y le digo estas cosas en los peores momentos de mi vida. Hablo con Michelle y le digo estas cosas cuando no tengo ya esperanzas. Hablo con Michelle y le digo estas cosas cuando creo que voy a morir. Sé que cuando esté muerto estaré muerto y sé que ahora estoy cerca de estarlo. Sé que es sencillo, y que cuando muera se acabó. Sé que nunca voy a encontrarme con Michelle en el Cielo ni en ningún otro sitio, pero hablo con ella de todas formas. Últimamente he estado hablándole mucho.

Se abre la puerta de la ducha y alguien entra y regreso de mi pensamiento y de mi soledad, regreso a este momento a este ahora a esta mierda de ducha. Abro los ojos y tengo a John delante. Me levanto y me quedo quieto mirándole. Estamos los dos desnudos. Hablo.

¿Qué coño haces?

No hay nadie levantado.

¿Qué coño haces aquí?

Te oí y me pareció que quizá querías compañía.

Vete de aquí, joder.

No se lo diré a nadie. Te lo prometo.

VETE DE AQUÍ, JODER.

John sale de la ducha y cierra la puerta. Yo salgo detrás de él alcanzo una toalla y me la ato a la cintura. El Cuarto de Baño está lleno de vapor y el lavabo y los retretes gotean por la condensación. John está

sentado sobre el radiador con una toalla sobre el regazo. Parece nervioso y asustado, como un cachorrito que espera un azote.

Lo siento.

No vuelvas a hacerlo.

Muchos de los hombres de aquí se sienten solos. Me pareció que te sentías solo.

No lo estoy.

Lo siento.

No lo sientas, pero no vuelvas a hacerlo.

¿Me odias?

No, no te odio, y me da igual lo que hagas con otras personas. Pero no esperes hacerlo conmigo.

¿Me vas a pegar?

No, no voy a pegarte.

Hay Gente que lo hace.

No voy a pegarte.

Puedes pegarme si quieres.

No voy a pegarte.

John empieza a llorar.

Lo siento. Lo siento mucho.

No lo sientas, pero no vuelvas a hacerlo.

Cojo mi ropa y salgo del Cuarto de Baño y me voy a mi parte de la Habitación y me seco y me visto. Oigo a John gimotear en el Baño, Warren y el Calvo siguen durmiendo, la tormenta continúa con ímpetu. Cuando termino de vestirme, me tumbo en la cama y me sorprendo de lo cansado que estoy y cierro los ojos y estoy dormido.

El sueño me viene enseguida. Vuelvo a estar en la Habitación y vuelvo a estar junto a la mesa. Tengo bebidas, cocaína, crack, pegamento y gasolina. Estoy dándole a todo. Estoy metiéndome todo lo que puedo todo lo rápidamente que puedo. Estoy gritando y estoy riendo y estoy blasfemando. Agito el puño al Cielo y llamo a Dios Cabronazo de mierda, llamo a Dios puta. Estoy dando saltos y corriendo en torno a la mesa. Hay tanto alcohol, coca, crack, pegamento y gasolina que me lo estoy restregando por la piel y

echándomelo por todo el cuerpo. Estoy lleno y cubierto de drogas. Estoy jodido más allá de toda comprensión. Me siento a gusto por primera vez en muchos días.

Encuentro una pistola debajo de una bolsa grande de cocaína. La cojo y la sostengo en la mano. Es un revolver del treinta y ocho. Es una pistola que he tenido antes en la mano, una pistola que sé utilizar. Me siento en la silla y abro el tambor. Está lleno, hay una bala en cada cámara. Cierro el tambor y lo hago girar y los clics que hace al girar me hacen sonreír. He tenido esta clase de pistola en la mano antes y sé utilizarla. Un revolver calibre treinta y ocho.

Me meto el cañón en la boca. El cañón está frío y está sucio y el metal tiene un sabor agradable en la boca. Vuelvo a girar el tambor. El clic clic clic clic clic me hace sonreír. La recámara está llena. No hay duda del resultado. El tambor se detiene. Aprieto los dedos sobre el gatillo. Estoy lleno de alcohol, coca, crack, pegamento y gasolina. Estoy jodido más allá de toda comprensión. Los pulgares me tiemblan, me tiemblan. Bum.

Despierto, ojos abiertos mirando al techo, agitado y jadeando. Me toco la nariz y me sale una gota de sangre por el agujero. La cabeza me da vueltas y estoy mareado. El estómago me arde. Estoy jodido más allá de toda comprensión.

Salgo de la cama y me voy al Cuarto de Baño. Tengo dificultad para caminar y me caigo en la puerta. Warren está ante el lavabo cepillándose los dientes y hay alguien en la ducha. Empiezo a tener arcadas y sin dejar de tenerlas me arrastro hasta el retrete. Cuando llego al retrete, vomito. El vómito está lleno de bilis y de una mierda marrón que no he visto nunca. Está lleno de sangre. Me quema el estómago, la garganta y la boca. Me quema los labios y la cara. Y no para. Tengo una arcada y sale, el vómito de fuego sale, sale una vez y otra. Sigue saliendo. Quiero que pare, pero no para.

Warren se acerca y se arrodilla y me rodea con el brazo e intenta sostenerme. El Calvo ha salido de la ducha y está mirándome pasmado por la violencia de mis vómitos. Y sigue. Viene una vez y otra y otra. No para. No para.

El corazón se me ha disparado y late a toda velocidad de forma irregular y con cada latido me duele y con cada latido irregular me duele y el dolor me atraviesa el brazo izquierdo y el lado izquierdo de la mandíbula, pero la acción de vomitar no ha terminado. Parece como si el estómago y la garganta se me estuvieran saliendo o quisieran salir. Parece como si mi cuerpo intentara deshacerse de sí mismo. Está intentado deshacerse de mí.

No puedo seguir así. No puedo seguir viviendo de esta forma. Soy un Alcohólico y soy un Drogadicto y soy un Delincuente. Mi cuerpo está haciéndose pedazos y mi mente se ha hecho pedazos hace mucho tiempo. Quiero beber y quiero fumar crack aun sabiendo que beber y fumar crack me está matando. Estoy solo. No tengo con quién hablar y nadie a quien llamar. Me odio. Me odio tanto que no puedo mirarme a los ojos. Me odio tanto que el suicidio me parece una alternativa razonable. Mi Familia está dispuesta a darme por perdido, mis amigos están dispuestos a darme por perdido, he destruido toda relación valiosa que he tenido. Estoy vomitando por séptima vez hoy. Por puta séptima vez. No puedo seguir viviendo así.

Las arcadas disminuyen y empiezo a respirar. Warren me está sujetando y el Calvo me mira. Levanto la mano indicando a Warren que me deje y se pone en pie y se retira y apoyo la cabeza en el retrete. Respiro. Tomo todo el aire que puedo. Sé que el aire va a desacelerarme el corazón, o sea que respiro. Tomo todo el aire que puedo. Me calma. Me calma.

Warren habla. El Calvo mira.

¿Estás mejor?

Asiento con la cabeza.

¿Necesitas ayuda?

Niego con la cabeza.

Voy a buscar a alguien.

Hablo.

No.

Necesitas atención.

No.

James, necesitas atención.

Me pongo de pie. Me tambaleo.

Yo decido lo que necesito. No tú.

Respiro hondo y camino a trompicones hasta el lavabo y abro el grifo y me lavo la cara y me enjuago el vómito de la boca. Cuando termino, cierro el grifo y me vuelvo. Warren está mirándome y el Calvo está mirándome. Paso junto a ellos y salgo del Cuarto de Baño. Warren me sigue y se dirige a su parte de la Habitación.

Por lo menos deja que te dé una camisa.

Me miro la camisa. Es blanca y marrón y roja. Cubierta de salpicaduras de bilis y manchas de mierda que no he visto en mi vida y chorreones de sangre.

Toma.

Warren me tira una camisa. Yo la cojo. Es una camisa blanca almidonada con botones en las puntas del cuello. Miro la camisa y miro a Warren. Warren habla.

Es la única camisa limpia que me queda.

Miro la camisa. No es el tipo de camisa que yo me pondría. Me río y miro a Warren.

Gracias.

Él ríe.

De nada.

Me quito la camiseta y la tiro al suelo junto a mi cama y me pongo la camisa y me está enorme. Envuelve como una lona todo mi contorno desvencijado y me llega casi a las rodillas. Vuelvo los puños de las mangas y las doblo hasta mitad del antebrazo y me paso las manos por la pechera. Está tiesa por el almidón, pero suave por dentro. El algodón es de buena calidad y fino, probablemente fabricado en algún País lejano. Es la prenda más limpia y más agradable que me he puesto desde que puedo recordar, y es como si no mereciera llevarla sobre mi cuerpo enfermo. Warren está sentado al borde de la cama cortándose las uñas de los pies y hay un par de calcetines negros colocados junto a él. Me acerco y me pongo delante de Warren y me paso las manos por la pechera de la camisa. Hablo.

Es muy bonita. Te la cuidaré bien.

Warren sonríe.

No te preocupes.

Sí voy a preocuparme y te agradezco que me la prestes. Gracias.

No te preocupes.

Te la cuidaré bien. Gracias.

Warren asiente y yo me doy media vuelta y salgo de la Habitación y atravieso la Unidad. Los hombres están haciendo sus tareas de la mañana, preparándose para el día, dirigiéndose a desayunar. Roy está junto al Tablón de Trabajo con sus amigos. Paso a su lado.

James.

Sigo caminando, no miro atrás.

Sigues teniendo que limpiar los Servicios Colectivos.

Sigo caminando y no miro atrás y levanto el dedo corazón por encima del hombro para que pueda verlo.

James.

Sigo con el dedo levantado.

JAMES.

Recorro los Pasillos hacia el Comedor. Con cada paso que doy, crece en mí una profunda necesidad de una bebida o algo más duro o las dos cosas o todo. Los pies se me vuelven pesados y el paso más lento. Mi cabeza sólo tiene un pensamiento que me recorre una y otra vez. Necesito meterme algo. Necesito colocarme. Necesito colocarme. Necesito colocarme. Atravieso el Corredor de Cristal que separa a los hombres de las mujeres y me pongo a la cola. Percibo el olor a comida, comida de desayuno. Huevos y bacon y salchichas y tortitas y tostadas. Huele que alimenta. Veo las gachas de avena en un caldero grande a un lado. Que le den por culo a la avena. Mierda asquerosa pringosa y gris. Noto el olor de la comida, comida de desayuno. Huevos y bacon y salchichas y tortitas y tostadas.

Avanzo. Me acerco, más y más. Mi necesidad de colocarme ha aumentado exponencialmente. Ha aumentado hasta el punto de que ya no es un pensamiento, ha aumentado hasta el punto de que ya no tengo pensamientos. Es sólo instinto básico. Meterme algo. Ponerme hasta

arriba. Meterme algo. Ponerme hasta arriba.

Alguien choca conmigo y miro y tengo delante a la Chica que conocí hace unos días y ha tirado algo al suelo. Meterme algo. Se llama Lilly. Ponerme hasta arriba. Recojo lo que ha dejado caer y veo que es un papelito doblado. Meterme algo. Se lo devuelvo. Ponerme hasta arriba. Ella empieza a decir algo. No le presto atención. Ponerme hasta arriba. Avanzo un paso. Meterme algo. Ponerme hasta arriba.

Cojo una bandeja y pido huevos y bacon, salchichas y tortitas y tostadas a la mujer que trabaja tras el Mostrador de Cristal. No me da suficiente, y le pido más. Me da otra ración, pero sigue sin ser suficiente. Vuelvo a pedir. Me dice que no, que no cabe más en el plato.

Agarro un montón de servilletas y unos cubiertos y busco una mesa vacía y me pongo las servilletas por la pechera de la camisa de Warren y me siento y busco una botella de sirope y cubro los huevos y el bacon y las salchichas y las tortitas y las tostadas con el sirope y empiezo a devorar la comida. No miro lo que es y no lo saboreo y me da igual lo que sea o a qué sabe. Da igual. Lo que importa es que tengo algo y voy a comer todo lo que pueda todo lo rápido que pueda. Meterme algo. Ponerme hasta arriba.

Termino el plato. Tengo la cara y los dedos y las servilletas que protegen la camisa de Warren llenas de huevo y bacon y salchicha y tortitas y tostadas y sirope. Me chupo los dedos y me limpio la cara y me quito las servilletas de la camisa y las aprieto en una bola y las dejo sobre la bandeja y me vuelvo a chupar los dedos. Quiero más, pero por ahora mi necesidad está satisfecha. Me recuesto en la silla y miro a mi alrededor. Hombres y mujeres pasan por el Corredor de Cristal. Chocan entre sí, intercambian miradas, comparten el mismo espacio, pero no hablan. Hay una tensión evidente.

La zona de mujeres está casi llena. Algunas mujeres se han duchado y se han maquillado, otras no, y se han repartido en concordancia con su Clase Socioeconómica. Las ricas se sientan con las ricas, las medias con las medias, las pobres con las pobres. Hay más ricas que medias, más medias que pobres. Las mujeres ricas hablan y ríen y apenas prueban bocado y se comportan como si estuvieran en una especie de

vacaciones. Las mujeres medias están menos animadas, pero también parecen estar pasándolo bien. Las mujeres pobres no llevan maquillaje y apenas hablan. Se concentran en su comida, como si fuera lo mejor que han comido en su vida y lo mejor que van a comer.

Aunque mi mesa está vacía, la mayoría de las mesas de la zona de hombres están llenas. Las divisiones entre los hombres no son por clases, sino por preferencias de droga. Los Borrachos se sientan juntos, los Cocainómanos se sientan juntos, los que le dan al Crack se sientan juntos, los Yonquis se sientan juntos, los que se meten Pastillas se sientan juntos. Dentro de cada grupo hay otras dos divisiones. Un grupo lo componen los Duros. Son los que consumen en grandes cantidades y están totalmente jodidos. El otro grupo lo componen los Flojos. Ellos son los recuperables, los potencialmente salvados. Los Duros se burlan de los Flojos y les dicen que no tenían que estar aquí. Los Flojos no contestan con palabras, sino con miradas que dicen gracias a Dios no soy uno de vosotros. Ed y Ted y John se sientan con los Duros, Roy y su amigo y Warren y el Calvo se sientan con los Flojos.

Yo me siento en una mesa vacía y los miro a todos, preguntándome qué coño estoy haciendo aquí, deseando desesperadamente tomarme algo para cogerme un buen ciego. La comida ha matado el instinto por el momento, pero sé que volverá y sé que volverá con más fuerza. Meterme algo. Meterme algo fuerte pero ya. Ponerme hasta arriba. Ponerme hasta el culo.

Leonard se sienta en mi mesa. Lleva un Rolex distinto y una camisa hawaiana distinta. Su plato está rebosante de salchichas y bacon y nada más.

Hola Chico.

Desdobla la servilleta, se la pone sobre las piernas.

Hola.

Coge otra servilleta y limpia el cuchillo, el tenedor y el borde del vaso de zumo de naranja.

¿Cuándo te han puesto los dientes?

Ayer.

¿Qué tuvieron que hacerte?

Poner fundas en los dos delanteros, ponerme un empaste en éste.

Señalo mi diente delantero izquierdo.

Endodoncia en los canales de la raíz de éstos.

Me doy un golpecito en los dos frontales. Están firmes.

¿Te dieron algo potente?

No me dieron nada.

Y una mierda.

Ya.

¿No te dieron nada?

No.

¿Te entraron en los canales de la raíz de los dos frontales sin anestesia?

Sí.

Leonard me mira como si lo que he dicho le resultara incomprensible.

Es la cabronada mayor que he oído en mi vida.

Fue un mal rollo.

Mal rollo no es la expresión que yo utilizaría.

Fue un mal rollo de cojones.

Ríe, deja el tenedor en la mesa.

¿De dónde coño te han sacado, Chico?

¿Eso qué significa?

¿De dónde sale alguien como tú?

He vivido en muchos sitios.

¿Por ejemplo?

¿Qué más te da?

Simple curiosidad.

Deja de ser curioso.

¿Por qué?

No quiero hacer amigos aquí.

¿Por qué?

Porque no me gustan las despedidas.

Pues hay que despedirse alguna vez.

No, no necesariamente.

Me levanto y cojo mi bandeja y vuelvo a ponerme en la cola y me dan más comida y cojo más servilletas y busco una mesa vacía en el rincón y me siento y como. Esta vez como más despacio. Con cada bocado siento que se me dilata el estómago. Es una sensación asquerosa y desagradable, pero no puedo parar. Como bocado tras bocado, me siento cada vez peor. Miro la comida y no quiero más, pero da igual. Como bocado tras bocado, me siento cada vez peor. Meterme algo. Ponerme hasta arriba. Eso lo único que importa. Ponerme hasta arriba.

Termino el plato y me levanto y cruzo el Comedor despacio, despacio, muy despacio, y dejo la bandeja en la cinta transportadora que va al lavavajillas. Cuando me vuelvo, tengo a Lilly delante. Aunque la he visto hace un rato, no la había visto de verdad, y aunque nos hemos encontrado dos veces anteriormente, nunca la he mirado de verdad. Tiene el pelo negro y largo hasta la mitad del pecho y los ojos azules. No azul hielo sino azul agua. Azul agua profundo y limpio. Es pálida, pálida, pálida, y tiene los labios gruesos y muy rojos, aunque no los lleva pintados. Sus vaqueros son viejos y están gastados y su jersey negro es viejo y gastado y sus botas militares son viejas y gastadas y todo es demasiado grande para su cuerpo, que es menudo y delgado. Lilly sostiene una bandeja y sonríe. Tiene los dientes rectos y blancos, y los tiene rectos de un modo que no se debe a ningún aparato y blancos de un modo que no tiene nada que ver con la pasta de dientes. Yo sonrío a mi vez. Ella habla.

Tienes dientes.

Sí.

Están bien.

Gracias.

¿Vas mejor?

Para nada. ¿Y tú?

Yo sí, voy bien.

Me alegro.

Me separo de ella y me alejo. Sé que me está mirando, pero no miro atrás. Recorro los Pasillos y voy a la Sala de Conferencias y busco un asiento entre los hombres de mi Unidad y me siento. Leonard se sienta

a mi lado y me levanto para dejar un asiento entre nosotros. Mi mira y ríe. No le hago caso.

Empieza la Conferencia. Es sobre Ceder y Ceder a Dios. El hombre que pronuncia la Conferencia lleva diez años sin beber. Cuando tiene dificultades o algo va mal en su vida, se lo ofrece a Dios y asiste a una Reunión de AA. Dios hace su voluntad, resolviéndolo para bien o para mal, y el hombre deja de preocuparse o de intentar controlarlo. Simplemente espera y confía, espera y asiste a Reuniones, espera y supone que lo que pase es lo que tenía que pasar. Cuando habla de Dios y de su confianza en este poderoso Dios masculino sus ojos se vidrian. Es un brillo que conozco y he visto muchas veces antes, generalmente cuando alguien está jodido hasta la médula por tomar drogas fuertes, drogas duras. Su Dios se ha convertido en su droga y tiene un subidón, un puto subidón, va hasta las cejas, y larga sin parar, y pasea de arriba abajo, Dios esto y Dios lo otro, bla bla bla bla. Si estuviera más cerca de él o pudiera acercarme, le daría un puñetazo en la boca para que se callara de una puta vez.

Termina y todo el mundo se queda impresionado y todo el mundo aplaude. Yo me levanto y me voy.

Cuando cruzo la puerta, Ken está esperándome.

Hola James.

Hola.

¿Puedes venir conmigo un rato?

¿Por qué?

Han llegado los resultados de tus análisis y el Doctor Baker quiere hablar contigo.

Vale.

Volvemos por la luz de los Pasillos y me siento incómodo y Ken intenta hacer conversación y yo no le hago caso. No le hago caso porque la necesidad de colocarme está aumentando y me está gritando y no puedo pensar en otra cosa ni puedo concentrarme en otra cosa. Mataría por una copa en este momento. Matar. Beber. Matar. Beber. Matar.

Entramos en la Unidad Médica y Ken me lleva a la Sala de Espera y

me dice que espere. Sale y me fumo un cigarrillo y miro la televisión. El cigarrillo sabe bien y me quema la garganta y los pulmones y aunque es la droga más blanda y menos nociva a la que soy adicto, no deja de ser una droga y me gusta un huevo. No me importa lo que me haga, me gusta.

Hay una máquina de café en un rincón y me levanto y me sirvo una taza. Le pongo azúcar hasta la saturación y bebo un sorbo y está caliente y hace daño beberlo y me gusta. El corazón se me acelera casi de inmediato, y aunque no se acelera como de costumbre, y aunque no soy adicto al café, no deja de ser una droga y me gusta un huevo. Me gusta un huevo.

Ken vuelve a la Sala y dice que el Doctor está listo y me levanto y le sigo por la Unidad Médica hasta una Consulta pequeña y limpia. Hay tres sillas y una ventana y una serie de estantes de acero reluciente con instrumentos y una mesa para examinar contra una de las paredes y un aparato de rayos X colgado cerca de la puerta. El Doctor Baker está sentado en una de las sillas con una carpeta. Se levanta cuando entramos.

Hola James.

Me ofrece la mano. Se la estrecho.

Hola Doctor Baker.

Nos sentamos.

¿Me dejas verte los dientes?

Sonrío.

Tienen buen aspecto. El Doctor Stevens dice que fuiste muy valiente.

El Doctor Stevens se portó bien conmigo. Déle las gracias en mi nombre cuando hable con él.

Lo haré.

Ahora dígame por qué estoy aquí.

El Doctor Baker abre la carpeta. Tengo los resultados de los análisis que te hicieron hace unos días.

¿Son muy malos?

Mira la carpeta, respira hondo. Se recuesta en la silla y me mira. Habla.

Te has producido daños considerables en la nariz, la garganta, los pulmones, el estómago, la vejiga, los riñones, el hígado y el corazón. Nunca he visto tantas lesiones y tan graves en una persona tan joven. Tendríamos que hacer más análisis para saber el grado exacto, y si quieres que te los hagan podemos tramitarlo, pero con lo que tengo aquí ya sé unas cuantas cosas importantes. La primera es que tienes suerte de estar vivo. La segunda es que si alguna vez vuelves a tomarte una copa o a consumir cualquier tipo de droga dura, hay bastantes probabilidades de que te mueras. La tercera es que si empiezas a beber o a consumir drogas regularmente, te morirás en unos días. Tu cuerpo ha sufrido un maltrato tan profundo y tan prolongado que no lo resistirá.

Ken me está mirando fijamente, el Doctor Baker me está mirando fijamente. Yo miro por encima de él hacia la ventana donde la Tormenta sigue con fuerza. Por fin sé con absoluta certeza lo que he sospechado durante mucho tiempo. Que estoy casi muerto.

Un puto día feliz.

El Doctor Baker habla.

El asunto no tiene gracia, James.

Yo le miro.

Ya lo sé, pero ¿qué coño voy a decir? He recibido mi sentencia de muerte.

Habla Ken.

¿Qué significa eso?

¿Qué te parece a ti?

Estamos aquí para ayudarte, James. Estamos aquí para ayudarte a que te pongas mejor y ayudarte para que aprendas a dejar de matarte. Si haces lo que te decimos y sigues el Programa que te vamos a recetar, vivirás una vida larga y feliz.

He recibido mi sentencia de muerte.

No tiene por qué cumplirse. Si confías en nosotros.

Miro al Doctor Baker.

¿Tiene algo más que decirme?

Que espero que confíes en nosotros, espero que nos des la

oportunidad de ayudarte, y espero de todo corazón que aún estés aquí mañana.

Me quedo mirándole. Tiene los ojos cargados y húmedos y a punto de llorar. Está claramente triste y claramente decepcionado. Estoy harto de poner tristes a los demás y harto de decepcionarlos y harto de verles echarse a llorar. Lo he visto demasiadas veces. El Doctor va a ser el último.

Os agradezco vuestro tiempo y vuestros esfuerzos. A los dos. Gracias.

Me levanto y abro la puerta y salgo de la Habitación y cierro la puerta detrás de mí y voy a mi Habitación. Aunque acaban de decirme que si vuelvo a consumir alcohol y drogas me va a matar, y a matarme pronto, lo que quiero ahora mismo es un buen copazo y un latigazo de roca pura. Lo quiero con toda mi alma. Quiero meterme algo. Lo quiero con toda mi alma. Ponerme hasta arriba. Mataría por ello. Quiero meterme algo. Matar por ello. Ponerme hasta arriba. Estoy totalmente jodido.

A mi alrededor, la Gente sigue la rutina de todos los días. Los Pacientes van a orientación y a terapia, los Médicos y Psicólogos les están dando lo que sea que necesitan. La Gente recibe ayuda o la presta y todos lo hacen de buen grado. Sus cuerpos se están recuperando y sus espíritus se están recuperando y están rehaciendo sus vidas y están siguiendo el Programa y confían en el Programa. Se han entregado y creen, y no importa si funciona o no a largo plazo. Por el momento, creen. No sé cómo lo hacen.

Llego a mi Habitación y veo que alguien ha recogido la Biblia y el *Gran libro* que tiré por la ventana y los ha puesto otra vez en mi cama. Están empapados, las páginas hinchadas, la cubierta combada. El hecho de que estén otra vez ahí y que alguien los haya vuelto a traer me pone furioso. Los cojo y los llevo al Cuarto de Baño y los meto en la papelera entre las cuchillas de afeitar usadas, los bastoncillos sucios y los pañuelos con mocos. Si pudiera y mi cuerpo colaborara, los metería en el retrete y me cagaría en ellos.

Me vuelvo a la cama y me tumbo y cierro los ojos y el carácter inexorable de las palabras del Doctor Baker empieza calar en mí y las

palabras me despejan la mente y matan el ansia y me desaceleran el corazón. He recibido mi sentencia. Unos días de drogas y alcohol y estoy muerto. Estaré muerto, acabado, para siempre. Dejaré de existir en todo sentido, forma o volumen. Iré a encontrarme con la negrura y la negrura será eterna. De algún modo siempre supe que llegaría así a mi fin. De algún modo siempre supe que me mataría con drogas y alcohol. Lo sabía con cada bebida, cada vez que me metía una raya, lo sabía cada vez que fumaba una pipa o esnifaba pegamento o me tomaba una pastilla. Soy yo el único culpable. Lo sabía todas y cada una de las veces. Y no podía evitarlo.

Imagino mi necrológica. La verdad de mi existencia será eliminada y sustituida con virtudes imaginarias. La realidad de cómo he vivido será ocultada y cambiada y se pronunciarán frases como Querido Hijo, Buen Hermano, Amigo de Verdad, Estudiante Trabajador. La Gente cambiará su opinión sobre mí, de Cabrón irresponsable a Mártir desvalido, de Loco peligroso a pobre Víctima, de Gilipollas toxicómano a Criatura desgraciada. Dirán cosas como Dios mío qué pérdida. Con lo que podría haber hecho. Tenía tantas posibilidades, ¿qué ocurrió? Y será todo una puta mentira, cada palabra será mentira.

Sé quién soy y sé lo que he hecho y sé por qué estoy a punto de morir. Me he enfrentado a la realidad y la realidad es simple. Soy un Alcohólico y soy un Drogadicto y soy un Delincuente. Eso es lo que soy y quién soy y así es como tendrían que recordarme. Sin mentiras consolatorias, sin recuerdos inventados, sin falso sentimentalismo, sin lágrimas. No merezco lágrimas. Merezco un retrato veraz y nada más y empiezo a escribir un obituario veraz mentalmente. Escribo el obituario que debe aparecer, pero no aparecerá jamás. Empiezo por el principio y soy fiel a los hechos y avanzo hasta lo que sé que será mi final.

James Frey. Nacido en Cleveland, Ohio, el 12 de septiembre de 1969. Empezó a tomar sorbos de bebidas alcohólicas a hurtadillas a los siete años. Se pilló su primer pedo de alcohol a los diez. Vomitó la primera vez por pasarse a los diez. Fumó maría a los doce. A los trece fumaba y bebía habitualmente. Perdió la conciencia por primera vez a los catorce. A los quince fue detenido tres veces. Por Conducir Sin Carné,

por Vandalismo y Destrucción de propiedad, por Intoxicación Etílica en lugar Público y Posesión de Alcohol siendo Menor. Pasó una noche en la cárcel. A los quince probó cocaína, ácido y cristales de metanfetamina por primera vez. Otras tres detenciones a los dieciséis. Empezó a beber y a meterse drogas antes de clase. Empezó a vender alcohol y drogas a sus Compañeros de instituto. Perdía el conocimiento y vomitaba habitualmente. Tres detenciones más a los diecisiete. Primera multa por Conducir Bajo la Influencia del Alcohol. Mangó una del .36 y estableció un récord local. Pasó una semana en la Cárcel. Bebía y tomaba drogas todos los días. En el Instituto, en Casa, en todas partes. Vomitaba y perdía el conocimiento varias veces a la semana. Primer intento de dejarlo. Experimentó delírium trémens. Bebió para hacerlo desaparecer. Dos detenciones a los dieciocho. Primera sobredosis de droga, primer caso de intoxicación etílica. Intentó dejarlo otra vez. Duró dos días. Vomitó sangre por primera vez, sangró por la nariz a causa de la cocaína por primera vez. Diecinueve. Perdía el conocimiento cinco días a la semana, vomitaba cinco días a la semana. Se orinó en la cama por primera vez. Temblaba visiblemente cuando no bebía. Se despertó por primera vez sin saber dónde estaba o cómo había llegado allí. Veinte. Perdía la conciencia siete días a la semana. Vomitaba varias veces al día, siete días a la semana. Fumó cocaína por primera vez, fumó metanfetamina por primera vez, fumó polvo de ángel por primera vez. Veintiuno. Tres detenciones. Asalto a Mano Armada, Agresión a un Agente de la Ley, Delito Grave por Conducir Bajo los Efectos del Alcohol, Oponer Resistencia a los Agentes del Orden, Intento de Incitación al Desorden Público, Posesión de Narcóticos con Intención de Distribuir, Delito Grave de Mutilación. Huyó estando en Libertad bajo Fianza en todos los casos. Fumó crack por primera vez, empezó a fumar crack habitualmente. Una sobredosis, tres casos de intoxicación etílica. Veintidós. Abuso acelerado de alcohol, abuso acelerado de crack. Se metía cualquier cosa, todo lo posible, siempre que podía. Vomitaba constantemente. Vomitaba y cagaba sangre a diario. Intentó dejarlo cuatro veces. Nunca duró más de doce horas. Veintitrés. Continuó acelerándose el abuso, continuó el

deterioro de su salud. Dos sobredosis, constante intoxicación etílica. Casi nunca sabía dónde estaba o cómo había llegado allí. Intentó dejarlo dos veces, duró seis horas en total. Se cayó por una salida de incendios y se destrozó la cara. Ingresó en un Centro de Tratamiento. Se marchó del Centro de Tratamiento. Murió dos días después. Encontradas en su organismo dosis mortales de alcohol y cocaína. Causa oficial de muerte sobredosis accidental. Debió aceptarse como un suicidio. Suicidio intencionado. Nadie ruega por él. Su Familia había renunciado a él, sus amigos habían renunciado a él.

Tengo la cabeza despejada y no siento el ansia y el corazón me late despacio y con regularidad. Mentalmente, he terminado mi necrológica. Está terminada y es correcta. Dice la verdad, y por tremenda que sea, la verdad es lo que cuenta. Es por lo que se me debe recordar, si es que alguien me recuerda. Recordar la verdad. Eso es lo que importa.

Tengo la cabeza despejada y no siento el ansia y el corazón me late despacio y con regularidad. He tomado una decisión y me siento a gusto con mi decisión. Es lo que siempre supe que ocurriría, aunque los detalles empiezan ahora a perfilarse. Me voy a marchar de aquí y me voy a suicidar. Me voy a marchar de aquí y voy a buscar algo que beber y voy a buscar algo que fumar y voy a beber y a fumar hasta morir. Me voy a marchar de aquí y no voy a mirar atrás y no voy a despedirme. He vivido solo, he luchado solo, me he enfrentado al dolor solo. Me moriré solo.

Pienso en cuándo marcharme. No quiero que me vean y no quiero que me sigan. Quiero desaparecer rápidamente y sin ruido y sin dramatismo, quiero disponer de todas las horas de oscuridad que pueda. La oscuridad te protege, la oscuridad ofrece sitios para ocultarse y la oscuridad ofrece consuelo. La oscuridad suele llegar hacia la hora de cenar, pero la cena es demasiado evidente. Todos tenemos obligación de presentarnos y obligación de comer y aunque yo no confraternizo durante la cena, lo notarían si no estoy. Después sigue la Conferencia y la Conferencia sería mejor. La Gente se levanta y se marcha durante las Conferencias continuamente. Se levantan y van al lavabo, salen fuera para fumar un cigarrillo, se marchan para ver a un

Orientador o a un Psiquiatra, salen corriendo para vomitar. No se notaría si me marchara, y cuando alguien se diera cuenta de que no estaba, que sería probablemente tres o cuatro horas después, habría llegado ya lo bastante lejos para que no hubiera modo de traerme aquí otra vez. Estaría en la oscuridad. Estaría solo. Estaría a gusto. Nada podría traerme otra vez aquí.

Tengo la cabeza despejada y no siento el ansia y el corazón me late despacio y con regularidad. Voy a salir de aquí y voy a suicidarme. La idea me hace sonreír. Me hace sonreír porque es triste y es horrible. Me hace sonreír porque el misterio de mi muerte ya no existe y sin el misterio ya no me asusta. Me hace sonreír porque prefiero sonreír a llorar. Me hace sonreír porque todo va a terminar. Va a terminar por fin. Va a terminar por fin. Gracias.

Respiro hondo y me pregunto cuántas veces más voy a respirar. Siento latir mi corazón y me pregunto cuántas veces más. Me paso las manos por el cuerpo y tengo el cuerpo cálido y blando y sé que pronto estará frío y rígido. Me palpo el pelo, los ojos, la nariz, los labios. Siento la barba crecer en mis mejillas. Me toco la piel del cuello, del pecho, de los brazos. Pronto estará pudriéndose. Descomponiéndose y desintegrándose. Desapareciendo. Dejará de existir todo vestigio. Ceniza a la ceniza, polvo al polvo. Volvemos allí de donde salimos. Pronto estaré pudriéndome y descomponiéndome y desintegrándome.

Oigo abrirse la puerta y me incorporo. Entran Roy y Lincoln. Roy sonríe con suficiencia y Lincoln parece cabreado. Habla Lincoln.

¿Qué haces?

Estoy aquí sentado.

¿Por qué no estás con tu grupo?

Necesitaba estar solo un rato.

Habérselo dicho a alguien.

No tenía ganas de decírselo a nadie.

Aquí las cosas no se hacen cuando tienes ganas.

Si estáis aquí para putearme por no estar con el grupo, me largo ahora mismo. Si estáis aquí para putearme por otra cosa, acabar de una vez.

Lincoln se vuelve hacia Roy.

Roy.

Roy se adelanta.

No has limpiado los Servicios Colectivos esta mañana.

Me echo a reír. Roy mira a Lincoln. Habla Lincoln.

¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

Su intento gilipollas de buscarme problemas.

Habla Roy.

No estoy intentando nada. No has limpiado los Servicios esta mañana.

Vuelvo a reír.

Que te den por culo, Roy.

Roy mira a Lincoln. Lincoln me mira a mí.

No están limpios, James. Acaba de enseñármelos.

Yo le miro a él.

Los limpié hacia las cuatro de la mañana. Los limpié hasta que relucían, coño. Si están sucios ahora será porque alguien los ha usado o alguien, que probablemente sea él, los ha llenado de mierda para buscarme problemas.

Habla Roy.

No es cierto.

Río.

Que te den por culo, Roy.

Se vuelve hacia Lincoln. Gime como un niñato mimado.

No es cierto.

Habla Lincoln.

Es irrelevante que estuvieran limpios antes. Tu trabajo es mantenerlos limpios en todo momento y ahora mismo están asquerosos. Tienes que volver a limpiarlos.

Ni hablar.

Desde luego que sí.

Ni de coña.

Ahora mismo.

Estás como una puta cabra si crees que voy a tocar esos jodidos

retretes. Los limpié antes y Roy los ha llenado de mierda para buscarme problemas. Que limpie Roy los putos retretes esta vez.

Lincoln se adelanta, yo me apoyo contra el respaldo de la cama. Se acerca amenazante, pone cara de pelea.

Vas a limpiarlos te guste o no y va a ser ahora mismo y no vas a decir una sola palabra más sobre el asunto. ¿Me entiendes?

Me levanto de la cama apoyándome en las manos y me pongo de pie y le miro a los ojos.

¿Me vas a obligar?

Le miro a los ojos.

¿Vas a intentar obligarme?

Le miro a los ojos.

Venga, Lincoln. ¿Qué vas a hacer?

Nos miramos fijamente, respiramos despacio, apretamos la mandíbula, esperamos el momento. Sé que no va a pasar nada y eso me da ventaja. Sé que si me toca va a quedarse sin trabajo. Sé que el trabajo es demasiado importante para él para arriesgarlo por mí. Sé que se ha ablandado después de muchos años de abstinencia y sé que, en este momento, la ropa negra y las botas y el corte de pelo son poco más que un disfraz. Sé que no va a pasar nada y que haya llegado tan lejos me resulta divertido. Me río en su cara. Habla Lincoln.

No tiene ninguna gracia.

Vuelvo a reír.

No voy a limpiar los putos retretes, Tipo Duro. Ni de coña.

Le paso de largo.

James.

Empiezo a salir de la Habitación.

Ni de coña.

Paso junto a Roy y salgo de la Habitación y me voy al Nivel Superior de la Unidad y bebo una taza de café y me fumo un par de cigarrillos y me gusta la sensación de la nicotina y la cafeína dentro de mí. Me aceleran el corazón, me desaceleran el cerebro, me sientan el pulso, dan empuje a mis pies. Son lo bastante fuertes para que sienta sus efectos, pero no lo bastante para producirme nada de importancia. Me

gustan y me gusta la combinación que forman. Uno estimulante y vivificante, el otro lento y deprimente. Suben y bajan de modo que los siento en ambos extremos del espectro. Con toda la velocidad posible y toda la lentitud posible, y todo lo intermedio. Es divertido jugar con las dosis y los niveles y es divertido manipular el colocón. Es como disparar una pistola contra una diana. Tengo las sensaciones y siento el subidón y lo experimento, pero no hay peligro. Tengo absoluto control de lo que estoy haciendo y lo que estoy sintiendo. Como en una pelea con armas de fuego, sé que cuando pase a lo de verdad no voy a poder controlar nada. Ni de coña. Tanto y tan rápido como pueda. Hasta morir.

Los hombres empiezan a entrar después de la sesión con sus grupos y a dirigirse al Comedor para la comida. Yo les sigo y como con Leonard. Me hace muchas preguntas y no contesto ninguna. A él le hace gracia y a mí me hace gracia y en un momento dado renuncia y me cuenta historias de otros Pacientes de aquí. Todas son iguales. Lo tenían todo, la jodieron, lo perdieron todo. Intentan rehabilitarse. La Gran Historia Lacrimógena Americana.

Después de comer vamos a la Conferencia, que es sobre ejercicio y abstinencia. No escucho ni una palabra, me importa un carajo, y Leonard tira monedas de un centavo al Calvo que es ahora mi Compañero de Habitación. Apunta a la cabeza y se entusiasma cuando le da en mitad de la calva justo en la coronilla. Por alguna razón el hombre lo tolera.

Termina la Conferencia y volvemos a la Unidad y yo asisto a mi primera Sesión de Terapia de Grupo. El tema es reparar agravios. Ken dirige el grupo que habla sobre la necesidad de hacer desagravios. Ken cree que es imperativo, como la mayoría del grupo. Las disculpas te permiten empezar con el historial en blanco, desprenderte de los sentimientos de culpa que los Adictos acumulan con sus actos, cambiar la piel de tu vida anterior. No importa si los desagravios son aceptados o no. Lo que es importante es el acto de disculparse, el acto de admitir tu falta, el acto de pedir perdón.

Los hombres que no creen en desagraviar son los peores del grupo.

Saben que la mayoría de las cosas que han hecho no deben ser perdonadas y no serán perdonadas. No quieren hacer el esfuerzo de disculparse porque el dolor del rechazo y el recuerdo de sus actos les dolerá demasiado. Quieren pasar a otra cosa y olvidar, aunque olvidar sea imposible. Yo soy de esta clase. Sé que no voy a ser perdonado y no me voy a molestar en pedirlo. Mi desagravio será mi muerte. Nadie a quien haya hecho daño volverá a verme, a saber de mí, a pensar en mí jamás. Ya no podré herirlos ni joder sus vidas más, no podré causarles el dolor que les he causado anteriormente. Olvidadme si podéis. Olvidad que he existido, olvidad que hice lo que fuera que hice. Mi suicidio será mi forma de pedir perdón. Aunque sea imposible, por favor olvidadme. Por favor olvidad.

Después de la terapia de grupo todos los hombres de la Unidad se reúnen en el Nivel Inferior y se celebra una Ceremonia de Graduación. Roy y su amigo se marchan. Han cumplido ya su tiempo, han terminado sus programas y están preparados para reincorporarse al Mundo exterior. Ambos reciben una Medalla y una Piedra. La Medalla simboliza su actual abstinencia, la Piedra su determinación de permanecer abstemios. Ambos pronuncian discursos breves. Más o menos la mitad de los hombres les desprecia y cree que son unos gilipollas, la otra mitad les admira y les ofrece sus mejores deseos. Yo me siento al fondo de la Habitación con Leonard, que lee la página deportiva del *USA Today* y blasfema en voz baja.

La Ceremonia termina y todo el mundo aplaude y Roy va de un lado a otro abrazando y despidiéndose. A mí me evita, igual que su amigo. Ambos parecen muy contentos y ambos tienen en la mirada el brillo del Converso. Aprietan sus Medallas y sus Piedras, piden a sus amigos que les firmen en la parte trasera de su ejemplar del *Gran Libro*. Ambos parecen asustados y ambos parecen frágiles. Los dos tienen aspecto de estar huyendo de algo y de estar ocultándose de algo. Los dos tienen aspecto de saber que les van a pillar. Les doy un mes antes de que estén tan colgados que no puedan ni ver. Les doy como mucho un mes.

La mayoría de los hombres se van hacia sus Habitaciones y empiezan a prepararse para la cena. Yo me voy a la mía a prepararme para

marchar. Me quito la camisa blanca de Warren y me pongo mi camiseta y escribo una nota a Warren dándole las gracias y la meto en el bolsillo delantero de la camisa y voy a su esquina y doblo la camisa blanca y se la dejo sobre la cama. Vuelvo a mi parte de la Habitación y escribo otra nota con el nombre de Hank y la dirección de la Clínica y pongo Por favor Devolved esta Chaqueta a Hank con mi agradecimiento por su amabilidad y su amistad. Meto esta nota en el bolsillo delantero del chaquetón que me prestó para que la encuentren cuando me encuentren a mí y me pongo el chaquetón y miro por si hay alguna otra cosa mía, pero no hay nada. Miro en los cajones, miro en la cama, bajo la cama, bajo las sábanas, en el armarito de las medicinas, en la ducha. No hay nada. No tengo nada.

Voy hasta el Comedor y me pongo a la cola y cojo una bandeja y respiro hondo y el olor de la comida inunda mi cuerpo y tengo hambre, hambre, hambre y quiero comer y quiero comer mucho. La comida de esta noche es redondo de carne picada y puré de patata y salsa y coles de Bruselas y pastel de manzana. Es una comida que me gusta y es apropiada para lo que probablemente sea la última comida de verdad que tome. Me llevo todo lo que la mujer tras el mostrador quiere darme y cojo utensilios y servilletas y busco una mesa vacía y me siento y extiendo las servilletas sobre mis piernas y respiro hondo. Ésta va a ser probablemente la última comida de verdad que vaya a tomar en la vida.

El redondo de carne está bueno y jugoso y tierno y las patatas son patatas de verdad y la salsa está caliente y espesa y sabe mucho a carne. Como lentamente, saboreando cada bocado, dejando cada bocado en la boca hasta que se disuelve. Mi Madre hacía redondo de carne picada para mi Hermano y para mí cuando yo era Pequeño, hacía esta misma comida exactamente igual una vez a la semana más o menos. Comerla ahora y comerla como última comida me trae recuerdos de aquellas cenas y de muchas más. Mi Padre estaba trabajando por ahí, en algún viaje, mi Hermano y yo estábamos en el Colegio o jugando por el barrio en que estuviéramos viviendo entonces. Todos los días a las seis y media de la tarde cenábamos con mi Madre.

Mi Madre hacía cenas estupendas, y le encantaba sentarse a comerlas con nosotros. Después de cenar veíamos la televisión o jugábamos o mi Madre nos leía. Cuando mi Padre volvía a casa a tiempo, pasábamos todos un rato juntos y después mi Hermano y yo nos íbamos a la cama. Éramos una Familia, una Familia feliz, y seguimos siéndolo hasta que yo dejé de presentarme por la noche. Sería agradable que mi Familia estuviera aquí conmigo ahora. Sería agradable, pese a la desintegración de nuestra relación en los últimos años, cenar una vez más con ellos. Aunque dudo que habláramos mucho, sería agradable mirarlos a todos a los ojos y decirles adiós. Aunque dudo que habláramos mucho, sería agradable darles a todos la mano, decirles que lo siento, que el que yo sea como soy no es culpa suya. Aunque dudo que habláramos mucho, me gustaría pedirles que me olviden.

Termino de comer y me recuesto en la silla y veo que Leonard se acerca a mí con una bandeja de comida. Deja la bandeja sobre la mesa y se sienta frente a mí y empieza a desdoblar servilletas y a limpiar los cubiertos.

¿Cómo vas, Chico?

Estoy bien.

¿Estás bien?

Sí, estoy bien.

Es la primera vez que te oigo decir eso.

Estoy aceptando una serie de jodiendas.

¿Cuáles?

No es asunto tuyo.

Uno de estos días vas a hablar conmigo.

No, no voy a hablar.

Te vas a cansar de ser un Gilipollas y te vas a cansar de no tener amigos y vas a hablar conmigo.

No, no voy a hablar.

Voy a seguir sentándome a tu lado hasta que hables.

Me echo a reír.

Voy a seguir sentándome a tu lado. Que te quede claro, coño.

Agarro mi bandeja y me pongo de pie.

Que te vaya bien la vida, Leonard.

¿Y eso qué significa?

Que te vaya bien la vida.

Doy media vuelta y llevo mi bandeja a la cinta transportadora y la dejo y empiezo a salir del Comedor. Al pasar por el Corredor de Cristal que separa a los hombres de las mujeres, veo a Lilly sentada sola en una mesa. Mira hacia mí y sonríe y nuestros ojos se encuentran y yo sonrío también. Baja los ojos y dejo de caminar y me la quedo mirando. Ella levanta los ojos y vuelve a sonreír. Es preciosa de verdad. Sus ojos, sus labios, sus dientes, su pelo, su cutis. Los círculos oscuros bajo los ojos, las cicatrices que veo en sus muñecas, la ridícula ropa que lleva diez tallas más grandes de la suya, el sentimiento de tristeza y dolor que lleva que es aún mayor. Me quedo mirándola, simplemente mirándola mirándola. Varios hombres pasan junto a mí y otras mujeres me miran y Lilly no entiende lo que estoy haciendo o por qué lo estoy haciendo y se está sonrojando y es bonito. Yo sigo mirándola. La miro porque sé dónde voy y no volveré a ver nada bello nunca más. El crack no lo venden en Mansiones ni en Tiendas elegantes y no vas a Hoteles de lujo ni a Clubs de Campo a fumarla.

Las bebidas fuertes y baratas no se venden en Restaurantes de cinco estrellas ni en Bares donde sirven Champagne ni las venden en Tiendas gourmet ni en Boutiques del vino. Voy a ir a un lugar horrible en una barriada horrible dominada por gente horrible que abastece a lo peor que hay en la Sociedad. Allí no habrá belleza de ninguna clase, nada que se acerque siquiera a la belleza. Habrá Camellos y Toxicómanos y Delincuentes y Putas y Chulos y Asesinos y Esclavos. Habrá drogas y alcohol y pipas y botellas y humo y vómito y sangre y despojos humanos y desechos humanos y desintegración humana. He pasado buena parte de mi vida en esos sitios. Cuando me vaya de aquí buscaré uno de ellos y me quedaré allí hasta que muera. Pero antes de hacerlo quiero una última mirada a algo hermoso. Quiero una última mirada para tener algo que conservar en mi espíritu mientras me muero, para que con mi último aliento pueda pensar en algo que me haga sonreír, para que en medio del horror pueda agarrarme a una brizna de

humanidad.

Una mujer se acerca a Lilly y se inclina hacia ella y le susurra algo en el oído y Lilly sacude la cabeza y se encoge de hombros. La mujer parece tener algo de Autoridad y no quiero que mis deseos puedan crearle problemas a Lilly, o sea que espero hasta que ella vuelve a mirarme y sonrío y ella sonríe una sonrisa preciosa y perfecta y tengo la imagen que buscaba. Adiós Lilly. Voy a atesorar tu imagen. Adiós y gracias.

Voy a la Conferencia y busco un asiento en la última fila de la Sala de Conferencias y me siento y miro hacia el frente y no presto la menor atención a nada ni a nadie de lo que me rodea. En quince minutos estaré fuera de aquí, me habré ido para siempre directamente al Infierno. En un sentido superficial, lo que voy a hacer no debe resultar difícil. Ponerse de pie, salir, seguir andando. Pero está empezando a calar la parte abstracta. La parte abstracta está empezando a calar y está empezando a hacérmelo más difícil.

Voy a morir. Cuando muera estaré muerto, desaparecido, inexistente. Se acabó pensar, se acabó respirar, se acabaron las emociones de cualquier clase. Habrá oscuridad y la oscuridad será eterna. Habrá silencio y el silencio durará para siempre. Voy a morir.

Respiro hondo. Estoy haciendo lo mejor. Estoy haciendo lo mejor. Estoy haciendo lo mejor. Es hora de acabar con esta farsa, es hora de salir de aquí. Ya no puedo soportar mi vida, ya no puedo soportarme más. No puedo mirar dentro de mis propios ojos, no puedo enfrentarme a mi propia imagen. He intentado recuperarme pero no puedo. Me ha llegado la hora de morir.

Leonard se sienta a mi lado y se queda mirándome fijamente. Yo miro hacia el frente.

¿Por qué llevas ese chaquetón tan grande?

No contesto.

¿Tienes frío?

No contesto.

¿Por qué llevas ese chaquetón tan grande?

Se queda mirándome.

Háblame, Cabrón.

Yo miro directamente al frente.

¿Por qué llevas ese chaquetón tan grande?

No contesto. Acerca la mano y me la pone sobre el hombro y me sacude.

¿Por qué me has dicho que me vaya bien la vida?

Me quito su mano del hombro y se la pongo a la fuerza sobre la pierna y me vuelvo y le miro a los ojos.

Déjame en paz, joder.

Me mira directamente a los ojos.

¿Por qué me has dicho que me vaya bien la vida?

Déjame en paz, Viejo. Déjame en paz, joder.

Vuelvo la cabeza y miro hacia el frente. Siento que sigue mirándome. No sé por qué lo hace ni por qué le importa ni qué cree que va a conseguir. Si intenta detenerme, se lo voy a impedir y me voy a ir de todos modos. Me ha llegado la hora de morir.

Empieza la Conferencia y Leonard deja de mirarme. En el Estrado, un hombre de mi edad aproximadamente empieza a contarnos su vida. De Pequeño bebía algo de cerveza y fumaba algo de maría y a los catorce años dejó de hacerlo. Se metió en AA y encontró un Poder Superior y cambió su vida. En el Instituto sacó todo con sobresaliente y después fue a la Universidad de Harvard. Ahora trabaja en la Banca de inversión y está a punto de casarse. Sigue asistiendo a las Reuniones, pone toda su confianza en ese Poder Superior, y todas las noches se arrodilla y reza antes de acostarse. Mientras habla de su nefasto pasado, llama hierba a la maría y cañas a la cerveza. Habla de ponerse como una cuba y de beber de una petaca en el Baile de Fin de Curso. Habla de la vergüenza y la culpa que sentía al cometer estos actos.

Yo no relaciono nada de esto con ninguna clase de adicción auténtica y peligrosa. No relaciono nada de esto con ninguna necesidad de rehabilitación. Sospecho que este hombre se habría metido en uno de esos Grupos de los Doce Pasos incluso si simplemente hubiera estado viendo demasiada televisión o comiendo demasiados perritos calientes o jugando demasiado a los Invasores del Espacio o metiéndose el dedo

demasiado en la puta nariz. Sospecho que si no hubiera encontrado los Doce Pasos habría encontrado a los Testigos de Jehová o a los Cristianos Pentecostales o a los Judíos Hasídicos o a un Grupo de Redención de OVNIS. Sospecho que su pertenencia a AA no tiene nada que ver con unas cañas ni con la hierba ni con ninguna clase de adicción, sino con una necesidad desesperada de pertenecer a algo. Pertenecer es una cosa que no me ha preocupado nunca y que me importa un carajo. He vivido solo. Y estoy a punto de morirme solo.

Me levanto y empiezo a avanzar por el Pasillo entre los asientos. Al pasar junto a Leonard intenta cogerme del brazo. Le empujo la mano y continúo, paso junto al resto de los hombres sentados, hacia la puerta, después de la puerta el Pasillo y hacia otra puerta que se abre al exterior. Llego a la puerta y la abro y me doy de bruces con el frío y la lluvia y el viento y el aguanieve y la oscuridad y todo lo que habita en esa oscuridad.

Me abrocho el chaquetón y me subo el cuello y respiro hondo y miro dentro de la negrura. Me están esperando. El alcohol y las drogas y los Camellos y los Toxicómanos y los Delincuentes y las Putas y los Chulos y los Asesinos y los Esclavos y las pipas y las botellas y el humo y el vómito y la sangre y los despojos humanos y los desechos humanos y la desintegración humana. Están ahí en la oscuridad y me esperan.

Salgo de la protección de la puerta y empiezo a caminar. Paso a paso, alejándome, alejándome, alejándome. El frío es rápido y cortante, la lluvia y el aguanieve son duros y húmedos, el suelo es un mosaico de barro y piedra y agua, la oscuridad es la oscuridad más negra. Alejándome, alejándome, paso a paso, me está esperando, me está esperando. Cuando quedan unos veinte pies hasta la verja de Entrada oigo abrirse una puerta y me vuelvo y veo a Leonard que sale. No lleva chaqueta y se empapa inmediatamente y viene derecho hacia mí.

Oye Chico.

Le doy la espalda y sigo caminando. Oigo pasos en el suelo mojado y oigo que el ritmo se acelera y los oigo acercarse a mí. Sigo caminando.

Espera un momento Chico.

No espero, no me detengo, no miro atrás.

¿Dónde vas?

Los pasos se acercan.

¿Dónde vas?

Una mano en el hombro. Me la quito de un empujón. Manos en ambos hombros. Manos más fuertes de lo esperado. Me detienen y me obligan a volverme. Leonard está empapado y le gotea agua por todas partes. Me habla.

¿Dónde vas?

Me libero de sus manos con un empujón.

Déjame en paz.

Empiezo a caminar.

¿Dónde vas?

Me sigue.

Lejos de aquí.

¿Qué vas a hacer?

Ponerme hasta el puto culo

No te lo voy a permitir de ninguna manera.

¿Crees que vas a impedírmelo?

Sí.

Me detengo, le agarro por el cuello, le aprieto la nuez de la garganta. No quiero que me siga, no quiero que intente detenerme. Estoy en la oscuridad más negra. Vuelvo a Casa.

Déjame en paz, Viejo.

Le suelto, le tiro al suelo. Se agarra la garganta ahogándose. Empiezo a caminar y las luces de la Clínica van desapareciendo y la oscuridad empieza a envolverme. Oigo que Leonard se pone de pie y me sigue otra vez y cierro los puños y me preparo para emplear medios más contundentes con los que detenerle.

Te veo los puños, Chico, y te va a hacer falta mucho más para tumbarme.

Sigo caminando.

Y aunque consigas tumbarme, haré que te busquen y te vuelvan a traer aquí.

Él me sigue.

Y seguiré haciéndolo siempre que te marches y siempre que haga falta para que pienses con la cabeza y para que empieces a curarte.

Sigo caminando.

No me conoces y no sabes quién soy, pero tengo medios y te juro que voy a utilizarlos. Te haré volver una vez y otra y otra y otra.

Paro y me doy media vuelta. Está a unos pies de distancia. Para también y se queda mirándome.

Una vez y otra y otra, Chico. Voy a seguir.

Te he dicho que me dejes en paz.

Vuelve a la Clínica.

No.

¿Dónde vas a ir?

Voy a ponerme hasta el puto culo.

¿Y después qué?

Ya veré.

Vas a acabar matándote.

Es posible.

Cuando estás muerto, estás muerto.

Ya lo sé.

Ya no hay vuelta atrás.

Ya lo sé.

Eso no es lo que tú quieres.

Es mi única posibilidad.

No, no es verdad.

Se aproxima.

Un paso más y te dejó en el suelo.

Me levantaré.

No, no podrás.

¿De qué tienes miedo, Chico?

Vete al carajo.

Se aproxima.

No te acerques, Viejo.

Me mira fijamente, le miro fijamente. Da un paso atrás y habla.

A mí no me asusta nadie y tú me acojonas. Ed y Ted no quieren

comer conmigo ya porque temen que vayas a meterte con ellos, y en todo el día nadie ha hecho otra cosa que hablar de cómo le hiciste frente a Lincoln y te reíste en su cara cuando intentó ponerse duro contigo. Aunque te admire en algún sentido, no es bueno ser como tú. No tiene nada de bueno.

Soy como soy.

No es eso lo que tienes dentro.

Vete a la mierda.

A mí no me engañas.

Vete a la mierda.

A mí no me engañas.

VETE A LA MIERDA.

Vale, me voy. Búscate bebida y todo lo demás que te metas y jódete vivo y muérete en mitad de la calle con los pantalones meados y mierda en los calzoncillos. Es una buena manera de irse, Chico, una manera digna. Puedes sentirte orgulloso.

Es lo que he elegido.

Si crees que estás eligiendo, te equivocas. Lo que elige es esa mierda que te controla y esa mierda que no puedes dejar. Si te vas de aquí esa mierda te va a matar y es una puta pena.

Puede que sí y puede que no.

Puede que no, los cojones. ¿Y por qué no vuelves y empiezas a ser un puto hombre de verdad? ¿Por qué no vuelves y aguantas, coño? ¿Por qué no vuelves y haces algo decente y algo que esté bien y sea digno y muestras un poco de entereza, un poquito de puta entereza?

No puedo.

¿Por qué?

Porque no.

¿Eres bastante fuerte para que te metan el torno en la boca sin calmantes y eres bastante fuerte para acojonar a un montón de tíos cabrones y eres bastante fuerte para hacer lo que coño tuvieras que hacer para acabar como estás pero no para volver a la Clínica a intentarlo?

No.

¿Por qué?

Lo he intentado antes. No puedo hacerlo.

¿Por qué?

Es demasiado duro.

La vida es dura, Chico, y hay que ser más duro que ella. Tienes que hacerle frente y luchar y ser un puto hombre para vivirla. Si eres demasiado mariquita para eso, entonces será mejor que te marches porque ya estás muerto.

Me mira fijamente y yo le miro también. A diferencia de la mayoría de los ojos que me miran, en los suyos no hay lástima, ni tristeza, ni sensación ninguna de que está viendo una causa perdida.

Hay rabia y hay dureza y hay determinación. Hay verdad, y eso es lo único que importa. La verdad. No sé por qué está aquí fuera ni por qué hace esto pero sé por sus ojos que habla en serio, que cumplirá sus palabras.

¿Y a ti por qué coño te importa?

Porque sí.

¿Por qué?

Qué más da por qué. Lo que importa es que estoy aquí y que no voy a aceptar tus gilipolleces ni tus excusas. Puedes hacerlo fácil y volver ahora mismo, o puedes hacerlo difícil y obligarme a soltar a los perros. De una forma o de otra, te quedas aquí hasta que estés mejor.

No puedo prometer que eso vaya a ocurrir.

Promete que lo intentarás.

Me quedo mirándole.

Intentarlo no puede hacerte daño, Chico.

Hay verdad en sus ojos. La verdad es lo único que importa.

Intentarlo no tiene por qué asustarte.

La verdad.

Por lo menos, prueba.

Respiro hondo. Le miro. Estoy en la oscuridad más negra y me siento a gusto. Menos el tiempo que he pasado en la cárcel, he estado sobrio un total de cuatro días en los últimos seis años. Mis intentos de abstinencia fueron débiles en el mejor de los casos. Siempre había

bebidas por ahí, siempre había drogas por ahí, siempre estaba con gente que las tomaba. Soy profundamente Adicto física, mental y emocionalmente a dos sustancias distintas. Soy profundamente Adicto física, mental y emocionalmente a una cierta forma de vida. Ya no conozco nada más, ya no recuerdo nada más, en este momento no sé si podré ser otra cosa. Me da miedo intentarlo. Me da un miedo de cojones intentarlo. He considerado que mis alternativas eran la Cárcel o la muerte. Nunca he considerado dejarlo como una alternativa porque nunca he creído que pudiera. Me da un miedo de cojones intentarlo.

Miro a Leonard. No le conozco. No sé quién es ni lo que hace ni lo que ha hecho para llegar a esto. No sé por qué está aquí ni por qué me ha seguido ni por qué mierda le importa. Lo qué sé está en sus ojos. Lo que está en sus ojos es rabia, dureza, determinación y verdad. Lo que sé es que siento respeto por sus ojos y les creo. Lo que sé es que lo que hay en sus ojos es diferente de todos los demás ojos que me han mirado, juzgado, compadecido y desechado en los últimos años. Lo que sé es que puedo confiar en sus ojos porque lo que vive en ellos, vive en mí.

Veinticuatro horas.

¿Veinticuatro horas qué?

Me quedaré veinticuatro horas. Si sigo pensando como ahora, me voy.

Te echaré a los perros.

Échamelos. Los mataré a mordiscos.

Sonríe.

Eres un Cabrón que da miedo, Chico.

Y no lo olvides, Viejo.

Ríe.

Ven. Voy a darte un abrazo.

Me quedo donde estoy.

He aceptado las veinticuatro horas. Eso no significa que vaya a abrazarte ni significa que seamos amigos.

Vuelve a reír, se acerca, me rodea con los brazos, me abraza.

Lo único que tienes que hacer es intentarlo.

Me retiro, Leonard señala hacia las luces lejanas de la Clínica.

Hace un frío de la hostia aquí fuera y estoy empapado y no quiero ponerme enfermo. Vamos dentro.

No voy a volver a esa Conferencia.

Me da igual que vayas o no, siempre que estés dentro me doy por contento.

Volvemos a la puerta y la abro y entramos. Las luces son brillantes y no me gustan y estoy muerto de miedo.

Muerto de miedo.

Asustado.

Acojonado.

Estoy fuera. Estoy sentado en un banco de madera en la parte de atrás del Edificio Principal de la Clínica. Hay bancos vacíos a ambos lados, un pequeño Lago frente a mí. Tengo frío y estoy temblando y me corre sudor por la frente y el pecho y los brazos y las piernas y el corazón se me acelera y desacelera y los dientes me entrechocan y tengo la boca seca y tengo bichos en la chaqueta y en los pantalones y en la camisa y en los zapatos y en los calcetines. Aunque los veo y los oigo y los siento, sé que no están ahí en realidad. Tengo frío. Veo los bichos y los oigo y los siento, pero sé que no están ahí realmente. Tengo frío.

No he dormido, ni dormiré en un futuro cercano. Intenté dormir y Warren roncaba y el Calvo roncaba y John gemía y daba vueltas y se agitaba y gritaba en sueños y yo pensaba en mi decisión de quedarme aquí otras veinticuatro horas. Mi mente estaba a gusto con la decisión y mi corazón también y mi mente y mi corazón estaban dispuestos a cumplir mi palabra, pero mi cuerpo no estaba a gusto para nada ni dispuesto a mantener nada. Mi cuerpo quería drogas y alcohol, mi cuerpo quería grandes cantidades de ambos. Me levanté y estuve paseando de aquí para allá al compás de la sinfonía de ronquidos y gemidos y gritos en un intento de agotar mi cuerpo y sentirme mejor pero no funcionó. Mi cuerpo quiere lo que quiere y le importan un carajo las veinticuatro horas. Me quedan dieciocho horas. No llevo reloj ni veo ninguno, pero lo sé. Me quedan dieciocho horas.

Salí de la Habitación y salí de la Unidad y fui al exterior y di un par de vueltas a los Edificios y las Unidades. Los Edificios y las Unidades estaban apagados y en silencio menos la Unidad Médica, que estaba iluminada y salían gritos de ella. Me paré y escuché los gritos y grité a mi vez. Grité con todas mis fuerzas. Nadie me oyó y nadie respondió. Grité con todas mis fuerzas, pero nadie me oyó.

Encontré el banco y me senté y he estado sentado aquí y la madera mojada me ha empapado los pantalones por atrás. Estoy mirando al

Lago. Su superficie está oscura y lisa y hay láminas largas, finas y frágiles de hielo flotando entre las hojas muertas y las ramas rotas. Es noche cerrada, justo antes de amanecer, y la tormenta ha cedido y han desaparecido el viento y la lluvia y el aguanieve. Estoy mirando al Lago y sudando y me castañetean los dientes y el corazón se me acelera y desacelera y me duele y hay bichos de los cojones por todas partes. No puedo hacer nada para que se vayan.

Estoy pensando en ella. Estoy pensando en ella aunque no quiero pensar en ella. Estoy pensando en ella porque no puedo olvidarla, porque sigo mirando hacia atrás, hacia ella. Ella siempre. No puedo renunciar a lo que fue un día y no volverá a ser. No puedo aceptar que se haya ido para siempre, siempre, siempre. No puedo aceptar que fuera yo quien la alejara de mí. Yo estaba con ella. Yo la quería. Yo la alejé de mí. Estoy pensando en ella aunque no quiero pensar en ella.

Dos días después de mi primera visita a su habitación, volví. Antes de ir me bebí una botella de vino y me fumé un paquete de tabaco y ensayé lo que iba a decirle cuando abriera la puerta. Cuando llegué a la puerta me quedé inmóvil mirándola. El corazón me latía y me temblaban las manos y estaba aturdido.

Llamé con la mano y una voz que no era su voz dijo un momento y yo me quedé ahí esperando nervioso asustado nervioso asustado y la puerta se abrió y frente a mí y había una Chica alta con labios anchos y rojos y una sonrisa amplia y pelo castaño y ojos castaños.

No era ella.

Esperaba que volvieras.

¿Quién eres?

Lucinda. La amiga de Ed. ¿Quieres entrar?

Sí.

Entré en una típica Habitación de un Colegio Mayor con dos mesas de trabajo y dos ventanas y dos butacas y montones de papeles y libros y un par de cajas de pizza y unas latas de cerveza vacías y tapices en las paredes y un equipo de música en un rincón con un montón de CDs y un altillo con dos camas dominándolo todo. Al mirar por la Habitación la vi leyendo un libro en una de las camas. Entraba mucha

luz por una de las ventanas y le iluminaba la cara y yo no había visto en mi vida nada ni nadie tan precioso. Si el corazón se me hubiera parado en ese momento habría caído feliz y satisfecho y habría visto todo lo que quería ver en la vida y todo lo que me hacía falta ver. Caer. Quiero caer ahora.

Lucinda abrió una nevera pequeña y sacó un par de cervezas.

¿Quieres una?

No.

¿Te importa si me la tomo yo?

Me da igual.

Lucinda abrió una de las cervezas, y ella, la de los ojos árticos, dejó el libro y ambas me miraron cuando metí la mano en el bolsillo y saqué una bolsa de cuarto de maría. Era maría buena, la mejor que había encontrado, y mejor que todo lo que circulaba por la Universidad. Verde, peluda y penetrante, su olor era bastante fuerte para filtrarse por el plástico transparente de la bolsita. Se lo tiré a Lucinda.

¿De dónde has sacado esto?

Abrió la bolsa.

De un amigo.

Respiró hondo.

¿Cuánto?

Cerró la bolsa.

No te preocupes por eso.

Ni hablar.

Sí.

¿Por qué?

Me siento generoso.

Gracias.

Te voy a dar un número. Si quieres más, llama y diles que eres amiga mía. Ellos controlan el tema.

Gracias.

No des el número a nadie. Normalmente no hago esto y no les gusta que llamen personas que no conocen.

Vale.

Lucinda se sentó en una de las butacas y sacó de debajo papel de fumar y se lo puso en el regazo y empezó a sacar semillas de la bolsa.

¿Quieres fumar con nosotras?

Notaba que me miraba desde el altillo. Estaba asustado.

Yo no fumo maría.

¿En serio?

Me puse de pie.

En serio.

Abrí la puerta.

Adiós.

Gracias.

Respondí con un movimiento de cabeza y mientras cerraba la puerta la miré y ella estaba mirándome y nuestros ojos se encontraron y ella sonrío y supe que yo no era el único que estaba nervioso y asustado y el único a quien le temblaban las manos. Yo quería caer. Quería caer a tope. Lo sabía.

La oscuridad retrocede y sale el Sol. El rojo, el amarillo y el naranja van fundiéndose en un azul claro, el aire trae dulces llamadas de pájaros al despertar que hacen eco sobre el espejo negro del Lago, una brisa cortante trae la crudeza del frío a lo que queda de la noche. Me levanto y vuelvo a la Unidad y el rocío sobre la hierba muerta me empapa los zapatos y miro cómo mis pies rompen la perfección cristalina de las gotas del alba y esas gotas son otra cosa más que he destruido, otra cosa que no puedo reparar y rehacer, otra cosa hermosa destrozada por mi negligencia. No me detengo. No dejo de destrozar y no cambio de rumbo y no miro atrás. Mirar atrás es demasiado doloroso, o sea que sigo hacia delante.

Abro la puerta y entro, en el interior está todo en silencio y nadie ha despertado aún. Voy a mi Habitación y entro en el Cuarto de Baño y me quito la ropa y me meto en la ducha y abro el agua caliente. La misma mierda de siempre. El agua me quema y me enrojece la piel y me duele y duele y duele y no me muevo y me aguanto porque me lo merezco y porque no sé qué otra cosa hacer. Duele y me lo merezco. La misma mierda de siempre.

Salgo y me seco y me acerco al espejo y limpio el vaho y me miro. La parte negra bajo mis ojos empieza a desaparecer. La inflamación en torno a la nariz ya no está, aunque queda el bulto y ése quedará para siempre. Ha bajado la hinchazón de los labios y empiezan a tener un aspecto casi normal. Al reducirse la inflamación se hacen más prominentes los puntos que cierran la herida. Los puntos están viejos y negros y costrosos y parecen alambre de púas, el corte se ha cerrado y empieza a formarse una cicatriz. Me tiro del labio inferior para ver el resto de los cortes y los puntos. Los puntos son negros y están entrelazados entre sí como una alambrada brutal. Las heridas se han cerrado con un blanco intenso que contrasta con el rojo pálido. Ya no sangran, ya no supuran, empiezan a formarse cicatrices.

Empiezo a levantar la mirada. Quiero verme los ojos. Quiero mirar bajo la superficie verde claro y ver qué hay dentro de mí. Cuando voy acercándome vuelvo la cara. Intento obligarme a mirar, pero no puedo hacerlo. No me he mirado a los ojos conscientemente desde hace años. Aunque he querido mirar dentro de ellos, no he tenido valor para hacerlo. Intento obligarme, pero no puedo. No tengo valor ahora y no sé si lo tendré alguna vez. Quizá no vuelva a mirar jamás dentro de mis ojos verde claro. Hay lugares de los que no se vuelve. Hay daños que son irreparables.

Me ato una toalla a la cintura y entro en la Habitación para ver si hay alguien despierto. Warren está sentado y el Calvo está sentado y están hablando entre sí. John sigue durmiendo acurrucado en posición fetal, se rodea con los brazos y se chupa el pulgar. Me acerco a Warren.

Buenos días.

Hola, James. ¿Cómo estás?

Estoy bien.

Pareces cansado.

No he dormido mucho.

Asiente con la cabeza.

Suele pasar en este sitio.

Quería saber si puedo pedirte una cosa prestada.

¿Qué necesitas?

Una navaja suiza o unas tijeras de uñas o algo afilado.

¿Por qué quieres algo afilado?

Porque sí.

¿Qué vas a hacerte?

Sonrío.

Si fuera a hacerme algo, utilizaría algo que hiciera mucho más daño que una navaja suiza o unas tijeritas de uñas.

Me mira y sonríe.

Sí, supongo que sí.

Se inclina y abre su cómoda y saca unas tijeras de uñas pequeñas y relucientes. Me las da.

Gracias, Warren.

Vuelvo al Cuarto de Baño. El vapor se ha disipado y el espejo está limpio. Me acerco y me miro los puntos que cierran el corte. Están negros y costrosos y parecen un alambre de púas. Quiero quitármelos. Estoy harto de parecer un Frankenstein. Si tiro de ellos la cicatriz será peor, pero no me importan las cicatrices y por otra más no va a haber gran diferencia.

Dejo las tijeras en la porcelana blanca del lavabo y abro el agua caliente y cojo un poco de papel higiénico y lo humedezco y empiezo a limpiarme la sangre seca de los puntos. Tienen que estar limpios para que queden bien, hay que quitarles la costra para que se deslicen por los agujeros de entrada sin abrir agujeros nuevos y más grandes. Ya he cometido antes el error de no limpiar bien los puntos y el resultado no fue precisamente agradable, o sea que voy con cuidado esta vez. Mojo el papel, limpio suavemente, repito. Mojar, limpiar, repetir. Mojar, limpiar, repetir. Cuando el agua moja las costras se convierten en sangre y la sangre me mancha la barbilla y la mejilla. Me la dejo ahí porque quedan otras cosas por hacer.

Después de unas diez limpiezas cuidadosas, los puntos están limpios. Cojo las tijeras y las abro y empiezo a cortar. Hay doce en la herida exterior y salen fácilmente y sin problema. Primero los corto, luego tiro de ellos. Los orificios de entrada están limpios y sale poca sangre. La cicatriz será visible, pero no horrenda. Una pequeña media luna en un

lado de la cara. Otro recordatorio de la vida que vivo. Quedan otras cosas por hacer.

Me tiro del labio inferior. Los cortes son peores y no han cicatrizado tan bien. El contacto constante con saliva y comida y el movimiento de la boca y todo lo que me hicieron en la clínica dental ha impedido que los puntos actúen debidamente. En este momento, son inútiles.

Busco el punto más cercano a la carne. Está en la comisura inferior de la boca, cerca de la base de la encía. Me sujeto el labio con una mano y utilizo la otra para acercar la tijera e insertar la hoja entre la carne y el punto y aprieto la tijera y el punto se abre y yo me estremezco y empieza a salir un pequeño hilito de sangre por los orificios de entrada del hilo. Trabajo metódicamente sobre los restantes veintinueve puntos que tengo dentro de la boca. Cuando he terminado de cortar, tiro del hilo y la sangre que sale me llena la boca y abro el agua fría y bebo un sorbo y me enjuago la boca y la escupo. El lavabo tiene un color rosa intenso, tengo manchas rojas en la cara, los restos de los puntos están a un lado del lavabo y tengo las tijeras en la mano. Siento dolor, pero no mucho.

Se abre la puerta del Cuarto de Baño y me vuelvo y entra el Calvo y me ve y cae de rodillas y empieza a gritar se está matando, se está matando y oigo mucho jaleo y la puerta se abre de un golpe y Warren entra apresuradamente en el Cuarto de Baño.

¿Qué haces?

Me estoy quitando los puntos.

Warren se acerca a mí. El Calvo se arrastra hasta el retrete.

Dijiste que no ibas a hacerte nada malo.

Y no lo he hecho.

Pues parece que sí.

No lo he hecho.

Tendrías que haber ido al Médico para que te hiciera eso.

Lo he hecho otras veces, no es para tanto.

El Calvo empieza a vomitar. Warren va hacia él y se arrodilla a su lado. Yo alcanzo un poco de papel y lo mojo y me limpio la cara. Termino y tiro el papel sanguinolento a la basura y me acerco al retrete

y veo vomitar al Calvo. Aunque una parte de mí quiere reír, no quiero que el Calvo se sienta aún peor de lo que ya se siente por mi culpa. Cuando cesan las arcadas hablo.

Lo siento.

Levanta los ojos, se limpia la cara.

No pretendía asustarte.

Tú estás loco.

No contesto.

Eres una persona enferma, muy enferma.

No respondo porque tiene razón. Soy una persona enferma, muy enferma.

No quiero que te acerques a mí.

No pretendía asustarte.

No te acerques.

Me doy media vuelta y salgo del Cuarto de Baño y me voy a mi parte de la Habitación. John está despierto y me mira.

¿Qué ha pasado?

Empiezo a vestirme.

Me estaba quitando los puntos y el Calvo entró y vio la sangre y creyó que estaba intentando suicidarme y se acojonó.

John sonríe.

Yo intenté suicidarme una vez.

Mal asunto.

No estuvo mal, tuvo gracia.

El suicidio no tiene gracia, John.

Me estaba ahorcando mientras me masturbaba y después de correrme decidí simplemente dejar colgar mi cuerpo. Mi Madre entró y empezó a gritar.

Qué horror.

No fue un horror, tuvo gracia.

No tiene gracia, John.

Termino de vestirme y dejo a John con sus recuerdos y al Calvo en el retrete y a Warren con el Calvo y me voy al Armario de los productos de limpieza y cojo una fregona y un cubo y un bote de detergente y

toallas de papel y me voy a los Servicios Colectivos. Aunque no quiero limpiarlos, sigo aquí y mientras esté aquí cumpliré con mis obligaciones. Me presentaré a las horas de comer, comeré. Iré a las Conferencias. Haré mi Tarea. Asistiré a todo lo que tenga que asistir. No beberé y no me meteré drogas. Me quedan quince horas.

Abro la puerta de los Servicios Colectivos y dejo los productos en el suelo. Hay unas cuantas manchas en las tazas y papel por el suelo, pero aparte de eso no hay nada. Esto va a ser rápido y fácil.

Empiezo a frotar las manchas. Salen con facilidad. Tiro por el retrete las toallas de papel sucias. La toalla frota la tubería, la toalla va a la cloaca. Son amigas mías. Van a destruirte, toalla.

Limpio los lavabos y los lavabos relucen. Friego el suelo y el suelo brilla por la capa de agua y detergente. Saco la basura y la tiro a un cubo mayor. Hay una puta tonelada de basura dentro. Cada día hay más.

Vuelvo a los Servicios. Los miro detenidamente. A mí me parece que están limpios, que están terminados. Ya he acabado. Agarro el cubo y las toallas y devuelvo los productos a su sitio y me voy al Comedor. Me pongo a la cola y me dan el desayuno y busco una mesa vacía y me siento y empiezo a comer. Llevo dos semanas comiendo regularmente. Tres comidas al día, todos los días. Siento que mi cuerpo reacciona a la comida de forma positiva. Me siento más fuerte. Tengo algo más de energía. Estoy ganando peso. Al cabo de unas horas me entra hambre. Hace mucho tiempo que no sentía apetito de comida. He tenido hambre de otras cosas, he saciado ese apetito con intensidad, pero la comida siempre fue secundaria. Dicen que los seres humanos sólo buscan alimento, techo y sexo. Dicen que éstas son las únicas necesidades primarias del hombre. Yo he vivido en un estado en que pasaba sin todas ellas, y no las buscaba. No sé en qué me convierte eso.

Veo a Leonard viniendo hacia mí y dejo el tenedor y está sonriendo y parece como si no esperase verme aquí y me saluda con la mano. Yo le contesto poniendo tieso el dedo corazón cuando se sienta, y se ríe de mí.

Me alegro de ver que sigues aquí.

Me quedan otras catorce horas.

¿Llevas la cuenta?

Una parte de mí sí que lleva la cuenta.

¿Qué parte?

La parte que te va a dar una hostia si intentas volver a detenerme.

Para eso va a hacer falta algo más que una hostia.

¿Y por qué?

Porque puedo encajar una hostia.

Pero por qué coño te importa.

Porque sí.

Por qué.

Eso no es asunto tuyo de momento.

Tú intentas controlarme, intentas decirme lo que puedo y no puedo hacer, y eso es asunto mío.

Lo estás mirando por el lado equivocado, Chico. Yo sólo quiero ayudarte.

¿Por qué?

Leonard se recuesta en el respaldo de la silla.

¿Somos amigos?

No.

Ríe entre dientes.

¿Quieres oír una historia que yo podría contar a alguien que fuera mi amigo?

Si con eso me explicas por qué no me dejas en paz.

Vuelve a reír, me mira un momento, habla.

Yo me crié en el Bronx, cerca de la avenida Arthur, que era una barriada obrera de italianos. Mi Padre cortaba el césped y limpiaba zapatos en un Club de Campo elegante de Westchester para mantenernos, mi Madre se quedaba en casa y me cuidaba. Teníamos muy poca pasta, pero nos queríamos y nuestra vida juntos estaba muy bien. Cuando yo tenía once años a mi Padre le atropelló un Camión de Cemento al cruzar una calle y murió. Mi Madre se quedó destrozada, y dos meses después la atropelló un Tren del Metro. Las Autoridades lo llamaron accidente, dijeron que había resbalado o algo así, pero yo

sabía que no. Mi Madre simplemente no podía vivir sin mi Padre, y se fue a buscarlo.

Yo tuve que vivir en un Orfanato, que fue horrible. Allí yo no le importaba un carajo a nadie. Empecé a dejar de ir al colegio y a seguir a un tío de mi barrio que se llamaba Michelangelo, pero al que todos llamaban Mikey *el Nariz*. A mí me parecía que Mikey era un dios. Tenía un Cadillac, siempre llevaba un guardaespaldas armado rubio y un fajo enorme de billetes en el bolsillo. Hacía cosas buenas por la gente del barrio que lo necesitaba. Les pagaba el alquiler, les regalaba abrigos y sombreros y guantes en invierno, mandaba comida a la gente que pasaba hambre. Yo sabía que también hacía cosas malas, pero era muy pequeño para entender lo que eso podía significar.

Un día, en una de sus visitas, Michelangelo salió del coche y se me acercó y me preguntó por qué coño le seguía a todas partes. Yo estaba tan asustado que no podía hablar. Volvió a preguntar, y esta vez añadió que no me iba a hacer nada, que sólo quería saberlo. Yo le dije que era porque quería saber lo que hacía y hacerlo yo para no tener que vivir en el Orfanato. Él rió y me preguntó mi nombre y se lo dije. Entonces dijo seguirme por todas partes es una idiotez, si quieres saber lo que hago vente conmigo mañana. O sea que, al día siguiente, en vez del guarda rubio iba yo en el coche, y eso fue lo que hice desde aquel momento, proteger a Michelangelo y aprender cómo se ganaba la vida.

Un par de meses después me marché del Orfanato y fui a vivir con él. No creo que nadie se diera cuenta de que me había ido. Un año después, Michelangelo se casó con una mujer llamada Geena, que era la mejor mujer que he conocido en mi vida. Yo vivía con ellos igual que si fuera su Hijo, aunque suponía que cuando ellos tuvieran Niños tendría que irme. Resultó que Geena no podía tener Hijos, y entonces me preguntaron si me gustaría quedarme con ellos para siempre. Yo dije que sí, Michelangelo movió algunos hilos y él y Geena me adoptaron, y durante el resto de mi infancia me trataron como si fuera su propio Hijo. Me dieron una vida, me dieron un hogar, me dieron un futuro, me dieron cariño. Me dieron mucho, mucho cariño.

Leonard deja de hablar, baja la vista hacia la mesa. Espero a que

vuelva a empezar, pero no lo hace. Hablo yo.

Es una historia muy emocionante, Leonard, muy dulce y muy tierna.

Levanta la vista.

Pero yo no soy un Niño y no soy huérfano y no quiero ser tu puto proyecto. ¿Lo entiendes?

Sonríe.

Necesitas ayuda, Chico.

Busca a otra persona, Leonard.

¿Te gusta el fútbol americano?

Busca a otro.

Te he oído y te he entendido, estoy cambiando de tema. ¿Te gusta el fútbol americano?

Sí.

¿Cuál es tu equipo?

Los Browns de Cleveland.

Ah, ¿sí?

Sí.

¿Por qué los Browns?

Porque nací en Cleveland.

Asiente con la cabeza.

Hoy juegan contra Pittsburgh, va a ser un buen partido. ¿Quieres verlo conmigo?

No si forma parte de tu proyecto.

No, no es eso.

Entonces quizá.

¿Tienes planes?

No.

Entonces ven a verlo conmigo.

Lo pensaré.

Veo que Lincoln está cruzando el Comedor. Me está mirando y no lleva bandeja. Yo le devuelvo la mirada. Leonard me ve mirar fijamente y sigue mis ojos.

Parece que tenemos otra pelea.

Si no ha habido ninguna.

Lincoln llega. Mira a Leonard.

¿Te importa dejarnos solos un momento?

Leonard me mira.

¿Te importa a ti, Chico?

No.

Se levanta, coge su bandeja.

Estaré ahí mismo si me necesitas.

Señala hacia la mesa contigua.

No voy a necesitarte, Leonard.

Leonard ríe y se dirige a la mesa contigua, se sienta y mira hacia mi mesa. La mayoría de los hombres del Comedor mira hacia mi mesa. Lincoln coge una silla y se sienta.

¿Eres amigo de Leonard?

Algo así.

¿Sabes algo de él?

No mucho.

Quizá no sea una buena idea que vayas con él.

¿Por eso has venido? ¿Para decirme con quién puedo o no puedo ir?

No.

¿Entonces qué quieres?

Eric vino a hablar conmigo ayer.

¿Quién es Eric?

Eric era el amigo de Roy. Se marchó ayer justo después que Roy.

¿Y qué te dijo?

Me dijo que Roy estaba obsesionado con echarte de aquí, que creía que Roy había empezado la pelea que tuvisteis, y que vio a Roy ensuciar los Baños después de que los hubieras limpiado.

Eso es interesante.

Eso me pareció a mí, y te debo una disculpa. Roy era un paciente modélico aquí y no sé por qué haría lo que hizo y me equivoqué al suponer que estaba diciendo la verdad y que tú mentías. Siento haberlo hecho, y me gustaría empezar de cero contigo y ver si podemos entendernos un poco mejor.

No tengo inconveniente.

Se pone en pie.

¿De cero?

Yo me pongo en pie.

Claro.

Nos damos la mano y luego soltamos y él se aleja y yo me vuelvo a sentar con mi desayuno y cuando tomo el primer bocado Leonard se sienta otra vez y pregunta qué ha pasado y le digo que nada y no me cree, insiste y no le hago caso y termino de comer. Cuando he acabado, me pongo de pie y me llevo la bandeja y la dejo en la cinta transportadora y vuelvo a la Unidad. En el Nivel Inferior los hombres están reuniéndose en torno a la televisión para ver el programa previo a los partidos de fútbol. Unos fuman, otros beben café, unos parecen emocionados, otros parecen más aburridos que un puto mono. Hagan lo que hagan, cualquiera que sea su estado de ánimo, todos miran fijamente las imágenes de la pantalla. Las adicciones necesitan combustible. A veces sirve cualquier cosa, hasta las imágenes simples de una pantalla insulsa. Combustible. Me quedan trece horas y media.

Busco una taza de café y un sitio en un sofá y enciendo un cigarrillo y veo el programa de fútbol. En realidad no sé qué dicen los comentaristas y dudo de que ellos lo sepan, pero parecen creer que es importante, o sea que intento prestar atención. Pasados un par de minutos estoy casi catatónico. Miro la pantalla sin pestañear. Bebo café. Fumo cigarrillos. Ni siquiera intento enterarme de qué coño están diciendo los tipos que hay en pantalla.

Leonard entra con el Calvo y grita se abre la sesión y los hombres empiezan a hacer apuestas con él y el Calvo apunta las apuestas en un cuaderno pequeño y él coge el dinero y lo mete en una bolsita con una cremallera larga. En un momento dado, Lincoln pasa por la Habitación y toda actividad cesa. Cuando se marcha, vuelve a empezar. Los hombres sin dinero se apuestan cigarrillos o sus Trabajos, un hombre se apuesta un par de zapatillas, otro sus gafas de sol. Las adicciones necesitan combustible. La televisión no basta.

Cuando empiezan los partidos los hombres discuten sobre cuál de ellos vamos a ver y la discusión termina cuando Leonard dice que

vamos a ver el partido Pittsburgh-Cleveland. Nadie quiere ver ese partido y hay una andanada de protestas, pero Leonard dice que la decisión es firme y todo el mundo se calla y dirige su atención a la pantalla.

Cuando yo era Pequeño, mi Padre siempre tenía entradas de temporada para los Browns. Aunque podía haberlas utilizado para hacer negocio no lo hizo nunca. Todos los domingos de otoño él y mi Hermano y yo nos poníamos jerséis de los Browns y gorras de los Browns y cogíamos un Tren que nos llevaba al centro desde nuestra Casa Suburbana, y caminábamos hasta el Estadio. Mi Padre nos llevaba de la mano todo el camino, y como no tenía más que dos entradas, me cogía en brazos al entrar y yo veía el partido sentado en su regazo. Gritábamos y chillábamos y aplaudíamos y cantábamos cuando ganaban los Browns, y llorábamos cuando perdían. Cuando fui demasiado mayor para entrar en brazos al Estadio, mi Hermano y yo nos turnábamos para ver los partidos. Una semana él, una semana yo. Si mi Padre estaba de viaje, nos llevaba mi Madre. De pequeño me apasionaban los putos Browns, y aunque llevo mucho tiempo sin ver nada de fútbol, a una parte de mí le sigue apasionando. De Pequeño quería a mi Familia, y aunque hace mucho tiempo que no es así, esa parte de mí que aún se apasiona por los Browns y esa parte de mí que sigue siendo humana y esa parte de mí que recuerda lo que es el amor, sigue queriéndola también.

Sentado veo el partido en silencio y reviven en mí recuerdos de los partidos a los que fui con mi Madre y con mi Padre y con mi Hermano. A mi alrededor, los hombres aplauden y gritan según sean sus apuestas. Un hombre se queja de tener que ver el partido Cleveland-Pittsburgh y llama a Cleveland el Error junto al Lago y dice que es la ciudad más asquerosa que ha visto en su vida y que está llena de la gente más asquerosa que ha tenido la desgracia de conocer y parlotea sin cesar sobre el cabreo que tiene por tener que ver un Equipo de mierda de una Ciudad de mierda y sigue sin parar. Al cabo de una media hora, desaparecen los recuerdos y el amor y me inclino y me quedo mirándole hasta que se vuelve hacia mí y le digo que si no deja de dar

la brasa, el único error del que van a hablar hoy va a ser de él como no cierre la jodida bocaza. Una parte de mí sigue queriendo a mi Familia. Una parte más fuerte, no.

Suena el toque de comida y la mayoría de los hombres va al Comedor y cogen sándwiches y se los traen y siguen mirando el fútbol en la televisión. Cuando me dispongo a hacer lo mismo, Ted se me acerca y me dice que alguien de Administración me está buscando y que me esperan en el Mostrador de Recepción. Le pregunto si sabe por qué y me dice que no tiene ni idea.

Me levanto y voy al Mostrador de Recepción y digo mi nombre a la Recepcionista. Ella sonríe y me dice que tengo Visita y me conduce por un Pasillo corto hacia una puerta.

Están ahí dentro.

¿Quiénes son?

Me han pedido que no te lo diga.

Gracias.

Se aleja y me quedo mirando la puerta y respiro hondo. No me apetece ver a Personas de mi pasado. Pocas veces tienen cosas agradables que decirme y siempre he hecho algo para merecer su desprecio. Respiro hondo y abro la puerta y oigo risas y las risas cesan y entro en la Habitación y mi Hermano está sentado en una mesa con un par de antiguos amigos míos que viven juntos en Minneapolis. Mi Hermano se pone en pie.

¿Qué pasa Tío?

Sonrío.

Nada.

Me abraza y yo le abrazo a él. Es una buena sensación.

¿Qué haces aquí?

Nos apartamos.

Es Día de Visita. No me iba a perder el Día de Visita.

Me vuelvo hacia mis amigos. Sus nombres son Julie y Kirk.

¿Qué hacéis aquí, Tíos?

Julie sonríe.

Tampoco queríamos perdernos el Día de Visita.

Sonrío.

Gracias.

Kirk se levanta y me abraza y Julie hace lo mismo y nos apartamos. Hay una serie de paquetes envueltos sobre la mesa. Mi Hermano señala hacia ellos.

Ha llegado el momento de que abras tus regalos.

Me siento.

¿Me habéis traído todo esto?

Un par son míos y los otros suyos.

Miro a Julie y a Kirk.

No creía que fueras a dirigirme más la palabra después de la última vez.

Kirk ríe.

La gente hace estupideces cuando está jodida. No hace falta volver a hablar de eso.

Gracias.

Empuja una caja hacia mí.

Venga, abre.

La caja tiene un envoltorio precioso. El papel es brillante y vistoso y dice Ponte Bueno y está atado con una cinta. Lo abro lentamente y con cuidado y casi prefería no haberlo abierto. Habría sido bonito llevármelo así.

Debajo del papel hay una caja de cartón corriente. La abro y dentro hay tres paquetitos pequeños también envueltos. Los saco y miro a Kirk y a Julie.

No teníais por qué hacer esto.

Julie sonríe.

Queríamos hacerlo.

Yo sonrío y miro los paquetes y empiezo a abrirlos y tengo que hacer esfuerzos para no llorar. No merezco su simpatía. No la merezco.

Dentro de los paquetes hay un par de zapatillas de lana, dos cartones de cigarrillos, una caja de bombones. Miro a Julie y a Kirk y les doy las gracias y la voz se me quiebra y ellos sonríen y mi Hermano me pone sus cajas delante y no están tan perfectamente envueltas, pero también

son bonitas.

Las abro y hay dos pares de pantalones caqui y dos pares de calcetines de lana y dos camisetas blancas y dos pares de calzoncillos boxer y un jersey de lana negro y un pijama y una gorra de visera negra con el logo de los Browns de Cleveland delante. Hay un cepillo de dientes y pasta de dientes y champú y jabón y crema de afeitar y una cuchilla. Hay algunos libros.

Me quedo mirando todos mis regalos e intento hablar, pero no puedo. Levanto la vista hacia mi Hermano. Está sonriendo.

¿Te gusta todo?

Sí.

¿Necesitas algo más?

No, esto es fantástico.

Me levanto y voy hacia mi Hermano y me inclino y le doy un abrazo y le susurro gracias al oído y hago lo mismo con Julie y Kirk y recojo todas mis cosas y voy hacia la puerta.

¿Os gustaría ver esto un poco?

Se ponen de pie. Habla mi Hermano.

Sería estupendo.

Me siguen y recorremos el laberinto de Pasillos iluminados, claros, limpios, incómodos y Julie me dice que ha estado aquí antes porque una de sus mejores amigas estuvo aquí hace un par de años. Fue un momento muy malo y su amiga estaba en un estado horrible, pero se puso bien y sigue bien todavía. Los recuerdos son agridulces.

Llegamos hasta la Unidad y voy a mi Habitación y guardo mis cosas y mi Hermano y Julie y Kirk me esperan en el Nivel Superior. Cuando entro, la Habitación está vacía. Voy a mi esquina y pongo mis cosas nuevas sobre la cama y me siento en la cama y me quedo mirándolas. Son cosas sencillas. Artículos de primera necesidad para la mayoría. Ropa y productos de perfumería. Comida. Unos libros para ocupar mi mente. Cosas sencillas. Las toco y las sostengo en la mano y las acaricio. Es lo mejor que he tenido desde hace mucho tiempo.

Sé que mi Hermano y Julie y Kirk me están esperando, y salgo de la Habitación. Subo al Nivel Superior de la Unidad y, cuando llego, mi

Hermano y Julie y Kirk no están allí. Ed y Ted están sentados en una mesa jugando a las cartas y bebiendo café y fumando y les pregunto si saben dónde han ido y espero, espero, espero que no hayan cambiado de idea y se hayan marchado y Ted me dice que están viendo el fútbol y yo miro por la barandilla y los veo sentados en los sofás con Leonard y con otros hombres de la Unidad y todos están viendo el partido Pittsburgh-Cleveland. Bajo y me siento en el suelo delante de los sofás y veo el partido con ellos y gana el Cleveland y los Ganadores en las apuestas recogen su botín y los Perdedores refunfuñan y se quejan y aumentan sus apuestas para el siguiente partido. El hombre que apostó sus zapatillas ha perdido. Ahora quiere apostarse el jersey.

Julie no quiere ver más fútbol y propone que demos un paseo. Todo el mundo está de acuerdo y voy a buscar el chaquetón de Hank y mi nueva gorra y me los pongo y salimos y está despejado y hay Sol y el aire es frío y el suelo está mojado y el día es todo lo bueno que puede ser en Minnesota en esta época del año.

La Clínica está situada en un terreno de unas cuatrocientas hectáreas. Aparte de los Edificios, que están todos intercomunicados y ocupan unas dos hectáreas, el resto del terreno es para pasear y meditar y pasar tiempo a solas. Hay Senderos, hay Claros en los Senderos, hay bancos en los Claros. Hay espacios de Bosque tupido, dos Lagos pequeños, varios Prados anchos de hierba alta, hay un Pantano con un Paso Elevado. Julie conoce los Senderos por sus anteriores visitas y por eso se pone al frente. Hablamos poco o nada excepto algún comentario ocasional sobre el paisaje. Hojas y ramas se quiebran bajo nuestros pies. El Sol es cálido y luminoso y está brillando, el Cielo es azul, azul, azul. Los animales y los pájaros gritan, cantan, juegan, buscan alimento. Una brisa trae un aliento frío y otra brisa se lo lleva. La Tierra duerme aún y dormirá el resto del Invierno, pero rebulle y se mueve. Pasamos junto a otros Pacientes y otros Visitantes y nos saludamos con la cabeza y nada más. La Tierra destila vida y todo el mundo quiere empaparse de ella y apreciarla y recordarla. La Vida. Recordar lo que es mostrarse vivo.

Nuestro paseo dura una hora silenciosa y tranquila y termina cerca

de la trasera de la Unidad Médica. Al salir de un bosque denso nos reciben gritos, gritos largos y penetrantes. Mi Hermano y Julie y Kirk miran hacia las ventanas enrejadas sin luz y mi Hermano me pregunta qué está ocurriendo dentro y por qué grita la gente. Yo le digo que es el precio que hay que pagar en esta historia y aprieto el paso para que no tengan que escucharlos, pero incluso después de dejarlos atrás los gritos continúan dentro de nuestras cabezas.

Salimos frente al conjunto central de Edificios y Julie propone que nos sentemos en los bancos, los mismos bancos donde estuve antes. Al acercarnos, Lilly se pone en pie con una Mujer Mayor, menuda y frágil. Coge a la Mujer Mayor de la mano y empiezan a caminar hacia nosotros. Lilly me sonríe.

Hola, James.

Hola Lilly.

Ésta es mi Abuela.

Yo sonrío a su Abuela, que tiene el cabello largo y blanco y los ojos azules de Lilly.

Hola.

Ella sonríe también. Tiene una sonrisa amable.

Hola James.

Yo señalo hacia mi Hermano y Julie y Kirk.

Éste es mi Hermano Bob, y éstos son mis amigos Julie y Kirk. Ésta es Lilly y ésta es su Abuela.

Lilly sonríe. Hola.

Bob y Julie y Kirk sonríen también, dicen hola. La Abuela de Lilly habla.

¿Qué te ha pasado en la cara?

Me hice daño.

¿Tú mismo?

Algo así.

¿Por qué lo hiciste?

No lo hice adrede. Es el precio que hay que pagar en esta historia.

Su Abuela sonríe y me toca la cara delicadamente con su mano libre.

Espero que hayas dejado esa historia, James.

Sonrío, me gusta el calor de su mano.

Ya veremos.

Asiente con la cabeza. Sus ojos y su mano comprenden mis palabras, han visto y sentido esta clase de heridas antes. No hay en ella censura ni condescendencia. Sólo esperanza.

Me alegro de haberte conocido.

Lo mismo digo.

Mira a Lilly y sonríe.

Tenemos que irnos, Cariño.

Lilly me mira y habla suavemente.

Adiós.

Yo le devuelvo la mirada y el tono.

Adiós.

Lilly mira a Bob, a Julie y a Kirk.

Encantada de conoceros.

Bob y Julie y Kirk hablan al mismo tiempo.

Lo mismo digo.

Lilly y su Abuela se van y las observo y van cogidas de la mano y caminan hacia los Edificios. No hay censura, no hay condescendencia. Sólo esperanza. Cuando ya no pueden oírnos, Julie me da un empujón en broma.

¿Quién es ésa?

Ésa es Lilly.

Eso ya lo sé, ¿pero quién es?

Una chica que está aquí y estaba dando un paseo con su Abuela.

Julie vuelve a empujarme.

Venga.

Yo río.

La conocí al llegar aquí. Apenas hemos hablado.

Le gustas.

Me acerco al banco central, me siento.

Vale.

Bob y Julie y Kirk me siguen, se sientan.

Habla Kirk.

¿Has sabido algo de…?

Yo le interrumpo.

No, y no quiero.

Habla Julie.

¿Tan mal acabó?

Sí, muy mal.

Bob saca un cigarrillo, me ofrece.

¿Quieres?

Lo cojo, lo enciendo. Me gusta la sensación de la nicotina.

Tío.

Yo miro hacia el Lago.

No te lo he preguntado todavía, pero ¿cómo te va?

Sigo mirando al Lago.

No lo sé.

Se produce un silencio incómodo. No estoy mirándoles, pero sé que Bob y Julie y Kirk se miran entre sí. Habla Julie.

¿Te encuentras bien?

No lo sé.

Habla Kirk.

¿Estás mejor?

No lo sé.

Mi Hermano me da con el puño en el hombro como jugando.

Qué coño, Tío. Habla con nosotros.

Me vuelvo hacia él.

No sé qué decir.

¿Qué vas a hacer?

No lo sé.

Habla Julie.

Tienes que ponerte mejor.

No sé si puedo.

Habla Bob.

¿Por qué?

Porque estoy jodido y jodido a fondo. No sé qué pasó o cómo he acabado aquí, pero es lo que hay, y tengo problemas chungos y no sé si

pueden arreglarse. Ni sé si yo tengo arreglo.

Habla Julie.

Todo tiene arreglo.

Es fácil decirlo, pero mucho es más duro hacerlo.

Mi amiga lo consiguió.

Yo no soy tu amiga.

Habla Bob.

Tienes que intentarlo, Tío.

Ya veremos.

No, no veremos nada. Tienes que intentarlo por cojones.

Yo miro al Lago, respiro hondo.

No quiero hablar más de eso.

Se produce un silencio incómodo. No estoy mirándoles, pero sé que Bob y Julie y Kirk se miran entre sí, sé que tratan de decidir cómo actuar. Habla Bob.

¿Has hablado con Mamá y Papá?

Me echo a reír.

Tampoco quiero hablar de eso.

Hazme un favor, llámales.

¿Dónde están?

En la casa de Michigan. Mañana vuelven a Tokio.

Vale.

Habla Julie.

¿Has hablado con alguien más?

Anna, Lucinda y Amy.

¿Cómo están?

Bien, supongo. Todas se alegran de que esté aquí.

Mucha gente se alegra de que estés aquí.

Eso lo dudo.

Habla Kirk.

Hemos recibido un montón de llamadas de Personas que preguntaban por ti.

¿Quién?

Tenemos una lista.

Kirk mira a Julie. Julie saca una lista de su bolso y me la entrega. Me la meto en el bolsillo. Habla Julie.

¿No vas a mirarla?

La miraré después. No quiero perder el tiempo que nos queda mirando la puta lista.

Ella ríe, mira el reloj.

Se está haciendo tarde.

¿Qué hora es?

Las tres y cuarto.

¿Cuándo terminan las Horas de Visita?

Habla Bob.

A las cuatro.

Yo suelto una risita.

¿Qué pasa?

Me quedan cinco horas y media.

Habla Kirk.

¿Para qué?

Nada.

Me levanto.

Vamos dentro.

Se ponen de pie y empezamos a caminar hacia mi Unidad y mi Hermano me pasa el brazo por los hombros y me dice que está orgulloso de mí y yo río y me lo vuelve a decir y le doy las gracias y entramos y les enseño mi Habitación y les presento a Warren, que está leyendo una novela policiaca en la cama. Julie quiere ir al Baño y le digo dónde están los Servicios Colectivos y se va. Bob y Kirk y yo bajamos a la sala de la televisión, donde hemos quedado en reunirnos con Julie. Encontramos un sofá vacío y nos sentamos y vemos el fútbol. Yo me fumo un cigarrillo. Me quedan cinco horas y quince minutos.

Julie regresa y trae una tarjeta en la mano. Se sienta, me da la tarjeta y me pregunta si conozco al tipo. Yo la miro. Dice John Everett, Ninja Sexual, San Francisco y el Mundo.

Le devuelvo la tarjeta y le pregunto si se ha sentido violenta o John ha hecho algo ofensivo y ella ríe.

Estaba muy nervioso y me ha mirado el culo sin parar. Ha sido bastante extraño y gracioso.

Kirk coge la tarjeta y la lee y ríe y se la pasa a Bob que la lee y ríe. Kirk pregunta si conozco al Ninja y le digo que es uno de mis Compañeros de Habitación y Kirk suelta una carcajada y vuelve a coger la tarjeta y suelta una carcajada más fuerte. Me pregunta si puede conocer al Ninja y le digo que otra vez será y Julie mira el reloj y dice que es hora de irse o sea que recorremos el laberinto de Pasillos iluminados, incómodos, y llegamos hasta la entrada principal y salgo fuera con ellos para despedirme.

Gracias por venir. Significa mucho para mí.

Habla Julie.

Estamos preocupados por ti.

No quiero que os preocupéis.

Habla Kirk.

Nos preocupamos de todos modos.

Pues no deberíais.

Habla Bob.

Queremos que te pongas bien, Tío.

Ya lo sé.

Este sitio es la única alternativa.

Hay otras.

¿Cuáles?

Me parece que ya lo sabéis.

Bob me pone la mano en el hombro, me mira fijamente.

Ponte bien. Por favor, ponte bien.

Está a punto de llorar y verle me pone a mí a punto de llorar y no quiero que eso pase. Se adelanta, me rodea con los brazos y me abraza y yo le abrazo a él y me produce una sensación buena y fuerte y pura y auténtica. Es mi Hermano, mi Sangre, lo único de este Mundo creado con lo mismo que fui creado yo, la Persona de este Mundo que mejor me conoce, la Persona que más me echaría de menos si yo desapareciera. Que me quiera lo bastante para venir aquí y que me quiera lo bastante para casi echarse a llorar delante de mí significa algo

pero, a fin de cuentas, sé que es sólo algo.

Nos separamos y me empuja como se empujan los Hermanos.

No quiero que te mueras, Enano Cabrón.

Yo le empujo a mi vez.

Ya vale. Dejémoslo ahí.

Asiente y me conoce lo suficiente para saber que no me va a sacar nada más. Abrazo a Julie y a Kirk y les doy las gracias por los regalos y la visita y ellos me dicen que volverán la semana próxima y me dicen que si necesito algo les llame y les doy las gracias otra vez. Caminan hacia el coche. Yo vuelvo al interior. Recorro Pasillos iluminados e incómodos. Vuelvo a la Unidad.

Cuando llego todos los hombres están reunidos en el Nivel Inferior. Leonard está de pie en un sofá y el Calvo está de pie en el suelo junto a él agitando los brazos y ambos intentan hacer callar a los hombres. Leonard me ve y sonríe y mira su reloj y me señala.

Creí que te habías ido. Te quedan cuatro horas.

Yo río.

Ven para acá, Chico. Únete a la fiesta.

Me acerco y encuentro un sitio en la pared alejado de la mayoría de los hombres y Leonard y el Calvo les hacen callar. El Calvo deja de agitar los brazos y Leonard respira hondo y se queda mirando a los hombres.

Tíos, hoy he tenido un buen día.

Se oyen un par de risas.

He visto un partido cojonudo, he ganado la mayoría de las apuestas y casi todo vuestro dinero, y he triunfado personalmente en una situación en la que creía que iba a fracasar.

Un par de risas más, un montón de abucheos. Leonard sonríe.

Comprendo los abucheos, pero estoy a punto de convertir vuestra angustia y vuestra miseria en alegría. Me gusta compartir mis bienes y celebrar mis victorias, o sea que después de pedir permiso a las debidas Autoridades, llamé al Cajun Sam's de Minneapolis y he encargado que nos traigan un banquete. Esta noche vamos a cenar en casa.

Los hombres aplauden y gritan.

La comida estará aquí hacia las seis. Si no os gusta el *tuderduken*, la *jambalaya* y los *po'boys*, entonces buena suerte en la puta Cafetería.

Los hombres vuelven a gritar y aplaudir.

Voy a echarme una siesta antes del ataque. Nos vemos a las seis.

Leonard baja del sofá y los hombres empiezan a darle las gracias y a hacerle preguntas y él se dirige a su Habitación y ellos le siguen. Yo voy a la Cabina de Teléfono y me siento en una silla fría de acero y cierro la puerta y saco del bolsillo la lista que Julie y Kirk me dieron y la miro. Me sorprende que la lista exista, que la gente haya llamado para interesarse por mí. Me sorprenden muchos nombres de la lista.

Descuelgo el teléfono y empiezo a hacer llamadas a cobro revertido. Adrienne no está en casa, Eben no está en casa, Jody no está en casa, alguien en casa de Matt no acepta mi llamada. Hablo con Kevin y hablo con Andy. Los dos me dicen que estaban conmigo la noche de mi accidente, me dicen que estaba hecho una mierda. Kevin me dice que no recuerda demasiado porque estaba ciego, pero sí recuerda estar conmigo. Me dice que quiere venir a visitarme y le contesto que sería estupendo si pudiera y le doy las gracias. Andy me dice que me encontró inconsciente y sangrando y me llevó al coche y al Hospital. Rogó al Médico que no llamara a la Policía y rogó al Médico que me metiera en un avión. Él llamó a mis Padres y me llevó al Aeropuerto y me metió en el Avión. Le doy las gracias y le digo que si por un casual me salvo será parcialmente responsable de salvarme. Me dice que no hay de qué y me dice que volvería a hacerlo si fuera necesario, pero que espera que no lo sea. Le pregunto si sabe qué estaba tomando yo y qué hacía en Ohio y me dice que encontró una pipa de crack en mi bolsillo y vio un tubo de pegamento con sangre a un metro de donde me encontraron, pero que aparte de eso no sabe nada. Le habían dicho que había aparecido hacia la diez de la mañana y que estaba borracho e incoherente y había desaparecido el resto del día. La primera vez que me vio fue cuando me encontró en el suelo. Vuelvo a darle las gracias. Nos despedimos. Colgamos.

Llamo a mis Padres. Mi Madre contesta el teléfono y acepta la llamada.

James.

Parece frenética.

Hola, Mamá.

Voy a llamar a tu Padre.

Se retira el auricular, grita el nombre de mi Padre. Él coge el auricular.

¿Cómo estás, James?

Estoy bien, Papá.

¿Te va bien ahí?

Estoy bien.

Habla mi Madre.

¿Estás recuperándote?

No lo sé.

¿Estás mejor?

No lo sé.

¿Estás aprendiendo algo?

No lo sé.

Ella suspira. Suspira de frustración. Habla mi Padre.

James.

Sí.

Tu Madre y yo hemos estado hablando con algunos de los Consejeros y queremos ir a verte.

No.

¿Por qué?

Porque no quiero que vengáis.

¿Por qué?

Porque no.

Habla mi Madre.

Tienen una cosa que se llama Programa Familiar en el que pasaríamos tres días informándonos sobre tu enfermedad y sobre la manera de ayudarte a resolverla. Nos gustaría apuntarnos.

¿Mi enfermedad?

El Alcoholismo y la Drogadicción son enfermedades, James.

¿Quién te ha dicho eso?

Lo dicen los libros.

Ya. Los libros.

Se produce una pausa incómoda. Habla mi Padre.

De verdad nos gustaría meternos en ese Programa, James. Creemos que puede venirnos muy bien a todos.

No quiero que vengáis y, si venís, me vais a putear.

Habla mi Madre.

Por favor, no utilices ese vocabulario.

Lo intentaré.

Otra pausa incómoda. Hablo yo.

Volved a Tokio. Os llamaré la semana próxima para contaros cómo me va.

Habla mi Padre.

Estamos muy preocupados por ti, James.

Oigo que mi Madre empieza a llorar.

Ya lo sé.

De verdad queremos ir a verte.

Llora.

Haced lo que queráis, pero no esperéis que yo participe.

¿Necesitas algo?

Llora.

Tengo que colgar.

Te queremos mucho, James.

Lo sé.

Habla mi Madre.

Te quiero mucho, James.

Se le quiebra la voz.

Ya lo sé, Mamá.

Habla mi Padre.

Llámanos si podemos hacer algo.

Tengo que colgar, Papá.

Por favor, piénsate lo del Programa Familiar.

Adiós Papá.

Adiós James.

Mi Madre solloza.

Adiós James.

Adiós Mamá.

Mi Madre solloza.

Te queremos mucho.

Tengo que irme.

Cuelgo el teléfono y respiro hondo y miro al suelo. Mi Madre y mi Padre están en una Casa de Michigan que no he visto nunca y mi Madre está llorando y mi Padre intenta consolarla y tienen el corazón roto y quieren venir a verme y quieren ayudarme y yo no quiero que vengan y no quiero su ayuda. Mi Madre llora porque su Hijo es un Alcohólico y un Drogadicto y un Delincuente. Mi Padre intenta consolarla. Les he roto el corazón. Me quedo mirando al suelo.

Vuelvo a la Habitación y me siento en mi cama. John está en su parte y cuando me ve se levanta y viene a la mía.

Siento haberle dado la tarjeta a tu amiga.

No estoy enfadado contigo.

Lo entiendo, si lo estás.

Nos ha hecho gracia.

Se me ha ocurrido una forma de arreglarlo.

No estoy enfadado.

Déjame arreglarlo.

No hay nada que arreglar.

Por favor.

Se sienta al borde de mi cama y me dirige una mirada seria.

¿Cuántos años tienes?

Veintitrés.

Eres muy joven.

Yo suelto una carcajada.

¿Qué me ofreces, John?

Respira hondo.

Es por todo lo que te he hecho.

Vale.

Y si no basta, podemos hablar de alguna cosa más.

¿Qué me ofreces, John?

Se mete la mano en el bolsillo, saca una foto, me la entrega. Es de una Chica preciosa en bikini.

¿Qué es esto?

Es mi Hija.

Es preciosa, pero no quiero una foto de tu Hija.

No es eso.

¿Entonces qué es?

Quiero darte a mi Hija. Haz con ella lo que quieras.

Maldita sea, John.

Le devuelvo la foto.

¿No te gusta?

No me puedes dar a tu Hija, coño.

Mi Familia la mantiene y paga todos los gastos de ella y de su Madre.

Y qué.

Hará lo que yo le diga.

Vete de aquí, John.

Hará lo que yo le diga.

Entonces dile que estudie, que no se acerque a las drogas y que no se acerque a ti ni de coña.

Es un buen consejo.

Vete de aquí, John.

Lo siento mucho.

No lo sientas, John. Anda, lárgate.

Se pone de pie.

Vale.

Se va a su parte de la Habitación y se mete en la cama y se tapa del todo con la ropa y le oigo maldecirse. Es un Cabrón desgraciado, un loco triste, pero una vez fue un Niño inocente. Un Niño con un futuro, un Niño con toda una vida por delante. Su Padre era rico y poderoso, y un día, un puto día horrible, su Padre decidió abusar de él. Imagino al pequeño John, solo en su Habitación con un juego de soldaditos o una pila de Legos o un montón de cromos de baseball, e imagino a su Padre entrando y cerrando la puerta y diciéndole a John que quiere pasar un

rato a solas con él. Después de que todo acabara, imagino a John arrastrándose a la cama y metiéndose debajo de las sábanas y maldiciéndose.

Me quedo sentado y escucho a John llorar y quisiera poder hacer algo para ayudarle. Me quedo sentado y escucho a John y quisiera que hubiera algún modo de poder animarle. No hay esperanza para John, no hay esperanza. Puede ir a quinientas Clínicas y pasar diez años trabajándose los Doce Pasos y no habría la más puta diferencia. Le han desgarrado sin posibilidad de reparación, le han herido sin posibilidad de sanar, le han maltratado más allá de toda recuperación. Nunca conocerá el bienestar ni la alegría, la seguridad ni la normalidad. Nunca conocerá el placer, la satisfacción, la serenidad, la claridad, la paz interior ni nada parecido a la cordura. Nunca conocerá la confianza ni el amor. Pobre Cabrón enfermo y triste. Nunca conocerás nada de eso. Lo siento por ti.

Oigo voces y actividad al otro lado de la puerta de la Habitación y sé que es hora de cenar. Me acerco a la parte de John y me siento en una silla junto a su cama. Él sigue tapado con las mantas, sigue mascullando y maldiciendo, sigue flagelándose y castigándose.

John.

Para, se queda en silencio.

John.

Silencio.

John.

¿Qué quieres?

Es hora de cenar.

No quiero cenar.

¿Qué vas a hacer?

Quedarme aquí.

Eso es una estupidez.

Vete.

Sal de ahí y ven a cenar.

Vete.

No voy a irme hasta que vengas conmigo.

Vete.

No.

Se destapa y se queda mirándome con su mirada más torva. Yo me río de él.

¿De qué te ríes?

Tu mirada de Tipo Duro no es muy dura.

Soy más duro de lo que crees.

Sí, es probable, pero no lo pareces.

Cambia de expresión y hace una mueca extraña y suelta un gruñido. Vuelvo a reírme de él.

Eso es casi peor.

¿En serio?

Relaja la cara, vuelve a su expresión normal.

Quiero estar solo.

Estar solo no va hacerte ningún bien, John.

Quiero estar solo.

Es mejor que estés con gente. Así duele menos.

¿Cómo lo sabes?

Lo sé.

No lo sabes.

Créeme, lo sé.

John me mira, mira la manta.

Venga, vámonos.

Levanta los ojos.

Duele mucho, James.

Ya lo sé.

Ojalá dejara de doler.

Conozco la sensación.

¿Y tú qué haces?

Lo que puedo, con esperanza de que algún día no tenga que hacerlo más.

Baja los ojos.

Ya.

Vuelve a levantar la cara y baja las piernas al suelo y se pone de pie

y yo me pongo de pie y salimos de la Habitación. Entramos en la Unidad y nos ponemos a la cola. Ya han traído la comida y la han puesto en una mesa en el Nivel Superior. La cola empieza junto a la mesa y baja por la escalera que lleva al Nivel Inferior. A medida que la cola avanza, y me acerco a la comida, el olor me enciende el apetito. Quiero comer y quiero comer ya y quiero comer hasta reventar. Quiero quiero quiero quiero. Combustible. Ahora mismo, ya.

Cuando empiezo a subir las escaleras, el hambre y la necesidad empiezan a abrumarme. Me tiemblan las manos, se me acelera el corazón, estoy nervioso, desazonado y cabreado. Miro la comida fijamente. No veo ni oigo ni huelo nada más. Cada segundo dura una hora, cada paso es un maratón. Quiero, quiero, quiero, quiero. Combustible. Ahora mismo, ya. Mataría a quien quisiera quitarme la comida, mataría a quien intentara impedirme llegar a ella. Necesito necesito necesito necesito necesito.

Llego al final de la mesa, cojo un plato, me meto un cuchillo y un tenedor de plástico y una servilleta de papel en el bolsillo. La comida está en bandejas y en fuentes y un hombre del Restaurante está sirviéndola, Leonard está a su lado supervisando. Me pregunta qué quiero y le digo que de todo. Me pregunta qué parte del *turducken* prefiero y le digo que no sé lo que es el *turducken* y me da igual lo que sea, pero quiero mucho. Leonard se ríe de mí y pido más y más y más. Ahora mismo Leonard me importa un carajo. Ahora quiero necesito combustible.

Me siento en un sofá junto a John y saco el tenedor del bolsillo e intento utilizarlo pero la mano me tiembla demasiado para eso o sea que empiezo a meterme la comida en la boca con los dedos. No la miro, no la saboreo, la mastico lo suficiente para poder tragarla. Lo importante no es experimentar la comida, disfrutar de ella. Lo importante es llenarme. Eso es lo único que quiero de esta comida. Lo suficiente para llenarme.

Termino el plato y voy por otro. Termino ese plato y voy por otro. Termino ese plato y voy por otro. Termino ese plato. Estoy más que lleno, estoy más que harto. He sobrepasado la necesidad y he pasado al

exceso y me siento bien. El corazón y las manos se me serenan, recupero los sentidos y la capacidad para pensar, los nervios, la desazón y el cabreo están desapareciendo. Sobrepasar la necesidad y llegar al exceso. Es agradable sentirse bien. Es agradable sentirse en Casa.

Respiro hondo. Siento ensancharse mi estómago. Sé que no puede ensancharse lo suficiente. No me ha venido aún, pero vendrá. Vendrá rápido y a lo bestia.

Me levanto y John me pregunta dónde voy y le digo que vuelvo enseguida y empiezo a caminar hacia la Habitación. Subo las escaleras, cruzo el Nivel Superior, recorro un Pasillo corto. Abro la puerta y empieza a venir. Rápido, a lo bestia. Estoy a veinte pasos del retrete.

Llega y mantengo la boca cerrada y respiro por la nariz. No me supo a nada al tragarla, pero ahora si me sabe. Arroz y habichuelas y pedazos de pescado y de carne. Especias picantes y trozos de pan.

Respiro por la nariz y me apresuro hacia el retrete. Intento tragar lo que tengo en la boca, pero se me llena más y lo empuja hacia fuera. Empiezo a atragantarme. Abro la puerta del Cuarto de Baño y me inclino y levanto la tapa del retrete y exploto. Rápido y a lo bestia. Un flujo continuo. Una vez y otra y otra y otra. Me quema la cara y los labios y el interior de la boca. El corazón manda mensajes por las costillas, el brazo izquierdo y la mandíbula. Se me contrae la garganta, se me contrae el estómago. Una vez y otra y otra. Una vez y otra y otra.

El flujo cesa y respiro hondo dos veces y levanto la mano y tiro de la cadena y me incorporo y me voy al lavabo y me lavo la cara y me enjuago los restos que me quedan por las encías y los dientes y la garganta y la nariz y bebo un sorbo largo de agua fría y me lo trago y me alivia la quemazón.

Tengo la camisa manchada o sea que me la quito y voy a mi parte de la Habitación y cuando me estoy poniendo una de mis bonitas camisas nuevas, John abre la puerta y mete la cabeza.

¿James?

Sí.

Tienes una llamada de teléfono.

¿Quién es?

No lo sé, no contesté yo.

Ahora mismo voy.

Termino de ponerme la camisa y vuelvo a la Cabina de Teléfono. Abro la puerta y me siento y cojo el auricular.

Diga.

Una voz de mujer.

Hola.

Conozco la voz, pero no la sitúo.

¿Quién eres?

¿No lo sabes?

No.

Me ofendes.

Pues no hay motivo.

¿Has pasado un buen día?

¿Quién eres?

A mi Abuela le pareciste guapo.

Sitúo la voz. Sonrío.

Es muy amable.

Dice que tienes los ojos bonitos.

Eso yo no lo sé.

¿Por qué?

Es largo de contar.

¿Muy largo?

Veintitrés años.

Pues sí es largo.

Sí.

Pausa. Sigo sonriendo.

Bueno, sólo te llamaba para contarte lo que ha dicho mi Abuela.

Me alegro de que lo hayas hecho.

¿Te veo mañana?

Probablemente.

¿Por qué probablemente?

Es largo de contar.

Ella ríe.

Espero verte mañana.

Me gustaría.

Adiós.

Gracias por llamar.

No es nada.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirándolo y sigo sonriendo. Me pongo de pie y abro la puerta y salgo y sigo sonriendo y vuelvo hacia mi Habitación y John me pregunta si quiero jugar a las cartas y le digo que no he dormido desde ayer y estoy cansado pero que jugamos en otro momento y dice que vale. Vuelvo a mi Habitación y sigo sonriendo y me meto en la cama y cojo los libros que me ha regalado mi Hermano. *Guerra y paz, Don Quijote*, un libro de Religión China titulado *Tao te Ching*. Abro *Guerra y paz*. Sigo sonriendo. He leído ya *Guerra y paz*, pero merece la pena una segunda exploración. Sigo sonriendo. Empiezo a leer. No llego ni a la primera frase. Sigo sonriendo. No he dormido en cuarenta horas. Sigo sonriendo. Me quedan quince minutos. Sigo sonriendo.

Se me caen las manos.

Silencio.

Cierro los ojos.

Sonriendo.

Me despierto y voy al Cuarto de Baño y me ducho y me lavo el pelo y me lavo los dientes y me afeito. Estoy esperando el vómito, pero no llega. Al salir del cuarto de baño me detengo y miro al retrete. El retrete ha sido mi amigo y mi enemigo todas las mañanas desde que puedo recordar. Ha sido mi receptáculo, mi apoyo, lo único aparte de mí mismo que ha conocido la verdadera medida de mi enfermedad. Estoy harto del retrete. Le digo al retrete que se vaya al carajo. Le hago un gesto obsceno con el dedo y me río de él. Salgo del Cuarto de Baño.

Me pongo ropa nueva, agradable, limpia. Me pongo las zapatillas. Me voy a mirar el Tablón de Trabajo. Mi nueva tarea es el café. Lleno de café una cafetera de acero inoxidable de tamaño industrial y la enciendo y me cercioro de que está funcionando como es debido. Cuando el café está listo me sirvo una taza. Lo saboreo y sabe bien. El café es mucho más fácil y más agradable que los Servicios Colectivos.

Me voy al Comedor. Cojo un cuenco de cereales y un vaso de zumo de naranja y busco un sitio para comer. Veo a Leonard sentado con Ed y con Ted. Me acerco a su mesa y me siento. Leonard me mira y habla.

No estaba seguro de fueras a estar aquí esta mañana.

Estaba demasiado cansado para ir a ningún sitio anoche.

Habla Ed.

¿Dónde ibas?

A cogerme un pedal.

¿Con qué?

Con crack y alcohol.

Habla Ted.

¿Eres adicto al crack?

Sí.

Yo también.

Habla Ed.

Esa mierda es una puta asquerosidad.

Ted mira a Ed.

Tú también eres un asqueroso, gordo, estúpido, currante Hijo de Puta.

Puede que sea gordo y estúpido…

Habla Leonard.

Y además eres feo.

Ed mira a Leonard y le hace un gesto obsceno con el dedo.

Puede que sea un gordo y estúpido Hijo de Puta, y puede que sea un obrero siderúrgico y una malabestia Hijo de Puta.

Ted ríe. Ed continúa.

Pero no lo bastante bobo para fumar esa mierda. Es droga de gueto.

Habla Ted.

Sí, eres tan listo que andas por los putos Altos Hornos bebiendo vodka y manejando cubos de metal fundido.

Nunca he tenido ningún accidente.

¿Y el pelo?

Eso no fue un accidente, eso fue una pelea. Me pegaron a traición.

Ed lleva, como siempre, un pañuelo *bandana* en la cabeza. Hablo yo.

¿Qué te ha pasado en el pelo?

Nada.

Habla Leonard.

No lleva ese *bandana* ridículo porque le guste.

¿Qué pasó?

Habla Ted.

Si no se lo dices tú, se lo digo yo.

Ed me mira, habla.

Tenía un lío con una señora casada. Una noche estamos en un bar y entra el marido. Decidimos marcharnos y, al salir, va y me rompe una botella en la cabeza. Me caigo al suelo y me da una patada en los huevos. Entonces sí que no puedo moverme. Se agacha y me coge del pelo por aquí.

Hace un movimiento de agarrar por encima de la frente.

Y sabe cuando me agarra por aquí que me habían hecho un transplante de pelo hacía nueve meses, y empieza a tirar y tirar y

tirarme del puto pelo hasta que me lo arranca. Entonces la cabeza se me queda toda jodida y llena de cicatrices y esas cosas.

Yo hago un gesto de dolor.

Joder.

Habla Ted.

Pregúntale cómo se la devolvió a ese Cabrón.

Habla Ed.

Cállate de una puñetera vez, Ted.

Cuéntale que se la devolviste.

Te voy a dar una hostia ahora mismo.

Ted me mira.

No hizo nada. Dejó que un Cabrón le arrancara el puto transplante de la puta cabeza y no le hizo nada. Yo le habría cortado la polla al Cabrón y se la habría dado a su Madre en un sándwich.

El desayuno pasa en un abrir y cerrar de ojos. Sentado, escucho a Ed y Ted pelearse y contar historias y río cuando Leonard les da caña.

Ed es Bebedor y peleón y está en rehabilitación por cuarta vez. Su Sindicato, que tiene un seguro médico muy generoso, le ha pagado todas las estancias. Le han mandado aquí porque ésta es la última vez que van a pagarle la rehabilitación y quieren ofrecerle la mejor oportunidad posible para que se recupere. Ed está agradecido y dice si no me arreglan en este sitio me parece que estoy jodido. Ed no está casado, pero tiene cuatro hijos, todos ellos chicos. Dice que todos son unos Cabrones violentos, como él. Dice que son el gran amor de su vida.

Ted es un Camello y un Ladrón de Coches que fue arrestado recientemente por haber tenido relaciones sexuales con una menor que era la Hija del Sheriff de Louisiana. Tiene ya dos condenas por Delitos Graves y una tercera significa Perpetua sin Condicional por la Ley del Tercer Delito. Se escapó estando en Libertad bajo Fianza y vino aquí para intentar quitarse con la idea de apuntarse unos tantos ante las Autoridades dado que las Autoridades suelen mirar con buenos ojos a las personas que se han sometido a Tratamiento. Éste lo ha pagado con el dinero que ganó vendiendo crack. No está casado y no tiene Hijos,

pero sí tiene, como él dice, un buen montón de Zorras con buenos culos.

Ed y Ted son buenos tipos que han acabado siendo malos y me caen bien y me entiendo con ellos. Aunque procedemos de tres partes distintas del país, somos de edades diferentes y tenemos problemas claramente distintos, somos, en muchos sentidos, iguales. Alcohólicos. Drogadictos. Delincuentes.

Termino el desayuno y voy a la Conferencia y me siento a escuchar a una Enfermera hablar sobre los efectos que las drogas y el alcohol tienen sobre el hígado y me toca muy de cerca y cuando ya no puedo oír más observo a Leonard lanzar centavos a la calva del Calvo. Da en el blanco una de cada tres veces aproximadamente.

Termina la Conferencia y me levanto y, cuando salgo del Salón de Actos, veo a Joanne a un lado de la puerta. Me hace gestos de que me acerque y lo hago.

Hola James. ¿Te acuerdas de mí?

Sí.

¿Cómo me llamo?

Joanne.

Joanne sonríe.

¿Te importa venir a mi Despacho un momento?

Vale.

Recorremos el laberinto de Pasillos y nos detenemos en una puerta. La puerta tiene un letrero que dice Joanne P., 312. Joanne abre la puerta y entramos.

Las paredes están cubiertas de fotos de jugadores de béisbol, recortes de prensa sobre los Cubs de Chicago, fotos de Joanne montando a caballo y de pie en cimas de montañas, un título de Harvard, un título de Northwestern, y dos grandes peces disecados. Hay un escritorio abarrotado de papeles, una estantería rebosante de libros. Hay dos sillas de buen tamaño y aspecto cómodo junto a una pared, hay un sofá gastado junto a otra. Hay un pato disecado en una de las esquinas.

Puedes sentarte en el sofá o en la silla. Lo que más te apetezca.

Me siento en la silla. Ella se coloca tras el escritorio y se sienta y

empuja un cenicero en mi dirección.

¿Puedo fumar aquí dentro?

Yo voy a fumar. ¿Quieres café?

Claro.

¿Cómo lo quieres?

Solo.

Da media vuelta y coge una cafetera y sirve dos tazas de café. Yo enciendo un cigarrillo. Ella se vuelve otra vez hacia mí y me alarga una de las tazas.

Gracias.

Ten cuidado, está fuerte.

Me gusta fuerte.

Joanne ríe, enciende un cigarrillo.

¿Sabes por qué estás aquí?

Quieres hablarme de algo.

Hemos recibido los resultados del test psicológico que hiciste la semana pasada. Quiero repasarlos contigo.

Está bien.

¿Tienes alguna pregunta antes de que empecemos?

No.

Coge una carpeta, la abre.

El test que hiciste se llama IMPM-2, que son las siglas de Inventario Multifásico de la Personalidad, Minnesota, Segunda Edición. Es una valoración empírica de Psicopatologías de Adultos utilizada en Psicología Clínica para el diagnóstico de trastornos mentales y la elección del tratamiento adecuado. Puede también suministrar un cuadro psicológico general de cualquier individuo concreto a los médicos o al Personal encargado de procesos interpretativos.

Da una calada al cigarrillo.

¿Me sigues?

Sí.

Echa el humo.

Se utiliza en Colegios, Oficinas, Clínicas, Hospitales, Tribunales, Cárceles, en el Ejército, y en organizaciones tan prestigiosas como la

NSA, el FBI y la CIA. Es un test estándar muy utilizado y, en general, está considerado como la mejor herramienta universal de diagnóstico existente hasta este momento.

Da otra calada al cigarrillo.

¿Alguna pregunta?

¿Por qué de Minnesota?

Echa el humo.

Fue escrito y elaborado por un par de Profesores de la Universidad de Minnesota. Además está publicado por la University of Minnesota Press.

¿Y cuál es la conclusión?

Estás deprimido. Tienes una bajísima autoestima. Tiendes al enfrentamiento y tiendes a ser agresivo, en ocasiones reaccionas al enfrentamiento con violencia. Incurres en conductas contraproducentes, toleras mal la frustración, interiorizas el estrés y lo combates mediante un proceso de autodestrucción. Eres irresponsable, rencoroso, manipulador, hostil y tienes una predisposición psicológica a la adicción.

Me echo a reír.

No tiene gracia, James.

Continúa.

Esto no es una broma.

Es más fácil reír. Por favor, continúa.

Joanne mira a la carpeta.

Además tienes mucha, mucha rabia. Una rabia increíble.

Me mira.

Y eres muy inteligente.

Bebo un sorbo de café.

Parece que se acerca bastante.

¿De verdad?

Menos la parte de ser inteligente.

¿Por qué dices eso?

Si fuera muy inteligente, probablemente no estaría tan jodido.

Los Adictos, como grupo, suelen tener una puntuación por encima de la media en los test de inteligencia.

¿Por qué?

Dímelo tú.

Digo yo que quizá porque somos lo bastante listos para ver que las cosas son una mierda y decidimos que la adicción es la única forma de soportarlas.

Reconoces que eres Adicto.

Vuelvo a reír.

Sí.

No estaba segura de que fueras a reconocerlo.

Pues sí.

Eso está bien, es el primer paso hacia la recuperación.

Si es uno de los Doce, es el único que voy a dar.

Te estás poniendo furioso.

Sí.

¿Por qué?

En este momento me da rabia pensar en la imposibilidad de recuperarme.

¿Eso es lo único que te da rabia?

No.

¿Qué más?

Pues prácticamente todo.

Ella ríe.

¿Todo?

Sonrío.

Parece una estupidez, pero es verdad. Me da rabia prácticamente todo.

¿Cuánto tiempo lleva pasándote eso?

Toda la vida.

¿De Niño?

Mis primeros recuerdos son de rabia y de dolor.

Eso es triste.

Así es la vida.

Creo que si puedo llegar hasta el origen de tu rabia habremos avanzado mucho para resolver unos cuantos de tus conflictos. La única

forma de llegar a tu rabia es controlando tus adicciones, y la única forma —estoy totalmente convencida— en que puedes controlar tus adicciones, es trabajando los Doce Pasos.

Ni hablar.

Joanne respira hondo, se recuesta. Yo enciendo otro cigarrillo.

¿Sabes cuál es el porcentaje de rehabilitaciones en este Hospital?

No.

Alrededor del diecisiete por ciento. Ésa es la cantidad de Pacientes que siguen abstemios un año después de salir de aquí.

Pues vaya éxito.

Es el porcentaje más alto de rehabilitaciones de todos los Centros de Tratamiento del Mundo.

Vaya asco.

Yo he trabajado en seis, también soy Alcohólica y Adicta, y lo único que he visto funcionar son los Doce Pasos.

No me pareces Alcohólica y Adicta.

Todos los que trabajan aquí lo son, incluso los que friegan los suelos y lavan los platos. De ese modo, si necesitas ayuda, cualquier persona a la que recurras puede ayudarte.

Es un consuelo.

De eso se trata.

¿Cuánto tiempo llevas sobria?

Dieciséis años.

Es mucho tiempo.

Tú también puedes, simplemente tienes que hacer lo que te digamos y confiar en nosotros, incluso si te parece ridículo.

Si tiene relación con el número Doce, no cuentes conmigo.

Es la única manera, James. La única manera.

Voy a ser sincero contigo sobre una cuestión.

Te lo agradecería.

Hace dos noches me marché de aquí.

¿Dónde ibas?

Iba a buscar mierda para suicidarme.

¿Por qué no lo hiciste?

¿Conoces a Leonard?

Le conozco de oídas.

Leonard me lo impidió.

Eso me sorprende.

¿Por qué?

Ésa es otra cuestión.

¿Qué?

Ya hablaremos de ello en otro momento.

Puede que no haya otro momento.

¿Lo dices en serio?

Sí.

¿De verdad quieres morirte?

Lo que sé es que no puedo seguir viviendo como he vivido y sé que nunca jamás voy a creerme lo de los Doce Pasos. La gente como tú no para de decirme que es la única manera, o sea que estoy pensando que más vale quitarme de en medio ahora y ahorrarme a mí y a mi Familia el dolor del futuro.

¿De verdad quieres morirte?

Me odio a mí mismo, y estoy hasta los cojones de sentirme así.

¿Por qué sigues aquí?

Prometí a Leonard que me quedaría veinticuatro horas. Entonces mi Hermano y un par de viejos amigos aparecieron a la hora de visita. Al final, el día fue bueno, el mejor día que realmente recuerdo desde hace mucho tiempo y, cuando terminaron las veinticuatro horas, estaba demasiado cansado y demasiado contento para pensar en suicidarme.

Pueden venir más días como ése.

No si no consigo mantenerme sobrio.

Puedes conseguirlo.

No si tu manera es la única posibilidad.

Lo es, y puedes hacerlo.

Sacudo la cabeza.

Ni hablar.

Se recuesta en la silla y enciende otro cigarrillo y se queda mirándome. Yo le sostengo la mirada. Habla.

Tienes dos decisiones que tomar, James. La primera es si quieres vivir y yo creo que quieres. Estoy convencida de que en el fondo, fondo, sabes que matarte sería un desperdicio enorme. Estoy convencida de que la fachada que presentas al Mundo y lo que eres en tu interior son cosas diferentes, y que tú sabes que lo que eres en tu interior es algo que merece la pena conservar. La segunda decisión es si estás dispuesto a hacer lo necesario, y lo que te pidamos que hagas, para dejar las drogas. Tienes que decidir si vas a dejar de ser tozudo, y si estás dispuesto a abrirte a algo de lo que realmente no sabes nada. Piénsalo con calma. Como ambos sabemos, eres un joven muy inteligente. Si tienes alguna pregunta, ven a verme. Si decides que la respuesta a esas decisiones es *sí*, ven a verme. Si la respuesta es no, lo siento mucho, y que tengas suerte.

Se queda mirándome. Le sostengo la mirada.

Tengo una pregunta.

¿Qué?

¿Por qué no me echasteis de aquí cuando ataqué a Roy?

Da una calada al cigarrillo.

Lincoln y Kent querían echarte. Yo no te conocía aún, pero soy buena amiga de Hank. Cuando Hank se enteró de lo que había ocurrido vino a verme y me dijo que la persona que atacó a Roy no era la persona que él conocía. Dijo que la persona que él conocía era amable y cariñosa y callada y tímida y la persona más fuerte y más valiente que había visto en su vida. Yo confío en Hank, y peleé para que te dejaran quedarte porque él me dijo que era lo que tenía que hacer.

Me cae bien Hank.

Y tú a él.

¿Sois amigos?

Cazamos y pescamos juntos, jugamos a las cartas. Es como si dijéramos, mi Novio.

Yo río.

Dile hola de mi parte y dile que le estoy cuidando bien el chaquetón.

Se alegrará de saberlo.

¿Hemos terminado?

Espero que no.

Me levanto.

Ya veremos.

Joanne se pone de pie, me alarga una tarjeta.

Ése es mi número de Casa. Si no estoy aquí y me necesitas, llama.

¿Y si estás en Casa de Hank?

Duerme en mi Casa.

Yo río.

Gracias.

Voy hacia la puerta y salgo y cierro detrás de mí. Recorro los Pasillos iluminados y vuelvo a la Unidad. Al entrar en el Nivel Superior veo que la mayoría de los hombres se han congregado en el Nivel Inferior. Están sentados en los sofás y en las sillas y el Calvo está sentado en una silla frente a ellos. Está hablando, y Lincoln está de pie a un lado observándole. Bajo y me siento en el suelo. Estoy lo bastante cerca para oír, pero lo bastante lejos para estar solo.

Mi peor experiencia, que es la que quiero compartir con vosotros, fue la que al final me decidió a venir aquí.

Baja la mirada, respira hondo.

Soy de Toledo, Ohio. Hace dos años, en Halloween, un hombre con un disfraz de león secuestró y mató a una niñita del barrio. Nos conmocionó a todos, y para intentar evitar cosas así la Junta de Vecinos trasladó Halloween al primero de octubre, con la idea de que podíamos controlar mejor las cosas e impedir otra tragedia. A mis dos Niñas, Laura, que tiene seis años, y Jennifer, que tiene nueve, les encanta Halloween. Son Niñas con una vena teatral y Halloween es su Fiesta favorita, y se pasan todo el año disfrazándose de la Princesa Leah y yo me disfrazo de Luke Skywalker. Las subo en un remolque y tiro de ellas de Casa en Casa y hacemos que estamos volando en el Halcón Milenario y que yo soy el piloto.

Se detiene y mira a Lincoln. Lincoln asiente con la cabeza y levanta un puño en señal de fuerza. El Calvo asiente también y vuelve a mirarnos.

Hace dos meses hice un trato con mi Mujer, que se llama Terry, para

dejar de beber. Parte del trato era que podía beber cerveza sin alcohol cuando sintiera verdadera necesidad de algo. Conociéndome, me fui y compré veinte cajas de esa cerveza, escondí diecinueve y guardé una en la nevera del Garaje. Tengo problemas para dormir, y no puedo dormir sin beber, pero descubrí que si me bebía quince sin alcohol cada noche, me metía lo suficiente para poder dormir.

Respira hondo.

O sea que todas las noches durante seis semanas me iba al Garaje cuando había anuncios en la tele y tragaba cervezas sin alcohol para poder dormir. Parece una imbecilidad, pero uno hace lo que hace, y uno hace lo que necesita hacer, y eso es lo que yo hacía.

Un par de hombres ríen. Lincoln les lanza una mirada seria. Se callan.

El problema de mi plan era que, como estaba bebiendo cerveza de mentira todas las noches, nunca dejé de querer beber la de verdad, y hasta diría que la de mentira me hacía desear aún más la de verdad.

Calla, mira al suelo. Cuando vuelve a hablar se le quiebra la voz.

Ahora empieza lo más difícil.

Habla Lincoln.

Lo estás haciendo muy bien. Sigue.

El Calvo le mira, asiente, y se vuelve hacia nosotros.

Entonces mi Mujer se tuvo que ir a Nueva Jersey para el Bat Mitzvah de su sobrina Tina. Normalmente, habríamos ido todos juntos a una cosa así, en Familia, pero el Bat Mitzvah era al día siguiente del Halloween del Barrio, o sea que Terry pensó que yo me quedara en casa y pasara Halloween con las niñas y ella se iría al Bat Mitzvah de Tina.

Por la mejilla empieza a correrle una lágrima.

Llevé a Terry al Aeropuerto y le prometí que no iba a beber. En cuanto estuvo dentro del Avión me fui directo al Bar del Aeropuerto y pedí un vodka con zumo de arándanos.

Calla, se limpia la cara.

Después me metí a hurtadillas en el Garaje de mi vecino Ira y le robé dos botellas de chardonnay y otra de vodka y me fui al sótano y me bebí las dos botellas de vino.

Las lágrimas siguen cayéndole.

Entonces me vestí de Luke Skywalker y mezclé el vodka con más zumo en una taza enorme de Obi Wan Kenobi y salí con las Niñas. Ellas se daban cuenta de que algo iba mal, pero querían pasarlo bien.

Vuelve a limpiarse la cara.

No sé cuándo, pero en algún momento perdí el conocimiento en el remolque mientras las Niñas llamaban a la puerta de alguien.

Solloza.

Volvieron e intentaron tirar del remolque hasta Casa, pero son pequeñas, y yo pesaba demasiado.

Solloza.

Fueron a Casa de nuestro vecino Len para buscar ayuda, y cuando volvieron con Len y su mujer, Ginny, vieron que me había meado en todo mi traje de Skywalker y por todo el remolque.

Solloza.

Len intentó despertarme y, cuando lo hizo, le ataqué. La cosa es que Len tiene una barba larga y poblada, y yo estaba tan borracho que me pareció que era el hombre con disfraz de León de hacía dos años.

Solloza.

Dios mío.

Solloza.

Dios mío.

Calla, se seca la cara, respira hondo. Los hombres repartidos por la Habitación están mudos. El Calvo levanta la vista.

Len tuvo que atarme con una cadena de perro para controlarme y mi Mujer tuvo que volver de Nueva Jersey antes del Bat Mitzvah de Tina.

Empieza a llorar ruidosamente.

Me puse en ridículo y avergoncé a mis Hijas, a mi Mujer.

Se oyen risitas.

Soy el hazmerreír de todo el Barrio.

Pierde totalmente el control, gime, llora, con la cara escondida en las manos.

Varios hombres empiezan a reír. Lincoln les mira, habla.

Callaros.

Los hombres ríen aún más, y otros se les unen. El Calvo levanta la cabeza. Habla Lincoln.

No tiene gracia.

Ríen con más fuerza. Más hombres hacen lo mismo. El Calvo está petrificado. Habla Lincoln con voz más alta, con voz más dura.

No tiene gracia.

La Habitación estalla. El Calvo se levanta y sale corriendo, gimiendo, moqueando, llorando. Lincoln se coloca delante de la silla vacía.

¿A vosotros os parece que tiene gracia?

Los hombres ríen.

Pues no la tiene.

Empiezan a callarse.

Ese hombre estaba hablando con el corazón en la mano. Con el puto corazón en la mano.

Hay silencio.

Es muy duro hacer eso, y es un valiente por hacerlo, y merece que se le trate con respeto, no que se rían de él, coño.

Lincoln sacude la cabeza, baja la voz.

Os creéis muy hombres porque quizá tomabais drogas más duras que él o bebíais más que él, o quizá tardasteis más que él en tocar fondo, pero cuando pedí un Voluntario para hablar de eso, de tocar fondo, no vi a ninguno de vosotros adelantarse. Os habéis quedado sentados como Niñatos asustados.

Señala hacia donde ha salido el Calvo.

Debíais aprender de ese hombre, y aprender de lo que ha hecho aquí hoy. Él ha sido valiente y ha sido franco y ha sido sincero y se ha hecho vulnerable a todo el mundo en esta Habitación. Y de eso va este sitio, y ésa es la clase de actitud que le va a mantener abstemio.

Lincoln empieza a marcharse.

Pensar en lo que he dicho, pensarlo bien y con detenimiento.

Mira fijamente al decirlo.

Bien y con detenimiento.

Sale. Se produce un silencio absoluto. Los hombres se miran entre sí, avergonzados e incómodos, esperando que hable alguien. Leonard se

pone en pie.

Lincoln tiene razón, y tenemos que disculparnos con el pobre hombre, pero sigo creyendo que la historia es graciosa de cojones.

Todos ríen. Leonard mira a su reloj.

Es la hora de la comida. Yo me voy a comer.

Se marcha y los hombres empiezan a salir y a dirigirse al Comedor. Yo me levanto y los sigo y me pongo en la cola y me dan una bandeja de comida. Me siento y escucho a Ed y a Ted discutir y río cuando Leonard les da caña y termino y me levanto y pongo la bandeja en la cinta transportadora.

Voy a la Conferencia. Un Cura habla sobre las diferentes formas de confesión. No me caen bien los Curas, no me fío de ellos, y no escucho ni una sola palabra de lo que cuenta. Me quedo sentado mirando al suelo y pienso en el Calvo. Me pregunto dónde se habrá metido y qué estará pensando, y cuando reproduzco su historia en mi imaginación, me parece cada vez más impresionante. Aunque no estaba en los Barrios Bajos ni en un Gueto ni en un Antro de yonquis, y aunque sigue teniendo trabajo y Familia y una vida como es debido, perdió lo más importante que puede perder un ser humano, que es la dignidad.

Yo sé algo sobre la pérdida de dignidad. Sé que cuando un hombre se queda sin ella hay un agujero, un agujero hondo y negro que se llena de desesperación, de humillación y de odio por uno mismo, se llena de vacío, de vergüenza, de deshonra, se llena de pérdida y de aislamiento y de Infierno. Es un puto agujero hondo, oscuro, horrible, y en ese agujero es donde la gente como yo vivimos nuestras vidas patéticas, jodidas, sin dignidad, inhumanas, y donde morimos solos, desgraciados, consumidos y olvidados.

Termina la Conferencia y salgo y vuelvo a la Unidad y atiendo a un ejercicio de Terapia de Reacción Racional. La dirige Ken y nos explica que los Alcohólicos y los Adictos tienden a reaccionar de forma irracional en situaciones que implican estrés. Esta Terapia es un método para tomar decisiones que contrarresten esa conducta irracional. Cuando te encuentres en un aprieto, hay que considerar todas las alternativas. No te apresures, permanece tranquilo, elige la opción más

saludable y más productiva. Es una filosofía muy racional.

Después del ejercicio hay otra Ceremonia de Graduación. Tres hombres que no conozco dejan la Clínica. Han cumplido su periodo de estancia y han seguido todos los Programas y están listos para enfrentarse al Mundo exterior. Están contentos cuando reciben sus Piedras y sus Medallas, dos de ellos lloran cuando pronuncian sus discursos.

Termina la Ceremonia y todos aplauden y algunos empiezan a jugar a las cartas y otros a ver la tele y algunos se cambian y van al Gimnasio al otro lado de la Clínica. Los Graduados se van. Yo voy a mi Habitación y me pongo el chaquetón de Hank y salgo fuera.

No hay Sol. La vida que brotó ayer ha retrocedido. La tierra está fría y dura, el aire cargado, el Cielo negro, los árboles se inclinan bajo el peso de sus ramas heladas. Camino y fumo y encuentro un Sendero y dejo que el Sendero me lleve. Hay oscuridad y silencio bajo el dosel de madera denso, pesado, y el único sonido es el de mis pies avanzando entre montones de hojas resecas y amarillas.

Escucho las hojas. Miro al suelo. Intento perderme. Intento olvidar dónde estoy y por qué estoy aquí, intento olvidar lo que tengo por delante. Intento olvidar la muerte, la Cárcel y la rehabilitación. Intento olvidar que hay un Mundo fuera de aquello que es mi cabeza e intento olvidar que hay un mundo dentro de mi cabeza e intento olvidarlo todo. Todo el puto lío.

Camino, miro fijamente, intento perderme, perderme. El crujido de las hojas va transformándose en un agudo rodar de piedras pequeñas y las piedras me llevan a un Lago alargado y estrecho cubierto de delicadas láminas de hielo delgado, fracturado. Miro las láminas. En el agua somera que hay por debajo danzan racimos de pececillos, hierbas solitarias flotan quietas, las algas se adhieren a todo lo que encuentran. Una concha descansa en soledad y silencio y me detengo para observarla. En algún sitio de su interior hay vida. En algún momento la vida se desprenderá de su concha y volverá a emerger. Miro la concha en el agua bajo una lámina delicada de fragmentos. La vida emergiendo otra vez. Quiero olvidar, pero no puedo.

Vuelvo a caminar, sigo intentándolo, sigo y sigo. La orilla desemboca en una gran explanada de hierba seca, alta, amarilla y mis pies se vuelven silenciosos sobre una arteria de barro duro, apelmazado, negro. Mientras los pies me llevan entre la vegetación, paso las manos por las puntas afiladas y heladas de la hierba y me hacen cosquillas y río y el sonido de mi risa me sosiega. Olvidar, perderse, olvidar, por favor perderse. Me hacen cosquillas y río. El barro duro va volviéndose ciénaga y subo a un Camino Elevado de pino viejo, con tornillos embutidos y Barandillas altas, firmes. El profundo hedor del Pantano sube hacia arriba y se filtra, demasiado fuerte para que lo mate el frío. Mientras camino, me asomo por la Barandilla y respiro el hedor y paseo la vista por aquella desolación turbia, parda, punteada de trozos podridos de árbol, turba y arbustos grises y espinosos. Hay una Isla entre la podredumbre, un Amontonamiento de troncos con protuberancias monstruosas como los brazos de una Bruja. Oigo un parloteo al pie del montón de troncos y una nutria marrón, gorda, con la cola plana acorazada trepa y se queda mirándome.

Qué hay, Nutria Gorda.

Me mira.

¿Quieres lo mío?

Me mira.

Te lo doy todo.

Me mira.

Dame tu montón de troncos y dame tu cola.

Me mira.

Y yo te doy todo este puto lío.

¿Qué te parece?

Se queda sentada y me mira, parece considerarlo, y desparece otra vez bajo su montón de troncos. Espero a que vuelva, pero no vuelve.

Eres una nutria lista. Una jodida nutria lista.

Río y suelto la Barandilla y sigo caminando. El Pinar forma una creciente y me lleva hacia abajo y me conduce a un camino de piedra y el camino circunda otro Lago pequeño e intento mirar a través del hielo pero no hay fracturas y el hielo es demasiado grueso. Si hay vida, está

oculta bajo una concha fría, helada.

Pienso y olvido y los pies me llevan a través de un Bosque más tupido. El aire es negro y las hojas más densas y su crujir es hipnótico y aunque tengo los ojos abiertos, no veo nada. Simplemente camino.

Salgo del Bosque y de la oscuridad, pero no salgo de mi cabeza. Hay una Colina de hierba parda ante mí subo a la cima la vista me enseña los Edificios y los bancos y el Lago. Me enseña sombras en movimiento creadas por las luces de los Pasillos iluminados, limpios. Me siento y la hierba parda está mojada y no me molesta y mis ojos vagan hacia los gritos que salen de las ventanas oscuras y enrejadas de la Unidad Médica. Los gritos empapan el aire y el eco los repite, una vez y otra y otra, y yo me tumbo y el chaquetón se me moja y la nuca se me moja y cierro los ojos y escucho y pienso. Me permito sentir, sentir absolutamente y el sentimiento me trae ráfagas lineales, lúcidas de pensamiento e imágenes que entran, me recorren y salen y entran y salen. Entran, me recorren y salen y vuelven a entrar.

No puedo parar.

Tengo que parar.

No puedo.

Dolor.

Cloaca.

Sacerdote.

A la mierda Dios.

Ella.

A la mierda ella.

Pipa.

Mechero.

Botella.

No puedo parar.

Dolor.

Aguanta.

Rabia.

Rabia asesina.

Incontrolable.

Rabia.
Pecados imperdonables.
Lugares sin retorno.
Daños irreparables.
Llanto.
Lucha.
Mamá.
Papá.
Hermano.
Llanto.
Lucha.
Vive.
Mechero.
Pipa.
Botella.
Vómito.
Vómito.
Vómito.
Recuperarme.
Imposible.
Quedarme.
Imposible.
A la mierda Dios.
A la mierda ella.
A la mierda tú.
Quédate.
Vive.
Lucha.
Llora.
Decisión.
Decisión.
Decisión.
Tómala.
Aguanta.

Aguanta.

Decisión.

Las ráfagas son lúcidas y claras y vuelven a entrar y me recorren, vuelven a entrar, me recorren y se encuentran y se pierden vacío olvido y hay algo hay algo que apenas conozco la calma perfecta. Claridad. Serenidad. Paz.

Han desaparecido mis ansias. El corazón me late despacio y regular. Todo lo que conozco y soy y he sentido hecho pasado presente pasado ahora entonces antes ahora he visto sentido hecho dolido sentido se concentra en algo que va más allá de las palabras más allá más allá más allá y habla ahora y dice.

Quédate.

Lucha.

Vive.

Aguanta.

Llora.

Llora.

Llora.

El vómito me saca a rastras del sueño, me empuja fuera de la cama, me lanza hacia mi amigo y mi enemigo me lanza hasta la porcelana. Me vacía, me atormenta, duele, no me suelta.

Hay pedazos de estómago, bilis y residuos de la cena de anoche. Hay ácidos, mocos y saliva. Hay sangre. Chorros de sangre.

Me meto en la ducha y abro el agua caliente y me lavo el vómito de la cara y del cuerpo. Se acumula en el desagüe y lo aplasto con el pie y lo hago desaparecer. Estoy harto de vomitar. Quiero que se vaya. Lo aplasto con el pie.

Me lavo los dientes. Los nuevos son iguales que los viejos. Me gustan y me alegro de tenerlos.

Se me está formando una cicatriz blanca donde tenía el agujero de la mejilla. Otro recordatorio de la vida que vivo.

Ni me molesto en mirarme a los ojos.

Me visto y preparo el café y me sirvo una taza y me la bebo. Es fuerte y vuelvo a vomitar, o sea que me ducho otra vez y me lavo los dientes una segunda vez. Ni me molesto en mirarme a los ojos.

Me cambio y me sirvo otra taza de café y voy a desayunar y pido copos de avena y los cubro de azúcar. Me siento a la mesa con Leonard y Ed y Ted y un hombre negro bajo y delgado. He visto a este negro antes, aunque no sé dónde. Habla Leonard.

¿Cómo vas, Chico?

Voy bien.

Señala hacia el hombre negro.

¿Conoces a Matty?

No.

Matty, James. James, Matty.

Nos inclinamos sobre la mesa, nos damos la mano. Yo digo me alegro de conocerte. Él dice me alegro de conocerte, Cabronazo. Le miro más despacio. Hablo.

Te conozco de algo.

Habla él. Tiene la voz aguda, habla muy deprisa.

¿De qué coño me vas a conocer?

No estoy seguro. ¿Dónde vives?

En Minneapolis.

No es de eso. ¿Cuál es tu apellido?

Se supone que no me puedes preguntar mi puto apellido en este puto sitio.

Se me enciende una luz. Ya sé de qué le conozco.

Tu apellido es Jackson.

¿Cómo coño lo sabes?

Te veía en la tele. Eras Campeón Mundial de Peso Pluma.

Sonríe.

Es la puta verdad.

Sonrío.

Y nunca te entrevistaban porque no haces más que soltar tacos.

La puta verdad. Los Soplapollas, Hijoputas Cabrones de la televisión.

Todos reímos y terminamos el desayuno y nos quedamos sentados bebiendo café y charlando y riendo. Matty es una ruina, una carcasa del hombre que fue hace dos años, cuando era uno de los mejores boxeadores del Mundo. En aquel entonces, tenía dos títulos, era rico y famoso, casado y con dos Niños. En una fiesta para celebrar una de sus victorias, se fumó una pipa que le habían dicho que tenía marihuana, pero que en realidad estaba mezclada con crack. Se enganchó inmediatamente, peleó una vez más y le destrozaron, y desapareció.

Es extraño estar sentado frente a él. Es extraño imaginar que el hombre que yo veía en la televisión es el hombre sentado frente a mí. En la cumbre de su carrera era una máquina de pelear. Era rápido, listo, fuerte e invencible en su peso, setenta y cinco kilos. Era guapo, tenía una sonrisa ancha, ni un gramo de grasa en el cuerpo, y una piel oscura, suave, impecable. Su seguridad era suprema, y entraba y dominaba en el Ring como si fuera de su propiedad.

No queda nada. Es muy menudo, como mucho setenta kilos, tiene el pelo despeinado e hirsuto, tiene la piel cubierta de pupas abiertas y los

dientes amarillos, marrones y negros. Aunque su aplomo parece intacto, dudo que pudiera encontrar el Cuadrilátero, no digamos dominarlo o dejar a alguien inconsciente dentro de él. No le pregunto por su Mujer y sus Hijos porque no quiero saberlo y probablemente él no quiera contármelo.

El Comedor se vacía. No nos damos cuenta oyendo a Matty y a Leonard y nuestra propia risa. Cuando uno de los Conserjes se acerca y nos pide que nos marchemos, vamos juntos a la Conferencia y Matty habla y blasfema y nos hace reír. Cuando llegamos a la Conferencia nos sentamos juntos, lejos del resto de los hombres de la Unidad, y antes de que empiece el Orador, Leonard saca una baraja y empezamos a jugar al póker. No apostamos, y salvo los tacos de Leonard entre dientes, jugamos en silencio, haciéndonos señas con las manos y la cabeza.

Termina la Conferencia y me despido de mis amigos y recorro los Pasillos hasta que encuentro la puerta que tiene el nombre de Joanne. Llamo, la oigo decir adelante, abro la puerta y entro.

Ella y Hank están sentados en el sofá bebiendo café y fumando. Hank se levanta al verme y me abraza.

¿Cómo te va, Chico?

Nos apartamos.

Estoy bien.

Déjame ver esos dientes.

Sonrío.

Tienen buen aspecto.

Supongo que sí.

¿Mereció la pena?

Sobreviví.

No sé cómo lo hiciste, pero eso parece.

Mereció la pena.

Ríe, va hacia la puerta.

Ven a verme alguna vez a las Caballerizas.

¿Dónde están?

Es la Furgoneta estacionada a la Puerta de entrada.

Río. Abre la puerta.

No tienes que irte.

Probablemente queráis estar solos.

Me gustaría que te quedaras.

Se detiene, me mira, se sienta junto a Joanne. Yo me siento en una silla frente a ellos.

Habla Joanne.

¿En qué puedo ayudarte?

He estado pensando en nuestra conversación de ayer.

¿Qué has pensado?

Que me voy a quedar un tiempo. A ver qué pasa.

¿Un tiempo?

No prometo nada.

Ella sonríe.

Me parece un buen comienzo.

Ya veremos.

Ambos sonríen. Habla Joanne.

¿Qué te ha llevado a decidirlo?

No lo sé.

Algo habrá sido...

No quiero hablar de eso.

¿Por qué?

Porque no.

Porque te hace sentirte vulnerable.

Probablemente.

¿Y eso no te gusta, verdad?

Sacudo la cabeza.

No.

Si quieres recuperarte tendrás que empezar a acostumbrarte.

Probablemente tengas razón.

Hank y yo no vamos a hacerte daño.

Ya lo sé.

Inténtalo. Sé vulnerable.

Miro a ambos, respiro hondo. Hablo.

Ayer vi llorar a un hombre. He visto hombres llorar otras veces, pero

generalmente pienso que es porque son débiles o patéticos. El hombre que lloró ayer lloró porque era fuerte y admiré su fortaleza. Sé que la gente puede pensar que soy fuerte o duro, pero realmente no lo soy. Soy una oveja con piel de lobo.

Vuelvo a respirar.

O sea que estaba pensando en eso y salí a caminar por ahí y estaba intentando olvidarme de este sitio y olvidarme de toda la mierda en que me he metido y me tumbé en la hierba y me sentí tranquilo, muy tranquilo, y decidí quedarme algún tiempo.

¿Qué sentiste en ese momento?

Como he dicho. Tranquilidad.

Has tenido lo que se llama un Momento de Claridad.

¿Es ésa una de vuestras expresiones de AA?

Sí.

Entonces no, no tuve un Momento de Claridad. Simplemente sentí tranquilidad.

Ambos ríen. Habla Joanne.

¿A que no ha sido tan difícil?

Supongo que no.

Eso es todo lo que tienes que hacer y te pondrás bien. Ser honrado, vulnerable, hablarlo.

Me parece que va a ser algo más complicado.

Algo, pero no mucho.

Ya veremos.

Se produce un silencio. Me levanto.

Tengo que irme. Sólo quería pasarme por aquí para decirte lo que he decidido.

Habla Joanne.

Me alegro de que lo hicieras.

Voy hacia la puerta.

Te veré pronto.

Me dicen adiós y yo salgo y vuelvo por los Pasillos a la Unidad. Me siento en el suelo con el resto de los hombres y veo el final de un vídeo. El vídeo es de un Jugador de Fútbol Americano famoso que tuvo un

problema de alcoholismo y dejó de beber con los Doce Pasos y hoy es Juez del Tribunal Supremo del Estado y es muy feliz. Mientras habla, está en un Despacho con aspecto muy oficial y lleva una toga muy impresionante. Colgadas a su espalda hay fotos de él con el uniforme de fútbol y todo es perfecto y todo muy inspirador. Se parece mucho a esos Programas Especiales de Horas Extraescolares y aunque voy a procurar no cerrarme a nada mientras esté aquí me parece que la historia es una puta estupidez y me pregunto si mantener la mente abierta en este sitio es lo mismo que tener la mente vacía. Mente abierta, mente vacía. Este Jugador de Fútbol convertido en Juez no va a convencerme de hacer nada. Ni de coña.

El vídeo termina y todos aplauden menos yo. Yo abucheo y me gano un montón de miradas hostiles. Las miradas me hacer reír y me miran aún peor por reírme, lo cual me da aún más risa. Alguien que no conozco me pregunta qué es lo que tiene tanta gracia y le digo que el vídeo y él me dice que madure y yo le digo que no voy a fingir que esa gilipollez sea otra cosa que una gilipollez y él se marcha sacudiendo la cabeza. Mente abierta, mente vacía. Me pregunto si son la misma cosa.

Voy a comer y cojo una bandeja y comida y me la como con Ed y Ted y Matty y Leonard. Matty y Leonard son los que hablan y los demás reímos. Para cuando terminamos de comer, nuestra mesa está llena de hombres que han venido a escuchar a Matty y Leonard.

Después de comer hay Conferencia, pero no presto la menor atención.

Después de la Conferencia, Ken me pregunta si puedo pasar por su Despacho. Le sigo por los Pasillos y cuando llegamos al Despacho me siento en una silla frente a él.

Hace tiempo que no te veo.

Sí.

¿Has pensado en lo que hablamos la última vez que estuviste aquí?

No recuerdo lo que era.

¿Estás dispuesto a hacer cualquier cosa y todo lo necesario para lograr la abstinencia y mantenerla?

Sí, lo he pensado.

¿Tienes ya respuesta?

No.

¿Tienes la respuesta?

Con mirarme fijamente y repetir la misma puta pregunta una vez y otra nos vamos a conseguir nada.

Me mira.

¿Tienes la respuesta?

Yo río.

No.

Esperemos que en algún momento la tengas.

Ya veremos.

Suspira y mueve la cabeza, mira los papeles que hay sobre su mesa.

Quiero empezar a entrar en el meollo de tu Programa.

Vale.

Saca lo que parece un cuaderno infantil para colorear y me lo entrega.

Vamos a empezar con esto.

Miro el libro.

¿Qué es eso?

Es el cuaderno de tareas del Primer Paso.

Me echo a reír.

¿Es un puto cuaderno para colorear?

Sí.

Río.

¿Tienes una caja de ceras de colores que prestarme?

Las tienes en la Unidad.

Espero que nadie haya cogido el Rosa Fucsia.

¿Eso qué es?

Mi color de cera favorito. Viene en las cajas de sesenta y cuatro.

¿Has terminado?

¿Te canso?

Me cansan tus bromas

¿No te parecen graciosas?

No.

Pararé un rato.

Mejor.

¿Cuánto tiempo tengo?

Dos días.

Vale.

Hay además un Tablón de Metas en el Nivel Superior. Quiero que pongas tu nombre y escribas alguna meta que tengas en la vida y cómo esperas lograrla con la abstinencia.

Vale.

¿Tienes alguna idea?

Dientes nuevos todos los años.

No tiene gracia.

Ser Presidente de los Estados Unidos.

Tendrás suerte si te dejan votar con tu historial.

Lograr el cuaderno del Primer Paso para colorear más bonito que haya.

¿Has terminado?

¿Te canso?

Escribe tu meta. Y no te lo tomes a broma.

Haré lo posible.

También me parece que te haría bien un cambio de escenario, o sea que esta tarde voy a cambiarte de Habitación.

¿Adónde?

A una Habitación para dos. Warren y John se marchan hoy, y creo que sería mejor llenar esa Habitación con Ingresos más recientes.

Eso me parece bien.

Haré el cambio y te diré más tarde tu número de Habitación.

De puta madre.

Pareces estar mejor, y pareces ir avanzando, pero tienes que tomarte más en serio lo que hacemos aquí. Pedimos progresos, no perfección. Simplemente haz lo que puedas.

Lo intentaré.

Ven a buscarme cuando termines el cuaderno. Me gustaría repasarlo contigo.

Vale.

Me pongo de pie y salgo y vuelvo a la Unidad. Busco a John y a Warren y no los veo o sea que voy a mi Habitación y entro. John está junto a su ventana y Warren está haciendo el equipaje. Me siento en mi cama.

Hola.

Habla Warren.

Hola.

John mira por la ventana.

Me dicen que os marcháis hoy.

Habla Warren.

Sí, yo sí.

¿Estás ilusionado?

Sí, pero también nervioso. He sido un Borracho toda mi vida, y va a ser duro no tomarme un buen whisky cargado al final del día. O seis.

Estás mejor sin tomarlo.

En eso tienes toda la razón.

Me levanto, me acerco a él. Deja de hacer el equipaje.

Buena suerte, Warren.

Le ofrezco la mano. La toma.

Gracias, James.

Nos damos la mano. Con fuerza, con firmeza. Hablo yo.

Te agradezco de verdad que hayas sido tan legal conmigo.

Ha sido un placer, James, y volvería a hacerlo.

Nos soltamos la mano y voy a la parte de John. John tiene hechas las maletas y están sobre la cama. Sigue de pie junto a la ventana, mirando al vacío gris.

John.

Se vuelve hacia mí. Tiene lágrimas en los ojos.

Hola James.

¿Qué te pasa?

Tengo miedo.

Ven para acá.

Se acerca. Le señalo la cama.

Siéntate.

Se sienta en su cama. Parece un Niño frágil. Me siento junto a él.

¿Por qué tienes miedo, John?

Porque sé que no estoy mejor.

¿Por qué crees eso?

Porque en el fondo de mi corazón lo sé.

¿Entonces por qué no te quedas hasta que sepas que estás mejor?

Porque sé que no servirá de nada.

¿Por qué dices eso?

Porque nunca voy a estar mejor. Nunca voy a ser más normal y nunca va a desaparecer el dolor. Nunca nunca jamás.

No puedes pensar eso, John.

Pues tú piensas lo mismo.

Estoy intentando no hacerlo.

¿Cómo?

No lo sé. Simplemente lo intento.

Me mira, mira a la cama y rompe a llorar.

Aquí me siento a salvo. Nadie me puede hacer nada y yo tampoco puedo hacerme nada.

Levanta los ojos hacia mí. Un Niño frágil.

Cuando salga de aquí, sé que voy a hacer alguna tontería y sé que voy a terminar otra vez en la Cárcel y sé lo que me va a pasar allí y no quiero que vuelva a pasarme.

Le cojo una mano, se la aprieto, no sé qué decir. Él llora llora llora, solloza, le caen lágrimas por la cara, el pecho le sube y le baja, con fuerza, arriba y abajo. Le suelto la mano y le rodeo con los brazos y le abrazo y él llora y no hay nada que pueda decirle.

Deja de llorar y se tranquiliza y le suelto y se seca la cara.

Lo siento.

No lo sientas, John. No hay nada malo en llorar.

Yo lloro mucho.

Ya lo sé. Y te admiro por eso.

¿De verdad?

Sí, de verdad. Creo que los hombres que lloran son fuertes.

¿Te parezco fuerte?

Me parece que eres más fuerte de lo que crees.

Gracias, James.

Vuelve a secarse la cara.

Voy a echar de menos esto.

Y nosotros a ti.

¿De verdad?

Sí.

¿No me mientes?

No, no te miento.

Me mira, mete la mano en una de sus maletas, saca una pluma y una tarjeta.

¿Podrías hacerme un favor, James?

Claro.

Se pone a escribir en la tarjeta.

Cuando salgas de aquí, ¿podrías llamar a mi Hija?

No empieces otra vez, John.

No, no es eso.

Me ofrece la tarjeta.

Podrías llamarla y decirle que esta vez lo he intentado con todas mis fuerzas, todo lo que he podido, y que quisiera ser algo más para ella, y que no soy tan mala persona como todo el mundo le dice que soy.

Cojo la tarjeta, miro a John.

Será un honor, John.

Y si alguna vez estás en el mismo sitio que ella, quizá podrías invitarla a cenar o algo así, y…

Calla, empieza a llorar, se contiene.

Ser amable con ella, y…

No puede controlarlo. Empieza a llorar. Como un Niño frágil.

Y decirle que lo siento. Que lo siento mucho.

Me acerco y le abrazo y le estrecho y le dejo llorar llorar llorar y él se aparta, y me pide que le deje solo y al salir de la Habitación miro hacia él y tiene la cabeza hundida en la almohada y le oigo gemir y sollozar y decir la palabra.

No.

No.

No.

Le dejo solo, con su futuro, y voy a la Unidad y me aseguro de que tengo bien guardada la tarjeta en el bolsillo. Haré la llamada cuando salga de aquí. Haré esa llamada y le diré a la Chica que su Padre es un buen hombre. Quizá no me crea, y quizá nada pueda hacerle cambiar de opinión, pero se lo diré.

La Unidad está abarrotada y los hombres esperan a John y a Warren, esperan la Ceremonia de Graduación. Yo no quiero verla ni participar en ella y ya me he despedido de ellos, o sea que empiezo a caminar. Igual que ayer, lo que quiero es olvidar.

Pero hoy no hay olvido posible. Lo sé en cuanto entro en el Bosque. La Furia me embarga. Envuelve toda emoción todo sentimiento todo pensamiento que tengo. No puedo controlar emociones sentimientos pensamientos y dejo que la Furia los controle. La Furia los consume. La tristeza que siento se vuelve rabia, la calma se vuelve necesidad desesperada. Quiero destruir todo lo que veo. Lo que no puedo destruir, lo quiero ingerir. Con cada paso que doy, aumenta. Rabia y necesidad. Rabia y necesidad. Rabia. Necesidad.

Quiero beber. Quiero cincuenta copas. Quiero una botella del alcohol más puro, más fuerte, más destructivo, más venenoso de la Tierra. Quiero cincuenta botellas. Quiero crack, sucio y amarillo y lleno de formaldehído. Quiero un montón de metanfetaminas en polvo, quinientos chutes de ácido, una bolsa de basura llena de hongos, un tubo de pegamento mayor que un camión, una piscina de gasolina lo bastante grande para ahogarme dentro. Quiero algo cualquier cosa lo que sea como sea todo lo que pueda. Quiero necesito quiero necesito, quiero necesito lo suficiente para matar aniquilar permitirme perder olvidar embotar este dolor cabrón que me den la oscuridad más oscura la negrura más negra el puto agujero más hondo el más hondo el más hondo el más horrible. Me cago en la puta Mierda, que me lo den. Que me metan en el puto agujero.

Dejo el Sendero, me abro camino por el bosque tupido, helado. Estoy

temblando y el corazón me va a cien y aprieto los puños y aprieto la mandíbula. Mis pies quiebran ramitas y aplastan pequeños árboles tiernos, mis brazos se deshacen de todo lo que se me pone por delante. Los agudos sonidos de destrucción, chas crac chas crac me llenan de ira, me enfurecen, me inducen a querer romper más, destruir más, destrozar todo. Quiero destrozar todo en todas partes. Quiero destrozar. Me abro paso a través de una espesura de Pinos y entro en un Claro pequeño, cerrado, circular. Dejo de caminar avanzar empujar luchar y cierro los ojos y respiro hondo y espero que tomar aliento me calme pero no ocurre nada y vuelvo a respirar y nada respirar nada respirar nada. Quiero calmarme pero no hay tranquilidad para mí.

Cómo estoy aquí. Cómo he llegado a este sitio en este momento en este día con este sentimiento historia futuro problemas vida este puto-inútil-absurdo desperdicio de vida cómo. Hace quince minutos estaba abrazando a un Delincuente y Adicto a la cocaína sin remedio que se pasó la vida con la polla de su Padre en la boca y lloraba porque tenía miedo de volver a salir al Mundo. He comido con una especie de Doble de actor de cine algo amenazador ya maduro y con un Fugitivo reincidente triple y con un Siderúrgico que tiene un transplante de pelo arrancado y un Fantasma de setenta kilos que fue Campeón del Mundo. Me han dado un cuaderno para colorear y me han dicho que me ayudará a recuperarme. He visto una puta mierda de vídeo sobre un Juez y me han dicho que me ayudará a recuperarme. He vomitado, como todos los putos días, y no estoy mejor. Tengo veintitrés años y he sido Alcohólico diez años y Drogadicto y Delincuente casi el mismo tiempo y me buscan en tres estados y estoy en un Hospital en medio de Minnesota y quiero beber y quiero meterme drogas y no puedo controlarme. Tengo veintitrés años.

Respiro y tiemblo violentamente y lo siento venir, y rabia, necesidad y confusión, arrepentimiento horror vergüenza y odio se funden en una Furia perfecta una gran Furia hermosa y terrible y perfecta la Furia y no puedo detener la Furia ni controlar la Furia tan sólo dejar que venga que venga venga venga venga. Que venga de una puta vez. La Furia ha venido.

Veo un árbol y voy a por él. Gritando dando puñetazos patadas arañando desgarrando arrancando arrastrando tirando despedazando gritando puñetazos gritos puñetazos gritos. Es un árbol pequeño, un Pino pequeño, lo bastante pequeño para destrozarlo, y arranco las ramas del tronco y las hago astillas una a una las arranco y las hago pedazos y las arrojo al suelo y las pisoteo con fuerza una vez y otra y otra y cuando ya no quedan ramas oigo una voz y ataco el tronco y es delgado y lo rompo en dos y oigo una voz y no le hago caso y tiro el tronco roto sobre las ramas y la mitad sigue aún en la tierra y oigo una voz y quiero sacarlo de la puta tierra y lo agarro y tiro tiro tiro y no se mueve ni un milímetro oigo una voz y no hago caso y tiro grito tiro y no se mueve el árbol cabrón quiero destruirlo y lo suelto y hay una voz a la que no hago caso empiezo a dar patadas patadas patadas y la voz dice para para para para para. Para.

Me vuelvo.

Pelo negro largo y ojos profundos azules limpios y cutis blanco pálido y labios rojos como la sangre y es menuda y delgada y demacrada y herida. Está ahí.

¿Qué estás haciendo aquí?

Estaba dando un paseo y te vi y te he seguido.

Qué quieres.

Quiero que pares.

Respiro con fuerza, miro con fuerza, tenso y crispado. Aún queda árbol que destrozar quiero ese puto árbol. Ella sonríe y viene hacia mí, hacia mí hacia mí, y abre los brazos y estoy respirando fuerte y mirando tenso y tirante me rodea con los brazos con una mano en la nunca me agarra en sus brazos y me tranquiliza y habla.

Ya pasó.

Respiro fuerte, cierro los ojos, me dejo abrazar.

Ya pasó.

Su voz me calma y sus brazos me calientan y su olor me alivia y siento su corazón latir y mi corazón va más lento y dejo de temblar y la Furia se deshace bajo su protección y me abraza y dice.

Ya pasó.

Ya pasó.

Ya pasó.

Otra cosa me viene y me hace sentirme débil y asustado y frágil y no quiero que me hagan daño y este sentimiento es el sentimiento que tengo cuando sé que me pueden hacer daño y hacerme un daño mucho más profundo y más horrible que cualquier cosa física y siempre lucho contra él y lo controlo y lo reprimo pero su voz me calma y sus brazos me calientan y su olor me alivia y siento latir su corazón y si ahora mismo me soltara me caería y mi necesidad y confusión y miedo y arrepentimiento y horror y vergüenza y debilidad y fragilidad están expuestos a la fuerza dulce de sus brazos abiertos y a las sencillas palabras ya pasó y empiezo a llorar. Empiezo a llorar. Empiezo a llorar.

Viene en oleadas. Las oleadas fluyen profundas y desde la profundidad de mi interior y la abrazo y ella me estrecha más y dejo que lo haga y dejo que venga y lo dejo y no he sentido esto esta vulnerabilidad ni me he permitido sentir esto esta vulnerabilidad desde que tenía diez años y no sé por qué no y no sé por qué ahora sí y lo único que sé es que es así y que da miedo terror pavor y es peor y mejor que nada que haya sentido en mi vida llorar en sus brazos sólo llorar en sus brazos sólo llorar.

Me lleva hacia el suelo pero no me suelta. Las Puertas se han abierto y trece años de adicción, violencia, Infierno y todo lo que lo acompaña se están manifestando en lágrimas espesas y sollozos fuertes y en falta de aliento y un profundo sentimiento de pérdida. La pérdida me habita, me llena, me embarga. Es la pérdida de la infancia de la Adolescencia de normalidad de felicidad de amor de confianza de razón de Dios de Familia de amigos de futuro de potencial de dignidad de humanidad de cordura de mí mismo de todo todo todo. Lo he perdido todo y estoy perdido reducido a una masa de tristeza, de duelo, dolor, angustia y desconsuelo. Estoy perdido. La he perdido todo. Todo. Todo.

Hay humedad y Lilly me acuna como a un Niño destrozado. Mi cara y su hombro y su camisa y su pelo están mojados con mis lágrimas. Empiezo a tranquilizarme y empiezo a respirar lenta y profundamente y su pelo huele a limpio y abro los ojos porque quiero verlo y eso es lo

único que veo. Es negro azabache casi azul y está radiante de humedad. Quiero tocarlo y extiendo una mano y acaricio desde arriba y a lo largo de su cuello y su espalda hasta la base de sus costillas y es fino perfecto luminoso y dejo que resbale lentamente entre las yemas de mis dedos y cuando ya no lo tengo lo añoro. Lo vuelvo a hacer una y otra y otra vez y ella me deja hacerlo y no habla, solamente me acuna porque estoy destrozado. Estoy destrozado. Destrozado.

Se oyen ruidos y voces y Lilly me estrecha más y más y yo la estrecho más y más y siento latir su corazón y sé que ella siente latir el mío y que hablan nuestros corazones hablan un lenguaje sin palabras antiguo insondable y veraz y seguimos apretando y abrazándonos y el ruido se acerca y las voces son más altas y Lilly susurra.

Ya pasó.

Ya pasó.

Ya pasó.

Y me suelta y yo la suelto y se pone de pie y se queda mirándome.

Tengo que irme.

Yo me quedo mirándola.

Te llamaré después.

Me quedo mirándola.

Adiós.

Me quedo mirándola y retrocede hasta el fondo de nuestro Claro. Cuando llega al borde se vuelve y desaparece en una espesura de Pinos y oigo el ritmo lento de su paso y su paso es suave y oigo entremezclarse el sonido de su voz y su voz es suave y me quedo sentado respiro sentado mirando. Estoy solo, perdido y destrozado. Miro la espesura de Pinos. Solo perdido destrozado.

El Sol se está poniendo y el frío va en aumento y cae la noche y estoy cansado, hecho polvo y completamente vacío. Me obligo a levantarme y me abro camino entre los árboles hasta que encuentro un Sendero y dejo que el Sendero me lleve. Tengo los pies pesados, el cuerpo cansado y el corazón me late despacio despacio despacio. El camino sólo tiene unos doscientos metros, pero parece que atraviesa la Tierra entera.

Necesito hacer acopio de fuerzas para abrir la puerta. Entro y

atravieso la Unidad y voy a mi Habitación. Al entrar, veo que todas mis cosas mis cosas nuevas mis cosas bonitas están amontonadas en una silla cerca de mi cama. Me enfurezco momentáneamente hasta que advierto una carta colocada sobre mi ropa. La cojo y la abro y la leo y es de Ken y dice que de acuerdo con nuestra conversación anterior has sido trasladado a una nueva Habitación y añade el número de la Habitación.

Cojo mi ropa y mis libros que son mis únicas pertenencias en este Mundo y salgo. Recorro los Pasillos que rodean la Unidad buscando mi nueva Habitación. Encuentro la Habitación y la puerta está cerrada y tengo los brazos llenos o sea que abro la puerta con el pie. Entro. La Habitación es más pequeña que la otra, pero por lo demás es idéntica. Hay dos camas y un Cuarto de Baño a un lado. Hay un hombre negro de mediana edad tumbado en una de las camas. No le he visto nunca. Me mira y habla.

La gente suele llamar antes de entrar a una Habitación.

Tiene acento del Sur, profundo y lento.

No sabía que hubiera nadie aquí.

Me dirijo a la cama vacía.

Podrías haber llamado de todas formas.

Me siento.

Perdón.

Empiezo a guardar mis cosas.

¿Vives aquí?

Sí.

¿Cómo te llamas?

James.

Hola James, yo me llamo Miles.

¿Como Miles Davis?

Exactamente como Miles Davis.

¿Exactamente?

Sí.

¿Te llamas Miles Davis?

Así es.

Río.

¿Tocas la trompeta?

No, toco el clarinete.

Señala hacia una funda negra a los pies de su cama.

Tocaba la trompeta cuando era joven, pero cuando el otro Miles se hizo famoso, lo dejé. Era demasiado.

¿De dónde eres?

De Nueva Orleáns. ¿De dónde eres tú?

Vivo en Carolina del Norte.

¿Qué parte?

Wilmington.

¿Te gusta Wilmington?

No está mal, pero la verdad es que me importa un carajo.

Ríe.

¿Qué haces en Nueva Orleáns?

Soy Juez.

¿Juez de qué?

Soy Juez del Tribunal de Apelaciones del Circuito Federal.

Qué fuerte.

Se encoge de hombros.

Es lo que es.

¿Mandas a la gente a la cárcel?

Lo hacía cuando trabajaba en el Juzgado de lo Penal, pero ya no.

¿Y cómo era eso?

Es duro encarcelar a un hombre. Nada bueno le espera en la Cárcel, aunque de verdad la merezca.

Asiento con la cabeza.

¿Y tú qué haces?

Meterme en líos.

Ríe.

¿Qué clase de líos?

Todos los que puedo.

¿Estás ahora metido en líos?

No estaría aquí si no.

Vuelve a reír.

¿Estás metido en alguna otra clase de lío?

¿Puedo acogerme a la Quinta Enmienda?

Si quieres.

Quiero.

Mira su reloj.

¿Has cenado ya?

No.

¿Te gustaría cenar conmigo?

Me levanto.

Vamos.

Se pone en pie y salimos de la Habitación. Recorremos los Pasillos hasta la Cafetería y nos ponemos a la cola y nos dan comida. Cuando nos sentamos a la mesa, me entero de que Miles es Alcohólico y está casado y tiene dos Hijos y ha llegado esta tarde. Habla con voz tranquila y metódicamente y elige las palabras con cuidado y dice tanto con las manos y los ojos y los movimientos de la cabeza como con las palabras mismas. Cuando yo hablo, escucha atentamente, interponiendo suavemente un asentimiento o una risa corta o una palabra tranquila de aprobación. Le considero un amigo al instante, lo cual me resulta extraño. Siempre he odiado a los Polis y a los Jueces, a las Figuras de Autoridad de cualquier tipo, y el último sitio donde se me habría ocurrido que podía hacer amistad con uno es en un Centro de Tratamiento.

Pasados unos minutos, se unen a nosotros Leonard y Matty y Ed y Ted. Es una comida típica con ellos. Ríen, se burlan unos de los otros, cuentan historias de su pasado, charlan sobre la Clínica y sobre otros Pacientes. Aparte de Miles, hay cuatro hombres nuevos en nuestra Unidad, y Leonard y Matty y Ed y Ted están haciéndoles la ficha, hablando de quiénes les caen bien y quiénes no, y hacen planes para meterse con ellos. Hay uno, un gordo bajo llamado Bobby, que parece caerles especialmente mal, aunque no sé por qué. Lo que sí sé es que me alegro de no ser él.

Terminamos de comer y caminamos en grupo a la Conferencia. Nos

sentamos en grupo en los asientos. Yo me siento junto al pasillo y busco a Lilly con la mirada. Cuando entra el corazón me da un vuelco y las manos me tiemblan y yo mi yo interior se prepara, se prepara y esas cosas para las que no hay palabras se encienden y empiezan a disparar disparar disparar. Sabía que me iba a afectar cuando la viera, pero no sabía esto y no conozco esto y estoy sorprendido y la sorpresa me pone nervioso y normalmente no estoy nervioso. Normalmente sólo estoy cabreado. Ahora no estoy cabreado. Se han encendido y disparan.

Un hombre sale al estrado y todos empiezan a aplaudir. Reconozco al hombre que es un famoso Cantante de Rock que fue un día Paciente de aquí. Levanta los brazos en señal de triunfo y sonríe y saluda con una reverencia y el cuero negro reluce y su pelo largo grasiento cae sobre sus hombros y su camisa de seda con dibujos es vaporosa y sus grandes pendientes de aro de plata son largos y todo el mundo está deslumbrado. Hace gestos para que haya silencio y los aplausos cesan y empieza a caminar de un lado a otro del Escenario teatralmente, de un lado a otro.

Se detiene y mira al techo un momento como si ahí arriba hubiera algo más que los paneles del techo y vuelve a mirar y empieza a hablar con voz grave y seria. Sus primeras palabras son cuando tuve mi primer éxito y me hice famoso empecé a ir de fiesta y me pasé mucho.

De ahí se lanza a una relación detallada de su vida. Habla sobre el número de discos vendidos y el número de mujeres con las que se ha acostado y el número de premios ganados. Habla de vivir en la carretera y dice no es fácil, tíos, aunque te alojes en el Cuatro Estaciones. Habla de los rigores de grabar un álbum y habla de las presiones de ser una gran Estrella. Habla de lo que él llama la obsesión nacional por sus labios y su pelo y habla sobre las cualidades melódicas de su voz. Después de un rato, un rato demasiado largo, habla sobre el alcohol y las drogas. Cuando habla de heroína, se toca el ángulo interior del brazo con dos dedos, cuando habla de cocaína inhala, de bebida y hace un movimiento como si tuviera una botella, de pastillas y hace como si se las echara a la boca. Dice que en el momento en que tomaba más, se estaba metiendo cinco mil dólares de cocaína y heroína

al día mezcladas con cuatro o cinco botellas de tres cuartos por noche y cuarenta pastillas de Valium para dormir. Dice esto con total sinceridad y máxima seriedad.

Estoy cansando y estoy hecho polvo. Estoy nervioso y estoy contento. Estoy calmado. Si estuviera en mi estado mental normal, me pondría de pie, señalaría con el dedo y gritaría Farsante, y obligaría a bajarse a este Cabrón Chiflado y le daría una paliza. Si estuviera en mi estado mental normal, le obligaría a volver y a pedir perdón a todos por hacerles perder su precioso tiempo. Después de disculparse, le diría que si volvía a oírle escupir sus fantasías de mierda en Público, le iba a cortar su preciosa melena, partirle sus preciosos labios, y coger todos sus malditos discos de oro y metérselos directamente por el culo.

No me gusta este hombre. No me gusta lo que dice ni cómo lo dice. No le creo y su categoría de Estrella del Rock no basta para que me crea la mierda que quiere vendernos. Cuatro o cinco mil dólares de cualquier cosa al día son suficientes para matar a una Persona varias veces. Cinco botellas de alcohol fuerte en una noche dejarían en coma al ser humano más fuerte de la Tierra. Cuarenta Valiums para dormir y se iba a echar una puta siesta de la que no se iba a despertar. No iba a despertar y quizá fuera mejor para todos.

Un Adicto es un Adicto. Da igual que el Adicto sea blanco, negro, amarillo o verde, rico o pobre o entre medias, la Persona más famosa del Planeta o la más desconocida. Da igual que la adicción sea de drogas, alcohol, crimen, sexo, compras, comida, juegos de azar, televisión o los putos Picapiedra. La vida del Adicto es siempre igual. No tiene emoción, no tiene atractivo, no tiene diversión. No hay momentos buenos, no hay alegría, no hay felicidad. No hay futuro y no hay salida. Sólo una obsesión. Una obsesión omnipresente, que te envuelve del todo, te embarga por completo. Hablar de ella a la ligera, jactarse o deleitarse con su gloria de pacotilla no tiene, en ningún sentido, forma o modo, relación con su verdad, y eso es lo único que importa, la verdad. Que este hombre se ponga delante de mí y de todos los demás en esta sala y nos mienta es una herejía. La verdad es lo único que importa. Esto es una puta herejía.

La Conferencia termina y hay un aplauso frenético y gritos entusiastas y el Labios, Melena, Cuero y Seda del estrado está sonriendo y saludando con la mano y acalorado y echando besos al aire a sus ardientes Admiradores. Yo estoy cansado. Estoy acabado. Estoy nervioso y estoy contento y estoy calmado. De estar en mi estado mental normal, estaría asqueado. Oigo farfullar a Leonard y le pregunto qué ha dicho y ríe y me dice que está pensando en mandar a unos cuantos de sus Socios a tener una charla con el Labios sobre problemas de actitud. Yo río y le digo que sería muy bonito. Bendito Leonard. Sería bonito de cojones.

Nos levantamos y empezamos a salir y antes de marcharme vuelvo los ojos para mirar un momento a Lilly pero no la veo y no quiero hacer evidentes mis intenciones o sea que vuelvo la cabeza y sigo caminando. Me gustaría verla. Quiero verla. No la veo. Vuelvo a la Unidad y me voy a mi Habitación y me tiendo en la cama.

Miles entra y se sienta en su cama y alcanza la funda de su clarinete y empieza a sacarlo y me pregunta si me importa que toque y le digo que no que toque lo que quiera todo el tiempo que quiera y cojo un libro uno de los libros que me regaló mi Hermano y no me molesto en ver lo que estoy cogiendo porque me da igual sólo quiero leer y quiero tener la mente ocupada con algo. La rabia y la necesidad han vuelto han regresado están vivas como están casi siempre vivas y persisten y me están comiendo. Necesito algo para mantener ocupada la mente. Me da igual lo que sea. Ocupada.

Saco el libro chino, el *Tao te Ching*, el más pequeño con diferencia de los tres que tengo, y el único que no he leído ya. Es un libro de bolsillo, pequeño, delgado. El título aparece escrito en la cubierta con letras blancas sencillas sobre un fondo negro. Abro el libro y miro la parte de atrás y hay citas extraídas de tres publicaciones de las que no he oído hablar en mi vida pero que parecen esos coñazos de Revistas Hippis nueva era. En el ángulo superior hay una clasificación del libro. Dice Religión.

Me siento inmediatamente escéptico. No sólo por las citas y la clasificación de Religión, sino también porque siempre he incluido los

libros como éste en la categoría de memeces como Astrología, Aromaterapia, Cristalología, Poder de la Pirámide, Cura Psíquica y Feng Shui, todos los cuales me han propuesto en momentos diversos de mi vida para resolver mis problemas. Que alguien crea de verdad que estas cosas pueden resolver problemas, resolverlos en serio, en lugar de simplemente conseguir olvidarlos un tiempo, me parece una estupidez. Pero mi Hermano me ha regalado este libro, o sea que voy a leerlo. De habérmelo regalado cualquiera que no fuera mi Hermano, estaría ya en el fondo del cubo de la basura.

Al abrirlo, Miles empieza a tocar el clarinete. Toca suavemente y despacio. Las notas son más bien graves y las apura hasta el punto de que me pregunto cómo puede respirar. Las notas son más bien prolongadas y hace que suenen como si fuera fácil tocarlas, aunque sé que no lo son. Graves y lentas y suaves y prolongadas y fáciles. No sé lo que es, pero me gusta.

Me salto la Introducción. Si el libro acaba en la basura, quiero que sea por lo que pienso yo, no por lo que piensa el Gilipollas que escribió la Introducción.

Empieza el texto. Consiste en una serie de poemas cortos numerados del uno al ochenta y uno. El primero dice que el Tao es aquello que no tiene nombre y está más allá de toda clase de nombre. Dice que los nombres no son necesarios para lo que es real y para lo que es eterno. Dice que si estamos libres de deseo, podemos cobrar conciencia del misterio, que si nos atrapa el deseo, sólo tenemos conciencia de lo que se manifiesta. Dice que misterio y manifestaciones tienen un mismo origen, que es la oscuridad. Dice que la oscuridad dentro de la oscuridad es la clave de todo conocimiento. No es suficiente para que lo tire a la basura, pero tampoco me convence.

Continúo. Continúo mientras escucho algo grave y lento y suave y prolongado y fácil. Continúo mientras me acomodo bajo el calor de mi cama y continúo mientras espero a que suene el teléfono. Cuando suene el teléfono, sé que voy a oír el sonido de la voz de Lilly. Quiero oír el sonido de la voz de Lilly.

Número dos. Si hay belleza, hay fealdad. Si hay bien, hay mal. Ser y

no ser y difícil y fácil y alto y bajo y largo y corto y antes y después se necesitan entre sí, son interdependientes, se crean y se definen entre sí. Los que viven con el Tao actúan sin hacer y enseñan sin decir. Dejan que las cosas vengan y que las cosas se vayan y viven sin posesiones y viven sin expectativas. No necesitan, no dependen, no crean ni definen. No ven belleza o fealdad ni bien o mal. Simplemente hay. Simplemente es.

Número tres. Sobrestima a los hombres y la gente queda impotente. Valora en exceso las posesiones y la gente empieza a robar. Vacía tu mente y llena tu núcleo.

Debilita tu ambición y fortalece tu determinación, pierde todo lo que conoces y todo lo que deseas y no hagas caso de quienes dicen que saben. Practica no querer, desear, juzgar, hacer, luchar, saber. Practica solamente ser. Todo se volverá claro.

Cuatro. El Tao se utiliza, pero nunca se agota. Un vacío eterno, se llena con infinitas posibilidades. No está ahí, pero siempre está ahí. Es más antiguo y más poderoso que cualquier Dios. No está ahí, pero siempre ahí. Es más antiguo y más poderoso que cualquier Dios.

Dejo de leer y vuelvo a leerlos. Del uno al cuatro, una vez y otra. Las palabras y las palabras juntas y el significado y el contexto son simples tan simples y básicos tan básicos tan veraces y eso es lo único que importa que son veraces. Me hablan, tienen sentido para mí, reverberan dentro de mí, me calman tranquilizan sedan relajan apaciguan serenan. Me suenan a verdad y eso es lo único que importa la verdad. Aunque no soy experto en esto ni en nada relacionado con esto ni en nada excepto en estar jodido, me parece que entiendo lo que este libro este librito extraño precioso iluminador me dice. Vive y deja vivir, no juzgues, toma la vida como viene y acéptala, todo irá bien.

Cierro el libro y dejo que me lleven los sonidos del clarinete me lleven me lleven me lleven. Son graves y lentos y suaves y prolongados y fáciles, como son los pensamientos de mi cabeza. Me llevan me llevan me llevan me llevan.

Vive y deja vivir.

No juzgues.

Tómala como viene.
Acéptala.
Todo irá bien.

Un grito, largo y penetrante y horrendo, como si estuvieran quemando a un Niño vivo. Me incorporo en la cama. Todo está en silencio y oscuro. No sé si es real o es un sueño. Entonces se repite. Como si estuvieran quemando a un Niño vivo.

Salgo de la cama y salgo de la habitación y me dirijo hacia el grito. Viene de las Salas Principales de la Unidad y con cada paso que doy se hace más fuerte y más intenso. Es como si estuvieran quemando a un puto Niño vivo.

Tengo miedo. El pelo de la nuca se me eriza y el pelo de los brazos se me eriza y el corazón me late con fuerza y me resuenan los oídos y se hace más fuerte y más intenso con cada paso que doy. Quiero que pare. Tengo miedo. Pobre Niño. Tengo miedo. Pobre Niño.

Entro en el Nivel Superior. Hay un par de hombres allí y están mirando hacia el Nivel Inferior con expresión anonadada. Sigo su mirada y el sonido de los gritos, que hacen eco por toda la habitación, y veo a Roy sobre un Sofá sosteniendo un palo de madera grueso, brutal, corto como una porra, con la punta ensangrentada y rota. Está agitando el palo, dando golpes a enemigos invisibles, y gritando con todas sus fuerzas. Lleva la ropa, que es vieja y está rota, cubierta de barro y de sangre, igual que los brazos, la cara y el pelo, y tiene los ojos muy abiertos con la mirada vacía, el blanco de un color rojo caldera, las pupilas de un negro infinito.

Llegan más hombres, atraídos por los gritos horribles, vociferantes, y se quedan en el Nivel Superior mirando a Roy, sin saber bien qué hacer o cómo reaccionar, sin saber si hay algún modo de detenerle. Roy ha intensificado el ritmo de su locura y está dando saltos sobre el sofá, dando golpes contra el respaldo con una mano y arañándose la cara con la otra. De su boca sale saliva pulverizada, partículas de sangre están manchando la alfombra y las paredes y parece que se ha orinado en los pantalones o está orinándose ahora. No parece advertir que hay otras

personas en la Habitación.

Llega Lincoln con un hombre muy fuerte que lleva un uniforme gris y una radio portátil y que yo supongo que es de algún tipo de Seguridad. Se quedan en la parte alta de la escalera un momento, observando a Roy y hablando en voz baja. Cuando dejan de hablar, empiezan a bajar la escalera y Roy deja de gritar y les mira con hostilidad y levanta el palo y lo agita en su dirección.

¿Por qué queréis matarme?

Habla Lincoln. Con voz serena, calmado.

¿Roy?

¿Por qué queréis matarme?

No queremos matarte, Roy.

Llegan al final de la escalera y se detienen.

¿Quién es Roy?

Lincoln se adelanta, el hombre queda atrás.

¿Has tomado alguna cosa, Roy?

Roy da saltos sobre el sofá. Agita el palo.

Yo no soy Roy.

Lincoln avanza más.

¿Quién eres?

Me llamo Jack y voy a matarte. Voy a matarte, hijo de puta.

Lincoln se vuelve y hace un gesto con la cabeza al otro hombre y el hombre empieza a hablar por su radio.

Lincoln mira otra vez hacia Roy.

Hola, Jack.

Te voy a machacar la cabeza, Cabrón mentiroso.

¿Y por qué vas a hacer eso, Jack?

Porque soy un Asesino. Un mercenario Asesino a sangre fría.

Llegan otros dos hombres de gris. El primero de ellos carraspea. Lincoln se vuelve, le hace gestos de avanzar con la cabeza, y se aproxima a Roy. Los hombres se meten la mano en el bolsillo y sacan guantes de látex y se los ponen.

¿Por qué no me das ese palo, Jack?

Roy sacude el palo.

Esto no es un palo, es una porra. Un martillo para matar hombres.

Los hombres avanzan.

Por qué no dejas esa porra, Jack.

Arráncamela de los dedos fríos cuando esté muerto, Gilipollas.

Los hombres rodean el sofá. Lincoln se pone delante de Roy, que está mirando con ira y gruñendo y moviéndose en círculo para defenderse.

Os voy a machacar la cabeza, Soplapollas.

Roy.

Os voy a matar hasta la muerte hasta que estéis muertos y muráis, Hijos de Puta.

Roy.

Los hombres miran a Lincoln. Lincoln a Roy. Roy da vueltas, agitando el palo y gritando.

Soy Jack el martillo mata-hombres. Os voy a hacer puto picadillo.

Lincoln gesticula con la cabeza hacia el primer hombre, que hace lo mismo hacia los otros dos. Cuando Roy vuelve la espalda, uno de ellos se abalanza sobre él por detrás y le agarra, el palo sale por los aires y cae al suelo. Los otros dos saltan inmediatamente sobre él y le sujetan los brazos y, mientras intentan reducirle, Roy intenta arañarles y morderles. Cuando sabe que ya no tiene nada que hacer y está vencido empieza a gritar gritar gritar. Gritar. Como si quemaran a un Niño vivo.

La mayoría de los hombres de la Unidad se han reunido en el Nivel Superior y están mirando cómo los hombres levantan a Roy. Uno de ellos le tiene por las piernas, el otro por los antebrazos y el final del torso, el tercero por los brazos y el principio del torso. Le llevan escaleras arriba y lo sacan de la Unidad y sus gritos continúan mientras recorren los Pasillos. Aunque sin duda le llevan a un sitio desagradable, dudo que sea peor que el sitio donde acaba de estar. No puede serlo. Esos gritos. Ni de coña.

Lincoln, que ha estado observando todo en silencio, se vuelve hacia nosotros.

Se acabó el espectáculo, Chicos. Volved a la cama.

Nadie se mueve.

Volved a la cama.

Nadie se mueve. Habla Ted.

¿Ya no hay nada más?

Un par de risas. Lincoln le mira fijamente.

No tiene gracia, Ted.

Habla Ted.

A mí me lo ha parecido.

Lincoln no le hace caso.

Marcharos todos a la cama. Ya hablaremos de esto mañana.

Se pone de pie y nos mira hasta que algunos hombres empiezan a salir poco a poco. Cuando lo hacen, sube las escaleras y se marcha. Yo estoy totalmente despierto y no voy a volver a la cama. Incluso si volviera, en ningún caso iba a poder dormir. Los gritos siguen repitiéndose en mi cabeza. La imagen de la sangre y la saliva no me abandona. Tengo las palabras no soy Roy metidas dentro. El vacío y la locura de sus ojos me persigue. No voy a volver a la cama. Los gritos eran como si estuvieran quemando a un Niño vivo.

Voy a la cafetera y empiezo a hacer la primera tanda del día. Lleno el filtro de esa mezcla barata de consumo industrial, lleno el depósito con agua del grifo, le doy al botón. Me quedo de pie y espero a que el agua empiece a gotear a través del marrón translúcido y barbotea barbotea barbotea. Cuando el agua cesa, me sirvo una taza de café y tomo un sorbo y está caliente y está amargo y está bueno. Sin azúcar y sin leche está caliente y está amargo y está bueno. No voy a volver a la cama. Voy a necesitar el café. Voy a necesitarlo.

Me acerco a una mesa que está a poca distancia. Algunos hombres se han reunido en la mesa y están hablando de lo que acabamos de ver. Les digo que el café ya está y dos de ellos se levantan para servirse una taza y yo me siento y les escucho. El centro de la conversación es qué drogas de las conocidas pueden hacer a una Persona lo que le han hecho a Roy, o más probablemente, lo que se ha hecho él mismo. Podría haber sido crack, alcohol de quemar, polvo de ángel o una dosis grande de ácido, pero ninguna otra cosa fácil de conseguir tiene

potencia suficiente. Ted piensa que era crack. Ha sufrido psicosis inducidas por crack en varias ocasiones, la última cuando bajó por la calle principal de una Ciudad pequeña de Mississippi vestido de Papá Noel y arrojando bolsas llenas de mierda a los coches que pasaban junto a él y a los Viandantes. Un hombre que no conozco cree que era metanfetamina y cree que Roy no ha dormido en varios días y sufre una grave falta de sueño. Todos los demás creen que era polvo de ángel o ácido. Cualquiera de los dos o los dos tienen capacidad para arrasarte la cabeza, hacerte ver y oír cosas que no están ahí y volverte loco. Cualquiera de las dos o ambas pueden hacer eso a quien las tome por primera vez. El Calvo dice que Roy es Bebedor y que odia las drogas y odia a todo el que las consumía y que nunca las habría probado. Cree que simplemente se ha vuelto loco. Sin más y porque sí, simplemente tiene una cabeza que no funciona bien y que al final se le ha ido. Yo no tengo hipótesis. Sentado, escucho y bebo café y espero a que desaparezcan los gritos.

Los hombres se vuelven poco a poco a la cama, uno a uno, cansados y hartos de hablar. Se van hasta que me quedo solo y soy el único que está despierto, yo y la cafetera industrial y las paredes pálidas y silenciosas y los momentos lentos, solitarios, y la oscuridad viva, pasajera, de la noche cerrada. Me siento a la mesa y fumo cigarrillos y bebo café. Escucho el tic tac de un reloj que no veo y pienso en cómo una cabeza que no funciona bien puede llegar a irse del todo. Irse del todo. Recuerdo.

La recuerdo a ella. La recuerdo alta y delgada y esbelta y rubia como si fuera seda tupida sus ojos azules ojos árticos la recuerdo. Recuerdo despedirme de ella la tarde que llevé la bolsa de maría para Lucinda. Recuerdo verla al día siguiente. Recuerdo no haber hablado con ella, pero querer hacerlo y no poder hablarle. Recuerdo haberme quedado mirándola, de manera imprudente y descarada, con los ojos fijos, cargados e inmóviles, dirigidos directamente a ella. Recuerdo no saber si se daba cuenta. Iba pasado hasta la médula, del todo, muy pasado. No sabía si ella se daba cuenta.

Seguí mirándola durante todo el año siguiente. En la Calle, en los

Pasillos, en las aceras, en la mesa, al salir del Café, dentro del Bar, mañana tarde noche. Si yo estaba donde ella estaba la miraba sin cesar. Quería hablarle, pero no lo hacía.

Ni un hola, ni un cómo estás, ni un qué tal, ni un qué hay, nunca dije una sola palabra, simplemente la miraba. Pasado un tiempo sabía que ella sabía lo que estaba haciendo, pero nunca me dijo que dejara de hacerlo. Sólo la miraba.

Luego desapareció, al principio de nuestro tercer año. No me enteré de dónde había ido y no pregunté a nadie. No era raro que los Estudiantes pasaran un tiempo en el extranjero o trabajando, por eso supuse que volvería. Si no hubiera vuelto, me habría ido a buscarla. Estaba lejos lejos, y si no hubiera vuelto, la habría buscado hasta en el último rincón de la Tierra. Habría buscado hasta encontrarla.

Volví a verla en una Clase. Era la primera Clase del nuevo Otoño, quince meses después de su desaparición. Entré borracho por efecto de la noche anterior y mareado por la deshidratación y el agotamiento y me senté al fondo del Aula, lejos de los demás Estudiantes, todo lo lejos que pude. Puse los brazos sobre el pupitre y metí la cabeza entre los brazos y cerré los ojos y la cabeza me daba vueltas y el estómago me daba vueltas y el cuerpo me daba vueltas y yo intentaba mantenerme despierto e intentaba contenerme para no vomitar no quería vomitar el primer día de Clase. Levanté la cabeza cuando oí al Profesor saludar, bienvenidos a un nuevo curso y ella estaba ahí, en la primera fila, con Lucinda y otra chica a la que había visto antes, pero no conocía. Estaba ahí. Llevaba más de un año sin verla. Habría buscado hasta el último rincón de la Tierra. Estaba ahí.

Me incorporé y me quedé mirándola. Olvidé que estaba borracho, olvidé que estaba enfermo, olvidé que estaba en Clase, olvidé que estaba en la Universidad, olvidé que tenía amigos, Familia, vida, nombre, cara, cerebro. Lo olvidé todo, olvidé, olvidé, olvidé todo, y la miré fijamente. Aunque estaba detrás de ella, veía que había cambiado desde la última vez. Había ganado peso, tenía el pelo más largo, tenía la piel tostada, e irradiaba una seguridad tranquila, serena, que antes no estaba ahí. Iba vestida de negro y el negro resaltaba el rubio de su

cabello, y aunque no la veía, sabía que resaltaba el azul de sus ojos. Habría ido hasta el último rincón de la Tierra.

Cuando terminó la Clase yo no quería que acabara lo único que quería era mirarla ella se puso en pie y se volvió como si supiera que yo estaba ahí con los dos ojos fijos y cargados mirándola y me miró a su vez y le devolví la mirada, azul ártico contra verde pálido. Ella me miró y yo aguanté la mirada hasta que el Aula se vació y ella dio media vuelta y se fue. Respiré hondo y la seguí.

Caminó por los Pasillos del Edificio. Era el Edificio de Humanidades y estaba lleno de gente con el entusiasmo y el ruido de principio de curso. Caminaba deprisa, pero se detenía en las esquinas y las escaleras lo bastante para permitirme ver por dónde iba y lo bastante para hacerme saber que quería que yo lo supiera. Azul ártico contra verde pálido. Aguantábamos la mirada.

La perdí en algún punto cerca de la Entrada Principal del Edificio y me entró pánico. No quería perderla y salí fuera corriendo investigando de inmediato con la mirada buscando dónde había ido quiero verla mirarla fijamente dónde ha ido azul ártico dónde dónde dónde y oí una voz decir mi nombre decirlo de modo claro, puro y fuerte como la luz del sol sobre la roca en aguas poco profundas. Una voz clara pura simple y fuerte dijo mi nombre James.

Paré y me volví y ella estaba allí en un escalón grande y ancho de piedra, el primero de una escalinata de diez. Estaba allí esperándome.

James.

¿Qué?

¿Por qué me miras tanto?

¿Qué?

Me miras mucho. Quiero saber por qué.

Ya sabes por qué.

No, no lo sé.

Sí lo sabes.

No, no lo sé.

Sí lo sabes, pero quieres oírme decirlo.

Dime por qué me miras.

Respiré hondo.

La primera vez que te vi, se me paró el corazón. La segunda vez que te vi, se me paró el corazón. La tercera vez la cuarta vez la quinta vez y todas las veces desde entonces, se me ha parado el corazón.

La miro fijamente.

Eres la mujer más preciosa que he visto en mi vida. Tu pelo, tus ojos, tus labios, tu cuerpo que no ha madurado del todo, tu forma de caminar, sonreír, reír, la forma en que se hunden tus mejillas cuando estás enfadada o preocupada, la forma en que arrastras los pies cuando estás cansada. Todo en ti es precioso.

La miro fijamente.

Cuando te veo el Mundo se para. Para y todo lo que existe para mí eres tú y mis ojos mirándote. No hay nada más. Ni ruido, ni otras personas, ni pensamientos ni preocupaciones, ni ayer ni mañana. El Mundo para, y es un sitio bonito, y sólo estás tú. Sólo tú y mis ojos mirándote.

La miro fijamente.

Cuando no estás, el Mundo vuelve a moverse, y me gusta menos. Puedo vivir en él, pero no me gusta. No hago más que andar por ahí y esperar a verte otra vez y esperar a que se vuelva a parar. Me encanta cuando se para. Es lo mejor que he conocido o sentido en mi vida, lo mejor, y ésa, Preciosa, es la razón por la que te miro.

Estamos a unos centímetros de distancia, mirándonos a los ojos, árticos y pálidos, fijos y cargados. El Mundo se había parado y no había nada más. Solamente yo y ella, árticos y pálidos, fijos y cargados.

Ella sonríe.

Eso es muy bonito.

Es verdad.

Gracias.

De nada.

¿Qué vas a hacer ahora?

Tengo otra Clase. Después voy a emborracharme.

¿En serio?

Sí.

¿Es verdad lo que dicen?

No sé lo que te han contado, pero probablemente.

Tenía la esperanza de que no lo fuera.

No sé que decirte.

Di un paso atrás, bajando otro escalón.

¿Te veré por ahí?

Sonrió y asintió con la cabeza.

Sí.

Di media vuelta y me alejé temblándome las piernas como si fueran de gelatina mientras bajaba las escaleras. Sabía que ella me miraba mientras me alejaba y esperaba que me volviera para sonreír una vez más y me habría gustado otra sonrisa y me habría gustado que el Mundo parara y ella estaba esperándolo, pero no me volví. Seguí adelante con una imagen en la cabeza, árticos y pálidos, fijos y cargados, preciosos magníficos misteriosos y maravillosos. Estaba en mi cabeza. Sabía que no iba a desaparecer.

Escucho el tictac de un reloj que no veo marcar los instantes de un tiempo ya pasado. El tictac me coge y me sostiene, me lleva y me atrapa como la oscilación lenta de un péndulo ante los ojos de un idiota. El Mundo se ha parado no como antes y no de buena manera. Ha parado y no sigue adelante del mismo modo que la vida ha parado y no sigue adelante. No va hacia delante ni hacia atrás ni a ningún sitio simplemente ha parado. Ha parado.

El reloj me atrapa en ese ningún sitio. Ningún sitio. Ningún sitio. No hay más que el ahora y la profundidad pasajera de la noche. Me siento a la mesa solo fumando cigarrillos y bebiendo café y escuchando y sobreviviendo. No debía estar aquí ni en ningún sitio. No debía estar respirando ni ocupando espacio. No tendría que haber recibido este momento ni ninguna otra cosa. No tendría que tener esta oportunidad para vivir otra vez. No la merezco ni merezco nada y sin embargo es aquí y estoy aquí y sigo teniéndolo todo. No volveré a tenerlo. Este momento y esta oportunidad son lo mismo. Este momento y esta oportunidad son lo mismo y son míos si yo los quiero y los quiero. Sí los quiero. Ahora y mientras pueda conservarlos son ambos valiosos y

fugaces y desaparecen en un abrir y cerrar de ojos no los desperdicies. Un momento y una oportunidad en la vida, todo en el tictac invisible de un reloj que me atrapa en ningún sitio. El corazón me late. Las paredes son pálidas y silenciosas. Estoy sobreviviendo.

La oscuridad se aleja de sí misma y la luz la invade y la conquista. La Unidad está vacía silenciosa salvo por mí. Me levanto y quiero respirar hondo y respirar sin límite y voy a la puerta y la abro y salgo fuera. Camino hacia el Lago que está cubierto de una niebla gélida nacida de la diferencia entre interior y exterior. La niebla flota sobre el negro claro y tranquilo del agua, levantándose pero inmóvil del todo, cambiando de forma pero quedándose igual. Me gusta la niebla y quiero absorberla y dejar que se convierta en mí. Quiero beberla y saciar la sed. Quiero tragarla y dejar que ella me de forma. Que me haga como tendría que ser convertido en niebla. Que me convierta en lo que debería de ser.

Me siento en mitad de un banco. Me da frío en las piernas y en la espalda, pero el frío es un contrapunto del café y los cigarrillos y la noche. Miro al infinito impasible y frío hasta que un pájaro vuela hacia abajo y abre un surco como el Hielo del norte cuando viaja al sur. Se eleva y sale por encima de la bruma y encuentra un árbol y se posa y descansa mirando hacia atrás no hacia mí sino hacia lo que buscaba. No está ahí ahora ni después así que se queda el pájaro se queda en la rama del árbol, erguido y cierto. Mirando, buscando, escrutando, esperando. Permanece erguido y cierto.

Oigo un ruido a mi espalda y me vuelvo hacia el ruido. Una Figura sale del reflejo de la puerta de cristal. La Figura está envuelta en varias capas de algodón y nylon azul intenso lleva gafas y sombrero. Cierra la puerta y me ve y viene hacia mí paso a paso con decisión a través del denso rocío centellante. No la quiero, la Figura y lo que sea que trae, así que me vuelvo y miro hacia el agua, impasible y frío. El pájaro sigue ahí. Mirando, buscando, escrutando, esperando. Posado erguido y cierto.

Los pasos se acercan y veo el algodón y el nylon por el rabillo del ojo. Intento no hacerle caso, pero suena una voz.

Hola Chico.
Conozco esa voz.
Hola Leonard.
Se pone delante de mí.
¿Te importa que me siente?
Yo miro a la niebla.
El banco no es mío.
Ríe y se sienta.
¿Por qué estás levantado tan pronto?
Miro a la niebla.
No podía dormir.
¿Roy?
Entre otras cosas.
¿Qué son las otras cosas?
Nada de lo que vaya a hablar.
¿Estás seguro?
Sí, estoy seguro.
Leonard se pone de pie.
Vamos a dar un paseo.
Me quedo en el banco.
No gracias.
Venga.
No.
Por qué.
Levanto la vista.
No sé si quiero que me vean contigo vestido con ese chándal.
Se mira y luego vuelve a mirarme.
¿Qué le pasa a este chándal?
¿De qué está hecho?
Lo frota, sonríe.
Es una mezcla de rayón/nylon/satén.
Me echo a reír.
Pues eso es lo primero que falla.
¿Qué es lo segundo?

Llevas ese reloj de oro.

Me encanta este reloj.

Y unas gafas absurdas.

Son de Gucci.

Me da igual lo que sean, son absurdas.

Se las quita, las mira, las guarda en el bolsillo.

¿Qué tal?

Mejor.

Sonríe, señala hacia el bosque.

Vamos a dar un paseo, Chico.

Me levanto y empezamos a caminar y encontramos un Sendero en el Bosque. Leonard me pregunta cómo me va y le digo que bien. Vuelve a preguntármelo y le digo otra vez que bien. Vuelve a preguntarlo y le digo que bien, coño y me dice que bien no le basta y que quiere saber cómo estoy de verdad. Le digo que no lo sé. Me pregunta qué significa eso y le digo que no sé cómo estoy que a veces me siento bien y otras veces me siento menos, mucho mucho menos bien. Dice que si así es como me siento es que la cosa va bien y tengo que seguir adelante y me pondré mejor y mi vida será mejor y todo será mejor y me río de él. Me pregunta de qué me río y le digo que él como Adicto a la coca y Paciente de este centro y Colgado de Primer orden no está en situación de darme consejos de ninguna clase. Él ríe y dice vamos a buscar un sitio para sentarnos, Chico. Tengo que contarte una cosa.

Caminamos hasta encontrar un banco junto a uno de los Lagos pequeños. Es sencillo y parece que lo han sacado de una sola pieza de madera. Tiene los bordes ásperos, la superficie irregular y, como todos los demás bancos a esta hora del día, está frío. El Sol ha empezado a salir y rayos de amarillo y blanco están quemando la niebla. Láminas flotantes de hielo gris empiezan a moverse y a resquebrajarse, con chasquidos como disparos de pistola, y los carámbanos que penden de las ramas anchas de los Robles y los Pinos están goteando. Sus gotas funden la capa de escarcha del suelo. Aunque llevo poca ropa, estoy caliente. El corazón me late y estoy sobreviviendo y estoy caliente.

Leonard extiende la mirada hacia el Lago. Está más calmado de lo

que le visto nunca, el punto de violencia, dominio y poder que le caracteriza ha desaparecido. Las manos descansan quietas sobre sus piernas, su respiración es profunda y lenta y tiene los ojos enfocados hacia algo en el horizonte, aunque realmente no lo estén mirando. Sus ojos miran hacia dentro, revisando, recordando, pensando en cómo contar. Sin moverse, empieza a hablar.

Te conté cómo murió mi Padre. Que le atropelló un camión y le mató. Antes de morir, cuando estaba en el Hospital, me cogió la mano y me dijo que lo único que había querido para mí es que un día fuera lo bastante triunfador para jugar como un Socio más en el Campo de Golf cuya hierba había cortado durante cincuenta años. Le prometí que algún día lo cumpliría.

Leonard respira hondo.

Te dije que mi Madre había muerto y que Michelangelo y Geena me adoptaron y me criaron como si fuera su propio hijo. Además de criarme, Michelangelo me metió en su negocio. No es importante que sepas cuál es. Lo importante es que me lo enseñó y me estableció en él. Yo le resolvía problemas y él me cuidaba y me protegía. A Michelangelo y a Geena se les presentó una oportunidad para mudarse a Las Vegas. La aprovecharon y yo me fui con ellos. Ganamos mucho, y muy rápidamente. A medida que Las Vegas crecía y prosperaba, nosotros también. Teníamos dinero. Casas, coches, todo lo que queríamos. Lo teníamos todo, todo lo que podíamos querer.

Leonard deja de hablar, mira al suelo. Vuelve a respirar hondo, levanta la vista. Entonces a Geena le dio cáncer. Era un cáncer de los malos, cáncer de huesos, y se la llevó rápida y brutalmente. En tres jodidos meses pasó de ser la mujer más preciosa del Mundo a ser un puto esqueleto y, cuando la mató, en cierto sentido nos mató también a nosotros dos, a Michelangelo y a mí.

Sacude la cabeza, mira al Lago.

Nada volvió a ser igual. Michelangelo perdió interés en el negocio y lo dejó en mis manos. Después de aquello no le veía mucho. Creo que nos recordábamos uno al otro lo que habíamos perdido. Fueron años asquerosos y deprimentes. Los dos empezamos a beber más y a

meternos demasiada cocaína, pero Michelangelo perdió el control del todo.

Llegó un día en que tuve que verle, hablarle de algo, y fui a su casa. No había estado allí en tres meses, y cuando entré se me revolvió el estómago. Había espejos llenos de coca en las mesas, botellas y latas por todas partes, montones de basura en todas las habitaciones y Chicas rubias con tetas grandes de mentira durmiendo en los sofás y tumbadas junto a la Piscina. Fui a su Habitación y estaba con un par de jovencitas y un montón de drogas. Les dije a las Chicas que se fueran y le llevé a la Piscina. Le senté y le miré a los ojos y dije Mikey, joder no te da vergüenza. Debía darte vergüenza cómo vives y vergüenza de estar profanando el recuerdo de tu Mujer. Geena habría querido otra cosa para ti, y si está en el Cielo mirándote, probablemente no para de llorar.

No me dijo ni una palabra. Simplemente se volvió y se fue de la Casa. No sabía dónde había ido, no supe nada de él, o sea que empecé a llorarlo. Mi duelo fue exactamente igual que el suyo. Bebía demasiado, me metía demasiada coca y hacía toda clase de gilipolleces.

Cerca de un año después, estoy dormido en la cama y oigo que hay alguien en mi casa. Siempre tengo una pistola debajo de la almohada, y la cojo y empiezo a recorrer la casa. Oigo a alguien en la cocina y entro y ahí estaba Michelangelo, con cincuenta libras menos de peso, y con aspecto mejor y más saludable que nunca. Me miró y me preguntó por qué la maldita nevera estaba tan vacía.

Le di un abrazo y le pregunté dónde había estado y me dijo que estaba aquí, en esta Clínica, donde estamos tú y yo ahora. Me dijo que cuando se fue de su Casa el día que le hice sentarse, había pensado irse en coche al Desierto y levantarse la tapa de los sesos, pero cuando llegó allí no pudo hacerlo. Entonces decidió que si iba a morirse, quería morir como había vivido la mayor parte de su vida, que era con dignidad y con honor. Le habían hablado de este sitio y decidió que iba a venir aquí. Compró un mapa y se vino en coche desde Las Vegas y se quedó hasta que se sintió mejor. Entonces se montó en el coche y anduvo por ahí unos meses, vio la Casa Blanca y Key West y Bourbon

Street y Alaska. Vio todo lo que siempre había querido ver pero no había visto.

Venía a Casa para decirme que se iba a jubilar y que quería que yo viniera aquí. Me dijo que este sitio le cambió la vida. Que dejar las drogas había sido lo más difícil que había hecho en su vida, pero que, dejando aparte casarse y vivir con Geena, era lo mejor que había hecho jamás. Quería que yo viniera también, dijo que no estaba dispuesto a marcharse ni a morirse hasta que lo hiciera.

Pasamos el resto del día jugando al golf y hablando sobre esto. Me dijo que cuando llegó aquí pensó que había cometido un error grave. Pensó en marcharse, pero no lo hizo. Unos días después se sintió mejor y supo que algo estaba funcionando. Un mes después sabía que iba a ponerse bien. Hubo aún momentos malos y momentos difíciles y momentos en que creyó que no iba a conseguirlo, pero cuando llegaban, no cedía. Y se mantuvo firme con las fuerzas que aún le quedaban hasta que empezó a llegar lo bueno. Cuando por fin estuvo dispuesto a marcharse, dijo que sabía que nunca más iba a beber o a drogarse, dijo que había salido de aquí contento y orgulloso.

Los días siguientes seguimos hablando sobre el efecto que había tenido este sitio en él, y seguimos hablando de que yo viniera. Alrededor de una semana después, se pasó por mi casa y me recogió y me dijo que quería llevarme a comer a mi Restaurante favorito. No sé cómo lo hizo sin que me enterara yo, pero había organizado una gran cena con todos nuestros amigos, incluso algunos de los antiguos amigos de Nueva York. Cuando entramos, estaban todos esperándonos. Comimos, bebimos, nos metimos coca. Michelangelo me dijo que me iba a poner en un avión al día siguiente, así que me puse ciego. Al cabo de un par de horas me dijo que se iba a Casa. Me dijo que no le parecía bien del todo pasar la noche con tanto alcohol y tantas drogas. Me dio un abrazo y dijo que me recogería a medio día para llevarme al Aeropuerto. Yo le abracé también y le dije que estaría preparado y que iba a sentirse orgulloso de mí. Me dijo que ya lo sabía.

Leonard respira hondo.

Dio media vuelta y se fue, caminando hacia el aparcacoches. Yo le

observaba desde la puerta mientras esperaba el coche, queriendo que se volviera para poder despedirle agitando la mano. En ese momento, un Lincoln negro se acercó y se abrieron las ventanillas. Supe lo que estaba pasando y quise gritar, pero antes de que pudiera decir nada salieron los cañones. Empezaron a disparar. A disparar como locos.

Michelangelo cayó fulminado, e incluso después de caer, las putas pistolas seguían disparando. Para cuando llegué a su lado, ya no había nada que hacer. Tenía dieciséis disparos, dos en el pecho, cuatro en el estómago, los demás en los brazos y las piernas. Había gente corriendo por todas partes, había sangre por todos lados, y no había nada que hacer, después de aquellos dieciséis balazos disparados desde un coche lleno de Cabrones cobardes.

A Leonard se le quiebra la voz y empiezan a correrle lágrimas por las mejillas.

Le abracé mientras se desangraba. Le abracé y le dije cuánto le quería. Todavía estaba consciente y podía hablar, pero sabía que no tenía remedio. Justo antes de morir, levantó una mano ensangrentada y me la puso en la mejilla. Me miró a los ojos y dijo, vive con honor y con dignidad, respeta la memoria de todos tus Padres. Quiero que juegues en el campo de golf de tu primer Padre y que juegues como un Socio más, y quiero que vivas sobrio y vivas libre. Haz eso por mí, Leonard. Vive sobrio y vive libre. Va a ser duro y horrible y brutal, pero si aguantas, todo irá bien. Aguanta. Y se murió, allí mismo en mis brazos, abatido a tiros como un puto perro. Murió en mis brazos.

Leonard se desmorona y empieza a llorar. Es un llanto intenso convulsivo con sacudidas y sollozos, incontrolable, el llanto que produce una herida que no se cerrará jamás. Le dejo llorar, le dejo estar con sus recuerdos y su pérdida y su dolor. Me gustaría ofrecerle algún consuelo, pero daría igual. Las heridas que nunca se cierran sólo pueden llorarse a solas.

Recupera la presencia de ánimo con su punto de violencia, de dominio y de poder. Mira fijamente al Lago hacia la niebla que se consume y hacia el hielo flotante y fracturado, pero con la imagen del muerto bien guardada en la cabeza.

No me monté en el Avión al día siguiente ni ningún día durante mucho tiempo. Enterré a Michelangelo al lado de Geena y lloré en sus tumbas igual que he llorado hace un momento, igual que lloro cada vez que pienso en ellos. Después pasé una semana encerrado en casa colocándome hasta perder la razón. Cuando terminó esa semana, en lo único que podía pensar era en la venganza.

Pasé todo el año siguiente siguiendo la pista a los Cabrones responsables del asesinato de Michelangelo. Entonces encontré a los Hijos de puta para los que trabajaban, y después a los Hijos de Puta para los que trabajaban esos Hijos de Puta. Lo que les hice no merece la pena contarlo, pero te diré que no les permití el lujo de que les abrazara un ser querido justo antes de estirar la pata. El año siguiente lo pasé bebiendo y metiéndome crack y haciendo lo posible para meter el culo en el puto Campo de Golf de Westchester. No lo conseguí, o sea que decidí tomarme un descanso y venir aquí, con la idea de que si no podía cumplir el deseo de mi primer Padre, maldita sea si no iba a cumplir el del segundo.

Estar aquí y hacer esto ha sido increíblemente difícil, mucho más de lo que yo creía. Cuando llegué aquí estaba hecho una puta mierda. No tanto como tú, pero mucho. Cada segundo que pasaba era un Infierno horrible. Ahora ya es un poco más fácil, pero sigue siendo jodido, y quedan todavía muchos más momentos malos y momentos buenos y muchos más sentimientos malos y sentimientos buenos. Y yo no sé lo que pienso de los Poderes Superiores y los Doce Pasos y todo eso que nos cuentan aquí, pero sí sé que cuando las cosas se ponen mal, y cuando me parece que no voy a durar un minuto más, si aguanto, si aguanto firme y con todas mis fuerzas, la cosa mejora. Mi Viejo tenía razón, como siempre la tuvo, y dijo la verdad con sus últimas palabras. Aguanta. Aguanta.

Leonard se vuelve y me mira. Yo le miro también.

Te he contado esta historia por una serie de razones. La más importante es que cuando estés hundido, o creas que no puedes seguir adelante con esta mierda, aguanta, y antes o después, la mierda mejora.

Nos miramos fijamente.

Como dije antes, Chico, te vas de aquí y voy a obligarte a volver. Todas las veces que haga falta, voy a obligarte a volver, coño. Puedes ponerme a prueba si quieres, pero yo te sugiero que no lo hagas. Lo inteligente sería seguir mi consejo. Puede que yo sea Adicto a la coca y Paciente como tú y un Colgado de Primer orden, pero te estoy dando un buen consejo. Que seas inteligente, que seas fuerte, que tengas orgullo, que vivas con honor y con dignidad, y que aguantes.

Seguimos mirándonos. Le escucho y siento respeto por él y por las palabras que dice. Son auténticas. Surgen de un lugar de experiencia y sentimiento. Yo creo en esas cosas. Verdad, experiencia y sentimiento. Puedo creer en eso. Hay que aguantar.

¿Crees que puedes hacerlo?

Yo asiento con la cabeza.

Sí, creo que sí.

Sonríe.

No me vas a llevar la contraria en esto.

No, no voy a llevarte la contraria.

Ya te estás recuperando, Chico.

Río un momento. Vuelvo la cabeza y miro al Lago. La niebla ha desaparecido y el hielo ha disminuido, el goteo de los carámbanos es rápido y copioso. El Sol se ha levantado y el Cielo es azul, azul vacío azul claro azul limpio. Me bebería el Cielo si pudiera, me lo bebería para celebrarlo y dejaría que me colmara y se hiciera yo. Estoy recuperándome. Vacío y claro y limpio y azul. Recuperándome.

Habla Leonard.

Va siendo hora de desayunar.

Sí.

Se levanta. Levanto los ojos para mirarle.

Gracias, Leonard.

Sonríe.

No hay de qué, Chico.

Me levanto. Pienso en decir alguna otra cosa, pero no conozco palabras que puedan expresar el aprecio fuerte, simple y profundo que siento. Levanto y extiendo los brazos y rodeo a Leonard con ellos y le

abrazo. No conozco palabras, o sea que dejo que sean mis actos los que hablen. Aprecio fuerte, simple, profundo. Los actos son veraces.

Nos separamos y empezamos a caminar de vuelta a la Clínica. Mientras recorremos el Sendero nos encontramos a otros pacientes y les decimos hola o saludamos con la cabeza o intercambiamos breves cortesías. La mayoría parece estar caminando para hacer ejercicio y la mayoría parece saber dónde va. Sólo unos pocos caminan por caminar. Unos pocos parecen perdidos.

Llegamos al Comedor y cogemos bandejas y comida y nos sentamos en una mesa con Matty y Ed y Ted y Miles y un hombre llamado Bobby. Bobby, que es bajo y gordo y tiene la piel sonrosada y el cabello rojo de los irlandeses, tiene un plato enorme de comida delante. Entre gigantescos bocados de huevos churretosos, está contando historias. Matty y Ed y Ted le están dando caña, Miles escucha en silencio, tranquilo.

No nos saluda cuando nos sentamos. No deja de comer ni de hablar, las mejillas gordas, que le cuelgan por debajo la barbilla, no dejan de oscilar. Está contando una historia de unos Mafiosos que conoce en Brooklyn, dice que les administra el dinero mediante inversiones en el Mercado Bursátil y que a cambio le dan drogas y mujeres y todo lo que le apetezca. Cuando habla de las cantidades de droga, Matty ríe y dice que debía haber pedido más. Bobby entonces rectifica y dice que en realidad le dieron más. Cuando habla de mujeres, Ed le dice que cuatro a la vez no es gran cosa y Bobby dice que la vez siguiente estuvo con ocho. Menciona el crack y las cantidades que según él fuma y Ted le pregunta qué efecto tiene, que él siempre había querido probarlo. Bobby dice que es como un porro muy muy fuerte. En realidad, no tiene nada que ver. Ted se ríe de él, fingiendo admiración y asombro.

Leonard está sentado, atento, observando y escuchando en silencio. De vez en cuando, Leonard hace preguntas a Bobby sobre las personas que dice conocer y cómo dice haberlas conocido. No puedo saber si Leonard conoce a toda la gente de la que hablan él y Bobby, pero sí sé que Leonard le está calando. No creo que esté impresionándole para nada.

Finalmente me canso de Bobby y de sus chorradas y me río con desdén de un comentario sobre la cantidad de dinero que gana, que dice ser millones anuales. Bobby deja de hablar y se queda mirándome y me pregunta qué coño me hace tanta gracia. Yo le miro a él y le digo que sus mentiras me resultan divertidas y Miles habla por primera vez desde que empezó el desayuno y dice que desde luego lo son. Bobby, como todos los Mentirosos desenmascarados, se pone de inmediato a la defensiva y se enfada de inmediato. Me pregunta quién coño soy y quién coño me creo que soy para acusarle. Le digo que no soy nadie y que le acuso porque me da la gana. Me dice que no es la clase de hombre que deja pasar una falta de respeto a su honor así por las buenas y que será mejor que retire lo dicho o me atenga a las consecuencias y la imagen de este hombre intentando hacerme algo, con sus ciento treinta kilos de culo gordo bamboleándose hacia mí con un ataque de ira primigenia, es divertida. Me río de él y se levanta y me dice que si quiero bronca vamos ahora mismo Gilipollas y yo me levanto y le digo que vale, que vamos ahora mismo. Mira hacia Lincoln y Keith que están comiendo unas mesas más allá, y dice tienes suerte de que estén ésos aquí porque si no te parto el culo. Me río de él y cojo mi bandeja y me voy.

Dejo la bandeja en la cinta transportadora. Al volverme, choco con Lilly. Se le cae la bandeja y cae el suelo y se ensucia todo y ella se agacha para limpiarlo y yo me agacho para ayudarla. Al ir a coger la taza vacía, ella pone su mano sobre la mía y siento el contacto de un trozo de papel doblado. El papel se queda cuando ella retira la mano otra vez. Igual que una venta de droga en la Esquina de una Calle. Dos manos que intercambian un trozo de papel doblado con un gesto que parece inofensivo. Su mano topando con la mía. El pedazo de papel se queda.

Recogemos el plato y el cuenco vacío de cereales y el tenedor y el cuchillo y la cuchara. Los ponemos sobre la bandeja y cuando ella deja la bandeja en la cinta transportadora yo me voy. Igual que en la Esquina de la Calle, quiero lo que hay dentro de ese papel y lo quiero ahora. Igual que en la Esquina de la Calle, sé que tengo que esperar

hasta quedarme solo. Igual que en la Esquina de la Calle, sé que no debería tenerlo.

Me guardo el trozo de papel en el bolsillo del pantalón y me voy a la Sala de Conferencias y busco un asiento en la última fila. He llegado pronto y la Sala está casi vacía. Meto la mano en el bolsillo y saco el trozo de papel. Igual que en la Esquina de la Calle, me tiemblan las manos y me late el corazón con fuerza, tengo la mirada borrosa y tengo que concentrarme para enfocarla, si no veo lo que sea que hay ahí dentro y lo veo ya me voy a volver loco. Las manos me tiemblan. Lo desdoblo. No hay nada dentro, aunque no estoy seguro de haber esperado que hubiera algo. Si hubiera habido drogas, no sé qué habría hecho con ellas. Una parte de mí las habría tomado de inmediato y con gran necesidad, otra parte habría corrido al retrete más cercano para deshacerse de ellas. No sé lo que habría hecho.

Doy la vuelta al papel y veo palabras. Veo palabras y tengo que concentrarme, enfocar la vista y calmarme lo suficiente para leerlas. Dicen quedamos en nuestro Claro a las cuatro. Vuelvo a leerlas una vez y otra y dicen lo mismo una vez y otra. Quedamos en nuestro Claro a las cuatro. Las manos me tiemblan tiemblan y el corazón me late late y tengo la mirada borrosa tengo que concentrarme para enfocarla. Quedamos en nuestro Claro a las cuatro. Una vez y otra. Una vez y otra.

Los Pacientes empiezan a llegar poco a poco a la Sala. Yo doblo con cuidado el pedazo de papel y lo devuelvo al bolsillo. Me siento mirando hacia delante y pensando en las cuatro hasta que vienen a sentarse conmigo Leonard y Ed y Ted y Matty y Miles. Están riendo y vienen con ánimo jovial, hablando sobre Bobby y contando cómo le han tomado el pelo. Me cuentan que, después de marcharme, Ted le dijo que yo era un instructor de yoga de San Francisco adicto a una rara droga india llamada champú, que se pronunciaba igual que lo de lavarse el pelo pero se escribía shampuu. La reacción de Bobby había sido decir que no era la primera vez que le daba una paliza a un instructor de yoga, y que no dudaría en volver a hacerlo.

La Conferencia empieza y es sobre el Quinto Paso de los

todopoderosos Doce. La da un sacerdote católico. No escucho ni una sola palabra. Sentado, miro hacia el fondo de la Sala. Sentado, miro hacia Lilly.

La Conferencia termina. Me pongo en pie y salgo junto a los demás Pacientes, envuelto en la corriente que fluye hacia la puerta, envuelto en la corriente de mis recuerdos. Al salir de la Sala, Ken me está esperando, esperando como siempre, parece como si siempre estuviera ahí esperándome.

¿James?

¿Qué hay, Ken?

Sólo quiero saber si has terminado el cuaderno de ejercicios del Primer Paso.

No, no lo he terminado.

¿Lo has mirado?

No desde que me lo diste.

Me gustaría que pasaras la mañana trabajando en eso.

Vale.

No te agobies, pero si terminas, tráelo a mi Despacho. Si no estoy dentro, déjalo sobre mi escritorio.

Lo haré.

¿Algún avance en el Tablón de Metas?

No.

Piensa un poco sobre eso también.

Vale.

¿Te veré después?

Lo espero con impaciencia.

Ken ríe mientras se aleja. Yo giro en dirección contraria y me dirijo a la Unidad. Voy al Nivel Inferior para buscar una caja de ceras de colores y busco el Rosa Fucsia. Está ahí y hay además otras sesenta y tres preciosas ceras. Cuando vuelvo hacia la escalera, veo el Tablón de Metas colgado en una pared del Nivel Superior. Me acerco y me coloco delante y lo miro. Es un pedazo grande de cartón plastificado dividido en compartimentos con líneas verticales y horizontales. En cada casilla hay un nombre, escrito con rotulador, y junto al nombre está la meta.

Algunas son sencillas, cosas como Encontrar Trabajo y Mantenerlo, Estar Sobrio Sesenta Días Seguidos, Funcionar Dentro de la Sociedad. Algunas metas son tristes, cosas como Lograr que mi Mujer me Hable, Recuperar el Respeto de mis Hijos, Mantenerme fuera de la Cárcel Seis Meses. La mayoría son cosas como Mejorar la Relación con Mi Amigo y Salvador Jesucristo, Trabajar Bien el Programa y Vivir los Pasos en Todo Momento, Ponerme en Forma: Estar Alerta de Mente, Estar Alerta de Espíritu, Estar Alerta de Cuerpo. La meta junto al nombre de Matty dice Dejar de Decir Tantos Putos Tacos, lo cual me hace reír. La meta junto al nombre de Leonard dice Aguantar, lo cual me hace sonreír. La meta junto al nombre de Miles dice Vivir, que es lo que tiene más sentido. La casilla junto a mi nombre está vacía.

Aparte del esfuerzo para sobrevivir lo bastante como para sobrevivir a largo plazo, no se me ocurre ninguna meta que pueda significar algo para mí. Podría escribir Sobrevivir, pero prefiero guardarme esa palabra en el corazón a escribirla en algún puto tablón. Cuando me estaba riendo antes, riendo por aquello de ser un Instructor de Yoga adicto al shampuu, la risa era un sentimiento grato. Siempre que he podido reír en este sitio, que ha sido en ocasiones muy infrecuentes, ha sido grato. Podría escribir Reír en el tablón, pero prefiero escribir algo que me haga reír cada vez que lo vea, o sea que cojo un rotulador y junto a mi nombre escribo Ir a Los Ángeles a Hacer Todos Mis Sueños Realidad. Voy a ser Chica Animadora de los Lakers. Cuando termino me echo a reír. Cuando me retiro y vuelvo a leer mis palabras, río. Mientras subo al Nivel Superior y entro al Pasillo que lleva a mi Habitación, río. Reírse da buen rollo. No me he reído bastante y quiero reír más. Voy a ir a LA para ser una Jodida Animadora de los Lakers.

Entro en mi Habitación y me siento en la cama y abro la caja de ceras y abro el cuaderno y saco el Rosa Fucsia de la caja y empiezo a leer. La primera parte del cuaderno cuenta la historia de Joe. Joe es un borracho que se queda sin Mujer, sin Trabajo, sin dinero, y acaba en la Calle bebiendo vino barato directamente de la botella. Joe se niega en todo momento a admitir que tiene un problema o que ha perdido el control. La historia está contada con palabras sencillas y dibujos

sencillos que consisten en siluetas vacías de figuras y lugares, siendo el interior de las siluetas lo que hay que colorear. La idea, me digo yo, es que mientras paso el tiempo rellenando los dibujos, teóricamente voy a percatarme del horror de la historia de Joe y a establecer después la relación entre ese horror y mi propia vida. Si Joe ha perdido el control, yo también he debido perderlo. Joe acabó en la Calle, y si yo no me ando con cuidado voy a terminar en la Calle con él. Al final del cuaderno, después de la historia de Joe, que tiene un final feliz cuando admite que ha perdido el control y entra en Alcohólicos Anónimos, hay una encuesta de veintisiete preguntas sobre las pautas que sigue tu forma individual de beber. Las preguntas son simples y requieren responder sí o no. ¿Alguna vez te has despertado a la mañana siguiente de haber bebido y has descubierto que no recordabas alguna parte de la noche anterior? Sí. ¿Hay situaciones en las que te sientes incómodo si no puedes beber alcohol? Sí. ¿Cuando estás sobrio, te arrepientes de cosas que has hecho cuando estabas bebido? Sí. ¿Tienes temblores por las mañanas después de haber bebido? Sí. ¿Estás borracho alguna vez varios días seguidos? Sí, sí, sí, sí, sí. Contesto sí a todas las preguntas, las veintisiete, lo cual, según la clave al final del cuestionario, significa que estoy en las últimas fases de un Alcoholismo crónico y peligroso. Por qué coño no me dicen algo que no sepa.

Meto el Rosa Fucsia en la caja otra vez y saco el color Negro de la caja. A diferencia de la mayoría, el Negro apenas está gastado. La gente probablemente evita el Negro porque no se considera un color alegre, y aquí dentro se ansía cualquier forma de alegría, incluso algo tan básico como el color de un lápiz de cera. Pero a mí me gusta el Negro. Es un color que me resulta cómodo y el color en que tengo más experiencia. En la oscuridad más profunda todo es negro. En el agujero más hondo, todo es negro. En el terror de mi mente Adicta, todo es negro. En los periodos vacíos de mi memoria perdida, todo es negro. Me gusta el negro, coño, y lo voy a tratar como merece.

Paso las páginas del cuaderno hasta llegar a la primera. Cojo la preciosa cera Negra y escribo **Yo** en letra grande, sencilla, de molde, empezando en la parte superior de la página y terminando al pie,

encima de todas y cada una de las siluetas de figuras, sin prestarles atención. En la página siguiente escribo **No**. En cada una de las páginas siguientes escribo **Necesito Esta Mierda Para Saber Que He Perdido El Control**. Cuando he terminado reviso lo hecho. Cada página me parece perfecta y me gusta. Cierro el cuaderno. Buen trabajo, James. No necesito esta mierda para saber que he perdido el control. Buen trabajo.

Me queda una hora antes de comer, así que tiro el cuaderno de colorear al suelo donde debe estar y cojo el *Tao te Ching*. Lo miro por delante y por detrás, las citas idiotas y las letras ridículas y el nombre divertido. Me pregunto si estaba sufriendo un brote de locura cuando lo leí la última vez. Me pregunto si estaba cansado o vulnerable por mi encuentro con Lilly en el Claro. Me pregunto si el sonido del clarinete de Miles me había hipnotizado de algún modo. Miro el libro y me pregunto cómo pudo afectarme como lo hizo. Sólo he leído cuatro páginas.

Abro en el número cinco de la página cinco. Dejo que mis ojos recorran las palabras. Dejo que mi cerebro las registre. Dejo que mi corazón las sienta. El número cinco es como los demás. No hay bien ni mal, ni Pecador ni Santo. Hay solamente lo que hay y eso es todo. Puedes utilizarlo para ser y eso es suficiente. No hables de ello no lo cuestiones. Déjalo ser. Simplemente ser.

Sigue afectándome y sigue teniendo sentido. Sigue emocionándome y sigue sonándome a verdad. Eso es lo único que importa. La verdad. Suena a verdad, sí suena a verdad. Lo noto.

Número seis. El Tao es la Gran Madre el Gran Padre y la Gran Nada. Está vacío y es inagotable. Está siempre presente siempre puedes utilizarlo o no. Suena a verdad, sí suena a verdad.

Siete. Infinito y eterno. Nunca nació y nunca morirá. Está ahí. Nada quiere y nada necesita, sólo está ahí. Rezágate y adelántate. Distánciate y llega a ser. Abandona todo y te sentirás lleno. Abandona todo y te sentirás lleno.

El ocho y el nueve dicen que el bien es como el agua que nutre sin quererlo. Dicen que en el pensamiento hay que ser sencillo, en el

conflicto hay que ser justo. Dicen no compares ni compitas solamente sé tú mismo. Dicen llena tu plato hasta rebosar y se saldrá, afila continuamente tu cuchillo y se volverá romo. Dicen persigue el dinero y tu corazón no dejará de comprimirse nunca. Preocúpate por lo que dicen los demás y siempre serás su prisionero.

Estas cosas, estos poemas, estas palabras, estos significados, tienen sentido para mí. No me dicen que haga nada ni sea nada ni crea en nada ni llegue a convertirme en nada. No me juzgan ni intentan convencerme. No predican ni pretenden nada. No se enfrentan a mí ni me insultan ni me dicen que estoy equivocado. No hay Autoridad y no hay Reglas. Son sólo palabras engarzadas en una página esperando en reposo, pacientemente, a que yo las acepte o las rechace. Nada les importa si hago lo uno o lo otro o nada en absoluto. Nunca me dirán que me equivoco. Nunca me dirán que acierto tampoco. Sólo reposan.

No las leo otra vez. Cierro el libro y las dejo reposar. Estoy en la cama y me gusta mi cama. Es blanda y cálida y yo no soy blando y cálido pero imagino que sería bueno ser así. Nunca lo he conocido. Conozco una Furia fría, dura, colérica en lo más profundo de mí y estoy harto de ella. Estoy harto de ese sentimiento, quiero morirme para no tener que sentirlo nunca más. Me gustaría ser blando y cálido. Me aterrorizaría ser así. Podrían hacerme daño si fuera blando y cálido. Podría hacerme daño algo que no fuera yo. Es más difícil ser blando que ser duro. Podría hacerme daño algo que no fuera yo.

Es casi medio día. Oigo hombres hablando fuera de mi Habitación. Van hacia el Comedor se ríen por algo me pregunto qué les pasará cuando la risa cese. Aquí dentro la risa es la única droga. La risa o el amor. Ambos son drogas.

Salgo de la cama y llevo mi cuaderno de colorear al Despacho de Ken. Está vacío, o sea que lo dejo sobre su mesa. Voy al Comedor y me dan un plato de macarrones con carne y me siento con los mismos hombres con los que estoy en todas las comidas. Matty, Ed, Ted, Leonard, Miles. Es una comida típica. Anécdotas y palabrotas y alguna que otra risa. Cuando estamos terminando, Lincoln se acerca y nos dice que no tenemos que ir a la Conferencia, que tenemos una Reunión de la

Unidad. Ed le pregunta por qué y dice no te preocupes, simplemente ven.

Termino de comer y pongo la bandeja en la cinta transportadora. Vuelvo a la Unidad y me uno al resto de los hombres en el Nivel Inferior. Están sentados en los sofás fumando cigarrillos y bebiendo café. El tema de conversación es Roy. La última hipótesis que circula es que estaba borracho. El alcohol puede hacer cosas tremendas a una persona, pero como señalan algunos de estos teóricos de la toxicomanía, Roy no tenía el habla torpe y las reacciones lentas que son indicio de un consumo serio de alcohol. Dicen que tenían que ser drogas, aunque discuten entre sí sobre cuál de ellas. Bobby, que no estaba aquí cuando ocurrió el incidente, intenta terminar la discusión proclamando que Roy debió tomar alguna clase de pastilla adelgazante muy potente, que él ha visto esa reacción una docena de veces en Wall Street. Matty le dice que está como una puta cabra que las putas pastillas para adelgazar no pueden ni de coña hacer eso a una puta Persona. Bobby pregunta a Matty si sabe lo que es Wall Street y dónde está situada. Matty le dice a Bobby que va a importar una puta mierda dónde coño esté Wall Street cuando te rompa ese jodido culo gordo con un buen derechazo. Bobby ríe y dice venga, Pequeñín, será el último error que cometas en tu vida. Matty se levanta y da un paso adelante, pero Leonard le dice que se siente, que Bobby no merece el esfuerzo. Matty se sienta.

Lincoln entra y coge una silla y se sienta a la cabecera del grupo. Todo el mundo calla y espera a que empiece a hablar. Se sienta y mira al suelo un momento y después levanta los ojos. Habla.

La mayoría de vosotros conocéis a Roy y habéis sido testigos de su conducta de anoche. Para aquellos que no le conozcáis ni fuerais testigos, esto es lo ocurrido. Roy era Paciente de aquí. Durante casi todo el tiempo fue un Paciente ejemplar. Se esforzó mucho, trabajó mucho su Programa, escuchaba y obedecía todas nuestras Reglas. Cuando se marchó, hace una semana o así, yo, y la mayor parte del Personal, teníamos confianza en sus posibilidades de recuperación a largo plazo.

Anoche, hacia las tres y media, burló a los de Seguridad, entró en este Edificio y bajó a la Unidad. Llevaba un palo grande y se subió a ese sofá.

Señala hacia uno de los sofás.

Empezó a gritar. Llamaron a Seguridad y yo tenía Turno de Noche, y cuando bajamos aquí y nos enfrentamos a él empezó a decir que era un tal Jack y amenazó con pegarnos con el palo. Conseguimos reducirlo y sacarlo de la Unidad y lo llevaron a la Unidad Médica y le examinaron. Desde ahí fue trasladado a una Institución para Enfermos Mentales.

En este momento, creemos con un grado razonable de seguridad que Roy sufre un TMP, que significa Trastorno de Múltiple Personalidad. Para los que no sepáis lo que es TMP, es una afección psíquica en la que coexisten dos o más Identidades distintas en la misma Persona, cada una con su propia forma de percibir, relacionarse y pensar sobre su entorno y sobre sí mismo. Aunque algunas de las personalidades conocen la existencia de otras, a menudo no es así, y pueden existir de forma totalmente independiente una de la otra durante periodos largos de tiempo. Anoche observamos la existencia de al menos cuatro, y posiblemente cinco, personalidades distintas dentro de Roy. Una de ellas era el tipo que conocimos cuando vino aquí.

Anoche fue una noche muy triste y muy perturbadora. Yo era el Consejero de Roy, y estaba bastante orgulloso de él y del trabajo que hicimos juntos mientras estuvo aquí. Espero que todos recéis por él, sea cual sea vuestra forma de rezar. ¿Alguna pregunta?

Habla el Calvo.

¿Cómo es que no se sabía eso con todas las pruebas que se hacen y todo lo demás?

Excepto por un par de incidentes, que interpreto de forma distinta retrospectivamente, su personalidad primaria y dominante era la Persona que estuvo aquí. Si esa persona estaba haciendo todos los tests y todo el trabajo, no teníamos forma de saber lo que estaba ocurriendo.

Habla uno de los hombres nuevos. Es alto y delgado y lleva gafas negras de diseño.

¿Esto es frecuente?

No. Es la primera vez que lo veo y, hasta donde yo sé, nadie más lo ha visto tampoco.

Habla Miles.

¿Tiene tratamiento?

Tratamiento psiquiátrico prolongado, grupos de apoyo, terapia intensiva. La mayoría de los métodos son similares a los utilizados para otras enfermedades mentales profundas e incurables.

Habla Ted.

Yo tengo una pregunta.

¿Qué?

Habla Ted.

Roy siempre me cayó mal, y me gustaría saber si podéis traerle aquí otra vez con su personalidad Puñetera para que pueda darle unas cuantas hostias.

Todos ríen. Lincoln mira fijamente, no ríe.

No tiene gracia, Ted.

No quiero ser gracioso. Quiero dar de hostias a ese Cabrón.

Más risas. Lincoln sacude la cabeza, intenta no hacerle caso.

¿Alguna otra pregunta?

Nadie habla. Lincoln se pone de pie.

Vamos a empezar con las tareas de la tarde. Que el Grupo de Cuarto Paso se quede aquí, el de Tercer Paso arriba, y el resto que se ocupe de sus tareas individuales. James, ven conmigo al despacho de Joanne.

Los hombres se dirigen a las zonas asignadas a su grupo o se marchan solos. Yo me levanto y voy con Lincoln al despacho de Joanne. No me habla ni yo le hablo a él. No nos miramos. Cuando llegamos, Lincoln llama a la puerta. Oímos la voz de Joanne al otro lado.

Adelante.

Lincoln abre la puerta, entramos. Joanne está sentada tras su escritorio, nos hace gestos de que nos sentemos. Lincoln se sienta en el sofá. Yo en una silla entre el sofá y la mesa. Habla Joanne.

Hola James. ¿Cómo estás?

Bien, ¿y tú?

Estoy bien.

Levanta mi cuaderno del Primer Paso.

¿Quieres explicarme esto?

Me echo a reír.

Creo que está bastante claro.

Habla Lincoln, con un punto de ira en la voz.

Es totalmente inaceptable. Eso y tu meta son un insulto para lo que intentamos hacer aquí.

A mí me parece que ese jodido libro es un insulto a mi inteligencia, y mi meta es una broma. He escrito eso porque me hace reír, y me da buen rollo reírme, y ésa es mi meta, estar bien. Cuando estoy bien, noto que estoy mejorando.

Habla Joanne.

Comprendo tus intenciones, James, aunque no creo que sean adecuadas.

Habla Lincoln.

No lo son.

Habla Joanne.

Procuramos planear un Programa para la Recuperación del Paciente y para su futuro una vez salga de aquí mientras lleva a la práctica lo que aquí hacemos y lo que enseñamos. De momento, no has hecho todos los avances que a nosotros nos gustaría. Pareces entender en cierta medida el Primer Paso.

Me echo a reír.

¿De qué te ríes?

Hablo yo.

El Primer Paso, si no recuerdo mal, dice que admitamos que somos impotentes ante el alcohol y las drogas, que nuestras vidas están fuera de control. Entiendo con bastante claridad ese concepto.

Habla Lincoln.

¿Estás seguro?

Me buscan en tres estados. Soy adicto al alcohol y al crack. No tengo empleo, nadie me va a dar empleo y no tengo dónde caerme muerto. He perdido el conocimiento todas las noches desde que recuerdo y el tiempo que he pasado aquí es el trecho más largo de abstinencia que he

conocido desde los diez años. Si quieres oírme decir eso, lo diré. No controlo ni un carajo. Mi vida no hay por dónde cogerla.

Habla Joanne.

Nos somos el enemigo, James.

Ya lo sé.

Habla Lincoln.

Pues no nos trates como si lo fuéramos.

No me tratéis vosotros como si fuera idiota, no me habléis como si fuera un Puto Niñato y me hagáis perder el tiempo con cuadernos de colorear, y no os trataré como al enemigo.

Lincoln mueve la cabeza. Joanne habla.

Volviendo al tema, no has avanzado todo lo que nosotros quisiéramos. Te resistes a todo lo que te decimos. No creemos que estés preparado para pasar a una vida normalizada una vez que hayas terminado el Programa. Si no tienes que cumplir alguna Condena, y eso es algo de lo que nos gustaría empezar a ocuparnos hablando con las Autoridades de los estados en los que tienes cuestiones pendientes, queremos ponerte en lista de espera para un Centro de Reinserción Social.

¿Y qué haría allí?

Sería muy parecido a esto, salvo que debes mantener un puesto de trabajo durante el día.

Ni hablar.

Habla Lincoln.

¿Por qué?

Porque eso no va a funcionar en mi caso.

¿Por qué?

Estoy empezando a entender cómo creo yo que puedo hacer esto. No lo sabré hasta que haya salido al Mundo real y pueda ponerme a prueba. La prueba no será auténtica para mí si sé que me puedo volver corriendo a la seguridad de un Centro de Reinserción.

Habla Joanne.

No existe tal seguridad cuando te enfrentas a una adicción profunda e incurable. Los Centros de Reinserción ofrecen apoyo y vas a necesitar

todo el apoyo que puedan darte. Lo vas a necesitar cuando salgas de aquí, un mes después, un año después, y muy probablemente el resto de tu vida.

No quiero esa seguridad ni ese apoyo. Quiero estar yo con lo que sea que tenga que enfrentarme, alcohol o drogas o cualquier otra cosa. Quiero que haya una lucha porque sé luchar. Habrá un Ganador en esa lucha. Si soy yo, saldré por mi pie y habré vencido a esa mierda que nunca creí que pudiera vencer y seguiré con mi vida. Si no soy yo, por lo menos habré acabado con esta historia.

Habla Lincoln.

Si no pasas esa prueba tuya, te vas a morir. ¿Es eso lo que quieres, morirte?

Si no puedo estar sobrio, sí.

No lo vas a conseguir si sigues haciendo lo que haces.

¿Por qué crees eso?

No es que lo crea, es lo que sé. Lo sé porque cada vez que alguien viene aquí pensando que tiene un método mejor, sale de aquí y recae y no vuelve a levantar cabeza.

Puede que tengas razón, pero al menos caeré sabiendo que hice todo lo que pude a partir de mis convicciones.

Habla Joanne.

No me gusta esa idea de ponerte a prueba. Me parece peligrosa, absurda y obstinada. Creo que te juegas demasiado si no resulta. Quiero que lo pienses. Que pienses en serio en la idea de que tu resistencia a lo que intentamos hacer contigo puede causarte la muerte. Ven a verme aquí mañana después de la Conferencia y hablaremos un poco y con suerte haremos algún avance.

Me levanto.

¿Tengo que hacer algo más esta tarde?

Sólo pensar.

Hasta mañana.

Voy hacia la puerta y salgo y cierro la puerta detrás de mí y vuelvo a la Unidad. Me voy a mi Habitación y miro al reloj junto a la cama de Miles y dice las tres cuarenta y dos. Voy a encontrarme con Lilly en

dieciocho minutos.

Cojo el chaquetón de Hank. Me lo pongo y recorro la Unidad. Abro una de las puertas de cristal y salgo al exterior. Camino sobre el césped no hay rocío y encuentro el Sendero y entro en el Bosque donde el Sol entra a raudales por los huecos entre los árboles como vigas de luz. Sigo el Sendero. Veo ramas rotas y veo hojas arrancadas esparcidas como migas de pan y las hojas me guían. Las señales de mi destrucción me guían.

Me abro camino a través de la espesura y entro en el Claro. Está vacío. Me siento en la tierra y me tiendo y cierro los ojos. No he dormido suficiente y estoy cansado. Necesito dormir más y estoy cansado. Cansado. Estoy cansado.

Siento una mano sobre la cara. Es suave y cálida, descansa en mi mejilla, la acaricia sin moverse. Le siguen unos labios en la otra mejilla, llenos y húmedos y suaves y dulces. Siento un aliento dulce antes y otro aliento dulce después. Ambos abandonan mi mejilla y deseo que se hubieran quedado. Abro los ojos y me incorporo lentamente. Lilly está a mi lado, envuelta en una voluminosa chaqueta militar verde, tiene el pelo negro en dos trenzas, su cutis pálido refleja una viga de Sol. Sonríe al hablar.

Hola.

¿Qué hora es?

Mira el reloj de plástico barato marca Superwoman que lleva en la muñeca. Debajo del reloj veo cicatrices.

Las cuatro y diez.

Me froto la cara.

Me he quedado dormido.

Vuelve a sonreír.

Y te he despertado.

Sonrío.

Me alegro.

Se inclina hacia mí y me besa en la mejilla. Mantiene ahí sus labios suaves húmedos cálidos y dulces. Mi instinto es retirarme, pero no lo hago. Cuando ella se retira, deja tras sí un aliento dulce.

Respóndeme a una pregunta.

Vale.

¿Tienes Novia?

Yo titubeo, un destello de ella, ártica y rubia.

No.

¿Por qué dudas?

Ya no lo hago. He pensado en ella un instante.

¿Dónde está?

No tengo ni idea.

¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

Hace un año aproximadamente.

¿Ya se te ha pasado?

No.

Lilly sonríe, se inclina hacia mí y me besa en los labios.

Es una pena.

Sonrío. No tengo palabras. Si tuviera palabras, no significarían nada.

¿Quieres un pitillo?

Busca en uno de los bolsillos de su chaqueta y saca un par de cigarrillos.

Sí.

Cojo uno.

¿Tienes mechero?

Busco en mi bolsillo, saco un mechero.

Sí.

Levanto la tapa, enciendo su cigarrillo, enciendo el mío.

¿Cómo llevas el día?

Inhalo. Siento la nicotina de inmediato. No me gusta tanto como el beso de Lilly.

Se me ha hecho largo.

Ella inhala, se queda mirándome.

Todos se hacen largos aquí.

Mi instinto me dice que aparte la mirada, pero no lo hago.

Ya.

Dime algo.

Vale.

¿Por qué estás aquí?

¿Aquí en este sitio o aquí contigo?

Las dos cosas.

No lo sé.

Sonríe.

Es una buena respuesta.

Mi instinto me dice que aparte la mirada, pero no lo hago.

¿Por qué estás tú aquí?

Sonríe.

¿Aquí en este sitio o aquí contigo?

Sonrío.

Cualquiera de los dos.

Yo vine aquí por mi Abuela.

¿Te trajo ella?

Me convenció para que me trajera yo sola.

¿Cómo lo consiguió?

Me quería y se ocupó de mí aunque yo era un desastre total, y cuando hacía alguna estupidez, que era prácticamente todos los días, me decía que cuando estuviera dispuesta a aprender qué era la libertad fuera a verla. Hace tiempo pasó una cosa muy, muy horrible. Me dejó muy jodida y fui a buscarla y le pregunté qué quería decir. Me dijo que yo era Prisionera de mi Madre y de todos sus problemas y Prisionera de mi Padre a quien no recuerdo y me dijo que era Prisionera de las drogas y del sexo y de mí misma. Me dijo que vivir como una Prisionera era un desperdicio de vida y que la libertad, incluso un segundo de libertad, valía más que toda una vida de esclavitud. Me dijo que si quería saber más volviera al día siguiente. Volví y me dio un mapa y dijo vamos al coche, tú conduces. Ocho horas después el mapa me trajo hasta aquí. Me dijo que había estado ahorrando dinero durante tres años y que si quería la libertad tenía que entrar por la puerta principal y ella lo pagaría. Dijo que si no lo hacía, volveríamos a Casa. Odio mi vida. Nunca quise que fuera como ha sido, y ésta era la oportunidad para escapar de mi vida. Yo había oído hablar de este sitio

y sabía que era el mejor de su estilo y muy caro y sabía que si la Abuela había ahorrado para que estuviera aquí es porque quería que estuviera aquí y yo lo quise también. Ser libre, aunque fuera un solo segundo. O sea que crucé la puerta y aquí estoy.

¿Eres libre ya?

No, pero estoy acercándome.

Sonríe.

Ahora cuéntame tú alguna historia.

¿De qué?

Háblame de tu Novia.

No me gusta hablar de ella.

¿Por qué?

Porque me duele demasiado.

Me vale. Cuéntame otra cosa.

Elige tú.

¿Cómo perdiste la virginidad?

¿Por qué quieres saber eso?

Porque dice mucho de una Persona.

De mí no va a decir nada bueno.

No estoy aquí para juzgarte.

¿Por qué estás aquí?

Para conocerte. O para intentarlo.

La miro. Miro a sus ojos limpios azul agua y su pelo trenzado negro como el azabache. Miro su piel blanca pálida y sus labios rojo sangre, miro su cuerpo bajo su chaqueta, tan menudo. Miro sus muñecas y el reloj Superwoman y las cicatrices situadas verticalmente. Y me veo a mí pero no soy yo. Veo el daño y el dolor de los años duros. Veo el vacío y la desesperación de la existencia sin esperanza. Veo una vida joven que ha vivido ya demasiado tiempo. Me veo pero no soy yo. Confío en mí. Confío en ella.

Nunca le he contado esto a nadie.

No tienes que contármelo si no quieres.

No, lo voy a contar.

Deja de contar cuando quieras.

La miro. Me veo a mí pero no soy yo. Puedo confiar en ella. Hablo.

Tenía dieciséis años, estaba en el segundo año del Instituto. Era la fiesta de principio de curso y había un Partido de Fútbol americano y un Baile. Yo odiaba la Ciudad en que vivíamos y mis Padres sabían que la odiaba y eso les tenía preocupados. Mi Madre siempre me estaba preguntando si tenía amigos y Amigas con la esperanza de que conociera Gente y me sintiera más contento. Yo siempre le mentía y le decía que tenía muchos amigos y gustaba a muchas Chicas para que no se preocupara tanto. La verdad era que no caía bien a nadie. Como íbamos a tener esa Fiesta mi Madre no hacía más que preguntarme con quién iba a ir. Le dije que no lo había decidido todavía, que había un par de Chicas que querían ir conmigo y no estaba seguro de cuál me gustaba más y lo que quería en realidad era que no me lo preguntara más. Pero seguía. Todos los días lo mismo. A quién vas a invitar, tienes que decidirte ya, tienes que dar a la Chica tiempo suficiente para que se prepare, es una noche especial que no debes perderte. Al final volví a mentirle y le dije que iba a llevar a una chica. Estaba toda entusiasmada y salió y me compró un traje y una rosa para ponérmela en la solapa y lavó el coche y me dijo que podía llevármelo y me dio dinero para salir a Cenar antes del Partido. No tenía puta gracia porque yo sabía que era todo una gilipollez y que estaba mintiéndole.

Cuando llegó el día del Partido me puse el traje y ella y mi padre me hicieron un montón de fotos y yo me despedí saludando con la mano por la ventanilla del coche mientras salía de allí. Aparqué el coche cerca del Estadio de la escuela y me quedé dentro mirando a los demás Chicos, los que tenían pareja y llegaban y charlaban por las Tribunas y los Accesos con sus trajes y sus vestidos de fiesta y vi la Ceremonia en el descanso y vi cómo coronaban al Rey y la Reina y todo el mundo aplaudía y jaleaba y vi que todos estaban contentos. Cuando terminó el Partido no tenía nada que hacer, y no estaba dispuesto a ir solo al Baile, o sea que me fui a un Barrio que había por allí cerca para intentar pillar algo de droga porque estaba hecho una mierda por haber mentido a mi Madre y por no tener amigos y quería dejar de sentir dolor. Cuando iba por ahí en el coche, vi una puta que hacía la calle

cerca de una Casa donde yo solía pillar. Se me quedó mirando y me hacía gestos con la mano al pasar a su lado y como no encontré drogas al final paré el coche. Ella se acercó y me preguntó si buscaba Compañía y yo dije cuánto y me dijo una cantidad algo menor que el dinero que me había dado mi madre y le dije que sí. No sé por qué lo hice. Supongo que me sentía solo y esperaba encontrar algo parecido al amor algo que me hiciera sentirme mejor. Lo que ocurrió fue violento y estúpido y repugnante. La mujer olía mal y me hablaba con una especie de vocecita obscena y todo terminó en unos dos segundos. Volví a llevarla a la misma calle y anduve por ahí con el coche las siguientes dos horas intentando convencerme de que no debía lanzarme a toda velocidad contra un árbol. Cuando volví a casa les dije a mis Padres que lo había pasado muy bien y les di las gracias por todo lo que habían hecho y me metí en mi Habitación. Cuando sabía que estaban dormidos robé una botella del armario de las bebidas y me la bebí y lloré hasta dormirme.

Respiro hondo, miro al suelo.

Fue un puto asco y, si te soy sincero, quiero suicidarme ahora mismo sólo de pensarlo. Odio que pasara aquello y, como casi todo en mi vida, no era lo que yo había querido.

Miro al suelo fijamente. Si hubiera un agujero lo bastante hondo, me metería dentro. Si hubiera drogas que pudieran borrarlo todo, me las tomaría hasta que todo estuviera borrado. Quiero suicidarme ahora mismo sólo de pensarlo.

Levanto la cabeza. Por las mejillas de Lilly resbalan lágrimas y me mira sonriendo. Es una sonrisa profunda, no de alegría momentánea, sino de ese tipo infrecuente que surge cuando algo en el interior que no tiene palabras despierta de un sueño y nace a la vida. Aunque sé que desaparecerá de su cara, permanecerá en ella y con ella mucho tiempo después. Ha despertado y vivirá. Acerco la mano y le limpio las lágrimas delicadamente. Tiene la piel suave y siento la calidez de sus lágrimas en mi mano. Cuando mis dedos resbalan por su barbilla los coge en su mano y los aprieta. Me mira con ojos limpios azul agua más densos ahora por la tristeza. Sin que desaparezca su sonrisa, me habla.

Ha sido muy bonito.

Me estrecha la mano.

No, no es verdad.

Si me soltara la mano, me desharía en pedazos.

Sí. Ha sido bonito porque era sincero y bonito porque te dolía y bonito porque no tenías por qué contármelo.

Me desharía.

Me hace sentirme como una mierda.

Y si yo te dijera que perdí la virginidad como puta y no con una puta.

Te diría que lo siento.

Pues así fue.

Lo siento mucho.

Sonríe.

Gracias.

Mira el reloj con la mano libre, me mira.

Tenemos que irnos.

Se pone de pie y tira de mí. Nos miramos a los ojos un momento y me pone la mano libre en la mejilla. No me suelta la mano que tiene en la otra y me alegro de que no lo haga.

Te llamo esta noche.

Muy bien.

No es obligatorio, pero me gustaría que contestaras tú esta vez.

Sonrío.

Anoche me quedé dormido.

Puedes dormirte esta noche también si quieres, pero espero que no.

No me dormiré.

Se inclina y me besa. Aunque es igual que antes, no es igual en muchos sentidos. Es más, más fuerte, más débil, más hondo, más callado, más sonoro. Es más, más vulnerable, impenetrable, frágil, confiado, desprotegido, totalmente protegido. Es más, más abierto, hondo, lleno, sencillo, auténtico. Es más. Auténtico.

Se aparta, quita los labios. Sin palabras caminamos cogidos de la mano por el Bosque espeso. En el borde tupido, cerca del Sendero, se detiene y me guía hacia delante y nuestras manos van soltándose poco

a poco hasta que sólo quedan en contacto dos dedos uno de cada uno sin querer soltar del todo ni separarnos. Paro. Dejo la punta de mi dedo en contacto con la punta del suyo. Nos miramos. Su sonrisa no ha desaparecido y la mía tampoco va a desaparecer. Estará ahí cuando ya no sonría, seguirá ahí. Una sonrisa y un beso y las puntas de los dedos. Tocándose.

Ella asiente con la cabeza y ese movimiento significa que ha llegado el momento de soltar y lo hago. Doy media vuelta y me alejo. Sé que me observa mientras me alejo, sonriendo, y sé que quiere que me vuelva. Me vuelvo. Me vuelvo y está allí y sonríe. Yo sonrío a mi vez y es más que una sonrisa. Es más.

Deshago el camino hasta llegar a la Unidad. Entro y recorro los Pasillos para ir a cenar. Ahora todas las comidas son iguales.

Después de cenar hay una Conferencia. Un hombre que cuenta la historia de su vida. Era malo y entró en AA y ahora es bueno. Lo he oído demasiadas veces.

Vuelvo a la Unidad y me siento y veo la tele. Hay una serie sobre unos tipos de Nueva York muy ingeniosos que se pasan todo el tiempo metidos en un Piso. Uno de los hombres elogia el programa y dice que es como la realidad. Las únicas personas que conozco que pasan tanto tiempo metidas en un Piso suelen tener las ventanas selladas con cinta adhesiva negra y pistolas en el armario y marcas de quemaduras en los labios y los dedos y grandes cerraduras en las puertas. No son personas ingeniosas, aunque su paranoia puede ser graciosa. No veo nada de eso en este programa, pero en teoría es como la vida misma. Quizá yo no sepa ya cómo es la vida misma.

Suena el teléfono, el teléfono ha estado sonando toda la noche. Pero este sonido atrae mi atención. De algún modo, sé que es Lilly aunque no tendría por qué y aunque no tengo motivo alguno para saber que es Lilly. Me pongo de pie y empiezo a andar antes de que un hombre me llame. Cuando lo hace, cojo el auricular y le doy las gracias y me pongo el auricular al oído y hablo.

Hola.

Hola.

¿Cómo estás?

Bien. ¿Y tú?

Yo, bien.

Te echo de menos.

Río.

¿Me echas de menos?

Sí, te echo de menos. ¿Por qué te hace tanta gracia?

Nadie me ha echado de menos antes. La gente tiende a alegrarse cuando me voy.

Ella ríe.

Yo no.

Bien. Me gusta que me eches de menos.

A mí también.

Sonrío.

¿Qué has hecho esta noche?

Me he quedado mirando el reloj hasta que he creído que podía llamarte sin parecer muy desesperada.

Río.

¿Y tú?

Me he quedado esperando tu llamada y pensando en lo que iba a decirte cuando llamaras para no sonar muy desesperado.

Ella ríe, habla.

Debe ser que estamos desesperados.

Probablemente un poco.

¿Por qué?

Por tener libertad. Sea cual sea la manera de encontrarla.

¿Y crees que una de esas maneras podría ser el uno con el otro?

Quizá.

No era ésa mi expectativa cuando vine aquí.

Ahora no debes tener ninguna expectativa. Solamente esperar para ver qué ocurre.

Bien dicho.

Gracias.

Te apetece volver a verme mañana.

Claro.

Y me cuentas otra historia.

Me parece que te toca a ti.

Me parece que tienes razón.

¿Tienes algo ya pensado?

Hazme alguna pregunta, como hice yo contigo, y te contestaré.

Y sea cuál sea la respuesta, no voy a juzgarte.

Gracias.

Nos vemos mañana.

Te echo de menos.

Me gusta que me eches de menos.

A mí me gusta que te guste.

Adiós.

Adiós.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirándolo y sonrío. No es simplemente una sonrisa de felicidad momentánea. Cuando haya desaparecido de mi cara, permanecerá conmigo.

Me vuelvo y cruzo la Unidad y salgo al Pasillo y voy a mi Habitación. Al acercarme, oigo las notas suaves del clarinete de Miles flotar a través de la puerta. Me quedo fuera y las escucho. Está tocando suavemente como siempre. Sostiene las notas más tiempo de lo que yo creería posible. Está repitiendo una melodía una vez y otra, y cada vez con variaciones. Es música sencilla, hecha por un hombre y sus pulmones y un pedazo de metal con agujeros y sus dedos moviéndose por los agujeros. Es simplemente sonido grave y luego más agudo lento después rápido y otra vez lento y bajo, repetido con variaciones. No hay palabras y no hay canción, pero la música tiene voz. Es una voz antigua y una voz profunda, como la colilla de un buen puro o un zapato con un agujero. Es una voz que ha vivido y que vive, con penas y con vergüenza, con éxtasis y felicidad, con alegría y dolor, con redención y condenación. Es una voz con amor y sin amor. Me gusta esa voz y, aunque no puedo hablar con ella, me gusta el modo en que me habla a mí. Dice todo es lo mismo, Muchacho. Tómalo y déjalo estar.

La canción la melodía la voz antigua, grave y lenta, cesa. Cesa y se prolonga hacia el silencio de un Pasillo dormido. Abro la puerta y entro en mi Habitación. Miles está sentado en la cama con la boquilla todavía entre los labios. Me saluda con la cabeza y yo hago lo mismo. Voy a mi cama. Me quito la ropa y me meto bajo las mantas de la cama que están cálidas y me gustan y cierro los ojos y me acurruco con la cabeza contra la almohada me acurruco y la voz comienza de nuevo. Tristeza y vergüenza y éxtasis y dicha y alegría y dolor y redención y condenación y amor y sin amor.

Todo es lo mismo, Muchacho.

Tómalo y déjalo estar.

Tengo una botella vacía en una mano. Tengo una pipa vacía en la otra. Estoy en la Esquina de una Calle plagada de basura. De los cables del teléfono cuelgan zapatos. Los espectros de la roca están gritando. Los camellos vocean su mercancía. Tengo una botella vacía en una mano, tengo una pipa vacía en la otra. Busco más.

Me despierto temblando y asustado. Sé que estaba soñando, pero da igual. El alcohol era real. El crack era real. Los espectros eran reales y los camellos eran reales. Todo era real. Estoy temblando y asustado.

Me rodeo con mis brazos. Me hago un ovillo. Pienso en lo bueno que hay en mi vida. Intento ocupar mi mente. Llevo unas cuantas semanas sobrio. Tengo amigos. Matty y Ed y Ted. Miles y Leonard y Lilly. Tengo a mi Hermano Bob. Tengo algo de ropa y unos libros. Es más que suficiente.

Perros pit bull enfurecidos tiran de sus cadenas. Un patio de hierba muerta. Ratas que corren de aquí para allá muerden los rostros dormidos. Una Casa vacía sin muebles sin nada. Está vacía salvo por las Personas vacías. Los espectros de la roca. Hay humo en el aire mezclado con gas y formaldehído. Estoy gritando. Gritando pidiendo rogando que me den más. Dadme más por favor dadme más quiero necesito tomar necesito tomar más. Doy a cambio mi vida mi corazón mi alma dinero futuro todo por favor dadme más. Quiero necesito exijo más. Dadme más y haré todo lo que queráis. Dadme más. Dadme más. Quiero más.

Me despierto temblando y agitado. Sé que estaba soñando, pero da igual. Era real. Los perros las ratas la Casa la Gente la roca. La gran roca, la piedra terrible. Era real y yo me la fumé. Estoy temblando y asustado.

Me acurruco aún más procuro pensar en lo bueno. Tengo más de lo que necesito, más que suficiente. Me hago un ovillo. Piensa en lo bueno. Piensa en lo bueno.

Otro sueño.

Otro sueño.

Cada vez que me duermo.

Otro sueño.

Son reales.

Reales.

Otro sueño.

Estoy temblando y asustado. Veo luz por la ventana. Me levanto. Camino vacilante hacia el Cuarto de Baño. Abro la puerta y caigo de rodillas y me arrastro hasta el retrete y vomito. Una vez y otra y otra. Vomito con violencia. Otro recordatorio de la vida que he vivido. El vómito y la sangre y la bilis y los trozos de estómago. Flotando en el agua bajo mi nariz. Otro recordatorio.

Me pongo de pie y me meto en la ducha y abro el agua caliente. Me coloco bajo el chorro y dejo que el agua me corra hacia los pies y me cubra y resbale sobre mí. Contengo las ganas de volver a vomitar. Estoy hasta los huevos de vomitar. Sólo eran sueños. Esto no puede seguir ocurriéndome. Sólo eran sueños.

Salgo y cojo una toalla y me la ato a la cintura y voy al lavabo y me lavo los dientes. El sabor del vómito se mezcla con el sabor de la pasta de dientes. Me enjuago la boca, pero el sabor no desaparece. Vuelvo a enjuagarme. No desaparece. Vuelvo a enjuagarme. No va a desaparecer.

Dejo de enjuagarme y me afeito. Me quedo frente al espejo con la navaja de afeitar, me miro el cuerpo. Estoy engordando. Estoy adquiriendo carne. Las venas de los brazos siguen siendo azules, pero son de un azul más pálido. Los huesos de las mejillas y la línea de la mandíbula son menos angulosos, los cardenales que me cubrían el cuerpo han desaparecido. Hay una capa delgada de grasa por encima de todo mi cuerpo y empiezo a tener algo de barriga. Parezco menos lo que soy y más un ser humano. Estoy empezando a parecerme más a un ser humano.

Termino de afeitarme y me lavo los restos que me quedan en la cara. Respiro hondo y miro hacia la base del espejo y empiezo a subir la vista lentamente. Me veo el pecho, la clavícula, la base del cuello. Quiero

verme los ojos. Me veo la garganta, la nuez, la curva que forman el cuello y la barbilla quiero verme los ojos. Veo mis labios que ya están curados. Me veo la mejilla con la cicatriz. Me veo la nariz que ya no está hinchada. Me veo la zona bajo los ojos. Tengo bolsas, pero son bolsas grises de cansancio no las bolsas negras y amarillas de la violencia. Hay verde sobre ellas. Verde pálido. Cuando me acerco al verde, me detengo y respiro. Me detengo bajo el verde pálido. Me veo las pestañas de abajo. Veo el blanco. Respiro. Está ahí. Me detengo y está ahí. Verde pálido.

Doy media vuelta. Salgo del Cuarto de Baño. Miles sigue dormido e intento no hacer ruido. Me visto y salgo de la Habitación el Pasillo sigue dormido. Voy al Nivel Superior de la Unidad y hago café. Espero a que se cuele. Cuando está preparado, me sirvo una taza grande de café muy caliente y solo. Me siento en una mesa y enciendo un cigarrillo. No pienso en lo que estoy haciendo o por qué lo hago. Simplemente me siento allí solo. Bebo y fumo. Una de las puertas correderas de cristal se abre. Miro hacia abajo y veo a Leonard entrar en el Nivel Inferior de la Unidad. Lleva ropa de deporte y tiene la cara roja y cubierta de sudor. Parece estar en mejor forma que cuando yo le conocí. Está delgado, es visible la línea de la mandíbula, tiene las mejillas encendidas. Parece un saludable Padre suburbano volviendo después de una pequeña carrera. Me ve, viene hacia mí.

¿Qué pasa, Leonard?

He salido a correr.

¿Y qué tal?

Un asco.

Se sirve una taza de café, se sienta a la mesa.

¿Me das uno de ésos?

No sabía que fumaras.

Acabo de hacerle algo bueno a mi cuerpo. Ahora quiero hacerle algo malo.

Río, le alargo un cigarrillo, se lo enciendo. Lo chupa con intensidad, me mira.

Me dicen que vas con la Chica del pelo negro.

¿Qué Chica?

La que es adicta al crack.

¿Quién te ha dicho eso?

Nunca traiciono a mis Fuentes de información.

Somos amigos, pero eso no me va a impedir darte una hostia si no me dices quién te lo ha dicho.

Ríe.

Me lo dijo Ted.

¿Y cómo lo sabe?

Se escapa todas las noches para verse con una Chica en el Bosque. Supongo que esa Chica está en la misma Unidad que tu Chica y, por si no lo sabes todavía, las Chicas hablan de esas cosas.

No hay mucho que hablar.

No mucho significa algo.

Nos hemos visto allí un par de veces. Hablamos. No es gran cosa.

¿Te gusta?

Sí.

¿Es buena contigo?

Ni buena ni mala. Sólo hablamos.

Ahora mismo ya pareces diferente. Es una buena señal.

Sonrío.

Estás haciendo una montaña de un grano de arena, Leonard.

Sólo estoy interesado en tu felicidad, Chico. Si estás contento, yo estoy contento.

No estoy contento, pero no estoy descontento.

Pronto estarás contento. Tú aguanta.

Veremos.

Sostiene el cigarrillo en el aire, lo mira.

Estas cosas son una puta mierda.

Río.

Es lo único que me queda.

Lo apaga, se pone en pie.

Voy a darme una ducha. Espérame y vamos a desayunar.

Se marcha. Yo espero sentado y fumo cigarrillos y bebo café. Veo que

los hombres empiezan a salir y entrar poco a poco en la Unidad. Algunos están cumpliendo con sus Trabajos de la mañana, otros toman café, otros compran chocolatinas o latas de refrescos en las máquinas. No hablo con ninguno. Me quedo sentado mirando por la ventana. No sé qué hay al otro lado de la ventana y no me importa demasiado, es simplemente un punto en el que posar los ojos mientras bebo y fumo. Bebo y fumo.

Leonard vuelve al Nivel Superior. Está limpio y tiene el pelo mojado. Dice tengo hambre vamos a comer y me levanto y vamos al Comedor. Me pongo a la cola y me dan un plato de huevos con bacon y él pide un plato de tortitas y buscamos una mesa. Nuestros amigos se sientan con nosotros. Mientras comemos, hablamos sobre el próximo Campeonato de Pesos Pesados. Matty conoce a los boxeadores y habla de la pelea con gran entusiasmo, parando para blasfemar contra sí mismo por soltar tacos, lanzando golpes y moviéndose como si estuviera en el Ring. Los demás reímos y pasados unos momentos todos menos Matty dejamos de hablar. Él habla suficiente por todos.

Después de desayunar otra Conferencia. Jugamos a las cartas en la última fila.

Después de la Conferencia, Joanne me está esperando en el Pasillo. Dice que me toca con ella esta mañana y recorremos los Pasillos hacia su Despacho. Los Pasillos están iluminados y no me importa. Cuando entramos, se sienta en uno de los sillones cómodos y yo me siento en el sofá. Enciende un cigarrillo y yo otro. Se recuesta, se acomoda, habla.

¿Has pensado en nuestra conversación de ayer?

No.

¿Por qué?

Porque no voy a cambiar de opinión y no voy a molestarme en pensar si voy a cambiar de opinión.

James, eres una Persona terriblemente Adicta. Médicos especializados te han dicho que cualquier consumo de alcohol o drogas va a matarte. En todos mis años de experiencia, no he visto jamás a nadie permanecer sobrio y sobrevivir a largo plazo gracias a otra cosa que no fuera Alcohólicos Anónimos y los Doce Pasos. Pueden durar una

semana o un mes o en el mejor de los casos un año, pero sin el apoyo necesario todos ellos empiezan a consumir otra vez y la mayoría muere. ¿Es eso realmente lo que quieres?

Prefiero eso a pasarme la vida sentado en sótanos de iglesias escuchando a la Gente lamentarse y lloriquear y quejarse. Eso para mí no es productividad ni avance. Es la sustitución de una adicción por otra, y si voy a ser adicto a algo, va a ser a algo que me guste.

Alcohólicos Anónimos no es una adicción sustitutoria. Es un grupo de apoyo basado en los Doce Pasos.

Puedes verlo como más te guste, pero cuando alguien deja de hacer una cosa todos los días y empieza a hacer otra cosa todos los días, a mí eso me parece adicción sustitutoria.

Joanne respira hondo, exasperada.

¿Prefieres ser Adicto a algo que te convierta en una persona mejor y más sana cada día, o a algo que va a terminar matándote?

Puedes intentar todos los trucos del libro, ponerte de mi parte, hacer psicología inversa o sacar cualquier otra carta que guardes en la manga, pero no voy a creen en AA ni en los Doce Pasos. Todo ello se basa en la creencia en Dios. No tengo esa fe ni la tendré nunca.

Se basa en la fe en un Poder Superior, no en Dios.

Es lo mismo.

Dios, en nuestra Sociedad, es un hombre con barba larga y rizada sentado en un sillón en el Cielo. No tienes que creer en eso. Un Poder Superior puede ser cualquier cosa que tú quieras que sea o cualquier cosa que te ayude a terminar el día. Puede ser el Cielo, puede ser Buda. Podría ser la Fuerza de *La guerra de las galaxias*. AA no intenta imponer la creencia en ningún Poder Superior o Religión en particular.

Vamos a aclarar una cuestión antes de seguir hablando de esto.

¿Qué?

Hables de un Poder Superior o hables de Dios, estás hablando de lo mismo.

Me parece que ésa es una afirmación demasiado general. No tiene en cuenta la diversidad del Pensamiento Espiritual del Mundo.

Como yo lo veo, todas las Religiones y todo el Pensamiento Espiritual

son la misma cosa. Existen para que la Gente pueda afrontar mejor la vida, para establecer una especie de código moral, y para ayudar a aceptar la muerte prometiendo algo mejor cuando acaba la vida, siempre que sigan todas las Reglas de Dios.

¿Qué hay de malo en ese propósito?

A mí me parecen gilipolleces. No necesito que alguien que no existe me diga cómo tengo que vivir.

¿Cómo puedes estar tan seguro de que no existe algo Superior a nosotros?

¿Cómo puedes estar tan segura de que sí existe?

Porque tengo fe en ello.

Yo no.

Joanne calla, respira hondo, habla.

¿Qué crees que es la fe?

Pienso un momento. Hablo.

Fe es creer en algo cuya existencia no se puede demostrar.

¿La has considerado en algún momento?

Sí.

¿Y por qué no la tienes?

Creo que Dios es algo que la Gente utiliza para evitar la realidad. Creo que la fe permite a la Gente rechazar lo que tiene delante de los ojos, que es que esto, esta vida, esta existencia, esta conciencia, o cualquiera que sea la palabra que utilices para nombrarlo, es todo lo que tenemos, y todo lo que vamos a tener jamás. Creo que la Gente tiene fe porque quiere y necesita creer en algo, sea lo que sea, porque la vida puede ser dura y deprimente y brutal sin ello.

Puede que tengas razón, pero por qué no aceptar la idea de que la fe puede hacer mejor tu vida. Yo sé que mi vida es mejor gracias a la fe, y exista o no aquello en lo que yo creo, como tengo fe, disfruto de los beneficios de esa fe.

Nunca voy a tener fe en Dios ni en nada parecido a Dios.

¿Tienes fe en el amor?

¿Qué quieres decir?

¿Crees en el amor?

Sí.

¿Tienes fe en alguna otra cosa?

En la amistad.

¿Crees en la amistad?

Mucho.

¿En algo más?

¿Qué me quieres decir?

No puedes demostrar que existen el amor o la amistad, pero tienes fe en ellos pese a todo. Te estoy pidiendo que intentes aplicar el mismo principio a algo más grande que tú.

El amor y la amistad puedo experimentarlos. Puedo ver y tocar y hablar con las Personas que quiero y las Personas que elijo como amigos. La idea de Dios no me hace sentir nada y no puedo ver a Dios ni tocar a Dios ni hablar con Dios.

¿Has intentando alguna vez abrirte a la idea de fe?

He leído la Biblia, y no me pareció verdad. Sé que hay Gente que se considera cercana a Dios, pero nunca he entendido ese sentimiento. He pasado tiempo dentro de Iglesias y aprecio su belleza y su majestad, pero nunca me ha pasado nada bueno dentro de una Iglesia.

¿Eso qué significa?

Exactamente lo que he dicho.

¿Hay algo que no estás diciéndome?

Nada que tenga nada que ver con lo que estamos hablando.

Se queda mirándome, yo le sostengo la mirada. Habla.

Quiero que pienses más en esto e intentes llegar a aceptarlo. Quiero que dejes de intelectualizarlo e intentes abrirte a ello.

Nunca he creído en Dios, ni siquiera de pequeño. No voy a empezar ahora.

Piénsalo.

De acuerdo.

Se pone en pie y yo también y vamos a la puerta y la abre.

Vamos a aplicar algunas modificaciones a tu Programa, de las que te hablará Ken esta tarde. Vuelve para hablar conmigo cuando estés preparado.

Salgo y recorro los Pasillos. Al dirigirme hacia la Unidad veo a Leonard que viene hacia mí. Me dice que es hora de comer y vamos al Comedor y buscamos una mesa. Se sientan con nosotros Ed y Ted y Matty y Miles y Bobby.

Bobby cuenta historias y dice un montón de gilipolleces. Tengo esto, conozco a tal Persona, me deben tanto dinero, y sigue y sigue y sigue. En un momento dado empieza a hablar sobre Las Vegas y un viaje que hizo allí para reunirse con Mikey el Nariz. Leonard, que no ha prestado la menor atención a Bobby la mayor parte de la comida, empieza a escucharle. No habla, y no es evidente que esté interesado, pero veo que empieza a escuchar con más atención. Bobby dice que Mikey era un cerdo gordo y borracho, estúpido con su dinero y estúpido con su boca, y que cuando por fin le despacharon hubo fiestas en todo Nueva York. Bobby dice que él debía a Mikey una cantidad considerable de dinero y que con la muerte de Mikey la deuda desapareció. Bobby dice que la última vez que fue a Las Vegas, se fue a buscar la tumba de Mikey y se meó encima. Yo observo a Leonard mientras Bobby dice estas cosas. Observo que su cara es una máscara de tranquilidad, observo que sus manos están quietas sobre la mesa. Sé que si Bobby estuviera diciendo estas cosas de alguien a quien yo quisiera, saltaría por encima de la mesa para estrujarle el cuello. Leonard simplemente escucha. Leonard simplemente mira desde su asiento.

Terminamos de comer y nos levantamos y vamos en grupo a la Conferencia. Nos sentamos al final y jugamos a las cartas. Por primera vez desde que le conozco, Leonard pierde todas las rondas que jugamos. Ted gana tres, Ed y Matty ganan dos, Miles y yo no ganamos ninguna. Cuando termina la Conferencia todo el mundo le devuelve su dinero a Leonard. Salimos.

Cuando vamos por los Pasillos hacia la Unidad, Ken sale de su Despacho y me llama para hablar conmigo. Entro en su Despacho y me siento y él se sienta también.

Hoy tenemos que hablar de unas cuantas cosas.

Coge una hoja de papel y me la pasa.

Esto es una autorización para que un Abogado que trabaja con

nosotros pueda ponerse en contacto con los estados en los que tienes cuestiones pendientes e intentar poner un poco de orden. Tienes que leer el documento, escribir los estados y las Ciudades donde crees que tienes problemas, y firmarlo. No tienes obligación de hacerlo, pero nosotros te recomendamos vivamente que lo hagas.

¿Tienes algo para escribir?

Claro.

Coge un bolígrafo y me lo da. Lo tomo, empiezo a leer el documento.

Una cuestión relacionada, o en cierto modo relacionada, es que hemos visto que te has hecho muy amigo de Leonard. Nos preocupa un poco.

Levanto la vista.

¿Por qué?

Eres un hombre joven con una relación inestable con la ley. No nos parece que Leonard vaya a ser una buena influencia en ti.

¿Y eso por qué?

¿Tienes idea de cómo se gana Leonard la vida?

Es un Hombre de Negocios de alguna clase.

Ken ríe.

¿Qué clase de negocios?

No le he preguntado.

¿Has notado alguna vez que la gente tiene miedo a Leonard?

Sí.

¿Y por qué crees que es?

Porque vive sin miedo. Eso tiende a asustar a la gente.

Ésa no es la razón, James.

¿Cuál es la razón, Ken?

Supongo que sabes más de lo que dices, pero te lo voy a decir de todos modos. Leonard está metido en el Crimen Organizado. Es una figura bastante importante en ese mundo. Le hemos pedido que no hable ni alardee de lo que hace, y porque tiene problemas auténticos y graves de Toxicomanía, le admitimos, pero le mantenemos bastante vigilado.

Me encojo de hombros.

De alguna forma hay que ganarse la vida.

¿Ésa es tu forma de reaccionar?

Ésa es.

A nosotros nos parece que no debes pasar tanto tiempo con él. Creemos que va a tener un efecto negativo en tu recuperación.

Leonard y yo somos amigos. Me cae bien y confío en él y le respeto. No veo cómo tener un amigo así puede perjudicarme.

¿Te ha pedido alguna vez que hagas algo ilegal?

Me echo a reír.

No.

¿Te ha contado alguna vez cómo se gana la vida?

Dice que es un Hombre de Negocios, no dice mucho más.

Me gustaría una definición de ese mucho más.

No voy a hablar más de esto, Ken.

Es por tu propio bien, James.

Siguiente tema, Ken.

Respira hondo y mira hacia un montón de papeles sobre su mesa. Levanta la vista.

Tus Padres van a venir aquí. Se han apuntado en el Programa de Familia.

¿Qué?

Hemos estado hablando con ellos con bastante regularidad desde que llegaste aquí y han decidido que quieren venir al Programa. Todos los que tenemos algo que decir al respecto pensamos que es una buena idea.

¿Habéis pensado en preguntarme a mí?

Nos imaginábamos cuál iba a ser tu reacción.

¿Cuándo llegan?

Mañana.

¿Vienen de Japón?

Sí.

Sacudo la cabeza y miro al suelo. Dejo que venga y viene veloz. Ira, rabia, odio, vergüenza y horror fundidos todos en la Furia la perfecta hermosa y terrible Furia. Nada puedo hacer con ella y nada puedo

hacer para detenerla a menos que beba y la mate o me meta drogas y la mate o haga ambas cosas y la mate. Aprieto la mandíbula y cierro los puños y lucho conmigo mismo. Quiero colocarme.

¿Estás bien?

Miro a Ken.

No.

¿Qué sientes?

Estoy furioso.

¿Algo más?

Quiero beber.

¿Algo más?

Quiero ponerme ciego.

¿Algo más?

Quiero saltar por encima de tu jodida mesa y hundirte los putos dientes en la garganta.

¿Tengo que llamar a Seguridad?

Respiro hondo.

¿Qué va a pasar cuando lleguen aquí?

Aprieto la mandíbula.

Te quedarás en la Unidad por la noche y harás las comidas donde sueles hacerlas, pero pasarás el día en el Centro Familiar.

Aprieto los puños.

¿Y qué se hace allí?

Entrarás en Terapia de Grupo con otros Pacientes y sus Familiares y pasarás algún tiempo a solas con tus Padres.

Me contengo.

Puta madre.

¿Por qué no los quieres aquí?

Porque no.

¿Por qué?

No voy a decirte nada más sobre eso.

Miro hacia la hoja que me ha dado, escribo los nombres de las Ciudades y de los estados y se la devuelvo.

¿Algo más?

Creo que tenemos que empezar a trabajar en descubrir al origen de tu ira.

Le miro y me río y me levanto y salgo de su Despacho. Los Pasillos son más luminosos y la Furia en mi interior quiere verlos derrumbados, llenos de agujeros reducidos a escombros. Odio estos jodidos pasillos quiero destruirlos destruirme destruirlo todo. Respiro hondo y me contengo y me dirijo a la Unidad. Quiero salir al exterior y quiero respirar aire libre quiero aire que no sea de aquí dentro y quiero espacio que no esté aquí dentro. No quiero paredes, ni Pasillos, ni Unidades, ni Consejeros, ni Reglas, ni Dios, ni Poderes Superiores, ni Pasos, ni Grupos, ni Conferencias, ni Comedor, ni nadie a quien ver con quien hablar con quien tratar. Quiero respirar. Aire vacío, aire libre.

Cruzo el Nivel Superior y voy al Nivel Inferior y paso junto a una Sesión de Grupo que dirige Lincoln y me pregunta qué hago y no le contesto y abro las puertas de cristal y salgo y respiro respiro respiro y el aire es gratis.

Empiezo a caminar. No tengo ni idea de adónde voy, simplemente camino. Tomo un Sendero y lo sigo y me lleva hasta el refugio de los Pinos. Aquí dentro está más oscuro y me siento menos vulnerable y más cómodo. Estoy respirando profundamente, todo lo profundamente que puedo respirar, y el aire me está calmando. La Furia se ha disipado y es rabia viva, una ira como de fuego, totalmente controlable, y es fácil evitar que queme o dañe.

El Sol está alto, su luz se hace añicos en las ramas de los árboles, su torrente ilumina tierra, hojas secas y plantas podridas muertas por el frío del Invierno. El hielo centellea a la sombra esperando a fundirse. Dentro de una hora habrá desaparecido. Dentro de diez horas volverá. Otro día otro ciclo que llega se va vuelve mañana se va otra vez. Tengo frío. Hay calor en la luz pero yo la evito. Me calentaré caminando. No tengo prisa.

Sigo el Sendero y el Sendero me lleva bordeando el Lago. El Lago es igual que todos los días igual. Láminas de hielo, vida debajo, pájaros arriba. El ruido destruye el silencio, el silencio anega el ruido. Los reflejos se desplazan lentamente sobre el agua distorsionando la

realidad el objeto o la imagen. Ambos son reales y todo es real. Está todo frente a mí la vida está frente a mí y detrás de mí y por encima de mí por y debajo y rodeándome. Puedo verla y sentirla y oírla y tocarla. Dentro y fuera. Ahora mismo.

Hay un banco vacío. Me siento cierro los ojos abro mi ser. No sé a qué me estoy abriendo. ¿Es a Dios o a algo Superior? ¿Soy yo o lo que me rodea? ¿Importa? ¿Necesito saberlo? Importa porque es lo que me mantiene entero. Esta apertura me está permitiendo recoger los pedazos de una vida destrozada. Necesito creer en ello para seguir creyendo en mí. Necesito saber qué es. Qué es lo que me está haciendo abrirme.

Me levanto y camino por el borde del agua hasta que termina en un Mar de hierba amarilla. La hierba está muerta ahora pero en Primavera volverá porque así es el Mundo. Las cosas mueren y regresan. ¿Es biología o Dios o algo Superior? ¿Somos biología o Dios o algo Superior? Lo que sé es que mi corazón late y lo escucho. El latido es biología, pero qué es esta canción. ¿Existirá esta canción cuando cese el latido? ¿Se queda uno cuando muere, puede la una vivir sin el otro? ¿Importa? Importa. Tengo que creer en algo. Es lo que me mantiene entero.

Sigo por el camino de Pinos y cruzo la desolación turbia de cenagal y podredumbre y vida que existe gracias a la muerte. Bajo hacia la espesura de Robles y Pinos. El Sol sigue alto y caliente sus rayos desparramados siguen bailando sobre el suelo de tierra y mis pies se mueven con facilidad. La Furia ha desaparecido, en su lugar aire libre y el vacío callado de una calma solitaria. Estoy callado y vacío. Estoy tranquilo.

Si algo busco es esto. La calma. Si hay Dios o algo Superior para mí es esto. La calma. Si hay algo que me sostenga cuando necesite sostén es esto esta calma. No hay ira, ni rabia, ni Furia. No hay afán ni deseo. No hay odio ni vergüenza ni arrepentimiento. No hay dolor, ni tristeza, ni depresión. No hay miedo. Nada de miedo. Cuando uno vive sin miedo no pueden destruirte. Cuando uno vive con miedo estás destruido antes de empezar a vivir. La calma que siento en este

momento. ¿Qué es?

Estoy perdido en el Bosque pero sigo en el Sendero. Estoy buscando eso que tengo pero que perderé otra vez. Lo he buscado antes para curar la enfermedad que soy yo mismo. En una Iglesia siendo Niño sí lo encontré. Cogido de las manos de mis Padres no sentí nada. El amor no me trajo más que soledad y horror. En botellas y pipas encontré vacío y dolor. A los veintidós años después de la Cárcel y la vinculación y la huída volví a una Catedral donde lo que buscaba era calma. La calma no me vino. La tengo ahora. Sin Dios. La tengo ahora.

El Bosque se deshace en hierba parda y quebradiza y una cuesta me lleva hasta un punto donde veo todo lo que me rodea. Veo árboles y Bosques y Pantanos y Lagos y pájaros y animales y hombres y mujeres y los Edificios de la Clínica y el Cielo y lo que sea que hay más allá del Cielo. Oigo el viento y el agua y el grito de los pájaros que pasan volando y los gritos de los Pacientes encerrados, desintoxicándose. Los percibo y me percibo a mí mismo. Noto la vida que hay en ellos y la vida que me rodea. La noto en la calma palpitante de mi corazón. No es Dios y no es algo Superior. El sentimiento de calma de mi corazón. No es Dios y no es algo Superior. Este sentimiento de calma es mío, está dentro de mí, sale de mí y es creado por mí. No es Dios. No es algo Superior.

Me quedo sentado mirando al Mundo. Lo veo y lo oigo y lo toco y lo siento. Es lo que es, tierra y roca y agua y Sol y aire y ondas de luz y ondas de sonido compuestas de elementos definibles. Puede ser creado o reproducido por el hombre a voluntad. La ciencia nos ha dado ese poder. No hay misterio en ello. Nosotros podemos crearlo todo en el laboratorio. No hay ya misterio como había en la aurora de la historia cuando nadie sabía qué o cómo o por qué. Ahora tenemos respuestas. Respuestas que revelan la verdad. Una verdad que no es Dios y no es un Poder Superior. No hay Dios. No hay Poder Superior.

Dejo que penetre por la abertura de mi calma. No hay Dios. No hay Poder Superior. Dejo que penetre hasta el centro profundo y simple de lo que soy que es biología y energía y un corazón que late que canta en un lenguaje que sólo yo puedo hablar. Dejo que penetre y se mezcle y

se asiente con la calma, no hay nada más. No voy a luchar más con Dios. No voy a luchar con nada Superior. Luchar es un reconocimiento de existencia. Ya no necesito luchar o reconocer lo que me consta que no está ahí. Todavía quedan luchas por librar, y las libraré, pero no con la fe ciega de una falsa conversión a una creencia en eso que no existe, ha existido o existirá, Dios o algo superior. Lucharé con lo que tengo, con mi corazón, mi voluntad, yo mismo, mi canción. Lucharé con lo que tengo. Puede que gane, puede que pierda. Da igual una cosa o la otra. Lo que importa es cómo lo haga. No hay Dios ni nada que pueda llamarse un Poder Superior. Lo haré con lo que tengo. Solo. Con lo que tengo.

Sé que es casi hora de encontrarme con Lilly. Me pongo de pie y bajo la cuesta dejando atrás los gritos, los edificios y la Unidad. Vuelvo al Sendero y el Sendero me lleva al punto donde lo dejo y me echo a un lado hasta entrar en el Claro. Está ahí esperándome. Está esperándome viniendo hacia mí me besa me besa me besa. Se aparta y sonríe.

Hola.

Sonrío.

Vamos a sentarnos.

Vale.

Nos sentamos.

Te he echado de menos.

Sonrío.

Me alegro.

Sonríe. Es una sonrisa dulce, sutil. El tipo de sonrisa que te rompería el corazón si te quedaras mirándola demasiado tiempo. Sigue cogiéndome de la mano y yo sigo tranquilo y sé que estoy de subidón. Subidón de mí y subidón de ella. Habla Lilly.

¿Puedo besarte otra vez?

Claro.

Se inclina. Me besa me besa y estoy de subidón. Me besa. Se retira, habla.

Cuéntame algo.

Te toca a ti.

Quiero que empieces tú.

¿Por qué?

Porque eres más valiente que yo.

¿Por qué piensas eso?

Tú cuéntame algo.

¿Qué quieres oír?

Cuéntame una historia de amor.

No soy experto en amor, pero lo intentaré.

Gracias.

La miro a los ojos. Son azul claro como el agua. Me reconfortan como si tuviera sed. Hablo.

Cuando fui a la Universidad había una Chica. Pasé tres años mirándola y pensando en ella y esperando a que me hablara. Yo sabía que ella sabía que la miraba, pero si yo hablaba primero sabía que iba a pensar que estaba loco, o sea que dejé que ella hablara primero. En mi último año coincidimos en algunas Clases, y después del primer día de la primera Clase me esperó y mantuvimos una conversación breve. Me preguntó por qué la miraba sin parar y le dije lo que había estado esperando a decirle desde la primera vez que la vi, que era la Chica más preciosa que había visto en mi vida. Me preguntó si lo que contaban de mí era verdad y le dije que probablemente. Después de eso no hablamos durante un tiempo, y yo dejé de mirarla, pero sabía que ella echaría de menos mis miradas y que antes o después se acercaría a mí. Tenía razón. Pasados dos meses del semestre me preguntó si quería estudiar para los parciales con ella. Después de estudiar salimos a beber algo con sus amigos. Yo no llevé drogas y bebí sólo lo suficiente para controlarme los temblores y las tiritonas y todo fue bien.

Empezamos a ir juntos todo el día, estudiando, en Clase, comiendo, tomando café y fumando cigarrillos, bebiendo cerveza, haciendo cualquier cosa, y llegamos a ser muy amigos. Empecé a beber sólo por las noches y también dejé de vender droga.

Tomo aliento, miro al suelo, recuerdo. Estos recuerdos son buenos, de los pocos buenos que tengo. Vuelvo a mirar a Lilly.

Llegó Navidad y se fue a su casa en Connecticut y yo me fui a Brasil,

donde vivían entonces mis Padres. Me dio el número de la casa de sus Padres y me dijo que la llamara, y aunque quería llamarla, no lo hice. Decidí que era mejor dejar que me echara de menos, pensando que si me echaba de menos de algún modo cambiarían las cosas entre nosotros. Yo quería más, mucho mucho más. Pensaba que sería feliz si ella me quería, pensaba que su amor me ayudaría a resolver mis problemas, y sobre todo estaba enamorado de ella y quería que ella sintiera lo mismo por mí.

Lilly sonríe, sacude la cabeza, habla.

Qué tontería.

¿El qué?

Pensar que el amor podía resolver tus problemas.

Asiento con la cabeza.

Sí.

¿Te molesta que haya dicho eso?

Sacudo la cabeza.

Es difícil molestarte cuando algo es verdad.

Sonríe.

Quiero oír el resto.

Río brevemente.

Cuando volvimos a la Universidad me preguntó por qué no la había llamado. Le dije que imaginaba que estaba ocupada con su familia y no quería molestar. Sonrío y me dijo que de ahora en adelante podía molestar todo lo que quisiera. Yo sonreí y procuré mantener la calma, pero no pude. El corazón empezó a latirme con fuerza y las manos empezaron a temblarme. No lo dijo, pero yo lo sabía. Me había echado de menos.

Un par de días después fuimos a un Bar para reunirnos con unos amigos suyos. Ella se sentó más cerca de mí de lo que solía, se rió algo más fuerte de mis chistes, me tocó con más afecto en la pierna, en el hombro, en la nuca, en la mano. Me tocó y me trató como si fuera su novio y a mí me encantó. Una media hora después de llegar entraron unos Polis con un Tipo que no había visto en mi vida. Eran Policías de Ciudad Pequeña, Gilipollas gordos y tontos con bigotes y barrigas y

pistolas y placas. Yo los conocía a ellos y ellos a mí. En los años que había pasado en esa Ciudad, me había burlado abiertamente de ellos y les había desafiado a que me cogieran con algo, cosa que nunca hicieron. Ahora venían con un Tipo nuevo, y se me acercaron directamente, llenos de esa bravuconería de mierda de los Maderos, y sacaron una orden de detención y dijeron que tenía que ir a la Comisaría con ellos para responder a unas preguntas. Dijeron que había otro equipo registrando mi Casa con perros. Yo me reí y les dije que se fueran a la puta mierda, y el Tipo nuevo sacó su placa y dijo Hijo, soy del FBI y se te ha acabado el chollo, y me agarró y me sacó de allí a la fuerza. Lo hizo ahí mismo delante de ella, y delante de sus amigos. Fue humillante de cojones. Después de pasarme años enamorado de esa Chica, estaba seguro de que no volvería a dirigirme la palabra.

El camino en coche hasta la Comisaría fue de coña. Yo canté el Himno Nacional a voz en cuello, y entre estrofas preguntaba a los Polis cuándo parábamos para ir de putas. El interrogatorio fue aún más ridículo. El Agente del FBI no hacía más que preguntarme sobre mis viajes a Brasil, que no tenían nada que ver con drogas, y sobre las personas que conocía en Suramérica, y yo alternaba las respuestas. No diré nada hasta que tenga un Abogado. Con ese bigote pareces un jodido imbécil.

Al final llegó el equipo que había encargado el Registro y no había encontrado nada en mi Casa porque no había nada que encontrar, y tuvieron que soltarme. Me largué de ahí y, al salir, mandé a tomar por culo a todos los policías que vi.

Lilly ríe.

¿Y qué dijeron ellos?

Dos me ignoraron, otros contestaron lo mismo, uno me tiró una taza de café.

¿Te dio?

No.

¿Fuiste a ver a la Chica?

Cuando salí por la puerta estaba esperándome sentada en el parachoques de su coche.

¿Estaba disgustada?

Asentí.

Sí. Había estado llorando.

¿Qué hiciste?

Estaba fumando un cigarrillo y mirando al suelo y no me vio, o sea que me acerqué y le pregunté si esperaba a alguien. Levantó los ojos y sonrió y me rodeó con los brazos y lloró en mi hombro. Cuando terminó de llorar, me preguntó si tenía problemas y le dije que no y ella me preguntó cómo estaba y le dije que bien. Entonces me miró a los ojos y me cogió la mano y dijo si vamos a estar juntos, yo tengo que estar con la Persona que conozco, no con esa Persona de la que tanto he oído hablar. Yo no puedo vivir con Policía y drogas y alcohol y todo lo demás que tengas entre manos, o sea que decide ahora mismo quién vas a ser. Yo sonreí y le dije quiero ser una Persona de la que puedas sentirte orgullosa. Voy a hacer todo lo que pueda para ser esa Persona. Si estás dispuesta a aceptarlo simplemente di sí con la cabeza. Si no, simplemente márchate. Pero si asientes, voy a besarte, aquí y ahora y en los labios, y ese beso será mi promesa de que voy a ser mejor persona.

Se me quedó mirando y sonrió y asintió y yo solté mis manos de las suyas y las puse en sus mejillas y la besé y durante algún tiempo, al menos, ese beso me cambió, y durante algún tiempo, al menos, ella y yo estuvimos enamorados.

¿Y entonces la jodiste?

Sí.

¿Qué hiciste?

No quiero hablar de eso ahora.

¿Por qué?

Porque no.

¿Qué quieres hacer?

Quiero besarte otra vez.

¿Porque estás pensando en ella?

No, porque estoy pensando en ti.

Lilly sonríe y me suelta las manos y me abraza y me estrecha y me

besa suavemente la piel del cuello. Me siento a salvo en sus brazos, a salvo como nunca me he sentido, y la calma y el poder de la calma siguen conmigo. Levanta la cabeza ligeramente la levanta y me besa con suavidad en los labios y me abraza más fuerte nunca me he sentido tan a salvo y tan tranquilo. En sus brazos. Besándola.

Suelta y se retira. Me sonríe y me pasa una mano por la mejilla.

Me gustaría ser ella.

¿Por qué?

Porque sería estupendo que alguien sintiera todo eso por mí.

¿Nunca has estado enamorada?

Ni por asomo.

¿Y nadie se ha enamorado de ti?

Los hombres siempre quieren follarme, pero ninguno se ha enamorado de mí.

Eso no me lo creo.

Es la verdad.

No me lo creo.

Me mira fijamente.

Es la verdad.

Yo la miro igual.

Por si significa algo para ti, yo no quiero follarte.

Ella ríe.

Gracias.

Me pareces preciosa, pero no quiero follarte porque cuando hubiéramos terminado no querría que te sintieras jodida. Intentaría hacerte el amor, y probablemente sería torpe e inepto, pero cuando hubiéramos terminado, me gustaría que te sintieras querida.

Sonríe.

Gracias, James.

Sonrío.

Gracias, Lilly.

Seguimos sonriendo y mirándonos a los ojos y nos hablamos con el silencio que se extiende entre nosotros. Es fuerte, es protector y es tranquilo. El silencio entre nosotros.

Lilly mira su reloj.

Se está haciendo tarde.

Sí.

¿Nos vemos mañana?

No lo sé.

¿Por qué?

No sé si puedo.

¿Te estás asustando?

Un poco, pero no es por eso por lo que no puedo verte.

¿Por qué es?

Mis Padres vienen mañana. Tengo que hacer el Programa Familiar con ellos y no sé cuánto tiempo libre voy a tener.

¿Estás ilusionado?

No.

¿Por qué?

No me llevo bien con mis Padres, y no me apetece que vengan.

Cambia de actitud, Colega.

Río.

¿Qué?

He dicho cambia de actitud, Colega.

¿De qué me hablas?

De que tienes una suerte de la hostia de tener Padres. Y todavía más suerte si te quieren. Si están dispuestos a dedicar tiempo a venir aquí y a procurar entender por qué eres como eres y a intentar aprender a ayudarte, entonces te ha tocado la puta lotería. No seas borde con ellos y procura entender cómo deben sentirse por tener que venir a verte aquí y lo preocupados que deben estar por ti.

Siempre han estado preocupados por mí. Eso es parte del problema.

Por lo que sé de ti, probablemente no les faltaba razón.

Quizá.

Nada de quizá. Cambia de actitud y procura no ser borde con ellos y recuerda la suerte que tienes sólo por tenerlos.

Bajo los ojos, miro al suelo, asiento con la cabeza. Ella me coge por la barbilla y me levanta la cara para mirarla.

Quiero que digas vale mi querida Lilly, intentaré no ser borde con mis Padres.

Sonrío.

¿Te estás poniendo dura conmigo?

Asiente.

Soy mazo Dura, Colega. Y no lo olvides, joder.

Me echo a reír.

Vale mi querida Lilly. Intentaré no ser borde con mis Padres.

Ríe también.

Gracias.

Me quedo mirándola, dejo que vaya desapareciendo mi sonrisa no desaparecerá dentro de mí. Nunca me he sentido tan a salvo ni tan calmado. Esta Chica currada, herida, Drogadicta Mazo Dura sentada frente a mí con su pelo negro y sus trenzas y sus ojos claros azul agua y sus cicatrices sus cicatrices las cicatrices de sus muñecas desnudas bajo el reloj de plástico me hace sentirme a salvo y calmado.

Quiero verte mañana, pero no sé cómo va a ser esa historia con mis Padres. Cuando vayas a comer, siéntate de forma que puedas ver la Sección de Hombres. Si estoy de espaldas, es que no puedo verte. Si estoy de frente puedo verte, y el número de platos sobre mi bandeja es la hora a la que estaré aquí.

¿Y si no puedes venir hasta las doce de la noche?

Entonces voy a parecer un puto imbécil.

Ríe.

Bésame antes de irte.

Me inclino y la beso, le beso los labios suaves y húmedos y cálidos. La rodeo con los brazos y estrecho a esta pequeña amiga mía Mazo Dura.

Se aparta y nos ponemos de pie. Habla.

Que pases buena noche.

La pasaré.

Se vuelve y empieza a alejarse. Hablo.

Lilly.

Se detiene y mira atrás.

¿Qué?

Te echaré de menos.

Sonríe.

Me alegro.

Se vuelve y desaparece entre el verde. Yo giro en dirección contraria y sigo adelante y salgo al Sendero y vuelvo caminando lentamente. Me siento a salvo y tranquilo y quiero que este sentimiento dure todo lo que pueda conservarlo. Me detengo delante de la puerta de cristal de la Unidad. Miro a través del cristal a los hombres ellos no están ni a salvo ni tranquilos. Están viendo la tele, jugando a las cartas, fumando cigarrillos y bebiendo café. Hablan de tonterías y cuentan historias. No están ni a salvo ni tranquilos. La adicción necesita combustible. Están llenando el depósito.

Sé que no puedo conservar este sentimiento, que desaparecerá antes o después. Me decido por antes y abro la puerta y entro en la Unidad. Voy a mi Habitación. La puerta está cerrada o sea que llamo suavemente y no hay respuesta. Abro la puerta y entro y Miles está sentado en su cama. Tiene la cara entre las manos y está llorando. Estoy seguro de que me ha oído entrar, pero no quiere darse por enterado. Tiene la cara entre las manos y está llorando.

Salgo por donde he venido y cierro la puerta. Estoy en el Pasillo y las luces están encendidas y las paredes son blancas y me gustaría que fueran azul claro azul agua.

Entro en el Comedor. Es pronto y está vacío. Cojo una bandeja y un plato de palitos de pescado con salsa tártara y elijo una mesa y me siento. Empiezo a comer. Como despacio. El pescado está tibio y pasado, el pan rallado sabe a tierra mojada. Con cada bocado una parte de mí se inflama y quiere más quiere todo el pedazo de pescado de una vez grita y suplica por quinientos palitos todos a la vez con rebozado terroso y todo. No importa lo asquerosos que sean los quiero. Sentado, respiro y aprieto la mandíbula. Miro fijamente hacia delante. Bocado a bocado. Aguanta. Un bocado detrás de otro. No es tan difícil. Un bocado detrás de otro. Son putos palitos de pescado. Aguanta.

Termino de comer. Empiezan a llegar los hombres poco a poco, no se

sientan conmigo. Quiero más comida, pero no me levanto de la mesa. Me quedo sentado y resisto, sentado y aguanto, sentado, aguanto. Soy consciente de que la batalla que estoy librando es insignificante, pero también soy consciente de que, para ganar lo grande, hay que ganar primero lo pequeño. La adicción es la adicción y la lucha es la lucha. Son aplicables los mismos principios. Tú aguanta.

Veo que Leonard sale de la cola. Lleva carne y macarrones en lugar de pescado. Sonríe y me saluda con la cabeza y viene a mi mesa y se sienta. Acaba de ducharse y tiene el pelo mojado y las mejillas enrojecidas.

¿Cómo vas, Chico?

Voy bien. ¿Y tú?

He tenido un día estupendo.

¿Por qué?

A ti qué te importa.

¿Por qué?

Deja de preguntar por qué.

¿Puedo preguntar cómo?

Es posible.

¿Cómo te ganas la vida, Leonard?

Ríe.

Ya sabes cómo, Chico.

Quiero oírte decirlo.

¿Te han estado contando cosas?

Sí.

A mí también.

¿Qué te han dicho?

Me han dicho que no quieren que sea una mala influencia en ti.

Yo les dije que no lo eras.

Gracias.

¿Cómo te ganas la vida?

Ya lo sabes, Chico.

Quiero oírte decirlo.

Leonard coge un bocado de carne y pasta. Sonríe mientras mastica.

Soy Director en la Costa Oeste de una gran Empresa Financiera Italiana.

Me río.

¿Hay algo más que quieras saber?

No.

Mejor déjalo estar.

Sí.

¿Has visto a tu Novia hoy?

Sí.

¿Ya admites que es tu Novia?

Algo así.

¿Es buena?

Sí, sí lo es.

¿Te gusta?

Me gusta.

¿La quieres?

En cierto sentido.

Anda con cuidado, Chico. También me han preguntado por ella.

¿Cómo pueden saber nada de ella?

Lo saben todo.

¿Cómo?

No es difícil saber las cosas si quieres saberlas.

Supongo.

¿Sabes lo que yo creo?

¿Qué?

Creo que el amor es escaso en el Mundo. Si crees que vas a tenerlo con esa Chica, entonces que se joda quien intente impedírtelo y que se jodan sus Reglas. Arriésgate y haz lo que puedas y procura que no te cojan. Si te cogen, vuelve a hacerlo.

Yo río.

Eres una mala influencia, Leonard.

Sonríe.

No Chico, no lo soy.

Sonrío y Leonard sonríe. Comemos en silencio y nadie se sienta con

nosotros. Terminamos de cenar y vamos a la Conferencia y nos sentamos con Ed y Ted y Matty en los mismos asientos que nos sentamos siempre con ellos. Jugamos a las cartas y los resultados vuelven a ser normales. Leonard gana, todos los demás perdemos. Las apuestas son lo bastante pequeñas para que a nadie le importe el tiempo pasa lento aquí dentro y el juego simplemente contribuye a acelerarlo. Sabemos que Leonard va a repartir lo que gane cuando terminemos. Ganas un par de pavos, pierdes un par de pavos. Ni caso al que está en el estrado. Ya no me molesto ni en mirar.

Termina la Conferencia y volvemos a la Unidad. Me sirvo una taza de café y busco un sitio en uno de los sofás entre varios hombres y veo la tele. Hay una serie sobre un grupo de Médicos que trabajan en la sección de Urgencias de un hospital de barrio marginal. Una de las historias de esta serie es sobre una Adicta a la Heroína que ha llegado al Hospital después de una sobredosis.

Es una joven muy guapa en cuyo cuerpo no hay ni un moratón, cicatriz o marca de picarse. Lleva ropa sucia que está andrajosa de un modo muy atractivo. Llora cada vez que alguien le habla y tiene grandes ojeras negras bajo los ojos, aunque su llanto es claramente de pacotilla y las ojeras son de distinto tamaño cada vez que la vemos. Empezó a fumar maría por tontería, conoció a un hombre y se enamoró, el hombre resultó ser un Camello de heroína que la enganchó a esa sustancia. Ahora no puede dejarlo, y después de meterse una dosis especialmente grande, ha despertado y se ha encontrado en Urgencias, que es la única parte de la historia mínimamente auténtica. Ella se niega a aceptar responsabilidad alguna por la situación. Grita que no ha sido culpa suya una vez y otra y otra.

Mientras vemos el programa, algunos de los hombres abuchean cuando aparece la Chica, un par de ellos aplaude y ríe, uno refunfuña y tira un zapato contra la televisión, que después recoge y balancea en la mano hasta que ella vuelve a aparecer. Si tuviera una pistola, probablemente haría añicos el aparato.

Al avanzar el coñazo de capítulo, la Chica se enfrenta a sus problemas con ayuda de un joven Doctor de Urgencias muy guapo. Él

la aleja de la adicción, la mete en Alcohólicos Anónimos. La deja quedarse en su piso, la consuela cuando llora, cuando sale de trabajar lleva a casa zumos especialmente nutritivos para que los tome. Se enamoran y después de una emotiva cena a la luz de las velas, surge el sexo, glorioso, romántico y multiorgásmico. Para cuando termina el programa, ella ya está recuperada. Ha dejado la adicción del todo y tiene una nueva vida. Termina con una escena del Doctor y ella caminando Calle abajo con un cachorro de Labrador correteando junto a ellos.

Si pudiera, daría caza a los Creadores de esta absoluta gilipollez puta mierda de cuento de hadas y los encerraría en una habitación y les daría drogas hasta que fueran profunda y crónicamente Adictos. Entonces les daría una sobredosis, los llevaría a las Urgencias del hospital de barrio marginal más cercano, y los dejaría a la puerta, justo al lado de los Tipos sin techo con navajas, los Adictos con SIDA y la Pasma y los conductores de Ambulancia fumando sus cigarrillos. Los dejaría ahí un par de días, y después volvería para ver cómo iban. Si seguían vivos y en este mundo, cosa bastante improbable, les preguntaría si su experiencia tiene algún parecido remoto con lo que ellos han presentado al Público. Les preguntaría si habían terminado ya con la desintoxicación y se sentían estupendos. Les preguntaría si habían asistido a su primera Reunión de AA y si habían encontrado Trabajo y si habían encontrado Piso. Les preguntaría si se habían enamorado en una cena a la luz de las velas y si habían experimentado el mejor sexo de su vida. Les preguntaría si ya se habían comprado sus cachorros de Labrador. Después de escuchar sus respuestas, no no no por favor ahora qué hago no joder estoy jodido por favor ayúdame no no no no, les preguntaría cómo iban a presentar la adicción al Público de ahora en adelante. Les preguntaría si iban a romantizarla, a glorificarla, a tomarla a la ligera a mostrarla de una forma totalmente engañosa. No no no por favor qué hago ahora joder estoy jodido no por favor ayúdame no no no no. Eso me parecía, Hijos de puta. Que no.

Después del programa me levanto y me voy a mi Habitación. No he visto a Miles desde que le vi la vez anterior y me paro para pegar el

oído a la puerta antes de abrirla. Oigo un llanto, sollozos contenidos suaves, palabras susurradas al aire, un puño golpeando una almohada. Me gustaría meterme en la cama, bajo las mantas, abrigado, pero no quiero molestarle, o sea que suelto la puerta y me vuelvo a la Unidad.

Me sirvo otra taza de café y vuelvo al sofá. El Nivel Inferior está vacío menos yo y otros dos hombres. No los conozco y no hablo con ellos.

Hay un programa de entrevistas en la televisión y un Actor de Cine está hablando sobre su afición a las carreras de coches y el Presentador finge estar interesado en lo que dice. Sonríe, asiente cuando hay que asentir, recalca los comentarios del Actor con respuestas humorísticas. El público del programa está cautivado, y aunque sé que es una memez, yo también estoy cautivado. Soy un Alcohólico y un Drogadicto. Necesito combustible. Me sirvo de lo que hay.

Bebo otra taza de café, veo otro programa de entrevistas, me adormilo y me espabilo. El café ya no me afecta y la televisión es un narcótico. Su parpadeo soporífero me nutre me llena me mata me sujeta me mantiene aquí y me da algo en que concentrarme. Los dos hombres del sofá contiguo al mío están profundamente dormidos. Uno de ellos hace muecas y gime, gritando en voz baja una palabra muy común grita para para para. El otro está tranquilo y ronca. Pensaría que está muerto si no fuera por el ruido. Me adormilo y me espabilo.

La televisión es narcótica.

Duermo y despierto.

Duermo.

Despierto.

Duermo.

Despierto.

Un hombre que vende crecepelo grita compren compren compren el pelo crece crece crece. La mata de pelo que siempre han soñado. Es suya si compran compran compran y crece crece crece. Está en la playa. Lleva una preciosa rubia en cada brazo. Viste un traje barato.

Apago a ese hombre. Me voy a mi Habitación y abro la puerta. Entro. Miles está despierto, sentado en la cama. Está leyendo la Biblia. Me saluda con la cabeza y yo hago lo mismo. Me meto en la cama y me acomodo bajo las mantas y me hago un ovillo.

Me despierto. Por la ventana entra una luz gris y entorno los ojos para evitarla. El primer pensamiento que tengo es mis Padres. Estoy cabreado.

Salgo de la cama, me ducho, me afeito, me lavo los dientes. El espejo, yo, mis ojos, hoy no tienen importancia. Ni por asomo.

Mientras me visto entra Miles con dos tazas de café. Me da una a mí.

Te he traído un café.

Gracias.

¿Te gusta solo, verdad?

Sí.

Bebo un sorbo, dejo la taza sobre la mesilla junto a mi cama, sigo vistiéndome. Miles va hacia su cama, se sienta y habla.

Te agradezco que me dejaras la Habitación ayer.

No tiene importancia.

Estaba dando vueltas a unas historias.

¿Estás bien ya?

Estoy mejor.

Se produce un silencio denso. Un instante. Miles mira al suelo y a mí otra vez.

Era vergüenza, James.

¿Qué?

Tengo que hacer frente a un sentimiento de enorme vergüenza,

James. Por eso estuve aquí ayer todo el día. Era vergüenza.

Si alguna vez necesitas hablarlo con alguien, haré lo que pueda.

Gracias, James. Sé que lo harás.

Termino de vestirme, me siento en la cama. Miles mira fijamente al suelo.

¿Estás bien?

Asiente con la cabeza. No parece estar bien.

Me levanto, me acerco a él, me siento en su cama, le rodeo con los brazos, le abrazo. Él me abraza también con fuerza y siento la vergüenza correr por sus brazos. Yo soy un Delincuente y él es un Juez y soy blanco y él es negro, pero en este momento nada de eso importa. Es un hombre que necesita un amigo y yo puedo ser ese amigo. Espero a que me suelte, espero a que se deshaga de lo que quiera que sea, y pasados dos minutos largos me suelta. Me pongo de pie y hablo.

Si necesitas algo, ven a buscarme. Yo no sirvo para mucho, pero haré lo que pueda.

Asiente.

Gracias, James.

Salgo de la Habitación y entro en el Pasillo y el Pasillo vuelve a traerme la rabia. Rabia porque mis Padres están aquí. Rabia porque no quiero verlos. Entro en la Unidad y voy a preparar el café, pero el café ya está hecho. Miro el Tablón de Trabajo. En el espacio junto a mi nombre dice Familia.

Salgo de la Unidad y voy al Comedor. Cojo una bandeja, un plato y un burrito para el desayuno. Me siento en una mesa vacía. Estoy cabreado y quiero estar solo.

Como con prisa. El burrito está relleno de huevo, bacon, queso y pequeños trozos de verduras indefinibles. Está asqueroso, pero me lo como de todas formas. Quisiera comerme cien. La rabia está transformándose en Furia. La Furia está subiendo.

Termino de comer y salgo y voy hacia la Sala de Conferencias. Hay hombres delante de mí y hombres detrás de mí. No les hago el menor caso. Sigo caminando. Joanne está esperándome a la puerta de la Sala de Conferencias. Me pide que vaya a su Despacho. Recorremos los

Pasillos uno junto al otro.

¿Cómo estás, James?

Bien.

Pareces enfadado.

Lo estoy.

¿Por qué?

Porque sí.

Llegamos a su Despacho. Entramos. Ella se sienta en una silla, yo me siento en el sofá.

Tus Padres llegaron esta mañana temprano. Han estado instalándose en el Centro de Familia. Tenemos una reunión con ellos dentro de unos minutos.

Estupendo.

¿Esto no te gusta, verdad?

No.

¿Por qué?

Porque no quiero enfrentarme a ellos.

¿Por qué?

Porque me cabrean.

¿Por qué?

No sé por qué.

Tiene que haber razones específicas.

Sean cuales sean las razones son gilipolleces. Cosas como que me agobian o que se preocupan por mí, chorradas que me he ganado a pulso.

¿Crees que esos sentimientos pueden ser realmente válidos?

No lo sé.

¿Cuánto tiempo hace que los tienes?

Estoy cabreado con mis Padres desde siempre.

Quizá podamos averiguar por qué mientras están aquí.

Lo dudo.

No olvides que están aquí porque te quieren y quieren ayudarte. Tampoco es fácil para ellos.

Lo intentaré.

Lo habitual es empezar sentando a todos en una Habitación. Para que tus Padres puedan entender dónde estás y lo que pueden hacer para ayudarte, tienen que saber lo que has hecho y hasta qué punto lo has hecho. Nos gustaría que se lo contaras tú.

Eso va a ser una puta pesadilla.

¿Por qué crees eso?

Mis Padres saben que bebo mucho, y saben que me meto drogas, pero no tienen ni idea de la cantidad, y no saben nada de mis problemas con la justicia.

¿Cómo es que no lo saben?

Porque nunca se lo he dicho.

¿Crees que van a reaccionar mal?

Me echo a reír.

Mal no es la palabra para describir cómo creo que van a reaccionar.

Sea cual sea su reacción, le haremos frente. Por eso están aquí, por eso estamos aquí.

Supongo.

Creo que te vas a sorprender.

Lo dudo un huevo.

Joanne mira su reloj.

Tenemos que irnos.

Vale.

Abre la puerta y salimos de su Despacho y empezamos a recorrer los Pasillos. Están iluminados y me cabrean, con cada paso me siento cada vez más cabreado. No quiero ver a mis Padres. No quiero estar en la misma Habitación con ellos. No quiero hablar con ellos, no quiero que ellos hablen conmigo. Así ha sido siempre. Son mis Padres. No quiero tenerlos cerca.

Me empiezan a temblar las manos y el corazón a latirme como un Cañón en un Campo de Batalla. Joanne se da cuenta y me coge la mano, la mano que tiene más cerca y la aprieta y sonríe. Yo intento sonreírle a ella, pero no puedo. La Furia está subiendo. No quiero ver a mis Padres.

Llegamos a la puerta. Joanne llama con los nudillos y una voz dice

adelante. Me mira y me aprieta más la mano. Yo miro al suelo. Estoy temblando y mi corazón mi corazón mi corazón. Levanto los ojos y respiro hondo y asiento con la cabeza. Joanne abre la puerta.

Entramos. Mi Madre y mi Padre están sentados en una mesa de reuniones en la otra punta de la Habitación. Estoy temblando. Están junto a un hombre totalmente calvo de treinta y tantos años vestido con un jersey negro y vaqueros negros. El corazón mi corazón mi corazón. Cuando el hombre se vuelve para mirarme, mi Madre se pone de pie. Lleva pantalones caqui y camisa blanca y una chaqueta azul y un fular de seda con estampado de cachemir y su peinado es perfecto y su maquillaje es perfecto y lleva diamantes en los dedos y diamantes en las orejas. Viene corriendo hacia mí. La Furia está subiendo. Quiero largarme de aquí. Quiero salir salir salir.

James.

Me abraza. No me gusta que me toque y no la abrazo. Me suelta, pero deja las manos sobre mis hombros.

Tienes un aspecto estupendo.

Quiero que aparte las manos.

Has ganado peso.

Que aparte los ojos.

Y tienes mejor la cara y los dientes. Tienes mucho mejor aspecto.

Vuelve a abrazarme. Quiero que se vaya. Que se vaya de una puta vez.

Ay, James.

Retira las manos, se queda mirándome. Mi Padre se adelanta. Pantalones caqui, camisa azul estilo Oxford, chaqueta azul. Un reloj grande muy caro. Me abraza. Quiero que se aparte.

¿Cómo estás, James?

Me suelta.

Estoy bien.

Pareces mucho mejor.

Supongo que lo estoy.

Joanne se acerca.

¿Señor Frey?

Saca la mano para saludarle. Él la toma.

Llámame Bob.

Joanne asiente.

Bob, yo soy Joanne. Soy la Psicóloga que ha estado trabajando con tu Hijo.

Papá sonríe.

Tiene mejor aspecto.

Joanne sonríe.

Está mejor, y va camino de ponerse mucho mejor.

Mi Padre sonríe.

Estamos muy orgullosos de él por haber venido aquí.

Joanne sonríe.

Y así debe ser.

Mi Padre asiente, me mira. Yo miro a otro lado. Habla Joanne.

¿Por qué no nos sentamos y empezamos ya?

Mi Madre sonríe y asiente con la cabeza. Mi Padre dice bien. Se sientan en los mismos sitios donde estaban. Yo me siento en el extremo de la mesa lo más lejos posible. Mantengo las manos sobre las piernas me están temblando. Miro fijamente hacia delante miro a la superficie blanca y luminosa de la pared. Joanne se sienta entre nosotros, mira al hombre de negro y hace un gesto con la cabeza.

El hombre habla.

Hola, James. Mi nombre es Daniel, y soy Consejero del Centro de Familia.

Miro a la pared.

Voy a trabajar contigo y con tus Padres mientras estén aquí.

Me tiemblan las manos.

Como creo que ya sabes, solemos empezar el Programa Familiar con la Persona que tiene algún problema de toxicomanía hablando a sus Familiares sobre su adicción y su consumo.

El corazón mi corazón mi corazón. Como un Cañón en un Campo de Batalla.

Queremos que seas todo lo sincero que puedas y que hables todo el tiempo que creas necesario.

Asiento con la cabeza.

Empieza cuando quieras.

Miro directamente a la mesa. Mi Madre y mi Padre están esperando.

Antes de empezar sólo quiero decir que yo no quería hacer esto, que desearía que no hubierais venido, y que siento mucho que tengáis que oír lo que voy a contar.

Mi Padre mueve la cabeza y aprieta la mano de mi Madre.

Llevo bebiendo desde que tengo memoria. De pequeño, solía robar sorbos de las cervezas en los partidos de fútbol a los que íbamos juntos y beberme lo que quedaba en los vasos de vino de vuestras cenas de amigos. No sé por qué lo hacía, pero lo hacía. Por alguna razón, me permitía sentirme mejor conmigo mismo, y me gustaba, me gustaba más que nada de lo que había experimentado en mi vida. Lo hacía todo lo que podía y siempre que podía, que era bastante. Fuimos a muchos partidos y hacíais muchas fiestas. La primera vez que me emborraché tenía diez años. Vosotros habíais salido a un concierto o una función filantrópica y yo me escapé de Casa sin que se diera cuenta la canguro y fui por la calle hasta una fiesta que hacían unos Chicos del Instituto. A ellos les pareció divertido que estuviera ahí y me dieron de beber hasta que vomité. Volví a Casa como pude y la canguro estaba dormida y me metí en la cama.

Mi Madre se seca los ojos, mi Padre le aprieta la mano.

La primera vez que fumé un porro tenía doce años. Lo mismo. Me colé en una fiesta de Chicos mayores y me lo dieron. No me gustó mucho, pero me gustó que creyeran que yo era uno de los suyos. Volví a hacerlo todo lo que pude, y como vosotros salíais mucho y os ibais mucho de viaje, era fácil. A las chicas que nos cuidaban les importaba una mierda y a veces me acompañaban.

Mi Madre se lleva una mano a la cara, mi Padre mira a la mesa.

La primera vez que perdí el conocimiento fue a los catorce años. Estaba bebiendo y fumando en el sótano de la casa de alguien y lo siguiente que supe es que era de día y estaba en Casa. Por entonces me colocaba tres o cuatro veces a la semana. A los quince años empecé a tomar cosas más fuertes, cocaína y ácido y cristales de metanfetamina.

Todo eso me gustaba más que los porros, o sea que dejé de fumarlos y es la única droga que he dejado en mi vida. A los quince años también vendía drogas y alcohol. Me iba al Gueto del Puerto y me encontraba con un tipo que se llamaba Freddy. Era un camello de segunda y si le daba un par de pavos me conseguía lo que quisiera. La gente sabía que yo conseguía mierda y me llevaban ahí en coche. El trato era que me tenían que comprar algo a mí también. Cuando nadie me llevaba, cogía tu coche. Cuando no tenía dinero, Freddy me daba a crédito. Le caía bien y me llamaba James *el Blanquito,* y así me conocían por allí. Era una gilipollez y peligroso, pero a mí me encantaba aquello, me parecía guay, y me permitía tener todo lo que quisiera y cuando lo quisiera. Y lo quería a todas horas.

Mi Madre empieza a llorar, mi Padre me mira fijamente.

Los dieciséis y los diecisiete fueron más de lo mismo. Compraba y vendía alcohol y drogas, me metía todo lo que podía de lo que pudiera pillar. Me colocaba antes de ir a clase, en clase, después de clase. Me colocaba todos los días. Bebía y me drogaba sobre todo con metanfetamina, y cuando tuve esa sobredosis, fue de eso, metas y alcohol. No sé cuánto me metí porque perdí el conocimiento. Vosotros no sabíais lo que pasaba porque yo no contaba nada a los Médicos. Sé que estáis ahí sentados pensando que tendríais que haber sabido más y habérmelo impedido, pero se me daba bien ocultar las cosas y además lo intentasteis, con insistencia. Si os acordáis, me amenazasteis con mandarme a Rehabilitación un montón de veces y yo os decía que si me mandabais me iría de casa y no volveríais a verme. En aquel tiempo, lo habría hecho. No había nada que pudierais hacer para cambiarme. Yo no habría cambiado.

Respiro hondo. Mi Madre se ha acercado más a mi Padre y está sollozando con la cara en las manos. Veo cómo le escurre el maquillaje entre los dedos. Mi Padre me mira y tiene los ojos húmedos. Nunca le he visto llorar, ni siquiera estar a punto de llorar.

Los dieciocho. Más de lo mismo. Me fui a la Universidad en Otoño. No había Reglas, vosotros no andabais por allí y me mandabais dinero mensualmente. Estaba en el Cielo. Perdía el conocimiento todas las

noches, siempre me estaba sangrando la nariz por meterme coca a todas horas, me meaba en la cama tres o cuatro veces a la semana porque estaba demasiado borracho para levantarme. Los diecinueve, lo mismo, pero probablemente peor. A los veinte empecé a fumar coca. Utilizaba todo el dinero que me mandabais para comprar y vender. El FBI empezó a investigarme por vender y me interrogaron en la Comisaría de Policía de allí cinco o seis veces. Nunca me encontraron nada. Los veintiuno. Mal año. Empecé a fumar crack, que me encantaba. Lo fumaba todo lo que podía, que era prácticamente todos los días. El crack es una droga muy mala, y me jodió. Estaba vomitando sangre, meando sangre, cagando sangre. Vomitaba a todas horas. No sé muy bien cómo pude arreglármelas, pero terminé los estudios y me buscasteis un trabajo en Europa. Sé que lo hicisteis pensando que sería bueno para mí tener un empleo y bueno para mí alejarme de aquí, pero no lo fue. No tenía que trabajar casi nada y me pasaba el tiempo colocándome y metiéndome en líos. Allí no había crack, pero había heroína, en base y en polvo, y tomaba mucha de las dos.

Mi Madre solloza tras sus manos, a mi Padre le resbalan lágrimas por la cara. No se las seca, sigue mirándome.

Mientras estaba allí volví para ver a mi Novia de la Universidad. Sé que la recordáis porque os caía muy bien, y teníais esperanzas de que la cosa funcionara entre nosotros. Lo habíamos dejado al final de la Universidad y después nos reconciliamos por carta y por teléfono, y ella pensaba venir y quedarse a vivir conmigo. Yo estaba ilusionado y lo veía como una especie de última oportunidad para redimirme. Sabía que si ella venía tendría que enderezarme porque estaba harta de mis jodiendas. Estaba esperanzado y eso era bueno y tan entusiasmado que rompí una de mis Reglas, que era no llamarla nunca cuando estaba borracho. Tres noches seguidas la llamé y no me acuerdo qué le dije porque perdí la conciencia. Cuando la llamé otra vez al cuarto día, su Madre cogió el teléfono y me dijo que no volviera a llamar, que no quería volver a saber nada de mí jamás. Yo me acojoné y me puse hasta las cejas y después decidí volver a los Estados Unidos porque sabía que ella estaba planeando una visita a la Universidad para ver a unos

amigos.

No puedo mirar más a mis Padres, y miro a la mesa.

Volé de París a Chicago, y de Chicago a Ohio fui en coche. Cuando llegué allí estuve sobrio hasta que la encontré y cuando la encontré no quiso hablar conmigo. Me dijo que me fuera, que no quería volver a verme, hablarme o tener nada que ver conmigo nunca jamás. Yo estaba destrozado. Salí y bebí todo lo que pude y fume todo el crack que pude y cuando ya estaba bien cargado decidí ir a buscarla e intentar hablar con ella otra vez. Fui a un Bar donde solía ir y donde sabía que estaría. Cuando iba en el coche, la vi delante del local con algunos de sus amigos. Como estaba mirándola a ella sin prestar atención a la carretera me metí en la acera y le di a un Policía que estaba allí. No le di fuerte porque sólo iba a unos ocho kilómetros por hora, pero le di. Ella me vio, y muchas otras personas me vieron. El Policía pidió refuerzos y yo me quedé dentro del coche mirándola y esperé. Llegaron los refuerzos y se acercaron al coche y me pidieron que saliera y yo dije si queréis que salga, venid a sacarme cabrones Hijos de Puta. Abrieron la puerta y yo empecé a pelear y me dieron una paliza con las porras y me arrestaron. Al sacarme de allí pataleando y gritando, intenté que la gente les atacara para liberarme, pero no ocurrió. Cuando estaba sentado en la trasera del coche patrulla, ella se acercó y me miró y estaba llorando y yo le pregunté si podía venir a pagar mi Fianza y asintió y dijo sí, iré. Estuve en la Cárcel esa noche y comparecí ante el juez a la mañana siguiente acusado de Asalto a Mano Armada, Agresión a un Agente del Orden, Delito Grave por Conducción bajo los Efectos del Alcohol, Alterar el Orden Público, Oponer Resistencia al Arresto, Conducir sin Carné, Conducir sin Seguro, Intento de Incitación al Desorden, Posesión de Narcóticos con Intención de Distribuir y Delito Grave de Mutilación. Lo único falso era lo de los narcóticos, y eso era una gilipollez porque tenía intención de metérmelos, no de distribuirlos. Ella no apareció, o sea que un Colega mío pagó mi Fianza con una tarjeta de crédito y yo me volví a París. Por lo que yo sé, todavía me buscan por todos esos cargos.

Levanto los ojos. Mis Padres están callados y ambos lloran. Les

resbalan lágrimas por la cara y mi Madre respira con dificultad. Se desmorona y empieza a sollozar. Espero a que se le pase, pero no se le pasa. Los sollozos siguen siguen siguen. Mi padre la rodea con los brazos y le susurra al oído, pero no sirve de nada. Mi madre solloza. La miro y espero a que se le pase. Tarda una eternidad. Una jodida eternidad. Cuando se ha tranquilizado, vuelvo a hablar.

Me quedé en París, seguí drogándome, sabía que me estaba matando y me daba igual. De allí me fui a Londres donde hice lo mismo. Cuando volví aquí y me fui a Carolina del Norte empecé a fumar crack otra vez. El crack es una droga maligna y peligrosa y yo fumaba toda la que podía. También bebía todo lo que podía beber, que en aquel momento era una buena cantidad. No recuerdo gran cosa de lo que hacía allí porque estaba colocado siempre, pero sé que me volvieron a detener. También sé que me detuvieron en Michigan, aunque no tengo ni idea de qué estaba haciendo en Michigan. Me salté la Condicional en los dos sitios, o sea que probablemente me buscan ahí también. Durante los últimos seis meses no he hecho más que beber y fumar y esperar a morirme.

Mi Madre solloza y mi Padre la abraza. Esta vez no espero a que se le pase, quiero acabar de una vez con esto.

No os hago responsables de esto y no creo que pudierais haber hecho nada para impedirlo. Soy lo que soy, es decir, un Alcohólico y un Drogadicto y un Delincuente, y soy lo que soy porque yo mismo me he hecho así. Hicisteis por mí todo lo que estaba en vuestra mano, y me quisisteis todo lo que os era posible, y no os podía pedir nada más. No tengo excusas para lo que he hecho o para ser quien soy o para lo que os he hecho pasar todos estos años.

Mi madre solloza otra vez. Con más fuerza que antes y con sollozos más desgarrados. Tiene las manos manchadas de maquillaje y la cara y la ropa, y le cuesta respirar. Se agarra a mi Padre, que la abraza y mira al suelo. Le corren lágrimas por la cara que le caen al pantalón, veo temblar sus labios. Mueve la cabeza y empieza a levantar los ojos hacia mí, pero no puede hacerlo.

Me quedo sentado y les miro. La Furia está dentro de mí y ha subido

y está a punto de estallar. No entiendo por qué ocurre esto, pero cada vez que estoy cerca de ellos, ocurre. Ellos intentan quererme, yo les hago daño. Ellos procuran portarse bien y ser razonables, yo me niego a portarme bien y a ser razonable. Ellos intentan ayudarme, y a mí me sienta mal que lo hagan. No entiendo por qué. Son mis Padres. Están haciendo todo lo que pueden.

Así ha sido siempre en mi caso. Si me dan algo bueno, lo destruyo. Si me quieres, te destruyo. Nunca me he sentido digno de nada en toda mi vida. Nunca he sentido que mereciera el espacio enfermizo que ocupo. Este sentimiento ha dominado todo lo que he hecho, todo lo que he visto o ha tenido algo que ver conmigo, y ha infectado toda relación mía con todo el mundo que he conocido en mi vida. No lo entiendo. No entiendo por qué lo tengo. Lo odio como me odio a mí mismo y, por la razón que sea, la presencia de mis Padres siempre lo empeora. Ellos sólo intentan quererme, pero siempre lo joden todo a tope.

Joanne se levanta y se acerca a mí y me habla al oído.

Creo que debemos irnos.

Miro a mis Padres. Siguen llorando. Gotean lágrimas de la cara de mi Padre y a mi Madre le cuesta respirar. Quisiera poder hacer algo para consolarlos, pero soy incapaz. Me odio demasiado para hacer nada.

Me levanto y salgo de la habitación. Joanne sujeta la puerta y la cierra detrás de mí. En cuanto está cerrada y en cuanto dejo de ver oír sentir tocar o herir a mis Padres, empiezo a sentirme mejor.

Echamos a andar. Joanne no habla y yo tampoco. Simplemente recorremos los Pasillos. Pienso en mis Padres sentados en esa Habitación llorando por mi culpa y vamos hacia el Despacho de Joanne. Cuando llegamos, abre la puerta. Entramos y me siento en el sofá y ella se sienta frente a mí.

¿Cómo te sientes?

Suicida.

¿Qué?

Es la única palabra que sirve.

¿Tienes ganas de matarte?

No voy a hacerlo, pero en este momento me parece la única

alternativa sensata.

¿Por qué?

Son mis Padres. Cuando estoy cerca de ellos me pongo tan furioso que no me controlo. Esa furia me hace odiarme más que de costumbre, y por eso el suicidio me parece la única alternativa sensata.

¿Necesitas vigilancia?

No. Soy demasiado cobardica para hacerlo de verdad.

¿Crees que el suicidio es un acto de valentía?

No, creo que es una cobardía, igual que la adicción es una cobardía. Pero creo que ambos necesitan cierta clase de fortaleza patética.

¿Fortaleza?

Tienes que ser bastante fuerte para sentir algo tan potente como el odio o el odio a ti mismo. La adicción y el suicidio no son para los débiles.

A mí eso me parece ridículo.

Las cosas ridículas pueden ser verdad.

¿Por qué te enfurecen tanto tus Padres?

No lo sé.

¿Sufriste abusos cuando eras pequeño?

No que yo recuerde.

¿Lo crees posible?

No.

¿Por qué?

Yo me crié en un hogar seguro y protegido. Mis Padres me han querido siempre y siempre han procurado protegerme y hacer todo lo que podían por mí. Me cabrean un huevo, pero no es posible que hubiera abusos.

¿Quizá alguna otra persona?

No.

¿Estás seguro?

Sí.

Saco un cigarrillo del bolsillo, lo enciendo, doy una calada. La nicotina me desacelera el corazón y me calma.

¿Qué tengo que hacer ahora?

Ir a comer, y después te vas al Centro de Familia. Vas a pasar la tarde en Sesiones de Grupo con los Familiares de otras Personas hasta la hora de cenar. Después de cenar nos volveremos a sentar con tus Padres.

¿Por qué?

Para hablar de esta mañana.

Pues va a ser divertido.

Esta mañana fuiste valiente. Fuiste muy sincero y muy franco y dijiste una serie de cosas que probablemente no fue fácil decir. Tus Padres reaccionaron de forma muy normal y muy natural, y si no hubieran reaccionado así, me habría preocupado nuestra posibilidad de hacer progresos contigo. Ahora que saben lo que tienen que saber, podemos centrarnos en cerrar tus heridas y pensar cómo puedes ir avanzando.

¿A qué hora acabaremos esta noche?

Depende de cómo vayan las cosas con tus Padres.

Hazme un cálculo.

¿Pretendes quedar con Lilly?

¿Qué?

Ya me has oído.

Sí, pretendo quedar con Lilly.

No lo hagas.

¿Por qué?

Si te descubren, vas a meterte un lío serio.

Al parecer ya me han descubierto.

Hay cierta idea de que hay algo entre vosotros. No te hemos descubierto.

¿De dónde sale esa idea?

No puedo hablar de eso contigo.

Tú quieres que yo hable contigo, pero tú no quieres hablar conmigo. Eso es una cabronada, Joanne.

¿Eso crees?

Sí, lo creo. Si eres sincera conmigo, yo lo seré contigo. Ése es el jodido trato. Y si no, jódete.

No soy el enemigo.

Lo eres si no eres legal conmigo.

Lilly está muy entusiasmada contigo. Una de las Consejeras de su Unidad la oyó por casualidad hablando de ti con una de sus Amigas. Desde entonces la ha oído hablar varias veces más. Al parecer, tú eres lo único de lo que quiere hablar Lilly.

Sonrío.

¿Por qué sonríes?

Me gusta que esté entusiasmada conmigo.

No es una buena idea, James.

¿Por qué?

Tienes que concentrarte en el motivo por el que estás aquí, que es dejar tus adicciones y reconstruir tu vida. Lilly es una distracción que te aparta de eso. Ambos sois muy frágiles y muy vulnerables en este momento, y si algo va mal entre vosotros pondría en peligro tu abstinencia.

Puedo controlarlo.

El exceso de confianza mata a mucha Gente.

Me hace sentirme bien, mejor de lo que me siento con nadie.

Estoy segura de que es así, pero eso no cambia nuestras Reglas.

No quiero perderla.

Va en beneficio de ambos.

Tendré en cuenta tu consejo.

Haz algo más que tenerlo en cuenta.

Me pongo de pie.

Me voy a comer.

Asiente.

Te veo esta noche.

Me vuelvo y abro la puerta y salgo del Despacho de Joanne. Voy al Comedor. Al pasar por el Corredor de Cristal que separa a los hombres de las mujeres, veo a Lilly sentada en una mesa. Está mirándome y yo la miro a ella, aunque no hago ningún otro gesto. Es difícil quedarme mirándola, difícil porque ya no es la Chica distante que me sonríe. Ahora es más que eso, más de lo que yo creía que podía llegar a ser y más de lo que yo buscaba que llegase a ser. Está convirtiéndose en lo

que yo pretendía que aquélla de los ojos Árticos llegara a ser, que es alguien que me quisiera. Simple y verdaderamente y como soy. Es difícil mirarla fijamente porque sé que ella me mira fijamente para quererme, y yo estoy empezando a quererla. No me importa qué haya hecho o con quién lo haya hecho, no me importa cuáles sean los demonios que tiene en el armario. Lo que me importa es cómo me hace sentirme y me hace sentirme fuerte y seguro y tranquilo y cariñoso y auténtico. Es difícil mirarla fijamente porque estoy obligado a considerar el tener que renunciar a eso. Es difícil mirarla, pero lo hago de todos modos.

Cojo una bandeja y me pongo a la cola y pido un plato de pastel de atún. Pido diez, pero la Señora con la redecilla dice que no. Voy al Bar de Ensaladas y cojo cinco platos. Pongo lechuga en uno, queso fresco en otro, remolacha en el tercero, bocaditos de maíz en el cuarto, picatostes en el quinto. Tengo llena la bandeja y voy a buscar otra. Pongo cuatro platos encima, cada uno repleto de flan, melocotones, trozos de pastel de manzana y de bizcocho de zanahoria. Cruzo lentamente la zona de comedor con ambas bandejas. Pesan y oigo un par de burlas y oigo un par de risas. Una voz que no conozco dice ésa es una adicción patética. Yo me río. Busco a mis amigos Ed y Ted y Leonard y Matty y Miles y me siento con ellos. Habla Leonard.

¿Dónde te has metido todo el día?

Mis Padres están aquí.

Habla Miles.

¿Están en el Programa Familiar?

Sí.

¿Y cómo te ha ido?

Fatal.

¿Por qué?

He tenido que hacer una especie de confesión esta mañana en la que les he contado todas las jodiendas en que he estado metido.

Habla Ed.

¿Qué parte no sabían?

No sabían casi nada.

¿Qué ha sido lo peor?

Lo del crack, y que me busquen en tres estados.

Habla Leonard.

¿Por qué te buscan?

Por un montón de cosas.

Habla Miles.

¿Hay órdenes de arresto contra ti, James?

Sí.

¿Dónde?

En Michigan, Ohio y Carolina del Norte.

¿Estás haciendo algo para arreglar ese asunto?

Alguien está intentando hacerlo.

Habla Ted.

Cuando le dije a mi Madre que fumaba roca me preguntó si podía traerle un poco.

Todos ríen.

Es verdad. Me dijo que había oído hablar mucho del crack ese y que quería probarlo. Compré una bolsa de cincuenta y me lo fumé con ella hasta que se le salieron los ojos de las órbitas. Después de eso ya no quiso más.

Todos ríen otra vez, aunque la imagen de la Madre de Ted saliéndosele los ojos no tenga ninguna gracia. Pasamos el resto de la comida riendo más, sobre todo de Matty, que sigue esforzándose para no decir tacos. De cada cuatro palabras que dice la tercera es coño o joder inmediatamente seguida de otra sarta de palabrotas dirigidas contra sí mismo. Al final deja de hablar del todo. Cuando acaba la comida, los hombres han devorado la comida de todos mis platos todo ha desaparecido. Al levantarnos para salir, miro al otro lado del Comedor y a través del cristal hacia Lilly. Me está sonriendo y la sonrisa me duele. No voy a renunciar no podría renunciar ni quiero renunciar a esa sonrisa. No voy a renunciar. Ni de coña.

Salimos del Comedor. Mis amigos van a la Conferencia, yo recorro los Pasillos por zonas que no conozco, siguiendo letreros que me conducen hacia el Centro de Familia. Llego a la puerta. Un letrero en la

puerta dice Bienvenido a Casa. La abro y entro.

Las paredes blancas son más blancas las luces más brillantes los cuadros colgados más alegres. Están llenos de escenas familiares de meriendas al aire libre en grandes campos verdes con flores silvestres. Las Familias que hay en los cuadros están sonriendo, comiendo, con barritas de pan y fruta y jugando al backgammon. Por todas las paredes hay variaciones del mismo tema. Las sigo y me conducen a una Habitación grande y diáfana. A un lado de la Habitación hay toda una pared de cristal que da al Lago. Hay sillas en la Habitación sillas por todas partes. Sillas grandes tapizadas que parecen cómodas con su tapizado de un estampado alegre. Hay Gente sentada en las sillas están hablando, fumando, bebiendo café, esperando. Esperando a sus Familiares y esperando a recuperarse.

Es fácil saber quién está aquí como parte del Programa Familiar y quién está aquí como parte de su propio Programa. La gente del Programa Familiar lleva ropa más limpia está mejor peinada lleva relojes más bonitos joyas relucientes. Cutis más luminoso, cuerpos lozanos, carne sobre los huesos. Tienen vida en los ojos. Los demás fumamos cigarrillos y bebemos café, nos tiemblan las manos y tenemos ojeras. Nos movemos lentamente y lo único vivo en nuestros ojos es el temor.

Echo un vistazo por la Habitación. Mis Padres están muy juntos en un rincón hablando entre ellos en voz baja. Me ven. Levanto un dedo y mi padre asiente con la cabeza y voy a la máquina de café. Me sirvo una taza de café solo y humeante, y voy hacia ellos.

Se ponen de pie al acercarme yo. Están sonriendo y se han cambiado de ropa, aunque lo que llevan es más o menos igual. Mi madre se ha arreglado el pelo y el maquillaje y vuelve a estar perfecta y la chaqueta de mi padre está recién planchada. Percibo el esfuerzo que hay detrás de sus sonrisas y con cada paso hacia ellos quiero dar media vuelta y salir corriendo. Habla mi Padre.

¿Cómo estás, James?

He estado mejor, ¿y vosotros?

Creo que también hemos estado mejor.

Se produce un silencio, sigue sonriente. Quisiera que dejara de sonreír. Habla mi Madre.

¿Quieres sentarte con nosotros?

Digo que sí y nos sentamos. Ellos están uno junto al otro, yo frente a ellos. Hay una mesa entre nosotros, tiene un cenicero. Busco mis cigarrillos en el bolsillo y los saco. Mi Madre frunce las cejas.

¿Por favor, te importa no fumar?

¿Por qué?

Porque acabo de cambiarme de ropa y no quiero que huela a humo.

Vale.

Vuelvo a meter los cigarrillos en el bolsillo. Mi Madre me observa.

¿Vas a dejarlo mientras estás aquí?

No.

¿Por qué?

Porque no quiero dejarlo.

¿Por qué no?

Voy a darte a elegir, Mamá. O fumo tabaco o fumo crack. Tú eliges.

Ella se encoge claramente dolida. Sabía que iba a ocurrir, pero lo he hecho de todos modos.

Habla mi Padre.

No creo que tengas que hablarle así a tu Madre, James. Evidentemente preferimos que fumes tabaco a que fumes crack.

Entonces no me jodáis con eso.

Cojo la taza de café y me lo bebo de un trago. Está caliente y humeante y me quema la boca, pero me da igual. Levanto la taza y hablo.

Voy a por más café. ¿Queréis?

Mi Padre mira a mi Madre. Mi Madre sacude la cabeza diciendo que no y su expresión me dice que sigue dolida. Mi Padre vuelve a mirarme.

Creo que no.

Me pongo de pie y vuelvo a la máquina de café. Lleno la taza, un hombre alto y delgado vestido como mi Padre toca una campana cerca de la puerta. Todo el mundo se vuelve hacia él. Nos dice que vamos a

separarnos en grupos y que los grupos van a reunirse en distintas Habitaciones. Señala hacia un par de puertas de la pared que hay frente a la de cristal y empieza a leer nombres. Cuando la Gente oye decir su nombre se pone de pie y sale por las puertas. Al regresar hacia la esquina donde están sentados mis Padres, el hombre dice mi nombre. Yo sigo caminando hacia ellos y cuando llego hablo.

Creo que tengo que irme.

Mi Padre asiente, mi Madre parece a punto de llorar. Me doy la vuelta y empiezo a alejarme. Habla mi Padre.

¿James?

Me vuelvo.

Perdona los comentarios sobre el tabaco.

Mi Madre asiente. Empiezan a resbalarle lágrimas por las mejillas.

Sabemos que tienes mucho a lo que hacer frente en este momento y sabemos que estás haciendo todo lo que puedes, o sea que si te hace falta no nos importa que fumes cuando estés con nosotros.

Sonrío. Este gesto sencillo me rompe el corazón.

Gracias.

Mi Padre sonríe y, bajo las lágrimas, mi Madre sonríe. Su sonrisa me hace sentirme un poco mejor.

Os veo esta noche.

Me vuelvo y voy hacia mi puerta. La cruzo y entro en otra Habitación grande. Es blanca, luminosa y alegre. Hay cuadros inspiradores en las paredes con frases como Tómalo Día a Día, Cede y Cede a Dios, Despacio y con Calma. Hay una alfombra gruesa en el suelo y sillas plegables colocadas en un círculo amplio alrededor de la Habitación. Hay Gente sentada en las sillas. Busco una silla vacía sin nadie a los lados y me siento. Estoy solo un momento, pero a un lado se sienta una mujer embarazada y al otro un hombre de pelo canoso. La Habitación se llena, y por cada Paciente de aquí hay unos tres Familiares. Todo el mundo parece nervioso.

Entra una mujer de treinta y tantos años con pantalones caqui y zuecos de buena calidad y calcetines de lana y un sweater gordo de canalé. Tiene el pelo castaño, ojos verdes y podría ser modelo. Se sienta

en la única silla vacía del círculo y sonríe.

Bienvenidos a vuestra primera Sesión de Grupo del Programa Familiar.

La gente mueve la cabeza, un par de Personas dicen gracias.

Lo que vamos a hacer en esta sesión es presentarnos y hacernos preguntas los unos a los otros. A menudo, los Familiares preguntan a los que estamos en recuperación sobre lo que hacemos o por qué lo hacemos o qué pensamos sobre lo que hacemos, los que estamos en recuperación preguntamos muchas veces a los Familiares cómo les afectan nuestros actos o cómo se sienten cuando tienen que tratar con nosotros o por qué su trato con nosotros es de esta o aquella forma o por qué tratan con nosotros punto. No tengáis inconveniente en preguntar lo que sea, siempre que no tenga la intención de herir los sentimientos de nadie. Yo voy a empezar con las presentaciones.

Sonríe.

Me llamo Sophie, y soy Adicta y Alcohólica.

Todo el mundo dice Hola Sophie. El hombre sentado junto a ella sonríe, habla.

Yo soy Tony, y soy Marido de una Alcohólica.

Todo el mundo dice Hola, Tony, y las presentaciones van turnándose por la Habitación. Madre de un Heroinómano, de un Adicto a las Metanfetaminas, Mujer de un Adicto al Crack, Alcohólico, Hijo e Hija de un Alcohólico, Adicto al Vicodin, Mujer Embarazada de un Adicto al Crack. Hay todo tipo de parentescos, todo tipo de Adictos y Alcohólicos. Después de las presentaciones tienen que empezar las preguntas. Al principio nadie habla. La gente mira al suelo, se mira las manos, se mira entre sí. Hay sonrisas incómodas y suspiros exasperados. Pasados unos momentos, un hombre que se identifica como Adicto a la Metanfetamina pregunta cuánto va durar esta sesión. Todo el mundo ríe. Una mujer que se identifica como Esposa de un Alcohólico pregunta lo mismo. ¿Cuánto dura esto? Sophie sonríe y le pregunta si se refiere a la adicción. La mujer asiente y dice que sí. Sophie dice que la adicción dura toda la vida. Dura la vida entera.

Desde ese momento empiezan a sucederse las preguntas. Cómo te

sientes cuando eres Adicto a algo. Horrible. Por qué te sientes así. Porque sabemos lo que nos estamos haciendo a nosotros y os estamos haciendo a vosotros y no podemos dejar de hacerlo. Qué se siente cuando quieres tomarlo. Necesidad, necesidad brutal, necesidad incontrolable, necesidad inimaginable. Cómo te sientes cuando lo tomas. Alivio, seguido de horror, seguido de más necesidad. Por qué no puedes dejarlo. No lo sé. Por qué no puedes dejarlo. No lo sé. Por qué no puedes dejarlo. No lo sé.

Hay otras preguntas, más simples y más técnicas. Qué es el crack y cómo se toma. Crack es cocaína hervida con alcohol etílico, gasolina y levadura en polvo. Lo fumamos en pipa. Dónde se compra la heroína y cuánto cuesta. Se la compras a un camello y es muy cara. Qué es la metanfetamina y cómo se hace. La meta es *speed* y se hace hirviendo un medicamento para el asma llamado efedrina, formaldehído, a veces gasolina o fertilizante, y levadura en polvo. Qué efecto tiene. Te roba el corazón, te roba el alma, te quita la capacidad y el deseo de comer y de dormir, te quita la cordura.

Los Adictos y los Alcohólicos dan respuestas directas y sencillas. No hacemos preguntas. A diferencia de los Familiares, ya sabemos las respuestas. Os jodemos la vida. Os destrozamos todos y cada uno de vuestros días. Somos vuestra peor pesadilla. No sabéis qué hacer con nosotros. Estáis al borde de la desesperación. No sabéis qué hacer. Estáis al borde de la puta desesperación. No sabéis qué hacer.

Al final de la sesión Sophie nos pide a todos que nos cojamos de las manos. Ha surgido cierta intimidad entre nosotros y lo hacemos con gusto. Nos pide que recitemos un poema que ella llama la Oración de la Serenidad. Ella dice un verso y nosotros lo repetimos. Dios concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las cosas que sí puedo, y la capacidad para saber la diferencia. Sonríe sonreímos todo el mundo sonríe. Cuando terminamos de recitar la oración, nos pide que volvamos a hacerlo. Dios concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las que sí puedo, y la capacidad para saber la diferencia. Nos pide que la repitamos una vez y otra.

Cuando se pone en pie, todo el mundo se pone en pie. Nos dice que hemos terminado y todo el mundo empieza a abrazarse. Hay abrazos que sellan un vínculo abrazos que cierran heridas abrazos de agradecimiento de conocimiento y percepción abrazos de comprensión compartida y abrazos de compasión general. Después de los abrazos Sophie abre la puerta y salimos sonriendo y riendo y en mejor estado que cuando entramos. Todo el mundo dice adiós gracias adiós gracias.

Los Pacientes Primarios recorremos los Pasillos hacia el Comedor. Lo hacemos en grupo. Los hombres hablan con los hombres, las mujeres con las mujeres. Es conversación ligera, bobadas vacuas como de dónde eres, cuánto llevas aquí, qué droga prefieres. La charla continúa mientras atravesamos el Corredor de Cristal y formamos una cola. Continúa cuando cogemos bandejas y comida.

La charla para cuando llega el momento de decidir dónde sentarse. Prácticamente todos buscamos una mesa vacía. El resto de los Pacientes no ha llegado todavía, o sea que hay donde elegir. Busco una mesa donde no haya nadie cerca de mí me siento. Como despacio. Miro el plato fijamente, muevo el tenedor hacia el plato, cojo comida, lo acerco a mi boca. Mastico. No presto atención a lo que estoy masticando, y después de unos cuantos bocados no importa. Todo sabe igual. Tenedor al plato, tenedor a la boca, masticar. Todo sabe igual.

Tengo el plato vacío. El resto de los Pacientes está llegando y el Comedor empieza a llenarse. Me levanto con mi bandeja y la pongo en la cinta transportadora y salgo. Vuelvo a la Unidad y voy a mi Habitación. Tengo algo de tiempo libre antes de la reunión con mis Padres. Debería estar preparado. Todo lo tranquilo que pueda para controlar la Furia, porque sé que vendrá. Lilly me tranquiliza, pero Lilly no está aquí. El aire libre me tranquiliza. El librito del Tao me tranquiliza y está junto a mi cama. Me siento en la cama y abro el libro al azar y empiezo a leer.

Quince. Sé tan cuidadoso como si andaras sobre agua helada, tan alerta como un Guerrero en territorio enemigo. Sé tan cortés como un Invitado, tan fluido como un Arroyo. Sé tan moldeable como un bloque de madera, tan receptivo como el cristal. No busques nada y no esperes

nada. Sé paciente y espera hasta que tu barro se pose y tu agua esté clara. Sé paciente y espera. Tu barro se posará. Tu agua quedará clara.

Sesenta y tres. Actúa sin hacer, trabaja sin esfuerzo, piensa en lo grande como pequeño y en los muchos como pocos. Haz frente a la dificultad mientras sea fácil, logra lo grande poco a poco. No busques y encontrarás, si topas con problemas lánzate hacia ellos. No te aferres a la comodidad y todo será cómodo.

Setenta y nueve. El fracaso es una oportunidad. Si culpas a otros, la culpa no tendrá fin. Cumple tus obligaciones, corrige tus errores. Haz lo que tengas que hacer y aléjate. No exijas nada y dalo todo. No exijas nada y dalo todo.

Veinticuatro. Si te pones de puntillas no estarás firme. Si te apresuras no llegarás lejos. Intenta brillar y apagarás tu luz. Intenta definirte, no sabrás quién eres. No quieras controlar a los demás. Retírate y déjalos ser.

Mientras leo este libro me calma sin esfuerzo, llena los espacios en blanco de mi estrategia de supervivencia. Controla olvidando el control, arregla tus problemas olvidando que son problemas. Enfréntate a ellos y al Mundo y a ti mismo con paciencia y sencillez y empatía. Deja a las cosas ser, déjate ser a ti mismo, deja que todo sea y acéptalo como es. Nada más. Nada menos. Nada más.

Estoy preparado. Estoy tranquilo. Aceptaré lo que venga. Salgo de la Habitación. Mis Padres me están esperando al otro lado de la Clínica.

Recorro los Pasillos. Miro hacia delante sin enfocar los ojos en nada. Cada paso es un paso y nada más que un paso, un método para llevarme de un sitio a otro. Doblo esquinas oigo ruidos. Los ruidos son como son, suenan como suenan. El Tao me ha dicho lo que necesitaba oír y lo he oído. El Tao me ha enseñado lo que necesitaba aprender y lo he aprendido. Los ruidos simplemente suenan.

Me detengo ante la puerta del Despacho de Joanne. Llamo. Su voz dice adelante y abro la puerta y entro. Mi Madre y mi Padre están sentados en el sofá. Han vuelto a cambiarse de ropa y están cogidos de la mano. Tienen los ojos secos y los labios tranquilos. Se levantan para saludarme, pero no intentan abrazarme. Les digo hola y no intento

tampoco abrazarlos. Me siento en la silla frente a ellos y vuelven a sentarse. Joanne está tras su mesa. Fuma un cigarrillo.

Tus Padres me han hablado sobre su nueva actitud hacia el tabaco y me la han aplicado a mí también. Espero que no te importe.

Saco un cigarrillo.

Claro que no.

Alcanzo un cenicero.

Estábamos hablando sobre nuestra Sesión de esta mañana. Tus Padres tienen varias ideas e impresiones al respecto, pero hemos pensado empezar con las tuyas.

Enciendo el cigarrillo, chupo. Exhalo el humo.

Esta mañana ha sido horrible.

Joanne me mira.

Creo que tienes que ser más específico y creo que tienes que decírselo a tus Padres, no a mí.

Miro a mis Padres. Están cogidos de la mano y están mirándome.

Siento lo que os dije esta mañana. Ha tenido que ser horrible para vosotros tener que escucharlo todo. Mientras lo contaba, notaba una serie de cosas. Lo primero era rabia. Rabia intensa. No sé por qué, pero cada vez que me acerco a vosotros me pongo furioso, increíble e incontrolablemente furioso. La segunda sensación que tuve fue de horror. Horror porque a medida que tengo cierta perspectiva de mí mismo, voy comprendiendo la Persona verdaderamente horrible que soy. Os he ocultado muchas cosas, todo lo posible, y no puedo imaginar lo que ha tenido que ser para vosotros escuchar los detalles de mi existencia monstruosa.

Doy otra calada al cigarrillo. Mi Madre se sienta más cerca de mi Padre, mi Padre la abraza un poco más.

Me ha dado vergüenza, una vergüenza terrible. Vergüenza de lo que soy, de lo que he hecho, del modo en que he vivido mi vida, de los delitos que he cometido. Vergüenza porque vosotros sois buenas Personas y os merecéis algo mejor que yo. Vergüenza porque os he hecho daño, os he hecho daño una vez y otra y otra, y cada vez que lo hacía, incluida esta mañana, sabía lo que estaba haciendo.

Doy otra calada.

Me he arrepentido por muchas de las mismas razones que me he avergonzado. Pero también porque he echado a perder una gran parte de mi vida, y porque en cierto sentido no tenía por qué haber sido así. No sé cómo tendría que haber sido o cómo podía yo haber cambiado, pero sé que mi vida no debería haber sido como ha sido. Sé que es todo culpa mía.

Otra calada.

Noté que quería beber. Noté que quería meterme drogas. Noté que quería grandes cantidades de ambas cosas. Pero eso me pasa la mayoría del tiempo, o sea que no sé si fue específicamente por nuestra conversación. Sentí humillación, bochorno, vergüenza, remordimiento y tristeza.

Termino y doy una última calada al cigarrillo y lo apago en el cenicero. Mi Padre está abrazando a mi Madre y mi Madre está llorando. Las lágrimas le resbalan por las mejillas, pero tiene la respiración normal y no hay sollozos. Joanne mira a mis Padres.

¿Estáis preparados?

Habla mi Padre.

Sí.

Dile a James lo que sentiste.

Mi Padre respira hondo y me mira y habla. Yo quisiera que mirase hacia otro lado.

Nos afectó. Evidentemente nos afectó mucho. Lo primero que realmente sentí fue sorpresa, y después de la sorpresa, conmoción. Ya sé que trabajo mucho, y siempre ha sido así, y no estoy en casa todo lo que a mí me gustaría, pero no tenía ni idea de que hubieras estado haciendo algunas de las cosas que has hecho y no tenía ni idea de la medida en que las has hecho. Para mí el crack es una droga horrible de Gueto que fuman las Personas sin hogar y los esquizofrénicos y los hampones. No tenía ni idea de que tú la fumabas y me asusta y me inquieta pensar en ello. En cuanto al alcohol, sabía que tenías un problema de alcoholismo, hace mucho tiempo que eso es obvio, pero si llevas tanto tiempo como dices vomitando y perdiendo la conciencia, y

yo te creo, eres un Alcohólico en grado muy, muy serio. Me horrorizó que vendieras drogas. Me horrorizó, me asustó y me decepcionó. Si te hubieran cogido habrías ido a la Cárcel mucho tiempo, y tienes suerte de que no te cogieran. También podría haberte costado la vida, y me parece una especie de milagro que no ocurriera así. En cuanto a cualquiera que sea tu situación con la Justicia ahora mismo, realmente no sé qué decir. Está claro que tu Madre y yo no queremos que vayas a la Cárcel, y haremos lo que sea necesario para ayudarte a que no vayas. Aparte de horror y sorpresa, me quedé decepcionado y herido y muy triste. Me decepciona por ti y por mí y por tu Madre. Hay algo que va muy mal entre nosotros si las cosas han llegado a este punto. Me duele porque es duro enterarse de cosas como las que contaste. Duele porque ahora sé que me han mentido y engañado durante muchos años, y duele saber que creíste necesario mentirnos y ocultarnos las cosas. La tristeza fue principalmente por ti. Me entristece que hayas pasado por cosas tremendas, y ningún Padre, especialmente tu Madre y yo, querría jamás algo así para su Hijo.

Baja los ojos, toma aliento, vuelve a mirarme.

Una parte de mí quería retorcerte el cuello esta mañana y una parte de mí sigue queriendo. Otra parte de mí, la que intento que esté bajo control, quiere abrazarte y decirte que todo va a arreglarse. Otra parte de mí dice que tendría que renunciar sencillamente y dejarte hacer lo que sea que quieras hacer.

Mi Padre se queda mirándome, yo aparto la vista. Se vuelve hacia mi Madre, que mira al suelo. La abraza, consolándola con sus brazos.

Hablo yo.

Papá.

Me mira otra vez.

Lo siento.

Yo también, James. Yo también.

Vuelve a mirar a mi Madre. Han cesado sus lágrimas, aunque le han dejado marcas en la cara.

Lynne.

Mi Madre asiente con la cabeza.

¿Estás preparada?

Mi Madre vuelve a asentir y parece a punto de derrumbarse.

Tómate el tiempo que necesites.

Se aparta de él ligeramente y se pone derecha. Se limpia la cara con un pañuelo y respira hondo.

Aparte de los días en que murieron mis Padres y mi Hermano y mi Hermana, esta mañana ha sido la peor mañana de mi vida. Ha sido horrible. Horrible oírte contar todas esas cosas. Horrible pensar que las has hecho. Horrible pensar en todas las mentiras y engaños. Horrible pensar en las drogas. Horribles los asuntos con la Policía. Horrible el alcohol. Horrible pensar que todo esto ha durado tanto tiempo. Todo lo de esta mañana ha sido horrible.

Está llorando. Se seca otra vez la cara con su pañuelo y vuelve a respirar hondo.

No sé por qué haces estas cosas. No sé qué te impulsa a hacer cosas tan espantosas. Me induce a pensar que soy una Madre terrible y una Persona terrible y que no he hecho nunca nada bien. Me induce a odiarme.

Su respiración va haciéndose más entrecortada. Se vuelve a secar la cara.

Me he quedado horrorizada y dolida y asustada. No sé quién eres. No sé quién eres y eso es tremendo. Eres mi Hijo. Eres mi Hijo. Respira, llora, seca las lágrimas.

Estoy furiosa contigo por esto. Es tan desagradable todo. El crack y perder la conciencia y vender drogas y agredir a la Policía y lo de la Cárcel. Es tan desagradable. Es mi peor pesadilla.

El llanto empieza a ser sollozos. Las lágrimas fluyen.

Me siento como una imbécil por permitir que ocurriera y por haberte defendido todos estos años. Cada vez que alguien decía algo malo de ti, yo te defendía y decía que estaban equivocados. Parece que fui yo la equivocada.

Ya no se molesta en secarse las lágrimas.

Solloza.

Podrías haber sido lo que hubieras querido. Lo que hubieras querido.

Solloza.

Y eres esto.

Solloza.

Esto.

Mi Padre la rodea con los brazos. Ella hunde la cara en su pecho. Llora a gritos y sacudidas, se agarra a las mangas de su camisa. Me quedo sentado y miro y espero. No sé qué hacer. Quiero abrazar a mis Padres y decirles que lo siento, pero no puedo. Quiero pedirles que me perdonen, pero no voy a hacerlo. Quiero cogerles de la mano y decirles que todo va a arreglarse, pero sé que esa promesa no la puedo hacer. Me quedo sentado mirándoles y espero. No sé qué hacer. Quiero tocarles, pero no puedo.

Mi Madre continúa llorando. No puede no quiere no es capaz de dejar de llorar. Mi Padre la abraza y mira al suelo por encima de su hombro. Joanne se pone de pie y se acerca a mí y se inclina hacia mi oído.

Creo que debes marcharte.

Me levanto.

Tienes una reunión con Daniel y con tus Padres mañana por la mañana. Es en la misma Habitación donde estuvimos antes.

Voy hacia la puerta. Antes de salir, me vuelvo y miro hacia mi Madre y mi Padre. Mi Madre está llorando, mi Padre mira al suelo. Joanne está agachada con una rodilla en el suelo y está susurrándoles palabras afectuosas, palabras que no yo merezco oír.

Abro la puerta y salgo. Vuelvo hacia la Unidad. Es de noche y los Pasillos están oscuros. Los iluminan luces cenitales. Odio las luces, quiero que desaparezcan. Quisiera que los Pasillos estuvieran más oscuros. Ansío la oscuridad la oscuridad más negra el agujero horrible y profundo. Quisiera que los pasillos fueran negros, coño. Mi mente es negra y mi corazón es negro y quisiera que los Pasillos fueran negros. Si pudiera, destrozaría las luces de arriba con un jodido bate. Las haría putos pedacitos. Quisiera que los Pasillos fueran negros.

Abro la puerta de mi Habitación. Entro y me siento en mi cama. Miles no está y estoy solo. Tengo la mente negra y el corazón negro y

estoy solo.

Me quito los zapatos y me quito los calcetines. Me subo el pie derecho sobre el muslo izquierdo. Me miro los dedos de los pies. Están sucios y retorcidos y asquerosos por el sudor. Estoy solo y la Furia está dentro de mí. No está bramando, ni siquiera cerca de su punto álgido, pero está ahí. Fluye por mis venas como un virus lento, perezoso, instándome a hacer daño, pero no daño suficiente para constituir destrucción. Quiero que se vaya. Quiero que se vaya. Cuando alcanza la plenitud, a menudo quedo a su merced, pero no ahora. Sé qué hacer para que se vaya, sé cómo hacerla desaparecer. Dale dolor para comer y me dejará. Dale dolor y me dejará.

Con el pulgar y el índice de la mano derecha empiezo a tirar de la uña del segundo dedo de mi pie izquierdo. Sé que es una aberración, un jodido síntoma aberrante de una mente infectada, pero lo hago de todas formas. Tiro. Tiro de la uña.

Siempre es este dedo, siempre esta uña. Al volver a crecer después de mi última agresión, ha crecido de forma que resulta fácil volver a arrancarla. Sobresale un poco sobre el resto de las uñas, su forma es más irregular. Tiene bordes que puedo agarrar, bordes en los que puedo apalancar. Tiro. Tiro de la uña.

Empieza a romperse por la punta. Empieza a doler. La Furia dentro de mí aúlla de placer. Dame más. Dame más.

Tiro y la uña se desprende un poco más. Se desgarra la piel que la sujeta en su sitio, corta las venas que la nutren. Empieza a brotar sangre. El dolor empieza a desplazarse. Como la sangre, el dolor es rojo. Se desplaza desde la uña hacia el pie, baila por el tobillo. Siento a la Furia alimentarse con él. Dame más. Dame más.

Bajo los ojos. Tengo los dedos y el pie cubiertos de sangre. Veo la uña a través del rojo, colgando por la base. Sé que la Furia la ve porque la siento. La siento como un demonio hambriento. Dame de comer. Dame de comer. Échame la puta uña. Dámela, Hijoputa, o te voy a destruir. Échame la puta uña.

Coloco un dedo sobre la uña, y el pulgar entre la uña y el rosa de la carne que ha quedado al descubierto. El pulgar roza la carne y el dolor

ya no es rojo sino blanco y me sube como una descarga por la pierna hasta el estómago. Es devorado al instante y de inmediato pide más. Dame de comer, Hijoputa, o te voy a destruir. Échame la puta uña.

Tiro. Tiro de la uña. La mitad se desprende de la carne. Cierro los ojos tengo la mano cubierta de sangre aprieto la mandíbula y grito en voz baja lloro. El dolor es abrumador y estoy lleno de él. Desde la punta de los pelos bajando hasta los pies lo atraviesa todo y en todas direcciones el dolor está en todas partes. La Furia está engulléndolo. El Demonio está bebiendo. Un tirón final y estará saciado.

Tiro. Tiro de la uña. Se desprende del todo y doy un grito y mi grito ya no es tan bajo esta vez. El dolor está en todas partes, blanco y llameante y frío como el Infierno. Cada célula de mi cuerpo tiembla electrificada, llena de odio y agradecida por el alivio. La Furia sube brevemente sube con una sonrisa y chilla sangre nueva gracias. Se come el dolor. Se lo bebe. Lo consume de todas las formas posibles. Lo hace desaparecer desaparece ya. Te he dado lo que querías, ahora vete.

Exhalo profundamente. Un aliento hondo, hondo como después del éxtasis, como el que hay después de que tu vida haya pasado rápidamente ante tus ojos. Me miro el pie. Está cubierto de sangre, igual que la mano. Me levanto y voy al Cuarto de Baño. Al caminar con el pie herido, sólo apoyo el talón en el suelo. Cada vez que lo toca se produce una descarga palpitante de electricidad roja y blanca. Cada vez que toca el suelo, la descarga se consume.

Abro la puerta. Voy hacia el lavabo, evitando con cuidado el espejo. Cuando llego al lavabo abro el agua fría. Espero a que esté todo lo fría posible. Cuando ya lo está, todo lo fría que puede salir del lavabo, levanto el pie y lo pongo bajo el grifo. Al suelo caen gotas de sangre al levantarlo y me inclino para limpiarlas con la mano.

El agua se junta con la carne y todo se vuelve rosa. El color rosa cae por el desagüe y le sigue más color rosa. El frío cauteriza el dolor, y la Furia lo limpia se relame los labios de lo que aún queda y desaparece. Me quedo de pie y espero. Me lavo la mano. Todo es de color rosa. La sangre mana.

Pasado un momento o dos, pasados breves momentos, la presión del

agua sella las heridas del dedo y cierra los extremos desgarrados de los vasos sanguíneos. El dedo me palpita. No está tan mal. Prefiero que palpite a la otra alternativa. Prefiero alimentarla a dejarla desenfrenada.

Cierro el agua y bajo el pie del lavabo y vuelvo a la cama. Me pongo el calcetín y me pongo el zapato. Salgo de la Habitación.

Es casi hora de marcharse, casi las diez. Entro en la Unidad. Hay hombres desperdigados por la Habitación. Están viendo la televisión, jugando a las cartas, fumando y contando historias, esperando para llamar por teléfono. Leonard está en la Cabina de Teléfono y oigo protestas por el tiempo que lleva ahí dentro. Protestas, pero no actos. Contra la mayoría de los demás hombres habría actos.

Me sirvo una taza de café. Un hombre vestido con pantalones negros de chándal y camiseta negra está apoyado en la pared en el Nivel Inferior de la Unidad. Tiene veintitantos años y aunque está delgado, parece fuerte. Está fumando un cigarrillo y mirándome. Algo en él me resulta familiar, aunque no sé de qué, y algo en él me resulta amenazador, aunque no sé por qué. Simplemente me mira sin moverse. Yo le planto cara y le miro a mi vez. Detrás de su mirada no hay esfuerzo, está convencido de lo que sea que le está pasando por la cabeza. Me resulta familiar y amenazador. No sé por qué.

Suelta una risita y se aparta de la pared y deja de mirarme y va hacia uno de los sofás frente a la televisión y se sienta. Yo le observo todo el tiempo. Le he plantado cara, tengo la impresión de que tendré que volver a hacerlo.

Me vuelvo a mi Habitación con el café. Miles está sentado en su cama sacándole brillo a su clarinete. Levanta los ojos hacia mí cuando entro.

¿Qué hay, Miles?

Nada de particular, James. ¿Cómo vas?

Estoy bien.

Me siento en la cama, empiezo a ponerme ropa más abrigada.

¿Cómo ha ido con tus Padres esta noche?

Bien, supongo.

¿Cómo reaccionaron?

No tan mal como yo creía, pero mal de todos modos.

¿Y tú cómo te sentiste?

Más o menos como ellos.

¿Pero más avergonzado que otra cosa?

Probablemente.

La vergüenza es una cosa terrible. Necesaria, pero terrible.

¿Tú sigues todavía luchando con ella?

Sospecho que voy a luchar mucho tiempo.

¿Por qué?

No soy un buen hombre, James.

Eres Juez. No puedes ser tan malo.

Soy Juez, pero en mi corazón sé que no merezco tener poder para juzgar a nadie.

Eres demasiado duro contigo mismo.

Sacude la cabeza.

No le he dicho esto a nadie, aunque el Personal de la Clínica lo sabe, pero he estado aquí antes. Es mi segunda estancia en la Clínica.

¿Cuándo fue la primera?

La primera vez fue hace años. Vine porque, como ahora, tenía un problema muy serio de alcoholismo, un problema que estuvo a punto de acabar conmigo. Estuvo a punto de destruir mi carrera y, en muchos sentidos, destruyó mi primer matrimonio, que fue con una mujer maravillosa con la que tuve un hijo.

¿Cuántos años tiene?

Tiene doce años. Es un buen chico. Ojalá pudiera verle más a menudo.

Estás aquí otra vez, eso no es para avergonzarse.

Deja el clarinete.

Lo es, James, para mí lo es.

¿Por qué?

Tardé años en recuperarme de lo que ocurrió la vez anterior. Años pasando muchas noches solo mirándome al espejo, años de esforzarme mucho para no beber, y años de intentar reparar mis errores. Ahora, después de todo eso, he vuelto a hacerlo.

¿Por qué lo dices?

Ya te he hablado de mi Mujer anteriormente. Es una mujer estupenda. Es inteligente, guapa, inquieta, independiente, con éxito en su trabajo. Es todo lo que siempre he buscado en una compañera. Cuando la conocí, supe inmediatamente que quería casarme con ella. La primera vez que salimos le conté mi historia. Quería ser sincero con ella, y siendo sincero con ella tenía la esperanza de no repetir esa historia. Después de contársela, sonrió y dijo Miles, eres un hombre bueno y supe desde el primer instante en que te vi que íbamos a estar juntos, pero si me vienes con esa mierda te voy a dar una patada en el culo y a dejarte tirado con la basura.

Yo río un poco, él sonríe.

Me gustó que me dijera eso, y me gustó aún más porque sabía que lo decía en serio. Pensé que sería bueno para mí saber que si volvía a descarriarme, sería castigado por ello. Nos casamos, vivimos como Marido y Mujer durante varios años, decidimos tener Hijos y ella se quedó embarazada. Yo estaba muy confiado, quizá demasiado, confiaba en quién era yo y cómo podía sacar adelante mi vida.

Calla, baja los ojos, respira hondo.

Hacia esa misma época fui a un congreso de Jueces Federales. Se celebraba en Florida, junto a la playa en un hotel muy agradable. Había un campo de golf y el primer día del congreso jugué al golf con otros Jueces con los que tenía alguna amistad, pero que no conocía bien. Después de terminar de jugar, fuimos a un restaurante al aire libre para cenar. Era una noche preciosa, y yo había jugado bien y acababa de hablar con mi Mujer, y estaba en la cima de mi carrera y estaba contento, muy contento de ser quien era y de lo que había hecho con mi vida. Cuando llegó el momento de pedir, todos los demás Jueces pidieron bebidas alcohólicas. Yo decidí pedir una también. Pedí un whisky con Coca Cola. Pensé que podía con ello. En cuanto probé el primer sorbo sentí el golpe del alcohol y supe que iba a tener problemas.

Sacude la cabeza.

Me levanté de la mesa unos minutos después y me fui a mi

habitación y me bebí casi todo lo que había en el mini bar. Estuve durmiendo todo el día siguiente y falté al congreso y cuando rellenaron el mini bar volví a bebérmelo. Cuando me fui a casa empecé a esconder botellas por todas partes, en mi despacho, en el coche, y bebía todo lo que podía. Poco después bebía todo el día y bebía toda la noche. Empecé a guardar una botella de bourbon bajo la mesa del Estrado. Lo servía en un vaso y me lo bebía durante las sesiones del Tribunal. Hacía ver que era agua y lo consumía como si fuera agua. Intenté dejarlo y no pude. Una tarde perdí el conocimiento en un descanso de un juicio y, cuando lo recuperé, un Oficial del Tribunal me estaba esperando. Me dijo que mi Mujer había estado intentando llamarme y había dejado varios mensajes urgentes. Fui inmediatamente a verla y cuando me preguntó qué me pasaba, le dije que tenía gripe. Ella sabía que estaba mintiendo y se enfrentó a mí. Me dijo que me había advertido sobre volver a la bebida y que sabía que había estado bebiendo mucho. Tenía la esperanza de que lo hubiera dejado, pero ahora sabía que no iba a hacerlo. Yo intenté negar mi problema pero ella sacó varias botellas que había encontrado en distintos sitios donde las había escondido yo y me dijo que había llegado el momento de dejar de mentir. Entonces me dijo que me fuera. Me vine aquí inmediatamente.

Respira hondo.

Mi Mujer viene la semana próxima al Programa Familiar. Me espero lo peor, y creo que me lo merezco. He hecho esto más de una vez y me parece deplorable, me parece la peor clase de crimen que puede cometer un hombre contra su Familia. Me detesto por ello y me avergüenzo, me avergüenzo hasta lo más hondo. En ciertos momentos de mi vida profesional he sentenciado a algunos hombres a ser ejecutados. En muchos sentidos me parece que sería una sentencia razonable para mí. Sé que suena a melodrama, pero a mí me parece lo justo.

Sacude la cabeza.

Estoy avergonzado hasta el punto de no saber si quiero seguir viviendo. No te conozco mucho, pero intuyo que tú te planteas estas mismas cosas. También veo que estás cambiando, veo que pareces

encontrar modos de enfrentarte a ellas. Cuando te hago preguntas sobre qué estás haciendo es porque busco algún modo de darme esperanzas de alguna forma de redención. Creo en Dios pero parece que Dios ya no cree en mí. Si sabes algo o tienes algo que creas que puede ayudarme, te agradecería mucho que fueras tan amable de compartirlo conmigo.

Sonrío.

¿Por qué sonríes?

Porque me parece gracioso que un Juez Federal me pida consejo.

Aquí todos somos iguales. El Juez y el Criminal, el Bebedor de Bourbon o el Fumador de Crack.

Supongo que sí.

¿Tienes algo que quieras compartir conmigo, James?

Tengo dos cosas.

¿Cuáles son?

La primera es Leonard.

¿Leonard el Director Financiero de la Costa Oeste?

Río.

Sí, Leonard el Director Financiero de la Costa Oeste. Habla con él. Dile que te mando yo y dile que te hable de aguantar.

¿Aguantar qué?

Tú pregúntale.

Lo haré. ¿Cuál es la segunda cosa?

¿Me has visto alguna vez leer ese librito?

Señalo hacia el Tao. Está en mi mesilla de noche.

Sí.

En unos treinta segundos, voy a salir por esa ventana que tienes sobre la cama.

Miles ríe.

Cuando me haya ido, coge el libro y léelo un poco. Puede que te parezcan tonterías, y es muy posible que lo sean, pero a mí me hace bien cada vez que lo leo.

¿Por qué crees que te pasa eso?

Simplemente tiene sentido para mí.

Lo intentaré.

Me pongo de pie y voy hacia su cama.

¿Te importa dejarme salir?

Se aparta.

No voy a preguntarte dónde vas o qué haces.

Eso es probablemente lo mejor.

Ten cuidado que no te descubran.

Abro la ventana y salgo y la cierro detrás de mí. Siento el frío de inmediato. Es intenso, cortante, tirante e iracundo. Me muerde la cara y la piel de las manos como mordiscos de termitas en la madera.

Echo a andar. Ando deprisa, evitando todas las luces y evitando todas las ventanas. En las sombras me siento seguro y fuerte y cómodo. Sé que no me descubrirán entre las sombras.

Encuentro el Sendero y dejo que me lleve hasta el Claro. Dejo el Sendero donde siempre y me abro camino a través de una maraña densa de ramas y de un tapiz de Pinos.

Al aproximarme al Claro empiezo a darme prisa. Veo con los ojos pero con la mente imagino momentos de un futuro cercano en brazos de Lilly. Una rama me roza. Me cruza la mejilla y me abre un corte en la piel, no es muy profundo pero es un corte.

Entro en el claro y ella está ahí. Está sentada en el suelo helado envuelta en una manta, su cutis pálido es luminoso. Sonríe y se pone en pie y, sin palabras, se acerca, abre la manta, me envuelve en ella, con ella, conmigo. Me besa la mejilla, la que no tengo cortada, me envuelve y me abraza. Tiene los brazos delgados pero fuertes. Me susurra al oído.

Me alegro de que hayas venido.

Yo también.

Te he echado de menos.

Yo a ti también.

Se aparta un poco, lo bastante para ganar algo de espacio. Se coloca a mi lado.

Vamos a sentarnos.

Se queda junto a mí y me guía para sentarme. Nos sentamos sobre tierra helada y hojas rígidas y palos quebradizos. Levanta una mano y me toca delicadamente el corte de la cara.

¿Qué ha pasado?

Me di con una rama.

¿No veías?

No iba atento.

¿Quieres que te cure?

¿Cómo vas a hacer eso?

Tengo poderes especiales.

¿De verdad?

¿Quieres verlo?

Sí.

Se inclina hacia mí y empieza a besarme la mejilla. Yo me aparto.

¿Qué haces?

Curarte.

Esa herida está abierta.

Lo sé.

Tiene sangre.

Lo sé.

¿Estás dispuesta a correr ese riesgo?

Se inclina otra vez.

Lo estoy.

No la detengo. Sus labios llegan a mi mejilla levemente abiertos. Su lengua baila sobre la carne de mi cara. Cierro los ojos. Me atrae hacia ella, sus brazos me rodean delgados y fuertes. Me acerco a ella con los brazos abiertos y libres. Me besa la mejilla hasta el borde de la boca la boca responde. Dice ven y nos unimos. Nuestras bocas abiertas se unen. Deprisa y despacio alternando con fuerza y con suavidad apretando y recibiendo buscando y siendo buscadas. Amando y siendo amados. Estamos bajo la manta. Nos tendemos en el suelo ya no está frío. Ella sobre mí yo junto a ella uno junto al otro nuestras manos se mueven por nuestros respectivos cuerpos. Nuestras manos se juntan. Nos abrazamos. Nos agarramos. Nuestras manos. Una corriente que conecta físicamente y en todos los sentidos.

Ella saca su mano de la mía y la deja bajar por mi pecho, mi estómago, debajo del estómago, más abajo. Me gusta ahí la siento ahí la

quiero ahí pero el miedo se interpone un gran temor estoy asustado. Le quito la mano se la retiro suavemente. Estamos aún unidos con los labios juntos ella vuelve a mover la mano yo se la quito. Tengo miedo. Un miedo enorme abrumador. Miedo casi miedo pánico. Ella separa los labios. Habla.

¿Qué te pasa?

No puedo seguir.

Estás temblando.

Lo sé.

¿Por qué?

Estoy asustado.

¿De qué?

De todo.

¿Qué significa eso?

Pues que estoy asustado.

¿De mí?

No.

Me abraza más fuerte.

Yo no voy a hacerte daño.

Lo sé.

No voy a abandonarte.

Lo sé.

Dime por qué estás asustado.

Miro su cara tan cercana a la mía. Tiene los ojos azul claro. Incluso en la oscuridad son azul agua clara.

Nunca he hecho esto antes.

¿Qué?

Lo que creo que vamos a hacer.

¿Qué quieres decir?

Que nunca he hecho esto antes.

¿Nunca te has acostado con nadie?

Sí, pero no así.

¿Qué quieres decir?

Nunca sobrio.

¿Ni con aquella Novia?

Nunca.

¿Por qué?

No lo sé.

No voy a hacerte daño.

Lo sé.

¿Por qué?

Respiro hondo. Estoy asustado. Hablo.

Ella era virgen cuando la conocí. Había estado esperando hasta enamorarse. Al cabo de un par de meses decidió que estaba lista. Lo hablamos y fijamos un día y salimos a Cenar a un sitio elegante. Yo estaba muy nervioso, o sea que bebí sin parar antes para intentar tranquilizarme. Cuando volvimos a su habitación tenía velas encendidas y flores en la cama y música clásica en el estéreo y era como una película cursi. Empezamos a besarnos y, cuando llegó el momento, no se me levantó. Quería hacerlo más que nada en toda mi vida, pero no pude porque estaba asustado y estaba borracho.

Vuelvo a tomar aliento, empiezo a temblar con más fuerza, siento más temor. Odio los recuerdos y me odio a mí mismo por crearlos.

Lo intentamos una vez y otra y otra. Lo intentamos todas las noches durante dos semanas y no pude hacerlo nunca. Cada vez que fallaba me sentía peor y peor y más y más humillado y más avergonzado. Ella se me estaba ofreciendo, y no podía tomarla porque era impotente. Cada vez que lo intentaba era impotente.

Seguimos juntos algún tiempo, pero no estábamos realmente juntos; éramos como un hábito uno del otro. En su caso era un mal hábito, en mi caso era bueno. La última vez que intentamos acostarnos decidí decirle que la quería. Pensé que si lo hacía desaparecería el miedo y todo funcionaría. Estábamos desnudos en la cama y yo me sentía bien y la miré a los ojos. Tenía ojos azules, muy azules, no como los tuyos sino más claros y más como el hielo, y los miré y dije te quiero. Ella no respondió nada. Se quedó mirándome con esos ojos, y eran fríos e inexpresivos y lejanos, y parecía como si lo que yo había dicho pusiera enfermos a aquellos ojos. Volví a decirlo y ella me apartó

empujándome y salió de la cama y se fue al Baño. Cuando volvió sonrió y dijo eres una persona muy especial y me besó en la mejilla y se dio media vuelta y se durmió.

Respiro hondo.

Durante mucho tiempo yo había pensado que si podía estar con ella sería suficiente para enderezarme. Durante mucho tiempo pensé que de alguna manera ella podía salvarme. Cuando vi que con ella era impotente, y supe que había fallado y que se había terminado, supe también que nunca sería otra cosa que un Gilipollas borracho impotente y lamentable y que lo que debía hacer era empezar a pensar seriamente en suicidarme con alcohol y con drogas. Y así lo hice, y allí donde iba veía sus ojos, y cuando pienso en ella aún los veo, sus ojos en el momento en que le dije que la quería, y vi que la ponía enferma.

Miro a la oscuridad. No me devuelve nada. Me siento embargado por las emociones que sentí con ella vuelven con la misma fuerza. Humillación, vergüenza, apocamiento, incapacidad, impotencia.

Lilly me abraza, pero me deja con mis pensamientos. Miro fijamente a la oscuridad y respiro. Nada hay que pueda cambiar el pasado y nada me ayudará a olvidarlo. Fue como fue y fue como fue por mi culpa. Ojalá hubiera sido distinto, pero nada puedo hacer. Está en el pasado. Es hora de aceptarlo, de dejarlo salir.

Lilly se aparta. Me mira y habla.

Has dejado de temblar.

De momento.

Cuando ocurra, iremos despacio.

Eso estaría bien.

Todo lo despacio que quieras o que necesites.

Gracias.

Y será bueno para mí también.

¿Por qué?

Creo que ya hemos hablado algo de eso.

Un poco.

¿Necesitas algo más que un poco?

Necesito lo que quieras darme.

Quiero dártelo todo.

Entonces dime lo que quieras decirme.

Ella calla, sonríe.

Da miedo.

Lo sé.

Da mucho miedo.

No voy a hacerte daño.

Lo sé.

Y no voy a abandonarte.

Lo sé.

Ni voy a juzgarte.

Gracias.

Sonríe, aparta la mirada un momento, vuelve a mirarme. Su sonrisa desaparece y se apaga la luminosidad de sus ojos y empieza a hablar. Me habla de su Madre. De las adicciones de su Madre y del dolor de su Madre. Me habla del trabajo de su Madre como prostituta y me cuenta que su Madre la vendió. Tenía trece años. Un hombre que pagaba a su Madre la vio y la quiso para él. Su madre necesitaba drogas. Su Madre se la vendió a aquel hombre por doscientos dólares. La vendió durante una hora y la vendió para toda la vida. Vendió su virginidad por una jeringuilla llena de droga. Doscientos dólares por una jeringuilla de droga.

Me habla de los hombres que hubo después de aquel hombre. Cómo su madre la vendía regularmente y dejó de trabajar. Me habla del dolor y la desesperación y el horror. Un hombre tras otro. Un día tras otro. Violación tras violación. Siempre había jeringuillas con droga. Pagadas con su cuerpo. Me habla de cómo empezó ella con las drogas. De que las odiaba y la ayudaban. Un hombre tras otro. Un día tras otro. Violación tras violación. Las jeringuillas la ayudaban.

Me cuenta que se marchó. Después de cuatro años de terror. Un hombre le dio una paliza y usó con ella una pistola cargada y se la metió dentro y cuando hubo terminado, ella se marchó. No tenía dinero ni pertenencias, no tenía coche. Simplemente salió por su pie y siguió caminando, haciendo autostop hasta Chicago, pagando a los

camioneros abriéndose de piernas y dándoles unos minutos de satisfacción. Cuando llegó a Chicago llamó a información y encontró a su Abuela. Aún no la conocía cuando fue a su casa. Llamó a la puerta y su Abuela abrió y ambas empezaron a llorar. No hubo palabras, sólo lágrimas. Ella y su Abuela, llorando.

Me cuenta que volvió a estudiar. Que los Chicos la querían y las Chicas la odiaban. Que se sintió como si llevara mucho retraso. Lo difícil que fue mantenerse apartada y limpia y decente. Lo difícil que fue olvidar. Que olvidar fue imposible. Que conoció a un Chico y le gustó y empezó a salir con él. Que tenía esperanzas y sueños, que creaba fantasías en su cabeza. El Chico empezó a fumar crack y a tomar pastillas y ella quería estar con él y le siguió en eso. Empezó a fumar crack y a tomar pastillas. Él empezó a utilizarla. Sus amigos empezaron a utilizarla también. El corazón se le rompió y no se le ha curado nunca, sólo se le ha vuelto a romper. Fumaba crack y tomaba pastillas. El Chico y sus amigos la utilizaban.

Luego pasó algo. Empieza a contármelo y se echa a llorar. Fue poco antes de llegar aquí. Poco antes de que su Abuela la obligara a meterse en el coche y conducirlo hacia la libertad. Deja de hablar y se pone a llorar. Son lágrimas grandes y violentas. Tiembla y siento su corazón a través de capas y capas de ropa. A través de capas y capas de dolor. La abrazo y llora y ya no hay palabras ni suyas ni mías. No hay palabras que puedan tener algún sentido frente a la vida que ha vivido. Frente a lo que ha tenido que soportar. La abrazo y llora. Yo no voy a ningún sitio. No voy a hacerle daño. No voy a abandonarla. No voy a juzgarla. La abrazo y llora.

Oigo mi nombre. Siento que alguien me da con el pie. No estoy seguro de que sea real. No estoy seguro de qué hacer. Mi nombre. Un pie. Alguien me llama. Alguien me da con el pie.

Abro los ojos. Aún está oscuro, pero va aclarando. Estamos en algún momento de la hora anterior al amanecer. Veo perfiles de árboles y a Lilly en mis brazos. Alguien me llama. Alguien me da con el pie.

Levanto la vista. Ted está en pie junto a mí con una Chica rubia que debe estar cerca de los treinta. Ambos parecen cansados. Ambos están despeinados. Ted habla.

Creí que estabas muerto, pedazo de Cabrón.

¿Qué haces aquí?

Salvándote el culo.

¿Qué hora es?

Hora de salir a toda leche.

Sacudo suavemente a Lilly. Abre los ojos.

¿Qué?

Tenemos que irnos.

¿Con quién hablas?

Con un amigo. Se llama Ted.

¿Qué hora es?

No lo sé.

Nos levantamos. Estoy despierto pero no del todo. Lilly no está despierta para nada. Conoce a la Chica que está con Ted y la saluda. Yo le doy un beso de despedida y le digo que la echaré de menos. Ella me pregunta cuándo nos volvemos a ver y le digo que esta noche.

Ted y yo vamos por el Bosque hacia el Sendero. Le pregunto qué estaba haciendo y me dice que follando. Me pregunta qué hacía yo y le digo que hablando. Se echa a reír. Le pregunto si ha estado otras veces aquí y me dice que todas las putas noches. Me pregunta a mí y le digo que no, que es la primera vez.

Cogemos el Sendero. Me dice ten cuidado y prepárate para echar a correr, si nos pescan aquí, vamos a meternos en mierda hasta las cejas. Hace mucho tiempo que no he corrido a ningún sitio. No tengo pulmones para eso.

El Sendero desaparece entre la hierba que rodea los Edificios de la Clínica. Entramos sin contratiempos y me voy a mi Habitación y me meto en la cama. Ojalá estuviera aún con Lilly. Me duermo. Ojalá estuviera ella aquí.

Cuando despierto Miles se ha ido, pero hay una nota en mi mesilla. Está encima del libro del Tao. Dice gracias, James, tenía sentido. La nota me hace sonreír.

La alarma en mi interior me dice que llego tarde, o sea que me doy una ducha rápida, me cepillo los dientes, me seco y me visto. Salgo.

Me apresuro por los Pasillos hasta el Comedor. Cuando llego está casi vacío. Cojo un donut y una taza de café y me marcho.

Más Pasillo. Voy deprisa. Llego tarde a la reunión con mis Padres. Tengo la Furia dentro, pero muy leve. Sigue saciada después de hartarse. Encuentro la Habitación, abro la puerta.

Mis Padres están sentados en la mesa grande con Daniel a un lado y un hombre que no conozco, vestido como mi Padre pero algo más joven, al otro. Mi Madre está llorando.

¿Qué pasa?

Ella niega con la cabeza. Miro a mi Padre.

¿Qué pasa?

Él se pone de pie y habla.

James éste es Randall.

Señala hacia el hombre, que también se pone de pie.

Es un Abogado que trabaja para la Clínica.

Miro al hombre.

Hola Randall.

Acerca la mano por encima de la mesa.

Hola James.

Nos damos la mano. Habla mi Padre.

Ha hablado con las Autoridades de Michigan, Carolina del Norte y

Ohio.

¿Qué han dicho?

Por qué no te sientas.

Me siento. Estoy nervioso y asustado. Ellos se sientan.

¿Qué han dicho?

Mi Padre mira a Randall, Randall mira una carpeta. Mi Madre llora y mira al suelo. Daniel me mira a mí fijamente. Estoy nervioso y asustado, empezando a temblar. Ha llegado el Día del Juicio. Randall levanta los ojos.

Tengo buenas noticias y malas noticias. ¿Cuáles prefieres antes?

Las buenas.

Michigan y Carolina del Norte piden Delito Menor por Posesión de Drogas. El tiempo que pases aquí contará como tiempo de condena cumplido. Te pondrán algunas multas, unos dos mil dólares en cada sitio, y tus Antecedentes desaparecerán en tres años. Los Tribunales de ambos sitios tienen sobrecarga y quieren quitarse esto de encima. Yo recomendaría aceptar su oferta.

Habla mi Padre.

Y yo también, James.

Asiento.

Vale. ¿Cuáles son las malas?

Habla Randall.

En Ohio tienes problemas graves. Es una Ciudad Pequeña y no es frecuente encontrarse con las cosas que vieron contigo. Dicen que causaste bastantes problemas y que te hiciste muchos enemigos en el Departamento de Policía. Están increíblemente furiosos contigo, tanto como la peor Acusación con la que haya tenido que lidiar, y quieren que sirvas de lección a todos los demás. Les importa muy poco que estés aquí y que estés intentando poner tu vida en orden. Dicen que es un caso cantado y que no tienen inconveniente en ir a Juicio. Y yo les creo.

Respira hondo.

Estoy nervioso y asustado. Tengo un susto de muerte. Ha llegado el Día de mi Juicio.

Si accedes a declararte culpable de todos los cargos, ellos accederán a tres años en la Prisión del Estado, seguidos de cinco años de Condicional. Si violas la Condicional te exigirán que cumplas la Condena completa, que son otros cinco años. Tendrás que pagar quince mil dólares en multas y cumplir mil horas de Servicios a la Comunidad cuando quedes en libertad. Te retirarán permanentemente el permiso para conducir en ese estado. Mantendrán tus antecedentes para siempre.

Si les obligas a ir a Juicio dicen que, si lo pierdes, pedirán la Condena máxima, que son ocho años y medio. En cuanto a las perspectivas del Juicio, dicen tener treinta testigos, un análisis de sangre que registra el nivel de alcohol en tu sangre en dos coma nueve, y una bolsa de crack. Si todo eso es cierto, como dicen, es un caso cantado.

El miedo ha desaparecido, sustituido por el horror. Mi Padre me mira, mi Madre llora. Daniel mira a la pared, Randall espera una respuesta.

Joder.

Mi Madre levanta la cara.

¿Podrías evitar esa palabra, James?

Yo la miro a ella.

En realidad me acaban de condenar a tres años de Cárcel, Mamá. ¿Qué coño quieres que diga?

Le tiemblan los labios.

Por favor.

Aprieto la mandíbula.

De acuerdo.

Habla mi Padre.

¿Se te ocurre algo?

No.

¿Crees que tienen todas pruebas que dicen tener?

Sí.

¿Qué quieres hacer?

Miro a Randall.

¿Qué puedo hacer?

Se encoge de hombros.

Puedo ir con una contraoferta, pero no soy optimista al respecto.

¿Eso qué significa?

Significa que probablemente no cedan.

Sacudo la cabeza, pienso en tres años en una Prisión del Estado. Hace un momento el temor se volvió horror. En este momento, el temor ha vuelto y el horror sigue aquí. Tres años en una Cárcel. Tres años de salvajismo, tres años de peleas y tres años de tenerme que proteger cada segundo del día. Tres jodidos años.

¿Y si salgo corriendo?

Habla mi Padre.

Se acabó el correr.

Le miro.

Es decisión mía, Papá.

No, no lo es.

Sí, lo es.

Tú no vas a pagar los costes.

¿Vas a estar en la celda conmigo?

No, eso no.

Entonces soy yo quien va a pagar los costes.

Miro a Randall.

¿Y si salgo corriendo?

Habla mi Padre.

No lo permitiré.

No le presto atención.

¿Y si salgo corriendo, Randall?

Tienen una Ley de Prescripción de Delitos de siete años. Si no tienes ningún percance, al final de ese periodo de tiempo eres hombre libre. Si te cogen por cualquier cosa en cualquier momento de ese periodo, aunque sea una multa de tráfico, lo más seguro es que te encarcelen, te extraditen, te juzguen y te obliguen a cumplir la condena completa. Yo te aconsejaría muy, muy, muy enérgicamente en contra de ese tipo de medida.

Me tapo la cara con las manos, hablo conmigo mismo.

Joder.

Habla mi Madre.

James.

Miro a mi Madre.

Lo siento.

Está llorando y le tiemblan los labios.

Habla mi Padre.

¿Tú qué quieres hacer?

No lo sé.

¿Quieres presentar alguna defensa?

Sería una pérdida de tiempo y de dinero.

¿Por qué?

Porque soy culpable de todos los cargos.

Tu Madre y yo podemos pagarlo.

Ya habéis pagado bastante. No quiero que paguéis más.

¿Qué quieres hacer?

Tengo que pensarlo.

Miro al suelo. Soy culpable de todos los cargos. Tres años en una Prisión del Estado es una eternidad, una puta eternidad, y es probable que me metan en Máxima Seguridad. Nunca he estado ahí pero conozco a gente que sí ha estado. No salieron de ahí rehabilitados ni salieron parecidos a las personas que eran cuando entraron. Los Adictos se volvían Ladrones. Los Ladrones se volvían Camellos. Los Camellos se volvían Asesinos. Los Asesinos volvían a matar. Levanto los ojos hacia Randall.

Diles que me declaro culpable de todo.

Mi Madre me interrumpe.

Serás declarado Criminal convicto.

No parece que tenga otra alternativa, Mamá.

Miro a Randall.

Me declaro culpable pero, por ahora, diles que voy a seguir corriendo hasta que me pongan en algún sitio que no sea la Unidad de Máxima Seguridad. Si puedes, intenta reducir el tiempo de condena. Si tengo

alguna clase de opción, que parece algo increíblemente improbable, prefiero cumplir más condena que ir a Máxima Seguridad.

Randall asiente, habla.

Has dicho por ahora, ¿y después?

No lo sé.

Randall mira a mi Padre.

¿Le parece bien?

Habla mi Padre.

Vamos a ver qué pasa.

Randall mira el reloj, cierra la carpeta, se pone en pie.

Tengo que irme. Llamaré a Carolina del Norte y a Michigan y les diré que aceptamos su propuesta. Llamaré a Ohio y veré lo que puedo hacer. No prometo nada.

Me pongo de pie, le acerco la mano.

Gracias.

Me da la mano.

De nada.

Mi Padre hace lo mismo y Randall se va. Mi Madre está mirando al suelo. Parece como si quisiera llorar pero no tiene ya lágrimas. Habla Daniel.

¿Les gustaría quedarse solos?

Mi Padre asiente.

Sí, por favor.

Daniel se levanta.

Estaré en el Centro Familiar si me necesitan.

Gracias.

Daniel sale. Mi Padre mira fijamente a la mesa, mi Madre al suelo. Yo a la pared. Se produce un silencio horrendo, incómodo. La clase de silencio que sigue a la explosión de una bomba justamente antes de que empiecen los gritos. Sentados en nuestras sillas respiramos, pensamos, miramos. Es horrendo e incómodo. La bomba ha estallado. Nos quedamos sentados mirando.

La pared no me está dando respuestas. Está ahí blanca y luminosa. Levanto los ojos y veo a mi Padre respirar hondo y mirar hacia mí.

Ha sido un día y medio muy interesante y muy instructivo.

Lo siento mucho.

Sacude la cabeza.

Es mucho peor de lo que yo pensaba, James.

Lo sé. Y lo siento.

No sé si podemos ayudarte esta vez.

No creo que debáis.

Somos tus Padres. Es instintivo querer ayudarte.

Creo que esta vez no vais a poder, Papá.

Mueve la cabeza hacia los lados. Habla mi Madre.

Lo siento, James.

La miro.

No tienes nada que sentir, Mamá.

Sí lo tengo. No dejo de preguntarme qué hemos hecho mal.

No hicisteis nada mal, Mamá.

Algo tiene que haber sido.

Empieza a quebrársele la voz. Mi Padre se levanta y va hacia ella. Saca una silla que hay a su lado y la rodea con los brazos. Ella hunde la cara en su hombro.

Mi Madre llora. La miro llorar. No puedo más. Ya no puedo con su llanto. No puedo con la culpa que siento por su llanto. No puedo permitir que se haga responsable de lo que soy y de lo que he hecho, no puedo permitir que acepte ni un ápice de culpa. Yo he creado esta situación y he tomado las decisiones que me han llevado donde estoy ahora. Yo tomé cada una de esas putas decisiones. No es culpa de ella, ni es culpa de nadie. No puedo más. No puedo.

Echo mi silla hacia atrás. Me levanto. Mi Padre abraza a mi Madre mientras ella llora. Está llorando por mi culpa. Doy un paso hacia ellos. Doy otro paso. Estoy a dos pasos de ellos doy otro paso. Estoy a un paso. No me prestan atención. Están absortos en su propia pena. Pena que no se merecen. Una pena que he volcado yo sobre ellos. Doy otro paso. Estoy ahí. Estoy junto a ellos. Estoy ahí.

Habla la Furia y dice no. Habla la Furia y dice da media vuelta y corre. Habla la Furia y dice que se jodan y lo encajen. Habla la Furia y

dice te lo voy a hacer pagar. Yo digo que se joda la Furia. Mi Madre está llorando. Que se joda la puta Furia.

Pongo una rodilla en el suelo. Estoy lo bastante cerca para oler sus lágrimas. Acerco la mano y toco a mi Madre en el hombro. Es la primera vez que recuerdo haber iniciado un contacto con mi Madre o con mi Padre. Aprieto la mano para que sepa que está ahí. Es la primera vez que recuerdo haber iniciado un contacto con mi Madre o con mi Padre. La primera vez en mi vida. Ella levanta la cabeza y se vuelve hacia mí. Hablo yo.

Mamá.

Ella me mira.

Lo siento mucho.

Está destrozada.

De verdad, de verdad, lo siento mucho.

Destrozada por mí.

Os he jodido la vida, todas nuestras vidas, y lo siento mucho, mucho.

Ella sonríe con una sonrisa de felicidad y una sonrisa de pena, felicidad por mi gesto y pena por mi vida, y quita un brazo de mi Padre y me rodea con él. Me estrecha. Me abraza con un brazo y yo la dejo y la abrazo también. Jamás había hecho esto. Abrazar a mi Madre. Jamás, en toda mi vida.

Mi Padre me rodea también con un brazo y yo hago lo mismo. Le rodeo con un brazo. Mi Madre sigue llorando no puede dejar de llorar su Hijo menor acaba de ser condenado a tres años de Cárcel mi Padre y yo la abrazamos. Nos abrazamos los tres. Somos una Familia. Aunque he sido su hijo durante veintitrés años, nunca hemos sido una Familia. Ahora lo somos. Nos abrazamos. Mientras mi Madre llora por mi vida perdida. Mientras mi Padre intenta dar con alguna manera de salvarla. Mientras yo intento aceptar los tres años encerrado en una celda.

Mi Madre deja de llorar. Lo tiene todo mojado y manchado, pero no parece importarle. Baja el brazo con que rodea a mi Padre pero deja el que me rodea a mí y se seca la cara con la mano libre. Se sorbe la nariz. Respira hondo. Intenta recomponerse. Habla.

¿Qué vamos a hacer?

Vamos a esperar, Mamá.

No quiero que vayas a la Cárcel.

Ni yo tampoco.

¿Qué vamos a hacer?

Vamos a esperar a ver qué pasa.

Asiente y su asentimiento es una especie de indicación de que nosotros mi Familia todos nosotros lo entendemos. Nos separamos los tres y nos sentamos, aunque no en nuestras sillas anteriores. Nos sentamos muy cerca. Formando un pequeño semicírculo. Todos sabemos que algo ha cambiado, todos estamos agotados. El cambio nos ha dejado exhaustos. Nos sentamos cerca. Somos una Familia.

Mi Padre mira su reloj.

Creo que debe ser hora de comer.

Mi Madre y yo nos levantamos. Vamos hacia la puerta, la abrimos, salimos de la habitación. Habla mi Padre.

Te vemos esta tarde.

Sí.

Habla mi Madre.

¿Puedo abrazarte otra vez?

Sonrío.

Pues claro.

Se acerca. La abrazo. Me siento incómodo de inmediato y siento inmediatamente como si estuviera en algún sitio al que no pertenezco. La agarro suavemente. Me siento más incómodo, me siento más ajeno y más fuera de lugar. Ella me aprieta, y eso me da ganas de salir corriendo. Ésta es mi Madre. La estoy abrazando. No quiero abrazarla, pero quiero intentarlo. La abrazo fuerte. Es un precio muy pequeño a pagar por todo lo que he hecho.

Ella me suelta y yo me aparto. Me siento mejor.

Te veo después.

Giro y me alejo por los Pasillos hacia la comida. Tengo hambre.

Hambre por el frío de anoche, hambre por la tensión de la mañana, hambre de comer simplemente por comer. Hambre.

Entro en el Corredor. Echo un vistazo a través del cristal hacia la

parte de las mujeres. Veo a Lilly sentada ante una mesa. Finge no verme, pero sé que me ve. Yo finjo que no la veo, pero ella sabe que la veo. Anoche en sus brazos después de llorar se aferró a mí como un niño perdido. Me abrazó flojo y fuerte y me dijo que no quería perderme nunca. Me dijo que nunca había sido tan abierta y tan sincera con nadie y que ese sentimiento le daba un miedo horrible. Me dijo que no quería perderme nunca. Me preguntó sobre mis planes para el futuro y le dije que no tenía ninguno y no sabía lo que iba a hacer. Ella me dijo que piensa ir a un Centro de Reinserción de Chicago, que no se siente ni lo bastante fuerte ni lo bastante libre para vivir sin alguna forma de ayuda vigilada. Estará cerca de su Abuela y estar cerca de su Abuela la hará sentirse mejor. Podrá buscar trabajo y podrá empezar a construirse una vida en una Ciudad donde tiene cierta sensación de seguridad. Cuando terminó de hablar, me preguntó otra vez si yo sabía lo que iba a hacer. Le dije otra vez que no lo sabía. Me preguntó si había estado alguna vez en Chicago y le dije que sí, que ahí se habían criado mis Padres. Me preguntó si todavía tenía Familia ahí y le dije que sí. Me preguntó si me plantearía irme a vivir ahí y le dije que sí. Me preguntó si me lo planteaba porque era donde iba a vivir ella. Sonreí y pensé un momento y dije que sí.

Cojo una bandeja y me pongo a la cola. Pido un plato de ternera fría, un plato de filetitos de pollo con arroz, un plato de taquitos de pavo. Llevo la bandeja al Comedor. Mis amigos están sentados en una de las esquinas del fondo. Voy hacia ellos.

Me siento y veo a Lilly y ella me ve a mí. Leonard y Miles y Ed y Ted y Matty están hablando sobre la inminente Pelea de Pesos Pesados. Me preguntan qué hay, les cuento lo de mi Condena. Todos se sorprenden. Imaginaban que la condena que me esperaba probablemente sería corta y fácil. Leonard pregunta qué hice y se lo digo. Ed y Ted dicen bien hecho, tres años por hostiar a un Madero seguro que merecen la pena. Matty dice que conoce unos buenos trucos de pelea que me ayudarán cuando esté a la sombra y que no tiene inconveniente en enseñármelos. Miles pregunta a qué Jurisdicción pertenece el caso.

Comemos. Miro de vez en cuando a Lilly. Hablamos. La Cárcel es el

tema principal de conversación. Todos los de la mesa han estado en la Cárcel menos Miles y yo. Leonard cumplió lo que él llama cuatro sin problemas en la Penitenciaría Federal de Leavenworth en Kansas. Matty pasó seis años en un Centro Correccional de Menores, donde aprendió a boxear. Ed cumplió dos años en Jackson, en el estado de Michigan, por Agresión con Intención de Infligir Daño Corporal Grave, Ted ha estado dos veces en la Cárcel Federal de Angola en las marismas de Louisiana. Miles dice que él ha condenado a hombres a la Cárcel de Angola, pero que nunca ha estado allí. Dice que, por lo que le han dicho, es el Infierno en la Tierra. Está situada en mitad de un pantano caluroso, húmedo y deprimente, a quince millas de la población más cercana. Las celdas están muchas veces abiertas, el Patio realmente no está vigilado, y hay un montón de Bandas, organizadas por razas normalmente, que están permanente estado de guerra. La sección con más actividad de toda la instalación es el Depósito de Cadáveres. Cuando los hombres no están peleándose o escondiéndose o intentando sobrevivir, trabajan catorce horas al día en campos que son propiedad del estado cavando zanjas de irrigación y cultivando verduras.

Ted se ríe y dice que no era tan malo. Miles dice que si eso es lo que piensas o eres el hombre más demente del mundo o te estás engañando. Ted deja de reír y dice que a él le espera Perpetua sin Condicional allí por la Ley de Tercera Reincidencia y que, en todo caso, está intentando prepararse. Miles le pregunta cuáles son las reincidencias y Ted dice que Robo a Mano Armada a los diecinueve años, por lo que cumplió cuatro años, Posesión de Sustancia Prohibida con Intención de Distribuir y Posesión de un Arma de Fuego cuando tenía veinticinco años, por lo que cumplió tres años, y más recientemente, a los treinta, Relaciones Sexuales con una Menor, cuando le pescaron en el asiento trasero de un Pontiac Trans Am con la Hija de quince años de un Sheriff de pueblo. Miles pregunta por qué el Fiscal del Distrito se empeñó en presentar esos cargos si sabía que a Ted le esperaba una Perpetua sin Condicional. Ted ríe y dice que había hecho lo mismo con las dos Hijas del Fiscal del Distrito, pero que las dos estaban enamoradas de él y no quisieron presentar cargos. Miles mueve la

cabeza incrédulo y pregunta a Ted si quiere que él intente hacer algo por ayudarle. Ted dice coño sí, está en juego mi vida. Miles dice que verá lo que puede hacer.

Terminamos de comer y nos levantamos. Al salir, veo a Bobby sentado en una mesa con el hombre conocido el hombre amenazador el hombre que conozco pero no sé de qué. Bobby me mira fijamente. El hombre me mira fijamente. Yo les miro a mi vez. No cedo un milímetro.

Salimos del Comedor. Mis amigos se van a la Conferencia, yo voy al Centro de Familia. Cuando entro en la Sala Principal, veo a mis Padres en las mismas sillas en las que estaban ayer. Al acercarme a ellos se ponen de pie y me saludan. Habla mi Padre.

¿Qué tal la comida?

Bien.

Habla mi Madre.

¿Con quién has comido?

Tengo algunos amigos aquí.

¿Qué tal son?

¿De verdad queréis saber eso?

Habla Papá.

Claro que sí.

Mi mejor amigo es un Mafioso de alguna clase. Mi Compañero de Habitación es un Juez Federal. Mis otros amigos son Drogadictos o Borrachos. Tengo una especie de Novia, y es Adicta al crack y a las pastillas y antes era prostituta.

Mi Madre se estremece, aunque intenta ocultarlo. Habla.

¿Son Gente agradable?

Asiento con la cabeza, sonrío.

Lo son, y en un sentido un tanto extraño son los mejores amigos que he tenido nunca.

Eso es lo que de verdad importa, que sean agradables y a ti te caigan bien.

Lo son, me caen muy bien.

Habla mi Padre.

¿No va contra las Normas tener relaciones hombre/mujer en este centro?

Sí.

¿Entonces, crees que debes saltártelas?

Hay muchas Reglas en este sitio. Yo intento respetar la mayoría, pero esta Chica, se llama Lilly, me ha ayudado. Es buena, es lista, me escucha, yo la escucho a ella, nos entendemos bien. Somos distintos y venimos de sitios distintos, pero en muchos sentidos somos iguales. Los dos somos una ruina, los dos intentamos recuperarnos. Los dos necesitamos ayuda y procuramos ayudarnos mutuamente.

Habla mi Madre.

¿Me gustaría a mí?

Si pudieras olvidar lo que ha hecho y por todo lo que ha pasado.

Creo que podría.

Entonces sí, te gustaría. Te gustaría mucho.

¿La quieres?

Ya sabes que no me gusta hablar contigo de esas cosas, Mamá.

Pero ¿podrías intentarlo?

Sonrío, miro al suelo. He ocultado a mi Madre y a mi Padre todo lo posible durante toda mi vida. No quiero seguir haciéndolo. Por eso levanto los ojos y miro a mi Madre y hablo.

No se lo he dicho a ella, pero sí, la quiero.

Mi Madre y mi Padre sonríen. Son sonrisas luminosas, auténticas, las mejores sonrisas que he visto desde que estoy aquí. Habla mi Madre.

Me gustaría conocerla.

Algún día la conocerás.

Habla mi Padre.

La próxima vez que la veas salúdala de nuestra parte.

Sonrío.

Muy bien.

Suena la campana. El hombre que hay junto a la campana nos dice que vayamos a las mismas Habitaciones en las que estuvimos ayer. Me levanto y me despido de mis Padres y les abrazo. No me siento cómodo haciéndolo, pero lo hago de todos modos.

Voy a la Habitación. Las sillas están colocadas en círculo otra vez. Me siento, a un lado tengo a una mujer joven, al otro a un hombre de edad mediana. Nos saludamos con la cabeza y diciendo hola. Sophie entra y se sienta en el asiento vacío que hay en la cabecera del círculo y se presenta. Seguimos todos. Presentándonos.

Terminan las presentaciones. Sophie se levanta y retrocede dos pasos. Hay un tablero grande plastificado en la pared detrás de ella y una bandeja al pie del tablero con rotuladores de colores ordenados en fila. Sophie coge un rotulador, el azul, y empieza a escribir en el tablero. Cuando termina, se retira. Lo escrito es: Adicción = Enfermedad, Alcoholismo = Enfermedad.

Empieza a hablar. Nos dice que ahora que tenemos una idea general sobre las conductas adictivas y su impacto tanto en los Adictos como en los Familiares de los Adictos, tenemos que entender lo que produce esas conductas. Dice que la adicción es una enfermedad. Ya sea al alcohol o a las drogas o a la comida o al juego o al sexo o a cualquier otra cosa, es una enfermedad. Es una enfermedad progresiva y crónica. La clasifican así la mayoría de los médicos y organizaciones como la Asociación de Médicos de Estados Unidos y la Organización Mundial de la Salud. Es una enfermedad cuya evolución puede detenerse o remitir, pero que es incurable. Por mucho que lo intentemos, sea cuál sea la acción que emprendamos, la adicción, dice, es incurable. Absolutamente incurable.

Empieza a hablar de las causas de esta enfermedad. Como la mayoría de las enfermedades, se cree que el origen es genético. Dice que los alcohólicos y los adictos nacen con un gen o una estructura genética, no se sabe exactamente cuál, que, cuando se activa, induce la presencia de la enfermedad en el individuo. Una vez esto ocurre, y por el momento no hay modo de saber cuándo lo hará o si lo hará, el Adicto queda a merced de la enfermedad. La enfermedad no puede controlarse, no puede impedirse a fuerza de voluntad, la decisión de consumir o no consumir, ceder o no ceder, hacer o tomar o no hacer y no tomar, no es viable porque la enfermedad decide por ti. El Adicto siempre consume, siempre cede, siempre toma, siempre hace. El Adicto

siempre quiere y siempre necesita y ese deseo y esa necesidad se satisfacen siempre. La incapacidad para controlarse y la falta de opciones no son más que síntomas de la enfermedad. Síntomas peligrosos y horribles, pero síntomas pese a todo. Es incurable. Si se activa, no hay forma de pararlo.

Habla de los aspectos medioambientales de la enfermedad. El entorno Familiar, la costumbre de beber dentro de la Familia, la influencia de los amigos, la disponibilidad de drogas y alcohol, los factores de estrés, dependencia y aceptación Social de sustancias químicas y su consumo en conductas y actividades normales. Habla del control del medio y su efecto en alguien que sufre una forma activa de la Enfermedad. Dice que la eliminación de todos los posibles desencadenantes, que son factores ambientales que pueden causar recaídas, como botellas de vino en casa o amigos que consumen sustancias, constituye una parte importante de mantener un Programa de Recuperación saludable.

Cuando termina de hablar, Sophie abre el turno de preguntas. Prácticamente todos tenemos alguna. Una Madre joven pregunta sobre las probabilidades de que sus Hijos hereden los genes adictivos de su Marido. Hay muchas probabilidades. Pregunta qué se puede hacer. Cuando lleguen a una edad prudente, habla con tus Hijos y que tomen conciencia del hecho, e intenta eliminar todos los desencadenantes posibles. El hombre sentado a mi lado pregunta sobre medicación. Hay algún medicamento que pueda controlar la enfermedad como las medicinas normales controlan otras enfermedades. Hubo una, Antabuse, que hacía vomitar a los Alcohólicos cuando bebían. Resultaba ineficaz porque podía burlarse no tomándola. Una mujer madura pregunta si hay algún grupo específico con más probabilidades de tener predisposición genética a la enfermedad. No, es una enfermedad con igualdad de oportunidades. Afecta a negros, blancos y amarillos, a todo el mundo en todas las culturas del Mundo entero. Un hombre cuya Mujer va por su cuarto Centro de Tratamiento pregunta por qué la enfermedad parece regresar con mayor intensidad cada vez que hay una recaída. Sophie dice que debido al carácter progresivo y

crónico de la enfermedad, cuando se rompe el estado de remisión la enfermedad vuelve con el mismo nivel de intensidad que tenía cuando empezó a remitir. Pregunta si hay algún modo de reducir el nivel de intensidad. La respuesta es no. Si está activa, la enfermedad siempre se intensifica.

Hay una serie de preguntas sobre posibilidades de Tratamiento. Un hombre joven pregunta si existe alguno aparte de lo que se enseña tradicionalmente en los Centros de Tratamiento, o sea AA y los Doce Pasos. Sí, claro que los hay. ¿Funcionan? No, no funcionan. ¿Por qué? No sabemos por qué, pero no funcionan. AA y los Doce Pasos son la única opción operativa. ¿Con qué grado de eficacia? El quince por ciento de los que la siguen guardan abstinencia más de un año. Quince por ciento parece poco. Lo es. ¿Por qué? Porque es una enfermedad incurable. ¿Qué otra cosa se puede hacer? Aparte de querer al Familiar afectado y darle apoyo, no se puede hacer otra cosa. ¿Hay alguna forma de aumentar nuestras posibilidades? El quince por ciento es lo mejor que podemos ofrecer.

Me quedo sentado y escucho. Me quedo sentado y pienso. No hago preguntas y no digo una palabra. Me gustaría ponerme de pie y gritar mierda todo esto es una puta mierda, pero no lo hago. No me creo que la adicción sea una enfermedad. El Cáncer es una enfermedad. Se instala en tu cuerpo y lo destruye. El Alzheimer es una enfermedad. Se instala en el cuerpo y en la cabeza y los arrasa. El Parkinson es una enfermedad. Se instala en el cuerpo y la cabeza y los hace temblar y los destroza. La adicción no es una enfermedad. Ni de lejos. Las enfermedades son estados patológicos destructivos que los seres humanos no controlan. No eligen cuándo tenerlas, no eligen cuando deshacerse de ellas. No eligen el tipo de enfermedad que les gusta ni la forma en que procede, no eligen la cantidad ni la hora a la que la quieren. La enfermedad es un estado patológico que hay que combatir con tecnología médica. No puede combatirse utilizando un Grupo o una serie de Pasos. No puede combatirse hablando de ella. No puede combatirse haciendo que los Familiares asistan a seminarios de tres días ni leyendo libros con pastas azules ni recitando oraciones sobre la

serenidad.

Aunque la genética y el vínculo genético sean innegables, todo en nosotros es genético, y todo en nuestra persona física está predeterminado por el vínculo genético. Si una persona está gorda pero quiere estar delgada, no es una enfermedad genética. Si alguien es idiota pero quiere ser listo, no es una enfermedad genética. Si un borracho es un borracho pero quiere dejar de serlo, no es una enfermedad genética. La adicción es una decisión. La persona quiere algo, sea lo que sea ese algo, y toma la decisión de obtenerlo. Después de obtenerlo, toma la decisión de consumirlo. Si lo consume con excesiva frecuencia, el proceso de decisión se descontrola, y si ese descontrol llega demasiado lejos, se convierte en adicción. En ese punto la decisión es difícil, pero sigue siendo una decisión. Sigo o no sigo. Voy a consumir o no voy a consumir. Voy a ser un Adicto gilipollas patético y seguir echando a perder mi vida o voy a decir no y a intentar mantenerme sobrio y ser una Persona decente. Es una decisión. Todas y cada una de las veces. Una decisión. Tomas el número suficiente de esta clase de decisiones y fijas un curso y estableces un criterio de vida. Vivir como adicto o como ser humano. La genética no te presenta esa disyuntiva. No es más que un pretexto. Permite a la Gente decir no fue culpa mía tengo predisposición genética. No es culpa mía que estuviera programado desde el primer día. No es culpa mía no tener nada que decir en el asunto. Vaya gilipollez. Gilipollez de mierda. Siempre hay una decisión. Acepta la responsabilidad de la decisión. Adicto o humano. Es una puta decisión. Todas y cada una de las veces.

Sophie termina de contestar a las preguntas. En la Habitación el ánimo es sombrío. Las palabras genética y enfermedad incurable y eficacia del quince por ciento penden en el aire como veneno radioactivo. Todos miran a su alrededor. Todos se miran entre sí. Todos sabemos que cuando salgamos de aquí, el ochenta y cinco por ciento de nosotros vamos a volver a los mismos problemas que teníamos antes de venir. Ahora nos han dicho que su raíz es incurable.

Nos cogemos de las manos. Nos las apretamos más que ayer. Intentamos extraer esperanza los unos de los otros, intentamos unirnos

con la esperanza de que la unión cambie la realidad. No lo hará. El ochenta y cinco por ciento de nosotros estamos jodidos.

Decimos la Oración de la Serenidad. Dios concédenos la serenidad para aceptar las cosas que no podemos cambiar, el valor para cambiar las que sí podemos, y la capacidad para saber la diferencia. La decimos otra vez, y otra vez. Sophie nos hace repetirla una vez y otra hasta que el veneno se disipa, hasta que empiezan a aparecer sonrisas en las caras. Dios concédenos serenidad. La Gente sonríe, pero las sonrisas y las oraciones no van a cambiar la realidad. Ochenta y cinco por ciento de nosotros estamos jodidos.

Terminamos. Nos levantamos. Salimos de la Habitación. Los Pacientes Primarios se van en una dirección, los Familiares en otra. Yo vuelvo a la Unidad y me sirvo una taza de café. Me siento en una mesa. Está terminando la Sesión de tarde, están celebrando una Graduación. El Calvo está frente a los hombres pronunciando un discurso. Dice que lo que ha aprendido aquí le ha salvado la vida. Dice que si no hubiera venido, nunca habría dejado de beber, con todas sus consecuencias, porque, aunque lo intentó, no sabía cómo dejarlo. Dice que ahora sabe cómo dejarlo. Dice que AA y los Doce Pasos y su Poder Superior le han enseñado el camino. Dice que después de su Mujer y sus Hijos, ese camino, ese saber cómo dejarlo, es el mejor regalo que ha recibido jamás. El mejor con mucha diferencia. Empieza a llorar. Los hombres le dejan llorar. A través de las lágrimas dice gracias. Gracias por permitirme venir aquí y gracias por querer ayudarme. Empieza a llorar con más fuerza. Dice gracias una vez y otra y otra. Gracias por mi vida. Gracias por mi Familia. Ellos lo son todo para mí. Gracias por todo. Gracias.

Mientras llora, los hombres sentados frente a él se miran entre sí, sin saber bien qué hacer o cómo reaccionar. Oigo una palmada. Un solo golpe agudo de mano contra mano, carne contra carne. Suena alto, y penetra en las miradas dubitativas de los hombres igual que las palabras de un Predicador penetran en los corazones de los Creyentes. Oigo otra palmada. Otra. Otra. Por toda la habitación, el aplauso aislado se convierte en parte de una expresión unificada de admiración

y respeto. El Hombre Calvo llora. Los hombres le rinden homenaje.

El Hombre sonríe. Se seca la cara. El aplauso continúa. Leonard se pone de pie y le aclama y los hombres le imitan. En pie, le aclaman, le aplauden y le respetan. El Calvo sonríe con más fuerza, llora con más fuerza, el gozo del ahora de este momento y del futuro luminoso y claro con su Familia le ilumina la cara, la piel, la bóveda redonda de su cráneo. Le ilumina le ilumina oscureciendo lo que sea que ha hecho antes la oscuridad de su pasado ha sido vencida. Me pongo de pie y aplaudo y aclamo. Tengo el pelo de la nuca tenso y vivo, me recorren el cuerpo escalofríos. Buena suerte, Hombre Calvo. No te he conocido bien pero me has enseñado a llorar como un hombre. Has sido más valiente que yo y que los demás hombres de aquí has sido más valiente que todos nosotros buena suerte. Ojalá vuelvas a casa, seas feliz, vivas sobrio y libre, vivas la vida que imaginas estar viviendo. Ojalá quieras a tu Mujer y a tus Hijos y les permitas quererte. Buena suerte, Hombre Calvo.

Sale deprisa de la Habitación. Igual que la otra vez, pero completamente distinto. Al salir sonríe y al salir los hombres ríen, pero no es como antes, no se parece en nada. Sale sobrio y libre. El futuro luminoso y claro se extiende ante él.

Los hombres dejan de gritar están contentos y ríen y empiezan a dirigirse hacia sus cosas. Veo a Miles acercarse a Leonard; le da un toque en el hombro y van hacia la puerta. Cojo mi taza de café y voy al teléfono y me meto en la Cabina y me siento y cierro la puerta. Descuelgo el teléfono y empiezo a hacer llamadas. Llamo a mi Hermano. Me pregunta cómo va con Mamá y Papá. Le digo que mejor de lo que yo creía. Dice estupendo, procura no alterarte, están allí sólo porque te quieren. Le digo que lo estoy intentando y él dice sigue intentándolo, le digo que lo haré. Le pido que le diga hola a Kirk y a Julie y dice que de mi parte. Colgamos.

Llamo a Kevin. Kevin vive en Chicago. Grita por el teléfono y sé que ha estado bebiendo. Me pone enfermo y me da envidia. Él está libre. Está bebiendo. Imagino el vaso que tiene en la mano y el líquido en sus labios la sensación la sensación la sensación. Le pregunto por Chicago.

Me dice que hace frío. Le pregunto si me gustaría a mí y dice que sí. Hay muchos callejones oscuros y sitios donde esconderse. Le digo que no quiero esconderme que voy a ir a la Cárcel antes de trasladarme allí. Dice, joder tío, que le den por culo la Cárcel. Le digo que tengo que ir a la Cárcel y cuando salga voy a ir a vivir a Chicago. Dice fantástico si necesitas algo yo te ayudo y puedes vivir conmigo cuando llegues. Le doy las gracias y colgamos. Está borracho. Me pone enfermo y me da envidia.

Llamo a las amigas de ella. Las que se hicieron amigas mías. Amy, Lucinda, Anna. Las conversaciones son todas iguales. Cómo estás estoy bien. He pensado en ti gracias. Necesitas algo no estoy bien. Las conversaciones son tensas. Como si supieran algo que no me están diciendo. Lo percibo, ellas lo perciben. Es mejor no hablar de ello y yo no hablo ni ellas tampoco. Ya no es asunto mío. Todas dicen que me quieren. No en el sentido romántico sino en el sentido en que las personas quieren cuando han visto mucha vida mala y la han visto juntas. Ellas la vieron conmigo. Yo les digo que también las quiero y es así. Cuando colgamos cuando cuelgo después de hablar con cada una de ellas me siento mejor. No por la relación que tienen con ella, sino por la relación que tienen conmigo.

He terminado las llamadas. He hecho las suficientes y sé que mis llamadas se difundirán entre los que me conocen. Voy hacia la Unidad a través de los Pasillos y del Corredor de Cristal que separa a los hombres de las mujeres en el Comedor. Miro por el cristal para encontrar a Lilly. Está en una mesa. Está ahí con sus amigas y está mirándome a mí. Tiene los ojos rojos e hinchados. Hay manchas de lágrimas que se han secado. Veo que le tiemblan las manos. Me mira fijamente como si quisiera verme muerto.

No quiero responder a su mirada y arriesgar más de lo que hemos arriesgado ya o revelar más de lo que ya sabe todo el mundo, pero ella sigue mirándome. Mirándome como si quisiera verme muerto. Yo le devuelvo la mirada, levanto las manos y bajo la cabeza y digo qué pasa sin palabras con la cara y con el cuerpo. Ella sigue mirándome. Vuelvo a hacer lo mismo. Sé que pueden verme, pero me da igual. Ella sigue

mirándome. Cojo una bandeja y me pongo a la cola y pido un plato de pollo guisado. Viene cubierto de tallarines Chinos frescos y verduras inidentificables. Voy hacia la mesa y miro por el cristal. Sigue mirándome. Sus amigas me miran también. Toda la mesa me mira.

Me siento con Ed y Ted y Matty. El tema de conversación es Ed, que ha sabido esta mañana que se marcha al día siguiente. Vuelve a Detroit, vuelve a su trabajo en la Siderurgia. Está contento y esperanzado. Sabe que el seguro médico del Sindicato no va a pagarle más Tratamientos, y tiene la impresión de que esta vez quizá vaya a funcionar, o quizá se esfuerce él para hacerlo funcionar. Está deseando ver a sus Hijos. Tiene cuatro. Sabe que les ha dado un ejemplo horrible, y quiere que vean que ha cambiado a mejor. Tiene la impresión de que el cambio va a significar una diferencia positiva en sus vidas, que va a contribuir a impedir que cuando crezcan sean como él. Ed es un hombre duro. Grande, fuerte, resistente como el material con el que trabaja, y nunca le he visto vulnerable en ningún sentido de la palabra, pero cuando habla de sus Hijos, se le suavizan y se le humedecen los ojos. Quiere que tengan una buena vida, una vida mejor de lo que ha sido la suya. Quiere que terminen sus estudios y no acaben nunca en la Cárcel, que vayan a la Universidad y trabajen en algo que no sea físico. Quiere que tengan Familias y, cuando las tengan, quiere que en esas Familias haya algún ejemplo de cómo ser un buen hombre. Quiere que tengan todo lo que él no tuvo, y quiere permanecer sobrio para poder dárselo. Dice que tiene que hacer una cosa, que es no entrar en los Bares. Si entra en Bares, sabe que beberá. Si bebe, sabe que peleará. Si pelea, sabe que se meterá en líos. Su Sindicato no va a ayudarle si vuelve a meterse en líos. Quiere ser un ejemplo para sus Hijos para que no acaben como él. Sabe que ésta puede ser su última oportunidad. Está contento y esperanzado.

Terminamos de comer. Al salir del Comedor miro por el cristal hacia la mesa donde estaba sentada Lilly. Ya no está ahí. La mesa está vacía. No sé por qué, pero estaba mirándome como si quisiera verme muerto.

Recorremos los Pasillos juntos. Matty y Ed y Ted hablan sobre la ausencia de Leonard y Miles durante la cena. Ríen pensando en qué

pueden estar haciendo juntos. Un Mafioso y un Juez. Ed dice que los vio sentados en los bancos frente al Lago, que parecían muy enfrascados en su conversación. Ted dice que Leonard quiere pedirle a Miles alguna clase de Inmunidad en relación con algo que ha hecho. Matty dice que sea lo que sea no es asunto de nadie. Nos separamos y ellos se van a la Conferencia y yo al Despacho de Joanne.

Joanne está sentada tras su mesa. Le digo hola, me dice hola. Mi Madre está sentada en el sofá. Se levanta, dice hola, me abraza. Yo la abrazo también. Sigo sin sentirme cómodo al tocarla, sigo sin sentirme cómodo cuando ella me toca, pero sé que es mejor si dejo que ocurra. Me abraza fuerte. Me suelta. Me siento mejor.

¿Dónde está Papá?

Habla mi Madre.

Tenía que hacer una llamada de trabajo. Volverá en cuanto termine.

¿Va todo bien?

Creo que sí.

Miro a Joanne.

¿Qué vamos a hacer hoy?

Vamos a hablar sobre el origen de tu adicción y de cuáles pueden ser los motivos principales.

¿Vamos a esperar a Papá para eso?

Sí.

¿Qué hacemos hasta que llegue?

Tu Madre me estaba contando una historia.

¿Sobre qué?

La primera vez que creyó de verdad que tenías problemas.

Miro a mi Madre.

¿Cuándo fue?

¿Te acuerdas cuando te encontré una bolsa de marihuana en el bolsillo de la chaqueta?

Me río.

Sí.

¿De qué te ríes?

No lo sé.

No tuvo gracia, James.

Ya lo sé, Mamá.

Habla Joanne.

¿Te pareció divertido a ti, James?

Un poco.

Por qué no me cuentas tu versión.

Echo un vistazo a mi Madre, parece tensa. Espero un momento, centro mis recuerdos, hablo.

Yo tenía catorce años. Había estado en un Campamento Deportivo de Fútbol el Verano anterior. Había conocido allí a una Chica. Creo que se llamaba Emily, y pasamos todo el tiempo del Campamento escondiéndonos para fumar porros. Cuando nos fuimos, nos escribimos. Ella era una especie de versión femenina de mí, lo cual significaba que sus cartas eran bastante explícitas en cuanto a las drogas y al alcohol. Una tarde llegué del Instituto y me fui a mi Habitación y encima de la cómoda vi un montón de cosas mías, cosas que yo tenía escondidas, entre ellas las cartas de Emily. Comprendí que tenía problemas y me cabreé con mi Madre por haber metido la nariz en mis cosas, o sea que bajé la escalera para buscarla y acabar de una vez con el asunto. Cuando entré en la Cocina estaba allí sosteniendo la bolsa de maría que había encontrado en el bolsillo de mi chaqueta. Me preguntó qué es esto y le pregunté de dónde lo había sacado y me dijo a mí no me hables así y yo le dije dime de dónde lo has sacado y yo te digo lo que es y ella me dijo no me contestes y yo me eché a reír.

Miro a mi Madre. Tiene la cara blanca bajo el maquillaje. Miro otra vez a Joanne.

Levantó la bolsa delante de mis narices y gritó qué es esto de dónde lo has sacado dímelo ahora mismo. Yo volví a reírme y ella siguió gritando. Me harté de sus gritos y estaba cabreado por la invasión de mi intimidad, o sea que mientras ella sostenía la bolsa yo extendí el brazo y se la arranqué de la mano. Ella se quedó de piedra y cuando me metía la bolsa en el bolsillo se preparó para darme una bofetada. Yo la vi venir y cuando lanzó la mano se la agarré. Entonces quiso darme con la otra y también se la agarré. La tenía cogida por ambas manos y ella

forcejeaba y gritaba y yo me reía. Supongo que me reía porque la bolsa de maría no me parecía para tanto y era ridículo verla descomponerse por eso. No podía pegarme porque la tenía sujeta por los brazos, o sea que intentó darme una patada. Al hacerlo, yo le solté las manos y perdió el equilibrio y cayó al suelo y se echó a llorar, a llorar con todas sus fuerzas. Yo me di media vuelta y salí por la puerta. Mientras salía la oía llorar, pero no quería hacerle caso. Cuando volví a casa unas horas después mi Padre me chilló y me dejó un mes sin salir.

Miro a Madre. Tiene los ojos bajos. Habla Joanne.

Es una historia muy desagradable, James.

Lo sé.

¿Qué has sentido mientras la contabas?

Una parte de mí sigue creyendo que tiene gracia, pero la mayor parte siente sólo tristeza y vergüenza.

¿Cómo crees que le ha sentado a tu Madre?

Miro a mi Madre. Sigue con los ojos bajos e intenta no llorar.

Creo que probablemente bastante mal.

¿Por qué?

Porque tuvo que ser humillante. Querer plantar cara a tu Hijo por un tema de drogas y que se ría de ti, querer disciplinarle y acabar tirada en el suelo.

Joanne mira a mi Madre.

¿Es así, Lynne?

Mi Madre levanta la vista. Le tiemblan los labios.

Sí.

¿Creéis que de eso iba el incidente, de drogas y de disciplina?

Hablo yo.

No.

¿De qué iba?

Iba de control.

¿Por qué crees eso?

Rebuscar entre mis cosas y leer mis cartas privadas iba de saber lo que yo estaba haciendo para poder controlarme. Intentar obligarme a decir lo que había en la bolsa cuando ella lo sabía ya iba de control.

Cuando se cayó al suelo después de pegarme, no estaba afectada porque sus golpes se habían frustrado, sino porque supo en ese momento que yo estaba fuera de control.

Joanne mira a mi Madre.

¿Te parece una interpretación válida?

Mi Madre mira al suelo, piensa. Levanta los ojos.

Estaba enfadada por lo de las drogas. Estaba enfadada después de leer aquellas cartas y enterarme de algunas de las cosas que había estado haciendo, especialmente después de mandarle a aquel Campamento para procurar alejarle de todo aquello. Cuando efectivamente encontré la bolsa en su chaqueta, me quedé asustada y horrorizada. Tenía catorce años. Los Chicos de catorce años no deben que ir por ahí con una bolsa de droga en el bolsillo. Pero, hasta cierto punto, tiene razón en lo del control. Su Padre y yo estábamos siempre queriendo controlarle, sobre todo porque siempre había sido muy difícil hacerlo.

Alguien llama a la puerta. Joanne dice adelante y se abre la puerta y mi Padre entra en el Despacho.

Mi Madre se levanta y le abraza. Yo hago lo mismo. Mi Padre se sienta junto a mi Madre. Le coge la mano y mira a Joanne.

Siento llegar tarde.

Estábamos hablando sobre un incidente que ocurrió cuando James tenía catorce años, y eso nos llevó a la cuestión del control. El objetivo de la sesión de esta noche es intentar llegar a alguna idea sobre las causas últimas de su adicción. Empiezo a tener la impresión de que puede haber alguna relación entre el asunto del control y el motivo principal.

¿Qué incidente es ése?

Habla mi Madre.

Cuando le encontré la bolsa de marihuana en el bolsillo de la chaqueta.

¿Cuál de las veces?

La vez que me caí al querer pegarle una bofetada.

Mi Padre asiente con la cabeza.

Ésa vez fue tremenda. ¿Qué tiene que ver el control con eso?

Habla Joanne.

James dijo que pensaba que el incidente iba más de control que de drogas.

Mi Padre se vuelve hacia mí. Tiene una expresión algo confundida, levemente enfadada.

Eso me parece un tanto ridículo, James.

Hablo yo.

A mí no. Mirar en todas mis cosas y leer mis cartas y rebuscarme los bolsillos va de querer enterarse de lo que estoy haciendo para que Mamá pudiera controlarlo.

Había drogas. Tu Madre tenía todo el derecho del mundo a rebuscarte los bolsillos. Tenías catorce años.

Pues muy bien, si eso es lo que piensas, pero espiarme y entrometerse en mis cosas privadas iba de controlarme, que es algo que los dos siempre habéis intentado.

Mi Padre levanta la voz.

Tú has estado fuera de control toda tu vida. Somos tus Padres, ¿Qué esperabas que hiciéramos?

Levanto la voz.

Dejarme en paz. Dejarme vivir mi vida.

¿A los catorce años? ¿Dónde crees que estarías si hubiéramos hecho eso?

¿Dónde coño estoy ahora? No podía ser mucho peor que esto.

Los Padres no dejan en paz a sus Hijos, James. Los educan. Eso es lo único que tu Madre y yo queríamos hacer contigo.

Lo que quisisteis hacer es dirigirme milimétricamente y seguirme la pista cada segundo de cada día y obligarme a hacer lo que queríais vosotros que hiciera.

Mi Padre aprieta la mandíbula igual que la aprieto yo. Está furioso, muy furioso, y empieza a hablar. Joanne le interrumpe.

Un momento, señor Frey.

Toma aliento y asiente. Joanne me mira.

¿Por qué crees que no funcionó?

Por la misma razón que si llevas a un perro atado con una correa muy corta es más agresivo. Por la misma razón que si mantienes a un Preso en aislamiento demasiado tiempo se vuelve más violento. Por la misma razón que las Dictaduras suelen acabar en Revolución.

Buenos ejemplos, pero ¿cuál es la razón?

Yo no quería que me controlaran, por eso hice todo lo posible para romper las pautas de control, lo cual les hizo querer controlarme aún más.

Joanne mira a mis Padres.

¿Creen que tiene alguna validez lo que dice James?

Habla mi Padre.

No.

Habla mi Madre.

Sí.

Mi Padre mira a mi Madre.

¿Por qué crees eso?

Ya sabes que me preocupaba por él constantemente, incluso cuando era pequeñito me preocupaba. Probablemente quise mantenerlo demasiado cerca porque no quería que le pasara nada.

Habla Joanne.

¿Tienen otro Hijo, verdad?

Mi Madre asiente, mi Padre dice sí.

¿El trato con él fue el mismo?

Mi Padre asiente, habla.

Sí.

Habla mi Madre.

No.

¿Cuál fue la diferencia?

Tuve mucho más cuidado con James que con Bob. Sabía que no íbamos a tener más Hijos ya y quería que James fuera perfecto y sano y que estuviera protegido. No lo sé decir de otra forma. Quería que estuviera a salvo.

Eso es natural, pero ¿crees que intentaste tenerlo excesivamente protegido?

Habla mi Padre.

¿Excesivamente protegido? ¿Es posible eso con un Hijo?

Joanne asiente.

Sí, sí lo es.

Habla mi Madre.

¿Cómo?

Todo el mundo tiene sus límites. Son diferentes para cada Persona, pero todos los tenemos. Cuando se traspasan o se violan, suelen producirse alteraciones. Si se traspasan o se violan repetidamente, especialmente en el caso de un Niño, que por lo general no tiene modo de evitar que alguien traspase o viole sus límites, puede resultar en conductas negativas, siendo el ejemplo más claro la rebeldía contra la autoridad.

Habla mi Padre.

Eso me parece absurdo. Los límites de los Hijos los fijan los Padres, y el Niño aprende a respetarlos, y no lo contrario.

Habla Joanne.

No necesariamente.

¿Qué quiere decir eso?

Los Niños aprenden más en los dos primeros años de su vida que en todos los demás juntos, aun si viven hasta los cien años. La mayoría de las pautas de conducta, incluidos nuestros límites personales, se fijan durante esos dos años. En ocasiones, las pautas de fijación de esas conductas y esos límites son quebrantadas.

¿Por quién o qué?

Generalmente por abuso sexual.

Mi Padre estalla.

Si está sugiriendo…

Joanne levanta una mano.

No estoy sugiriendo nada y cuando planteé a James la posibilidad de ese abuso insistió con rotundidad en que no lo había sufrido. Os estoy diciendo cómo ocurre este hecho en ocasiones.

Habla mi Madre.

La verdad es que protegimos a James más que a nuestro otro Hijo,

pero creo que teníamos razones sobradas, y no creo que violáramos nada.

Joanne la mira, espera a que continúe.

Bob tiene tres años más que James. Justo cuando nació Bob mi Padre se jubiló, y después de su jubilación empezó a beber mucho. Fue muy duro para mi Madre y mi Hermano y mi Hermana y yo. Intentamos que parara, pero nos dijo que le dejáramos en paz, que se había pasado la vida entera cuidando de nosotros y ahora quería que le dejáramos en paz. Yo había oído que el Alcoholismo se heredaba de generación en generación, por eso cuando nació James sentí un miedo atroz. No sé si fue intuición femenina o qué, pero por alguna razón no me preocupaba Bob, sólo me preocupaba James.

Hablo yo.

¿El abuelo era Alcohólico?

Mi Padre mira a mi Madre, habla mi Madre.

No sé si era Alcohólico, pero sí tenía problemas con la bebida.

Habla Joanne.

¿Sabías tú eso, James?

Habla mi Padre.

No es algo de lo que hayamos hablado realmente.

¿Por qué?

Fue una situación muy triste y devastadora. Hemos querido recordar al Padre de Lynne como fue la mayor parte de su vida, un hombre amable y dulce y generoso, más que como era al final.

Habla Joanne.

Como ha mencionado Lynne, está demostrado que hay cierta relación entre la enfermedad del Alcoholismo y la genética. ¿No creéis que habría podido ayudar a James el saber que podía tener, y en mi opinión muy probablemente tiene, una predisposición genética a la adicción?

Hablo yo.

No creo que por haber sabido lo de mi Abuelo hubiera habido la menor diferencia. Yo no bebía y tomaba drogas por un defecto genético.

Habla Joanne.

¿Por qué descartas tan rápidamente algo cuya existencia está empíricamente demostrada?

Porque me parece una memez. La gente no quiere aceptar la responsabilidad de sus propias debilidades, y echan la culpa a cosas de las que no son responsables, como la enfermedad o la genética. Y en cuanto a esos estudios, yo podría demostrar que soy de Marte si me dan tiempo y recursos suficientes.

Habla mi Madre.

Desde luego podría ayudarnos a entender muchas cosas.

Me parece interesante que el Abuelo tuviera problemas con el alcohol. Me sorprende saberlo porque sólo he oído cosas estupendas sobre él. Creo que es una pena, y tuvo que ser tremendo para todos tener que tratar con ese asunto, igual que ha sido tremendo tener que tratar con el mío, pero no voy a culparle a él ni a mis genes de mis problemas.

Habla mi Padre.

¿Cómo lo explicas tú?

Porque soy débil y patético y no sé controlarme. Una explicación, especialmente una gilipollas, no altera las circunstancias. Necesito cambiar, tengo que cambiar y, en este momento, cambiar es mi única alternativa, a menos que esté dispuesto a morirme. Lo que importa es que me convierta en algo y alguien diferente si quiero un futuro.

Habla Joanne.

¿No crees que saber por qué eres así podría ayudarte en el proceso de cambio?

Creo que sé por qué.

¿No te importaría compartir tus ideas con nosotros?

Prefiero no.

¿Por qué?

Porque dolería y afectaría a mis Padres, y me parece que de eso van sobrados.

Habla mi Madre.

Pero nos gustaría saberlo.

Habla mi Padre.

Desde luego nos gustaría.

Miro a ambos, respiro hondo, hablo.

Siempre he sentido cosas. No creo que haya palabras para describirlas exactamente, pero son una mezcla de rabia, ira, dolor extremo. Se funden en lo que yo llamo la Furia. He conocido esa Furia desde que tengo memoria. Es lo único que me ha acompañado toda mi vida. Estoy empezando a aprender cómo hacerle frente, pero hasta hace poco la única forma que sabía era bebiendo y con drogas. Me tomaba algo, lo que fuera, y si tomaba lo suficiente la Furia se calmaba. El problema era que siempre volvía, por lo general con más fuerza, y exigía sustancias cada vez más fuertes para matarla, y siempre era ésa la finalidad, matarla. Desde la primera vez que bebí supe que la bebida la mataría. Desde la primera vez que probé las drogas supe que las drogas la matarían. Las tomaba a conciencia, no por ningún vínculo genético o actividad o enfermedad, sino porque sabía que iba a matar a la maldita Furia. Aunque sabía que me estaba matando, matar a la Furia era más importante.

Miro a mis Padres.

No sé por que, y no sé si importa, pero cada vez que os tengo cerca la Furia se agrava. Cada vez que habéis intentado controlarme o mimarme o cuidarme o impedirme algo, la Furia se ha acrecentado. Cada vez que hablamos por teléfono o escucho vuestra voz, la Furia se intensifica. No estoy diciendo que tengáis vosotros la culpa, porque no creo que sea eso. Sé que habéis hecho todo lo posible conmigo y sé que tengo suerte de teneros, y no veo nada en mi vida que pueda haber sido la causa. Quizá la Furia sea genética, pero lo dudo un huevo, y desde luego no acepto ni la enfermedad ni la genética como causa. Porque resulta más fácil desviar la responsabilidad de lo que he hecho y lo he hecho con pleno conocimiento de causa. Todas y cada una de las veces, lo sabía muy bien, joder, ya fuera beber o meterme una raya o fumar una pipa o que me detuvieran, y tomaba la decisión de hacerlo de todos modos. La mayoría de las veces era para matar a la Furia, algunas veces era para matarme yo, y al final ya no veía diferencia. Lo único que sabía era que estaba matando algo y que en algún momento acabaría, lo cual sería

probablemente lo mejor para todos. Por si el dato puede servir de algo, la siento ahora, sentado aquí con vosotros, y la sentiré mañana por la mañana cuando vuelva a veros. La sentiré la próxima vez que hablemos y la vez después de ésa, y la de después, y si hay alguna explicación de por qué soy como soy o quien soy, es que hay una Furia dentro de mí que es incontrolable sin bebida o drogas. ¿Cómo me curo? Me hago responsable de mí mismo y aprendo a hacerme frente a mí mismo y aprendo a controlar la Furia. Puede que tarde un tiempo, pero si resisto lo suficiente y no acepto excusas por fracasar o desviar lo que es esencialmente un problema originado por mí, puedo hacerlo.

Mi Madre y mi Padre se han quedado mirándome. Mi Madre tiene aspecto de estar a punto de llorar, mi Padre está pálido, como si acabara de ser testigo de algún desastre horrible. Mi Madre empieza a hablar, calla, se seca los ojos. Mi Padre sólo me mira. Habla Joanne.

Sin olvidar otros factores, yo diría que tu teoría es válida, pero tengo curiosidad por saber de dónde crees tú que surge esa Furia.

No lo sé.

Mira a mi Padres. Hay lágrimas en la cara de mi Madre. Mi Padre sigue mirándome fijamente. Mi Madre me mira y habla.

¿Por qué no nos has hablado de eso antes?

¿Y qué tendría que haberos dicho?

¿Nos odias?

Sacudo la cabeza.

¿Qué hemos hecho nosotros?

No habéis hecho nada, Mamá. No es culpa vuestra.

Se seca la cara. Mi Padre sigue con la mirada fija.

Lo siento mucho, James.

No lo sientas, Mamá. Soy yo quien debe sentirlo.

Se produce un silencio largo. Mi Padre mira a Joanne y habla.

¿Es posible que ese sentimiento, o ese conjunto de sentimientos, pudiera haber sido producido por una Enfermedad?

¿Tuvo James alguna Enfermedad de Pequeño?

Tuvo problemas con los oídos.

¿Con diagnóstico y tratamiento adecuados?

Habla mi Madre.

No lo sabíamos.

¿Por qué no lo sabían?

Mi Madre mira a mi Padre y le coge la mano. Habla.

Cuando nacieron los Chicos no teníamos mucho dinero. Bob era Abogado, pero la mayor parte de su sueldo se iba en pagar los préstamos que había pedido para estudiar. Bob hijo salió sano y era un niño alegre. Era muy callado y muy tranquilo. Cuando nació James fue todo lo contrario. Chillaba, chillaba a todas horas sin parar, hiciéramos lo que hiciéramos no conseguíamos que se calmara. Eran gritos horribles, largos, intensos y penetrantes, y aún los oigo en el recuerdo. Fuimos al Médico, al mejor que podíamos permitirnos.

El Médico nos dijo que no le pasaba nada, que lo que ocurría probablemente era que James era un niño vocalmente expresivo. Nos fuimos a casa y los gritos continuaron. Le cogía en brazos yo, le cogía en brazos Bob, intentábamos darle juguetes y más comida, y nada funcionaba. No paraba con nada.

Empiezan a brotarle las lágrimas. Mi Madre aprieta la mano de mi Padre, mi Padre la observa mientras habla. Yo escucho sentado. Nunca me habían hablado de mis gritos, aunque no me sorprende. Llevo años gritando. Gritando puta jodida mierda. Mi Madre llora mientras habla.

Siguió así casi dos años. James gritaba y gritaba. A Bob empezó a irle bien en su bufete y le aumentaron el sueldo, y en cuanto tuvimos algo de dinero extra llevamos a James al mejor Médico. En cuanto le vio me dijo que James tenía una infección horrorosa en ambos oídos que le estaba destrozando los tímpanos. Dijo que James había estado gritando todo este tiempo porque sentía un dolor terrible y gritaba buscando ayuda. Recomendó cirugía, y antes de cumplir los dos años le operaron de ambos oídos, la primera de otras siete operaciones de oídos. Como es natural nos quedamos horrorizados, pero no lo sabíamos.

Las lágrimas se vuelven sollozos.

De haberlo sabido habríamos hecho algo.

Sollozos.

Pero no lo sabíamos.

Mi Padre la abraza.

No hacía más que gritar y gritar siempre y no sabíamos que gritaba porque le dolía.

Mi Madre se desploma, hundiendo la cara en el hombro de mi Padre, agitada, temblando y tiritando. Mi Padre la abraza y espera pacientemente, acariciándole el pelo y la espalda. Yo les miro sin moverme, y aunque no me acuerdo de lo que ha contado mi Madre sí recuerdo el dolor. Eso es lo único que queda. El dolor.

Mi Madre deja de llorar y se aparta levemente sólo levemente de mi Padre. Me mira.

Lo siento, James. No lo sabíamos. De verdad, no lo sabíamos.

Acerco la mano y la coloco sobre la de mi Madre.

No tienes nada que sentir, Mamá. Hicisteis lo que pudisteis.

Se separa de mi Padre del todo y se levanta y da dos pasos hacia mí y me rodea con los brazos y me abraza. Me abraza y me aprieta con fuerza y yo respondo a su abrazo y comprendo que está intentando expresar su remordimiento y su tristeza. En cierto modo este abrazo es su forma de pedir perdón, aunque no hace falta perdón alguno.

Me suelta y vuelve a sentarse junto a mi Padre. Joanne espera un momento para ver si alguno de nosotros habla. No lo hacemos, y entonces habla ella.

¿Recuerdas algo de eso, James?

Recuerdo las operaciones, pero sólo porque se sucedieron hasta que tuve doce años, pero no recuerdo nada de lo anterior.

¿Hubo alguna secuela permanente?

Tengo una pérdida de audición del treinta por ciento en el oído izquierdo y de veinte en el otro.

¿Por qué no me dijiste nada de eso antes?

No me parece muy importante.

Contribuye a explicar, o quizá explique totalmente, por qué dices que tus recuerdos primeros y más antiguos son de rabia y dolor.

¿Por qué crees eso?

Cuando nace un niño, necesita comida y cobijo y sentirse seguro y confortable. Si chilla, suele estar chillando por alguna razón y, en tu

caso, parece probable que chillaras porque sentías dolor y querías que hicieran algo. Si no se prestó la debida atención a los gritos, ya fuera consciente o inconscientemente, es posible que desataran un sentimiento bastante profundo de rabia en tu interior, y pudieron muy bien haber producido resentimiento para mucho tiempo. Esa rabia podría ayudarnos a entender tanto esa emoción que tú llamas la Furia, como tu forma de sentirla en relación a tus Padres y en relación a cuestiones de control en tu casa.

Me quedo pensando. Intento decidir si estoy dispuesto a aceptar la genética y las infecciones de oídos como explicación de veintitrés años de caos. Sería fácil aceptarlo. Colocarme en un pedestal al margen de lo que soy y quien soy y achacarlo todo a los genes de mi Abuelo y a la incompetencia de un Médico. Han sido veintitrés años de caos. Veintitrés años de Infierno. Podría deshacerme de todo ello con la simple aceptación de lo que me proponen. Podría deshacerme de todo ello.

Levanto los ojos. Mis Padres me observan, Joanne me observa. Esperan alguna reacción. Tomo aliento y hablo.

Es una teoría interesante. Probablemente tenga algún fundamento. Puedo aceptarla como lo que a mi juicio es: una posibilidad. No puedo aceptarla como causa última, porque eso me parece escapismo, y porque no creo que me beneficie en nada aceptar otra cosa que no sea yo mismo y mi propia debilidad como causa última. Fui yo quien hizo todo lo que hice. Yo tomé las decisiones de hacerlo. La única manera de curarme es aceptar mi responsabilidad a la hora de elegir entre ser Adicto y no ser Adicto. Así tiene que ser en mi caso. Sé que vais a procurar convencerme de lo contrario, pero no os molestéis.

Joanne ríe un poco, mi Madre y mi Padre se quedan mirándome. Yo miro a Joanne y hablo.

¿Por qué esa risa?

Sonríe.

Porque eres la Persona más tozuda que he conocido en mi vida.

Simplemente no estoy dispuesto a convertirme en víctima.

¿Qué significa eso?

La Gente de aquí, la de todas partes, todos quieren quitarse sus problemas, generalmente creados por ellos mismos, intentando pasárselos a otros o a otra cosa. Sé que mi Madre y mi Padre hicieron todo lo que estuvo en su mano y me dieron todo lo que pudieron y me quisieron como mejor supieron y, en todo caso, serían ellos víctimas mías. Podría decir que tengo un defecto en mi composición genética, que tengo una enfermedad y mis adicciones se explican por su presencia, pero creo que eso es una gran gilipollez. No soy víctima más que de mí mismo, igual que en mi opinión la mayoría de las Personas con esta supuesta enfermedad son sólo víctimas de ellos mismos. Si quieres llamar tozudez a esa filosofía, no te prives. Yo lo llamo ser responsable. Yo lo llamo aceptación de mis propios problemas y mis propias debilidades con honor y con dignidad. Yo lo llamo curarme.

Joanne sonríe.

Pese a que no puedo realmente ni corroborar ni condonar tu filosofía, voy haciéndome Creyente gradualmente.

Sonrío.

Gracias.

Habla mi Padre.

James.

Me vuelvo hacia él y hacia mi Madre. Ambos me sonríen.

Nunca me he sentido tan orgulloso de ti como en este momento.

Gracias, Papá.

Habla mi Madre.

Yo también, James.

Gracias, Mamá.

Joanne mira su reloj.

Me parece que hemos avanzado de una manera excepcional esta noche y se está haciendo tarde.

Me pongo de pie.

Vámonos de aquí.

Mi padre se levanta. Habla mi Madre.

¿Podemos abrazarte otra vez antes de irnos?

Me acerco, rodeó con un brazo a cada uno y ellos me rodean a mí

con un brazo cada uno. Nos agarramos cada uno agarra y nos abrazamos los tres nos abrazamos es fuerte y es fácil y lleno de algo acaso amor. La Furia se enciende y me siento momentáneamente violento, pero la fuerza que estoy dando y la que estoy recibiendo la mata. Con facilidad y rapidez. Dar y recibir la mata.

Nos separamos. Mis Padres aún sonríen. Yo me despido de Joanne y ella se despide de mí. Abro la puerta y espero. Mis Padres me dicen adiós y dan las gracias a Joanne y ella sonríe y dice no hay de qué. Mis Padres salen y yo les sigo. Nos despedimos al otro lado de la puerta y ellos se van en una dirección y yo en otra.

Vuelvo a la Unidad. Conozco el camino lo hago automáticamente. Estoy cansado y listo para dormir. No quiero tratar con nada ni nadie. No quiero pensar en la Cárcel ni en la genética ni en infecciones de oídos. De la primera no estoy seguro y las otras dos no importan. Quiero dormir. Cerrar los ojos y dormir.

Llego a mi Habitación abro la puerta entro. Miles está en la cama ya duerme. La luz de mi mesilla está encendida la apago me meto debajo de las sábanas. Están cálidas. La almohada está blanda.

Estoy cansado.

Me duermo.

Unas manos me agarran suavemente. Oigo mi nombre James James James me están moviendo. Oigo mi nombre. James.

Abro los ojos. Está oscuro. Veo una sombra borrosa que me agarra y dice mi nombre. Parpadeo una vez. Dos veces. Está oscuro. Ya veo algo.

Miles está de pie junto a mí. Me ve los ojos yo veo los suyos. Me suelta. Me incorporo.

Hay una señorita en la ventana que pregunta por ti.

¿Qué?

Hay una señorita en la ventana. Pregunta por ti.

Me inclino hacia delante, miro detrás de él. Veo un perfil a través del cristal.

Mierda.

Miles se echa a reír.

Las mujeres son difíciles. Y se vuelven más difíciles si no les prestas atención. Te sugiero que hables con ella.

Mierda.

Levanto las mantas. Miles se retira. Salgo inseguro de la cama y voy a la ventana y la abro. Una ráfaga de viento frío me azota la cara. Saco la cabeza. Lilly está entre las sombras.

Me habla.

Tengo que hablar contigo.

¿Ahora mismo?

Sí.

¿No puedes esperar a mañana?

Tengo que hablar contigo.

Un momento.

Me alejo de la ventana y la cierro. Me vuelvo y Miles está sonriéndome.

Ya sabías que no podía esperar a mañana si ha venido aquí en mitad de la noche.

Lo intenté por si acaso.

Me pongo los pantalones.

No sirve intentarlo con ellas. Hay que hacerlo.

Los zapatos.

Ésa será mi Táctica en el futuro.

La chaqueta de Hank.

Es lo mejor.

Vuelvo a la ventana.

Siento que te hayamos despertado.

Miles sonríe.

No dejes que te pillen.

Yo sonrío.

No lo haré.

Abro la ventana, me pega el frío el frío el frío. Salgo al exterior y cierro la ventana detrás de mí. Lilly está entre las sombras. Voy hacia ella.

Hola.

¿Es eso lo único que vas a decir?

¿A qué viene eso?

¿Crees que me puedes decir hola y todo arreglado?

¿De qué me hablas?

Dejo de caminar y me detengo frente a ella. Veo que tiene los ojos hinchados y marcas de lágrimas. Veo que retrocede y se prepara para abofetearme. Doy un paso atrás y no puede.

¿Qué coño te pasa?

Recupera el equilibrio y se aproxima y me da un empujón.

Vete a la mierda.

Me echo a reír. Vuelve a empujarme.

¿Te parece gracioso?

Vuelve a empujarme.

Vete a la mierda.

Está empezando a levantar la voz. Me da otro empujón.

Vete a la mierda.

Retrocede.

VETE A LA MIERDA.

Me intenta dar un puñetazo. Le agarro el brazo. Lo intenta con el otro. Le agarro el otro. Forcejea y aprieta los dientes y yo le sujeto los brazos y la arrastro para alejarnos del Edificio, intentando hacerlo con suavidad, pero utilizando la fuerza suficiente para moverla. Ella dice suéltame suéltame gilipollas de mierda. No le hago caso. Camino lentamente hacia atrás, sujetándole los brazos y tirando de ella suavemente hacia la oscuridad.

A cincuenta pasos estamos a salvo. Sigo tirando, ella sigue forcejeando y soltando tacos e insultándome. A cien pasos estamos aún más protegidos. La oscuridad es más profunda. El sonido reverbera menos. Dejo de caminar y de tirar, pero no la suelto. Ella se debate. La cojo entre mis brazos y la agarro fuerte.

Cálmate.

No.

No voy a soltarte.

Ya lo veremos.

Sigue forcejeando. Yo la agarro más fuerte. Su cuerpo está contra el mío, sus brazos presionan la carne de sus pechos. La sujeto y se debate. Espero y maldice. Para al cabo de unos momentos se queda quieta la abrazo tranquilizándola. Toma aliento. Respira fuerte y hondo. En el silencio de la noche. En la oscuridad donde estamos a salvo.

Su respiración va serenándose cada vez más y más. Apoyo la cabeza en su hombro. Cuando respira con normalidad hablo.

¿Estás mejor?

No.

¿Qué pasa?

Eres un Cabrón.

¿Por qué soy un Cabrón?

Hablaste con él. ¿Por qué no viniste?

¿Cuándo?

Hablaste con ese Hijoputa de tu Unidad.

No sé de qué me hablas.

¿Dónde estabas hoy?

¿Cuándo?

A las tres.

En una sesión en el Centro de Familia.

Se suponía que estarías conmigo.

No lo sabía.

Tenías tres platos a la hora de comer. Pues las tres.

No sabía que hoy fuéramos a hacer eso.

¿Por qué crees que estaba mirándote fijamente a la hora de cenar?

No tenía ni idea. Me pareció que estabas alterada, pero no sabía por qué.

¿Por qué no me has llamado?

Porque siempre me llamas tú.

¿Y qué?

No tengo el número.

Eso es una gilipollez.

No, no lo es.

Es una excusa. Deberías haberme llamado.

Dame el número y la próxima vez te llamo.

Se aparta de mí se separa un poco pero deja sus brazos en torno a mí. Mira al suelo y a la oscuridad alrededor de sus pies. Levanta la mirada. Azul de agua clara en verde pálido. Sonríe, sonríe apenas, no una sonrisa alegre sino de pena. De tristeza. Una sonrisa de error y de malentendido. Habla.

Lo siento.

¿Por qué?

Tuve miedo.

¿De qué tenías miedo?

De que pudieras dejarme.

No voy a hacer eso.

Tuve miedo de que después de contarte toda esa historia no quisieras verme más. Entonces pensé que alguien de tu Unidad te había contado alguna otra cosa.

Esas cosas no me preocupan. Nada que puedan decirme me preocupa.

Pensé que te habían contado algo, y cuando no apareciste pensé que

era seguro.

Lo único que debes tener seguro es que no voy a dejarte.

Sonríe. Esta vez la sonrisa es de verdad.

¿Nunca?

Nunca.

¿Estás seguro?

Sí, lo estoy.

No quiero volver a estar sola, James.

No lo estarás.

He llorado el día entero.

No vuelvas a llorar. Piensa en la palabra nunca.

Sonríe una sonrisa más luminosa, más amplia, más llena de lo que es ella, que es preciosa. Por dentro y por fuera. Esa sonrisa. Ella. Preciosa. Se inclina hacia delante y se pone de puntillas y cierra los ojos y me besa. Un beso largo y dulce y lento. Podría seguir besándola toda la vida.

Nos apartamos. Le digo que deberíamos marcharnos. No de vuelta, sino adentrarnos en la oscuridad. Empezamos a caminar cogidos de la mano, a paso lento, no tenemos prisa. El Bosque está animado de noche. Crujir de hierbas, susurros de hojas, balanceo de ramas. La luna está quieta, las nubes pasan. Sombras que bailan y amenazan y desaparecen. Animalitos que pelean y charlan y buscan alimento. Animalitos que se esconden. El Bosque viviente.

Hablamos mientras caminamos. Lilly tiene necesidad de hablar de sus emociones de sus preocupaciones de sus temores. Yo la animo a hacerlo. La escucho. Aunque se ha secado la huella de sus lágrimas en sus mejillas suaves, el origen de sus lágrimas sigue vivo y pleno no se ha apagado todavía no. Habla en voz baja y fluida y sin vacilaciones. Habla de sus sentimientos al ser abandonada en el pasado. Por su Padre y por el Chico de Chicago y por todo el mundo al que ha tenido cariño alguna vez en su vida. La abandonaron y nunca la llamaron y nunca le escribieron una carta, nunca le demostraron que la querían, nunca volvieron. Ni una vez. Nunca.

Habla de la deserción. Cómo le ha roto el corazón cada vez. Cómo

cada vez ha sido más difícil cerrar la herida. Cómo cada vez que se cerraba se hacía más difícil volver a querer. Cómo cada vez la esperanza se volvía desolación. Se volvía soledad y desesperación. Se volvía odio y aversión hacia sí misma. Al principio tenía esperanza. Que se desvanecía. Al final no tenía nada.

Habla sobre mí en relación a su vida. Ella quiere ser libre. Es lo único que quiere, que desea, lo único que tiene esperanza de lograr. Libertad. No sólo frente a las sustancias tóxicas sino frente al ciclo de amar y perder, de arriesgarse y fracasar, y volver cada vez a eso que aborrece, volver siempre. Hoy creyó que me había perdido. Con eso creyó que empezaba a perderse ella misma. Que sentía cerrarse las puertas de la Prisión de la autodestrucción. Quiso luchar contra ello pero no puede luchar con todo. No contra las drogas y el pasado y la perspectiva de un futuro incierto, solitario, aislado. Empezó a sentir necesidad. Necesidad de crack. Necesidad de pastillas. Necesidad de algo para matar la pena. Pensó en marcharse y estuvo a punto de hacerlo. Se imaginó marchándose. Iba a ir a la Estación de Autobuses de Minneapolis y a mendigar dinero para un billete de vuelta a Chicago. A mendigar o a algo peor. Cuando llegara a Chicago iba a ver a su Abuela y a despedirse. A decir adiós a la única Persona que la había querido. Adiós. Hay otras formas de ser libre. Adiós.

Dejamos de caminar. Nos sentamos en un banco, el banco de madera tallada. Uno de los lagos menores está helado frente a nosotros. Helado oscuro silencioso inmóvil tranquilo. Nos sentamos en el banco y cojo las manos de Lilly en las mías. Se las caliento. Le digo que me alegro de que no se fuera. Más que alegrarme. Le digo que si se hubiera marchado la habría seguido. La habría encontrado, no voy a dejar que me diga adiós a mí ni a su Abuela ni a la vida. Es lo único que tenemos y no hay que desperdiciarla. Hemos desperdiciado ya demasiado ella y yo y los demás como nosotros. Demasiado. Tenemos que aferrarnos a lo que nos queda. Luchar por ello. Atesorarlo. Intentar que sobreviva. Intentar amarlo. La habría seguido. No voy a dejarla ir. Voy a luchar por ella. A quererla y protegerla. A intentar sobrevivir también. Intentar sobrevivir para poder quererla. Tengo sus manos en las mías.

Se las caliento.

Nos ponemos en pie y echamos a andar. Andamos de la mano como si fuéramos Personas normales viviendo vidas normales, enamorados. Simplemente paseando. El Sendero nos lleva por orillas de hielo sobre hierba amarilla hasta el Puente de madera. Nos detenemos en mitad del Puente y fumamos cigarrillos. Miramos hacia la oscuridad a las aguas de los Pantanos. Ya no hay nutria sólo nosotros. Miramos al agua. Estamos cogidos de la mano. Sin palabras. No hacen falta.

Terminamos de fumar y echamos a andar otra vez hacia el Bosque. El círculo en torno a los Terrenos de la Clínica es nuestro y sólo nuestro estamos completamente solos. Simplemente paseando. Como Personas normales. Caminamos sobre la hierba subiendo a un montículo nos sentamos sobre el suelo frío de la cima mirando hacia el cemento y el acero recordatorios de nuestro pasado. Pasillos demasiado iluminados y demasiado blancos los Pasillos del Infierno para algunos, purgatorio para otros, redención para los menos. Los Edificios están silenciosos, imponen, están bien iluminados. No quiero volver. Volver significa dejar su mano su cuerpo sus ojos sus labios su piel pálida su pelo largo y negro su pelo largo y negro. Volver significa dejarla. No quiero irme.

Nos recostamos en el suelo con las manos cogidas y las rodillas pegadas. Nos miramos. Ella sonríe y yo sonrío. Hablo yo.

Me alegro de que vinieras a llamar a mi ventana.

Yo también.

Ojalá pudiéramos hacer esto todas las noches.

Podemos.

Tenemos que ir con cuidado.

No van a cogernos.

Saben que hay algo entre nosotros.

No van a cogernos.

Eso espero.

¿Cómo están tus Padres?

Están bien.

¿Cómo te ha ido con ellos?

Muy bien.

¿Os estáis entendiendo?

Por primera vez en mi vida.

¿Están siendo legales?

Más de lo que yo creía que podían ser.

¿En qué trabaja tu Padre?

Se dedica a los Negocios. Trabaja dieciocho horas al día y viaja mucho.

¿Y tu Madre?

Viaja con mi Padre.

¿Cuánto tiempo llevan casados?

Veintiocho años.

¿Están enamorados?

Mucho.

Es increíble.

Lo es.

Me gustaría conocerlos.

A ellos les gustaría conocerte a ti.

¿Les has hablado de mí?

Sí.

¿Qué les has dicho?

Que había conocido a una Chica.

¿Qué más?

Que era preciosa y que me comprendía.

¿Qué más?

Callo un momento, sonrío.

¿Por qué sonríes?

Porque sí.

¿Qué más les has dicho?

Que la quería.

Lilly sonríe.

¿Qué?

Les he dicho a mis Padres que quería a esa Chica.

La sonrisa se le ensancha.

No es verdad.

La mía también.

Sí lo es.

¿Les has dicho que me querías?

Sí.

Dímelo a mí.

¿Te gustaría eso?

Dímelo.

Sonrío. Me quedo mirándola. Tengo su mano en la mía y nuestras piernas están entrelazadas. Mis ojos están a unos centímetros de distancia. A unos centímetros. De ese azul de agua clara en medio de la oscuridad. No pueden apagarse ni siquiera en la oscuridad pueden apagarse. Miro y sonrío y hablo.

Te quiero.

Lilly sonríe. Con los labios, con los dientes, con los ojos, con la mano temblorosa. Sonríe y lo digo otra vez.

Te quiero.

Lo digo otra vez.

Te quiero.

Lo digo otra vez.

Te quiero.

Y es verdad. La quiero. Esta Chica que me dijo hola estando en la cola de los medicamentos. Esta Chica adicta al crack y a las pastillas. Esta Chica que se acostaba con hombres por dinero y se recorrió el País pagándose el viaje tumbada boca arriba. Esta Chica que ha pasado por cosas de las que no puede hablar. Esta Chica que no tiene nada. Esta Chica que no tiene nada más que su propia fuerza y su deseo de ser libre. Que no tiene nada más que un corazón palpitante y que teme estar sola. Que no tiene nada más que esos ojos azul claro. Que no tiene nada más que unos brazos abiertos dispuestos a recibirme. A estar a mi lado. A caminar conmigo. A amarme. La quiero. Lilly. La Chica que no tiene nada y lo tiene todo. Lilly. La quiero.

Aparece una lágrima. Sonríe. Se inclina hacia delante me besa en los labios me besa dulcemente y mientras nuestros labios se tocan apenas se tocan susurra.

Yo también te quiero, James.

Con nuestros labios apenas tocándose susurra.

Te quiero.

Susurra.

Te quiero.

Nos tendemos juntos. Sonriendo, aferrándonos el uno al otro y a la noche y al momento. Nos miramos a los ojos y nos besamos suavemente hablando y diciendo más con el movimiento de nuestros labios y de nuestros dedos que todo lo que podríamos decir con palabras. Las palabras no pueden decir esto. La palabra amor significa muy poco para lo que es esto. Lo significa todo y sin embargo no es suficiente. No transmite ni siquiera una fracción de los sentimientos que contiene. Amor. La palabra no es suficiente para lo que es. Amor. Amor.

Empieza a salir el Sol. A nuestra espalda la luz fluye en líneas delgadas blancas y amarillas y rosadas. No quiero marcharme. Podría quedarme aquí y morir feliz. Podría morir en este amor, feliz y sin necesidad de nada más. No quiero marcharme. Sé por la forma en que Lilly me abraza a cada instante me abraza un poco más que no quiere marcharse. No tenemos alternativa. Tenemos que irnos.

Me separo y le digo que tenemos que irnos y ella dice que lo sabe y nos besamos una última vez lenta y profundamente y las agujas del reloj no paran. Nos desprendemos el uno de otro y tardamos un segundo y un siglo y nos quedamos de pie. Le cojo la mano en la mía y la miro a los ojos, fijamente. No veo lo que veía cuando miraba en los ojos Árticos en mi momento final de impotencia. Nada me dice aléjate, no te quiero aquí. En los ojos de Lilly sus preciosos ojos de agua clara hay lo que he buscado y no he encontrando nunca, lo que he querido y nunca he tenido, lo que esperaba descubrir y nunca he descubierto. Amor.

Me retiro y empiezo a moverme. Con los ojos todavía fijos el uno en el otro, nuestras manos aún tocándose. Doy otro paso atrás. Nuestros dedos se tocan, un dedo de cada una de nuestras manos. Vuelvo a sonreír y hablo.

Para siempre.

Ella sonríe.

Recuerda eso cuando estés asustada o te sientas vulnerable o te parezca que las cosas no van a salir bien.

Su sonrisa se ensancha.

Para siempre.

Un paso más y echo a andar nuestros dedos se han separado. Doy media vuelta y empiezo a bajar el montículo. Quiero mirar atrás, pero si lo hago no podré seguir adelante. Sé que es hora de volver. Mis heridas no están curadas y necesito curarlas. Si quiero sobrevivir, vivir para amar completamente necesito más tiempo sólo un poco más de tiempo. Si miro atrás volveré con ella. A ella y a sus brazos a la seguridad y el bienestar en ella. Todavía no ha llegado el momento. Todavía no.

Llegó al pie de la Colina. Cruzo la gran explanada de hierba seca frente al Edificio. Abro la puerta corredera de cristal y entro en la Unidad. Leonard está saltando con cuerda en medio del Nivel Inferior. No le digo nada. Me vuelvo y miro otra vez a través del cristal hacia la Colina. Lilly sigue allí. Sentada en el suelo fumándose un cigarrillo. Mirando hacia donde estoy yo. El humo flota desde una de sus manos, levanta la mano. La levanta en el aire. Me está viendo. Yo levanto una mano y la aprieto contra el cristal. La dejó ahí. Nos miramos estamos demasiado lejos para ver otra cosa que nuestras siluetas. No importa.

Bajo la mano. Ella baja la suya. Me quedo allí un momento. Oigo a Leonard terminar sus saltos detrás de mí. Cuando termina, me alejo de la ventana y me vuelvo.

Leonard está agachado con las manos sobre las rodillas. Lleva un chándal rojo brillante y de la frente le resbalan gotas de sudor. Levanta los ojos hacia mí y habla.

Qué tal, Chico.

Qué tal, Leonard.

¿Cómo está tu Chica?

Sonrío.

Muy bien.

¿Has pasado buena noche?

Sí.

¿Estás enamorado?

Sí.

¿Se lo has dicho?

Sí.

Leonard sonríe con una sonrisa amplia y ancha.

Eso es fantástico.

Yo vuelvo a sonreír. Amplia y ancha.

Sí.

Quita las manos de las rodillas, se incorpora.

¿Cómo han ido las cosas con tus Padres?

Han ido bien.

¿Os estáis entendiendo?

Sí, nos entendemos.

Sonríe.

Estupendo, porque te vas a arrepentir si la jodes con ellos. La Familia es lo más importante que tiene uno en la vida.

De acuerdo.

Me siento orgulloso de ti, Chico. Parece que estás haciendo bien las cosas.

Lo intento.

Si sigues así no voy a tener que vigilarte más.

No sabía que te hubiera pedido que lo hicieras.

Da igual que me lo pidieras o no. Lo que importa es que lo estoy haciendo, te guste o no.

Me echo a reír.

Voy a darme una ducha, a prepararme para el día. Vuelve aquí en veinte minutos. Nos tomamos un café y vamos a desayunar.

Vale.

Se marcha. Yo voy a mi habitación. Abro la puerta Miles no está aquí ni tampoco su clarinete ni mi ejemplar del Tao. Me quito la ropa y voy al Cuarto de Baño abro la ducha me meto debajo del agua me lavo. El agua está caliente, pero no demasiado. Es agradable. Me gusta.

Cierro la ducha salgo voy al lavabo y me lavo los dientes y me afeito. Miro la cicatriz donde un día hubo un agujero. Es de color rosa, más claro que el resto de mi piel, está cerrándose. Me miro la nariz, tengo un bultito en el puente, está curada. Miro la zona en torno y por debajo de mis ojos, la hinchazón ha desaparecido, el amarillo desvaído de las lesiones ha desaparecido. Tengo ojeras grises pero son por falta de sueño no por golpes. Mis ojos se han curado. Por fuera.

Empiezo a mirarlos. El blanco es blanco surcado por el rosa de las venas. Sigo la línea de las venas hasta el borde del verde. Es pálido como una aceituna marchita con pequeños puntos marrones pocos y muy dispersos. Me quedo al borde del verde, me mantengo ahí. Veo lo que hay dentro de mí y me siento a gusto con lo que veo. No es demasiado profundo. La profundidad está donde habita la realidad. En el borde sólo hay destellos de esa realidad. Empiezo a desplazarme, hacia la profundidad, veo más cosas. Desplazarme se hace más difícil y desaparece el borde en el negro de una pupila rodeada de verde. El negro donde todo se revela. Lo veo durante un segundo fugaz, veo el negro más hondo rodeado de verde claro. Aparto la vista.

Salgo del cuarto de baño. Me pongo la ropa y me voy de la Habitación. Bobby y el hombre que conozco pero no sé de qué están sentados en una mesa del Nivel Superior. Ambos están mirándome. No les presto atención. Me sirvo una taza de café y tomo un sorbo. Está caliente, me quema la boca y está fuerte. Lo siento de inmediato. Hace desaparecer la noche y el cansancio de una noche sin dormir. El corazón se me acelera. Hasta las drogas más flojas hacen desaparecer el cansancio de una noche sin dormir.

Me doy media vuelta. Bobby y el hombre siguen mirándome. Empiezo a pasar junto a ellos y el hombre habla.

¿No te acuerdas de mí, verdad?

Me detengo y me vuelvo y le miro. Va otra vez vestido de negro. Pantalones de chándal negros con una raya blanca en un lado y camiseta negra. Tiene el pelo corto y sucio y de punta, la cara marcada con cicatrices de acné. Tiene los ojos apagados y marrones y los brazos rayados de pinchazos de color negro violáceo.

No, no me acuerdo.

Te dije que te acordaras de mí, me decepcionas.

Lo siento.

Me dicen que andas con Lilly.

¿Quién lo dice?

¿Importa?

No.

Entonces no me lo preguntes.

¿De qué te conozco?

Nos conocimos hace unas semanas.

Yo estaba aquí hace unas semanas.

Y yo también.

Me aproximo, miro al hombre, rebusco en mi memoria. Aunque de modo borroso y oscuro, me viene. Recuerdo estar viendo la televisión. Recuerdo que me arrastró por el suelo. Recuerdo que me murmuró al oído. Recuerdo que me dijo que podría haberme hecho daño. Yo estaba drogado e impotente. Podría haberme hecho daño.

Ya me acuerdo.

Sonríe.

Buen Chico.

No me llames eso.

¿Es qué vas a hacer algo si te lo llamo?

Puede.

Después de tu última actuación, no veas el miedo que me das.

Me acerco.

Prueba ahora.

Sonríe.

No estoy aquí para pelearme contigo.

¿Entonces qué quieres?

Quiero hablarte de Lilly.

¿Qué quieres contarme?

Algunas cosas que debes saber.

¿Qué?

Se recuesta y sonríe y enciende un cigarrillo. Yo me quedo

esperando. Bobby me mira sin parar y sonríe como un estrangulador cuyas manos han encontrado una garganta. Siento una presencia cerca de mí y miro a un lado y veo a Leonard parado a unos pies de distancia. Aunque no ha oído nuestra conversación, comprendo por su expresión que sabe que algo desagradable está a punto de ocurrir. El hombre me mira y empieza a hablar.

Conozco a Lilly de mi pueblo. Iba siempre con mi mejor Amigo y él la compartía. La llevaba a fiestas y la ponía hasta las cejas y la metía en una habitación y dejaba que otros tíos la follaran a cambio de drogas para él. A ella le encantaba porque significaba crack gratis y un puñado de pastillas y una noche llena de pollas, que, como estoy seguro que sabes ya, es lo que más le gusta del mundo.

Me mira, se echa a reír.

Yo me lo hice con ella unas cuantas veces. Tiene un cuerpecito estupendo y unos labios grandes y gordos y sabe utilizarlos, y te deja hacerle casi cualquier cosa. Su Chico, mi Amigo, se metió en un lío con un Camello. Podrías decir que sobrepasó su crédito. El Camello accedió a no machacarle si le pasaba a Lilly y mi Amigo aceptó el trato. La verdad es que le importaba un carajo, digo yo que porque debe ser difícil respetar a una puta, o sea que sin decirle por qué la llevó a Casa del Camello. Cuando llegaron allí, ella empezó a fumar crack y se tomó un montón de Valiums y se quedó hecha mierda. Entonces llegaron los amigos del Camello.

Bobby ríe. El hombre sonríe y da una calada del cigarrillo y se me queda mirando y yo le devuelvo la mirada. Siento que la Furia empieza a hervir. A diferencia de la mayoría de los episodios de Furia, no dirige su rabia y su ira y su ansia a destruirme, sino a destruirle a él. La siento. La Furia hirviendo.

A partir de ese momento la cosa se puso fea. Quince tíos se pusieron a la cola y colocaron a Lilly boca abajo en el suelo y empezaron a follarla. Le follaron en la boca, le follaron en el coño, en el culo, en todos los sitios y de todas las formas que te puedas imaginar. Los quince se la follaron, algunos más de una vez, y ninguno llevaba condón. Se corrieron por encima de ella. En la espalda y el estómago,

en el pelo y en la cara, en todos los putos agujeros que tiene.

Bobby vuelve a reír.

Después del segundo tío ella intentó ponerse de pie y marcharse, pero no la dejaron. La sujetaron y se rieron y la follaron. Uno detrás de otro y otro, y ella no pudo hacer nada, y cuando terminaron y ella estaba gritando y llorando y como loca, quiso recoger su ropa pero no se la dieron. En vez de eso le dieron una bolsa de basura, una de esas bolsas grandes de plástico negro, y cortaron dos agujeros para los brazos a los lados y la obligaron a ponérsela. Entonces el Camello abrió la puerta y la agarró por el pelo y la echó de allí, como si fuera un puto desperdicio.

Bobby ríe más fuerte, da con la mano en la mesa. El hombre le mira y sonríe, vuelve a mirarme a mí.

Por lo que sé, vino aquí directamente después de eso. Se metió en un coche con la chiflada de su Abuela y llegaron aquí a toda velocidad. Creo que a ti te conoció unos días después. Si fuera tú, yo tendría cuidado. Esa Chica tiene alguna mierda peligrosa metida dentro, y si no lo ha hecho ya, probablemente te contagiará algo por lo que se te va a caer la puta polla.

El hombre me sonríe. Apaga el cigarrillo en el cenicero. Oigo reír a Bobby, y por el rabillo del ojo le veo levantar la mano. El hombre suelta una risita y la entrechoca con la suya, como si le estuvieran dando las gracias por las palabras que ha dicho. Yo aprieto los dientes. Me quedo mirando al hombre. La Furia está en ebullición. Con todas sus fuerzas y quiero matar matar matar. Me da igual lo que Lilly haya hecho sea lo que sea. Sus pecados, si es que los hay, no he de juzgarlos yo. Lo que me importa es que este hombre la ha violado. No de cuerpo, pero sí de palabra. Me importa que haya hablado de ella como si fuera un pedazo de carne, como si fuera infrahumana, como si fuera algo que está ahí para ser degradado y envilecido por él y por otros. La Furia arde con toda su fuerza. Quiero matar matar matar. Me acerco.

¿Por qué me has contado eso?

Porque me daba la gana.

¿Porque te daba la gana?

Sí.

Lilly ha tenido una vida brutal de cojones. No necesita que vayas tú por ahí diciendo cabronadas sobre ella.

¿Me vas a dar una jodida Charla?

¿Te has sentido mejor contigo mismo contándome eso?

¿Qué?

¿Te has sentido más hombre, como si tuvieras alguna clase de poder sobre mí y sobre ella?

Que te jodan.

¿Te has sentido distinto a ella, aunque sabes que no lo eres, o te has sentido bien aunque, en tu fuero interno, sabes que eres una puta mierda?

Que te jodan.

¿Te has sentido así?

Que te jodan.

Me acerco más.

La última vez que nos vimos me perdonaste la vida. Yo te la voy a perdonar ahora. Pero si vuelves a hablar de ella, te voy a buscar y te voy a destrozar, cabrón.

¿Me estás amenazando?

Te estoy avisando.

Estoy acojonadísimo.

Prueba conmigo ahora.

Jódete tú y tu puta con su bolsa de basura. Que os jodan a los dos.

Bobby ríe. El hombre y yo nos miramos fijamente. Suelto la taza de café que tengo en la mano y cae al suelo y distrae al hombre y en cuanto mira hacia abajo me abalanzo sobre él. Le agarro del pelo y le echo la cabeza atrás y aprieto con el pulgar en el cuello justo debajo de la nuez. Aprieto fuerte. La carne es blanda y mi dedo se hunde mucho y él empieza a asfixiarse, a ahogarse, a quedarse sin respiración, a sufrir. Por el rabillo del ojo veo a Bobby levantarse de su silla y empezar a moverse veo a Leonard avanzar y empujarle y oigo algo y no sé lo que oigo. Leonard dice algo y Bobby para en seco. Veo a Leonard inclinarse hacia Bobby y veo su boca moverse y más palabras que no oigo bien.

Bobby se sienta.

Aprieto. En la carne blanda. Miro al hombre a los ojos. Le hago saber que podría matarle. Está asfixiándose. Ahogándose. Quedándose sin respiración. Sufriendo. Está indefenso. Él lo sabe y yo lo sé. Su vida está en mis manos. Estoy mirándole a los ojos. Hablo.

Si vuelves a decir algo de ella, te mato.

Aprieto más fuerte.

Te mato, cabrón.

Aprieto más.

Te mato, cabrón.

Le suelto. Me aparto. El hombre empieza a toser. Agarrándose la garganta. Respirando y tomando todo el aire que puede todo lo deprisa que puede. Tiene una tos áspera, escupe, tiene arcadas. Podría haberle matado. Quería matarle. Avanzo dos pasos hacia Bobby, que está sentado en la silla. Le escupo en la cara. Espero la reacción, pero no la hay. Simplemente mira hacia delante. No sé qué le ha dicho Leonard, pero sé que no habrá más palabras. No habrá ni una palabra más de ninguno de los dos.

Voy hacia la Unidad y recorro el Pasillo. Estoy temblando de ira y del resquemor del miedo. Estoy temblando por el horror y por el regusto de la acometida de violencia. Estoy temblando por el efecto de la adrenalina. Estoy temblando con la Furia como nunca la he sentido antes. La Furia ha hervido para defender a alguien que quiero. Con más fuerza de lo que la he sentido jamás.

Quiero una puerta. Veo una puerta. Abro la puerta y salgo. A la mañana fría y gris. Al aire húmedo y denso. Tenso la mandíbula los puños los músculos del pecho. Lo tenso todo con fuerza. Respiro por la nariz todo lo profundamente que puedo. El aire húmedo, denso. Lo noto empapar mis células y noto mis células drenándolo. Noto mis células drenándome a mí.

Se abre la puerta y sale Leonard. No dice nada simplemente me deja respirar. La respiración me vacía y va desapareciendo la necesidad de tensar. La Furia va apagándose. He hecho lo que he podido lo que me ha parecido justo. La violencia ha sido desagradable pero lo

desagradable era necesario. A veces las cabezas son duras. A veces los corazones están vacíos. A veces las palabras no sirven. La violencia era necesaria.

Tomo un último aliento profundo y lo dejo salir. Miro a Leonard y él habla.

¿Estás bien?

Sí.

Ya sabes que lo que te han dicho no importa.

Ya lo sé.

Y sabes que probablemente no es cierto.

Es cierto. Sé que es cierto.

¿Cómo lo sabes?

Simplemente lo sé.

Pues no importa de todos modos.

Ya lo sé.

Lo que importa de verdad es que la quieres.

Sí.

No lo olvides, Chico. El amor es lo único que importa.

Asiento con la cabeza.

Sí.

Me pone la mano en el hombro.

Me siento orgulloso de ti por lo que has hecho ahí dentro.

Supongo que sí.

Le diste una oportunidad y después le dejaste ir. Ésas son dos cosas que nunca hago yo. También le diste un mensaje, más claro que el puto agua.

Me río.

¿Qué le has dicho a Bobby?

Le dije mi nombre. Mi nombre completo.

Suelto una carcajada.

¿Eso es todo?

Leonard asiente.

Es más complicado de lo que crees, pero sí, eso es todo.

Gracias por estar a mi lado.

Siempre.

Te la debo.

No me debes nada.

Sí, te la debo.

Mueve la cabeza.

No.

Señalo hacia la puerta.

Vamos a desayunar.

Entramos otra vez y recorremos los Pasillos y entramos en el Corredor. Busco a Lilly pero no está allí. Nos ponemos a la cola cogemos un plato de huevos con judías buscamos a nuestros amigos. Ya se han enterado de nuestro enfrentamiento, yo no quiero hablar de ello. Hablamos de que Ed se marcha. Ted está a punto de llorar. Escribimos nuestros nombres y direcciones y números de teléfono en un papel. Sólo Miles y Leonard los tienen permanentes. Los demás escribimos lo que podemos con esperanza de que funcione. Esperamos que Ed sobreviva el tiempo suficiente para llamar. Le deseamos suerte. Le decimos que todo va a ir bien.

Terminamos. He estado vigilando la llegada de Lilly pero no ha venido. Mis amigos se van a la Conferencia, yo al Despacho de Joanne. La puerta está un poco abierta lo bastante para oír voces. Entro, mis Padres están en el sofá, se levantan para saludarme. Nos abrazamos mutuamente y nos sentamos. Le digo hola a Joanne y empieza a hablar.

Ha habido un cambio de planes.

¿Qué?

Habla mi Padre.

Tenemos que marcharnos pronto.

¿Por qué?

Asuntos urgentes.

¿Los mismos que ayer?

Sí.

Aparto la vista un momento y se enciende la Furia. Como ha ocurrido durante toda mi vida, el trabajo de mi Padre es lo primero por delante de todo siempre. Miro a la pared la pared blanca no me hace gracia

pero no puedo cambiar eso. Ni puedo cambiar a mi Padre ni su trabajo ha hecho siempre todo lo que ha podido por todos nosotros y nos ha dado mucho. A mí y a mi Hermano y a mi Madre. Es lo que es y se dedica a lo que se dedica. No puedo cambiar nada de eso y después de todo lo que me han dado, de todo lo que me han perdonado, yo puedo perdonar esto y aceptar que se marchen antes de lo previsto. Habla mi Madre.

Lo sentimos mucho, James.

No lo sientas, Mamá.

Queríamos quedarnos el periodo completo.

Tengo suerte de tener Padres dispuestos a venir aquí.

Ella sonríe. Es una sonrisa insegura, que busca aprobación.

¿Estás seguro?

Asiento con la cabeza.

Vamos a hacer lo que podamos en el tiempo que tenemos.

Habla Joanne.

Normalmente no hablaríamos de esto ahora mismo, pero a tus Padres y a mí nos gustaría hablar sobre el futuro.

Es muy prometedor.

¿Es una broma?

Sí y no.

¿Por qué sí?

Porque voy a ir a la Cárcel.

No lo sabemos todavía con seguridad, pero vale. ¿Por qué no?

Porque voy a empezar de nuevo y me siento agradecido por esa oportunidad.

¿Entonces qué vas a hacer cuando salgas de aquí?

Voy a cumplir condena y a no meterme con nadie. Voy a intentar sobrevivir y a no dejar de ser humano. Voy a salir y buscar un trabajo y ver qué pasa.

¿Cómo vas a evitar las drogas?

Voy a estar encerrado y sin dinero. No será muy difícil.

Se pueden conseguir drogas en la Cárcel.

Es posible, pero no las quiero.

¿Crees que va a resultarte tan fácil?

Creo que voy a tener cosas más serias en que pensar antes que en colocarme.

Habla Joanne.

¿Y si no vas a la Cárcel?

Me iré a Chicago y buscaré un trabajo y procuraré ser feliz.

¿Y un Centro de Reinserción?

No.

¿Por qué?

Ya hemos hablado de eso.

Joanne mira a mis Padres. Ellos se miran entre sí. Habla mi Padre.

¿No crees que esa clase de entorno puede ser bueno para ti?

No creo en Poderes Superiores ni en los Doce Pasos ni en nada que tenga que ver con ellos, y eso es lo que enseñan en los Centros de Reinserción. Será una pérdida de tiempo.

Habla mi Madre.

Si no crees en esas cosas, ¿cómo vas a mantenerte abstemio?

Cada vez que quiera beber o meterme drogas, voy a tomar la decisión de no hacerlo. Seguiré tomando esa decisión hasta que no sea ya una decisión sino una forma de vida.

¿Y si no puedes hacerlo?

En cuanto salga de aquí voy a buscar algún modo de ponerme a prueba, bien en presencia de alcohol o de drogas, o de las dos cosas, para asegurarme de que puedo.

Joanne respira hondo, mueve la cabeza.

He intentado desalentar a James de esa idea. Es un plan increíblemente arriesgado, y las probabilidades de recaída son astronómicas. Te juegas demasiado.

Habla mi Padre.

A mí tampoco me gusta la idea, James.

Habla mi Madre.

Ni a mí.

Sin ánimo de ofenderos a ninguno, la decisión es enteramente mía.

Habla mi Padre.

¿Y si recaes?

No recaeré.

¿Y si lo haces?

No lo haré.

¿Por qué estás tan seguro?

Porque tengo convicción, tan sencillo como eso, y no quiero pasar el tiempo que nos queda juntos intentando convenceros. Lo que me depare el futuro está en el futuro y lo abordaré como sea necesario. Pasemos a otra cosa.

Mi Madre mira a mi Padre, mi Padre mira a Joanne. Mi Padre asiente con la cabeza.

Habla Joanne.

Vamos a hablar de vuestra relación mutua.

Miro a mis Padres y ellos me miran a mí.

¿Qué sentimientos tenemos sobre esa cuestión?

Habla mi Padre.

Muy positivos.

Habla mi Madre.

Mucho mejores.

Hablo yo.

Van por buen camino.

Joanne sonríe. Es una sonrisa amplia, auténtica. Mira a mi Padre.

¿Por qué?

Tengo la sensación de que durante mucho tiempo no he conocido a James, si es que le conocí alguna vez. Ha sido difícil, ser Padre de un Hijo que era esencialmente un Extraño. Nunca he entendido por qué James ha sido así o por qué ha tenido los problemas que ha tenido. Nunca he entendido por qué no ha dejado que su Madre y yo entráramos en su vida y por qué parecía albergar una rabia tan intensa hacia nosotros. Para mí, la mejor parte de esta experiencia ha sido la sensación de que he recuperado a mi hijo, que me he enterado de quién es y por qué es así, y he empezado a reconciliarme con nuestro pasado y su pasado. Tengo la esperanza de que el pasado haya quedado atrás.

Joanne asiente con la cabeza, mira hacia mi Madre. Mi Madre sonríe.

Yo me siento igual que Bob en lo de no conocer a James, y por duro que haya sido enterarme de su vida y de algunas de las cosas que ha hecho, me alegro de que por lo menos lo sepamos. Además parece menos enfurecido desde que está aquí. Incluso durante los últimos días, parece menos furioso. Siempre ha sido difícil enfrentarse a esa rabia y saber que estaba furioso con nosotros y no entender por qué. Ahora tengo la sensación de que hay un vínculo entre nosotros, como si fuéramos en realidad una Familia, y no he sentido eso desde hace mucho tiempo.

Sus ojos empiezan a enrojecerse. Mira hacia mí.

Me siento orgullosa de ti, James. Quiero que vivas y seas feliz y ya está. Como tú quieras hacerlo, pero sigue vivo y procura ser feliz.

Gracias, Mamá.

Joanne me mira.

James.

Respiro hondo.

Yo no quería que vinierais aquí. No quería que me vierais aquí en el estado en que estaba y estoy, porque, de algún modo, estoy avergonzado de estar aquí. Sé que siempre he sido una decepción para vosotros. Creo que siempre os he ocultado cosas porque sabía que si os enterabais os haría daño. Sabía que lo que hacía estaba mal, y que si lo sabíais habríais intentando cambiarme, y yo no quería cambiar. Ha sido bueno admitir todas esas cosas. Creo que habéis reaccionado de una manera increíblemente buena mientras habéis estado aquí. Yo me esperaba gritos y palabras fuertes y Charlas, y creía que ibais a querer imponerme un montón de Reglas, que yo no habría aceptado. Me alegro de que no haya habido nada de eso, y me alegro de que hayáis venido.

Mis Padres sonríen. Joanne sonríe también.

¿Cómo creéis que va a funcionar la relación a partir de ahora?

Hablo yo.

Me parece importante que mis Padres no se metan en mis cosas. Cuando digo eso no quiero decir que no los quiera en mi vida, porque sí los quiero, sino que me gustaría que mi vida fuera mía y necesito

sentirme totalmente responsable de lo que es y de lo que vaya a ser.

Miro a mis Padres.

No voy a ocultaros nada, pero si os digo que no quiero hablar de algo, no os metáis. Cuando cometa errores, no quiero que me deis charlas. Ni quiero que me deis más dinero. Quiero ganarme la vida de cualquier forma que pueda, y quiero tener que vivir con lo que gane. Lo último, y lo más importante, es que si recaigo no podéis volver a echarme un cable. Ésta es mi última oportunidad. Necesito que sea así porque si sé que tengo una red de seguridad la utilizaré. Si sé que no la hay, las decisiones que voy a tener que tomar me resultarán más fáciles porque sabré que, si la decisión es equivocada, no habrá posibilidad de vuelta atrás.

Mis Padres me miran fijamente. Joanne también. Habla mi Padre.

Creo que no meternos en nada va a resultarnos difícil porque ahora empiezas a volver a nuestro lado. Pero creo que podemos intentarlo. Creo que será importante para ti definir, sobre la marcha, lo que significa no meternos en tu vida. Si significa no hablar contigo o no mantenernos en contacto contigo, eso no me gusta. Si significa hablar y ser sincero sobre lo que está pasando en tu vida, pero intentar reservarnos los juicios de valor y dejarte cometer tus propios errores, entonces me parece una buena idea. Si no quieres que te demos más dinero, vale, pero la idea de no ayudarte si tropiezas me asusta. Aquí hemos sabido que la mayoría de las Personas tropiezan y recaen, y me asusta la idea de no ayudarte si eso ocurre. Queremos que tengas una vida productiva. No nos importa si hacen falta cincuenta estancias en sitios como éste para lograrlo.

Habla mi Madre.

Lo que yo no quiero es que sigas ocultándonos cosas o pienses que no puedes confiar en nosotros. Tu Padre y yo sólo queremos lo mejor para ti, y que seas feliz en tu vida, y haremos lo que haga falta para que puedas lograrlo. Lo único que quiero es formar parte de tu vida y que nos incluyas en ella. Puedo decirte que, si en efecto recaes, voy a seguir intentando ayudarte. Como ha dicho tu Padre, si hacen falta cincuenta veces, pues cincuenta. Estaré aquí cincuenta veces.

Habla Joanne.

Después de la Cárcel, ¿qué vas a hacer una vez tengas que arreglártelas por tu cuenta?

Voy a ir a Chicago. Voy a buscar trabajo. Voy a procurar sobrevivir y ser feliz. Eso es lo único que realmente quiero, sobrevivir y ser feliz.

Habla mi Padre.

¿Por qué Chicago?

Señalo hacia Joanne.

No sé si puedo hablar de eso delante de ella.

Joanne ríe.

Adelante, ya quedan pocas Reglas que no hayamos roto.

Sonrío.

Voy a Chicago porque Lilly, esa chica de la que os he hablado, va a estar en Chicago. Quiero estar con ella.

Joanne sacude la cabeza.

¿Puedo decir algo?

No.

Habla mi Padre.

¿Qué va a hacer en Chicago?

Va a estar en un Centro de Reinserción.

Habla mi Madre.

¿Y no querrías ir con ella?

No.

Habla mi Padre.

¿Qué hará si tú vas a la Cárcel?

No lo he hablado con ella, pero tengo la esperanza de que el que salga antes busque un sitio para que vivamos juntos.

Habla Joanne.

¿Y después qué?

Viviremos juntos y nos ayudaremos mutuamente. Haremos todo lo que podamos el uno por el otro.

Habla mi Madre.

Eso puede estar bien.

Creo que sí.

¿Os vais a casar?

Te estás adelantando demasiado, Mamá.

Sonríe y se echa a reír y mi Padre le aprieta la mano. Joanne sonríe, aunque veo que intenta contenerse. Mira a su reloj, habla.

Creo que va siendo hora.

Mi Padre mira su reloj, asiente.

Eso parece.

Se pone de pie, mi Madre se pone de pie. Mi Padre mira a Joanne.

Antes de salir, quiero darte las gracias. Esto no habría sido la experiencia que ha sido sin ti, y nosotros, como Familia, te debemos un enorme reconocimiento por ello. Si hay algo que podamos hacer alguna vez para agradecértelo, por favor no dudes en pedirlo.

Joanne sonríe.

Después de verlos juntos hace unos días, verlos hoy es todo el agradecimiento que necesito.

Habla mi Madre. Al hacerlo, empiezan a brotarle las lágrimas.

Gracias, Joanne.

No hay de qué, Lynne.

Mi Madre da la vuelta a la mesa y Joanne se levanta. Se dan un abrazo fuerte, de verdad, de esa manera en que sólo las mujeres saben abrazarse. No hay vacilación entre ellas y no hay distancias. Ni distancia emocional, ni distancia física, ni distancia de ninguna clase.

Se separan y mi Padre le estrecha la mano a Joanne y vuelve a darle las gracias y yo le doy las gracias y voy con mis Padres a la Habitación del Centro de Familia donde han estado durmiendo. Cogemos sus maletas y sus chaquetas. Recorremos los Pasillos para volver a la Entrada principal de la Clínica. Salimos y hay un Coche esperando. Un Coche largo y negro con ventanas negras. Dejamos las maletas en el suelo. Habla mi Padre.

Ésta ha sido una gran experiencia. Estoy muy orgulloso de ti por estar aquí y por esforzarte como lo estás haciendo. Evidentemente quedan aún algunos problemas y algunas cuestiones por resolver, pero estoy muy contento con cómo esta saliendo todo el asunto. Por favor, llámanos cuando tengas noticias de tu Abogado y por favor llámanos si

necesitas algo o podemos ayudarte en lo que sea y por favor llámanos sólo para decirnos hola y contarnos cómo vas.

Lo haré.

Te quiero mucho, James.

Y yo a ti, Papá.

Por el extremo de uno de los ojos de mi Padre aparece una lágrima. No la seca y le resbala por la mejilla. Se acerca y me abraza y yo le abrazo a él. Surge la incomodidad y la Furia, pero no les presto atención.

Nos separamos y se adelanta mi Madre. Vuelve a tener lágrimas en los ojos solía aborrecer su llanto pero ahora no. Se emociona y llora. Es digno de admiración. Me rodea con los brazos y yo a ella. Nos abrazamos y ella me abraza como si fuera su Niño pequeño. Ya no lo soy, pero sigo siéndolo.

Nos abrazamos y yo contengo la Furia. Ahora mismo no puede vencerme ni dominarme. Mi Madre me abraza de una forma que me da a entender que me ha perdonado y que quiere que viva y sea feliz. Yo la abrazo de una forma que le da a entender que estoy haciendo lo posible por ser diferente y lo posible para ser más fuerte que mi rabia. Los dos estamos intentando perdonar.

Nos separamos y ella me mira y quiere hablar, pero no puede. Mi Padre abre la puerta del Coche y ella entra y se sienta en el asiento de cuero negro. Está llorando y está sonriendo. Levanta una mano para despedirse. Yo levanto la mía.

Mi Padre, que está de pie junto a la puerta, me mira y habla.

Que no decaiga.

No decaerá.

Entra en el coche junto a mi Madre y cierra la puerta. El Coche se pone en marcha por el paseo del bosque que lleva a la salida y entrada de la Clínica. No veo a través de los cristales oscuros, pero sé que mis Padres me observan y yo me quedo donde estoy observándolos a ellos. Somos una Familia despidiéndonos. Adiós por ahora.

Cuando el Coche desaparece de la vista y mis Padres ya se han ido, doy media vuelta y entro en la Clínica. Es hora de comer y voy al

Comedor. Cojo una bandeja y un plato de pizza de pan y un vaso de zumo de frutas rojas y veo a mis amigos en una esquina. Me siento con ellos.

Están hablando de peleas. De mi pelea de esta mañana y del Campeonato de Pesos Pesados, que será dentro de unas noches. Me preguntan qué ha pasado esta mañana y les digo que no ha sido realmente una pelea que ha sido más bien una discusión que se calentó. Leonard ríe. Me preguntan qué me había dicho el hombre y les digo que no quiero hablar de eso. Me preguntan si voy a ir a por él y les digo que espero que todo el asunto se pase.

Hablamos sobre la lucha auténtica. Leonard y Matty son los que más saben de eso, por eso son los que más hablan. A Matty le gusta el más menudo de los Pesos Pesados, que es con todo un hombre muy fuerte, a Leonard le gusta el más corpulento, que es enorme. Estos hombres se han enfrentado dos veces anteriormente, y cada uno ha ganado uno de los combates, se caen mal y no sienten respeto el uno por el otro, y ambos han prometido un KO esta vez. Queremos ver el combate. Todos queremos verlo. Queremos verlo porque nos gustan los deportes y nos gusta el boxeo, porque todos los periódicos y todos los programas deportivos de la televisión le han dedicado reportajes, porque será algo de lo que hablar cuando haya terminado, y sobre todo queremos verlo porque nos permitirá, aunque sólo sea durante un par de horas, sentirnos normales.

Aquí dentro se ansía cualquier cosa que recuerde a la normalidad. El teléfono siempre está ocupado porque los hombres quieren estar en contacto con el mundo normal que hay fuera. Las cartas se esperan y se abren con anhelo porque son el contacto físico con ese mundo. Se ve la televisión y se leen los periódicos obsesivamente porque nos ofrecen atisbos, las revistas se hojean hasta que se les caen las páginas. Las tareas que hacemos aquí, por humildes y estúpidas que sean, nos permiten pretender, aunque sea sólo unos minutos al día, que somos como los demás. Por eso las hacemos. No porque nos digan que las hagamos, porque la mayoría de nosotros se ha pasado la vida haciendo todo menos lo que le decían, sino porque nos hacen sentirnos normales.

La gente normal tiene Trabajo. Unos minutos al día, podemos pretender lo mismo.

Todos nosotros empezamos la vida con normalidad. Todos nosotros empezamos como seres humanos en buen estado de funcionamiento con posibilidades de hacer prácticamente cualquier cosa que quisiéramos, pero en algún momento del trayecto de nuestra vida, nos perdimos. Aunque estamos aquí en esta Clínica intentando encontrar otra vez el camino, todos sabemos que la mayoría de nosotros no va a encontrarlo nunca. Cosas como la pelea de esta noche nos permiten soñar y nos transportan fuera de aquí, y nos permiten imaginar cómo debe ser el Mundo normal y cómo vive la gente normal en él. Los hombres normales harían planes con sus amigos para ver el combate por la tele. Elegirían un lugar con espacio para sentarse y un aparato de televisión grande. Llegarían. Tomarían algo de comer y unas copas antes de que empezara, y podrían dejar de beber antes de perder la conciencia y volverse violentos. Tendrían su boxeador preferido. Podrían hablar y discutir entre ellos sobre sus virtudes y sus defectos. Estarían lo bastante sobrios para ver la retransmisión, y gritarían con alegría o se quejarían dependiendo del resultado. Cuando hubiera terminado se irían a Casa y estarían en condiciones de caminar o de conducir, y si son afortunados, tendrían una Mujer a la que besar o a un Niño dormido cuyo sueño vigilar, y se irían a la cama. Cuando despertaran al día siguiente recordarían la noche anterior, y seguirían con su vida. Su vida normal, hermosa.

Todos los que estamos aquí, hombres o mujeres, Cocainómanos, Alcohólicos, Yonquis, ricos o pobres o negros o blancos, daríamos todo lo que hemos tenido y todo lo que tendremos en nuestra vida a cambio de ser normales. Cosas como el combate, el combate tonto, estúpido, pronto olvidado, nos ofrecen esa oportunidad. Queremos verlo. Nos encantaría verlo. Daríamos cualquier cosa por verlo, pero la televisión de aquí no la retransmite. Hace falta un sistema especial de cable con un aparato especial. Del tipo que tienen en el Mundo exterior.

Terminamos de comer. Nos levantamos y dejamos las bandejas. Nos dirigimos a la Conferencia y nos sentamos en la última fila. Busco a

Lilly pero no está. Me gustaría que estuviera para poder mirarla a ella en lugar de escuchar la Conferencia. Para poder mirarla a ella y dejar pasar el tiempo. Para que ella pudiera mirarme a mí y yo sintiera el amor que sentí hace unas horas. En sus brazos. En sus ojos. En sus palabras. Lo quiero todo otra vez.

Un Médico con gafas y pantalón caqui y una bata blanca de laboratorio se coloca detrás del atril y empieza a hablar. El tema es el concepto de adicción cruzada. Para decirlo con máxima sencillez, la adicción cruzada significa que si eres Adicto a una sustancia o una conducta, una sustancia como la heroína o una conducta como el juego, eres Adicto a todas las sustancias y a todas las conductas. La recuperación de cualquiera de ellas implica la abstinencia de todas. Si tomas alguna droga o incurres en alguna conducta distinta a las preferidas por ti, con toda probabilidad te harás adicto a ella, y también con toda probabilidad recaerás en tu adicción anterior. El Médico habla de mantener un estado de conciencia constante y coherente con objeto de evitar los peligros de la adicción cruzada. Dice que fumar cigarrillos y beber café no importa, porque son más un hábito que una adicción, pero que aparte de esas dos cosas hay que tener cuidado de qué comes, cómo te comportas sexualmente, cuidado de no participar en juegos de azar ni gastar demasiado dinero en compras, cuidado de no vincularte a personas que sí hagan estas cosas, mantenerte alejado de los sitios donde se hacen, y estar constantemente alerta. El resto de tu vida. Alerta constante.

Aunque esencialmente sensato en teoría, lo que está diciendo este Médico es demasiado absurdo, en su aplicación práctica, para tomárselo en serio. Cualquier Idiota, especialmente un Idiota Adicto, sabe que si tomas drogas o bebes cuando estás intentando rehabilitarte, aun si esa droga o esa bebida no son las sustancias químicas que más te gustan, probablemente vas a engancharte otra vez. Cualquier Idiota, especialmente un Idiota Adicto, sabe que una vez que cruzas la línea entre consumo y abuso, y entre abuso y adicción, no puedes retroceder y empezar como de nuevas con otra sustancia. Sugerir que practicar el sexo o comer es peligroso y hay que vigilarlo es ridículo. Sugerir que

comprar o gastar dinero va a llevarme otra vez a fumar cocaína es una puta imbecilidad. Afirmar que tengo que estar en guardia contra todo tipo de adicción potencial en todo momento y en todos sitios durante el resto de mi vida es patético. No estoy dispuesto a vivir así. Es patético, joder.

Termina la Conferencia y los Pacientes aplauden. Me pongo de pie y salgo de la Sala de Conferencias detrás del resto de los hombres. Volvemos a la Unidad. Al pasar junto a mi Habitación veo una nota en la puerta que dice James Llamada Urgente y hay un número. No reconozco el número y nunca lo he marcado anteriormente, pero sé que es un número local por el prefijo de zona. Cojo la nota y me voy al teléfono. Los hombres se están preparando para la Sesión de tarde y por eso no hay cola.

Abro la puerta y me siento y marco el número. Suena una vez dos tres veces suena. A la cuarta una mujer contesta y dice el nombre de la Unidad de Lilly. Pregunto si está Lilly. La mujer pregunta quién llama y le digo que un amigo. La oigo dejar el auricular. Espero un momento o dos, pasan unos momentos. Oigo moverse el auricular oigo que alguien lo levanta. Oigo una voz. Está destrozada. Destrozada.

¿Qué ha pasado?

¿Dónde estabas?

Estaba en la Conferencia.

He estado intentando llamarte.

Acabo de recibir tu mensaje.

Necesito verte.

¿Qué pasa?

Necesito verte.

Dime qué pasa.

Empieza a llorar.

Mi Abuela.

¿Qué le ha pasado?

Se derrumba y empieza a sollozar. Son sollozos intensos, horribles, de los que hieren el cuerpo, de los que salen cuando el corazón no puede más. La imagino. Sentada en la Cabina de Teléfono, el cuerpo agitado,

resbalándole las lágrimas por la cara.

Necesito verte.

¿Qué ha pasado?

Mi Abuela.

Se le quiebra la voz.

Mi Abuela se va a morir.

¿Qué?

Empieza a llorar otra vez.

Tengo que verte.

Ahora mismo no podemos.

¿Por qué?

Porque nos van a pillar.

Tengo que verte.

Espera a que se haga de noche.

Tengo que verte ahora.

¿Qué le ha pasado?

Por favor.

Está llorando. Llorando. Sé que no debería ir, pero el sonido de su llanto me hiere me hace pedazos me destroza está llorando. Sé que me necesita. No tendría que importar qué o cuándo o dónde estemos, nada tendría que importar más que ella. Me necesita. Yo me había dicho a mí mismo que haría cualquier cosa por ella. Está llorando y me necesita.

Nos encontramos en el Claro.

¿Cuándo?

Salgo para allá en cuanto cuelgue.

Vale.

Si llegas antes que yo, espérame. Iré todo lo deprisa que pueda.

Vale.

Todo irá bien.

No.

Sí, irá bien.

Se va a morir, James.

Lo superaremos. Todo irá bien.

Te quiero.

Yo a ti también.

Cuelga y yo cuelgo. Abro la puerta de la Cabina y salgo. Los hombres están reunidos en el Nivel Inferior. Las sillas están colocadas en semicírculo, y Lincoln se prepara para empezar la Sesión de tarde. Me mira y habla.

¿Vas a participar?

Necesito salir, pasear un poco.

¿Crees que puedes saltarte las cosas cuando te apetezca?

No es que me apetezca, es que lo necesito.

¿Por qué?

Porque sí.

¿Me vas a dar alguna respuesta?

Necesito salir. ¿A ti qué más te da?

Me da porque soy Supervisor de esta Unidad.

Pues supervisa. Yo voy a dar un paseo.

Abro la puerta corredera y salgo y echo a andar. No presto ninguna atención a mi entorno. Ando deprisa y conozco el camino. No quiero que esté sola. Me necesita.

Entro en el Claro ella está allí. Los ojos hinchados. Las mejillas surcadas. Las manos temblorosas. Ha llorado tanto tiempo que ya no sabe que está llorando. Está llorando.

Se adelanta y yo me adelanto y la tomo entre mis brazos y la consuelo. Descansa la cabeza en mi hombro y llora. Tiembla. Me abraza me aprieta se estruja contra mí como si yo pudiera absorber lo que ella siente y como si pudiera arrancárselo. Puedo. Puedo absorber lo que me está dando quitárselo a ella y hacerlo mío y dejarlo ir. Puedo. Lo cogeré y lo haré mío. Dámelo a mí. Yo lo dejaré ir. Puedo dejarlo ir.

Le llevo hacia el suelo la abrazo la dejo llorar. Susurro en su oído todo irá bien. Las palabras no son nada, sólo palabras, pero la serenan porque nadie le ha dicho nunca antes que todo irá bien y nunca lo ha creído. Todo irá bien todo irá bien. La abrazo y me cree. Todo irá bien.

Se calma y deja de llorar. Se queda apoyada en mi hombro.

Hablo yo.

¿Qué ha pasado?

Tiene cáncer. En los huesos y en la sangre. No tiene cura.

¿Te has enterado esta mañana?

Sí.

¿Desde cuándo lo tiene?

Se lo descubrieron la semana pasada. Se sentía mal, pero pensaba que se le pasaría. Se desmayó en el trabajo.

¿Por qué no te lo dijo antes?

No quería que me preocupara.

¿Por qué te lo ha dicho esta mañana?

Porque es más grave de lo que creía. Pensó que cuanto antes mejor.

¿Cuánto tiempo le dan?

Entre dos semanas y seis meses.

La abrazo más fuerte.

Lo siento.

Ella me abraza más fuerte.

Es todo lo que tengo.

Me tienes a mí.

Tengo miedo.

No lo tengas.

¿Qué vamos a hacer?

Salir adelante.

¿Cómo?

En cuanto pueda iré a Chicago y buscaremos un sitio juntos y nos irá bien.

Se retira ligeramente y me mira.

¿Vas a venir?

En cuanto pueda.

¿Cuando salgas de aquí?

No.

¿Dónde vas a ir?

Voy a la Cárcel.

¿Qué?

Tengo un asunto pendiente. Voy a tener que pasar un tiempo a la

sombra. No sé cuánto ahora mismo, pero en cuanto haya terminado iré a Chicago.

¿Qué hiciste?

Me metí en una pelea con unos Polis y estaba borracho y llevaba drogas encima.

¿Por qué no me lo dijiste?

No quería que te preocuparas hasta saber lo que iba a pasar.

Deberías habérmelo dicho.

Ya lo sé. Lo siento.

¿Cuánto tiempo va a ser?

No lo sé todavía.

Deberías habérmelo dicho.

Te lo estoy diciendo ahora. Iré contigo en cuanto pueda.

Eres lo único que tengo, James. En todo este mundo de mierda, eres lo único que tengo.

Te tienes a ti misma.

Ojalá eso fuera suficiente, pero no lo es.

Puede que te sorprendas.

He estado sola toda mi vida. No puedo más.

Vas a tener que hacerlo.

Se está muriendo, James.

Todo irá bien.

Oigo un ruido. Me vuelvo hacia el bosque. El ruido aumenta y se aproxima rápidamente. Empezamos a levantarnos. El ruido aumenta. Pasos sobre hojas y sobre tierra y una rama rota en que nos enredamos y tenemos dificultad para levantarnos. El ruido aumenta y estamos en pie. Aumenta y miro a Lilly. Aumenta y me toma de la mano. El ruido está al lado mismo del Claro. Me besa. Está entrando. Me mira a los ojos. Ha entrado. Me dice eres lo único que tengo.

El ruido cesa. Me vuelvo. Lincoln está a unos pasos de nosotros.

Habla.

Ken me ha sustituido. Se me ocurrió venir a ver cómo ibas.

Voy bien.

No, no vas bien. Vas fatal.

Depende de cómo lo mires.

Lo miro según las Reglas de la Institución. Evidentemente, tú no.

No, yo no.

Vámonos, y ni una palabra en el camino de vuelta.

Me vuelvo hacia Lilly que mira a Lincoln fijamente. Su mirada es una mezcla de desafío y miedo y rabia. Lincoln le devuelve la mirada e intenta meterse entre nosotros. Seguimos cogidos de la mano y ella le empuja. Lincoln la coge por la muñeca y ella me aprieta más la mano y le mira y habla.

No abriré la boca pero no voy a soltarle.

No estás en situación de exigir.

No es exigencia, es lo que va a pasar.

Habéis desobedecido las Reglas, ahora tendréis que afrontarlo.

Jódete tú y tus Reglas, ya estoy afrontándolo.

Ella se queda mirándole y él hace lo mismo. Yo la miro a ella y me siento orgulloso me rompe el corazón la quiero. Se miran fijamente. Los ojos de Lilly son más fuertes de lo que ella cree. Lincoln ve lo que yo estoy viendo que no va a soltarme la mano. Puede hablar el día entero, intentar separarnos todo lo que quiera, ella no me va a soltar la mano.

Venid conmigo.

Se da media vuelta y empieza a caminar entre el verde y le seguimos. Cogidos de la mano miramos hacia delante. Lincoln se mueve rápidamente. Llega al Sendero y se detiene y nos espera. Cuando estamos a unos pies de distancia detrás de él, empieza a caminar de nuevo. El Sendero nos conduce otra vez al césped que separa los Edificios del Bosque. Cuando estamos cerca giramos la cara y nos miramos. Sin palabras, sólo nos miramos y cada segundo que pasa la mirada de Lilly se ablanda. Sus ojos empiezan a llenarse de lágrimas. No quiero que llore y no quiero que se vaya y no quiero que se meta en un lío. Me echaré yo la culpa si es necesario pueden expulsarme a mí y la esperaré y estaré bien. Lilly está llorando. Sin sollozos, simplemente lágrimas y más lágrimas por sus mejillas. Desearía poder beberlas y hacerlas mías no quiero que llore ni ahora ni nunca más. Está llorando.

Llegamos a la puerta. Lincoln la abre y entramos. Todos los hombres

se vuelven y se quedan mirándonos. Lincoln cierra la puerta y se pone delante de nosotros y habla.

Voy a llevarla a su Unidad. Tú ve a tu Habitación y espera allí. Puede que tarde.

Asiento con la cabeza.

Vamos.

Miro a Lilly y ella a mí. Suelto la mano y la abrazo. Susurro en su oído.

Te quiero. No lo olvides. Te quiero.

Me abraza hasta que Lincoln le pone la mano en el hombro. Ella se separa y él la espera. Lilly da media vuelta y empiezan a subir las escaleras y yo les sigo. Todos nos miran. Ken y los hombres. Nos miran.

Entramos en el Pasillo lo odio joder lo odio caminan delante de mí y yo les miro. Dejo de caminar cuando llego a mi puerta, me quedo parado y les miro. Lilly va unos pasos delante de Lincoln. Mientras camina, mira fijamente hacia el frente. Él mira la espalda de Lilly. No hay palabras. El Pasillo está en silencio.

Al acercarse al final del Pasillo, Lilly se vuelve y mira hacia mí. Sólo veo sus ojos, azul agua intenso, desafiantes, deshechos y perdidos, sus ojos mirando hacia mí. Están húmedos de lágrimas. No quiero perderlos giran la esquina y desaparecen. Me quedo junto a mi puerta con la esperanza de que ella vuelva, con la esperanza de que sea todo una pesadilla, abrigando esa esperanza por la esperanza misma. Miro Pasillo abajo a las paredes blancas inmisericordes. Nada cambia.

Abro la puerta y entro en mi Habitación. Está en silencio y vacía, exactamente como la dejé al salir esta mañana. Miro hacia mi cama y pienso en sentarme. Miro hacia el Cuarto de Baño y pienso en una ducha. Miro hacia la ventana y a la luz gris que entra y pienso en salir por la ventana. Miro las paredes. Quisiera destruirlas. No puedo hacer otra cosa que esperar. A que se decida mi destino, a que vuelva Lincoln. Sólo esperar.

Empieza a invadirme la esencia de lo que ha ocurrido. No gradualmente, sino de golpe. He desobedecido una de las Reglas Cardinales de esta Institución. La he roto con impunidad. Me he

enamorado de una Chica, una Chica preciosa y profundamente herida que está sola en el Mundo y que ha dicho que no puede vivir sin mí. No quiero quedarme aquí sin ella y si me voy no tengo dónde ir. Ella no tiene dónde ir. Podríamos volver con su Abuela, pero su Abuela va a morir pronto. No podemos ir con mi Familia, ya les he cargado con demasiadas cosas. Podríamos huir, pero no tenemos a adónde ir. A mí me buscan, y antes o después me iban a encontrar. Y cuando me encuentren, me llevarán lejos, y serán mucho más de tres años. Los dos somos Adictos. Los dos tenemos que estar aquí. Nos van a expulsar. A los dos. Nos van a expulsar.

Empiezo a repasar lo ocurrido. Intento ver qué he hecho mal. Intento repensar qué he hecho y encontrar alguna vía que me hubiera permitido evitar esta situación. Podría haberla ignorado el primer día. Podría haber tirado la nota que me dio. Podría no haberle hablado ni haberle respondido. Podría no haberla llamado hace un rato ni haber salido de la Unidad ni quedarme en el Claro cuando me encontré con ella. No hice ninguna de estas cosas. Si las hubiera hecho no me habría metido en este lío, ni me enfrentaría a lo que me espera. No quiero aceptar lo ocurrido. Quiero retroceder. Quiero cambiarlo. La he jodido. La hemos jodido.

Me siento en la cama y enciendo un cigarrillo y doy una calada, profunda, todo lo profunda que puedo. Miro al suelo. Mis pensamientos son lentos. Sé que no puedo cambiar lo que ha pasado y no me arrepiento de ello. Hice lo que hice y volvería a hacerlo. La quiero y el amor es más importante que las Reglas y las Normas. He aprendido más con el amor que con ellas. Soy mejor gracias al amor. Que se jodan las Reglas y las Normas.

Doy otra calada. Mis pensamientos se vuelven más lentos. Dos corrientes fluyen simultáneamente y se funden. Alcohol. Lilly. Drogas. Lilly. Drogarme. Lilly. Son independientes y están entrelazadas. Una es la necesidad abrumadora de autodestrucción, una necesidad abrumadora de anular lo que siento con sustancias tóxicas. La otra es Lilly y dónde está y qué está haciendo qué está pensando cómo está. Quién está con ella y qué le están diciendo. Las dos corrientes se

superponen y fluyen juntas porque la necesito y su ausencia y el dolor que sé que ella está sufriendo alimenta la necesidad de anular lo que me pasa.

Me pongo de pie. Me siento. Me levanto. Me siento. Mi cabeza dice a mis manos que entren en acción para facilitar la salida de este sitio mi cabeza está diciendo a mis manos que es hora de marcharse. Me siento sobre ellas. Me siento sobre las manos. Tengo la sensación de ser un completo Gilipollas, un Mierda débil y patético. Mi cabeza está diciendo a mis manos que vayan que encuentren algo que vayan, algo que destruir. Estoy sentado sobre mis manos. Soy un Mierda débil, patético, Adicto.

Mi corazón me dice que me quede. Que espere. Que aguante. Que me siente sobre mis putas manos y las desafíe. La fuerza surge del reto. Desafía a tu mente a tus sentimientos a tus adicciones. Desafíalos, Cabrón de mierda, desafíalos.

Me quedo sentado en la cama sobre mis manos cierro los ojos respiro me permito a mí mismo experimentarlo todo. Pongo a prueba mi voluntad. ¿Puedo quedarme sentado y quieto? ¿Puedo aguantar? ¿Soy lo bastante fuerte? ¿Qué coño estoy haciendo? ¿Cuándo va a acabar esto? Que acabe pronto. Por favor. Aguanta, coño. Que acabe pronto.

Me quedo sentado y el tiempo se detiene desaparece se mueve rápida y lentamente cada segundo es más y menos de un segundo. Tengo las manos debajo. Tengo los ojos cerrados y respiro despacio. Pensamientos y sentimientos de pánico y autodestrucción y aguante y voluntad giran una vez y otra y otra.

Siéntate.

Quédate.

Márchate.

No.

Bebe.

Fuma.

Pánico.

Pánico.

Márchate.

Quédate.

Jodido.

Jodido.

Corre.

Corre.

Corre.

Me han cogido.

Ocho años.

Máxima Seguridad.

Lilly.

Dónde estás.

Lilly.

Dónde estás.

Tomar.

Drogas.

Bebidas.

Alcohol.

Matar.

A ti mismo.

Ahora.

No.

Sin tiempo. Sobre las manos. Luchando contra mí mismo. Los pensamientos cambian.

Tomar.

Jodidas.

Drogas.

Alcohol.

Ahora.

Tú.

Cabrón de mierda.

Nosotros.

Somos.

Más fuertes.

De lo que.

Puedes.

Ser.

Tú.

Jamás.

Una vez y otra y otra. Y otra y otra. El tiempo ha desaparecido. Estoy sentado sobre mis manos. Luchando contra mí mismo. Una vez y otra. Luchando contra mí mismo. Una vez y otra.

Empiezo a llorar. Sin sollozar sólo lágrimas que resbalan abundantes por mi cara a través de mis ojos cerrados. Lágrimas de esfuerzo lágrimas de tensión y lágrimas de miedo es una puta pesadilla. Peor que una pesadilla. Lágrimas de aguante y lágrimas de lucha y lágrimas que surgen de la perspectiva de la muerte y de volver a mi antigua vida. Hay lágrimas de amor. Del amor a Lilly y el amor a los amigos y el amor a la Familia. Hay lágrimas por la Furia, y el miedo y la adicción quieren vencerme y no voy a permitirlo. Quieren vencerme y no voy a permitírselo.

El tiempo ha desaparecido.

Lloro.

Es una puta pesadilla.

Peor.

Acaba, por favor.

Acaba, por favor.

Acaba, por favor.

Oigo la puerta. Abro los ojos. Ahora está oscuro el gris se ha ido. Ese sonido simple rompe el ciclo. El sonido simple de una puerta. Miles enciende la luz me ve sentado parece sorprendido.

¿Te pasa algo, James?

Sí.

¿Puedo ayudarte?

No.

¿Has estado aquí desde esta tarde?

Sí.

¿Por qué estás sentado encima de las manos?

Porque no me fío de ellas.

Conozco esa sensación.

¿Sí?

Pero yo no me siento encima, las aprieto una contra la otra.

Sonrío y saco las manos y me seco la cara y dejo las manos sobre las piernas. Están cruzadas de rayas y azuladas por falta de riego. Las sacudo y me duelen. Me escuecen.

¿Cómo tienes las manos?

Levanto los ojos.

Me duelen.

Intenta con agua caliente.

¿Eso funciona?

Muy bien.

Asiento y me levanto. Miles va hacia su cama y se sienta encima. Yo voy al Cuarto de Baño abro el agua caliente meto las manos debajo y me las quema. No porque el agua esté muy caliente sino porque tengo las manos frías. Me escuecen con el agua. El hormigueo es como si tuviera un nido de agujas intentado escapar. Las dejo bajo el agua y empiezan a calentarse lentamente. Pasan de azul a gris a blanco a rosa a amarillo a beige. Flexiono los dedos y se doblan como es debido. Desaparece el dolor. Los flexiono y ya están bien.

Salgo del Baño. Miles está sentado al borde de la cama esperándome.

¿Vas a Cenar?

Tengo que quedarme aquí.

¿Cuánto tiempo?

No lo sé.

¿Quieres que te traiga algo de comer?

Pues sí.

¿Qué te gustaría?

Lo que sea más fácil.

Muy bien.

Gracias.

¿Puedo ayudarte en algo?

¿Sabes qué hora es?

Mira su reloj.

Las seis y cuarto.

Gracias.

Voy hacia mi cama. Miles se levanta y va hacia la puerta.

Si no estás aquí cuando vuelva, te dejo lo que te haya traído en la mesilla.

Gracias Miles.

Sale, cierra la puerta tras él. Me tiendo en la cama tengo frío empiezo a temblar me meto debajo de las sábanas. Me acurruco y cierro los ojos y hundo la cara en el pecho y en la cama. Caigo en un sueño en que no estoy dormido. Es un estado de consciencia pesada ni atenta ni ausente. Mi cuerpo se relaja mi cuerpo se cierra mi cuerpo descansa. Mi mente se desacelera, contiene imágenes, deseos, errores, realidades. Son como fotografías espesas, surrealistas. Las miro mentalmente y están ahí. Estoy durmiendo pero no estoy dormido. Estoy consciente y ausente.

La puerta se abre otra vez abro los ojos. Levanto la cabeza y veo a Lincoln en el umbral de la puerta. Hay luz a su espalda. Habla.

Hora de levantarse.

Vale.

Ven a mi Despacho cuando estés listo.

Bien.

Da media vuelta y se marcha y cierra la puerta al mismo tiempo. Salgo de la cama y voy al Cuarto de Baño y abro el grifo y me echo un poco de agua en la cara. Me resbala por las mejillas y por los labios y por la boca y sabe bien. Me inclino y bebo un sorbo. Otro otro otro. Directamente del grifo. Sabe bien.

Salgo de mi Habitación y recorro los Pasillos silenciosos. La Unidad está vacía, los hombres están cenando. Voy a la máquina de café y me sirvo una taza y bebo un sorbo y me despierta inmediatamente.

Cuando estoy bajando la escalera empiezo a ponerme nervioso. El café me quema el estómago y siento la sangre moverse por mis venas. Tengo las piernas inseguras, y tengo que pensar cada paso. Uno delante de otro. Delante de otro.

Atravieso el Nivel Inferior entro en el Pasillo corto que lleva al Despacho de Lincoln. El Pasillo está oscuro, aunque hay luz al final

donde su puerta está entreabierta. Pienso cada paso. Al entrar en su Despacho tengo que pensar cada paso. Está sentado ante su mesa.

Cierra la puerta.

Doy media vuelta y cierro la puerta. Me vuelvo y me señala hacia una silla frente a él. Me siento y él se recuesta en su silla y se queda mirándome. Yo le miro también.

Si fuera por mí ya te habrías marchado. No me gusta tu actitud, y no creo que hayas hecho un gran esfuerzo, y creo que tu continua resistencia a lo que intentamos hacer aquí, que es ayudar a las Personas, ha sido perjudicial tanto para la Unidad como para ti.

Sigue mirándome. Sigo mirándole.

Dicho esto, te van a dar otra oportunidad. Si te portas bien y trabajas con ganas y sigues las Reglas, podrás quedarte hasta que finalice tu Programa. Si vulneras cualquiera de las Reglas, incluso algo tan sencillo como no hacer tu Trabajo de la mañana o decir algo más que hola a cualquier mujer que no sea de Personal, te van a pedir que te marches. ¿Crees que puedes hacerlo?

Sonrío. Estoy aliviado.

Sí, puedo. Gracias.

No me des las gracias, yo quería que te fueras. Da las gracias a Joanne. Como antes, es ella la que te ha salvado.

Gracias de todos modos.

Puedes irte.

Empieza a mirar unos papeles que hay sobre su mesa. Espero. Cuando levanta los ojos, hablo.

¿Se va a quedar Lilly?

No, ella no.

El alivio desaparece.

¿La habéis expulsado?

El pánico vuelve.

Cuando le dijimos que no íbamos a permitirle verte más, se fue.

¿Nadie intentó impedírselo?

Cuando la gente quiere marcharse, la dejamos ir. Nuestro Trabajo es ayudar a las personas que quieren quedarse y recibir ayuda.

¿Y si te dijera que sé dónde ha ido?

Daría igual.

Sé adónde va. Podría ir a buscarla y traerla otra vez.

Lincoln suelta una risa corta y el pánico desaparece de inmediato. Se levanta la Furia.

¿Qué tiene eso de gracioso?

No alentamos las relaciones porque suelen acabar así. La gente cree que puede resolver sus mutuos problemas, y da la casualidad que no es así. Espero que esto te haya servido de lección.

¿Y eso qué significa?

Aquí sabemos lo que hacemos. Tenemos Reglas por algo. Quizá de ahora en adelante escuches un poco mejor.

Vete a la mierda.

¿Qué has dicho?

Lilly es una Persona, no una jodida lección.

¿Qué acabas de decirme?

He dicho vete a la mierda, Gilipollas de mierda. No es una jodida lección.

Un comentario más como ése y estás fuera.

¿Crees que quiero quedarme ahora?

Si no quieres volver a las andadas te quedarás.

No voy a quedarme en un sitio donde Gilipollas como tú dicen que su Trabajo es ayudar a las Personas pero justo cuando alguien necesita más ayuda se la niegan porque la persona cree en cosas distintas a las tuyas o necesita una clase de ayuda diferente a lo que a ti te parece apropiado.

Haz lo que te parezca mejor.

Lo haré, y voy a seguir, aunque sólo sea para poder volver aquí y demostrar a vuestra puñetera superioridad moral que vuestra forma de hacer las cosas no es la única.

Buena suerte.

Vete a la mierda.

Me levanto y salgo. Recorro la Unidad y voy a mi Habitación. Cojo el librito del Tao me pongo la ropa más abrigada que tengo un jersey dos

pares de calcetines otro par de calcetines en las manos. Hace frío lo veo por la ventana. Salgo de la Habitación adiós adiós adiós. Recorro los Pasillos no tendré que volver a ver estos putos Pasillos que os jodan a todos adiós. Paso por el Área de Recepción llego a la puerta principal y estoy fuera de la Clínica. Que os jodan y adiós. Me voy.

Empiezo a caminar. Hace frío y está oscuro, no hay luz no hay Luna. Sigo la carretera la única carretera para entrar y salir. Veo los perfiles de los árboles y la neblina de mi aliento. Oigo el crujido de piedras y grava bajo mis pies.

No me acuerdo de cuando vine, hace ya tanto tiempo, pero sé que esta carretera desemboca en una carretera más ancha. Habrá coches en esa carretera. Intentaré hacer autostop.

Las personas de la localidad sabrán de dónde salgo y no querrán cogerme, pero puede que algún Camión sí me coja o alguien de camino a otro sitio. Tengo la cara curada. Ya no soy el vivo retrato de un Alcohólico y un Drogadicto y un Delincuente. Tengo aspecto normal aunque no lo sea. Puede que un Camión me recoja o alguien de camino a otro sitio. Los de por aquí no se me acercarán. Sabrán lo que soy.

La carretera gira y desparece a mi espalda la última luz de la Clínica. La oscuridad es total y hay silencio y me gusta. He estado alejado de la noche y de la oscuridad más negra desde hace demasiado tiempo. Las conozco bien y me siento en Casa y me vuelve el sentimiento de esa Casa y la Furia de esa Casa. Todo vuelve a mí.

Hay ruido detrás de mí y delante de mí. El de detrás es un Coche o un Camión que avanza por la carretera hacia mí. El de delante es de vehículos moviéndose a toda velocidad por una carretera larga y lisa. Quiero el ruido que hay delante. Ése es el ruido que necesito. He terminado con todo lo que queda detrás. Que os jodan y adiós.

Empiezo a correr. No estoy en forma y el aire frío me quema los pulmones. Corro entre el borde de asfalto y los árboles, corro todo lo que puedo consciente de la distancia que tengo que cubrir. No está lejos. No está lejos, pero sí para mí. Cada aliento de aire frío y negro me hiere los pulmones. Tengo veintitrés años. Apenas puedo correr.

Consigo llegar hasta la carretera más ancha. Los faros de los

vehículos que pasan cruzan con rayas de luz los campos largos, anchos. Sé que la Ciudad más cercana está hacia el oeste. Lilly está en la Ciudad y el oeste está a la izquierda. Cruzo la calzada de la carrera y giro a la izquierda y empiezo a caminar. Espero a ver un coche y levanto el pulgar.

Una Furgoneta blanca se detiene al final de la carretera que lleva a la Clínica y me hace señales con los faros. Quien quiera que vaya en la Furgoneta puede irse a tomar por el culo. Se pone en marcha y gira a la izquierda y viene hacia mí.

Al aproximarse, se baja la ventanilla del asiento del copiloto. La Furgoneta se desliza junto a mí y siento que alguien me está mirando esperando a que devuelva la mirada. No lo hago. Camino con los ojos fijos y mirando hacia delante. La Ciudad está en algún punto allí delante. Por encima del murmullo del motor oigo una voz.

Oye, Chico. Se te olvida una cosa.

Es una voz que conozco, una voz que me cae bien, una voz en la que confío, una voz que me sostuvo cuando yo no podía tenerme en pie. Miro a la Furgoneta y miro por la ventanilla bajada.

Lincoln está sentado en el asiento del copiloto. Me está mirando. Hank está sentado al volante. Hank sostiene su chaquetón en la mano. El que me prestó el que me dejé en la Habitación. Me está sonriendo.

Te vas a helar el culo sin esto.

Yo sonrío.

¿Cómo te va, veterano?

Bien. ¿Y a ti?

Tengo prisa.

¿Dónde vas?

A buscar a una amiga.

Entra y caliéntate un momento.

No me importa el frío.

Entra.

No gracias.

Habla Lincoln.

Entra.

Dejo de caminar y Hank detiene la Furgoneta. Me quedo mirando a Lincoln y él hace lo mismo.

No voy a volver.

Entra en la Furgoneta.

Vete a la mierda.

¿Quieres encontrarla?

Sí.

Pues entonces entra en la puñetera Furgoneta.

Le miro fijamente y él me mira a mí. Tiene los ojos fríos y oscuros y sin brillo, pero hay verdad en ellos. Voy hacia la puerta y él pasa la mano por encima de su hombro y levanta el seguro. Abro y entro en la Furgoneta y cierro la puerta. La calefacción está encendida y hay calor dentro. Hank me echa el chaquetón y me lo pongo. Habla Hank.

¿Hacia dónde vamos?

A la estación de Autobuses de Minneapolis.

¿Tenemos prisa?

Miro a Lincoln. Él mira hacia delante.

¿A qué hora se fue?

Habla en tono inexpresivo.

Hacia las cuatro.

Miro a Hank.

Sí, tenemos prisa.

Hank sonríe y la Furgoneta pega un salto cuando aprieta el pie. Los campos de trigo se convierten en un borrón feo y monótono, el viento se vuelve aullido, la carretera un cilindro de líneas amarillas y luz móvil que nos llevan a encontrar a Lilly. Sentado, miro por la ventanilla y fumo cigarrillos. Lincoln mira hacia adelante fijamente, respira con fuerza por la nariz y hace crujir sus nudillos de vez en cuando. Hank busca una emisora de música country en la radio y corea todas las canciones. Si no sabe las palabras, se inventa palabras propias que suelen tener que ver con el hockey o con pescar. No hay conversación.

El resplandor de la Ciudad aumenta. Salimos de la Autopista por una Rampa de Salida hacia el centro bullicioso donde dominan las torres de

acero y cristal. La gente se apresura por sus calles, los Restaurantes y los Bares están llenos y hay mucho movimiento. Suenan bocinas de Coches, hay Camiones esperando en Muelles de Carga, Taxis a la búsqueda de Clientes. Hank gira y pasamos ante un inmenso Estadio Deportivo, con un cartel luminoso y parpadeante que anuncia Esta Noche Partido. Nos detenemos junto a un Aparcamiento y, en uno de sus extremos, junto a un Edificio abandonado atrancado con tablas y un Motel cochambroso, está la Estación de Autobuses.

En el último cuarto de milla tardamos una hora, una semana, un año, una eternidad. Sé que nos movemos con rapidez, pero no me basta. Me siento igual que a los diez años cuando cogí el reloj de mi Padre sin pedirle permiso. Lo perdí en la Playa. Descubrí la pérdida cuando volvía en bicicleta a casa y regresé a la Playa y busqué entre la arena horas y horas. Busqué a cuatro patas. Me siento igual que cuando desaparecieron treinta gramos de cocaína en mi Habitación. Destripé la Habitación le di la vuelta a la cama vacié los cajones repasé toda mi ropa. Miré en todas partes. Nunca encontré el reloj. Sí encontré la cocaína.

Cuando llegamos ante la Entrada abro la puerta de la Furgoneta antes de que pare. Cuando toco el suelo ya estoy corriendo. Paso junto a los hombres que están fuera pidiendo monedas. No hago caso del olor a orina y a humo. Empujo las puertas que son viejas y pesadas y estoy dentro de la Estación.

Es una Estación típica de centro urbano. Hay una Sala inmensa con luces fluorescentes que cuelgan de cables, Ventanillas para Billetes abiertas en tres paredes, múltiples Salidas que llevan a los autobuses, Dársenas con bancos viejos de madera clavados al suelo. No está llena, pero no está vacía. Hay Camellos, chulos, hombres y mujeres sin techo durmiendo en los bancos, vagabundos, fugitivos. Me encuentro cómodo entre ellos.

Empiezo a mirar los bancos. Quiero encontrarla, me da igual cómo o dónde, pero quiero encontrarla. Recorro una vez y otra las zonas de espera. Levanto las mantas que cubren cuerpos. Les doy la vuelta para verles la cara. Miro dentro de los sacos de dormir, ofrezco cigarrillos a

cambio de información. No la encuentro. No encuentro nada, nadie sabe nada. No la encuentro.

Voy a las Ventanillas de Billetes, a las tres. Los Empleados están aburridos y de mal humor, ocupados viendo teles en blanco y negro mal sintonizadas. Describo a Lilly y pregunto si la han visto. Dicen que no. Vuelvo a preguntar, pero los programas deportivos y los culebrones son demasiado importantes como para distraerse. Me dicen que no la han visto. Me lo dicen sin mirarme.

Vuelvo a la Entrada. Sé que está aquí o que ha estado aquí. Sé que alguien la ha visto. Observo a cada persona la miro detenidamente. Lilly no se acercaría a los chulos porque puede ganarse algún dinero sin ellos. Los Camellos que he visto no venden lo que ella toma me han ofrecido metanfetaminas o maría o caballo de mala calidad. Su objetivo sería colocarse o marcharse a Casa. Sé que está aquí o ha estado aquí. Sé que alguien la ha visto. Lo sé. Miro a todos. Lo sé. Miro.

Lo sé. Miro.

Sigo mirando, mirando, mirando. Mis ojos se detienen en dos Chicos sentados en un banco. Tienen unos doce años. Llevan vaqueros muy anchos, anoraks voluminosos que les ocultan el cuerpo, gorras con la visera hacia atrás y hacia abajo. El banco está frente al Servicio y desde ahí se ve toda la Estación de Autobuses. Me quedo observándolos. Son lo que creo que son. Sé lo que están haciendo.

Cruzo la Sala. Cuando me aproximo a los Chicos hacen como si no me vieran, pero sé que me están mirando con tanto detenimiento como yo a ellos. Paro delante de la puerta del Servicio. Al hacerlo uno de ellos mira rápida y fugazmente al otro. El otro responde a la mirada. Sus miradas me confirman que no me equivoco.

Abro la puerta. Siento de inmediato el olor a orina y a mierda y a desperdicios humanos. Dos pasos por un Pasillo corto, oscuro y sucio y aparece otra puerta. La abro y el olor es más fuerte. Entro en un Cuarto de Baño repugnante. El suelo está cubierto de baldosas rajadas y manchadas. En su día fueron blancas, pero ahora son marrones. Espejos rotos sobre lavabos llenos de agua estancada. A lo largo de una pared hay urinarios. Todos ellos están llenos de orina amarilla, en uno hay un

zapato medio podrido. Miro la línea de retretes. Ninguno tiene puerta, los tabiques destartalados de madera están cubiertos de graffiti. Veo un par de zapatos por debajo del último. Son zapatos nuevos, zapatillas de deporte, zapatos zapatillas caras. Hablo.

¿Qué hay?

Oigo una voz. Profunda y pastosa como un mazo, con acento del Gueto.

¿Qué quieres?

Quiero hablar contigo.

Oigo una risa. Oigo un movimiento. Veo avanzar los zapatos y levanto los ojos y veo un hombre salir de detrás del tabique del retrete. Tiene unos veinte años. La cabeza rapada. Tiene una perilla fina y lleva el mismo estilo de ropa que los Chicos del banco. Me mira, de arriba abajo, me estudia. Habla.

¿Qué pasa?

Busco a alguien. A ver si me puedes ayudar.

¿A quién buscas?

A una Chica. Una Chica joven, blanca. Pelo negro largo y ojos azules. Lleva un abrigo del Ejército.

Su cabeza permanece inmóvil pero sus ojos se mueven rápida e inconscientemente hacia la izquierda y hacia arriba.

No la he visto.

Me quedo mirándole.

Sí, sí la has visto.

Empieza a caminar hacia mí.

¿Me estás llamando Mentiroso?

No me muevo.

No te estoy llamando nada.

Levanta la voz.

¿Me estás llamando hijoputa Mentiroso?

¿Dónde está?

Da otro paso hacia mí. Sus ojos se deslizan rápidamente hacia la izquierda y otra vez en mi dirección.

No lo sé.

Estamos cara a cara, a centímetros de distancia. Noto su aliento en mis mejillas. No cedo terreno, pero mantengo las manos a los costados.

Dime dónde está.

Sonríe. No es una sonrisa amable.

¿Pa qué quieres a esa Chica?

Tiene problemas. Necesita ayuda.

¿Qué me gano yo si te digo lo que sé?

La satisfacción de saber que has hecho lo debido.

Ríe un poco.

Eso no me vale mucho.

No tengo otra cosa.

Tienes que darme algo.

¿Como qué?

¿Cuánto dinero llevas?

Nada.

¿Llevas pistola?

No.

¿Tienes coche?

Me echo a reír.

No tengo una mierda, tío.

Él ríe y mira a otro lado. Vuelve a mirarme, me recorre de arriba abajo y se fija en mis ojos. Le devuelvo la mirada, pero no de manera agresiva. La devuelvo pasivamente y de manera tranquila, sin miedo y con paciencia.

¿Cómo es que has venido aquí a buscarme?

Porque he visto a tus chicos ahí fuera.

¿Y cómo sabías que tengo roca?

Porque antes fumaba y vendía.

¿Y ahora quieres ayudar a esa Chica a que lo deje?

Sí.

A mí se me llevó una Hermana.

Lo siento.

Ni se me ocurrió intentar obligarla a que lo dejara.

Pues tendrías que haberlo intentado.

Nadie puede dejar eso. Esa mierda es demasiado fuerte.

Eso no quiere decir que no lo intentes.

Haz lo que te parezca, pero nadie puede dejar esa mierda.

Dime dónde está.

Entorna los ojos y pone un gesto de posible violencia. Yo espero y sigo mirándole.

Me trincas o haces que me trinquen, o me jodes de cualquier forma, y te mato.

De acuerdo.

Te mato hijoputa.

Vale.

Estuvo aquí hace un par de horas con un hombre blanco mayor. No parecía de los que fuman, pero ella estaba toda temblona y eso y tenía esos ojos locos que tienen los que se meten Base. El viejo compró dos de cincuenta y creo que se fueron a ese Edificio vacío que hay Calle abajo. Hay una puerta reventada por atrás y un montón de enganchados se lo meten en el tercer piso. Si no está ahí, no puedo hacer nada.

Asiento con la cabeza.

Gracias.

Me mira.

No vuelvas aquí.

No volveré.

Giro y salgo por la puerta, cruzo la Estación y voy hacia la entrada. Hank me está esperando.

Creo que la he encontrado.

¿Dónde?

Ahí abajo. En ese Edificio con tablones.

¿Cómo lo sabes?

Me lo ha dicho un Camello.

Vamos hacia la Furgoneta que está esperando junto a la Acera. Hank entra en el asiento del Conductor y yo atrás. Lincoln mira por la ventanilla. Hank pone la Furgoneta en marcha y la gira y bajamos la Calle a toda velocidad hacia el Edificio. Parece como si hubiera sido un

Bloque de Viviendas en su día. Tiene cinco pisos con ventanas separadas a intervalos regulares en ambas fachadas. Todas las ventanas están cegadas con tablas. Una Escalera hecha polvo lleva a la Entrada Principal, que también está tapada con tablas. Hay graffiti por todas partes, en su mayoría ilegible, y montones de basura donde solía haber Césped.

Otra vez salgo de la Furgoneta antes de que pare. Doy la vuelta al Edificio, buscando la puerta trasera, una tabla suelta en alguna ventana, algo, cualquier cosa. Veo unos escalones que llevan hacia abajo y una puerta al final. Hay un tablón ante la puerta, pero parece estar suelto, parece que puede moverse. Bajo los escalones, evito y paso por encima de cristales rotos latas sucias botellas vacías pedazos de papel de aluminio cubiertos de marcas de quemadura jeringuillas perdidas fósforos usados y mecheros destrozados. Alcanzo el tablón y lo empujo. Entro en el Edificio.

El Edificio es una ruina, una puta ruina hecha un asco. Hay basura por todas partes, hay colchones sucios tirados por los Pasillos y las Habitaciones. Tuberías podridas que destilan líquidos repugnantes. Oigo ratas por las paredes y veo sus cacas amontonadas en las esquinas, un olor que recuerda a huevos podridos y a muerte impregna el aire y me hace estremecerme, ponerme tenso, querer taparme la nariz. Me muevo deprisa, llevado por el hedor y la mierda, recorro un Pasillo y subo por el primer tramo de escaleras que encuentro.

Hay oscuridad total en la escalera, así que avanzo con cuidado. Piso una lata y se aplasta bajo mi pie. Oigo ratas escabulléndose las oigo parlotear y chillar. Pongo la mano en una Barandilla, pero está cubierta de algo espeso y húmedo y frío, y la retiro. Al final del primer tramo hay un cubo de basura vacío al que han prendido fuego. Veo huellas de hollín y sombras de ceniza. Las evito con un rodeo. Sigo adelante.

A medida que subo va estando más limpio, aunque sigue siendo repulsivo. Al final del segundo tramo empiezo a oír ruidos de actividad humana. Pasos, voces ahogadas, inhalaciones profundas, exhalaciones profundas. El silbido de un mechero de butano. Se oye una risa, pero no es una risa alegre. Es una risa cascada, aguda, áspera, como la risa

de una Bruja. Hace eco, eco, eco.

Llego al tercer piso. Entro en un Pasillo que se bifurca a mi derecha y mi izquierda. A mi izquierda, una voz masculina grave grita quién coño está ahí, Cabrón, quién coño está ahí. Echo a andar hacia la voz. Vuelve a gritar será mejor que me digas quién coño está ahí. No digo una palabra. Avanzo, me tenso, me preparo para pelear. Te vas a joder Cabrón, te vas a joder. Me acerco, me preparo.

Todo queda en silencio menos el silbido del butano. Sé que la voz sale de una Habitación dos puertas más allá de donde estoy. Tengo los puños cerrados, la mandíbula apretada, los músculos tensos.

Giro una esquina y entro en la Habitación. Apoyado en la pared del fondo hay un hombre mayor ajado que parece un fantasma. Tiene el pelo pegajoso, la piel es de un tono gris de raza desconocida, de ese color que aparece después de muchos meses sin lavarse. Sonríe sin dientes y se aferra a una pipa, una pipa larga y fina de cristal al rojo vivo y llameando. Veo que la pipa le quema la mano. Tiene el mechero de butano en la otra mano y me apunta con él como si fuera una pistola. El olor a crack, como gasolina y menta agridulce, flota en la Habitación. El olor me tienta y me enfurece me encantaría saborear ese olor, pero quiero encontrar a Lilly más de lo que quiero la gran roca, la roca terrible. Cuando le miro el hombre habla.

No tengo roca. No tengo nada.

Retrocedo.

No tengo nada, no tengo nada, no me quites la roca, no me la quites.

Salgo por la puerta.

Aquí no hay nada, Hijoputa, nada para ti, Cabrón blanco Cerdo asqueroso.

Salgo y vuelvo sobre mis pasos. A mitad de la escalera, cuando la voz empieza a desvanecerse, el hombre empieza a gritar quién coño está ahí, Hijoputa, quién coño está ahí. No le hago caso. Quién coño está ahí, Hijoputa, quién coño está ahí.

Recorro el otro Pasillo. Por debajo de los gritos oigo otro ruido. Otro silbido, la risa cascada, crujir de madera en el suelo, inhalaciones y exhalaciones. Abro otra puerta empujándola. Veo a tres mujeres y un

hombre sentados en el suelo en medio de una Habitación. Tienen los ojos muy abiertos y vacíos. Una de las mujeres inhala de una pipa. Chupa con tal fuerza que se le hunden las mejillas. Termina y pasa la pipa a la mujer que tiene al lado, que la coge y le aplica el mechero e inhala. No les digo nada y ellos no me dicen nada. Quiero esa pipa mataría por esa pipa aguanta aléjate. Cuando alargo la mano hacia la puerta oigo la risa cascada. Cierro la puerta y sigo avanzando por el Pasillo.

Se hace un silencio. El hombre ha dejado de gritar. El único ruido es el de mis pasos sobre madera vieja, periódicos amarillentos y cristales rotos. Miro en todas las Habitaciones, pero están vacías. Lucho contra el impulso de volver a buscar la roca el impulso se hace más fuerte cada segundo. Casi al final del Pasillo oigo la voz de un hombre diciendo venga Nena, venga, chúpamela, chúpame esa polla gorda. Por debajo de esa voz oigo saliva sobre carne moviéndose hacia delante y hacia atrás, delante y atrás.

La Furia se enciende con toda su fuerza y me tengo que recordar a mí mismo que estoy aquí para rescatar, no para hacer daño. Estoy aquí para rescatar y marcharme. Las ganas de meterme algo van en aumento. Rescata y vete. Todo lo deprisa que puedas.

Llego al final del Pasillo y me paro al llegar a una puerta. Detrás oigo sí, sí, Putita, así métetela toda, so Puta. Abro la puerta y entro en la Habitación y ella está de rodillas, con la cara hundida en la entrepierna del viejo. Hay una pipa y un mechero en el suelo junto a ella.

Él me ve dice qué coño ella levanta los ojos y da un grito ahogado. En sus ojos hay la necesidad ansiosa, la demencia desesperada, la horrenda vergüenza y la absoluta obsesión del crack. Se aparta del hombre que tiene los pantalones por los tobillos él grita qué coño haces aquí. No le hago caso y voy hacia ella estoy aquí para buscarla. Él alcanza una botella lo veo de reojo y me detengo y me vuelvo y doy un paso hacia él. Estoy lo bastante cerca para pegarle y tiene una botella en la mano. Le doy un golpe. Le cruzo la cara dándole un golpe fuerte con el revés de la mano. Le deja atontado y doy otro paso hacia él. Se encoge contra la pared y me quedo mirándole.

No voy a hacerte nada.

Él me mira también. Con los ojos muy abiertos. Está asustado.

Coge tus mierdas y vete de aquí de una puta vez.

Empieza a subirse los pantalones, buscando por el suelo lo que sea que se va a llevar. Yo me vuelvo hacia Lilly, que aprieta la bolsa de crack y la pipa y se arrastra hacia un rincón. Le ofrezco una mano.

Ven aquí, Lilly.

Ella retrocede, sacude la cabeza.

Venga. Vamos a Casa.

En el rincón, agarrada a sus cosas. Niega con la cabeza.

Vamos a dejar esa mierda aquí y nos vamos a Casa.

Se agarra, sacude la cabeza, tiene los ojos idos, está ciega. Habla.

No.

Me acerco a ella.

Sí.

Detrás de mí oigo que el viejo se va. Lilly sacude la cabeza.

Déjame en paz.

No me voy sin ti.

Lilly grita.

Déjame en paz coño.

Me acerco.

No.

Se acurruca más contra el rincón, aprieta la bolsa y la pipa.

Déjame en paz coño.

Me acerco más, me inclino hacia ella, la rodeo con los brazos. Ella forcejea, intenta empujarme, intenta pelear. Yo la abrazo fuerte, me incorporo, la pongo de pie.

Vamos.

Está jadeando, emitiendo gruñidos, debatiéndose, luchando. Sé que es la droga el crack la roca lo que lucha conmigo, sé que no es ella. Si resisto el tiempo suficiente puedo vencerla.

Venga. Vamos a Casa.

Ella intenta empujarme.

Puedes negarte todo lo que quieras, pero nos vamos a ir a Casa.

Ella lo intenta con más fuerza. Más fuerza. Más.

Levanto la voz.

Deja de pelear conmigo, coño. Vamos a Casa.

Hay un último estallido de ira y miedo y puñetazos y empujones y para. Se queda sin fuerzas. Noto la bolsa y la pipa dándome en el pecho. Noto cómo resbalan, las oigo caer al suelo. Pienso en cogerlas y el impulso es tan jodido, tan fuerte que me abrazo a ella. Me abrazo hasta que pasa. Aguanta.

Lilly empieza a llorar en mi hombro a sollozar. Está vencida la droga está vencida me quedo inmóvil un momento para asegurarme. La abrazo y la hago girar y empiezo a caminar hacia la puerta. Salimos al Pasillo empezamos a avanzar hacia la escalera. El Fantasma está gritando otra vez y la risa cascada se repite. Sostengo a Lilly y ella llora y empezamos a bajar la escalera despacio y con cuidado si la suelto se caerá al suelo. Está rota y perdida y ciega, no sabe qué está pasando. Si la suelto se caerá al suelo.

Llegamos al final de la escalera cruzamos el Sótano el olor el olor subimos otras escaleras y salimos a la noche. Rodeamos el Edificio. La Furgoneta está enfrente. Hank sale y viene a nuestro encuentro.

¿Está bien?

No.

Abre la puerta.

Enseguida estamos de vuelta.

La levanto para meterla dentro.

Gracias.

Hank cierra la puerta. Me siento con Lilly en los brazos y ella llora en mi hombro. Lincoln se vuelve y nos mira.

¿Crack?

Sí.

Mueve la cabeza en asentimiento y sin decir otra palabra se vuelve hacia el frente. Hank abre la puerta del Conductor y se pone al volante y arranca la Furgoneta y nos alejamos del Edificio.

Hank conduce todo lo deprisa que puede dentro de lo razonable. Lilly empieza a volver del crack. Tiembla y blasfema, pierde el conocimiento

y lo recupera, pierde la cordura y la recupera. Cuando está consciente tiene los ojos muy abiertos y nerviosos. No se están quietos y parpadean y toda su cara se mueve cuando parpadean una vez y otra otra. Balbucea sobre su bolsa de crack y un fuego enorme y un hombre de Atlantis que viene a buscarla. Cuando no balbucea, llora. Cuando está inconsciente se agita y gime como si tuviera pequeños estallidos eléctricos recorriéndole todo el cuerpo. Las piernas le tiemblan y se le ponen rígidas, los brazos le tiritan, se agarra a mi camisa con tal fuerza que la desgarra. De vez en cuando blasfema, como una persona con síndrome de Tourrette, diciendo vete a tomar por culo Hijoputa o Puta de mierda. Yo la abrazo. Respondo a sus palabras, aunque sé que no me oye. Incluso cuando está despierta, no registra nada, excepto que estaba drogada y ya no lo está. Empieza a salir. La abrazo. Sólo quiero recuperarla.

Salimos de la Autopista y tomamos la carretera que lleva a la Clínica. Hay un chispazo de reconocimiento Lilly sabe dónde estamos. Se agarra a mí y siento sus uñas penetrarme en la carne de los brazos y me mira a los ojos y los suyos están llenos de miedo miedo miedo y por primera vez desde que estamos en la Furgoneta dice algo con sentido.

Tengo miedo.

No hay nada que temer.

Tengo miedo, James.

Todo va a salir bien.

No quería hacerlo.

Ya lo sé.

Pero no pude evitarlo.

Ya ha pasado.

Tengo mucho miedo.

Ya estamos en Casa. Todo va a salir bien.

Nos dirigimos a la Entrada de la Clínica. La Furgoneta para. Hank y Lincoln salen, Lincoln abre la puerta de atrás y yo ayudo a Lilly a bajar del asiento y la sostengo mientras salimos. Habla Lincoln.

Ahora nos ocupamos nosotros.

¿Dónde va?

A desintoxicación.

¿Cuánto tiempo?

Probablemente un día.

Cuidarla bien.

Lo haremos.

Se nos acerca con los brazos abiertos. Lilly me abraza más fuerte. Yo le digo no te preocupes ahora tienes que irte le digo que la quiero. Empieza a llorar. La empujo suavemente hacia Lincoln que la sujeta por un lado mientras Hank se pone al otro. Cuando se ha separado de mí y se encuentra segura en sus brazos, miro a Lincoln.

Gracias.

Asiente con la cabeza.

Vete a dormir. Quédate durmiendo mañana si quieres, ven a mi Despacho cuando te despiertes.

Vale.

Habla Hank.

Y no te preocupes por ella, estará bien.

Empiezo a derrumbarme.

Gracias a los dos, muchas gracias.

Lincoln mueve la cabeza, Hank dice no hay de qué. Dan media vuelta y se llevan a Lilly, que vuelve a estar incoherente y a balbucear, hacia el Ala Médica de la Clínica. Los veo alejarse y se me saltan lágrimas y contengo los sollozos. Sé que está en buenas manos y sé que va a ponerse bien, pero verla así me rompe el puto corazón, me destroza, me hace querer morirme para que de algún modo ella pueda vivir. Los observo alejarse y lloro.

Desaparecen en la Unidad Médica. Me quedo solo frente a la Entrada con la cara en las manos y lloro. Hace frío y está oscuro y estamos en mitad de la noche y no puedo hacer otra cosa que llorar. Cedo y lloro. Por ella y por su dolor y por el Mundo que hemos creado juntos. Daría mi vida si eso pudiera curarla a ella. La habría dado esta noche, la daría en el futuro. Si eso resolviera algo, le daría a ella mi vida. Sé que no resuelve nada. Lloro.

Dejo de llorar y doy media vuelta y entro. Hay una mujer en el

Mostrador de recepción nos saludamos y voy hacia la Unidad. Los Pasillos están vacíos y en silencio, todo el mundo duerme, y cuando llego a mi Habitación abro la puerta y entro sin hacer ruido. Miles está en la cama y las luces están apagadas. Me desnudo y me meto en la cama.

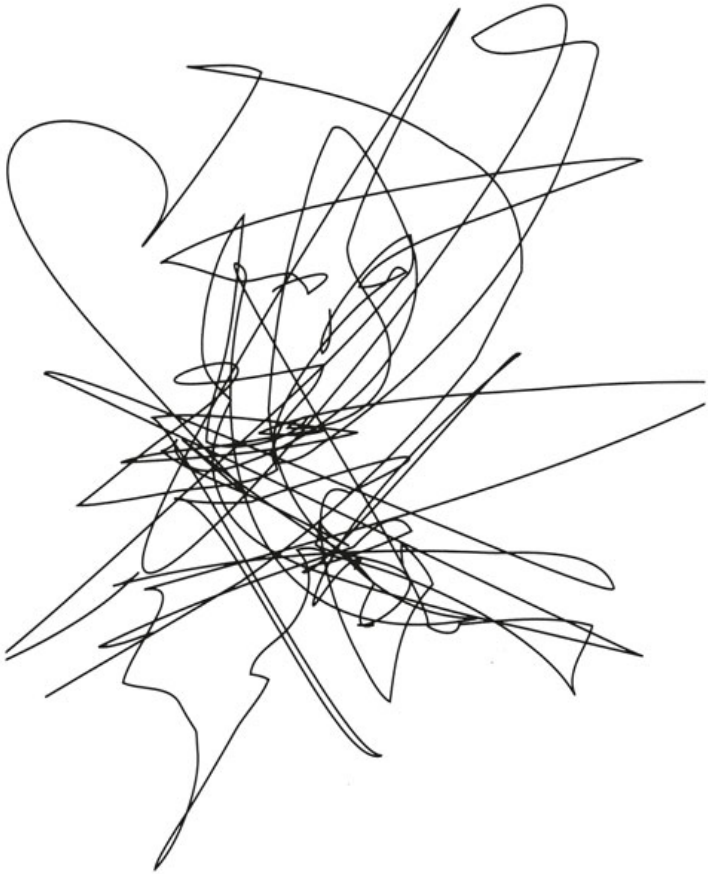
Empiezo a llorar otra vez.

A llorar en silencio.

Pienso en Lilly y lloro.

No puedo hacer otra cosa.

Lloro.



Estoy sentado en la Habitación con Lilly. Tengo una pipa llena en una mano, una botella de Thunderbird en la otra. Un mechero descansa en el suelo entre mis pies. Fumo y bebo hasta perder la conciencia. Me encanta y lo odio.

El viejo está con nosotros. Está gozando con Lilly. Yo estoy quieto y observo. Quieto y fumo. Quieto y bebo. Sólo me importa la pipa. Sólo me importa la botella. Soy inútil. Me encanta y lo odio.

Los sueños son reales, o todo lo reales que pueden ser los sueños, y en ellos veo y oigo y siento y toco. Totalmente. Las imágenes son como una película, los sonidos en estéreo. El crack y el vino en mi cuerpo son reales, el crack y el vino en mi mente son reales. Entro y salgo entre estados de consciencia e inconsciencia, de cordura y de locura. Me encanta y lo detesto. Me encanta y lo detesto.

Renuncio a dormir. Salgo de la cama. Voy al Cuarto de Baño. Me meto en la ducha y me lavo toda la porquería de ayer. Me quedo bajo la ducha un rato largo.

Me visto y salgo de la Habitación y me sirvo una taza de café y bajo las escaleras hacia el Despacho de Lincoln. Hay una Reunión de Grupo en el Nivel Inferior y, cuando paso a su lado, siento las miradas de todos los hombres. Yo no les miro. No saludo.

Paso junto a la Cabina de Teléfono y recorro un Pasillo corto. La puerta está abierta, Lincoln está sentado a su mesa leyendo el Libro Azul, el *Gran Libro*, la Biblia de Alcohólicos Anónimos. Levanta la vista cuando entro y habla.

Siéntate.

Me siento frente a él.

¿Has dormido bien?

No.

¿Pesadillas?

Sí.

Me figuré que las tendrías.

¿Por qué?

Porque estuviste cerca.

¿Es eso lo que pasa?

A mí por lo menos sí, incluso después de catorce años.

Supongo que es el precio que tengo que pagar.

Supongo.

Lincoln me mira fijamente un momento. A diferencia de la mayoría de nuestras entrevistas, su mirada no está cargada de ira y de censura. Levanta el libro, habla.

¿Has leído esto?

Sí.

¿Qué te parece?

No me gustó. No me sonó a verdad.

Lo de anoche me hizo pensar mucho en él.

¿Por qué?

Porque en teoría no podrías hacer lo que hiciste.

¿Porque lo dice el libro?

No, porque lo dice mi creencia en este libro.

Yo no creo en él, o sea que no me obligan sus Reglas.

¿Qué Reglas te obligan?

Las mías.

¿Y cuáles son?

Una sola: No lo hagas. Pase lo que pase, por mucho que lo ansíes, no lo hagas.

¿Crees que va a funcionar?

Sí lo creo.

¿A largo plazo?

Lo creo.

Yo lo intenté de ese modo.

¿Y cómo fue?

Fracasé tres veces.

¿Qué pasó?

Yo era adicto a las Anfetas. Tomaba, me iba a un Centro de

Rehabilitación, me pasaba unos días limpio, me negaba a escuchar lo que me decían. Pensaba que era más fuerte que mi adicción y, cuando salía, en la primera ocasión en que las tenía cerca volvía a tomarlas.

¿Y cómo lo dejaste?

Al final cedí. Vine aquí, escuché, hice lo que me dijeron, dejé mi voluntad en manos de Dios según yo lo entiendo, trabajé los Doce Pasos. Eso fue lo que me salvó.

Eso está bien.

Sí, sí lo está.

Sonríe, me mira un momento. Baja los ojos a su libro y otra vez los levanta.

No creí que fueras a conseguirlo anoche.

¿No?

Aquí dentro oigo muchas bravuconadas, y la mayoría resulta ser eso, bravuconadas.

No habría podido respetarme a mí mismo si no hubiera hecho algo.

Por lo que pueda valer y, dada nuestra relación hasta el momento, quizá no valga gran cosa, estoy orgulloso de ti.

Gracias.

Yo no habría podido hacerlo. No habría ido tras ella, no habría entrado en esa Estación de Autobuses, y ni de coña habría entrado en ese Edificio.

¿Por qué lo dices?

Anoche arriesgaste la vida, posiblemente en más sentidos de lo que supones, para salvar a otra persona. Yo salvo Personas, o al menos intento salvarlas, pero es una historia controlada y opera bajo un Sistema que no me obliga a arriesgar nada. No sé lo que viste anoche, o con quién te enfrentaste, pero puedo imaginar cómo fue, y sé que no sería fácil. Creo que yo no lo hubiera hecho.

Imagino que arriesgaste tu Puesto viniendo a buscarme.

Quizá, pero lo hice porque si tú estabas dispuesto a arriesgarte como lo hiciste, arriesgar mi Puesto no parecía gran cosa.

Sí fue gran cosa, y estoy en deuda contigo. Una deuda enorme.

Haz dos cosas y estamos en paz.

¿Qué?

Me gustaría que nos lleváramos bien el tiempo que te queda aquí. Yo voy a hacer un esfuerzo y te pediría que lo hicieras tú también.

Sonrío.

Sin problemas. ¿Cuál es la segunda?

Dijiste anoche que ibas a demostrar que me equivocaba.

Ya.

Pues hazlo. Demuestra que me equivoco.

Sonrío.

Desde luego voy a intentarlo con todas mis fuerzas.

Se queda mirándome.

Haz más que intentarlo.

Le miro también, asiento.

Lo haré.

Se levanta.

¿Nos damos la mano?

Me levanto.

Claro que sí.

Acerca la mano y yo la mía y nuestras manos se encuentran. Nos la damos con fuerza, con firmeza y nos miramos a los ojos y surge un vínculo de respeto mutuo. Soltamos y hablo yo.

¿Puedo preguntar cómo está ella?

Está bien.

¿Qué va a pasar?

La van a mantener en la Unidad Médica todo el día de hoy. Empezará el Programa desde cero y volverá a trabajárselo. Estamos intentando comunicarnos con su Abuela porque nuestras Reglas dicen que cuando un Paciente se marcha, si vuelve, tiene que pagar otro trimestre. Aún no te permiten ningún contacto con ella, pero te mantendré informado si quieres.

Sí quiero.

Considera éste como tu primer informe.

Si la ves, dile por favor que la quiero.

Sonríe.

Se lo diré.

Gracias.

Deberías volver a lo tuyo.

Vale.

Ven a verme si alguna vez necesitas algo.

Lo haré. Gracias.

Mueve la cabeza en asentimiento.

A ti.

Me vuelvo y salgo. Recorro el Pasillo corto y entro en la Unidad. La Sesión de Grupo está terminando, los hombres empiezan a dirigirse al Comedor. Veo a Leonard y a Miles y vamos juntos al Comedor. Por el camino me preguntan dónde he estado y se lo digo y se quedan los dos pasmados. Por la conducta de Lilly y por la mía, porque la encontré y la traje otra vez y porque Lincoln y Hank me ayudaron a hacerlo. Me preguntan si fue difícil y digo que sí. Me preguntan si volvería a hacerlo y digo que sí, y haría lo mismo por cualquiera de vosotros dos. Mientras cogemos las bandejas y la comida, hoy tenemos un especial de arroz con verduras y chuletitas de cerdo, me preguntan cómo está Lilly qué va a pasarle. Se lo digo, aunque omito lo del dinero porque no es asunto mío hablar de ello. Me dicen que si pueden hacer algo no deje de decírselo. Les doy las gracias.

Nos sentamos en una mesa del rincón con Ted y Matty. Matty tiene un montón de periódicos delante y busca artículos sobre la pelea de esta noche. La mayoría de los periódicos se inclinan por el Peso Pesado más fuerte como ganador, aunque Matty sigue pensando que va a perder. Mientras lee los artículos comenta sobre los autores, la mayoría de los cuales conoce por su época de boxeador, y a los que no coinciden con él les llama cosas como cretino, majadero y mentecato. Sabemos que esto forma parte de su creciente intento de dejar de decir tacos y nos hace reír de buena gana. Leonard le pregunta por qué no dice sencillamente las palabras que quiere y Matty contesta que lleva tres días sin decir tacos y no va a empezar otra vez sólo por un maldito combate.

Después de comer vamos a la Conferencia. Jugamos a las cartas en la

última fila. Leonard gana todo el dinero, pero nos lo devuelve cuando terminamos.

Al salir de la Conferencia veo a Ken esperando en la puerta con Randall, el Abogado que ha estado trabajando en mi caso. Miro a Randall y hablo.

¿Alguna novedad?

¿Podemos hablar en el Despacho de Ken?

Digo que sí y entramos en el Despacho. Con cada paso que doy los pies se me vuelven más pesados y empieza a consumirme un sentimiento de temor. Observo a Ken y a Randall con la esperanza de que algo en la expresión de uno de ellos o de ambos pueda darme una pista sobre mi destino, pero no veo nada. Caminamos y mis pies se vuelven más pesados y el temor crece. Tengo la sensación de estar entrando en mi celda ahora mismo.

Ken abre la puerta y Ken se sienta detrás de su mesa y Randall y yo nos sentamos frente a él. Randall sostiene una carpeta sobre las rodillas y la abre y me mira y sonríe. Yo me espero lo peor, y por eso su sonrisa me irrita.

Habla Randall.

Casi prefiero no saberlo, pero siempre me quedará la duda si no pregunto.

Espera a que yo reaccione. Me quedo mirándole. Estoy asustado y furioso y quisiera que fuera al grano. Vuelve a sonreír.

¿Quiénes son tus amigos?

¿Qué?

¿Quién te ha ayudado con esto?

No tengo ni idea de lo que me hablas.

Se echa a reír.

Anda, dímelo.

Empiezo a enfurecerme.

No sé de qué coño me hablas.

Habla Ken.

Cálmate, James.

No te metas en esto, Ken.

Randall me mira.

Esta mañana hemos recibido una oferta para que hagas de tres a seis meses en una Cárcel de Distrito y tres años de Condicional. Todos los delitos graves han sido recalificados como delitos menores, y si pasas limpio la Condicional desaparecerán tus Antecedentes.

Sonrío.

No puede ser, no jodas.

Asiente.

Sí, sí jodo.

Me echo a reír.

¿Qué ha pasado?

La Acusación dice que habían surgido una serie de problemas, varias cuestiones de pruebas desaparecidas, y que han recibido unas llamadas a tu favor. Cuando le pedí detalles, no quiso dármelos.

Vuelvo a reír. Me siento más que feliz.

¿Cuándo tengo que ir?

¿Quieres aceptar la oferta?

Claro, joder.

Dado este cambio repentino, puede que tengas alguna oportunidad si vas a Juicio.

Lo único que quiero es acabar con esto.

Lo comprendo. Empezaré con el papeleo.

¿Cuándo tengo que ir?

Creo que tendrás que presentarte dentro de los próximos diez días.

Sonrío.

De puta madre.

Habla Ken.

Me parece increíble que estés tan entusiasmado con la idea de ir a la Cárcel.

Estoy entusiasmado porque de tres a seis meses en una de Distrito es un puto paseo.

No deja de ser una Cárcel. Estarás encerrado.

Pero no es la del Estado. En la de Distrito estaré con un montón de conductores borrachos y hombres que han pegado a sus mujeres y

Camellos de maría. Con ellos no tendré ningún problema.

No deja de ser la Cárcel.

Será un paseo.

Habla Randall.

¿Tienes alguna idea de cómo ha sido esto?

Sonrío.

Puedo imaginármelo.

¿Te importa contarlo?

No creo que a las personas en las que estoy pensando les hiciera demasiada gracia.

Comprendo.

Cierra la carpeta, se levanta.

Traeré todos los papeles cuando los tenga listos.

Me levanto.

Muchas gracias por toda tu ayuda.

Me parece que hay otras personas a las que tienes que agradecérselo más que a mí.

Y lo haré, pero también quiero darte las gracias a ti.

No hay de qué.

Nos damos la mano y Randall se va y yo vuelvo a sentarme. Ken mira unos papeles un momento y después a mí.

He repasado tu Programa con Joanne esta mañana y creemos que estás listo para las dos últimas etapas que cubrimos aquí, que son el Paso Cuarto y el Paso Quinto.

¿No importa que no haya hecho los anteriores?

¿Estás dispuesto a hacerlos?

No.

Pues entonces vamos a hablar del Cuarto y el Quinto.

Vale.

En el Paso Cuarto, hacemos un Inventario profundo y sin miedo de nosotros mismos. En el Quinto admitimos ante Dios, ante nosotros mismos y ante otro ser humano el carácter exacto de nuestros errores.

Mi Confesión.

Sí.

Salvo por lo de Dios, me parece bien.

Recomendamos que cuando hagas el Inventario lo pongas todo por escrito.

Vale.

Y recomendamos que cuando hagas tu Admisión sea con un Sacerdote.

¿Por qué?

Porque tienen experiencia en esas cosas. Tienden a no juzgar y tienden a ser objetivos. La mayoría de las personas creen que es la mejor forma.

Bajo los ojos, recordando. Respiro hondo.

Habla Ken.

Puedo buscar a otra persona.

No importa.

¿Cuándo voy a hacerlo?

Depende de cuánto tardes en hacer tu Inventario.

Estará hecho mañana.

Generalmente la gente tarda de tres a cuatro días.

Yo sé lo que tengo que poner.

No te tomes esto a broma, James.

No lo haré. Te lo prometo.

¿Te parece bien hacer el Paso Cinco pasado mañana?

Me parece bien.

Te reservaré una Habitación. Piensa en si quieres o no un Sacerdote.

El Sacerdote me vale.

Si tienes alguna pregunta, ven a verme.

Muy bien.

Me levanto le doy las gracias y salgo. Vuelvo a la Unidad, donde Lincoln está leyendo a un grupo sobre la Prevención de Recaídas y el Reconocimiento de Desencadenantes. Está hablando delante de una pizarra. Los hombres están repartidos en los sofás y las sillas.

Busco un sitio para sentarme. En uno de los sofás hay dos espacios a ambos lados de un hombre. Es uno nuevo, un hombre que no he visto antes. Tiene el pelo largo y greñudo teñido de negro. Lleva pantalones

negros de cuero y camiseta negra con un dibujo de un esqueleto. Le falta el brazo izquierdo y el derecho ha sido amputado recientemente por encima del codo. Lleva lo que le queda de brazo cubierto de vendajes y lo descansa en un entablillado de plástico que le asoma por debajo de la camiseta. Tiene el brazo colocado sobre el pecho en paralelo al suelo. Lleva una serpiente roja tatuada en torno al cuello y la parte baja de los párpados parece tatuada de negro. Los ojos son de un marrón opaco. Miran fijamente al frente. Están inmóviles. No hay nada en ellos.

Busco otro sitio, pero no hay ninguno. Me siento junto al hombre e intento prestar atención a lo que dice Lincoln, pero no puedo. Me siento incómodo junto al hombre y le vigilo de reojo. Miro el muñón de su brazo derecho. Los vendajes están limpios, pero por debajo la piel tiene un color azul pálido cubierto con manchas de un negro verdoso. Le miro el cuello y sigo la serpiente que tiene alrededor. La cabeza de la serpiente está sobre su nuez, tiene una gran mandíbula y está silbando, veo la cola desaparecer por su espalda. Le miro la cara. Tiene la piel de un tono amarillo pálido, señal de una ictericia que empieza a ceder, tiene pequeñas cicatrices en las mejillas, como si se hubiera cortado con fragmentos de cristal o con una cuchilla de afeitar, y huellas de agujeros en las cejas, los labios, la nariz y las orejas, como si hubiera tenido todos esos puntos perforados alguna vez.

Peor que todo lo que veo es lo que huelo. El hombre huele como si estuviera pudriéndose, como si algo dentro de él estuviera muriéndose o muerto, como si fuera lo que fuera llevara mucho tiempo ahí. Casi puedo ver el olor, y cuando respira y su aliento sale de su cuerpo, surge un olor igualmente repugnante. Es agrio y levemente químico, viejo e increíblemente sucio. Es como si se hubiera lavado los dientes con una mezcla de aguas residuales y aceite de motor. Y como si la última vez que lo hizo fuera hace mucho tiempo.

No soy el único que nota el olor. No soy el único que mira a este hombre. A todo el mundo que hay en la Sala, incluido Lincoln, le impacta su presencia. Algunos, como yo, le miran de reojo. Otros directamente. Los que están sentados más cerca de él hacen muecas por

el olor o abanican el aire ante sus narices en un intento de despejarlo. Los que están sentados más lejos se mueven en su asiento, se inclinan en posturas extrañas, olisquean el aire como comprobando si lo que creen que huelen es lo que en verdad están oliendo. Y lo es. Es asqueroso. Hay algo muerto en él y está descomponiéndose lentamente.

Antes de que termine la Sesión, Lincoln nos dice que tenemos el resto de la tarde libre y que la cena de esta noche será en la Unidad a las seis y media. Alguien pregunta por qué y él dice que ya lo veremos y nos deja ir. La mayoría de los hombres se levantan rápidamente. Salen de la Sala o se trasladan a alguna parte donde el olor no sea tan espantoso. Me levanto y voy hacia Leonard y Miles, que están sentados junto a una de las paredes. Al aproximarme, miran hacia mí. Sonrío y hablo.

Muchas gracias a los dos.

Se miran uno al otro. Parecen confundidos. Miran hacia mí otra vez y Leonard habla.

¿Por qué?

Acabo de estar con el Abogado que lleva mis cosas.

Habla Miles.

¿Y?

Vuelvo a sonreír.

Tres a seis meses en una Cárcel de Distrito. Tengo que presentarme dentro de diez días.

Leonard sonríe, Miles habla.

¿Estás contento?

Asiento.

Sí, muy contento.

Me alegro.

Me parece que vosotros dos habéis tenido algo que ver con eso, y quiero daros las gracias.

Leonard mira a Miles, éste a Leonard. Habla Leonard.

¿Hiciste algo tú?

Miles sacude la cabeza.

No, ¿y tú?

Leonard niega con la cabeza.

No, yo no he hecho nada.

Miles sonríe.

Y si lo hubieras hecho, dadas nuestras respectivas posiciones en extremos opuestos del espectro legal, con toda seguridad no lo habrías hablado conmigo.

Leonard sonríe.

Ni de coña. Me pongo nervioso hasta hablando del tiempo contigo.

Miles se echa a reír. Hablo yo.

¿Es así como vamos a jugar?

Los dos se quedan mirándome. Ambos sonríen. Habla Miles.

Considérate un joven muy afortunado, James.

Leonard asiente.

Afortunado de la hostia.

Sonrío.

Gracias.

Miles se pone de pie y dice que tiene que hacer unas llamadas, Leonard se pone de pie y dice que tiene que ocuparse de unas cosas antes de esta noche. Yo subo las escaleras y me voy a mi Habitación y abro la puerta y me siento en la cama y cojo mi libro. He estado echando de menos mi librito Chino.

Cuarenta y cuatro. Qué es más importante, la fama o la integridad. Qué tiene mayor valor, el dinero o la felicidad. Qué es más peligroso, el éxito o el fracaso. Si buscas tu satisfacción en los demás, nunca estarás satisfecho. Si tu felicidad depende del dinero, nunca serás feliz. Confórmate con lo que tienes y alégrate de cómo son las cosas. Cuando comprendas que tienes todo lo que necesitas, el Mundo entero será tuyo.

Treinta y seis. Si quieres reducir algo, primero tienes que ampliarlo. Si quieres deshacerte de algo, primero tienes que dejarlo prosperar. Si quieres coger algo, debes permitir que te sea dado. Lo blando vencerá a lo duro. Lo lento vencerá a lo rápido. No enseñes a la gente el cómo, simplemente muéstrale los resultados.

Setenta y cuatro. Si comprendes que todas las cosas cambian constantemente, no te aferrarás a nada, todas las cosas cambian. Si no

tienes miedo a morir, nada hay que no puedas hacer. Querer controlar el futuro es como querer suplantar al Maestro Carpintero. Cuando manejas las herramientas del Maestro Carpintero, es probable que te cortes.

Treinta y tres. Conocer a otras personas es inteligencia, conocerte a ti mismo es sabiduría. Dominar a otras personas es fuerza, dominarte a ti mismo es poder. Si cobras conciencia de que lo que tienes es suficiente, eres rico auténticamente rico. Permanece en el centro y abraza la paz, la sencillez, la paciencia y la compasión. Abraza la posibilidad de la muerte y perdurarás. Abraza la posibilidad de la vida y perdurarás.

El librito me nutre. Me nutre con alimentos que no sabía que existieran, alimentos que quería probar y no había probado nunca, alimentos que me nutrirán y me mantendrán satisfecho y vivo. Lo leo y me alimenta. Me permite ver lo que es mi vida en términos sencillos, sencillamente es lo que es, y me siento capaz de enfrentarme a mi vida en esos términos. No es complicada a menos que la complique yo. No es difícil a menos que yo permita que lo sea. Un segundo no es más que un segundo, un minuto nada más que un minuto, un día nada más que un día. Todos pasan. Todas las cosas y todo el tiempo pasan. No fuerces ni temas, no controles ni pierdas el control. No luches y no dejes de luchar. Abraza y perdura. Si abrazas, perdurarás.

Dejo el libro y cierro los ojos. No siento paz ni siento caos. No tengo esperanza ni carezco de ella. No tengo ansiedad y no tengo prisa. Lo que percibo no es la pérdida del tiempo sino simplemente el paso del tiempo, que pasa y que debe pasar. Lo que vaya a ocurrir, ocurrirá. Esto es simplemente la vida y los hechos que ocurren durante el periodo de la vida. Igual que yo acepto que estoy tumbado en mi cama en este momento, inmóvil y en silencio con los ojos cerrados y el cuerpo sosegado, aceptaré los hechos de mi vida según vayan llegando. Atenderé a esos hechos. Buenos y malos, todos vendrán. Los aceptaré de la misma manera en que estoy aceptándome en este momento. Que vengan.

Abro los ojos y cojo el libro y leo más. Leo palabras como armonía, satisfacción, humildad, comprensión, intuición, alimento. Leo palabras

como abierto, fluido, receptivo, equilibrado, núcleo. Leo que si cierras tu espíritu con censuras y traficas con los deseos tu corazón se entristecerá. Leo que si no permites a tu espíritu censurar y no te dejas llevar por los sentidos tu corazón tendrá paz. Leo cierra la boca, bloquea los sentidos, embota tu agudeza. Leo desata tus nudos suaviza tu mirada deja que se pose tu polvo. Leo si quieres conocer el Mundo, mira dentro de tu corazón. Leo si quieres conocerte a ti mismo, mira dentro de tu corazón. Dejo el libro lo dejo sobre mi pecho. Cierro los ojos noto la cama caliente y blanda bajo mi espalda. No me muevo simplemente me quedo tendido con calidez y blandura bajo mi espalda. Respirando tranquilamente.

Pensando.

Sin pensar.

En mí.

En el Mundo.

Como es.

Siento la cama caliente y blanda bajo la espalda.

Sigo tumbado.

La puerta se abre y la oigo. Ha pasado un tiempo pero no sé cuánto. Oigo la puerta y abro los ojos y Miles entra y tiene los ojos hinchados.

¿Qué pasa?

Va hasta su cama, se sienta.

He estado hablando por teléfono con mi Mujer durante la última hora y media.

¿Cómo ha ido?

Baja los ojos y sacude la cabeza. Yo me pongo de pie y me acerco a él y me inclino y le rodeo con los brazos, le abrazo. Él me abraza a su vez y empieza a llorar. No sé qué decir, y no digo nada. Le abrazo y dejo que me abrace y espero que, de algún modo, el que sea, esté ayudándole. No sé qué le ha dicho su Mujer, pero sé que necesita ayuda. Su llanto se vuelve sollozos se vuelve sollozos violentos. Me aprieta fuertemente. Yo le estoy rodeando con los brazos son mi única arma contra su pena. Nos quedamos sentados y él llora y yo le abrazo. Sea lo que sea lo que ha ocurrido, ha ocurrido y hablará de ello si

quiere mis brazos son mi única arma. Sentados. Miles llora.

Los sollozos violentos se vuelven sollozos y luego llanto. Deja de llorar. La Habitación está en silencio. Está oscureciendo el Sol se ha puesto, las últimas vetas de luz agonizante se filtran por nuestra ventana. Se separa de mí y me pregunta si puedo dejarle solo. Me levanto y salgo de la Habitación. Cierro la puerta detrás de mí.

Entro en la Unidad y parece un manicomio. Hay un hombre con un mono azul instalando en la televisión un aparato para poder ver la programación por cable. Hay otros hombres vestidos con pantalones blancos y camisas blancas y zapatos blancos poniendo mesas largas para un bufé. La mayoría de los hombres de la Unidad forman pequeños grupos y hablan de lo que está pasando y por qué está aquí esta gente. Oigo a uno de los hombres preguntar al Instalador de la tele por cable por qué está aquí y el Instalador dice que no tiene permiso para hablar de eso. Oigo a otro preguntar a uno de los Hombres del Catering y le dice que no tiene permiso para hablar de eso.

Me sirvo una taza de café enciendo un cigarrillo busco un sitio para sentarme. Quiero sentarme solo. Cuando empiezo a buscar una silla vacía, un hombre sale de la Cabina Telefónica y grita mi nombre. Contesto y me dice que tengo una llamada. Le pregunto de quién y me dice que no sabe.

Voy al teléfono entro en la Cabina cojo el auricular.

Diga.

Hola, James.

Mi Madre y mi Padre me dicen hola los dos. La conexión es lejana. Hay un ligero eco y un leve desfase.

Hola.

Habla mi Madre.

Queríamos disculparnos, James.

¿Por qué?

Por tener que marcharnos antes de tiempo. Lo sentimos mucho.

Pues no lo sintáis.

¿De verdad?

Claro. Os agradezco que vinierais.

Habla mi Padre.

Gracias, James.

De nada.

¿Alguna novedad?

He hablado con Randall.

Habla mi Madre.

¿Qué ha dicho?

De tres a seis meses en una Cárcel de Distrito de Ohio. Tres años de Condicional. Si no me meto en líos, me quedo sin Antecedentes penales.

Habla mi Padre.

Qué buena noticia. ¿Cómo ha sido?

Suelto una risilla.

No estoy seguro.

Habla mi Madre.

¿Por qué te ríes?

Porque estoy contento. Me han quitado un peso enorme de encima.

Habla mi Padre.

¿Cuándo tienes que ir?

En unos diez días.

¿Cuándo vas a marcharte de ahí?

No lo sé, pero pronto.

Se produce un silencio. Sé que mis Padres están pensando en mí, su Hijo menor, metido en una celda. El silencio es denso, y lo intensifica la respiración profunda y el ruido de pasos. Oigo a mi Madre echarse a llorar y el eco aumenta, mi Padre está de pie junto a ella. Me pregunta si puede volver a llamarme y le digo que sí y me dice que me quiere y yo le digo que le quiero y colgamos.

Abro la puerta de la Cabina de Teléfono y vuelvo a la Unidad. Las mesas largas ya están puestas y están cubiertas con manteles blancos, platos blancos, tenedores y cuchillos y vasos. No veo a los Hombres del Catering, pero sé que están cerca por el olor, un olor a comida sabrosa, fuerte, caliente. El olor me abre de inmediato el apetito me produce un hambre voraz. Lo quiero ahora. Diez platos rebosantes ahora mismo, coño.

Subo al Nivel Superior. Me uno a Matty y Ted. Les pregunto si saben de qué va el tema. Matty dice que no, pero que tiene hambre y si no le dan algo de comer, demonios, le va a dar un maldito ataque. Ted se limita a encogerse de hombros y dice que no tiene ni idea.

Lincoln entra en la Unidad, echa un vistazo y habla.

¿Estamos todos?

Los hombres se miran. Contesta una voz que no conozco.

Miles no está.

Otra Voz.

Y Leonard tampoco.

Lincoln habla.

¿Sabe alguien dónde está Miles?

Hablo yo.

En nuestra Habitación. Me parece que no quiere que le molestemos.

Lincoln asiente, habla.

¿Alguien ha visto a Leonard?

Los hombres se miran entre sí.

¿Nadie?

Niegan con la cabeza.

¿Nadie?

Lincoln sonríe, levanta la voz.

Leonard.

Vuelve a hacerlo, pero en voz más alta.

Leonard.

Grita a voz en cuello.

LEONARD.

Por uno de los Pasillos empieza a sonar música. Es la canción de una película famosa de boxeo sobre un Bobo desconocido de Filadelfia que está a punto de ganar el Campeonato de Pesos Pesados. Todos los hombres sonríen, unos cuantos ríen. La música se acerca, se oye más fuerte, y todos nos volvemos hacia la puerta por la cual irrumpe Leonard con un traje blanco impecable. Tiene una pequeña radiocasete en una mano, la otra la lleva levantada sobre la cabeza en un puño.

Hay vítores, risas, unos cuantos hombres le tiran envoltorios de

caramelos o pedazos de papel. Leonard se coloca junto a Lincoln, apaga la radio, hace gestos para que nos callemos. Cuando lo hacemos, habla.

Tenemos cosas que celebrar, amigos.

Un aplauso más. Leonard espera a que pare y habla otra vez.

Ayer a primera hora nuestro amigo Lincoln me dijo que mañana me van a dejar en libertad. En honor a eso, y en honor a todos vosotros, y en honor a este sitio, esta noche estamos de fiesta.

Más vítores. Leonard y Lincoln sonríen. Cuando cesan los aplausos, Leonard habla.

He encargado solomillos y langostas de Minneapolis, vamos a tomar tarta de manzana con helado de postre, y mientras tanto vamos a ver el Campeonato Mundial de Pesos Pesados.

Los hombres se vuelven locos, vitorean y gritan y aplauden. Empiezan a bajar apresuradamente para dar las gracias a Leonard y a Lincoln y les dan la mano. Mientras esto ocurre se abren las puertas correderas y los Hombres del Catering empiezan a traer grandes fuentes de solomillos *porterhouse*, langostas hervidas, patatas asadas y enormes cuencos de ensalada César. Lo ponen todo sobre las mesas e inmediatamente se forman filas.

Yo me quedo en el Nivel Superior y observo la locura generalizada. Veo cómo los hombres se sirven comida, montones enormes de comida. Veo a Leonard recorrer la Sala diciendo comer todo lo que queráis, pasarlo bien, estamos de fiesta. Veo a Lincoln observarlo todo como un Padre orgulloso. Veo a los hombres devorar la comida como si llevaran años sin comer. Son todos Adictos y Alcohólicos y la comida es su combustible. Veo que algunos vuelven para repetir, veo otros que vuelven a repetir por tercera vez. Yo también quiero comer, pero ver todo esto es maravilloso.

Por primera vez desde que he estado aquí, y tengo la sensación de haber estado aquí siempre cincuenta putos años siempre, todo el mundo en la Unidad sonríe y todos parecen contentos. Los hombres hablan y ríen y se relacionan. Ni una sola palabra de lo que hablan o de lo que ríen tiene nada que ver con adicciones ni Alcoholismo ni con la pérdida de Empleo y Familia. Los hombres circulan, rompen las

barreras de los pequeños grupos que hemos formado, las pequeñas camarillas que existen dentro de la Unidad, y ese movimiento no tiene nada que ver con otra cosa que no sea pasarlo bien. Nuestros pasados son inexistentes, nuestros futuros un temor lejano. Nuestra rabia y nuestro odio, nuestro fracaso y nuestra vergüenza, nuestro arrepentimiento y nuestro horror y la humillación en que vivimos se han olvidado. El hecho de que ni uno solo de nosotros tenga la mente o el cuerpo sanos en ningún sentido reconocible queda totalmente olvidado. En este momento somos como los hombres de todo el País de todo el Mundo comiendo y divirtiéndonos y preparándonos para ver el boxeo. No estamos en un Centro de Tratamiento y no estamos jodidos. Somos hombres que comen y se divierten y se disponen a ver el boxeo. Yo también quiero comida, pero ver todo esto es fantástico. Fantástico.

Oigo decir mi nombre una, dos veces. Miro hacia uno de los sofás. Leonard me está llamando. Señala hacia un sitio vacío a su lado y me dice que me lo está guardando, que me sirva comida y disfrute de la diversión. Sonrío y empiezo a caminar hacia las mesas del bufé. Al pasar junto a una mesa colocada ante la escalera veo al Hombre sin Brazos. No hay nadie cerca de él. Está sentado solo.

Qué hay.

Levanta los ojos. Tiene los ojos muertos.

¿Quieres que te traiga algo de comida?

Se queda mirándome.

Te traigo un plato de lo que quieras. Te ayudo si necesitas ayuda.

Ríe.

Vete a tomar por culo, tío.

¿Qué?

Esto es una mierda, tío. Una puta mierda.

¿Qué quieres decir?

Que es todo mentira. La mayoría de estos cabrones van a estar muertos o drogados en los próximos seis meses. Es un puto chiste.

¿Quieres comer o no?

Lo que quiero es caballo, joder. ¿Me lo vas a dar?

Lo siento.

Empiezo a alejarme.

Quiero caballo, Hijoputa. ¿Me lo vas a dar?

Bajo las escaleras. No le presto atención. Cuando me pongo a la cola para coger comida le oigo empujar la silla donde se sienta y decir tomar por culo, tomar por culo todos. Cojo un plato y me sirvo un filete enorme y una langosta de color rojo vivo y una patata asada. Abro la patata y la cubro con mantequilla y con una cucharada de crema agria. Paso de la ensalada. Al final de la mesa hay una nevera portátil llena de refrescos y cojo uno. Un refresco no está mal.

Me siento al lado de Leonard y empiezo a comer. Mientras como, le oigo a él y a Matty y al Pediatra que es Adicto al Xanax y a un Abogado de Empresa que es Adicto al crack hablar del combate. Matty sigue apostando por el hombre más menudo, Leonard por el más grande. El Médico habla de los golpes en la cabeza que ambos hombres han recibido y de la gravedad de los golpes en relación al tamaño de su cuerpo. Pronostica que ganará el hombre más corpulento. El Abogado dice que el más menudo. Que lo siente en las tripas.

Comemos despacio. Empiezo con la carne, la corto en trozos, corto esos trozos en otros más pequeños. Me los como uno a uno, poniendo algo de patata encima de vez en cuando, metiendo el tenedor en la mantequilla y la crema agria de vez en cuando. Saboreo cada bocado y lo dejo disolverse. Dejo que el sabor de la carne roja poco hecha me penetre la lengua, dejo que los jugos me llenen la boca. Es un esfuerzo no comer más, no comer tres o cuatro trozos a la vez, no comer cinco filetes o quizá diez o todos los que me den, pero no es un esfuerzo grande. Lo que estoy comiendo es la mejor comida que recuerdo haber comido en cualquier momento del pasado. Lo que tengo es todo lo que necesito. Estoy contento con esto.

Termino la carne y empiezo a abrir la langosta. Le quito el caparazón, separo la cola del cuerpo. Hago un corte en la parte inferior blanda de la cola y saco la carne en un solo trozo macizo. Lo cojo con la mano y lo mojo en lo que queda de mantequilla. Muerdo. Dejo el trozo en la boca hasta que se deshace y lo trago. Lo hago así una vez y otra y otra. Cuando he terminado con la cola separo las pinzas. Saco la

carne y la como. Está tan buena como la de la cola.

Termino y me siento contento y satisfecho. Me pongo de pie con mi plato en la mano y miro las mesas y aún queda comida. No cojo más. Voy a resistirme al ansia de comer todo lo que veo, de comer hasta caer en estado de coma, de comer para dejar de sentir, de comer hasta quedar más allá de todo sentimiento.

Tiro las sobras de mi plato y lo pongo en un cubo con los demás platos. Busco un plato limpio con otro filete y otra langosta y otra patata asada. Me lo quiero comer, con todas mis fuerzas, lo quiero lo quiero lo quiero. Voy a mi habitación. Llamo a la puerta, no hay respuesta. Abro la puerta y entro. Miles está tumbado en la cama con la cara en la almohada. No quiero molestarle. Dejo el plato en su mesilla y salgo. Cierro la puerta detrás de mí y vuelvo a mi asiento.

Echo un vistazo a mi alrededor. Miro a los hombres, la mayoría sigue comiendo. La mayoría tiene la cara y la camisa manchadas de comida, la mayoría se ha olvidado de los tenedores y los cuchillos, la mayoría come con las manos. Desgarran los filetes y se los meten en la boca, cogen las patatas con la mano y se las comen como si fueran manzanas. Mientras mastican dejan la boca abierta y se meten más comida antes de tragar lo que ya han masticado. En los momentos fugaces entre bocados, se limpian la porquería con la manga de la camisa, con el revés de la mano, con servilletas de papel tan llenas de manchas que empiezan a desintegrarse. Se chupan los dedos y los labios, chupan el revés de la mano, chupan los huesos de los filetes, chupan el caparazón roto de las langostas.

Yo me río de lo que veo. Parece salido de la antigua Roma. Una orgía de comida y un exceso de necesidad y deseo. Una orgía de glotonería y codicia y ansia. A nadie le importa qué aspecto puede tener o cómo está actuando simplemente quieren más más más. A nadie le importan sus adicciones esas adicciones de las que están aquí para recuperarse para aprender a controlarlas. Las adicciones se han desatado. La comida es droga, es bebida, es sustancia adictiva, es sustancia química. A nadie le importa que tengamos a nuestra disposición más que de sobra, que tengamos más de lo que necesitamos. Si pudieran, estos hombres se

comerían los muebles, las estanterías, los platos, las servilletas, las mesas, la cafetera. Arrancarían el suelo se comerían la moqueta, la cola de pegar, los clavos, la madera. Si no fueran a poner el boxeo, probablemente se comerían la televisión. Les da igual lo que están comiendo. Simplemente quieren más.

Leonard mira su reloj. Se pone en pie con su traje blanco lleno de manchas y anuncia que se acerca la hora del combate. Los hombres se lanzan al Nivel Inferior para coger los asientos que aún quedan libres cerca de la tele, y se lanzan al bufé en un frenesí final de comida. Lincoln se acerca y le dice a Leonard que tiene que irse a Casa. Leonard se levanta y da las gracias a Lincoln por permitir todo esto y anuncia la marcha de Lincoln al resto de los hombres. Lincoln se marcha entre un coro de vítores.

En cuanto se ha ido, Leonard saca un rollo enorme de dinero y un cuaderno y anuncia que se abre la sesión. Los hombres se agolpan para hacer sus apuestas, tantas apuestas que Leonard no da abasto. Cincuenta dólares, diez dólares, un par de zapatos de cincuenta dólares, un reloj, una cadena de oro, una pulsera, la orgía continúa. Un hombre quiere apostarse el anillo de boda pero Leonard no se lo permite.

Me concentro en la pantalla. Varios expertos están haciendo predicciones sobre el resultado del combate. Matty, que está sentado al otro lado de Leonard, se dirige a los hombres de la tele con su peculiar estilo lleno de pseudo tacos, llamándoles Gilipuertas sabihondos o Cabritos mariquitas. Alguien le dice que lo deje ya y empiece a soltar tacos otra vez y él contesta que ni hablar, ni hablar, jopé, que no va a volver a hablar mal.

Los Comentaristas anuncian que ha llegado el momento del combate y la Sala queda en silencio y todos los hombres centran su atención en la televisión. Los boxeadores caminan hacia el Ring. El más grande de los dos, que es el aspirante al título, entra primero. Mide alrededor de un metro noventa y cinco, pesa unos ciento ocho kilos y tiene cuerpo de oso, con capas macizas de músculo y una capa fina de grasa. El otro, el menos corpulento, que es el actual Campeón, medirá un metro noventa y pesa ciento dos kilos. A diferencia de su contrincante, no

tiene ni un gramo de grasa en el cuerpo y su piel oscura reluce como si estuviera esculpida en acero bruñido. Ambos están cubiertos de gotas de sudor, lo cual indica que ya han hecho el calentamiento y están listos para pelear. Va a ser una noche divertida.

Después del Himno Nacional y las presentaciones suena la campana, que inicia el primer round. Los asaltos de boxeo duran tres minutos con descansos de un minuto entre cada uno de los doce rounds. En la mayoría de las peleas, los boxeadores dedican los dos primeros asaltos a tantear sus respectivas fuerzas y debilidades. Después pasan el resto del combate evitando los puntos fuertes del contrario y explotando sus debilidades. En esta pelea no hay nada de esas gilipolleces. Los boxeadores se lanzan uno contra el otro e inmediatamente empiezan a dirigirse golpes brutales y peligrosos. La única estrategia aparente es intentar destruir al otro lo antes posible. A los treinta segundos de empezar la pelea, el menos grande de los dos pega al más grande un directo en la mandíbula con la mano derecha. Las piernas de éste tiemblan y se tambalea hacia atrás. El menos grande le persigue, le atrapa contra las cuerdas, y pasa el siguiente minuto dándole puñetazos sin piedad en las costillas, el estómago, los hombros y la mandíbula. Cuando se le cansan los brazos al boxeador más pequeño y no puede seguir dando puñetazos, el hombre grande empieza a contraatacar. Se libera del contrario empujándole y empieza a golpearle de la misma manera que acaban de golpearle a él. Al final del round, ambos se dirigen vacilantes hacia sus esquinas. Yo estoy de pie todo el tiempo gritando y jaleando, como la mayoría de los hombres en la Unidad.

Los siguientes cuatro rounds siguen la misma pauta que el primero. Suena la campana, los boxeadores se enfrentan, procuran tirar al otro al suelo. No hay defensa ni estrategia. La cara de ambos empieza a hincharse, ambos empiezan a sangrar por la boca, por la nariz y por los cortes que tienen encima de los ojos, ambos empiezan a acumular moratones por efecto de las cuerdas y quemaduras por la fricción de los guantes en el pecho, la espalda y los hombros. No hay nadie en toda la Unidad que se quede sentado todo el tiempo.

Lo admitan o no, a todos los hombres les gustan las peleas. Mirarlas o

participar en ellas desata en nosotros nuestra verdadera naturaleza, una naturaleza diluida por miles de años de cultura y refinamiento, la naturaleza que nos dicen constantemente que hemos de negar en aras de un bien superior. Enfrentarse solo a otro hombre y o bien herirlo o ser herido por él es para lo que estamos hechos los hombres. El boxeo nos permite vivir el más básico de esos instintos y recordar lo que puede ser una pelea.

Empieza el sexto asalto. Ambos hombres parecen exhaustos, como si sus cuerpos no quisieran luchar más pero sus cabezas y sus corazones no les permitieran parar. Caminan como autómatas al centro del Cuadrilátero y empiezan a rodearse uno al otro lentamente. Cada uno lanza un par de puñetazos inofensivos, directos con su brazo más débil, más pensados para mantener al contrario a raya que para hacerle daño, y entonces el menos grande golpea. Dirige un gancho de vuelo amplio con la izquierda que aterriza directamente en la mandíbula del grande. El hombre grande se desploma, como si le hubieran dejado sin piernas, y cae de espaldas con los ojos fijos en el techo. La Unidad enloquece. Los hombres están chillando y agitando los puños, algunos se sientan gritando, otros se levantan gritando, y por encima de todos ellos oigo a Matty vociferar va a conseguirlo, mi hombre va a conseguirlo.

El hombre grande se incorpora, sacude la cabeza y al contar nueve se levanta. El Árbitro le pregunta si está bien y dice que sí, aunque es evidente que no, está claro que apenas sigue consciente. El Árbitro da la señal para que los hombres empiecen otra vez a pelear y ambos se aproximan con cautela. Matty está gritando a voz en cuello al menos fuerte que le pegue que le deje KO que con un golpe le basta que le tumbe de una vez, pero el hombre no puede. Es como si su último golpe, ese último gancho precioso, le hubiera dejado tan tirado como a su Contrincante. Durante el resto del asalto no hacen más que amagarse, ambos demasiado cansados para lanzar auténticos golpes.

Entre rounds, Matty se pone de pie y empieza a pasear de un lado a otro. Leonard le dice que se siente pero Matty no puede. Sacude la cabeza y da patadas al suelo, implora al hombre menos grande que salga y acabe con el más grande. Cuando suena la campana empieza a

gritar venga, Hijoputa, venga.

El asalto empieza despacio pero, pasados unos treinta segundos, cuando los boxeadores están en el centro del Cuadrilátero, el hombre grande lanza un directo con la derecha que termina en la nariz del menos grande. Se produce una explosión de sangre cuando la nariz se rompe y el hombre cae de rodillas. Desde ahí cae de bruces sobre la lona.

La Sala entra estalla. La mayoría de los hombres están gritando levanta levanta, unos cuantos están chocando los cinco y diciendo que se ha acabado. Al contar ocho el boxeador menudo consigue ponerse en pie y el Árbitro le pregunta si está bien y a través de la sangre de la cara y la sangre de la boca dice que sí. El Árbitro se retira a un lado y el hombre grande avanza y encaja otro derechazo perfecto en la nariz del menos grande. Éste cae hacia atrás, por encima de las cuerdas y acaba fuera del Cuadrilátero. Tiene los ojos cerrados y queda inmóvil. El combate ha terminado.

Los hombres gritan chillan blasfeman arrojan latas vacías de refresco a la televisión se levantan y se marchan. En medio del escándalo oigo una voz por encima de las demás. Es Matty gritando joder joder joder joder. Mira fijamente a la televisión sin poder creérselo, mira y grita joder joder joder joder. Leonard se levanta y le pasa el brazo por el hombro y le dice es sólo un combate, no vale la pena y Matty deja de gritar y dice ya lo sé, pero cuando el tío que yo quiero que gane no gana, coño, me rompe el puto corazón. Leonard dice que sabe cómo se siente y le da un abrazo. Se separan y Matty dice joder una vez más a la televisión y Leonard empieza a recorrer la Sala saldando las apuestas. Él había apostado casi todo su dinero al hombre más grande, pero en un gesto de buena voluntad renuncia a todas las apuestas que ha ganado y paga todas las apuestas que ha perdido.

Yo me quedo hasta muy tarde charlando con Matty y Ted y Leonard y otros hombres que vienen y se van. Hablamos del combate y dejamos que Matty lo diga casi todo. Cualquier intento suyo de no blasfemar está muerto y desaparecido. Comemos tarta de manzana con helado, fumamos cigarrillos y bebemos café. Vemos en las Noticias los

momentos más destacados del combate y volvemos a vivir la experiencia de verlo una vez otra y otra. Nadie se va a dormir. La Unidad está atestada a las dos de la madrugada. Mañana volveremos a la realidad. Todo el mundo se queda despierto porque nadie quiere que esta noche acabe.

Hacia las cuatro de la mañana me levanto del sofá y me voy a mi Habitación. Abro la puerta y está oscuro y silencioso Miles está dormido. Me meto en la cama y apoyo la cabeza y pienso en Lilly. Pienso en Lilly durmiendo en la Unidad Médica y pienso en lo cerca que la siento y pienso en lo lejos que está de mí lo lejos que está. Está en la Unidad Médica y eso está cerca, pero a un Mundo de distancia. Echo de menos a Lilly. La echo de menos.

Esta noche ha sido una de las mejores de mi vida. Comida y amigos y una pelea. Cosas que me encantan con gente a la que quiero. Ha sido casi perfecta.

Casi.

Me falta Lilly.

Me falta Lilly.

Me falta Lilly.

Me despierto. No recuerdo haberme dormido y no recuerdo haber dormido. No he soñado. No he tenido sueños.

Salgo de la cama. Por la ventana entra el Sol. Un Sol brillante. No recuerdo cuándo fue la última vez que vi el Sol.

Voy al Baño y me ducho y me lavo los dientes y me afeito. Evito el espejo. No me miro a los ojos ni me miro. Me ducho me lavo los dientes me afeito.

Me visto y salgo de la habitación. Entro en la unidad, los hombres están haciendo sus trabajos. Miro el Tablón de Trabajos y veo que me toca uno y que mi nombre aparece bajo la palabra Saludador. Me echo a reír. Soy quien Saluda, mi tarea consiste en saludar. Me hace reír.

Voy a desayunar los Pasillos están luminosos y los Pasillos ya no me importan. Son lo que son y no puedo cambiarlos.

Cojo una bandeja y un plato de gofres y una taza de café y un donut relleno. Voy al Comedor. Veo a mis amigos sentados en la mesa del rincón. Siempre están en el rincón.

Me siento. Miles, Leonard, Matty y Ted. Hay un hombre nuevo sentado en la otra punta de la mesa separado de nosotros. Miro a Leonard y gesticulo hacia el hombre y Leonard se encoge de hombros. Yo soy ahora el Saludador. Decido saludar al hombre.

Me traslado al otro lado de la mesa. Me siento frente al hombre. Es mayor, probablemente rozando los setenta. Tiene el pelo corto y gris y poblado para su edad, y aunque parezca despeinado y de punta podría fácilmente alisarse con un peine. Está muy delgado y demacrado. Tiene la piel cubierta de manchas de vejez, las venas se le abultan bajo la piel de las manos. Mira fijamente a su plato. Come despacio un montón de huevos revueltos con queso. Le hablo.

Hola.

Levanta la vista. Tiene ojos vivos y azules, en uno de ellos tiene un golpe y un moratón. Tiene la nariz larga y delgada y los labios finos. La

zona por encima del labio superior y bajo la nariz está cubierta de ampollas sangrantes.

¿Qué quieres?

Tiene la voz seca y rígida, como el chasquido de una regla contra la mesa.

Soy el Saludador. Vengo a saludarte.

Vete a saludar a otro.

Me echo a reír.

Lárgate.

Vuelvo a reír.

Largo, Gilipollas.

Extiendo el brazo. Le ofrezco mi mano.

Yo soy James.

No la coge.

Lárgate, James. Cabrón.

Por qué no vienes a sentarte conmigo y mis amigos.

Señalo hacia el extremo opuesto de la mesa. Mis amigos me observan. El hombre les mira y vuelve a mirarme a mí.

Prefiero estar solo.

No, no es verdad.

Sí, sí es verdad.

Si de verdad quisieras estar solo estarías en una mesa vacía.

El hombre se queda mirándome y yo hago lo mismo. Está tenso, yo no lo estoy.

Eres un Cabroncete.

Sonrío.

Ya lo sé.

Me llamo Michael.

Es un placer, Michael.

Se levanta y se traslada al otro lado de la mesa y yo le sigo.

Nos sentamos y se lo presento a todos. Al principio está callado. Nos escucha hablar. Estamos hablando del hombre sin brazos, que se ha ido esta mañana diciendo que se iba a conseguir caballo le daba igual no tener brazos lo que quería era el puto caballo. Michael empieza a hacer

preguntas, sobre el hombre, sobre nosotros, lo que hacemos y por qué estamos aquí. Contestamos sus preguntas y le hacemos preguntas a él. Al principio no responde, pero pasados unos minutos dice qué coño, os vais a enterar de todas formas. Nos cuenta que es un alto Funcionario de una Universidad Católica grande del Medio Oeste. Nos cuenta que lleva cincuenta y un años casado y que tiene siete Hijos. Nos dice que después de nacer el último su Mujer dejó de acostarse con él porque no quería más Hijos y porque pensaba que el sexo era para la procreación y sólo para eso. Nos dice que empezó a ir con prostitutas. No de las caras, sino Chicas de la calle. Nos cuenta que se hizo Adicto a ellas y al peligro de estar con ellas y al peligro de que le contagiaran algo. Nos cuenta que una de las putas le dio crack y empezó a fumarlo y se hizo Adicto también. Sus adicciones llegaron a formar parte una de la otra. Necesitaba putas y necesitaba crack. No podía estar con una sin la otra y necesitaba ambas cosas sin parar. Necesitaba putas y crack todos los días. Le descubrieron cuando un Estudiante de la Universidad que estaba con una puta le reconoció e intentó hacerle chantaje. Decidió entonces que había llegado el momento de dejarlo y fue a hablar con un Sacerdote y se confesó. El Sacerdote le dijo que se lo contara a su Mujer y su Mujer le perdonó a condición de que dejara de hacerlo. No pudo dejarlo. Lo hizo ese mismo día y al día siguiente. Dejó a su Mujer y se pasó ocho días en un Motel barato con todas las putas y el crack que pudo pagar. Fumó tanto que se quemó la boca con la pipa. Cuando se quedó sin dinero volvió a su casa y su Mujer le estaba esperando. Llamó al Sacerdote, al mismo Sacerdote y éste le trajo aquí. Llegó hace cuatro días y ha estado en la Unidad Médica desintoxicándose.

Nos reímos de él y de su historia. Al principio se enfada y le desconcertamos nosotros y nuestra risa, no lo entiende. Continuamos riendo. Empezamos a contarle nuestras historias. Matty cuenta que fumó con una puta que le quemó los testículos con un mechero de butano. Ted cuenta que fumaba con su Mamá y que fueron a bailar country cuando estaban cocidos. Yo cuento que me emborraché con una puta y perdí el conocimiento y me desperté en un callejón sin pantalones y sin zapatos y con la cartera vacía metida entre las nalgas.

Contamos historias y nos reímos unos de los otros y Michael el Católico comprende que no nos reímos de él, sino con él. Que somos igual que él que somos tan horrendos como él y que no le juzgamos. Empieza a reír también. Somos todos un horror. Es más fácil reírnos de nosotros que llorar por nosotros. Somos todos horribles.

Terminamos de comer y dejamos las bandejas y nos vamos a la Conferencia. Es sobre drogas y alcohol en el lugar de Trabajo. Michael es el único de nosotros que presta atención, los demás jugamos a las cartas. Cuando termina la Conferencia, Leonard entrega unos sobres a Matty a Ted y a Miles. Les dice que los abran después de que se haya marchado él. A mí me dice que vaya a su Habitación a las once.

Salimos de la Sala de Conferencias y Joanne me está esperando cerca de la puerta. Me pide que entre en su Despacho. Recorremos los Pasillos y cuando llegamos ella se sienta en el sofá y yo me siento en una silla. Ambos encendemos cigarrillos. Habla Joanne.

Me han dicho que estuviste en una Casa de crack la otra noche.

Era un sitio donde un montón de gente estaba fumando crack pero no era una Casa de crack.

¿Cuál es la diferencia?

Las Casas de crack son sitios donde suelen venderlo allí mismo y normalmente las controla alguien y las vigila para que sean seguras. Esto era sólo un Edificio abandonado donde la gente va a fumar.

¿Y cómo era?

Olía mal.

¿Eso es lo que recuerdas?

No.

Mueve la cabeza asintiendo y espera a que cuente más cosas. Cuando no lo hago vuelve a hablar ella.

¿Estuviste cerca?

Sí.

¿Cómo de cerca?

Lo toqué y pude metérmelo.

¿Querías?

Con todas mis ganas.

¿Por qué no lo hiciste?

Tomé la decisión de no hacerlo.

¿Así de sencillo?

Así de sencillo.

Parece como si hubiera sido fácil.

No lo fue.

¿Crees que podrás conseguirlo a largo plazo?

Va a ser más difícil de lo que fue la otra noche, pero creo que sí.

¿Por qué va a ser más difícil?

Quiero a Lilly más de lo que quiero drogarme. Por eso la decisión entre ayudarla o satisfacerme yo fue una decisión fácil. Cuando esté solo y lo tenga delante, ya sea la roca o la botella, la cosa irá más de mí y de si quiero darme el gustazo o no.

¿Qué crees que pasará?

Ya sabes lo que creo.

Sonríe.

He visto a Lilly esta mañana.

¿Dónde?

Fui a la Unidad Médica para ver cómo estaba.

¿Y cómo está?

Dadas las circunstancias, está bien. Creo que está más preocupada y más avergonzada que otra cosa.

¿Qué le preocupa?

Su Abuela, y encontrar el dinero para quedarse aquí.

¿Hay alguna clase de Ayuda que puedan darle?

La hay, aunque suele tardar algún tiempo tramitarla. Estamos intentando conseguirlo a toda prisa.

¿Podrá quedarse?

Espero que sí.

¿Y si no puede?

No sé.

Aparto la vista. Miro por la ventana que hay detrás de la mesa de Joanne. Fuera está luminoso y soleado, como una mañana de Primavera. Una mañana llena de vida, una mañana plena de nuevos

comienzos. Todavía puedo echar a correr. Huir de la cárcel y huir del pasado. Huir con Lilly huir hasta encontrarnos a salvo y huir hasta que encontremos una vida. Huir sigue siendo una alternativa, pero no quiero huir. He huido toda mi vida y estoy cansado. Miro por la ventana pero la ventana no me da respuestas. Llegarán a su tiempo. Es una mañana llena de nuevos comienzos.

¿En qué piensas?

En respuestas.

¿Tienes alguna?

No.

Ya la tendrás. Siempre llegan.

Estoy empezando a aprender eso.

Enciende otro cigarrillo.

Yo también.

Quiero hablarte de tu Inventario y del tiempo que te queda de estar aquí.

Vale.

Ken me dijo que crees que habrás terminado con tu Inventario a última hora del día.

Sí.

Es un tanto rápido.

Sé lo que tengo que decir.

La idea de esto es descargar tu conciencia para que empieces otra vez tu vida sin sentimientos de culpa, remordimiento o vergüenza. ¿Crees que puedes lograrlo con lo que vas a decir?

Sí lo creo.

Ken dijo que quizá tuvieras algún problema con lo del Sacerdote.

Podría ser incómodo para él.

Los Sacerdotes que participan en esto oyen cosas bastante terribles. Estoy segura de que cualquiera de ellos puede encajarlo.

Si tú lo dices.

¿Es algo que quieras hablar conmigo?

No.

¿Tiene algo que ver con tu idea de Dios?

Lo que ocurriera entre algún Sacerdote y yo no tiene nada que ver con mi idea de Dios.

¿Estás seguro?

Sí.

Pues adelante. ¿Cuándo quieres hacerlo?

Lo antes posible.

¿A primera hora de la mañana?

Sí.

Programaré la Habitación y el Sacerdote. Voy a asegurarme de que sea una persona que pueda encajar lo que tú vayas a decirle. Ven a mi Despacho después del desayuno y te acompaño.

Gracias.

Cuando acabes, tu Programa, en principio, ha terminado.

¿Qué significa eso?

Que habrá llegado el momento de que te marches.

¿Cuándo?

Pasado mañana.

Sonrío.

Estupendo.

¿Tienes planes?

Quizá ir a ver a mi Hermano un par de días. Después me marcharé a Ohio para cumplir condena.

Me dicen que estás contento con la forma en que se ha solucionado todo.

Sí, lo estoy. Muy contento.

¿Alguna preocupación?

No, lo que quiero es acabar con eso de una vez.

¿Y qué vas a hacer respecto a Lilly?

Espero que pueda quedarse aquí. Como yo no estaré, supongo que hablaré con ella para quedar en algo. Si no se queda aquí, pensaremos alguna otra cosa.

¿Como qué?

No lo sé. Tengo la esperanza de que se quede.

Joanne asiente, espera a que yo diga algo más. Como no digo nada,

habla.

Ven a verme si tienes alguna pregunta mientras haces tu Inventario.

De acuerdo.

Me levanto y me voy. Al salir miro el reloj del despacho; son casi las once. Vuelvo hacia la Unidad y llamo a la puerta de Leonard. Pregunta quién es y contesto James. Dice adelante, abro la puerta y entro.

En el suelo junto a la puerta hay una maleta pequeña de cuero negro, sobre su cama hay una bolsa abierta para prendas de vestir. Está llenando esta bolsa cuidadosamente con camisas perfectamente dobladas. Habla.

¿Cómo lo llevas, Chico?

Me siento al borde de la cama.

Bien. ¿Cómo estás?

Contento de salir de aquí.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

He pedido a uno de mis hombres que me recoja y vamos a volver en coche a las Vegas. Probablemente de camino paremos para ver el Monte Rushmore y el géiser Old Faithful y algunas otras cosas famosas de camino.

Me río.

Suena de puta madre.

¿Y tú tienes algún plan?

Según parece salgo pasado mañana. Voy a intentar hablar con mi Hermano y pasar unos días con él. Después de eso me voy a Ohio.

¿Te preocupa lo de Ohio?

No.

Probablemente no haga falta que te lo diga pero, si alguien te jode, ve a por él. Demostrándoles que estás dispuesto a pelear les mantienes a raya.

Espero no meterme en esas jodiendas, pero haré lo que sea necesario.

Sonríe.

Eres un buen Chico.

Me echo a reír.

Gracias, Leonard.

Termina de llenar la bolsa de ropa y la cierra. Se mete la mano en el bolsillo trasero y saca su cartera y saca una tarjeta pequeña como una tarjeta de visita. Se sienta en la cama frente a mí y me entrega la tarjeta.

Ésos son mis números y los sitios donde puedes encontrarme.

La cojo.

Si alguna vez necesitas algo, estés donde estés o sea lo que sea, búscame y yo me ocuparé de todo.

Miro la tarjeta, miro a Leonard.

En esta tarjeta hay cinco apellidos distintos, Leonard.

Sonríe.

Utilizo diferentes nombres según los sitios. Los números corresponden a los nombres. El número de Las Vegas es el mejor, pero me pueden localizar en cualquiera de ellos.

Me guardo la tarjeta en el bolsillo.

Gracias, Leonard.

Asiente con la cabeza como respuesta.

Me he enterado también de que Lilly tiene algún problema económico. No quiero que te preocupes más por eso. Va a quedarse aquí y va a ponerse bien.

Sonrío.

¿Qué?

Leonard sonríe.

El amor es una cosa maravillosa, Chico.

No deberías haberlo hecho, Leonard. No…

Di gracias, Chico.

Sonrío.

Gracias, Leonard. Muchísimas gracias.

Vuelve a asentir.

Una cosa más.

Dime.

Antes de decir esto, quiero aclarar que no tengo intención de ofenderte ni a ti ni a tu Familia ni a tu Padre, o sea que si te parece que puede molestarle lo que voy a decirte, me lo haces saber.

Vale.

Respira hondo, contiene el aliento un instante, exhala. Está más nervioso de lo que le he visto nunca.

Siempre he querido casarme. Siempre he querido tener Hijos. Más concretamente, siempre he querido tener un Hijo. Llevo algún tiempo pensando esto, en realidad desde el día que te conocí, y he decidido que de ahora en adelante me gustaría que fueras mi Hijo. Estaré pendiente de ti como si fueras Hijo mío de verdad, y te daré consejos y te ayudaré a orientarte en la vida. Cuando estés conmigo, y pienso verte cuando los dos estemos fuera de aquí, te presentaré como mi Hijo y te tratarán como tal. A cambio, te pido que no me dejes al margen de lo que estés haciendo y que me permitas participar. Creo que, fuera de aquí, nuestra relación puede funcionar, en cierto modo, igual que aquí. Somos amigos, confiamos el uno en el otro, nos ayudamos el uno al otro en momentos jodidos, disfrutamos juntos de los buenos ratos. Si alguna vez surge un conflicto con tu verdadero Padre, insistiré en que cedas y le respetes a él antes que a mí.

¿Estás de broma, Leonard?

Sacude la cabeza.

No, ni hablar.

¿Quieres que sea tu Hijo?

Asiente.

Sí.

¿Estás completamente seguro, Leonard? Estoy un poco jodido.

Sé cuáles son tus problemas, Chico. Créeme. Pero si tuviera un Hijo, me gustaría que fuera como tú.

Sonrío.

Por mí, estupendo.

¿Estás seguro, Chico?

Sí.

Yo también estoy jodido.

Me echo a reír.

No me importa.

Leonard ríe.

Muy bien.

Se pone de pie.

Ahora coge una de estas putas maletas y acompáñame fuera. Joder, no va a ser todo diversión y juegos.

Río y me levanto y cojo la maleta. Leonard levanta la bolsa de viaje y se la echa al hombro y salimos de la Habitación.

Recorremos los Pasillos. Me pide que me despida de todos en su nombre me dice que él prefiere no hacerlo en persona. No le gustan las despedidas y ya ha dicho adiós a demasiadas personas en su vida. Me pide que dé a Miles y a Matty y a Ted el número de la tarjeta que corresponde a su verdadero nombre y le digo que lo haré y me pide que no enseñe esa tarjeta a nadie más. Le contesto que la guardaré bien y en privado.

Cruzamos el vestíbulo de la Clínica pasamos ante la Recepcionista y salimos por la puerta. Hay un Mercedes-Benz grande, blanco y flamante esperando junto a la acera. Se abre la puerta del Conductor y sale un hombre alto y fornido vestido con un traje negro de seda. Una cicatriz larga y profunda le cruza una mejilla y parece un oso. Un oso peligroso. Un oso que se comería a una persona viva si pudiera. Leonard sonríe.

Tiburón.

El hombre habla.

Qué hay, Jefe.

Se abrazan y se separan. Habla Leonard.

Gracias por venir.

Cómo no.

¿Es éste el Coche nuevo?

Sí, ¿te gusta?

Claro. Es blanco y nuevo. Lo que yo quería.

Me alegro.

Leonard se vuelve hacia mí, me hace señas de que me acerque.

James.

Me aproximo.

Éste es el Tiburón. Es uno de mis mejores amigos y Socio mío. No le llaman Tiburón porque le guste el pescado, o sea que ándate con

cuidado. Tiburón, éste es mi Hijo, James.

Nos damos la mano. El Tiburón mira a Leonard.

¿Es éste del que me hablaste?

Leonard asiente.

Sí, y es mucho más malo de lo que parece, o sea que ten cuidado tú también.

El Tiburón se echa a reír, vuelve a mirarme.

Me alegro de conocerte, Chico.

Gracias, yo también.

Leonard abre la puerta trasera del Coche y tira sobre el asiento la bolsa de ropa. Me hace señas de que acerque su maleta, me adelanto y la echo también sobre el asiento trasero. Leonard cierra la puerta y se vuelve hacia el Tiburón.

Vamos a largarnos de una puta vez, Tibu.

Ahora mismo, Jefe.

El Tiburón rodea el Coche y se sienta tras el volante. Leonard se vuelve hacia mí.

Si necesitas algo, llámame. No lo olvides.

No lo olvidaré.

Ha sido estupendo recuperarme contigo. Te llamaré pronto.

Gracias por todo, Leonard. En muchos sentidos, me has salvado la vida. Gracias.

Sonríe.

Tú has salvado tu propia vida.

Sonrío. Leonard se acerca. Me rodea con los brazos, me abraza. Yo le abrazo también. Me suelta y se aleja un poco y me mira a los ojos y habla.

Sé fuerte. Vive con honor y con dignidad. Cuando creas que no puedes, aguanta. Me siento orgulloso de ti y tú deberías sentirte orgulloso de ti mismo.

Le devuelvo la mirada. A los ojos.

Voy a echarte de menos, Leonard.

Nos veremos pronto, Hijo.

Asiento. Me contengo para no llorar. Leonard da media vuelta y abre

la puerta al lado del conductor y se sienta y cierra la puerta y el Coche se aleja. Me quedo mirando. Mientras avanza por el camino de salida y entrada a la Clínica, se abre la ventanilla del copiloto y surge de ella un puño, un puño apretado, cerrado. El puño se levanta en el aire. Mientras contemplo el puño y a Leonard y todo lo que representan para mí alejarse en el coche, estoy a punto de llorar. Leonard y su puño. A punto de llorar.

Me quedo de pie mirando la carretera después de que el Coche haya desaparecido. Me quedo allí cinco minutos mirando la carretera. Es difícil imaginar que Leonard ya no esté. Extraño y bondadoso y despiadado y magnífico Leonard. Satán y Santo. Voy a echarle de menos. Voy a echarle de menos.

Giro y vuelvo a la Clínica. Llego al Comedor. Me pongo a la cola y cojo una bandeja y un plato de macarrones con atún al horno. Los platos empiezan a repetirse. Ya he comido macarrones con atún al horno antes. Espero no volver a comerlos nunca.

Me siento solo en una mesa vacía. Empiezo a comer. No logro distinguir qué parte es atún y qué parte son macarrones y qué parte está al horno. Me lo como de todos modos. Un bocado detrás de otro. Me lleno el estómago. Echo de menos a Lilly y echo de menos a Leonard. Estoy solo en una mesa vacía. Me lleno el estómago. Un bocado tras otro.

Termino mi plato. Empiezo a levantarme quiero otro plato quiero cuarenta o cincuenta platos quiero un puto perolo de esta mierda de atún y macarrones. Veo a Miles caminando hacia mí está sonriendo. Vuelvo a sentarme. Sigo queriendo más. Más más más.

Hola, James.

Miles se sienta frente a mí.

Hola.

Se pone la servilleta sobre las piernas, coge el tenedor.

¿Cómo estás?

Estoy bien. ¿Y tú?

Tengo buenas noticias.

¿Qué?

Mi mujer me llamó esta mañana.

¿Qué te ha dicho?

Dijo que había estado despierta toda la noche pensando en nosotros y que había pasado mucho tiempo sentada mirando a nuestro Bebé y había decidido darme otra oportunidad. Va a venir aquí para apuntarse al Programa Familiar y vamos a intentar arreglar las cosas entre nosotros. No hay garantías, pero lo vamos a intentar.

Sonrío.

Eso es fantástico. Es una mejora considerable respecto a ayer.

Como poco.

No sé si enhorabuena es la palabra indicada, pero enhorabuena.

Sonríe.

Gracias, James. Gracias.

No hablamos más. Nos quedamos sentados y él come y yo miró al infinito. Es cómodo. Relajante. Agradable. Sentarse y no hablar. Sentarse y no mirar nada. Sentarse y dejar la mente callada. Sentarse sin más. No hay incomodidad ni nerviosismo. Miles está en su Mundo y yo en el mío. Nos quedamos sentados.

Miles termina de comer y se levanta y espera que me percate de que se ha levantado. Cuando me doy cuenta, me levanto y dejamos las bandejas en su sitio. Recorremos los Pasillos y Miles va a la Conferencia y yo no. Me pregunta por qué no y le digo que voy a marcharme dentro de dos días y no quiero ni necesito escuchar más Conferencias que ya he oído suficientes charlas. Ríe y yo vuelvo a la Unidad y voy a la Cabina de Teléfono.

Llamo a mi Madre y a mi Padre. Están al otro lado del Mundo y allí es temprano por la mañana. Contesta mi Padre. Parece recién levantado. Le pregunto si quiere que llame a otra hora y dice no, espera un momento. Espero. Mi Madre coge el teléfono y dice hola y también parece dormida. Mi Padre coge otro teléfono. Hay eco y sonido retardado.

Les digo que voy a salir de aquí dentro de dos días. Ambos se quedan sorprendidos. Mi Padre me pregunta si estoy preparado para salir y le digo que me considero preparado, pero que no sabré hasta qué punto lo

estoy hasta después de marcharme. Mi Madre me pregunta qué quiero decir y le digo que no sabré cuánto he mejorado, si es que de verdad he mejorado, hasta que haya salido al Mundo exterior. Mi Padre pregunta qué quiero decir y le digo que es fácil estar sobrio aquí dentro porque no hay nada que me tiente. Me pregunta si estoy preparado para resistir la tentación y le digo que yo creo que sí, pero que no lo sabré hasta que me vaya. Suspira con cierta desesperación. Mi Madre suspira con cierta desesperación.

Les pregunto cómo están y dicen que bien. Les pregunto cómo se está en Tokio y mi Madre me dice que preferirían estar más cerca de mí para poder darme el apoyo que necesite. Le digo que ya han hecho más que suficiente. Mi Padre me dice que está preocupado por mí y le digo que no hay motivo, que nunca en mi vida me he sentido mejor o más fuerte. Dice que eso es tranquilizador. Su voz no suena como si creyera que es tranquilizador.

Me preguntan por mis planes y les digo que voy a llamar a Bob y a ver si paso unos días con él y después voy a ir a Ohio para empezar a cumplir mi condena. Me preguntan cómo voy a ir y les digo que probablemente cogeré un Autobús. Se ofrecen a mandarme un billete de Avión y les digo gracias, pero no. Mi Madre me pregunta si necesito algo y le digo que no. Mi Padre me pide que les llame cuando ya esté con Bob y le digo que lo haré. Me dice que tenga cuidado. Le digo que lo tendré. Mi Madre me dice que tenga cuidado. Le digo que lo tendré. Me dicen que me quieren y yo les digo que también les quiero y colgamos.

Llamo a mi Hermano. No está en casa, o sea que dejo un mensaje en su contestador. Le digo que me dejan salir pasado mañana y que me gustaría si es posible que viniera a buscarme. Le digo que si no puede no se preocupe, que me las arreglaré. Le pregunto si, venga o no a buscarme, puedo quedarme con él un par de días, si puedo dormir en el sofá o en el suelo o donde haya sitio. Le pido que me llame. Le dejo el número. Cuelgo.

Salgo de la Cabina de Teléfono y voy a los estantes donde encontré las ceras de colores para mi cuaderno. Junto a las ceras hay un

montoncito de blocs amarillos. Junto a los blocs hay una taza llena de bolígrafos. Cojo un bloc y un bolígrafo y subo al Nivel Superior y me sirvo una taza de café solo muy caliente. Me meto el boli en el bolsillo y llevo el bloc en una mano y el café en la otra y vuelvo a bajar las escaleras. Abro la puerta corredera con el pie y salgo al exterior.

El sol brilla. Luminoso y alto, aunque no calienta. Una brisa lenta mueve el aire como un susurro. Camino sobre hierba rígida congelada ahora y durante todo el Invierno. Voy hacia el Lago está duro y callado y cubierto por un caparazón de hielo. Me siento en uno de los bancos, el de en medio, y bebo un sorbo de café y enciendo un cigarrillo. Miro al bloc y es amarillo y está vacío. Empiezo a pensar retrospectivamente en toda la trayectoria de mi vida. Empiezo a pensar en todo lo que he hecho y en todo lo que he hecho que estaba mal. Empiezo desde pequeño, o todo lo pequeño que yo recuerdo. Era malo incluso entonces, todo lo pequeño que recuerdo. Empiezo a escribir.

Atropellé a una Profesora de Preescolar con una Bicicleta grande. Lo hice adrede. Tenía cuatro años. Pegué a un chico con la cartera llena de libros y le rompí la nariz. Se llamaba Fred. Yo tenía seis años. Hice un agujero en el suelo y engañé a un niño llamado Michael para que se metiera dentro. Tapé el agujero con una tabla y me senté encima durante tres horas. El niño lloró y lloró y lloró. Y yo me reí. Tenía siete años. Encerré a un niño llamado David dentro de un baúl de madera en la Iglesia de mis Padres. Cerré el baúl con candado y tiré la llave por el retrete. Me expulsaron para siempre de la Escuela Dominical. Tenía siete años. Robé un paquete de cigarrillos mentolados a la Madre de mi amigo Clay. Me los fumé y vomité. Robé otro paquete. Vomité. Robé otro paquete más. Tenía ocho años.

Mientras escribo lo malo de mi primera infancia, la mayor parte me hace reír. Eran cosas tontas, actos de un niño que no sabía lo que hacía, o que lo sabía pero le importaba un carajo. Escribo cuatro páginas de esto. Cosas que hice. Me hacen reír.

Empiezo a escribir otra vez desde los diez años. La edad en que empecé a perder el control. Pensando retrospectivamente parece como si no fuera yo quien hizo las cosas que hice, que fue otra persona y yo

me limité a observar. Ojalá fuera así. Empecé a perder el control a los diez años.

Me escapé a hurtadillas de casa y me emborraché. Robé bebidas alcohólicas a mis Padres más veces de las que puedo contar o recordar. Robé un montón de revistas porno del garaje de nuestro vecino. Provoqué un accidente de tráfico tirando huevos a un coche al azar. Observé los resultados subido a un árbol. No hubo heridos, aunque sí acero retorcido. Me pescaron haciendo gestos obscenos delante de la casa del Director de mi Colegio un viernes por la noche cuando se suponía que estaba en la cama. El Director me arrastró a mi casa donde mis Padres tenían una cena de amigos. Les agüé la fiesta y humillé a mis Padres. Robé una bolsa de maría al Padre de mi amigo Sean. Robé una pipa al Padre de Sean. Robé un bote de pastillas al Padre de Sean. Me fumé la hierba y fumé la pipa y me tomé todas las pastillas. Me hicieron vomitar. Volví a hacerlo la siguiente vez que fui a Casa de Sean.

Tres páginas más. Llenas de sustancias robadas y travesuras estúpidas. Algunas veces me cogieron, la mayoría, no. A los doce años los recuerdos empiezan a perderse en una nebulosa de alcohol y drogas. A los doce años mi vida era un borrón.

Ataqué a un chico en un partido de hockey. Él no estaba mirando y le di por su ángulo ciego. Le dejé inconsciente y me quedé junto a él riendo. Llené el buzón de correos de un Profesor con bolsas de mierda de perro todas las noches durante tres semanas. Prendí fuego a la tienda del Jefe de los Boy Scouts en una excursión de camping. Me expulsaron de la Tropa. Llené el depósito de gasolina del coche de un vecino con azúcar y le hice polvo el motor. Robaba alcohol y drogas de cualquier sitio donde pudiera encontrarlos y los tuviera cerca.

Cinco páginas para tres años. Hice daño a personas que no se lo merecían. Hice daño a personas que se lo merecían. Empecé a plantearme la muerte, empecé a comprender que estaba jodido, empecé a odiarme. Hacía lo que hacía porque me odiaba.

A los catorce años robé un ciclomotor y lo tiré por un precipicio. Machaqué con un martillo la escultura que tenía el vecino en su jardín.

Hice explotar un buzón de correos dos buzones cuatro buzones diez. Comprendí el poder de las palabras y las utilicé. Llamé a una chica tía gorda. Dije a una Profesora embarazada que esperaba que su Hijo naciera muerto. Pregunté a la Mujer de un Médico si sabía que su Marido tenía una amante. Había sido desagradable con mi Madre y no quería que se quedara sin castigo. Su Marido tenía una amante. El Matrimonio se rompió.

A los quince años vendía drogas a Niños. Les vendía bebidas alcohólicas. Eran de mi edad, pero seguían siendo Niños. La mayoría de las veces les estafaba, les cobraba de más o les vendía orégano. A veces meaba en las botellas antes de dárselas. Destrocé el letrero de entrada para coches de un restaurante de comida rápida cercano. Lo hice pedazos con un martillo en mitad de la noche porque el Gerente me había echado de allí cuando estaba borracho. Me escapaba de casa. Me llevaba el Coche de mis padres sin permiso. Me emborrachaba y tomaba drogas. Sin parar. Los dieciséis y diecisiete y dieciocho ocupan cinco páginas. Más de lo mismo. Beber y meterme drogas. Escaparme de casa, vandalismo. Decir cosas que herían a los demás si ellos me herían a mí o a alguien de mi entorno. Destrocé el patio trasero del Jefe de un Grupo de Juventudes Cristianas cuando quiso reclutarme. Le llené el patio de basura todos los viernes por la noche durante ocho semanas seguidas. Robé el correo de un vecino que había hablado mal de mí. Lo robé para tener toda clase de información Personal sobre él y solicité en su nombre doce tarjetas de crédito y aniquilé su capacidad crediticia. El nivel de mis adicciones aumentó, el nivel del odio a mí mismo aumentó, el nivel de mi destrucción aumentó.

Diecinueve y veinte. Seis páginas. Mis primeros años de Universidad. Engañé a mi Novia con otras chicas una dos tres veces me descubrió todas ellas. Le dije que iba a cambiar que no volvería a ocurrir. Sabía que volvería a ocurrir. Le hice lo mismo a otra Chica. Y a otra. Mentir empezó a formar parte de mi vida. Mentía si tenía que mentir para conseguir algo o salir de algún apuro. Hacía trampas en mis estudios. Les quitaba dinero a mis Padres y me lo gastaba en drogas. Les quitaba más dinero y compraba más drogas. Aterroricé a un Chico llamado Rob

porque le oí decir algo sobre aquélla de los ojos Árticos. Le destrocé el Coche y la Habitación. Me burlé de él y le amenacé y le intimidé. Le hice la vida imposible. No le dije jamás por qué lo hacía, simplemente lo hacía.

Veintiuno. Tres páginas. Bebía fumaba me arrestaron di una o dos palizas me dieron una o dos palizas engañé mentí traicioné me aproveché de las mujeres me acosté con prostitutas robé más dinero despilfarré más dinero mis mejores amigos eran las drogas y el alcohol a los que quisieron impedírmelo les dije que se fueran a tomar por culo y me dejaran en paz. Obligué a una Chica a esnifar las rayas que me ponía en la polla. Era Adicta a la cocaína y le cambiaba drogas por su cuerpo. Le puse una pistola en la cabeza a un hombre. Estaba descargada pero él no lo sabía. Se puso de rodillas rogándome que no le matara. Lo hice por un Camello que quería ponerme a prueba y necesitaba ganarme su confianza porque necesitaba sus drogas. El hombre había robado al Camello apreté el gatillo de la pistola descargada el hombre se meó en los pantalones y en el suelo. El Camello le restregó la cara en la orina mientras yo miraba.

Veintidós. Dos páginas. Mi detención mi arresto en Ohio. La detención que voy a pagar cumpliendo condena en una celda. Una Chica de París dijo que yo era el Padre de su Hijo. No lo era. No había podido mantener la erección con ella nunca había estado erecto dentro de ella. Lloró e imploró que me hiciera responsable del Niño, pero yo no era el Padre, y la eché de mi Apartamento. Dos días después en un Bar una de sus amigas me atacó con una botella y le dejé tumbada en el suelo. Cuando se levantó le di una patada en el culo y le dije que si volvía a acercarse a mí le iba a dar una paliza de muerte. Otra Chica que conocía me llevó a su Piso una noche después de encontrarme inconsciente en la Calle. Vomité y me meé en su sofá y en el suelo. Cuando desperté cogí una botella de vodka y me marché sin más. No volví a verla ni a saber de ella. Pegué a un hombre con una silla en un Bar de Londres. Había tirado una copa en mi mesa y le pegué cuando estaba de espaldas. No me molesté en quedarme para comprobar el daño que había hecho. Nunca me molestaba en quedarme para

comprobar los daños.

Termino de escribir. Ya no tengo café y me he fumado un paquete de cigarrillos. Miro el montón de cuartillas, cuento las páginas, hay veintidós. Veintidós páginas llenas de mis malos actos, mis errores, mis errores de juicio y mis decisiones equivocadas. Veintidós páginas llenas de mi ira, mi rabia, mi adicción, mi odio a mí mismo y mi Furia. Veintidós páginas que documentan mi vida vergonzosa, lamentable y patética. Veintidós páginas.

Leo las páginas. Despacio y atentamente las leo. Al hacerlo, pienso si habrá algo que no he apuntado o algo que he olvidado algo con lo que tema enfrentarme o que tema reconocer, si hay algo que tenga miedo de admitir. Quiero saldar cuentas con mi pasado y dejarlo atrás ¿hay algo que haya olvidado algo que no haya escrito algo que me dé miedo? Hay una cosa. Una cosa que me ronda oscuramente desde la página uno a la veintidós. Nunca he hablado de ello. Nunca he contado a nadie lo que le hice a aquel hombre, lo violentamente fuera de control que estaba yo, el enorme daño que le hice. Me obsesiona.

Cojo el bolígrafo y mi montón de papel amarillo y lo doblo por la mitad. Me lo meto en el bolsillo y cojo el bloc y el bolígrafo y me levanto y vuelvo caminando otra vez sobre la hierba el Sol empieza a ponerse. La brisa empieza a ser más fuerte. Ya no canta está gritando, gritando a todo gritar. Abro la puerta corredera y voy hacia la estantería. Pongo el bloc y el bolígrafo en su sitio correspondiente.

La Unidad está repleta de hombres esperando tranquilamente la cena. No hablo con ninguno. Voy a las escaleras y me dirijo a mi Habitación y al Cuarto de Baño y me coloco ante el espejo. He enumerado los males que he hecho en mi vida están en mi bolsillo y quiero saber si puedo mirarme a la cara. Pongo las manos en el lavabo. Tiemblan sobre la porcelana. Empiezo a levantar la mirada hacia el espejo. Veo temblar mis labios. Llego a la nariz a las pestañas negras bajo mis ojos a la parte inferior de la pupila. Al verde pálido. Al verde sucio. A un verde que es impuro. Miro fijamente al borde inferior del verde sólo una cosa me impide mirarme directamente a los ojos. Mirar dentro de mí. Mirar al pasado a mi propio pasado que llevo en el

bolsillo. A ese Hijoputa de París. Hay una sola cosa.

Suelto el lavabo y giro y salgo del Baño. Voy al Comedor a cenar con Miles y Michael. Después de cenar voy a la Conferencia, vuelvo a la Habitación.

Intento leer, pero no puedo.

Me meto en la cama e intento dormir.

Hay una cosa más.

Que me obsesiona.

Todavía.

Duermo toda la noche. Sin interrupción, sin ayuda de sustancias químicas. Es la segunda noche seguida que he dormido sin interrupción y sin drogas ni alcohol. Un nuevo récord.

Cuando despierto es muy temprano. No está oscuro pero tampoco es aún de día. Está gris. Gris como una tristeza que se apaga, gris como un miedo naciente. No oscuro pero tampoco aún de día.

Salgo de la cama. Miles duerme voy al Baño sin hacer ruido. Me ducho y me afeito y me lavo los dientes. Me visto y salgo de la Habitación.

Me sirvo una taza de café y me siento en una mesa y bebo el café y fumo cigarrillos y veo a los hombres cumpliendo sus Trabajos del día. Uno limpia la cocina, otro saca la basura, otro pasa el aspirador. Veo a un hombre que lleva los productos necesarios para los Servicios Colectivos. Parece que hace mucho tiempo. Los Servicios Colectivos. Roy. Mucho tiempo.

Termino el café. Recorro los Pasillos hasta el Comedor. Me dan otra taza de café y busco una mesa. Matty está solo en una esquina y me siento con él.

Mira fijamente su comida. Veo que tiene los ojos enrojecidos e hinchados.

Un tenedor le tiembla en una mano. Un vaso le tiembla en la otra. Mira fijamente la comida.

Hablo yo.

¿Estás bien, Matty?

Niega con la cabeza.

¿Qué pasa?

Mueve la cabeza.

¿Quieres que me marche?

Mueve la cabeza.

Me quedo con él. Me quedo sentado y bebo mi café a sorbos. Él mira

su comida sin moverse. Le tiemblan las manos y no habla. Simplemente mira. Termino mi café y me levanto y le pregunto si necesita algo. Levanta los ojos hacia mí y habla.

No te vayas.

Vuelvo a sentarme.

Vale.

Me mira.

Tiene los ojos enrojecidos e hinchados.

Necesito que alguien me haga compañía.

Estoy aquí.

Me mira. Tiene los ojos enrojecidos e hinchados.

Se ha terminado, James.

¿Qué quieres decir?

Mi puta vida. Se ha acabado.

¿De qué hablas?

Deja el tenedor, suelta el vaso. Sus manos siguen temblando.

He descubierto que mi Mujer ha empezado a fumar.

¿A fumar qué?

Empieza a descomponerse.

La puta roca.

Queda en silencio.

Mierda. Lo siento, Matty.

Sacude la cabeza.

Nunca lo había hecho. Se suponía que tenía que ocuparse de nuestros Hijos hasta que yo saliera de aquí. Le entra una curiosidad que te cagas de saber qué era esa mierda y por qué me la metía yo y qué efecto tenía y va y la prueba, coño.

¿Cómo te has enterado?

Me ha llamado mi Abuela. Dice que había pasado por casa y ha encontrado a los Niños solos. No habían comido en un par de días y el pequeño estaba sentado en mitad del suelo con los putos pañales llenos de mierda. Esperó hasta que llegó mi Mujer y cuando volvió estaba totalmente ciega y sin saber qué decía y le contó que había estado fumando.

Lo siento, Matty.

No es tu puta culpa.

¿Qué vas a hacer?

No tengo ni zorra idea. Mi puñetera Mujer ha sido siempre la que ha mantenido unida la familia mientras yo andaba por ahí poniéndome hasta el culo, y si está metiéndose esa mierda las cosas se van a ir al carajo. No puedes tener Hijos ni Familia cuando los dos Padres son Adictos al crack, y probablemente yo no pueda dejarlo si ella está fumando esa puta mierda.

¿Y por qué no buscas ayuda para ella y vuelves al boxeo?

Mírame James. No puedo volver a boxear. Tengo el cuerpo destrozado, la cabeza jodida. No iba a durar ni treinta putos segundos en el Ring con el Hijoputa que peor boxeara del Mundo. Y por mucho que quiera buscarle ayuda, nos gastamos lo que quedaba del dinero que gané boxeando en pagar este sitio y no tenemos nada más. No tenemos una puta mierda.

¿Puedo hacer algo para ayudarte?

No, a menos que tengas un montón de dinero debajo del culo que me quieras dar.

No lo tengo.

Estoy jodido, James. Se acabó.

Ya se arreglará de algún modo.

Sé demasiado de la roca Hijaputa para creerme esas gilipolleces. Voy a morirme, ella va a morirse, y nuestros Hijos van a ser iguales que nosotros de mayores. Estamos todos jodidos. Completamente jodidos.

Se pone de pie.

Tengo que irme a dar un paseo, coño.

Coge su bandeja.

Gracias por escucharme.

Se aleja. Me quedo mirándole. Cojo mi taza y me levanto y voy a la cinta transportadora y la dejo allí. Paso por el Corredor de Cristal que separa a hombres y mujeres. Veo a Miles y a Ted caminando hacia mí. Van muy juntos con la cabeza gacha. Están moviendo los labios, pero muy poco. Miles levanta los ojos y me saluda con un leve movimiento

de cabeza y sigue hablando con Ted. Pasan junto a mí. Los dejo con sus cosas.

Vuelvo a la Habitación. Abro la mesilla junto a mi cama. Saco el fajo de papeles las veintidós páginas y me las meto en el bolsillo del pantalón. Salgo de la Habitación y recorro los Pasillos. Son grises como la mañana como la tristeza que se apaga como el miedo que nace. Soy consciente de los Pasillos pero no me afectan. Los conozco demasiado bien ya. No me afectan.

Llamo a la puerta de Joanne y dice adelante. Abro la puerta y entro. Está sentada a su mesa, leyendo el periódico, bebiendo café, fumándose un cigarrillo. Habla Joanne.

¿Cómo estás?

Estoy bien.

¿Estás listo?

Sí, estoy listo.

¿Hay algo que quieras hablar antes de irnos?

No.

Deja el periódico, apaga el cigarrillo.

Hoy después de comer quiero que vuelvas aquí. Ken y yo queremos comentar algunas cosas contigo.

¿Pasa algo?

Tenemos un Plan de Recuperación que nos gustaría que siguieras cuando salgas de aquí.

¿Algo que de verdad esté yo dispuesto a hacer?

Probablemente no, pero sería una irresponsabilidad no entregártelo.

Está bien.

¿Quieres que vayamos ya?

Sí.

Se levanta. Salimos de su Despacho y recorremos los Pasillos. Los Pasillos siguen grises, aunque de una tonalidad algo más oscura, como una tristeza más profunda, como un miedo más intenso. No hablamos mientras caminamos, y con cada paso el recuerdo de aquella noche va en aumento. Sólo quería estar solo. Estaba llorando. Se acercó a mí y le destrocé. Escupía sangre. Le destrocé del todo.

Paramos ante una puerta. En la puerta un cartel dice Padre David, Capellán, Servicios Religiosos. Joanne llama a la puerta y una voz dice adelante. Me dice que espere un momento y abre la puerta y entra y cierra la puerta detrás de ella.

Me quedo esperando. Empiezo a temblar me tiemblan las manos y las piernas y los labios. Si formaran parte de mí, los Pasillos serían negros. Por la tristeza y el miedo. Por la oscuridad honda que habita dentro de mí. Serían negros como el puto azabache. Estoy temblando.

Se abre la puerta. Joanne sale y se coloca frente a mí. Habla.

Te está esperando.

Vale.

Le he dicho que quizá haya momentos incómodos. Me ha dicho que probablemente no sea nada que no haya oído antes.

Veremos.

Buena suerte.

Gracias.

Extiende los brazos y me rodea y me abraza. Habla.

El acabar estarás mejor.

Asiento con la cabeza. Joanne me suelta. Alargo la mano hacia la puerta y el brazo me pesa. Tiro de la puerta pesa mil kilos. La abro y no quiero entrar no quiero estar aquí. Joanne está detrás de mí y me vuelvo y la miro y ella sonríe y su sonrisa me permite entrar. Al interior del Despacho. Cierro la puerta detrás de mí.

Hay un Sacerdote tras el escritorio. Va vestido de negro y lleva el alzacuello blanco. Es mayor, tendrá setenta y tantos años, tiene el pelo gris y ojos marrón oscuro. A su espalda hay un Crucifijo colgado en la pared, hay una Biblia gastada con tapas de cuero sobre un montón de papeles. Es la primera vez desde aquella noche que he estado en presencia de un Sacerdote. Me quedo mirándolo, la Furia se levanta. Él se pone en pie y me mira y habla.

Hola, Hijo. Soy el padre David.

Con el debido respeto, señor, yo no soy su Hijo. Me llamo James.

Hola James.

Hola.

¿Quieres sentarte?

Señala a una silla al otro lado de su mesa. Frente a frente con él. Me siento.

Gracias.

Se sienta en su silla.

Estás aquí para cumplir el Quinto Paso.

No creo en eso de los Pasos. Estoy aquí para Confesar.

¿Eres católico?

No.

No puedo confesarte a menos que seas católico.

¿Quiere que me vaya?

¿Te parece bien si llamamos a esto una conversación?

Sí.

Pues por qué no hacemos eso.

Gracias.

¿Tienes alguna pregunta antes de empezar?

No.

¿Alguna preocupación?

No.

Debes tener la seguridad de que sea lo que sea lo que cuentes aquí esta mañana nunca saldrá de esta habitación. Queda entre tú y yo y Dios.

Yo no creo en Dios, señor.

Entonces será entre tú y yo.

Gracias.

¿Quieres que empecemos?

Sí.

Puedes tomarte el tiempo que necesites.

Respiro hondo. Saco las veintidós páginas de papel amarillo del bolsillo y las pongo sobre mis rodillas. Me quedo mirándolas. Contienen todo lo que recuerdo salvo una cosa.

Empiezo a leer. Leo despacio y metódicamente. Leo todas las palabras y relato cada incidente. Tengo la impresión de que tardo horas en cada página. A medida que voy leyéndolas voy sintiéndome mejor y

peor. Mejor porque al fin estoy admitiendo mis pecados y por fin voy a hacerme responsable de ellos de alguna manera. Peor porque mientras hablo de ellos vuelvo a vivirlos mentalmente. Todos y cada uno. Vuelvo a vivirlos en mi cabeza.

Cuando he terminado de leer vuelvo a respirar hondo. Miro las páginas y las doblo y las devuelvo al bolsillo. El Sacerdote habla.

¿Has terminado?

Digo no con la cabeza.

No.

Pero según parece has leído todo lo que habías escrito.

Hay una cosa más que no he escrito.

¿Quieres contármela?

Sí.

Tómate el tiempo que necesites.

Bajo los ojos. Me miro las manos y están temblando. Siento el corazón latiéndome con fuerza tiene miedo. Yo tengo miedo. Vuelvo a tomar aliento y vuelvo otra vez. Y otra. Tengo miedo de hablar miedo del recuerdo. Tengo miedo.

Levanto los ojos. Miro a los del Padre David. Son profundos y oscuros y no veo en ellos lo que vi aquella noche. En los ojos de este Sacerdote sólo hay paz y serenidad y seguridad en su fe. No lo que yo vi aquella noche. Vuelvo a tomar aliento, un último aliento, exhalo. Hablo.

Hace dieciocho meses en París le di una paliza tan espantosa a un hombre que quizá haya muerto. El hombre era un Sacerdote.

Vuelvo a tomar aliento.

Justo después de que me detuvieran en Ohio, cuando estaba en la Cárcel, empecé a pensar en mi vida. Tenía veintidós años. Había sido Alcohólico y Drogadicto durante diez años. Me aborrecía a mí mismo. No veía futuro posible y en mi pasado sólo había destrucción y desastre. Decidí que quería morir.

Cuando salí me salté la Libertad bajo Fianza y volví a París. Cuando llegué a mi Piso me bebí una botella de whisky y escribí una nota. Lo único que decía era Que Nadie Llore por Mí. La dejé encima de la cama y salí y empecé a caminar hacia el Puente más cercano. Muchos

Parisinos se suicidan así, tirándose al Sena. Saltas, chocas con el agua y, o te mata el impacto o te ahogas.

Mientras caminaba empecé a llorar. A llorar porque había malgastado mi vida y lo había hecho todo mal, a llorar porque estaba contento de acabar por fin. También empecé a asustarme. A asustarme porque suicidarte no es fácil y sabía que, cuando lo hiciera, todo iba a terminar. Yo no creo que haya Cielo ni nada parecido. La vida simplemente se acaba.

Tomo aliento.

Vi una Iglesia y estaba tan asustado que me costaba caminar. Imaginé que si entraba estaría todo en silencio y vacío y podría sentarme solo para pensar. Encontré un banco vacío y me senté y me eché a llorar. Durante mucho tiempo. Me quedé allí sentado solo y llorando.

Respiro hondo. La Furia que había desaparecido mientras hablaba empieza a levantarse otra vez.

Pasado un rato, un hombre, vestido como usted, se acercó y me preguntó si me pasaba algo. Le dije que sí. Se presentó diciendo que era un Sacerdote. Me dijo que tenía mucha experiencia aconsejando a la gente y que si quería hablar con él sobre mis problemas podíamos ir a su Despacho a hablar. Le dije que no, que quería estar solo. Se sentó a mi lado y dijo que sería mejor que fuéramos a su Despacho. Me dijo que estaba seguro de poder ayudarme, que le acompañara a su Despacho, acompáñame a mi Despacho. Pensé que no podía hacerme daño, y fui.

Vuelvo a tomar aliento. La Furia se ha encendido. Hablo.

Su Despacho formaba parte de una serie de Habitaciones detrás del Altar. Cuando llegamos el Padre cerró con llave después de entrar. Tendría que haberlo sabido en aquel puto momento, pero era Sacerdote, y ni se me ocurrió. Me senté en un sofá y él se sentó a mi lado y me preguntó qué me pasaba y se lo dije. Le hablé de mis adicciones, de la vida asquerosa que había llevado, del desastre del que acababa de huir y de mi plan de suicidarme. Todo el tiempo que estuve hablando, él permaneció a mi lado mirándome e hizo que me

escuchaba. Cuando terminé me puso una mano en el muslo y dijo has venido al sitio indicado, creo que puedo ayudarte. No me gustó su mano o sea que se la retiré. Volvió a ponerla y dijo que aunque Dios te ha enviado a mí, tienes que darme algo a cambio. Volví a quitarle la mano y le pregunté qué y volvió a ponerme la mano esta vez más cerca de la entrepierna y dijo ya sé que estás alterado y confundido en este momento, pero no debes oponerte a la voluntad de Dios, nos ha juntado por alguna razón, y empezó a acercarme más la mano a la entrepierna. Se la quité y le dije que no volviera a hacer eso. Dijo está bien, pero otra vez me la puso, esta vez encima del paquete, y me acercó la otra mano a la cara. Mientras lo hacía repetía no debes oponerte a la voluntad de Dios, Hijo mío.

Miro fijamente al Padre David. La Furia está ardiendo ardiendo. Siento lo mismo que aquella noche. La necesidad de matar, destruir, aniquilar.

No le di al Hijoputa oportunidad para que me tocara la cara. Le pegué en la barbilla y oí un crujido y empezó a salir sangre. Me levanté y volví a pegarle. Una vez y otra y otra. No sé cuántas veces le pegué, pero en un momento dado no veía más que sangre. Cuando terminé con su cara, y cuando ya estaba inconsciente, le bajé del sofá y le tumbé con las piernas abiertas. Se las abrí para poder darle de patadas y lo hice. Le di alrededor de quince patadas con todas mis putas fuerzas. Le pegué hasta que gimió, pese a estar inconsciente. Entonces me di la vuelta y abrí la puerta y salí y me fui a la tienda de licores más cercana y compré todo el whisky que pude con el dinero que llevaba y busqué un callejón y entré y me emborraché hasta quedarme sin sentido. Cuando me desperté a la mañana siguiente me fui a Casa. Durante los días siguientes estaba convencido de que la Policía vendría a hablar conmigo o a detenerme, pero no ocurrió nada. Miré en los Periódicos un par de semanas para ver si había alguna mención de lo que había hecho, pero no hubo nada. Lo único que se me ocurre es que el Cura había hecho a otros lo que quiso hacerme a mí y que, si sobrevivió a mi paliza, y creo que sí, sabía que si iba a la Policía yo contaría por qué lo había hecho, y si investigaban mi acusación encontrarían a otros para

corroborarla.

El padre David aparta la mirada. Respira hondo y mueve la cabeza hacia los lados. Sigo hablando.

No sé si perdí el valor para suicidarme o si gané la fuerza para no hacerlo, pero no me suicidé. Seguí viviendo y bebiendo y tomando drogas y jodiéndome. Al final, terminé aquí. A diferencia de todo lo demás que le he contado, no siento ni arrepentimiento ni remordimiento por lo que le hice a aquel Cura y, para serle sincero, creo que se lo merecía. Pero me ha obsesionado. En ese momento en que le pegaba patadas pude matarlo, y quería matarlo, y saber que podía y estaba dispuesto a hacerlo y lo bastante descontrolado para hacerlo, me dio un miedo horrible. No quiero volver a ser así, y creo que hablarle de lo que hice y confesarlo, si es que ésa es la palabra que le cuadra, me ayudará a evitar que algo así vuelva a ocurrir. Ahora que lo he hecho y ahora que le he contado todo lo demás, he terminado.

El Padre David mira a su mesa. Yo a él. Espero a que hable, pero no habla. Sólo mira con fijeza. Me pongo de pie.

Gracias por escucharme.

Voy hacia la puerta. Cuando tengo el picaporte en la mano le oigo hablar.

James.

Me vuelvo.

Lo siento.

Tú no has hecho nada.

Lo siento de todos modos.

Gracias, y gracias otra vez por escucharme.

Abro la puerta y salgo al Pasillo y cierro la puerta a mi espalda. Respiro hondo y suelto el aire lentamente. A medida que va saliendo, sale también de mí todo lo que escribí, todo lo que dije, todo lo que he hecho. Se va. Todo ello. Se va de una puta vez.

Vuelvo a la Unidad. Mi paso es ligero y ágil, tengo una sonrisa en la cara. Voy a mi Habitación y hay una nota en mi puerta que dice llama a tu Hermano al trabajo. Debajo hay un número.

Cojo la nota y voy a la Cabina de Teléfono y entro y cierro la puerta.

Marco el número y espero mientras suena. Contesta una mujer y pregunto por Bob Frey y dice un momento, por favor. Se pone mi Hermano y oigo dígame. Le digo qué hay, Cabrón, y ríe y dice enhorabuena, ya sé que sales. Le doy las gracias y le pregunto si puede recogerme y dice que sí, que se va a tomar unos días libres y espera que me vaya a su casa con él. Le digo que me parece estupendo. Me dice que mi amigo Kevin quiere venir de Chicago para verme y me pregunta si tengo inconveniente. Le digo que todo lo contrario y dice que le llamará. Me pregunta a qué hora tiene que venir y le digo que a las diez y media o a las once o cuando pueda llegar. Dice que me verá a las diez y media. Colgamos.

Los hombres empiezan a ir a comer y yo les sigo. Mientras voy hacia mi Habitación veo que Miles sale. Se vuelve y me sonríe.

Hola, James.

Cierra la puerta, echa a andar conmigo.

Hola Miles. ¿Cómo estás?

Ocupado.

¿Con qué?

Mi Mujer viene mañana. Estoy haciendo todas las cosas que se supone que tenemos que hacer aquí. Y he intentado echarle una mano a Ted.

¿Qué le pasa a Ted?

A Ted le espera una Perpetua sin Condicional en Louisiana. He estado intentando ayudarle a evitarla.

¿Ha habido suerte?

No, me temo que no puedo ayudarle. El Padre de la Chica quiere que lo encierren para toda la vida.

Coño, ¿lo sabe él?

Sí.

Quiere quedarse aquí todo el tiempo posible, y después cree que puede esconderse con unos Parientes en Mississippi.

¿Qué te parece a ti?

Me parece muy triste.

Entramos en el Corredor entre los hombres y las mujeres. Miles me

da con el codo y me señala hacia la Sección de Mujeres. Miro y veo a Lilly. Está de espaldas a mí, sentada en una mesa con otras tres mujeres. Lleva el pelo recogido en una cola de caballo y una camiseta. Sus brazos parecen delgados, como si hubiera perdido mucho peso.

Sonrío. Veo que una de las mujeres dice mi nombre y espero a que Lilly se vuelva quiero que se vuelva, pero no se vuelve. Una de las mujeres sentadas en su mesa es la Supervisora de su Unidad.

Al ponerme a la cola la miro sin cesar. Cuando me dan la comida, que es pastel de pavo, la miro sin cesar. Al cruzar el Comedor hacia la mesa de la esquina, la miro sin cesar. Quiero que se vuelva, quiero verle la cara. No se vuelve.

Me siento. Miles se sienta conmigo. Se sientan con nosotros Ted y Matty y Michael. Ni Ted ni Matty dicen una palabra. Miran a sus platos y comen. Miles y Michael hablan de sus hijos. Yo miro sin cesar el pelo largo y negro de Lilly y sus brazos que parecen tan delgados.

Cuando se pone en pie para llevar su bandeja a la cinta transportadora, yo me levanto también. Camino despacio e intento calcular mi llegada para que coincida con la suya. Sé que si hablo con ella o intento que me salude la voy a meter en un lío, así que no voy a intentarlo. Sólo quiero estar cerca de ella. Lo bastante cerca para sentir su presencia. Lo bastante cerca para ver los detalles de su cara. Lo bastante cerca para oler el aroma de su pelo. Sólo quiero estar cerca de ella.

Llega a la cinta transportadora y pone en ella la bandeja. Las otras mujeres van detrás de ella, yo voy detrás de las mujeres. Cuando se vuelve, me ve y sonríe. Es una sonrisa ancha, una sonrisa preciosa. He echado de menos esa sonrisa, la he echado de menos. Yo sonrío también, aunque lo que quiero es rodearla con mis brazos y abrazarla y besarla y decirle te quiero. Eso es lo único que quiero. Rodearla con mis brazos y abrazarla y besarla y decirle te quiero.

Las otras mujeres dejan sus bandejas y se vuelven y salen y Lilly se va con ellas. Yo dejo mi bandeja en la cinta transportadora y las sigo por el Corredor de Cristal y los Pasillos. A la entrada de la Sala de Conferencias giran y entran. Yo sigo hacia el Despacho de Joanne.

La puerta está abierta cuando llego. Entro y Ken y Joanne están sentados en el sofá. Están mirando unas carpetas que tienen sobre las rodillas. Yo me siento en una silla frente a ellos y espero a que terminen. Joanne levanta la vista.

Estábamos repasando tu Plan Postratamiento.

¿Y qué tal?

Habla Ken.

Si lo sigues, te será de gran ayuda.

Joanne cierra su carpeta, se incorpora. Ken cierra la suya y me la entrega. La tomo y la abro y miro en su interior. Está llena de publicaciones de AA y de horarios de reuniones de AA en Chicago. La cierro.

No está mal.

Habla Joanne.

Debes dedicar más tiempo a mirarlo.

¿Por qué?

Porque hay más cosas ahí de lo que tú crees.

Todo lo que he visto son cosas relacionadas con AA.

Habla Ken.

Porque nuestra recomendación es que entres en AA.

Miro a Joanne.

Creía que habíamos terminado con esa gilipollez.

Ken quería volver a replantearlo y estuve de acuerdo en que sería bueno.

¿Por qué?

Habla Ken.

Porque no podrás dejarlo sin AA.

¿Por qué piensas eso?

Porque es lo único que funciona.

Puede que sea lo único que te funciona a ti, pero a mí no me va a funcionar.

¿Por qué?

Porque no me creo lo de los Doce Pasos. No creo en Dios ni en ninguna forma de Poder Superior. Me niego a entregar mi vida y mi

voluntad a nada ni a nadie, mucho menos a algo en lo que no creo.

¿Entonces qué vas a hacer?

Voy a vivir mi vida. Voy a tomar las cosas como vengan y me enfrentaré a lo que tenga delante cuando lo tenga delante. Cuando tenga delante alcohol o drogas o las dos cosas, tomaré la decisión de no consumirlas. No puedo vivir con miedo al alcohol y las drogas, y no voy a pasarme la vida sentado hablando con gente que vive con ese miedo. No voy a depender de nada más que de mí mismo.

Ken sacude la cabeza.

Es una fórmula para el desastre.

Me río de él.

Ya veremos.

Habla Joanne.

Te lo he dicho antes, James, y aunque me ha impresionado el modo en que has hecho frente a tus adicciones y a tu vida, considero mi responsabilidad volver a decirlo.

¿Qué?

Las probabilidades de que una persona con tu historial de consumo consiga superarlo sin una enorme cantidad de ayuda, tanto de AA como de terapia, ya sea individual o de grupo, es de un millón contra una. Un millón contra una en el mejor de los casos.

No me asustan esas probabilidades.

Habla Ken.

De un millón contra una, James.

También era de un millón contra una que yo esté aquí en este momento. Ese millón contra una no me asusta.

Habla Joanne.

Creo que Ken y yo nos alegraríamos si al menos revisas con nosotros lo que hay en esa carpeta.

Vale.

Abro mi copia de la carpeta, ellos abren las suyas, y empezamos a revisarlo. Hay un librito sobre rehabilitación en la Cárcel que trata sobre los programas de AA en las Instituciones Penitenciarias y sobre cómo seguir los Pasos durante el encarcelamiento. Hay un programa de

Reuniones de AA en Chicago y una lista de números telefónicos de los Grupos. Hay un paquete pequeño de publicaciones sobre Terapia de Reacción Racional y cómo aplicarla fuera de centros de tratamiento. Hay un paquete con información sobre un Centro de Chicago vinculado a esta Clínica y los Programas que ofrece para personas que han recibido Tratamiento. Hay un ejemplar de los Doce Pasos. Hay una copia de la Oración de la Serenidad.

Mientras vamos repasando estas cosas, Ken y Joanne me lo explican todo diligentemente y yo les escucho diligentemente. Me digo que les debo el respeto de escucharles. Cuando terminamos, me siento aliviado. Si todo va como yo quiero y pienso y espero que vaya, no tendré que volver a escuchar jamás nada que tenga algo que ver con mi participación en Alcohólicos Anónimos ni con los Doce Pasos.

Cierro mi carpeta. Le pregunto a Joanne si le importa que fume y se echa a reír y dice que estaba a punto de preguntarme lo mismo. Encendemos sendos cigarrillos. Ken se levanta y dice que se marcha y me pongo en pie y le doy las gracias por su tiempo y por sus esfuerzos y le doy la mano y él me desea suerte y me dice que le llame si alguna vez tengo preguntas o preocupaciones y vuelvo a darle las gracias y se va. Me siento otra vez y habla Joanne.

¿Estás contento?

Sí.

¿Animado?

Sí.

¿Has podido hablar con tu Hermano?

Viene a recogerme por la mañana. Creo que un amigo mío va a acompañarle.

¿Qué vas a hacer?

Comerme una puta cheeseburger.

Se echa a reír.

Si me hubieras dicho que querías uno te lo habría traído.

Ya has hecho más que suficiente por mí.

¿Vendrás a despedirte por la mañana?

Claro que sí.

Muy bien.

Apago el cigarrillo y me levanto y doy las gracias a Joanne y ella dice para eso estamos y salgo de su Despacho. Vuelvo por los Pasillos y voy a mi Habitación y empiezo a recoger mis cosas, aunque es poco lo que tengo. Dos pares de pantalones. Dos camisetas. Un jersey y un par de zapatillas y un par de zapatos. Tres libros y un encendedor. No es gran cosa, pero es mío, y es todo lo que necesito. Cuando he terminado de guardar mis cosas en una bolsa pequeña de plástico, Miles entra en la Habitación. Trae en la mano un sobre marrón.

Esto ha llegado en el correo para ti.

Me alarga el sobre. Me siento en la cama.

Gracias.

Mientras Miles saca y monta su clarinete, me quedo mirando el sobre. Es sencillo y marrón. No tiene remitente y el matasellos es de San Francisco. Está dirigido a mí aquí a la Clínica. La caligrafía es simple y legible, con letras grandes, separadas e inclinadas. Parece letra de mujer. Pienso en las mujeres que conozco en San Francisco. Sólo hay una y ésa no me dirigiría la palabra, no digamos ya escribirme una carta.

Abro el sobre. Lo abro con cuidado por el borde, sellado antes de mandarlo. Lo rasgo lentamente y, cuando está abierto, meto la mano dentro. Palpo un montoncito de fotografías. Están sujetas con una goma. Las saco del sobre.

La primera foto es una en blanco y negro de ella. Ella, la del pelo rubio como cordones gruesos de seda. Ella, la de los ojos azules como hielo del Ártico. Está en su Habitación, la Habitación donde nos vimos por primera vez, y está sonriendo y tiene un muñeco de peluche en los brazos. Conozco esta foto, yo tenía una copia. Solía llevarla en mi cartera. La llevaba antes de estuviéramos juntos, la llevaba cuando ya estábamos juntos. La llevaba después de separarnos. Tiene sujeto al muñeco, una especie de león, frente al pecho. Tiene el pelo suelto, no lleva maquillaje, y su sonrisa es abierta y ancha, como si la cámara se hubiera disparado antes de que se echara a reír. Está preciosa en la foto. Absolutamente preciosa.

Empiezo a mirar el resto de las fotos. Hay una de los dos caminando por una calle juntos. Vamos cogidos de la mano y sonriendo. Hay una de los dos tumbados en un sofá. Yo estoy dormido y ella me besa en la mejilla. Hay una de los dos vestidos con ropa elegante, ella con un vestido y yo con un traje prestado. Estamos brindando con copas de champán. Hay una de nosotros sentados al Sol bajo un árbol pálido en Otoño. Ella tiene un libro en las manos, yo fumo un cigarrillo. Hay otra de nosotros besándonos. Tenemos los ojos cerrados, estamos abrazados, nuestros labios se tocan suavemente. Ella y yo. Besándonos.

Vuelvo a ordenar las fotos en un montón y le pongo la goma. Lo meto otra vez en el sobre y lo cierro. Me pongo de pie y salgo de la Habitación.

Entro en la Unidad bajo las escaleras y salgo por la Puerta. Echo a andar hacia el Sendero que lleva al Bosque. Hace frío y empieza a caer la noche y no llevo abrigo. Empiezan a castañearme los dientes y a tiritar mi cuerpo.

Entro en el Bosque. Sigo el Sendero hasta que me lleva al punto donde lo abandono para dirigirme al Claro. Me abro paso entre la espesura de ramas y la espesura de Pinos y la espesura de maleza. Llego hasta el claro.

Me siento en el suelo. La tierra está fría, las hojas secas congeladas y tiesas. Saco del bolsillo el montón de veintidós cuartillas amarillas que he estado llevando encima. Las leo. Las leo lentamente. Leo todas las palabras, vuelvo a vivir cada recuerdo. Las dejo en el suelo. Saco las fotos del sobre y les quito la goma y las miro. Las miro lentamente. Miro todas las fotos, vuelvo a vivir cada recuerdo. Las dejo, junto al sobre, encima de las cuartillas amarillas.

Saco mi encendedor del bolsillo. Le doy a la rueda con el dedo. Se enciende y emerge una pequeña llama azul por arriba. Pongo la llama bajo el papel amarillo. La sujeto ahí hasta que prende en el papel. El papel se enciende por el borde y empieza a crecer la llama. Devuelvo el encendedor al bolsillo.

Me quedo mirando la pira mientras se quema. Miro sin moverme mientras el amarillo se vuelve rojo por el fuego se vuelve negro por la

ceniza pasa de ceniza a humo y desaparece. Miro arder las fotografías las veo doblarse y retorcerse y desintegrarse. Veo su imagen cautiva desintegrarse. Veo quemarse nuestros momentos juntos. Veo arder mis recuerdos de ella. He acabado con ellos. He acabado del todo. Es hora de decir adiós.

Cuando todo se ha quemado me levanto y pongo el pie sobre el montón de cenizas ardientes y lo aplasto contra la tierra. Lo aplasto hasta que no queda nada ni rastro del fuego. Lo aplasto hasta que se mezcla con la Tierra y se vuelve negro y desaparece.

La noche ha caído y con ella la oscuridad y el frío. Me abro camino entre la espesura de ramas y de pinos y de maleza. Encuentro el Sendero y lo sigo a través del Bosque. Cruzo el césped helado y camino hacia las luces de la Clínica. Llego a la puerta y entro.

La Unidad está vacía. Miro el reloj de la pared. Es hora de cenar.

Salgo de la Unidad y recorro los Pasillos hacia el Comedor. No tengo hambre y, si puedo, no comeré una sola comida más aquí, pero quiero ver a Lilly.

Paso por el Corredor. Miro directamente hacia la Sección de Mujeres. Recorro las mesas con la mirada buscándola, pero no está. Miro con más detenimiento. No está ahí. Miro hacia la mesa donde está sentada su Supervisora de Unidad, pero no está ahí.

Al volverme hacia la pila de bandejas la veo venir hacia mí. Sonríe y se aparta el pelo de los ojos. Tiene grandes ojeras, pero el azul intenso brilla. Me detengo donde estoy y la espero y cuando pasa, sin decir palabra, su mano roza suavemente la piel de mi brazo.

Giro y me quedo mirándola mientras se aleja. No se vuelve para mirarme. Cuando ya no la veo echo una ojeada hacia su Supervisora que me ha visto contemplarla y tiene el ceño fruncido y mueve la cabeza como diciendo he visto lo que acaba de pasar no vuelvas a hacerlo. Sonrío y me alejo.

Me sirvo una taza de café y busco a mis amigos. Vienen hacia mí y llevan sus bandejas. Matty y Ted tienen ambos aspecto muy triste. Murmuran un hola cuando pasan junto a mí. Miles y Michael van detrás de ellos, giro y les acompaño a la cinta transportadora. Habla

Miles.

Llegas un poco tarde.

Tenía cosas que hacer.

Habla Michael.

Mejor así.

¿Por qué?

Ha sido una cena deprimente.

¿Qué ha pasado?

Habla Miles.

Ted ha sabido que tiene que marcharse de aquí dentro de tres días y la Mujer de Matty ha desaparecido.

Joder.

Habla Michael.

Ha sido muy deprimente.

Joder.

Dejan las bandejas. Recorremos los Pasillos. Ellos se van a la Conferencia y yo vuelvo a la Habitación. Me siento en la cama y cojo mi ejemplar del *Tao* y me meto bajo las mantas y empiezo a leer.

Setenta y nueve. El fracaso es una oportunidad. Si echas la culpa a otro nunca dejarás de culpar a los demás. Cumple con tus obligaciones, corrige tus propios errores. Haz lo que tengas que hacer y no exijas nada a los demás.

Sesenta y cuatro. Lo que tiene raíces crecerá. Lo que es reciente puede arreglarse. Lo que está reseco se romperá. Evita el problema antes de que te encuentre, pon tus cosas en orden antes de que existan. El árbol gigantesco crece a partir de una sola semilla. El viaje de mil leguas empieza con un solo paso. Si te apresuras, fracasarás. Aférrate demasiado a las cosas y las perderás. Entra en acción dejando que la acción venga a ti. Permanece tan sereno al principio como al final. Si no tienes nada, nada tienes que perder. Desea no desear, aprende a desaprender. No cuides de nada y cuidarás de todo.

Las palabras son tan verdad ahora como la primera vez que las leí. No me dicen qué hacer o cómo vivir o qué no hacer o cómo no vivir, simplemente me dicen que sea lo que soy y quien soy y deje que la vida

exista y exista yo en ella. Estas palabras son verdad.

Veintidós. Si quieres ser un todo, has de ser parte primero. Si quieres ser recto, antes tienes que ser torcido. Si quieres estar pleno, antes tienes que vaciarte. Si quieres volver a nacer, antes tienes que morir. Si lo quieres todo, renuncia a todo. Si no te exhibes, la gente verá tu luz. Si no tienes nada que demostrar, la gente confiará en ti. Si no intentas ser algo, la gente se verá en ti. Si no tienes una meta, siempre triunfarás.

Cuarenta y uno. Cuando un hombre superior tiene noticia del Tao, empieza a encarnarlo. Cuando un hombre mediano tiene noticia del Tao, cree en algunas de sus partes y duda de otras. Cuando un necio tiene noticia del Tao, se ríe de él. Si no se riera, no sería el Tao. Se dice que la senda hacia la luz es oscura. Que la senda hacia delante va hacia atrás. Que el verdadero poder parece débil, que la verdadera pureza parece empañada, que la verdadera firmeza parece mudable, la verdadera claridad, oscura. El máximo arte es sencillo, el máximo amor es indiferente, la máxima sabiduría, infantil.

Miles entra en la Habitación. Cierro el libro. Va hacia su cama y coge el clarinete y me pregunta si me importa que toque. Le digo por favor, me encanta que toques. Levanta el clarinete, se chupa los labios se acerca la lengüeta a la boca y sopla. Cierro los ojos. Oigo largo y lento. Oigo corto y rápido. Oigo una canción que no sale de las notas escritas en un papel sino de un corazón humano que palpita. Oigo pena y vergüenza y esperanza y redención. Oigo un pasado que no importa y ese futuro que nunca llega. Oigo armonía y simplicidad y paciencia. Oigo disciplina y compasión. Lo oigo todo ahora. En este momento en esta Clínica en esta Habitación en esta cama con los ojos cerrados.

Lo oigo.

Ahora mismo.

En el reloj de la mesilla de Miles veo las tres cuarenta y siete.

Estoy totalmente despierto.

Parece como si hubiera un Fantasma en la Habitación. Un Fantasma que quiere matarme. Lenta, dolorosamente. Matarme.

Me incorporo. Miro por la Habitación. Está oscura pero veo que Miles duerme en su cama. La puerta está cerrada. La ventana está cerrada. Todo está igual que cuando me quedé dormido. Aunque sé que no lo hay, sigo con la sensación de que hay algo en la Habitación.

Salgo de la cama. Voy al Cuarto de Baño. Me echo agua fría a la cara. Lo hago una vez y otra. No tiene el menor efecto. Sigo sintiendo el Fantasma. Salgo del Baño y me pongo la ropa. Cojo el chaquetón de Hank, un paquete de cigarrillos, mi encendedor. Salgo.

Atravieso la Unidad. Está callada y tranquila todo el mundo duerme. Salgo fuera. Siento como si algo me siguiera.

Voy hacia los bancos frente al Lago. Me siento en el banco de en medio. Enciendo un cigarrillo y me quedo mirando el agua helada. Está silenciosa y negra, inmóvil. Se ven palos y hojas atrapados dentro. Murciélagos solitarios vuelan bajo por encima de la superficie.

El Fantasma empieza a tomar forma. Se revela como miedo. No lucho contra él ni lo intento siquiera. Aunque quisiera luchar contra él no creo que pudiera.

Tengo miedo. No sé de qué tengo miedo, pero tengo miedo. Mientras permanezco sentado y fumando y mirando al Lago, mi miedo empieza a tomar forma.

Tengo miedo. Miedo de marcharme de aquí. Miedo de perder la protección y la seguridad que existe dentro de estos límites. Tengo miedo de ir a la Cárcel, tengo miedo de lo que me va a pasar allí. Tengo miedo del alcohol y de las drogas y tengo miedo de beber alcohol y consumir drogas. Tengo miedo de lo que podría pasar si lo hago. Tengo miedo de lo que podría pasar si no lo hago. Tengo miedo miedo miedo.

Tengo miedo de todo. Tengo miedo al sexo, a tener un Trabajo, al dinero, a tener un sitio donde vivir. Tengo miedo a la idea de tener esas cosas, tengo miedo a la idea de no tenerlas. Tengo miedo de Lilly. Tengo miedo de quererla y miedo de dejar que me quiera. Tengo miedo de tenerla, tengo miedo de perderla, tengo miedo de vivir con ella, tengo miedo de vivir sin ella. Tengo miedo de que me rompa el corazón. Tengo miedo de su fragilidad y su dependencia. Tengo miedo a vivir. Tengo miedo a morir. Tengo miedo a vivir. Tengo miedo.

Sentado miro hacia el Lago. Fumo. Observo el cielo mientras se vuelve gris no hay Sol. Pregunto a un cúmulo de nubes densas y grises qué hacer. Pregunto a un murciélago qué hacer. Pregunto a la hierba, al hielo, a un palo congelado, a un gusano muerto, a los bancos. A cada uno de los bancos. ¿Qué hago?

El miedo no es más que miedo. Ya sé que nada me puede hacer más daño del que yo me he hecho. Ya sé que no hay ningún dolor que no pueda resistir. Sé que aguantando cada momento cada hora cada día los días se convierten en semanas y en meses si aguanto estaré bien. Sé que soy fuerte. Sé que soy lo bastante fuerte para enfrentarme a lo que temo y sé que soy lo bastante fuerte para aguantar hasta que el miedo desaparezca. Lo creo de corazón.

Me echo a reír. Río en voz alta. Las respuestas a mis preguntas son simples si yo permito que sean simples. Están todas en mi regazo no tengo más que bajar los ojos. Tengo miedo de todo. Tengo miedo porque me permito tener miedo. No hay nada que tuviera por qué darme miedo. Río con ganas porque es muy simple. No debería tener miedo de nada. No tengo miedo de nada. Tan sencillo como eso. De nada absolutamente, joder.

Me levanto y vuelvo a la Unidad. Abro la puerta y entro. Los hombres ya están despiertos. Están haciendo sus Trabajos de la mañana, leyendo el periódico, bebiendo café, fumando. Voy hacia los estantes y arranco una hoja amarilla de uno de los blocs y cojo un bolígrafo de la taza. Me los meto en el bolsillo y voy a mi Habitación. Miles está de pie junto a su cama. Se vuelve y me mira.

Hola, James.

Hola.

¿Estás contento de marcharte?

Sonrío.

Lo estoy. ¿Y tú de ver a tu Mujer?

Estoy muy contento.

Espero que todo se arregle entre vosotros.

Tengo el presentimiento de que se va a arreglar.

Vuelvo a sonreír.

Bien.

Saco el bolígrafo y el papel del bolsillo.

¿No te importaría darme tu dirección y tu número de teléfono?

Si tú me das los tuyos.

La verdad es que no tengo ni una cosa ni otra.

¿Me los darás cuando los tengas?

Claro, pero me pondré en contacto contigo antes.

Espero que sí.

Coge el bolígrafo y el papel y se sienta en la cama. Se pone el papel sobre las rodillas y escribe los datos. Se levanta y me devuelve el papel y el bolígrafo. Habla.

Ha sido un privilegio conocerte, James. Te agradezco todo lo que me has dado. Siempre querré lo mejor para ti y siempre estaré ahí si necesitas ayuda con alguna cosa.

Creo que debe ser la primera vez que alguien dice que ha sido un privilegio conocerme.

Se ríe.

Gracias por toda tu ayuda, Miles. Lo admitas o no, yo sé que me has ayudado con lo de Ohio, y siempre estaré en deuda contigo por eso.

Sonríe.

Has sido un amigo estupendo, te echaré de menos.

Vuelve a asentir con la cabeza.

Tú también James.

Acerca la mano y la cojo y nos damos la mano. Soltamos y nos abrazamos. Nos quedamos así un momento y Miles dice buena suerte, James, y yo digo buena suerte, Miles.

¿Estás listo para ir a desayunar?

Asiento con la cabeza.

Sí.

Salimos. Recorremos los Pasillos y pasamos por el Corredor de Cristal que separa a los hombres de las mujeres. Busco a Lilly pero no está. Atravesamos el Corredor y Miles coge una bandeja y un plato de huevos con queso y yo una taza de café. Vamos hacia nuestra mesa, la mesa donde nos hemos sentado todas las comidas. La mesa del rincón.

Me siento y empiezo a beber mi café y busco a Lilly. Miles come los huevos con queso. Se nos unen Ted y Matty y Michael, y les pido sus direcciones y sus números de teléfono. Michael me da ambas cosas, Matty me da su dirección, pero no un número de teléfono, Ted no tiene ninguna de las dos cosas. Le pido a Matty que firme al final del papel y me pregunta por qué. Le digo que quiero su autógrafo y se ríe y dice que ya no vale una mierda. Le digo que lo quiero porque para mí sí tiene valor. Sonríe y escribe Para James, el maldito Campeón de Pesos Medianos del puto Centro Antidrogas. Espero que vivamos lo bastante para volver a vernos, lo cual sería cojonudo. Tu Amigo, Matty Jackson, antiguo Campeón del Mundo absoluto de Pesos Pluma.

Cojo el papel y me lo guardo en el bolsillo. Cuando me cercioro de que está bien seguro en el fondo, tomo un sorbo de café. Tomo un sorbo y espero. Tomo un sorbo y espero. Veo a Lilly andando por el Corredor. Está con su Supervisora de su Unidad y no mira hacia mí. La miro mientras se pone a la cola, coge una bandeja, pide una taza de café y se sirve un donut. La miro mientras camina hacia la Sección de Mujeres y se sienta a la mesa. La miro cuando su Supervisora de Unidad la hace sentarse de modo que me dé la espalda.

Me levanto y me despido de mis amigos. Me preguntan si me van a volver a ver y les digo que sólo si es fuera de aquí. Abrazo a cada uno de ellos. Les doy las gracias por su amistad y les deseo suerte y les digo que espero que todo les salga bien.

Cojo mi taza y la deposito en la cinta transportadora. Me quedo mirando mientras desaparece en pos de la limpieza. Es la última taza de café que voy a utilizar aquí. Le digo adiós. Doy media vuelta y empiezo

a caminar por el Corredor. Tengo los ojos puestos en Lilly aunque no puede verme. A medio camino del Corredor dejo de caminar y me vuelvo y me quedo frente al Cristal mirando.

La mesa de Lilly está a unos treinta pasos de mí. Hay otras cuatro o cinco mesas entre la mesa y yo, hay unas treinta mesas en el Comedor de mujeres. Todas están ocupadas.

Me quedo mirando. Me quedo mirando. A la parte de atrás de la cabeza de Lilly, a su precioso pelo largo y negro, a su mano que se lleva el donut a la boca. Una mujer dos mesas más allá de la suya le hace señas en mi dirección y el resto de las mujeres de la mesa se vuelve y me mira. Una dice algo a otra mujer de la mesa de al lado y todas las mujeres de esa mesa se vuelven y me miran. Una de esas mujeres dice algo a la Supervisora de la Unidad de Lilly, que levanta los ojos y me mira iracunda. No me muevo. No voy a moverme. Miro fijamente el precioso pelo de Lilly su preciosa mano. Sonrío porque está comiéndose un donut y me parece gracioso. La Supervisora de Unidad me hace gestos de que me vaya, pero no me muevo. Ni hablar.

Lilly ve a la Supervisora mirándome ceñuda y gesticulando y se vuelve y me ve. Sonríe. Me quedo mirando su cara preciosa sus preciosos labios rojos como la sangre su precioso cutis tan pálido sus ojos profundos color agua. Esos hermosos ojos profundos azul de agua. Sólo la veo a ella. Preciosa Lilly. Sólo la veo a ella. Preciosa Lilly.

Se vuelve de espaldas. Veo a la Supervisora pronunciar palabras, pero no puedo ver lo que dice. Veo moverse la mandíbula de Lilly, contestando algo. La Supervisora vuelve a hablar. No veo las palabras, pero veo su cara. Está enfadada y su enfado aumenta. Veo que Lilly le contesta algo, veo a Lilly ponerse en pie y retirar su silla. Veo a Lilly girar y echar a andar hacia la entrada del Corredor. Veo a su Supervisora ponerse en pie y gritarle algo. Veo a Lilly hacer caso omiso y seguir caminando hacia la entrada del Corredor.

Me vuelvo hacia ella cuando dobla por el recodo de cristal. Le sonrío cuando se acerca a mí. Avanzo hacia ella. El corazón me late fuerte fuerte fuerte. Yo sonrío y ella sonríe. Empieza a caminar más rápido hacia mí. Es preciosa es tan preciosa. Por dentro y por fuera. Amo a

Lilly. Acercándose a mí. La amo.

Abro los brazos. Ella corre hacia ellos, corre a mí. Los cierro envolviéndola y la estrecho todo lo que puedo estrecharla. Ella me abraza. No hay palabras. No hay ruido. No hay nadie alrededor. Siento su corazón latir contra mi pecho. Sé que ella siente mi corazón latir contra su pecho. Sólo eso importa. Sólo eso existe. Sólo ella y yo. Su corazón y mi corazón. Su corazón y mi corazón.

Le beso el cuello, huelo su pelo, abrazo su cuerpo es tan menuda y tan delgada abrazo su cuerpo. La siento llorar en mi hombro sollozar en silencio hay lágrimas en sus mejillas lágrimas en mi camisa. Susurro te quiero. Te quiero. Te quiero. Susurro en su oído te quiero.

Se aparta de mí, pero no de mis brazos. Se aparta para que pueda verle la cara y ella ver la mía. Está sonriendo y le resbalan lágrimas por la cara. Le tiembla el labio inferior y sus ojos son más azules por las lágrimas contenidas. Le sonrío. Le hablo.

Te quiero, Lilly.

Y yo a ti, James.

Voy a echarte de menos.

¿Dónde vas?

Me marcho dentro de un rato.

¿Dónde?

Tengo que ir a la Cárcel en Ohio.

No.

Son sólo unos meses. Voy a escribirte todos los días, y te llamaré siempre que pueda.

No.

Vas a tener noticias mías todos los días. De una forma u otra, vas a tener noticias. Cuando haya terminado, voy a ir a Chicago.

Voy a estar sola.

No, no vas a estar sola.

Sí lo estaré.

No, no vas a estar sola.

¿Lo prometes?

Recuerda la palabra.

¿Qué palabra?

Siempre.

Sonríe.

Me gusta, me gusta esa palabra.

Recuérdala.

Te voy a echar de menos. Voy a preocuparme por ti.

Preocúpate por ponerte bien. Yo me las arreglaré, y estaré a tu lado en cuanto pueda.

Te quiero James.

Y yo a ti, Lilly. Te quiero.

Se inclina hacia mí y cierra los ojos. Yo cierro los míos y dejo que se acerque. Nuestros labios se unen, suave, dulcemente, despacio nuestros labios se encuentran y nos rodeamos mutuamente con nuestros brazos y todo es bueno y seguro y todo va a mejor. Estando abrazados todo es bueno y seguro. Todo va a mejor.

Nuestros labios se separan. Abrimos los ojos. Miro en el profundo azul agua. Ella mira en el verde claro. Levanto una mano y la paso por su mejilla. Al bajarla, me separo. Profundo azul agua en verde claro. Sonrío. Doy media vuelta y empiezo a alejarme.

Mientras camino por el Corredor de Cristal que me lleva a la salida sé que Lilly está quieta donde la dejé y sé que está esperando a que me vuelva para decirle adiós. Sé que si lo hago se me va a romper el corazón. Sé que si lo hago voy a empezar a llorar. Sé que si lloro será algo que no he hecho antes. Volverme y decir adiós.

Termina el cristal y empiezan los Pasillos. Paro y me vuelvo y miro a Lilly. Está sonriendo y le resbalan lágrimas por las mejillas. Le digo te quiero, y aunque no puede oírme, sé que me entiende. Sonríe y llora. Levanto una mano. La sostengo a la altura del pecho y digo adiós. Lilly mueve la cabeza asintiendo. Cierro la mano en un puño y digo ponte buena. Asiente. Me quedo parado mirándola y sonrío. Ella se queda en el sitio y sonríe y llora. Veo sus ojos desde aquí. Voy a echar de menos esos ojos. Azul agua profundo. Voy a echarlos de menos.

Me vuelvo y me alejo, y la luz del Corredor de Cristal se desvanece, aunque no la imagen de Lilly. Guardaré esa imagen de Lilly preciosa

Lilly sola y sonriendo y llorando en mi corazón y en mi cabeza el resto de mi vida. Queridísima Lilly.

Recorro los Pasillos y voy a mi Habitación. Cojo el chaquetón de Hank y la pequeña bolsa negra que guarda mis pertenencias. Salgo de la Habitación y me dirijo al Despacho de Joanne. Llamo a la puerta. Dice adelante.

Abro la puerta y entro. Joanne y Hank están sentados en el sofá. Están bebiendo café y Joanne fuma. Sonríe y habla.

Hola.

Voy hacia una silla frente a ellos.

Hola.

Me siento. Habla Hank.

Te estábamos esperando.

He estado desayunando.

Habla Joanne.

¿Y qué tal?

Ha sido estupendo.

Sonríe.

Es la primera vez que oigo describir el desayuno como estupendo.

Yo sonrío.

Pues así ha sido. Estupendo.

Habla Hank.

¿Estás listo para irte?

Sí.

¿Tienes miedo?

Lo tuve hace un rato, pero ya no.

Habla Joanne.

¿De qué tenías miedo?

De todo.

¿Y qué ha pasado?

Decidí no tenerlo.

¿Así de fácil?

Así de fácil.

Levanto el chaquetón de Hank y se lo tiro.

Te he traído tu chaquetón. Gracias por prestármelo.

Vuelve a tirármelo a mí.

Quiero que te lo quedes.

Gracias, pero no. Quiero que te lo quedes tú para que cuando venga de visita pueda ponérmelo.

Acepto el trato con una condición.

¿Qué condición?

Que vuelvas sobrio, como Visita y no como Paciente.

No te quepa la menor duda, Viejo.

Sonríe.

Ése es mi Chico, joder.

Habla Joanne.

Cuida el vocabulario, Hank.

Hank se vuelve hacia ella.

Puedo decir tacos delante de él. Ya no es un Paciente.

Es un Paciente hasta que salga por la puerta de entrada.

Hank se vuelve a mí.

¿A ti te importa que diga joder delante de ti?

Me ofendería un huevo si no lo dijeras.

Hank ríe, se da una palmada en la rodilla.

Ése es mi Chico, joder.

Me echo a reír. Habla Joanne.

¿Ya tienes todo preparado para que te recojan?

Sí.

¿Ya te han dado el alta?

No.

Pues tienes que hacerlo ya.

Vuelvo a asentir.

Ya lo sé.

Joanne se levanta.

¿Me das un abrazo?

Yo me levanto.

Pues claro.

Me aproximo y la abrazo. Hay emoción en el abrazo, y hay respeto y

una forma de amor. Emoción que surge de la honradez, respeto que surge del desafío, y la forma de amor que existe entre personas cuyas mentes se han tocado, cuyos corazones se han tocado, cuyas almas se han tocado. Nuestras mentes se han tocado. Nuestros corazones se han tocado. Nuestras almas se han tocado.

Nos separamos. Hank se acerca.

No se me dan bien las palabras, Chico.

Me rodea con los brazos y me abraza con tanta fuerza que me hace daño. Tengo los brazos aprisionados a ambos costados y por eso no puedo abrazarle también, pero creo que no lo necesita. Me suelta y retrocede un paso y echa un brazo sobre los hombros de Joanne. Luego habla.

Haz que estemos orgullosos de ti, Chico.

Lo intentaré.

Hazlo, no lo intentes. En un año te quiero de vuelta aquí para que te pongas ese puto chaquetón en el plazo de un año.

Habla Joanne.

Hank.

Hank la mira.

Ya no es un Paciente.

Joanne sacude la cabeza, se vuelve hacia mí.

Llama alguna vez.

Asiento.

Llamaré.

Giro y salgo del Despacho. Cierro la puerta a mi espalda y recorro los Pasillos. Voy a la Oficina de Administración y me siento con un Funcionario de la Administración y relleno los formularios para el alta. Cuando termino, firmo al final de la página y ya está todo. El Funcionario me dice que puedo irme cuando quiera.

Salgo de la Oficina y cruzo un Pasillo corto. Entro en el Vestíbulo de entrada donde me senté a esperar a mi Familia en otra vida distinta. Saludo a la Recepcionista y ella me saluda. Por la ventana veo la camioneta gris de mi Hermano, un tipo de camioneta elegante muy utilizada en las zonas Suburbanas, parada frente a la Entrada. Abro la

puerta principal y salgo de la Clínica. Puedo irme cuando quiera.

Mi Hermano me ve salir y abre la puerta del Conductor y sale de la camioneta. Está sonriendo. Me habla.

¿Qué tal, Tío?

¿Qué tal, Cabrón?

Me abraza y le abrazo. Un buen abrazo fuerte y fraternal. Mi amigo Kevin sale por la puerta del Copiloto. Es de mi tamaño, tiene el pelo corto y oscuro y peinado con raya; y tiene una curva de la felicidad que yo no conocía. Se gana la vida con ventas inmobiliarias pero cuando no está trabajando se viste como un vagabundo. Sonríe y habla.

¿Qué hay?

Poca cosa. ¿Y tú?

Vengo para ver lo bien que estás.

Sonrío.

Lo estoy.

Me abraza y le abrazo. Habla mi Hermano.

¿Estás listo?

Sí, vámonos de aquí.

Recojo mi bolsa y abro la puerta y me meto en el asiento trasero. Al cerrar la puerta, Bob y Kevin se meten en los asientos delanteros y Bob arranca el coche y nos ponemos en marcha. Me vuelvo y veo alejarse la Clínica por la ventanilla trasera. Puedo marcharme cuando quiera. Soy libre para irme. Libre.

Cuando ya no veo los Edificios me vuelvo hacia delante. Casi de inmediato empieza a levantarse la Furia. Como si las paredes de la Clínica la hubieran mantenido a raya, como si mi libertad fuera su libertad, como si mis documentos de salida fueran sus documentos de salida. El ascenso es rápido y brutal, y aunque no tiemblo por fuera, estoy temblando por dentro.

Kevin se vuelve y me mira y habla.

¿Cómo te encuentras?

Veo que Bob me mira por el espejo retrovisor.

No lo sé.

Habla Bob.

¿Qué significa eso?

No sé.

Habla Kevin.

¿Qué quieres hacer?

Quiero ir a un Bar.

¿Qué dices?

Quiero ir a un Bar.

No jodas. ¿Es una broma?

No, no lo es.

Mi Hermano Bob me está mirando por el retrovisor. Kevin mira a Bob, Bob mira a Kevin. Hay preocupación, desaliento y conmoción en sus caras. Bob se vuelve para mirarme, sacude la cabeza.

No vamos a ir a un Bar.

Puede que vosotros no, pero yo sí.

Acabas de salir de Rehabilitación.

Voy a ir a un Bar.

Acabas de salir de la puta Rehabilitación.

Voy a ir a un Bar. Podéis venir conmigo o no, me da igual una cosa o la otra, y no perdáis el tiempo intentando impedírmelo. Voy a ir a un puto Bar.

Bob mira a Kevin, Kevin a Bob. Kevin se encoge de hombros, Bob sacude la cabeza. Enciendo un cigarrillo y bajo la ventanilla. Aunque hace frío, me gusta el aire. Es libre.

Tardamos una hora de trayecto. Nadie habla. Bob mira por el cristal delantero. Kevin por su ventanilla, yo por la mía.

De vez en cuando saco la cabeza y dejo que el aire helado me azote la piel de la cara. Duele, pero me gusta la sensación, y lo hago porque puedo. Ya no tengo que seguir Reglas ni Normas, ya no tengo Consejeros ni Supervisores ni Psicólogos que me exigen respuestas, mis horarios y mis actos vuelven a ser sólo míos. Como eran antes de ir a la Clínica y como serán hasta el final, sólo respondo ante mí mismo.

Salimos de la Autopista y entramos en la Ciudad. Miro el reloj del salpicadero de Bob y dice las once y media. Le pregunto si conoce algún sitio que esté abierto y dice que sí. Le digo que me gustaría un

sitio donde sirvan cheeseburgers y donde haya una mesa de billar. No responde. Mira fijamente por la ventana.

La Furia se ha encendido. Con toda su fuerza, más allá de toda su fuerza. Es diferente ahora, en este momento, la siento diferente. La siento más fuerte, más silenciosa, más paciente. Más simple y más potente. Como si tuviera certeza de su victoria sobre mí. Como si la lucha conmigo hubiera fortalecido su potencia. Como si supiera que ha llegado otra vez su hora, como si estuviera esperando para desatarse.

No me resisto. No me enfrento a ella. Sentado, espero e imagino mi llegada a un sitio que es como mi Casa. Sentado espero y me reservo para lo que viene cuando entre en un Bar. La Furia es más fuerte que nunca. Sentado espero a lo que viene.

Bob para en un Aparcamiento pequeño al aire libre. Junto al Aparcamiento hay un Edificio grande de ladrillo. Hay ventanas altas y oscuras en toda la fachada del Edificio. Hay un letrero de neón que dice Billares, Bar y Grill.

Salimos de la camioneta. No tengo dinero, o sea que pregunto a Bob si puede prestarme algo. Me pregunta cuánto y le pido cuarenta dólares. Me pregunta por qué necesito tanto y le digo que porque sí. Saca su cartera del bolsillo la abre y me da dos billetes de veinte. Le doy las gracias.

Cruzamos el Aparcamiento. Recorremos un trecho corto de acera. Llegamos a la puerta de entrada y alargo la mano y la abro. Hago gestos a Bob y a Kevin de que entren, y cuando han pasado les sigo al interior.

Está oscuro. Hay mesas frente a nosotros, una barra larga y gastada de roble corre a todo lo largo de la pared de la derecha, al final de la barra, a la izquierda, hay una habitación con seis mesas de billar. Junto al billar, una Camarera aburrida mira de pie hacia una televisión colgada del techo. Detrás de la barra, el barman está sentado en una banqueta leyendo un periódico. Ninguno de los dos nos mira.

Miro a Bob y a Kevin. Hablo.

¿Por qué no vais a jugar un rato al billar?

Mi hermano me mira.

¿Qué vas a hacer?

Necesito un par de minutos solo.

Su cara está llena de temor y decepción. No es asunto mío. Ha llegado la hora de la verdad. La hora de la Furia.

Giro y voy hacia la barra. Hacia la mitad, saco una banqueta y me siento. Frente a mí hay botellas y espejos. Los espejos bajan desde el techo hasta unos estantes. Los estantes están repletos de botellas. Hay botellas de whisky, de vodka, de ginebra. Hay botellas de ron, de tequila, de licores raros de Países extranjeros. Hay botellas transparentes y botellas marrones, botellas rojas y botellas azules, hay botellas multicolores pensadas para agradar a la vista. Algunas botellas son chatas, otras altas, algunas anchas, otras estrechas. Todas están llenas de alcohol. Descansan frente a mis ojos. Están llenas de puto alcohol.

Miro al barman. Hablo.

Por favor.

Sí.

¿Me puedes atender?

Claro.

Deja el periódico y se acerca. Cuando está ante mí, habla.

¿Qué tal?

No he venido para charlar.

¿Estás de mal humor?

No he venido para charlar.

¿Qué te pongo?

Miro las botellas. Las hermosas botellas llenas de alcohol. Las recorro con la mirada hasta que mis ojos se fijan, evitando los espejos, evitándome. Me quedo mirando una botella negra. Una botella negra maciza con el cuello delgado llena de Bourbon de Kentucky. Es la botella que más ansía la Furia, la botella que más conoce. La señalo, miro al Barman y hablo.

Quiero un vaso de eso. Un vaso grande. No esas gilipolleces para cocktail sino un puto vaso de cuarto litro. Lo quiero lleno hasta el borde.

Va a ser algo caro.

Pongo los cuarenta dólares que me ha dado mi Hermano sobre la barra.

Tú tráemelo.

El Barman me mira como si estuviera loco, como si estuviera debatiendo en su interior si va a traerme lo que le pido. Yo le sostengo la mirada, haciéndole saber que no voy a marcharme hasta que me lo de. Da media vuelta. Con una mano alcanza un vaso alto y delgado de cuarto litro, y con la otra baja la botella del estante.

Le miro mientras me sirve la copa. Como a cámara lenta, veo cada gota. Cuando el vaso está lleno, se vuelve y lo coloca delante de mí.

Gracias.

Estaré ahí si necesitas algo más.

Gracias.

Vuelve a su periódico. Miro fijamente el vaso. La Furia se levanta de su estado silencioso grita con todas sus fuerzas es más potente que nunca. Grita eres mío, Hijoputa. Eres mío y siempre lo serás. Te poseo, te controlo y harás lo que yo te diga. Eres mío y siempre serás mío. Eres mío, Hijoputa. Miro fijamente el vaso.

Pongo las manos en la barra. Una a cada lado del vaso. No lo tocan, pero están cerca. Lo bastante cerca para que, cuando decida, el vaso esté fácilmente a mi alcance. Me inclino. A medida que mi nariz se aproxima al alcohol fuerte y marrón, huelo los efluvios que despide su superficie vibrante. Me enfurecen. Hacen gritar con más fuerza a la Furia. Me incitan. Me atraen.

Cierro los ojos. Dejo de inclinarme cuando la punta de la nariz toca el líquido. Cierro la boca y respiro hondo y me viene me viene me viene. Con toda su potencia. El aroma maravilloso del olvido. El hedor repugnante del Infierno. Me estremece, me agita. Por dentro y por fuera me destruye y me fortifica. Aunque no ha tocado mis labios ni ha entrado en mi cuerpo, puedo saborearlo. Como carbón fuerte y dulce mezclado con gasolina amarga. Puedo saborearlo.

El Tiempo se detiene. No me muevo. Estoy sentado con la punta de la nariz en un vaso lleno de bebida. Respiro. Con respiración honda y

larga. Hasta dentro del todo, hacia fuera del todo. Refluye cuando tomo aire, fluye cuando lo exhalo. Puedo olerlo y saborearlo y sentirlo. Dentro y fuera.

La Furia chilla cógelo cógelo cógelo. La Furia chilla bebe bebe bebe. La Furia chilla más más más más más. La Furia chilla quiero necesito ahora no puedo vivir sin eso eres mío, Hijoputa, cógelo bebe dámelo o te haré pagar. Más más más más más.

Abro los ojos. Veo el color ámbar, la punta de mi nariz sumergida, el borde del vaso. Empiezo a levantar la cabeza lentamente. Mantengo los ojos fijos al frente, fijos y enfocados, no parpadean. El líquido desaparece de mi vista, el borde del vaso desaparece. Veo estantes y botellas, el borde del espejo. Sigo subiendo la mirada hasta verme el extremo de la barbilla, los labios, la nariz. Sigo subiendo. Veo el borde de mis ojos, las pestañas, el blanco de alrededor. Sigo subiendo. Veo el verde pálido. Fijos al frente. Fijos y enfocados. No parpadean.

Miro dentro de mí. Dentro de mis ojos. Hay un vaso de bebida delante de mí. Aunque ya no lo veo, sé que está ahí. Lo cojo con ambas manos. Las manos rodean el cristal. Miro dentro de mí. Dentro del verde pálido de mis ojos.

La Furia grita. Grita como no ha gritado jamás. Su grito es más fuerte y más poderoso, lleno de rabia y de necesidad, de hostilidad y de ansia. Me grita que coja el vaso. Coge el puto vaso.

Tengo que tomar una decisión. Es una decisión simple. No tiene nada que ver con Dios ni con los Doce ni con otra cosa que no sean doce latidos de mi corazón. Sí o no. Es una decisión simple. Sí o no.

Miro dentro de mí. Dentro del verde pálido de mis ojos. Me agrada lo que veo. Me siento cómodo con ello. Fijo y al frente. No parpadeo. Por primera vez en mi vida, cuando me miro a los ojos me agrada lo que veo. Puedo vivir con ello. Quiero vivir con ello. Mucho tiempo. Quiero vivir con ello. Quiero vivir.

La Furia grita sangre y destrucción. El Verde Pálido habla suavemente. Dice tú eres mía, Hijaputa. Eres mía y siempre serás mía. De hoy en adelante te poseo, te controlo y harás lo que yo diga. De hoy en adelante, yo tomo las jodidas decisiones. Eres mía y siempre serás

mía. Eres mía, Hijaputa.

Suelto el vaso. Miro al Barman. Está sentado en su banqueta leyendo el periódico. Le hablo.

Oye.

Levanta los ojos.

Sí.

Llévate esta mierda de mi vista.

¿Qué?

Señalo el vaso.

Tira esta mierda por el puto desagüe. No la quiero.

Me mira un momento como si estuviera loco. Yo le devuelvo la mirada y le hago saber que no lo estoy. Se pone de pie y empieza a aproximarse. Yo me pongo de pie y me voy. Dejo el vaso en la barra y los dos billetes de veinte al lado.

Voy a la Habitación del billar. Mi Hermano Bob y mi amigo Kevin están terminando una partida. Hay una bola maciza sobre la mesa, una bola de rayas, y la del ocho está en una esquina. Me siento en una banqueta junto a la pared. Hay una mesa al lado de la banqueta y un cenicero sobre la mesa. Enciendo un cigarrillo.

Cuando mi hermano se prepara para tirar, me ve por el rabillo del ojo. Me mira y habla.

¿Estás bien?

Sí.

¿Qué hacías allí?

Nada.

¿Has bebido?

No.

¿Por qué pediste una copa?

Era algo que necesitaba hacer.

¿Pero no la has tocado?

La he tocado y la he olido y la he sentido, pero no me la he bebido. He terminado de beber. No volveré a beber jamás.

Sonríe.

Enhorabuena, Tío.

Yo sonrío.

Gracias.

Mientras mi Hermano se prepara para tirar, le pregunto si puedo jugar con el Ganador. Kevin me pregunta desde cuándo no he jugado y le digo que desde hace mucho tiempo. Me pregunta si daré la talla y sonrío y le digo que sí. Me pregunta otra vez quiere estar seguro. Le digo sí, daré la talla.

Sí, daré la talla.

Michael volvió a trabajar en la Universidad. Tres semanas después fue detenido por comprar Servicios Sexuales y por Posesión de Cocaína en forma de Crack. Murió a causa de una herida de bala autoinfligida.

Roy atacó a dos Niños con un bate de béisbol. La condena fue de treinta a cincuenta años en una Institución de Wisconsin para Delincuentes con Enfermedades Mentales.

Warren se cayó de una barca de pesca en Florida cuando estaba borracho. Su cuerpo no ha sido encontrado.

El Calvo empezó a beber ocho semanas después de volver a su casa. Su Mujer le echó y se desconoce su paradero.

Bobby fue encontrado muerto en Nueva Jersey. Tenía una herida de bala en la nuca.

John fue detenido en San Francisco con cuatrocientos gramos de cocaína. Está cumpliendo cadena perpetua sin posibilidad de condicional en el Penal de San Quintín en California.

Ed murió de una paliza en una pelea ocurrida en un Bar de Detroit.

Ted fue capturado por las Autoridades en Mississippi. Está cumpliendo cadena perpetua sin posibilidad de condicional en la cárcel de Angola en Louisiana.

Matty recibió un disparo y murió al salir de una casa de adictos al crack en Minneapolis.

Miles está sano y salvo y sigue trabajando como Juez. Sigue casado, tuvo un segundo Hijo, una Niña llamada Ella, y no ha recaído nunca.

Leonard volvió a Las Vegas y se retiró. Posteriormente murió por complicaciones debidas al SIDA. Permaneció abstemio hasta la muerte. Nunca recayó.

Lilly se suicidó ahorcándose en un Centro de Reinserción de Chicago. Su Abuela había fallecido dos días antes. Fue encontrada la mañana que James salió de la cárcel, y se cree que permaneció abstemia hasta morir.

Lincoln sigue trabajando en la Clínica.

Ken sigue trabajando en la Clínica.

Hank y Joanne se casaron. Ambos siguen trabajando en la Clínica.

James no ha recaído nunca.

Gracias Mamá y Papá por todo, gracias. Gracias Hermano Bob y Cuñada Laura. Gracias Maya, te quiero más que a nadie Maya. Gracias Kassie Evashevski. Gracias Sean McDonald. Gracias Nan Talese. Gracias David Krintzman. Gracias Preacher y Bella, pequeños Amigos. Gracias Stuart Hawkins, Elizabeth Sosnow, Kevin Yorn, Amar Douglas Rao, Michael Craven, Quinn Yancey, Christian Yancey, Ingrid Sisson, John Von Brachel, Helen Motley, Jean Joseph Jr., Joshua Dorfman, Colleen Silva, Eben Strousse, Chris Wardwell. Gracias Theo, Rigo, José y los Chicos del Café de la esquina. Gracias Phillip Morris. Gracias Andrew Barash y Keith Bray. Gracias Kirk, Julie, Kevin. Gracias Lilly, Leonard, Miles.

Os quiero y quiero daros las gracias.

«El relato más lacerante sobre la adicción a las drogas desde el *Yonqui* de William S. Burroughs.»
The Boston Globe

***En mil pedazos* es el polémico testimonio de un hombre cuyo furioso impulso de autodestrucción solo es comparable a su inagotable deseo de sobrevivir.**

Imagina que te despiertas en un avión. No sabes dónde has estado ni adónde vas. Te faltan cuatro dientes, tienes la nariz rota y una herida en la mejilla. Vas sin cartera, no tienes trabajo y te busca la policía.

Imagina que eres alcohólico desde hace diez años y adicto al crack desde hace tres. ¿Qué harías? A los veintitrés años, Frey ingresó en un centro de desintoxicación. Destruido física y mentalmente de forma casi irremediable, debía enfrentarse a una difícil decisión: aceptar que no llegaría a cumplir los veinticuatro o cambiar drásticamente el curso de su vida. Rodeado de pacientes en la misma situación, Frey luchó contra el dogma de «cómo recuperarse» para conseguir encontrar su propio camino y decidir qué futuro, si le esperaba alguno, era el que quería alcanzar. Su testimonio, *En mil pedazos*, se convirtió en un fenómeno literario, hasta que una larga investigación descubrió que el autor había ficcionado más de un pasaje del libro, lo que desató una gran polémica. Sin embargo, sigue siendo una lectura hipnótica e iluminadora sobre un hombre cuyo furioso impulso de autodestrucción solo es comparable a su inagotable deseo de sobrevivir.

La crítica ha dicho:

«Unas memorias íntimas, vívidas y sentidas. ¿Es Frey el mejor escritor de su generación? Tal vez.»
New York Press

«Atrapante [...]. Una gran historia [...]. No puedes evitar aplaudir su victoria.»
Los Angeles Times Book Review

«Una estrella literaria en ascenso [...] que ha dado a luz un relato poético de su recuperación. *En mil pedazos* es descarnado [...], perturbador [...]. Está repleto de emoción cruda.»
Chicago Sun Times

«El libro de Frey se distingue de los demás [...]. Un lenguaje sobrio y sin concesiones oculta el horror de lo que está describiendo: un colapso enviado en telegramas.»

The New York Times Book Review

«Su prosa es repetitiva hasta el punto de ser exasperante, la historia, con sus incursiones a la conciencia de un adicto, es en proporción difícil de dejar.»
Publishers Weekly

«Nuestro acerado narrador transmite la urgencia y el espíritu juvenil con un tono airado y clínico [...] que crea sorprendentes acumulaciones de verosimilitud y retratos humanos plausibles.»
Kirkus

«Uno de los libros más convincentes del año [...]. Increíblemente audaz [...]. De alguna manera logra lo que tres décadas de anuncios cursis de servicios públicos y actividades extraescolares no han conseguido: describir la adicción a las drogas duras como el apocalipsis autoinfligido que es.»
The New York Post

James Frey nació en Cleveland, pero ha vivido en París, Londres, São Paulo, Los Angeles y Nueva York, donde reside actualmente. Ha sido guionista, productor y director de cine. En 2004 publicó las memorias ficticias *En mil pedazos* (Taurus), que le valieron el reconocimiento del público y de la crítica. También ha publicado las novelas *Una mañana radiante* y *El último testamento*, ambas en Literatura Random House. Sus libros han llegado a los primeros puestos de la lista de libros más vendidos de *The New York Times* y se han traducido a 42 idiomas. *Katerina* es su última novela.

Título original: *A Million Little Pieces*

Edición en formato digital: junio de 2021

© 2003, James Frey
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2004, Eva Rodríguez Halffter, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Frederik Broden

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3889-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] Nota del editor: en la edición española se ha respetado el uso que el autor hace de las mayúsculas, las negritas y la puntuación en el texto original inglés.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

En mil pedazos

Sobre este libro

Sobre James Frey

Créditos

Nota